LOS GIROS DEL DESTINO

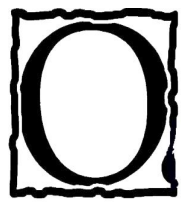
Una novela sobre la conquista de Gran Canaria

M. GAMBIN

Oristán

LOS GIROS DEL DESTINO

M. Gambín



Oristán

© El Autor.
© Oristán y Gociano, S.L.
Oristán ediciones.

www.marianogambin.com

Primera edición: octubre 2023

Cubierta: Josué Alberto Padrón (JAP Design)
Foto del autor: Madi Ramos

ISBN: 978-84-126230-5-5

Depósito legal: TF 903/2023

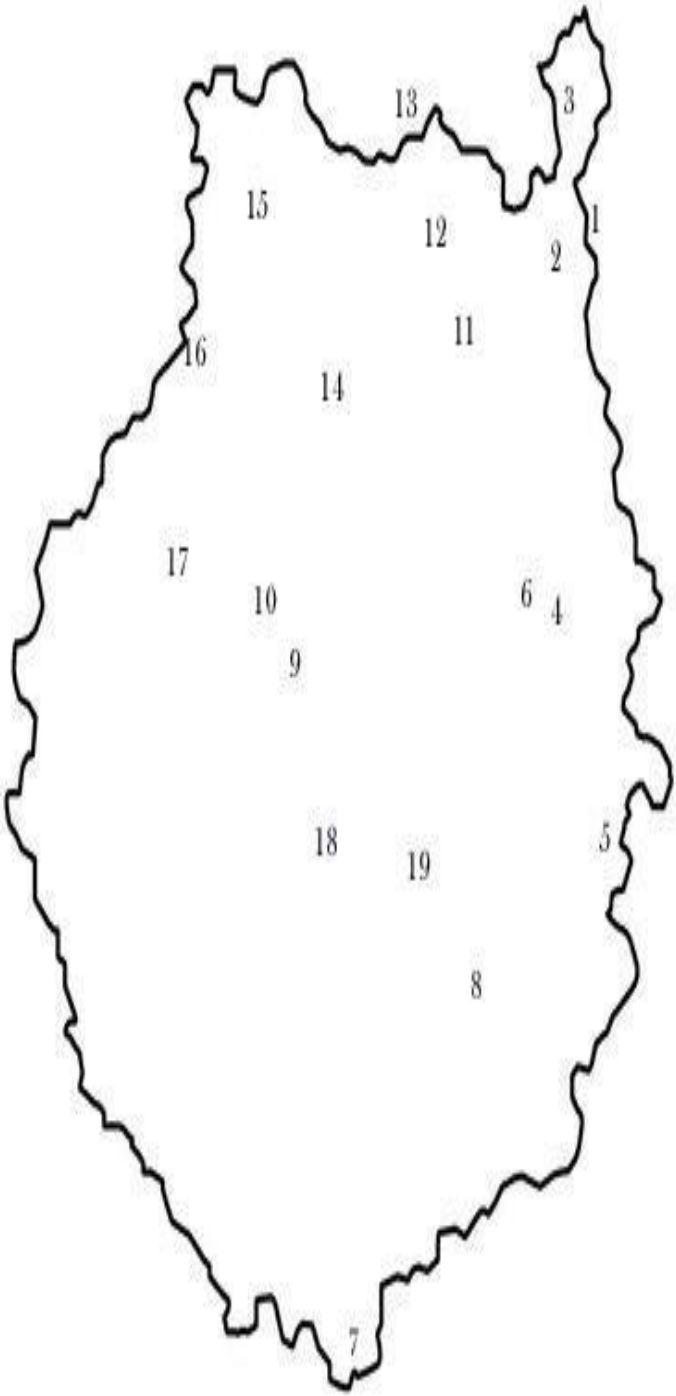
Esta es una novela de ficción, aunque haya algunos personajes y situaciones que fueron reales, al menos de lo que se conoce por la investigación histórica.

Queda prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de la Editorial, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

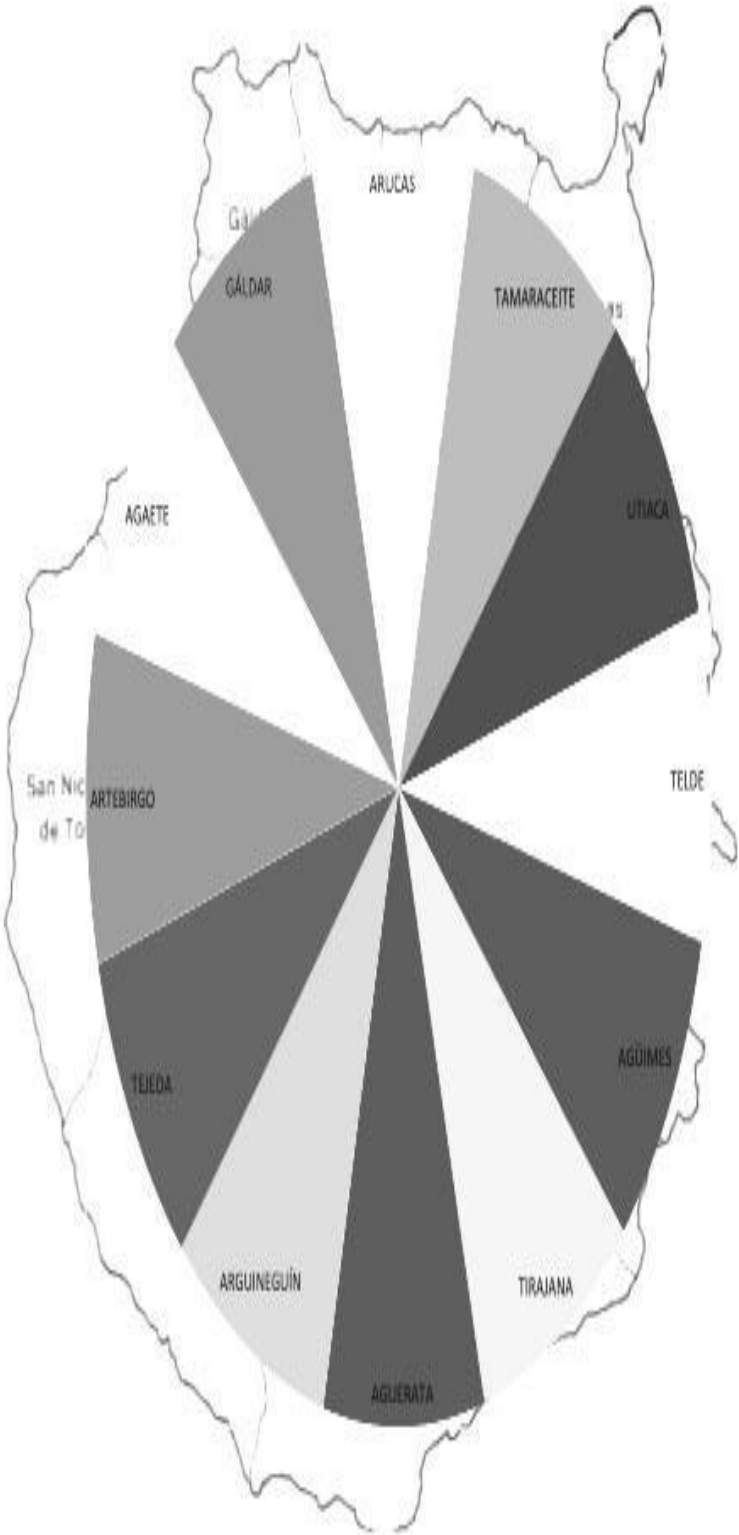
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi Padre, Eusebio Gambín

médico humanista, un hombre del Renacimiento.


13
3
15
12
1
2
11
16
14
17
10
6
4
9
18
19
5
8
7

1.-Real de Las Palmas. 2.- Barranco de Guiniguada. 3.- Las Isletas. 4.- Telde. 5.- Gando. 6.- Cendro. 7.- Maspalomas. 8.- Barranco de Tirajana. 9.- Roque de Bentaiga. 10.- Artenara. 11.- Tamaraceite. 12.- Arucas 13.- Bañaderos. 14.- Moya. 15.- Gáldar. 16.- Agaete 17.- Ajódar. 18.- Fataga 19.- Ansite.


ARUCAS
GÁLDAR
TAMARACEITE
AGAETE
UTIACA
TELDE
ARTEBIRGO
TEJEDA
AGÜIMES
ARGUINEGUÍN
TIRAJANA
AGUERATA

Galería de personajes principales.

Canarios.

Bentagoyhe, guadnarteme de Telde antes de la conquista.
Egonaiga, su hermano, guadnarteme de Gáldar.
Guayedra Tenesor Semidan, sobrino de Egonaiga y guadnarteme de Gáldar.
Abenchara, esposa de Tenesor.
Aymedeyacoan, guaire y guadnarteme de Telde.
Doramas, guaire de Telde. Guaire supremo durante la conquista.
Maninidra, guaire de Telde.
Adargoma, guaire de Telde.
Guanariragua, faysag de Telde.
Chambeneder, faysag de Gáldar.
Bentejuí, hijo de Bentagoyhe. Guadnarteme de la isla de Gran Canaria.
Arminda Masequera, princesa heredera de la isla de Gran Canaria.
Tenoya, princesa de sangre real, hija de Guayedra Tenesor y esposa de Bentejuí.
Tasarte, guaire de Gáldar.
Ayacata, harimaguada suprema.
Teneso, princesa de sangre real.

Personajes de Sevilla y Andalucía.

Lorenzo de Riberol, de origen desconocido, mercader genovés.
Francisco de Riberol, mercader genovés. Cabeza de la familia Riberol.
Francisco Pinelo, mercader genovés en Sevilla. Prestamista de los reyes.
Francisco Adorno, mercader genovés en Jerez.
Juan de Lugo, socio de los Riberol, prestamista de los reyes.
Alonso de Montemayor, cuñado de Pedro de Herrera.
Antonia de Ribera, hermana del anterior y esposa de Pedro de Herrera.
Doctor Lillo, juez real en Sevilla. Organizador de la Hermandad en

Andalucía.

Intervinientes en la conquista.

Juan Rejón, diputado de la Hermandad en Andalucía y capitán general de la conquista.

Juan de Frías, obispo de la diócesis de Rubicón y de Canaria.

Juan Bermúdez, deán del obispo y capitán general de la conquista.

Alonso Jáimez de Sotomayor, alférez de la conquista. Cuñado de Rejón.

Alonso (Fernández) de Lugo, capitán de la conquista. Familiar de Pedro de La Algaba.

Pedro de La Algaba, diputado de la Hermandad en Andalucía y gobernador de Gran Canaria.

Pedro de Vera, alcaide de Arcos y gobernador de Gran Canaria.

Alonso de Palencia, cronista real y comisario de la conquista.

Diego de Merlo, asistente de Sevilla y comisario de la conquista.

Esteban Pérez de Cabitos, pesquisidor real y primer alcalde de Gran Canaria.

Fernando Valdés, capitán de la conquista.

Miguel de Clavijo, escudero de la conquista.

Pedro Hernández Cabrón, capitán de mar.

Michel de Moxica, contador real.

Juan de Civerio, primo del anterior, soldado vasco.

Pedro de Argüello, escribano de la conquista.

Lanzaroteños:

Inés Peraza, señora de las islas de Lanzarote, Fuerteventura, La Gomera y El Hierro.

Diego (García) de Herrera, su esposo.

Pedro de Herrera, hijo de los señores.

Fernán Peraza, hijo de los señores.

Juan (Ruiz) de Zumeta, escribano de Lanzarote.

Marcos Luzardo, escribano de Lanzarote.

Pedro de Aday, alcalde de Lanzarote.

Fernán Guerra, hacendado de Lanzarote y adalid de la conquista.

María May, esposa de Fernán.
Juan Mayor (padre), procurador de Lanzarote y adalid de la conquista.
Juan Mayor (hijo), rehén de Lanzarote y adalid de la conquista.
Juan de Armas, vecino de Lanzarote y procurador de la isla.
Juan de Alanís, alguacil de la señora de Lanzarote.
Diego de Cabrera, alcalde de Lanzarote.
Juan de Mayorga, vecino de Lanzarote, segundo alcalde gran Canaria.
Pedro Chemida, vecino de Lanzarote, alcaide de la torre de Gando.
Maciot de Betancor, vecino de Lanzarote.

Corte real.

Isabel I, reina de Castilla y de Aragón.
Fernando V, rey de Sicilia, de Aragón y de Castilla, su esposo.
Beatriz de Bobadilla, dueña de la reina, futura marquesa de Moya.
Andrés Cabrera, tesorero real, su esposo.
Beatriz de Bobadilla, sobrina de los anteriores.
Gonzalo Chacón, mayordomo real.
Camañas, secretario real, miembro del Consejo Real.
Juan de Frías, alcaide del alcázar de Córdoba.
Fernando Rejón, artillero real.
Rodrigo Téllez de Girón, maestre de Calatrava.
María de Acuña, amiga de Beatriz de Bobadilla.
Isabel, la canaria, esclava de la reina.
Alonso de Quintanilla, contador real.
1469

1

Valladolid, 14 de octubre de 1469.

—Venid presto, alteza. Debemos actuar con el máximo sigilo.

El rey de Sicilia asintió. Aquella reunión se había organizado en el mayor de los secretos, solo la conocían cuatro personas, los interesados y un servidor de cada casa real.

—Me imagino que la princesa está informada de este encuentro —la voz del rey, un joven de apenas diecisiete años, parecía insegura.

La servidora, una mujer alta que no llegaba a los treinta, de ojos claros y cabellos negros le miró con intensidad.

—Obedezco órdenes de mi señora, alteza. No abriguéis la menor duda.

—Sea entonces. Llevadme ante ella.

La mujer asintió e indicó un pasillo que se adentraba en la casa de los Vivero, una de las edificaciones más importantes de la ciudad. El rey se volvió un instante a su escolta, el intendente Pedro Vaca, y le indicó con la mirada que esperase en la calle. El hombre cerró la discreta puerta secundaria por donde habían entrado y se perdió en las frías sombras de la madrugada.

El rey siguió los pasos de la mujer que les había abierto, una de las doncellas de cámara más cercanas a la princesa, y subió tras ella los escalones que llevaban a la planta superior. La casa se encontraba a oscuras y en completo silencio, por lo que se esmeró en no hacer ruido con su calzado de cuero. A pesar de su juventud, todavía acusaba en las piernas el cansancio de un viaje de casi una semana a caballo en condiciones duras, sin apenas descanso, y con la inquietud de poder ser atacado y prendido por sus enemigos en cualquier momento. Pero había valido la pena. El ofrecimiento de la princesa no podía ser ignorado. Era la heredera del trono de Castilla, y pocas veces se había dado que un rey joven recibiera una propuesta de matrimonio tan interesante. Y además, era bella. La había visto por primera vez aquella tarde de sábado, cuando recibió a su séquito a la llegada a Valladolid, y se había prendado de sus ojos verdes. El primer encuentro había consistido en un formal intercambio de regalos, seguido de un compromiso de desposorio con unas breves palabras de futuro. La costumbre de la corte impedía mayor acercamiento. Las

ceremonias principales se realizarían en los días siguientes, cuando se firmaran las capitulaciones y se realizaran los juramentos. Todo estaba hablado y negociado desde semanas antes. Solo faltaba la rúbrica, la ceremonia religiosa y, por supuesto, la consumación física del matrimonio, para cuya comprobación en las sábanas un grupo de cortesanos esperaría en la antecámara del dormitorio real.

Pero el rey de Sicilia no aguantaba la lentitud del protocolo que para la ocasión habían ideado sus consejeros. Él deseaba ver y hablar con la princesa aquella misma noche, a lo que no se opuso la contraparte. Y por eso se había organizado el encuentro secreto a espaldas de todos.

La mujer llegó al primer piso y giró a su derecha. El rey pasó por delante de varias salas oscuras con las puertas entornadas sin notar el más leve movimiento en ellas. Al final del pasillo se encontraron con la única que estaba cerrada. La guía la abrió sin más preámbulo e invitó al rey a pasar a la estancia. Se trataba de la alcoba principal de la casa, cedida por sus propietarios a la princesa durante su estancia en la ciudad. Una chimenea central mantenía rescoldos encendidos que arrojaban reflejos dorados sobre el mobiliario. Junto a una cama grande con dosel, tras una mesa y un par de sillas, se encontraba de pie la princesa. Lucía un vestido distinto al de la tarde, más sencillo y propio de la intimidad de sus aposentos. El rey volvió a quedarse embelesado con sus ojos claros.

La princesa se dirigió a la mujer que había guiado al rey.

—Gracias, Beatriz. Podéis iros. Os avisaré cuando el rey se vaya.

—Como ordenéis, alteza —respondió, y se retiró tras dedicarle una reverencia.

La princesa desvió su atención hacia el joven recién llegado.

—Es Beatriz de Bobadilla —le aclaró—, la esposa del camarero real. Una persona muy cercana y de total confianza.

—Os agradezco mucho que hayáis accedido a permitir mi visita, alteza. Sé que no es lo usual y tal vez os parezca demasiado atrevido.

—Podéis llamarme Isabel. Ya que vamos a ser cónyuges, lo normal es que nos conozcamos un poco. Yo también quería hablar con vos, alteza.

—Llamadme Fernando, os lo ruego. Estoy a vuestro servicio.

—¿Es cierto eso que dicen que habéis venido disfrazado de mozo de mulas, viajando con mercaderes? ¿Y que incluso les habéis servido la comida?

El rey sonrió.

—Veo que se crea leyenda por donde paso. Como sabéis, debía viajar de incógnito ya que hay caballeros poderosos en Castilla que no ven con buenos ojos este matrimonio. Pero no ha sido necesario que adoptara el papel de servidor. Formaba parte, de modo discreto y sin

ningún distintivo, de la embajada de mi padre Juan, el rey de Aragón. El embajador Ramón Despés y su gente son intocables, y no me ha hecho falta servir los platos. Si ha habido dificultades, han sido de otro tipo, como cruzar varios puertos de montaña de la sierra de Montalvo en esta época del año. Os aseguro que en el de Bigornia el tiempo no acompañaba. A partir de Burgo de Osma el camino ha sido mucho más llevadero gracias a la escolta armada del conde de Treviño.

—Estoy feliz de que hayáis arrostrado los peligros del viaje para estar hoy aquí. Todos los detalles del enlace y las contraprestaciones económicas derivadas de él están ya pactadas y escritas sobre papel. Es solo cuestión de signar el documento. ¿Sabéis a qué os exponéis?

—Me caso con una guerra. El rey de Portugal no permitirá que su sobrina Juana, la supuesta hija del rey Enrique, vuestro hermano, quede fuera de la línea sucesoria.

—Habrá guerra, sin duda. Tal vez yo no sea tan buen partido.

Fernando volvió a sonreír.

—Tal vez valga la pena correr el riesgo de averiguarlo.

La princesa dio un par de pasos a la izquierda, dejando ver su figura al completo.

—Antes hay que hablar de un detalle que no se nombra en el acuerdo matrimonial.

—¿De qué se trata, Isabel? —Al rey no le costó usar ese apelativo por primera vez.

—Si voy a entregar mi cuerpo a un hombre, se lo daré con total exclusividad. Y exijo de él lo mismo.

Isabel sabía que a pesar de su juventud, Fernando ya tenía dos hijos naturales, producto de un ímpetu adolescente cuya fama le precedía.

—Será imposible que mire a otra mujer, teniéndoos a vos —respondió el rey con una inclinación—. Estoy completamente rendido a vuestros pies.

—Si no lo hacéis, usaré todo el poder de que disponga para destruir a mi rival, sabedlo bien. Y vos también sufriréis consecuencias.

—Sois una mujer con carácter —aceptó Fernando—. Así me gustan más. Y si acepto vuestras condiciones, ¿qué recibiré como contraprestación?

La princesa esbozó una ligera sonrisa.

—¿Qué deseáis? —preguntó a su vez.

Los ojos de Fernando se achinaron como los de un lobo ante su presa.

—A vos, ahora.

La princesa dio un paso atrás, meditando la última frase.

—Si es una condición imprescindible para firmar mañana. Seré vuestra, ahora.

—¿Sin más condiciones?

—Solo una más. Sed gentil, al menos al principio.

Isabel cogió la mano de Fernando y lo acercó al lecho. Se dio media vuelta y se dejó caer de espaldas sobre los almohadones que colmaban la superficie del tálamo. Fernando se dejó llevar y cayó sobre ella. Un quejido se escuchó tras los cojines. Una cabecita infantil surgió detrás de ellos. Una niña rubia de ojos azules, de unos diez años, los miró con sorpresa, que contagió a la pareja.

—¿No estábamos solos? —preguntó Fernando, algo alarmado.

Isabel sonrió a la niña.

—¿Te has quedado dormida en mi cama?

La jovencita asintió, sintiéndose culpable.

—¿Quién eres? —inquirió Fernando, separándose de Isabel.

La niña se irguió antes de contestar.

—Soy Beatriz de Bobadilla.

El rey de Sicilia arrugó el ceño.

—¿Todas os llamáis igual?

—Es la sobrina de la señora que os abrió. Ha venido con ella desde Segovia, donde viven. Se ha debido quedar dormida bajo los almohadones. No hay cuidado con ella.

Fernando escrutó el lindo rostro de la niña. Iba a ser una mujer hermosa, no cabía duda.

—¿Habéis oído algo de lo que hemos dicho, Beatriz? —preguntó.

La niña tardó en responder. Lo justo para dar a entender que algo había escuchado. El rey le sonrió.

—¿Seréis nuestra aliada, Beatriz? No diréis nada de mi presencia aquí a nadie. Nunca en toda vuestra vida.

La chica asintió, algo cohibida.

—¿Lo juráis, Beatriz? —repreguntó Fernando.

—Lo juro por la princesa —respondió con voz trémula.

Isabel sonrió y le acarició el pelo.

—Idos a vuestra cámara, Beatriz, que es tarde.

La niña besó la mano de la princesa, saltó de la cama y salió corriendo de la estancia.

—¿Os fiais de la niña? —preguntó Fernando, algo suspicaz.

—Me fio —respondió Isabel.

—De acuerdo —se rindió, dejándose caer de nuevo sobre su prometida—. ¿Por dónde íbamos?

—Ibais a meteros en una guerra.

—Entonces, comencemos la primera batalla.

2

Isla de Tenerife, 15 de octubre de 1469, al día siguiente.

—¿Dónde dices que has visto a los de Anaga? —preguntó Echedey a Hatu, uno de los cabreros más viejos del valle de Goymad.

—En torno a la playa de Chimisay. Eran diez, más o menos.

Echedey sabía que Hatu podía contar hasta cincuenta, el número de cabras y de ovejas del que generalmente se encargaba, por lo que dio por bueno el número.

—¿Y cuántas cabras han robado?

—Si la vista no me falló, unas veinticinco. Eran de Afoche, el cabrero de Aguerche, a quien atacaron y dejaron sin sentido.

Cuando Hatu dio la voz de alarma, Echedey reunió con urgencia a unos treinta hombres del bando del valle y juntos siguieron el rastro de los ladrones a toda velocidad por la costa. Playas de cantos rodados se alternaban con pequeños acantilados de negra piedra volcánica castigada por los embates del océano, y los guanches, perfectos conocedores del terreno, volaban sobre las rocas a una velocidad de vértigo.

—En poco tiempo les daremos alcance —auguró Echedey—. Ellos no pueden ir deprisa llevando consigo las cabras.

La costa del valle de Goymad era un pedregal festoneado de barrancos que la hacía poco atractiva para un asentamiento, pero que servía para que el ganado pastase a la llegada de las primeras lluvias y el tiempo fresco de aquella época del año. Los rebaños de las familias se encontraban, como en toda la isla, desperdigados a lo largo del territorio del menceyato, y en ocasiones eran presa fácil de los robos de los vecinos de los reinos de Anaga o de Abona.

Aquel caso concreto, en que se había agredido físicamente al pastor, iba a crear un conflicto importante entre los menceyes de Goymad y de Anaga. Echedey rogaba por que no se convirtiera en una espiral de violencia. Estaba seguro de que los miembros de la familia de Afoche buscarían el desquite tratando de despojar de un número similar de animales al primer pastor de Anaga con el que se tropezasen.

A sus escasos catorce años, Echedey había sido capaz de liderar a

muchos de sus compatriotas en varias crisis. Recordaba un incendio en el bosque alto cuando los rebaños se dirigían en verano a la cumbre del gran volcán, en que la acción coordinada de los hombres que había reunido logró salvar a todos los animales. Se acordó de cómo hicieron huir a pedradas a un grupo de extranjeros que se atrevieron a arribar a las playas del valle con la intención de apoderarse de alguno de sus hermanos, como venía siendo su horrible costumbre desde hacía muchos años. Nada bueno traían los hombres con extrañas vestimentas que bajaban de las casas de madera que flotaban en el mar. Lo único exceptuable, si es que provenía de ellos, era la talla de la mujer santa que hacía milagros, y que también intentaron robar sin éxito.

El hecho de que Echedey pudiera tener esa capacidad de convocatoria se explicaba en parte porque era el hijo del mencey Acaymo, el rey del valle de Goymad. Todos sabían que el viejo rey de las lanzadas, como se le llamaba debido a lo lejos que podía arrojar ese arma, no podía correr. Tuvo una grave caída años antes tratando de rescatar de un barranco profundo a uno de sus garañones preferidos: un macho cabrío negro que se había lastimado una pata y no podía trepar. Al final fueron dos los que salieron malparados de aquel trance: el rey y su animal.

Echedey intervino en el rescate de su padre y esa hazaña se unió a las anteriores de su corta vida de adulto. En la isla se comenzaba a hablar de aquel joven que destacaba por sus méritos extraordinarios. Una visita del joven príncipe a los menceyatos de poniente hizo que conociera a las familias de los reyes de Abona y de Adeje, que lo recibieron con agrado. En los días que duró la estancia en aquellos territorios, Echedey conoció a todas las personas importantes de las comarcas, incluyendo a sus hijas. Los gobernantes veían con buenos ojos enlaces matrimoniales entre sus vástagos y los de los vecinos, que creaban lazos políticos entre los menceyatos. Echedey no prestaba demasiada atención a las jóvenes de las que sus padres hablaban hasta que vio a Idaira, una niña de ojos azules y pelo trigueño que destacaba de las demás por su hermosura. Era la hija más pequeña del mencey de Adeje. No se había desarrollado como mujer, pero apuntaba a que sería muy bella. Enseguida hubo conexión entre ellos, desde el momento en que le sirvió leche de cabra recién ordeñada a modo de bienvenida. Apenas pudo cruzar un par de frases de agradecimiento con la niña, la presencia de sus padres y sus notables impedía más trato, pero se había quedado prendado de la chiquilla. Echedey se dijo que retornaría a menudo por Adeje en los siguientes años para volver a verla, y así se lo dijo al mencey, que estalló en una alegre risotada por el atrevimiento de aquel joven. No obstante, divertido, le dio su permiso para hablar con ella. No hubo tiempo para más sobre aquel

tema, ya que al día siguiente él y los hombres que le acompañaban regresaron a su valle, pero Echedey lo hizo con una nueva ilusión en su corazón.

El hechizo del recuerdo fugaz de Idaira se deshizo en la mente del joven hijo del rey, que se concentró en la persecución. Los guanches de Goymad saltaban entre las piedras de la ribera con pasmosa agilidad. La tarde languidecía y todos eran conscientes de que debían resolver aquel problema antes de que cayera la noche. Sin luz, aunque alcanzaran a los saqueadores, no podrían atacarlos en la oscuridad. La posibilidad de confundir a los compañeros con los enemigos era patente, y el rebaño se desperdigaría. Aunque estaba acostumbrado a pasar alguna que otra noche en vela, no le apetecía permanecer al raso esperando a que amaneciera. La humedad del mar provocaba una sensación de frío desagradable, y no habían traído consigo otra cosa que sus vestimentas y las lanzas que portaban.

Los corredores llegaron a una playa de callados más amplia, y Echedey les indicó que redujeran la marcha para escucharle.

—A partir de ahora, guardemos silencio —indicó el líder del grupo —. Hay que caer sobre ellos por sorpresa.

—¿Qué hacemos si huyen y dejan las cabras abandonadas? —preguntó Amache, uno de los hombres más sensatos del grupo.

—Hay que darles un escarmiento. Dos de nosotros se harán cargo de los animales y los llevarán de vuelta a un lugar seguro, y el resto les seguiremos hasta darles caza antes de que lleguen al límite del bando. Les cogeremos. Quiero saber sus nombres para avergonzarlos ante todas las tribus y, además, que vuelvan desnudos y sin armas a sus cuevas.

Los hombres aprobaron en silencio la decisión de Echedey y reemprendieron la marcha. El robo de ganado entre bandos ocurría de vez en cuando. Era una hazaña para el ladrón si acababa bien, pero toda una afrenta si era capturado mientras cometía el delito, su nombre quedaba en entredicho por mucho tiempo.

Tras cruzar tres barrancos, Hatu hizo una señal con el brazo. Los componentes del grupo perseguidor se detuvieron.

—Huelo las cabras —advirtió en voz baja—. Están muy cerca.

Echedey volvió a fiarse de Hatu e indicó por señas a sus acompañantes que se desplegaran y continuasen agachados. Una loma les impedía ver lo que ocurría al otro lado. Echedey conocía el lugar y sabía que detrás del promontorio rocoso se encontraba un descenso escarpado que terminaba en el lecho de un barranquillo que desembocaba, poco más allá, en una playa pequeña de arena oscura.

El joven guanche llegó a lo alto y se asomó con cautela más allá de la roca más alta. En la estrecha vaguada se encontraban las cabras objeto del robo, pero no había ningún ser humano a su alrededor. La

primera idea que surgió en su mente fue la de que los anagueses se habían percatado de que eran perseguidos y habían abandonado su presa para ir más ligeros y evitar ser aprehendidos. Pero la puso en cuestión rápidamente. Si ellos no habían visto a los ladrones hasta ese momento, estos tampoco podían haber visto a su grupo. Tal vez hubieran sufrido algún percance que les obligara a dejar el fruto de su pillaje en aquel lugar. ¿Alguna caída que les forzara a cargar con el herido y desentenderse del ganado?

Echedey hizo una seña y todos se asomaron al barranquillo.

—Ancor y Nauzet, volved con las cabras al poblado. Los demás, seguimos tras ellos.

La orden fue obedecida de inmediato. Todos bajaron al cauce seco y rodearon a las bestias. Hatu volvió a levantar su brazo.

—Huele raro. Es un olor que no conozco —dijo en voz alta.

Aquella frase no le gustó nada a Echedey. Hatu conocía a la perfección todos los olores de la isla. Era uno de los pocos guanches que podía presumir de haberla recorrido en toda su extensión. Aquello solo podía obedecer a un motivo.

No le dio tiempo a advertir a sus compañeros. Desde lo alto del promontorio que se disponían a escalar cayeron sobre ellos unas pesadas mallas que cubrieron a Echedey y a cuatro hombres más. A continuación, con unos gritos de furor y júbilo, aparecieron en el barranco, bajando por la pendiente y la vaguada, unos treinta extranjeros con sus singulares vestimentas. Eran los detestados ocupantes de las casas del mar. Blandían armas brillantes y garrotes, y unos cuantos se abalanzaron sobre los guanches que no podían desembarazarse de las redes para golpearles, mientras que el resto se dirigía a enfrentarse a los que no habían caído en la celada. Los guanches de la retaguardia se dispersaron de modo inmediato escalando con facilidad las paredes del barranco a una velocidad imposible de seguir por sus atacantes.

Echedey trataba de encontrar el borde de la malla que le aprisionaba, pero sus brazos y la lanza se enredaban con el áspero tejido sin permitirle maniobrar para escapar de aquella trampa. Uno de los hombres, el más alto y de voz tonante, le golpeó en el hombro con una maza. El impacto le inutilizó el brazo y le hizo soltar su arma. Entre los gritos proferidos por aquellos demonios en su idioma incomprensible escuchó una voz con un mensaje inteligible.

—Si no os quedáis quietos, os matarán.

Uno de aquellos hombres le había hablado en su lengua, con un acento distinto y arrastrando demasiado algunas consonantes, pero la frase fue clara.

Echedey desvió su mirada hacia quien profirió aquellas palabras, un hombre delgado y moreno, que había provocado el efecto de que

sus compañeros de red se aquietaran, pero no pudo articular ni una sola palabra de desafío. No vio al gigante que blandía en el aire su maza y la descargaba sobre su cabeza. Un dolor terrible surgió un instante antes de que la negrura se abatiera sobre él.

Y después, solo hubo oscuridad y silencio.

3

Puerto del Arrecife, isla de Lanzarote, 16 de octubre de 1469, al día siguiente.

El esquife que transportaba a los señores de la isla se deslizó sobre la dorada arena de la playa hasta quedar detenido. La nao de la que provenían sus ocupantes se mecía, mar adentro, con la suave brisa de la tarde otoñal. El señor, don Diego de Herrera, un hombre corpulento de edad madura delatada por el color blanco de sus cabellos, bajó del bote sin que le importara introducir sus botas en el agua. Abdul, el esclavo bereber más fuerte, se acercó desde la orilla a la embarcación y tomó en brazos a la señora, doña Inés Peraza, evitando con extremo cuidado que los faldones de su vestido se mojaran, y la depositó en el terreno seco.

A unos pasos les esperaban unos mozalbetes serios, Pedro y Fernán, hijos de la pareja. El mayor era de complexión delgada y el menor fuerte y ancho. Habían acudido a recibir a sus padres con Pedro de Aday, el veterano alcalde lugarteniente de los señores en su ausencia.

Fernán se adelantó a su hermano y corrió a abrazar a su madre. La mujer no era amiga de muchas expresiones de afecto y se limitó a un abrazo corto y un beso en la mejilla.

—¡Cuánto tiempo habéis estado fuera! —exclamó Fernán—. ¡Me ha parecido una eternidad!

—Ha sido solo un año —objetó el padre, que le dio otro abrazo a su hijo.

—Y hemos venido porque empieza a hacer fresco en Sevilla —añadió la madre, que dio a su otro hijo, Pedro, un solo beso en el rostro. El hijo mayor había salido a su madre, y no la abrazó. —Y no creas que no hemos tenido ganas de regresar a la isla durante el verano. Hizo una calorina en Sevilla inaguantable.

—Nos ha llegado la noticia de que el rey nos ha confirmado el derecho a la conquista de las islas —dijo Pedro—. Estamos todos de

enhorabuena.

—El rey Enrique, nuestro señor, no es tan dado a las mercedes como su abuelo —contestó su padre—, pero por fortuna en este caso se retractó a tiempo y dejó a los condes portugueses sin los derechos a las islas que quedaban por conquistar que antes les había concedido contra todo derecho. Menos mal que el arzobispo de Sevilla, Fonseca, nos dio la razón y su dictamen nos logró el favor de la orden real. Hay que estar atentos a las asechanzas de los hombres de Portugal, todos son unos taimados bribones y en cuanto pueden, te roban hasta la camisa.

—Y eso que vuestro yerno es portugués —replicó el muchacho.

—Por eso mismo lo digo. Tuvimos que ofrecer a nuestra hija María en matrimonio a un enemigo como Diego de Silva para que desocupara la torre de Gando que había tomado con engaños.

—Tampoco fue malo el casamiento —intervino doña Inés—. Es un noble portugués con posibles.

—Os librasteis de pagar los dos mil enriques que pedía por el rescate y de paso, nos quitasteis a la díscola María de en medio, lo cual os agradecemos.

—Refrena tu lengua, Pedro, y respeta a los miembros de la familia. Hace ya diez años de aquello, y Diego, aunque sea portugués, es parte de nuestra casa.

—¿Cómo ha sido la travesía? ¿Os habéis topado con algún navío? —cambió de tema Fernán, excitado con la llegada de sus padres.

—Hemos llegado sin ningún contratiempo —respondió el padre—. En esta época los vientos ayudan bien a la navegación. Hemos tardado apenas seis días en avistar estas islas.

—Es una marca notable —opinó Pedro—. Pocas veces se tarda menos tiempo en llegar desde Castilla.

—¿Cómo está Constanza? —repreguntó el pequeño de los Herrera.

—Delicada, como siempre —refunfuñó doña Inés—. Se ha quedado en casa. Tu hermana ya tiene que entrar en sociedad en Sevilla. Es hora de que encuentre esposo.

—Con esa nariz que tiene le va a costar un poco —dijo Pedro.

—Tan sutil y amable como siempre —respondió la madre, taladrándole con la mirada—. Tu hermana menor tiene muchos encantos y una buena dote que la convierten en un buen partido matrimonial. No lo dudes.

—Lo que vos digáis, madre —se rindió Pedro con una sonrisa disimulada.

El grupo se dirigió al extremo de la playa, donde la arena daba paso al duro suelo volcánico de la isla. Un grupo de acémilas y caballos les esperaban allí. Doña Inés se adelantó, atrajo hacia sí a Fernán y lo tomó del brazo.

—¿Cómo andan las cosas por aquí? ¿Se portan bien mis vasallos?

—Más o menos, madre —respondió el muchacho—. Este año la cosecha de grano ha sido mala. Apenas ha llovido y las cabras están delgadas, casi no se han apareado.

Doña Inés frunció el ceño. En realidad aquellas islas daban poco provecho. El suelo era seco y poco fértil. Por donde mirara se encontraba con un paisaje desértico, donde algún grupo de palmeras rompía el horizonte ocre de vez en cuando, y que distaba mucho del panorama sevillano con huertas como vergeles en que se había criado en su juventud. La tierra en Lanzarote era poco generosa con los cultivos, pero cuando se daban malos años, las perspectivas de acaparar rentas de los vecinos por la venta de algo de trigo o cebada, quesos y cueros cabrunos a los escasos barcos que pasaban por las islas disminuían muchísimo. Y es que allí llovía muy poco. La señora veía año tras año cómo las nubes pasaban de largo por encima de las bajas montañas de la isla sin descargar ni una gota. Todo lo contrario que ocurría en las otras islas, las grandes, Gran Canaria, La Palma y Tenerife, cuya su cara norte exhibía un tapiz de vegetación exuberante. Sin agua no había cosechas importantes ni ganado saludable, y sin ambos sus rentas, que además no había percibido en el último año, se mantendrían en un nivel excesivamente bajo. Por eso había ideado un plan para acrecentar su menguante riqueza, convenciendo al terco de su marido.

—Tal vez conviniera aplicar una mano un poco más dura que la de Aday —le comentó a su hijo.

—Vuestro alcalde hace lo que puede. A fin de cuentas, conoce de cerca a todos los vecinos y muchos son su familia.

—Lo que no puede ser es que nuestras rentas no se mantengan. Imagínate lo que se diría en Sevilla si la noticia de que nuestros vasallos son incapaces de pagar lo mínimo que necesitamos para mantener nuestra posición. Recuerda, Fernán, que eres un Peraza, de la ilustre familia de Las Casas, y que tu abuelo, que se llamaba como tú, fue un héroe de la frontera con los moros. Aunque el apellido de tu padre sea también importante, es tu sangre materna la que te da la verdadera nobleza.

—Lo sé, madre. Me lo habéis repetido infinidad de veces. Y estoy orgulloso de vos y de mis antepasados. Ya sabéis que tomaré vuestro apellido y no el de padre.

—Así me gusta, rapaz. Contigo da gusto hablar, no con el borrico de tu hermano.

—Pedro tiene sus rarezas, como todos.

—Es un mezquino y un envidioso. Y preveo que nos dará problemas cuando se haga mayor. Tienes que vigilarlo, Fernán, como te previne.

—Eso hago, madre. No os preocupéis.

Doña Inés siempre se enervaba cuando recordaba el sistema impositivo de las islas. Al desprendido de don Enrique de Guzmán, conde de Niebla y señor de las islas años atrás no se le había ocurrido otra cosa en junio de 1422 que conceder franqueza de tributos a los vecinos de Lanzarote y Fuerteventura, sin otra obligación que el pago del quinto de todas las mercaderías que sacaran fuera del archipiélago. Se notaba que nunca lo había visitado. Ella siempre trató de conseguir más impuestos para su casa, pero los consejeros del rey se habían opuesto. Aunque aquello no iba a quedar así. El rey Enrique era débil, y estaba segura de que en algún momento podría aumentar sus ingresos a costa de sus vasallos.

La señora se detuvo al llegar a lugar donde esperaban los animales de monta que les llevarían al interior, a la población de la isla, la gran aldea de Teguise, y se volvió hacia el grupo que le seguía a unos pasos.

—Pedro de Aday —le dijo al lugarteniente—, es nuestra voluntad que convoquéis para mañana mismo a los cabezas de familia de la isla. Deseamos que nos den cuenta de las rentas que nos deben.

El rostro de Aday se ensombreció.

—Me imagino, mi señora, que estaréis al tanto de que este año ha sido malo para las cosechas.

—Pues tendrán que hacer un esfuerzo —replicó la mujer—. Mi esposo y yo no podemos permitirnos vivir con unas rentas tan miserables.

—La tierra da lo que da, mi señora. Y en Fuerteventura es peor aún.

—No me interrumpáis. Hay que acrecentar nuestra riqueza, nuestro poder, la honra y fama de nuestra familia. Por lo pronto, a partir de ahora, la recolección de orchilla pasará a ser monopolio señorial. Nada de pagarnos con quintos, nos lo quedaremos todo.

—Pero, señora, de la orchilla sacan muchos vecinos el poco sobrante que tienen para comprar cosas de Castilla.

—¿Veis? Hay sobrante, vos lo estáis confesando.

Aday sabía que la orchilla, un liquen destinado a hacer tintes para la ropa que se extraía de las rocas costeras con cierto riesgo, era uno de los pocos bienes locales que se apreciaban por los mercaderes, que pagaban buenos dineros por su recolección.

La falta de contestación de Aday dio pie a la señora para proseguir:

—Además, si la tierra de las islas de nuestro señorío es poco fértil, nos haremos con otras que lo sean.

Aday la miró con cierta aprensión, ¿a qué se refería la señora? Doña Inés notó la intriga de su vasallo y se explicó.

—Hay que salir de este marasmo. Desde que expulsamos a los portugueses de esta isla hace quince años, no hemos hecho nada para acrecentar nuestro dominio en las otras. En La Gomera, apenas un par

de valles nos consideran los señores de la isla. Ya es hora de cambiar.

Aday recordaba perfectamente que durante un par de años los representantes del reino de Portugal desembarcaron en Lanzarote presentando unas escrituras por las que el malhadado Maciot de Betancor, el sobrino del conquistador Juan, había vendido las rentas de la isla a los lusos. Tras veinte meses de desencuentros, los vecinos lograron, a su costa y riesgo, expulsar de la isla a los extranjeros. Y sin que intervinieran para nada doña Inés ni su marido, que ahora se arrogaban la hazaña. El lugarteniente se sintió obligado a oponer argumentos a la última frase de su señora.

—Ya sabéis que La Gomera es un peñasco surcado por profundos barrancos. Es imposible caminar por ella sin subir y bajar montañas infranqueables. Son tan tremendas las quebradas que sus habitantes se tienen que entender por silbos.

—No me refiero a La Gomera, Alonso. Me refiero a Gran Canaria, ahora que nos han refrendado los derechos de su conquista.

El lugarteniente se quedó atónito unos segundos.

—¿Gran Canaria? Diego de Silva intentó sin éxito dominar a los canarios desde la torre que levantó en el pueblo de Telde. Los más de cinco mil hombres de pelea que tiene la isla son una barrera infranqueable. En esta de Lanzarote no hay más de setenta vecinos capaces de empuñar un arma. Y las torres que mantenemos allí están en peligro de caer en cualquier momento.

—Esta vez será distinto, Aday —sentenció la señora—. Nos ampara la legalidad y llegaremos a acuerdos con los canarios, tal como hemos hecho en La Gomera. Levantaremos una iglesia. Y luego, más torres.

Aday trató de disimular la expresión de escepticismo que revistió su semblante.

—No me fiaría nada de los canarios, mi señora. Ya sabéis que varios hijos de vuestros vasallos siguen como rehenes en la isla y no hay forma de los devuelvan. Los mismos que ofrecisteis como garantía de paz cuando os permitieron construir la torre de la costa.

—Los rescataremos por azuelas y cuchillos. Los canarios se desviven por cualquier metal. En el fondo, son una partida de salvajes idólatras. Es nuestro deber que entren en la fe de Cristo y nos reconozcan como sus señores. Por eso, mañana quiero recibir a todos los vecinos de la isla para hablar de mis rentas atrasadas. Y luego hablaremos con los de Fuerteventura.

—Os aviso que no tienen con qué pagaros. Apenas ha quedado algo de la cosecha para que sobrevivan de mala manera.

—Si no pueden pagarme en dineros, me pagarán con sus brazos. Pero me pagarán, Aday. No tengáis la menor duda. La Gran Canaria y sus ricas tierras nos esperan.

4

Alrededores del poblado canario de Telde, al este de la isla de Gran Canaria, 20 de octubre de 1469, cinco días después.

Cuando el último rayo de luz cayó tras las cumbres de la isla, Bentagoyhe, el rey de Telde, con todos sus guerreros distribuidos en seis escuadrones, llegó al lugar de encuentro con los combatientes del reino de Gáldar y se dispusieron a esperar antes de entrar en combate.

Era el momento que los habitantes de la isla habían esperado durante años. La situación era la más propicia. El jefe de los extranjeros, Silva, había dejado la isla definitivamente apenas un mes atrás y se había llevado consigo a sus hombres más cercanos, los portugueses, que tantos quebraderos de cabeza habían dado a los habitantes del guanartemato de Telde, y alguna vez también al de Gáldar, durante casi diez años. La presencia de los extranjeros en la zona había constituido una lacra para el reinado del Bentagoyhe, un guadnarteme débil e indeciso al comienzo de su reinado. No había sido capaz de impedir que los portugueses se instalaran por la fuerza nada menos que en su propio poblado, Telde, y que hubieran incluso levantado una torre defensiva en medio de la población. Con aquel ultraje había convivido tantos años, pero no iba a permitirlo por más tiempo.

En cuanto Silva partió de la isla, Bentagoyhe decidió fortalecer la alianza con los habitantes del otro reino de la isla, el de Gáldar, dejando a un lado las disputas y querellas locales de años atrás. El enemigo común así lo exigía, y las correrías de los hombres del portugués y de su suegro Herrera rapiñando ganado habían llegado más de una vez al territorio de los galdenses. Nadie estaba a salvo mientras los extranjeros siguieran en la isla.

Y el momento de expulsarlos había llegado.

Bentagoyhe convocó la asamblea del sábor una semana antes y los notables de ambos reinos se sentaron a decidir su futuro. En esta ocasión, no se presentaron los doscientos miembros de los dos sábores de cada guanartemato, sino una representación de cincuenta hombres, elegidos por los reyes entre los doce guairatos, las comarcas de la isla,

con los guaires, sus jefes militares, a la cabeza. El lugar de reunión, dado que los extranjeros se encontraban dentro del poblado, no pudo ser el cercado de piedra diseñado para ese uso, sino un llano a medio camino entre los dos reinos. Una vez reunidos, tomó la palabra el faysag de Telde, el sacerdote Guanariragua, para comunicarles que el rey Bentagoyhe tenía algo importante que decir. El régulo de Telde, un hombre maduro de anchas espaldas y mirada triste, se puso en pie y se dirigió a los congregados.

—Nuestro pueblo lleva muchos años de humillación continua soportando a los invasores que roban nuestras siembras y ganados cuando les place —el rey de Telde hizo una pausa para comprobar que todos asentían—. El jefe que los dirigía, Silva, ya no está, y se ha marchado con muchos de sus seguidores. Los que se han quedado en la torre de Telde y en la que está en la costa, en Gando, son los vasallos de Herrera. Odian a su señor y no ven la hora de volver a su isla. Sabemos de primera mano que su moral es baja y la resistencia será débil. Es el momento de acabar con ellos.

El guadnarteme de Gáldar, Egonayga, unos años mayor que su hermano, más alto y delgado, se levantó a su vez para hablar.

—Tenemos que medir las consecuencias de nuestros actos. Los extranjeros parecen infinitos y, aunque se vayan, siempre vuelven. Ya vimos cómo los portugueses eran mejores guerreros que los hombres de Lanzarote. ¿No sería mejor mantener a un enemigo débil como los vasallos de Herrera? Si los echamos, ¿no vendrán luego otros más fuertes? Esos hombres dicen que sirven a un rey muy poderoso que vive más allá del mar, en un lugar llamado Castilla.

Bentagoyhe logró contener su disgusto y respondió en tono sosegado.

—Lo dices porque no los tienes en tu territorio, en tu casa. Mantengo que hay que expulsar a cualquier extranjero que ponga su pie en nuestra isla, ahora y en el futuro. Ya nos engañaron varias veces con sus ofrecimientos de paz. Nosotros dos, tú yo, Egonayga, acordamos hace ocho años unas paces con Herrera que no ha cumplido a pesar de dejarnos a varios de sus hijos como rehenes. Nos pidió levantar un lugar de adoración a su extraño dios y abusó de nuestra confianza edificando además una torre de guerra. No podemos fiarnos de gente que falta a su palabra de esa manera. Tanto Herrera como Silva nos han robado de continuo y siguen haciéndolo hasta hoy día.

Un rumor aprobatorio provino de los hombres sentados que escuchaban con atención el debate. Egonayga pidió intervenir de nuevo con un ademán de su brazo.

—No puede haber discusión sobre que vivíamos mejor cuando los extranjeros no estaban en la isla. Y estoy convencido de que esta gente

ha venido para quedarse. Si los expulsamos, volverán, y tal vez con más fuerza. ¿No sería mejor llegar a una paz acordada con ellos?

—¿Qué paz puede haber cuando faltan a su palabra y honor? —preguntó Bentagoyhe—. Son traidores y pendencieros, y solo respetan la violencia. Ese es su idioma, y en él tenemos que hablarles.

De nuevo, un murmullo de mil palabras musitadas en voz baja recorrió el lugar. Egonayga esperó a que enmudecieran.

—Será la guerra, como tú dices, Bentagoyhe. Tus hermanos de Gáldar no van rehuir su compromiso. Pero preveo que va a ser larga y agotadora. Y aunque expulsemos mañana o pasado a los hombres de Lanzarote, volverán. Tenlo por seguro.

—Entonces, será mejor que no los expulsemos, sino que los aniquilemos. Así habrá menos enemigos vivos y los demás entenderán que en esta tierra no van a ser bienvenidos nunca.

—La violencia solo genera violencia, Bentagoyhe. En estos momentos, solo puedo rogar al altísimo Acorán que proteja a nuestro pueblo en esta guerra en la que nos vamos a meter.

—Sea la guerra entonces —dijo Bentagoyhe, alzando la voz.

Egonayga miró a sus hombres antes de contestar. Todos permanecieron mudos y expectantes.

—Sea la guerra —concluyó.

A la semana siguiente, el día acordado al caer el sol, la mayor parte de los guerreros de Gáldar se reunieron con unos capitanes de Telde en la parte alta del barranco que desembocaba en el caserío de Tara, cerca del gran poblado. Una montaña estrecha y alargada los ocultaba del poblado de Telde donde los castellanos habían levantado la torre defensiva, en medio de las casas canarias.

Egonayga se encontraba a la cabeza de sus hombres acompañado de los jefes de guerra de los guairatos de Agaete, Artebirgo, Tejeda, Arguineguín y Aguerata, todos ellos luciendo sus pinturas de guerra en la piel y armados con sus lanzas, dardos y tarjas. Sus colegas de dos de las comarcas del sur, Agüimes y Tirajana, les esperaban donde el barranco se ensanchaba. La oscuridad se adueñaba del ambiente y solo la luna menguante comenzaba a iluminar las cabezas de los guerreros, que se mantenían en absoluto silencio. Apenas se escuchaba otro sonido que el silbido del viento proveniente del mar.

—Nuestros hombres esperan al otro lado del poblado —anunció uno de los jefes militares del reino de Telde—. Atacaréis desde el poniente y nosotros desde el levante. Ya conocéis lo que pretendemos llevar a cabo. Hay que rodear la torre para evitar la salida de los defensores. Toda la población ha salido del pueblo de modo discreto, llevándose sus pertenencias.

Egonayga tragó saliva. La gente de Telde estaba dispuesta a hacer un sacrificio enorme.

—¿Estáis seguros de lo que vais a hacer? —preguntó al guaire.

El interpelado le sostuvo la mirada con determinación.

—Estamos seguros. ¿Estáis con nosotros?

—Lo estamos —sentenció el rey de Gáldar.

A una señal de su líder, los hombres del oeste de la isla se pusieron en marcha tras los guías locales. Siguieron el cauce del barranco hasta llegar a la planicie de Tara. Desde allí se dominaba el enorme caserío del poblado de Telde. Todas las casas, más de doscientas, eran bajas, de paredes de piedra y techumbre de madera y barro, semienterradas en el pavimento, y por encima de sus cubiertas sobresalía la edificación cuadrada de la torre de los castellanos. El contorno de la fortificación se reconocía perfectamente gracias a las luces que sus ocupantes ya habían encendido. Desde donde se encontraban, los hombres de Gáldar no advirtieron ningún movimiento en el pueblo, aunque el débil resplandor de los fuegos de muchos hogares atravesaba los huecos de las puertas abiertas. Los habitantes del poblado los habían encendido para dar sensación de normalidad.

El guaire de Agüimes se acercó a Egonayga.

—Ahora, esperaremos a que Bentagoyhe actúe y nos desplegaremos en torno al pueblo. El viento sopla fuerte y nos ayudará.

Egonayga asintió y sus guaires también, todos sabían lo que tenían que hacer. No tuvieron que esperar mucho. A un silbido, varios hombres salieron de las casas más cercanas a la torre portando antorchas encendidas de tea. Sin dudarlo un segundo fueron prendiendo fuego a las techumbres de paja y madera. En unos minutos comenzaron a levantarse decenas de columnas de humo y los canarios no tuvieron que esforzarse más, las llamas empezaron a saltar de casa en casa avivadas por el viento, iniciando el incendio de todo el poblado.

Desde la distancia, Egonayga vio cómo los centinelas de la torre alarmaban a sus ocupantes. Muchos de ellos se asomaron a las almenas del piso superior y comenzaron a dar voces de alerta. Los teldenses de las antorchas convergieron todos alrededor de la fortificación y de una construcción anexa que hacía la veces de almacén y las lanzaron a su interior por los huecos de las ventanas y las saeteras. Los gritos y órdenes de los castellanos se escucharon en medio de la noche.

—Es el momento de rodear el pueblo —dijo Egonayga.

Todos los hombres se acercaron al límite del poblado y se abrieron en un semicírculo amplio, esperando acontecimientos.

—El enemigo de los castellanos no es el fuego —dijo el guadnarteme al guaire de su comarca, que se encontraba a su lado—. Será el humo.

Las llamas de las casas rodearon por completo la torre, donde sus

ocupantes habían logrado mantener a raya el fuego. No ocurrió lo mismo con el almacén, que comenzó a arder con fuerza. Las llamaradas alcanzaron los muros del recinto fortificado y el calor obligó a los centinelas a huir escaleras abajo. En unos minutos, un humo denso envolvió sus paredes y por un instante impidió a los galdenses observarlos al resplandor de la inmensa hoguera en que se había convertido el poblado. Tal como esperaban, la puerta de la torre se abrió y unos hombres salieron en tropel por ella, ahogados por el humo.

Egonayga dio la señal a sus hombres y los guaires comenzaron a silbar, dando la orden de carga. Un clamor de cientos de voces de guerra partió de sus hombres y fue correspondido por otro coro que se acercaba por su derecha. Los hombres de Telde cargaron también contra los castellanos que trataban de escapar del infierno en que se había convertido la población por la calle más ancha, empujándoles hacia donde les estaban esperando Egonayga y su hombres. Los castellanos huían en desorden, a medio vestir y sin su equipamiento completo. Apenas cinco o seis caballos espantados fueron entrevistos en la humareda. Los guerreros de Telde, en proporción de diez a uno, cayeron sobre los europeos instantes antes de que lo hicieran los de Gáldar. Los cincuenta hombres de la guarnición no tuvieron oportunidad de sobrevivir al ataque. Cegados por el humo, trataron de revolverse con sus espadas ante los innumerables dardos que les lanzaban los isleños, pero fueron cayendo todos uno a uno. Los últimos trataron de rendirse, tirando sus armas pero fueron igualmente masacrados. La consigna era que no hubiese prisioneros.

El combate acabó con rapidez. Los gritos de euforia fueron decreciendo mientras algunos de los hombres se entregaban al pillaje de los caídos. Bentagoyhe se abrió camino entre sus guerreros hasta llegar a Egonayga.

—Es una gran victoria —dijo, exultante.

—Con un gran coste —respondió el rey de Gáldar, contemplando el incendio.

—El poblado lo reconstruiremos en muy poco tiempo. Mañana derribaremos esa torre y no quedará piedra sobre piedra que recuerde el paso de los invasores. Y más adelante, haremos lo mismo con la otra torre de la costa.

—Eso ya os toca a vosotros. Nuestro compromiso está cumplido, Bentagoyhe. Nos volvemos a nuestro territorio.

El guadnarteme de Gáldar puso su mano en el hombro de su hermano.

—Gracias por el apoyo, Egonayga. Este es un gran día para todos nosotros.

Egonayga dulcificó la voz todo lo que pudo para no parecer

descortés.

—Es el día en que empezamos a cavar nuestra propia tumba.

5

Gáldar, Gran Canaria, 20 de octubre de 1469, mismo día.

La luna ofrecía su semicírculo iluminado sobre las cumbres de la isla. Brindaba la suficiente luz para poder moverse por el poblado sin necesidad de portar una antorcha. Era el momento en que Fernán Guerra y Juan Mayor, dos vecinos de la isla de Lanzarote que habían caído cautivos de los canarios dos años antes, se aprestaban a poner por obra su plan de fuga.

El caserío de Gáldar se encontraba en silencio. Hacía bastante tiempo que todos sus pobladores dormían y las brasas de los hogares apenas proporcionaban el resplandor suficiente para mitigar la oscuridad reinante. La mayoría de los hombres de guerra se encontraban en la otra parte de la isla. Algo habían escuchado los dos prisioneros sobre un ataque a los castellanos en el guanartemato de Telde, a un día de distancia de allí. La falta de vigilantes suscitaba una ocasión propicia que los lanzaroteños no pensaban dejar escapar.

Habían tenido la mala suerte de caer prisioneros de los canarios en uno de los desembarcos que habitualmente hacían los vecinos de Lanzarote y Fuerteventura en la costa de Gáldar en busca de ganado y de algún incauto pastor. En aquella ocasión, el cazador fue sorprendido por su presa y Fernán, Juan y el hijo de este lograron detener durante unos instantes la agresiva acometida de los naturales a golpe de espada para que sus compañeros de expedición pudieran escapar y acogerse a la barca que les esperaba en la orilla de la playa de desembarco. Para su sorpresa, una vez los tres resistentes fueron reducidos, los canarios no les dieron muerte. En vez de eso, los llevaron al poblado principal de Gáldar, un conjunto enorme de más de cuatrocientas casas para que comparecieran ante su jefe, el guadnarteme. Por señas y alguna palabra suelta que conocían, entendieron que se les respetaba la vida a cambio de que trabajaran como servidores de algunas casas principales de los galdenses.

Al comienzo de su cautividad se encargaron de acarrear leña desde los montes circundantes hasta el poblado y ayudar en la construcción de sus curiosas viviendas. Eran casas circulares por fuera y con planta de cruz griega por dentro, semienterradas en el suelo y con techos de

madera y barro. Estas duras labores fueron sustituidas con el tiempo por la de carniceros, oficio que repelían los canarios. El trabajo era mucho más ligero y siempre podían distraer algo de carne para su propio consumo. También debían obedecer las órdenes de las mujeres de los notables del pueblo, sobre todo para llevar a cabo la molienda del grano, la recogida de las cosechas, y en ocasiones, bien vigilados, la recolección de lapas, mejillones y burgados en las rocas de la costa.

En aquellos dos años habían aprendido la lengua de los canarios, que dominaban con bastante soltura, lo que había facilitado su relación con los naturales. Sus vestimentas castellanas habían desaparecido de puro viejas y ahora vestían como sus anfitriones, con camisas largas de piel de cabra, muy bien cosidas, eso sí, y aderezadas de vivos colores. Fernán dormía en una casa adosada a la del guadnarteme como servidor de la familia de este, junto con otros cinco jóvenes cautivos castellanos, dejados allí como rehenes de buena voluntad por Diego de Herrera al levantar la torre de Gando. Como las promesas no se vieron refrendadas con los hechos debido a la presencia hostil de los portugueses de Diego de Silva, los chicos permanecían en la población sin fecha prevista de liberación. Fernán, Juan y su hijo habían decidido, dado que los rehenes no se atrevían a escapar, esperanzados en que cualquier día los liberaría el guadnarteme, en dejarlos fuera de su planes.

Los castellanos tenían un método para medir el tiempo por la noche. Colocaban un número concreto de troncos de tilos en el hogar central de la casa al anochecer y esperaban a que se consumieran sin añadir ninguno. Cuando solo quedaran las brasas, ese sería el momento para salir del pueblo. Juan dormía en otra casa similar a la de Fernán, en el centro del poblado, que compartía con una familia canaria humilde, aunque durante el día estaba al servicio de un notable de la familia real, un sobrino del guadnarteme llamado Guayedra Tenesor.

Que Fernán hablara ponto el idioma canario le ayudó a congraciarse con los canarios a los que tenía que servir. Andaluz de origen, gracias a su carácter sociable logró caerles simpático a los canarios, aunque nunca pudo vencer la distancia en el trato que dispensaban a los extranjeros.

Fernán, al cabo de los dos años de estancia en el valle de Gáldar, mantenía un trato afable, aunque siempre respetuoso, con Tenesor, y algo más próximo con su esposa Abenchara, mujer de sangre real. Pero la confianza se estableció con Tenoya, la hija del canario de un matrimonio anterior, una niña risueña e inteligente que apuntaba a que iba a convertirse en una mujer hermosa. Aquella misma tarde había tenido una conversación con ambas. Abenchara se dirigió a él una vez terminó de moler el grano de cebada para convertirlo en gofio

en unas ruedas planas de piedra volcánica.

—Fernán, nuestros hombres han salido a luchar contra tu gente. Si vencen, muchos de los tuyos morirán. Luego, sus familias clamarán venganza, y volverán. Y tendremos que expulsarlos de nuevo o matarlos ¿Crees que alguna vez serán nuestros pueblos capaces de vivir en paz?

Abenchara no era muy dada a esas explosiones de meditación trascendente, lo que llamó la atención al andaluz.

—Los castellanos somos un pueblo diferente. Llevamos ochocientos años reconquistando tierras que nos fueron arrebatadas por los musulmanes. Recuperamos los territorios y los poblamos. Allá donde vamos, allí nos quedamos, es nuestra costumbre. No hay otro pueblo en estos tiempos que haga tal cosa, lo que nos caracteriza.

—Me has contado que los musulmanes son gentes que adoran a vuestro mismo dios, pero le dan otro nombre, y eso los hace enemigos vuestros. ¿Tenéis amigos la gente de Castilla?

Fernán se sorprendió de la pregunta y tardó un rato en construir la respuesta.

—Son amigos de los castellanos los que no levantan sus armas contra nosotros.

—Sin embargo, invadís por la fuerza otras tierras. ¿Cómo pretendéis ser bienvenidos?

—En estos tiempos hay pocos amigos. La vida es dura en todas partes, tanto allá como aquí.

—La vida la hacéis dura los hombres armados que viajáis en vuestras casas sobre el mar. Los canarios no hemos ido a Lanzarote ni a Castilla a robaros el ganado.

—Tienes razón. Somos un pueblo guerrero y pendenciero que tomamos como pretexto nuestra fe cristiana, que queremos imponer. Es el mundo que nos ha sido dado, solo lo continuamos.

—Nuestro mundo también nos ha sido dado y corre peligro de muerte a causa vuestra.

—No todos los castellanos son agresivos. Vendrán tiempos malos para tu pueblo, pero verás como siempre habrá hombres del nuestro que tratarán de ayudaros. Yo mismo lo haré, si tengo la oportunidad.

—También veo el horizonte oscuro, Fernán. Sin embargo, espero que no tengas esa oportunidad de la que hablas.

La mujer se levantó de su asiento en la puerta de su casa. La tarde caía y comenzaba a hacer fresco.

—Quería decirte una cosa, Fernán.

—Dime, Abenchara —el andaluz nunca se acostumbraría a esos nombres tan extraños.

—Mañana volverán nuestros hombres. Tanto si han vencido como si han sido derrotados, volverán cargados de ira. Tal vez sea bueno

que no estéis aquí. Sois el enemigo, no lo olvides. Y esta noche voy a tener el sueño profundo.

Fernán captó la mirada cómplice de la mujer.

—No lo olvido, señora —y añadió, casi como una despedida—. Deseo de corazón que te vaya bien en el futuro.

—Será lo que nuestro Dios, el mismo que todos adoramos con distinto nombre, decida.

Abenchara entró en su casa y Fernán se quedó fuera. Tenoya se acercó hasta el castellano y le ofreció un saquito de cuero lleno de gofio, una harina de cebada tostada y molida.

—Esto es para tu viaje, Fernán —le dijo, con ojos tristes.

—No he dicho que vaya a viajar —contestó el castellano.

—No hace falta que lo digas. Lo sé yo, y mi madre también. Nadie más. Espero volver a verte alguna vez.

—Y yo, Tenoya. Siempre seremos amigos.

—Mi padre siempre dice que no hay que fiarse de la palabra de los extranjeros, pero yo me fio de ti, Fernán. Siempre seremos amigos.

Las brasas llegaron a su punto más bajo y Fernán Guerra despertó de sus recuerdos para disponerse a salir de la casa. Se levantó de la estera sin hacer ruido y cogió las pocas cosas que necesitaría en su escapada. Algo de abrigo, la bolsa de comida y una vara larga que le sirviera de apoyo en las rocas y de defensa. La puerta no tenía cerradura y la entreabrió, deslizándose por el hueco.

Salió al exterior. Hacía fresco y la humedad se había enseñoreado de todas las superficies. Conocía de memoria la disposición de las casas en las tortuosas y estrechas calles que delimitaban unas viviendas de otras. Se dirigió al gran corral del sábor, el lugar donde se realizaban las grandes celebraciones, donde había quedado con su compañero de cautiverio Juan Mayor. No tardó mucho en llegar y comprobó que lo esperaba impaciente.

—Llegas tarde, Fernán —le dijo en un susurro.

—Tal vez la madera estaba húmeda y tardó por ello más en quemarse —le respondió.

—Lo que quieras, pero salgamos de aquí cuanto antes.

—¿No viene tu hijo? —preguntó Guerra.

El hijo de Juan Mayor era uno de los rehenes ofrecidos en su día por Diego de Herrera y el plan era que les acompañase.

—Lo mandaron a apacentar ganado hace dos días al interior. No he podido evitarlo.

—Volveremos a por él en cuanto podamos —repuso Guerra—. ¿Vamos por donde dijimos?

Fernán recordó el plan: caminarían por la costa en dirección al naciente. Sabían que los canarios no se aventuraban demasiado por las playas cuando los navíos castellanos surcaban las aguas próximas. Y

menos en aquel momento, en que había guerra declarada con ellos.

—Seguiremos la costa hasta dar con la torre de Gando. Allí encontraremos a nuestros vecinos. Y ellos nos llevarán a casa. Hace dos años que no veo a mi hija Catalina. Habrá crecido mucho.

—Y yo a mi mujer, Mencía, que espero que me haya esperado —Guerra sonrió, sabía que su esposa lo esperaría siempre.

—Pues salgamos de aquí. Aprovechemos que hoy no hay vigilancia.

—¿Has oído los rumores del ataque a la torre de Telde?

—Los he oído y no me gustan. Pero gracias a eso podremos escapar. ¿Nos vamos?

—Vámonos, y deprisa.

6

Sanlúcar de Barrameda, 27 de octubre de 1469, una semana después.

—¿A dónde vais, rapaces?

Doña Aldonza, la esposa de don Pedro Fernández de Lugo, cuyo nombre se resumía comúnmente en don Pedro de Lugo, se encontraba cerca de la puerta principal de la casa familiar de Sanlúcar. Allí descubrió a sus dos hijos, Pedro y Alonso, tratando de salir a la calle sin ser percibidos. Los muchachos, sorprendidos en su intento, se detuvieron en el umbral. Pedro, el mayor, delgado y de mirada sosegada, todo lo contrario del vivaracho de su hermano, más bajo e inquieto, respondió por los dos.

—Ha llegado la carabela de Pedro de Vera. Dicen que trae esclavos berberiscos y canarios. ¿Podemos ir a verlos?

—Ese no es un espectáculo para niños. La subasta me parece algo denigrante. Sobre todo cuando hay mujeres a la venta.

—Ya no somos niños, madre. Tengo trece años.

—Y yo once —apostilló Alonso, tratando de hacer causa común.

La madre, que hilaba con una rueca una capa para su esposo, los miró pensativa.

—Todo el mundo tiene esclavos, madre —arguyó Pedro—. No es nada del otro mundo.

—Nosotros no tenemos. Vuestro padre solo quiere criados a su alrededor. No se escapan y así no hay que pagar para que los capturen y los traigan de nuevo a casa.

—Dicen que van a venir hombres ricos de Sevilla a la subasta —añadió Alonso—. Puede que hasta venga el primo Juan. Y tal vez acuda con el propio micer Pietro Giovanni.

—Micer Pietro Giovanni de Riberol está muy ocupado en sus negocios. No creo que tenga tiempo para perder un día en venir a Sanlúcar. En cuanto a tu tío, no me extrañaría nada que apareciese. Siempre está metido en todo tipo de enjuagues turbios.

—¿Enjuagues? ¿Lo dices porque vende jabón? —preguntó Alonso, ingenuo.

La madre, sorprendida, no pudo evitar lanzar una risotada. No se esperaba la pregunta.

—Os doy permiso, pero solo si viene el primo Juan. Si no es así, os volvéis a casa.

—Gracias —dijeron ambos al unísono y salieron corriendo de la casa antes de que su madre cambiara de opinión.

La casa de los Lugo, grande y de piedra, como correspondía a una familia de comerciantes de prestigio, se encontraba en el barrio alto de la ciudad. Los hermanos pasaron por delante de la fachada lateral de la iglesia de Santa María de la O, sobria y elegante, y dejaron a su derecha el palacio de los condes de Niebla. Tras rodear unas casas, salieron del recinto amurallado por la puerta del Mar y se dispusieron a descender por la cuesta de Belén. Al comienzo de la bajada vieron la enorme desembocadura del río y los navíos que arribaban a la costa. Se detuvieron un segundo para contemplar cómo la carabela de Pedro de Vera, espléndida, llegaba al estuario del Guadalquivir con su velamen a medio arriar.

—¡Allí está! —exclamo Alonso—. Nos dará tiempo a ver el desembarco.

Los muchachos reanudaron la carrera, esta vez más fácil por el desnivel. Sortearon las tiendas de las covachas y enfilaron por la calle de los Bretones, donde vivían muchos comerciantes extranjeros, y salieron a la explanada del Cabildo. Enfrente de la casa del concejo comenzaba la playa donde se realizaba la descarga de las naves que arribaban a la costa. Un tropel variado de personas, animales y carruajes esperaban junto a la orilla la llegada de la nave. En la playa, muchas pequeñas embarcaciones de pesca dormitaban sobre la arena tras una madrugada de faena.

Los muchachos se mezclaron entre la muchedumbre deslizándose, cuando no dando empujones, entre hombres y mujeres curiosos que esperaban a que las chalupas trajeran a tierra lo que quiera que Pedro de Vera, caballero jerezano bien conocido por sus hazañas en la frontera granadina, hubiera capturado en sus cabalgadas en tierras de moros y de canarios. A lo largo del siglo se había convertido en una actividad económica más de los castellanos establecidos en el sur de

Andalucía la captura de hombres y de ganado en los aduares bereberes tanto de la costa africana como en las playas de las islas. De igual modo que Pedro de Vera, otros caballeros andaluces y navegantes vascos rivalizaban por traer el mayor número de presas, destinadas a las subastas de esclavos y de ganado del estuario del Guadalquivir.

La carabela arrió por completo las velas y lanzó el ancla. De inmediato, una decena de barcas se acercó a las bordas para recibir a los recién llegados.

—¡Allí está el capitán Vera! —señaló con el dedo Alonso. Un hombre con un gorro rojo adornado con plumas de avestruz destacaba en la proa de la embarcación.

—Seguro que trae una buena presa. Desde aquí es posible olerla —respondió Pedro, arrugando la nariz.

La mezcla de ganado y esclavos amontonados en los bajos del navío durante una semana provocaba un hedor que anunciaba el nivel de éxito de la expedición.

—De mayor seré como Pedro de Vera —entonó Alonso—. Recorreré los mares y lucharé contra los infieles, allá donde estén.

Pedro le echó a su hermano una mirada burlona.

—Seguro que sí, e incluso conquistarás reinos para Castilla.

Alonso respondió a la ironía de su hermano con una mirada feroz.

—Tiempo al tiempo —respondió, con cierto desafío, y dedicó su atención a los hombres que comenzaban a descender del barco. Tras algunos marineros y hombres de armas aparecieron los primeros cautivos.

—Esos son azenegues —indicó Pedro—. Piel oscura, pero no son negros, y visten como la morisma. Vienen de la costa de más allá del Cabo Bojador.

Los hombres jóvenes lucían grilletes en las muñecas, un par de mujeres, sin ataduras, les siguieron en su bajada a uno de los esquifes. Su mirada, como la de tantos otros apresados en el vecino continente, denotaba una mezcla de confusión, desconfianza y mareo físico. Siempre llegaban en un pésimo estado debido a la dureza del viaje, día y noche al raso en una bamboleante carabela que parecía gozar cabeceando sobre las olas del océano. En una semana en tierra adquirirían otro aspecto. Siempre ocurría así, y todo el mundo lo sabía. El ojo experto de los compradores de esclavos sabía discernir de aquellos despojos humanos los que valían para trabajos duros de los que no eran capaces.

Otro tipo de cautivos apareció por la borda.

—Esos que tienen la tez más clara son berberiscos, de más al norte, de las tribus musulmanas del río Draa. Los hay de paces y los hay de guerra, a quienes se puede capturar. Espero que esta vez no se hayan

equivocado y hayan apresado de nuevo a los de paz.

—¿Y cómo se les distingue? Todos visten a la moruna.

—Ahí está el problema, que no se les distingue. Y como no lleves a alguien que sepa hablar su algarabía, no se les puede preguntar. De cualquier modo, si son de paces, lo harán saber cuando estén aquí. Pero no te preocupes, luego ninguno quiere volver a su tierra. Prefieren quedarse en Castilla.

—O se van a Granada, con los moros de España.

—De España por poco tiempo. Se dice que si la princesa Isabel es coronada reina, va a expulsar a los moros granadinos.

—Pues es empresa harto costosa, según aseguran los viejos. Llevan cientos de años allí y va a ser difícil que se vayan.

—Ya se verá. —Pedro dirigió su atención a los siguientes en desembarcar—. Esos son canarios, guanches de Tenerife. Fíjate que visten solo con pieles cosidas sin colorear. Los de la Gran Canaria llevan vestidos de piel también, pero de colores.

—Son más blancos que los africanos —dijo Alonso—. Y de un porte más digno.

—Pero no te engañes, son gentiles salvajes, adoran al sol y viven en cuevas.

—Aquí también hay gente que vive en cuevas —terció el hermano menor.

—Pero no es lo mismo. Las de ellos no tienen puertas ni ventanas.

Alonso entendió que ese detalle era básico para definir a un salvaje y se encogió de hombros.

Los canarios fueron bajados de la carabela a los botes ligados con cuerdas. El joven Lugo comprobó que varios de ellos eran hombres jóvenes y fuertes, al contrario que en otras ocasiones, en que llegaban solo mujeres y hombres maduros. Decían que era muy difícil atrapar a los canarios jóvenes, que su agilidad era proverbial y que eran capaces de huir escalando las paredes más verticales, igual que hacían sus cabras. Por ello, su presencia era motivo de admiración hacia Vera y sus hombres.

Los chicos estaban tan ensimismados que no vieron una sombra que se les acercó por detrás y les revolvió el pelo.

—¡Aquí están estos dos bribones! —exclamó una voz poderosa.

Los muchachos reconocieron a su primo sin verlo. Se volvieron y lo abrazaron al unísono.

—¡Primo Juan! Sabía que vendrías —dijo Pedro.

—¿Tenéis permiso de vuestros padres para estar aquí? —les preguntó, sonriente—. ¿O tendré que llevaros a casa a la fuerza?

—Madre nos ha dejado venir —respondió Alonso, omitiendo la condición de la presencia de su primo para permanecer allí.

Juan de Lugo, un astuto comerciante de Sevilla, socio de la familia

genovesa Riberol, una de las más ricas de la ciudad hispalense, tenía debilidad por sus dos primos, aunque pocos lo sabían. Había hecho fortuna a la sombra de los genoveses y, aunque se había establecido por su cuenta, los negocios con los italianos eran cuantiosos, tanto que muchas veces no se sabía si actuaba en su propio nombre o como representante de Pietro Giovanni de Riberol y de sus hermanos. Lugo, un hombre cercano a cuarenta años, delgado y con profundas entradas en su frente, no tenía hijos, por lo que el cariño hacia aquellos dos mozalbetes crecía con el paso de los años. Pedro tenía madera de comerciante y Alonso siempre estaba conquistando sueños. Se dedicaría a la milicia, sin duda.

—Creo que Pedro de Vera ha hecho un viaje provechoso —dijo, a mirando hacia la carabela—. Tengo el encargo de mis socios de hacerme con unos cuantos esclavos para trabajar en sus olivares y en la fábrica de jabón, o tal vez en las haciendas familiares de Italia.

—Esos parecen fuertes —dijo Pedro, y señaló una de las barcas que se acercaban.

Juan de Lugo echó un vistazo a la mercancía humana que ocupaba el centro de la embarcación.

—Los canarios son fornidos y resistentes —comentó—. Se tarda más que con los moros para que aprendan nuestra lengua y costumbres, pero luego son mejores trabajadores. Pujaré por ellos en la subasta, tengo la faltriquera llena de monedas.

Los jóvenes admiraron la naturalidad con la que su primo hablaba de dineros. Se contaba que prestaba ciertas cantidades al rey Enrique, siempre tan falto de numerario. A golpe de préstamo se estaba haciendo un nombre en la corte, y eso era fascinante para ellos.

—Fijaos en aquel de allí, el que no tiene la barba crecida —dijo Alonso—. Se resiste de mal grado a bajar al bote.

La mirada de los tres, y de las decenas de personas concentradas en la playa, se dirigió a la barca que se encontraba al costado de la carabela. Uno de los canarios, con grilletes en las muñecas, se revolvía inquieto en la cubierta de la pequeña nave. Dos marineros trataron de obligarlo a sentarse en el suelo, pero este, de improviso, se lanzó con el hombro contra uno de ellos y del impacto lo lanzó por la borda. El sorprendido tripulante cayó al agua con un grito que llamó la atención de todos a su alrededor. El bote cabeceó a los lados con la pérdida de peso del caído, lo que aprovechó el canario para girarse y enfrentarse al otro marinero, que dudó unos instantes cómo acometerlo sin comprometer la flotabilidad de la barca. Esta demora fue suficiente para que el canario tuviera tiempo de asir con las manos uno de los remos, sacarlo de su anclaje central y levantarlo con facilidad sobre su cabeza. Con un molinete rápido lo hizo girar sobre su hombro y uno de los extremos del remo golpeó en la cabeza al marinero, que cayó

cuan largo era en el fondo del bote. Un tercer marinero, el que gobernaba el timón en la parte trasera de la barca, sacó un cuchillo de su funda en el cinturón y se aproximó al canario.

—¡Nada de matarlo! —gritó Pedro de Vera desde la carabela— ¡Tiene un valor muy alto!

El marinero escuchó la voz, pero hizo caso omiso, y blandió el arma adelantando el brazo. El canario no se amedrentó lo más mínimo, y con un veloz giro en diagonal de arriba hacia abajo del remo sobre su hombro dio con el palo en el cuello del sanluqueño, que trastabilló junto a la borda y terminó cayendo también al río.

—¡Vive Dios! —exclamó Juan—. ¡A ese hay que comprarlo!

El canario soltó el remo y dijo algo a sus compatriotas que estaban en el bote. Todos ellos, unos seis, se levantaron del fondo de la embarcación y ante la estupefacción de todos los presentes, se lanzaron al agua y se sumergieron en las aguas turbias de la desembocadura del Guadalquivir.

—¡Tras ellos! —gritó Vera—. ¡Que no escapen! ¡Y sacad a los marineros del agua!

Las cabezas de los canarios aparecieron unas cuantas varas más allá, en dirección a la otra ribera. Los marinos de Sanlúcar, acostumbrados a maniobrar sus barcas en la pesca de los atunes, desplegaron a remo sus naves en un círculo amplio alrededor del grupo de nadadores fugitivos y no tardaron en rodearlos.

—La aventura de los canarios termina ahí —dijo Juan de Lugo.

Los pescadores lanzaron sus redes sobre los canarios y los atraparon con un movimiento envolvente.

Juan de Lugo se adelantó unos pasos a la muchedumbre, casi metiendo los pies en el agua.

—¡Don Pedro! —le gritó a Vera desde la orilla— ¡Me quedo con todos los canarios al mismo precio de la última vez!

—¿Traéis el dinero, don Juan? —le preguntó el interpelado desde la carabela.

—Lo traigo.

—Pues vuestros son.

1475

7

Segovia, 2 de enero de 1475. Cinco años después.

—Tía, ¿por qué el tío Andrés se ha vestido tan elegante?

Doña Beatriz de Bobadilla se volvió hacia su sobrina, que llevaba su mismo nombre, y le sonrió. Siempre había sido curiosa, y los acontecimientos de aquellos días la hacían más preguntona todavía.

—Va a recibir al rey don Fernando, que llega hoy de Aragón. Tu tío es persona muy importante en esta ciudad de Segovia. Ya sabes que es el tesorero real, el que tiene las llaves de las salas donde se almacenan las joyas y los dineros del reino.

—¿En ese lugar del alcázar donde no se deja entrar a nadie? ¿El que tiene los tapices de las paredes de color granate?

La esposa de Andrés Cabrera miró a su sobrina con un gesto de reproche. Era evidente que ella sí había entrado en aquellos aposentos. Andrés, como todo el mundo en Segovia, no podía negarle ningún capricho a aquel ángel rubio que acababa de cumplir unos rutilantes dieciséis años.

—Y por eso veo aquí a tantos grandes de Castilla —prosiguió la jovencita—. El arzobispo de Toledo, el cardenal Mendoza; los Alba; los Enríquez. Duques y condes a mansalva. Tienen la ciudad patas arriba con tanta gente y criados con los que han llegado.

—Es un acontecimiento muy importante, Beatriz —le contestó su tía—. Tras la muerte del rey Enrique, que Dios lo tenga en su Gloria, nuestra señora doña Isabel fue proclamada reina de Castilla al día siguiente, y hoy llega su esposo, para que la ciudad y el reino lo reciban como rey consorte que es.

—¿Y por qué se dio tanta prisa en ser proclamada y no esperó a que llegara don Fernando?

Doña Beatriz se percató una vez más de la insaciable curiosidad de su sobrina. Podrían estar así toda la tarde y la chiquilla seguiría

atosigándola a preguntas.

—Sabes que existe el partido de doña Juana, la hija de la esposa del rey difunto. Muchos dicen que don Enrique no era su padre, que fue engendrada por un valido de la corte, incluso con el visto bueno de su esposo. Para evitar que algunos nobles contrarios a Isabel pudieran plantear que fuera Juana quien tomara la corona, ella se adelantó.

—Doña Isabel siempre ha sido muy lista. Nunca puedo ganarle al ajedrez. ¿Y creéis que esa jugada de la reina propiciará que continúe la paz?

—No lo sé. El rey de Portugal apoya los derechos de su sobrina Juana, y no ve con buenos ojos a Isabel, a la que considera una usurpadora. Lo más seguro es que haya guerra.

—¿Y eso nos puede afectar a nosotras?

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir con las guerras, Beatriz. Tal vez nos pase desapercibida o tal vez nos marque para toda nuestra vida.

Beatriz meditó un segundo sobre la frase de su tía, pero solo un segundo.

—¿Y por qué vamos caminando a la puerta de San Martín y no esperamos en palacio? Se está haciendo de noche y hace frío.

—Quiero ver de cerca lo que va a ocurrir, Beatriz. Hay que tener en cuenta que el rey se enteró de la proclamación de la reina por terceros antes que por ella. Y en Aragón las mujeres no pueden reinar. Don Fernando puede estar molesto, o incluso enfadado, y por eso me interesa comprobar la predisposición con la que llega para contárselo a la reina antes de que se encuentre con él —doña Beatriz bajó la voz—. Me lo ha pedido como un favor.

—Dicen que siempre habéis sido muy amigas.

—Así es. Desde que la internaron en el castillo de Arévalo con su madre, que no andaba bien de la cabeza, yo fui una de las cinco damas que la atendieron allí. Estuvimos viviendo juntas más de seis años, hasta que el rey Enrique la llamó a la corte.

Las dos beatrices, a quienes abrían paso entre la multitud dos lacayos, llegaron a las inmediaciones de la casa de los Picos, un edificio de construcción reciente en cuya fachada lucían más de seiscientos salientes de granito, que era la que lindaba con la muralla y la puerta de San Martín, una de las cinco de la ciudad, la que se encontraba orientada al sur. El espacio no era muy amplio y por allí tenía que pasar la comitiva del rey de Aragón. Aprovechando que la puerta de la casona estaba abierta, doña Beatriz llevó a su sobrina de la mano y se refugiaron en el arco de medio punto de la entrada. Desde allí podían ver lo que ocurría al otro lado de la alta arcada que se abría en el muro de la ciudad.

Los heraldos anunciaron la llegada del rey Fernando. Varios

caballeros se adelantaron a los notables del reino, que cabalgaban junto al monarca de Aragón y de Sicilia. Beatriz reconoció al joven que todos querían arropar en su entrada a la ciudad. Vestía una larga capa negra que le cubría hasta los pies, ocultando sus ropajes, en señal de duelo por la muerte del anterior rey. Sin embargo, justo antes de cruzar la puerta, se llevó la mano al broche que la sustentaba y lo soltó, despojándose del oscuro sobretodo. A los ojos de los presentes refulgieron los dorados de su vestimenta, dotada de filigranas de oro y joyas, fiel reflejo de su regia categoría.

El tesorero real Andrés Cabrera y el corregidor de la ciudad dieron la bienvenida al recién llegado y a su comitiva, y a continuación pasaron por delante de las dos mujeres y se dirigieron por la calle hasta la iglesia de San Martín, muy cerca de allí, bajo la atenta mirada de doña Beatriz y de su sobrina.

—¿Qué opináis de la predisposición del rey, tía? —preguntó la joven Beatriz.

—Ha venido de negro, y entra de oro. Eso es que exige que se le considere también como rey de Castilla.

—¿Y eso es importante?

—Mucho, aunque tú todavía no lo entiendas. Vamos, que quiero presenciar el juramento en San Martín.

Las mujeres siguieron al último de los caballos de la comitiva real hasta la iglesia, que los esperaba con su espectacular galería porticada. Don Fernando y sus acompañantes habían descabalgado y a continuación penetrado en el templo por la puerta principal, cuyas arquivoltas daban la bienvenida a los fieles, algo amedrentados por la mirada inquisitiva de las estatuas de personajes del Antiguo Testamento que los escrutaban con severidad.

Los criados de doña Beatriz les hicieron hueco a empujones y las dos mujeres lograron colarse en la atestada iglesia. El interior era estrecho y poco iluminado, pero se colocaron donde podían ver lo que ocurría junto al altar. El rey Fernando, seguido por los grandes del reino, se reunió con la autoridades del concejo segoviano y juró allí mismo guardar los privilegios de la ciudad.

—Buena señal —susurró doña Beatriz—. El rey viene sin ínfulas y se ha sometido a los derechos ciudadanos, igual que hizo doña Isabel aquí mismo hace menos de un mes.

—¿No lo hace entonces todo el mundo? —preguntó con inocencia la sobrina.

—Sí, pero podía no haberlo hecho.

—Entonces, ¿la predisposición de Fernando es buena?

Doña Beatriz sonrió a la joven.

—Es muy buena. Salgamos de aquí y corramos a la catedral a darle la noticia a la reina.

Las dos mujeres y sus criados salieron al exterior adelantándose a los allí congregados y continuaron calle arriba, dejando a los curiosos y expectantes vecinos a ambos lados. En pocas manzanas divisaron la catedral de Santa María, un edificio no muy grande, que destacaba por su incómoda cercanía al alcázar y por su enorme campanario que rivalizaba en altura con la torre del castillo. En el lado sur, se encontraba un claustro celebrado por su belleza y más allá, el hospital y el palacio episcopal. Entraron en el templo por el ábside de Santa María y doña Beatriz caminó segura entre los acompañantes de la reina, que esperaban allí la llegada del rey.

Doña Isabel, ataviada con su vestido más suntuoso y unas joyas deslumbrantes, se encontraba rodeada únicamente de sus doncellas, confesores y su guardia personal. Toda la gente importante de la ciudad estaba en San Martín y los casi cinco mil vecinos se distribuían en las calles aledañas. A una seña de doña Beatriz, la reina se apartó e hizo un aparte con ella. La joven Beatriz se unió a la pareja, como si tuviera derecho a ello.

—Don Fernando viene con buena predisposición —anunció la dama de la reina—. Va vestido de oro y ha jurado con toda humildad los privilegios de la ciudad.

Isabel no pudo reprimir una sonrisa.

—Sabéis que no las tenía todas conmigo. Sé que algunas lenguas viperinas han intentado malquistarlo conmigo por haberme proclamado reina en su ausencia.

—El rey es inteligente para entender lo que conviene en cada momento —añadió doña Beatriz—. Ahora toca concordia y unión.

Isabel se percató de la presencia cercana de la sobrina de su confidente.

—¿Y vos, Beatriz? ¿Cómo veis a don Fernando?

La joven se puso nerviosa ante la pregunta.

—Lo veo tan apuesto como siempre, mi señora.

La reina se sintió satisfecha con la respuesta y le sonrió.

—Sí que lo es.

La entrada de caballeros y cortesanos anunció la llegada del rey de Aragón. Ya había anochecido fuera y el cortejo se alumbraba con antorchas. El frío se hacía notar cada vez más en el exterior y todo el que pudo se introdujo en la catedral.

Fernando entró en la iglesia y su mirada se dirigió hacia Isabel. La reina lo esperaba con majestuosa serenidad. Apresuró sus pasos hasta llegar a su lado. Se detuvo un momento.

—Mi reina, benditos los ojos que os ven.

—Sed bienvenido, Fernando —respondió ella—. Doy gracias a Dios por permitir que estemos juntos de nuevo.

El rey abrazó a la reina y los presentes vitorearon a la pareja.

Fernando juró a continuación las leyes y fueros castellanos y fue proclamado como rey de Castilla y de León. Tras la misa de acción de gracias, los principales asistentes se dirigieron al alcázar a celebrar el momento con un gran banquete. Las beatrices de nuevo se adelantaron al cortejo y llegaron al palacio antes que los demás. Como esposa del tesorero y mayordomo real, doña Beatriz actuaría como anfitriona. Los reyes no se hicieron esperar. Entraron en el patio de la mano y la multitud enfervorecida quedó atrás, tras los muros del castillo. Doña Beatriz les esperó en la puerta principal y tras las inclinaciones de rigor, les dio la bienvenida. La reina se adelantó mientras que Fernando se demoraba en saludar a diversos miembros de la casa real. A doña Beatriz no le pasó desapercibido que el rey se detuvo cuando llegó a donde se encontraba su sobrina. Este le sonrió y le dijo algo que no pudo escuchar. Incluso se acercó a su oído a decirle una confidencia. Su sobrina, demasiado rubia, no pudo evitar que se notara el rubor en las mejillas. La esposa del tesorero refunfuñó para sus adentros y esperó a que la comitiva real, con todos los nobles que competían por entrar antes, pasara de largo. En cuanto se aclaró el número de personas en la puerta, se acercó a su sobrina.

—El rey ha estado especialmente atento contigo, Beatriz —le comentó.

—Sí, no me lo esperaba. Me ha reconocido, y eso que hace más de cinco años que no me ve.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que he cambiado mucho, y a mejor —confesó la joven.

—Y algo más te ha dicho, ¿no? —repreguntó la tía, con mirada taimada.

—Que le gustaría que me sentara cerca en el banquete. Que hiciera lo posible.

Doña Beatriz soltó un suspiro prolongado y adoptó un semblante preocupado. Admiró la extraordinaria belleza de la muchacha y se preguntó si no acabaría siendo una maldición para ella. Tras pensarlo unos instantes, concluyó la conversación con su sobrina.

—Esta noche no estarás en el banquete, niña. Y no hay más que hablar. Hay veces en que es mejor no dejarse ver. Y esta es una de ellas.

8

Génova, 4 de enero de 1475, dos días después.

Francesco llegó justo a tiempo antes de que los guardias milaneses cerraran las hojas de la puerta Soprana. Había anochecido bastante tiempo antes, y el invierno húmedo del Mediterráneo se hacía sentir en el ambiente. El mayor de los hermanos Riberol, el hijo de Micer Pietro Giovanni, se dirigía a su casa tras haber pasado el día visitando una de las propiedades familiares en la vecina localidad de Nervi, al este de la ciudad de Génova. Era la época de la poda de las vides y Francesco se había acercado a comprobar que el capataz tenía todos los aperos que necesitaba y, de paso, recoger una bolsa de monedas proveniente de las últimas ventas de vino. Le acompañaban en el camino su criado Girolamo y dos esclavos, Aldo y Lorenzo, todos ellos montados en sendas mulas para hacer más ligero el viaje.

Después de traspasar el hueco de las dos inmensas torres semicirculares que vigilaban la entrada de la ciudad, Francesco y sus acompañantes cruzaron el piano de sant'Andrea y enfilaron por la salita del Prione, una estrecha calle con altos edificios multicolores a los lados que descendía por el barrio del Mollo hacia el corazón de Génova. La vía aparecía oscura, apenas iluminada por las bujías de las ventanas superiores de algunas casas, y alguna que otra conversación doméstica antecedía al ruido de los cascos de sus monturas. Dado lo avanzado de la hora, la comitiva no se tropezó con nadie en la calle. Los vigilantes de la puerta de la muralla la habían cerrado tras ellos y se marcharon por otro lado.

A Girolamo, un veterano criado que llevaba toda la vida con la familia, le costaba mantenerse en silencio mucho rato, todo lo contrario que su amo, de talante reflexivo a pesar de su juventud. Francesco, un chico delgado y de mirada serena, había cumplido los diecisiete años un par de meses atrás.

—¿Hay noticias de vuestro padre, signore Francesco?

El joven aprendiz de mercader salió de su ensimismamiento y miró a su servidor.

—Hemos recibido una carta suya la semana pasada. Quiere que vaya a Sevilla con él cuando entre la primavera.

—¿Solo vos, o también alguno de vuestros tres hermanos?

—Cosme ha de acompañarme también. Padre piensa que nuestra etapa de formación aquí ha terminado. Ya conocemos el negocio y quiere que nos establezcamos en aquella ciudad de Castilla para que él pueda dejar de ser el cónsul de Génova allí y volver a casa.

—Y vos, ¿qué pensáis? ¿Queréis ir tan lejos?

—Génova es una ciudad pequeña con muchas limitaciones. Aunque los genoveses seamos, en conjunto, un imperio mercantil, políticamente somos muy débiles. Entre franceses y milaneses nuestra independencia ha volado. Creo que me vendrá bien una temporada sin preocuparme de que un extranjero me cierre la puerta de la ciudad donde nací y donde vivo.

—Todo genovés pasa parte de su vida fuera de la patria. Ya lo dice el cantar: «Tantos son los genoveses y tan extenso su andar, que por los lugares que quisiesen, podrían su ciudad recrear».

—Sí, pero en nuestra propia ciudad, bajo un yugo extranjero, tenemos que vivir desarmados y con toque de queda nocturno. Aquí no nos vale de nada que seamos tantos viviendo desperdigados por el mundo.

—Mientras haya negocio ningún genovés se va a quejar mucho de la política. Vos sois joven, y ya veréis que lo que cuenta es que se puedan hacer buenas transacciones mercantiles. Da igual que la contraparte sea cristiana, mora, negra o amarilla.

Francesco sonrió con las ocurrencias de su criado.

—Tenéis buena sangre genovesa en las venas, Girolamo, eso es indiscutible.

El criado iba a devolverle la sonrisa cuando el primero de los esclavos, Lorenzo, que cabalgaba delante en su mula, levantó la mano en señal de aviso cuando el grupo se acercaba al lugar donde desembocaba, a su derecha, una callejuela, el vico del Castagna. Allí la oscuridad se acentuaba y algo había llamado la atención del primer jinete.

—¿Qué ocurre, Lorenzo?

Antes de que pudiera responder, varias sombras surgieron de detrás de la esquina y se acercaron corriendo hacia el grupo de Francesco.

—¡Atrás! ¡Un emboscada! —gritó el esclavo.

—¡Maldita sea! —exclamó Girolamo—. ¡Aquí no nos podemos revolver!

A pesar de la falta de luz, en cuanto estuvieron cerca pudieron distinguir a los atacantes. Eran cinco, vestían con ropajes oscuros y llevaban la cara cubierta con pañuelos. Sin duda, bandidos urbanos nacidos al socaire de la débil vigilancia de las calles de los ocupantes milaneses y de la decadencia económica de muchos habitantes de la ciudad.

Francesco y sus acompañantes no llevaban espada, estaban

prohibidas las armas de guerra en Génova en aquellos momentos, y tan solo portaban dagas y garrotes con los que se dispusieron a enfrentarse a los atacantes. La mula de Aldo se encabritó ante la sorpresiva aparición de los bandidos y se giró rápidamente, provocando que su jinete cayera al suelo. El animal sirvió de obstáculo al avance de los agresores, lo que aprovechó Lorenzo para bajar de su montura de un salto. Esperó a pie firme la llegada del primero, que blandía una larga y gruesa garrota, dispuesto a descargarla sobre el joven esclavo. Cuando el primer malhechor descargó el golpe, Lorenzo se deslizó a un lado velozmente y hurtó el cuerpo. Agarró el palo que se estrellaba contra el suelo y se giró propinando un codazo en la boca a su asaltante. Un rodillazo en el pecho del bandido logró que este soltara la vara. Lorenzo la tomó con ambas manos separadas y lo levantó sobre su cabeza. El segundo atacante recibió un golpe del extremo de la madera en la cabeza, el tercero en un hombro y el cuarto en medio del pecho en una serie de rápidos molinetes que el esclavo realizó con su improvisada arma en un visto y no visto. El quinto atacante, abriendo los ojos de asombro, detuvo su carrera. Lorenzo aprovechó su indecisión para dar otra tunda de palos a los bandidos que le rodeaban. La velocidad y la dureza de los golpes hicieron que estos acabaran en el suelo y trataran de escapar de rodillas. Lorenzo, implacable, continuaba con su serie interminable de bastonazos.

—¡Válgame Cristo! —dijo Francisco, pasmado ante la paliza que estaba propinando un solo hombre a otros cuatro—. ¡Nunca vi nada igual! ¡Dejadlos ir, Lorenzo! No vaya a ser que muera alguno y tengamos un problema con el podestá.

Los bandidos escaparon a trompicones por el callejón por donde vinieron sin volver la vista atrás. Lorenzo se olvidó de ellos y ayudó a Aldo a levantarse.

—Malditos gañanes. Desde que estamos ocupados, y ya van más de diez años, no se está seguro ni en nuestra propia ciudad —se quejó Girolamo.

—Razón de más para partir en cuanto los vientos sean propicios —replicó Francesco, más para sí que para su criado—. Y, desde luego, conmigo se viene Lorenzo, que nos ha salvado de una buena. ¿Dónde aprendiste a luchar así?

El joven esclavo, ya tranquilo, se acercó a su amo, llevando de las riendas a su mula.

—Pues no lo sé muy bien, mi señor. En un lugar muy lejano, donde nací, al otro lado del mar, cuyo nombre cristiano ignoro.

—Pues bien, Lorenzo sin tierra, te vendrás conmigo a Sevilla.

9

Sevilla, 3 de febrero de 1475, un mes después.

—Te digo que no me quiero casar, madre.

Doña Inés Peraza miró con estupor a su hijo, Pedro.

—¿Cómo que no te quieres casar? ¿Estás loco?

La madre se arrepintió inmediatamente de la pregunta. Hacía años que se la hacía continuamente, dado el irregular comportamiento de su primogénito y heredero. Pedro se había revelado como una persona cruel y envidiosa, insegura y traicionera. Con un físico delgado y poco agraciado, odiaba a su hermano Fernán, la personificación de la gracia y porte que debía exhibir todo buen caballero castellano que se preciase. Las maquinaciones de Pedro en contra de los que le rodeaban, acusando a la servidumbre de continuas y leves faltas, produjo al poco tiempo que nadie se fiara de él y que todos trataran de evitar su compañía. Las insidias contra sus hermanos cayeron en saco roto, ya que sus padres lo conocían bien y todas sus denuncias eran pasadas por alto, para irritación del instigador. Para su madre, lo mejor que podía ocurrir es que se casara y saliera del entorno paterno. Y eso era precisamente lo que estaba a punto de ocurrir. Tras muchas intentonas, al fin habían conseguido una novia de lustre al nivel de los apellidos Herrera y Peraza.

—Que no me quiero casar con esa mujer, madre —insistió.

—¿Por qué dices eso ahora? —preguntó la madre, tratando de no traslucir el enojo que comenzaba a sentir—. ¡Con lo que ha costado cerrar el trato con sus padres! Doña Antonia de Ribera es hija de don Rodrigo de Ribera, regidor veinticuatro de esta ciudad, señor de Pruna, Teba y Algamitas. Un personaje muy importante al que no se puede desairar así como así.

—Pero no es hija legítima. Nació de los amores irregulares de don Rodrigo con su prima hermana doña Aldonza de Ribera.

—¡Fue legitimada por el rey Enrique en una carta real que yo misma he visto! ¡Y es la heredera familiar! Los padres han dotado a la niña con la heredad de Huévar, en el Aljarafe, junto con los cortijos de San Nicolás del Puerto, El Almedilla y Ranio.

—Es fea y gorda. Y le huele el aliento.

La madre miró con disimulo a ambos lados. Se encontraban en la

iglesia de San Andrés, en el centro geográfico de Sevilla, un templo de estilo gótico mudéjar de tres naves de tamaño mediano que celebraba sus casi doscientos años de vida luciendo preocupantes grietas en las paredes y techos. Habría que hacer obras dentro de poco, pensaban todos los feligreses cuando se santiguaban al mirarlas. La misa de la mañana había terminado y Pedro se había rezagado a propósito, esperando para hacer un aparte con su madre cuando el resto de los fieles hubieran salido del templo.

Doña Inés tomó del brazo a su hijo y lo condujo a un lado de la capilla mayor, donde no pudieran oírlos, justo donde se encontraba el sepulcro del benefactor de la iglesia Alonso de Virués, señor del heredamiento de Genis, que llevaba una ristra de años allí enterrado.

—A ti también te huele, mentecato. Este casamiento es bueno para ti, para ella y para todos. Nosotros también hemos hecho un esfuerzo importante. Ahora eres el señor de El Hierro. Te hemos donado la isla.

Pedro no pudo evitar lanzar una mirada burlona a su madre.

—Bien sabéis las exiguas rentas que proporciona la isla. ¡Qué maravilla de señorío! Es más el nombre que otra cosa.

—No seas desagradecido. Hasta tu padre te ha cedido su veinticuatría del concejo de esta ciudad. No todo el mundo puede ser regidor de Sevilla. Y seguro que estarás contento con los doscientos mil maravedíes que tendrás cada año en las rentas de las otras islas.

—Hay que cobrarlas primero. Y en los años malos no se llega a la mitad de esa cifra.

—Y para doña Antonia, vuestra esposa, le daremos para paños, arreos y joyas, quinientos mil maravedíes, además de cincuenta marcos de plata labrada. Eso, a tocateja.

—Me estáis comprando una novia con ese dinero. Y ya os he dicho que yo no la quiero.

Doña Inés levantó la mirada hacia la armadura de madera en forma de artesa de la nave central y suspiró. A continuación, la dirigió a la imagen del Cristo detrás del altar, y se encomendó a ella.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ayúdame! Entre los disgustos que me dan mis vasallos de las islas, siempre quejándose de todo, y los que me está causando mi hijo, no voy a llegar a vieja.

Pedro se guardó el pensamiento de que su madre había llegado a ese estado hacía bastante tiempo.

—Vuestros vasallos se quejan porque la tierra es pobre y tienen que pagaros una de cada cinco cosas que logran vender a los pocos barcos que llegan a la isla. Son tan miserables que no sé por qué no os planteáis entregarles las islas a los portugueses, que siempre han querido meter el pie en ellas.

Doña Inés abrió los ojos con desmesura del espanto.

—¡Pedro! Baja la voz. Eso es traición al rey. Ni se te ocurra volver a

decir semejante desatino. Nuestras islas seguirán siendo nuestras y los vasallos seguirán como están. Dios quiere que así sea.

—Ni vos ni nadie sabe cuál es la voluntad de Dios, pero os quedáis sola a la hora de interpretar sus designios en vuestro favor.

Doña Inés volvió a escandalizarse.

—¡Salgamos de aquí! No quiero oír blasfemias en la casa del Señor.

La mujer se giró y dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta ojival de salida. Cruzó el umbral, salió a la calle y pisó con cuidado para evitar los charcos en el pavimento de tierra prensada. La calzada todavía no estaba empedrada en el barrio de San Andrés, de donde eran vecinos los Peraza en sus estancias en la ciudad. Pedro la alcanzó a paso ligero y se colocó a su altura.

—¿Qué hay de mis esponsales? ¿Podemos anularlos?

Doña Inés se detuvo y se dirigió a él, muy seria y grave.

—Te lo voy a decir por última vez. El próximo domingo, cinco días de este mes de febrero, tú vas a velar con la señora doña Antonia, que será tu esposa, y no se hable más.

—¿Y si me niego? —se atrevió a preguntar el joven novio.

—¿Sabes lo que significa desheredar? Pues eso es lo menos que puede ocurrirte. —Doña Inés señaló las dos pequeñas estatuas que coronaban la puerta de entrada de la iglesia—. Dios Padre y san Andrés son testigos de lo que digo. Así que olvidemos esta conversación y enfréntate a tus obligaciones como noble sevillano que eres.

—Este matrimonio va a ser un desastre. Y no durará mucho.

—Eso ya lo veremos, Pedro —refunfuñó doña Inés.

—Lo veréis, madre. A buen seguro que lo veréis.

La señora de las islas de Canaria miró a los ojos de su hijo, buscando en ellos la explicación de aquella renuencia a consumar un matrimonio tan conveniente. Y lo que le pareció ver en ellos no le gustó nada.

En realidad, le produjo miedo.

10

Gando, costa este de Gran Canaria. 10 de marzo de 1475, un mes después.

—Es el momento —dijo Maninidra, el jefe militar de los canarios de Telde, y sus hombres se aprestaron a llevar al cabo el ardid que habían ideado.

Los invasores de Lanzarote llevaban seis años de resistencia a los ataques de los teldenses. Egonayga, el guadnarteme de Gáldar, se negó a ayudar a su hermano el rey Bentagoyhe para destruir el asentamiento de los cristianos en Gando en las playas de levante, y su apoyo se limitó únicamente a la toma de la torre de Telde, ya que el enemigo se había introducido en sus propias casas. La torre de Gando quedaba lejos de sus dominios y sus ocupantes no interferían en la vida diaria de los galdenses.

Como el guadnarteme Bentagoyhe se encontraba enfermo, delegó el hostigamiento contra los hombres de Herrera en su guaire Maninidra, un hombre de complexión robusta y con dotes de mando que había ganado por sus propios méritos alcanzar la jefatura militar de la comarca de Telde.

Los canarios teldenses por sí solos no habían sido capaces de expulsar a los vasallos de Diego de Herrera de su fortaleza. Al estar junto al mar, la torre era abastecida con regularidad y los canarios no tenían la constancia ni los medios adecuados para imponer un asedio permanente al fortín. Pero lo lograrían mediante la astucia.

El autor del plan fue Maninidra, buen conocedor del modo de pensar de los castellanos. Los canarios llevaban más de una década sufriendo las esporádicas pero constantes depredaciones por parte de los europeos, que parecían insaciables en el robo de ganado y cuando podían en la captura de los propios naturales de la isla. Las paces asentadas con Herrera quedaban muy lejos y el estado de guerra se había mantenido latente, con pequeñas escaramuzas puntuales, hasta que se dieron las condiciones que Maninidra esperaba. En primer lugar, que hubiera viento fuerte del sur, que impedía que las casas de madera de los lanzaroteños que flotaban en el mar pudieran acercarse a la playa de arena dorada de las inmediaciones de la torre. En segundo lugar, que algunos de los ocupantes de la torre salieran de

ella. Este requisito se logró fácilmente. Bastó con dejar pastar un numeroso rebaño de cabras aparentemente abandonado a la vista de las almenas para excitar la codicia de los extranjeros. Las cabras, guiadas a distancia por los silbidos de sus pastores, se fueron alejando poco a poco y se perdieron de vista tras un barranco. La cercanía de los animales y la aparente facilidad para hacerse con ellos lograron que una treintena de castellanos decidiera dejar la seguridad de los muros de la torre para dirigirse en pos del ganado. Las cabras respondieron a las indicaciones de sus invisibles cuidadores y se alejaron más todavía, de modo que los que habían hecho la salida se adentraron en el barranco y dejaron de ser vistos desde la fortaleza.

Lo que no esperaban los lanzaroteños es que tras un recodo de la vaguada por la que llegaban, cayeran sobre ellos más de doscientos canarios de pelea, que les cortaron el paso y les intimaron a rendirse. Los años de contacto continuo habían hecho que algunos de los moradores de la torre pudieran entenderse con los canarios, y estos prometieron respetar las vidas de los europeos. Tras entregar las armas se dieron cuenta al ser desnudados seguidamente que lo que les interesaba a los naturales eran las ropas que llevaban. Las vestiduras pasaron de los lanzaroteños a los canarios y los prisioneros fueron llevados al interior de la isla. Maninidra se colocó la casaca y demás ropajes del líder de los cautivos y decidió pasar la noche allí.

Los ocupantes de la torre se inquietarían por la tardanza en volver de sus compañeros, y había que estar alerta por si decidían hacer una salida, aunque el guaire estaba seguro de que no se atreverían a alejarse de la torre de noche.

Antes del amanecer, cuando la oscuridad envolvía con su manto la tierra, Maninidra convocó a sus hombres.

—Los que no estáis vestidos como los hombres de Herrera os acercaréis lo más posible a la torre sin que os vean. Ocultaos detrás de piedras y matorrales. En cuanto nosotros entremos en la torre, mantendremos las puertas abiertas para que lleguéis vosotros.

—Estaremos cerca, Maninidra —dijo Acosayda, uno de sus principales capitanes—. En cuanto os veamos dentro, atacaremos.

—Tened cuidado con los que vamos vestidos de enemigos. Se va a ver muy poco y no quiero que haya caídos innecesarios en nuestro bando. El jefe de los invasores, Pedro Chemida, conoce nuestra lengua. Trataré de que se rindan en cuanto ganemos las puertas. Si lo hacen, les respetaremos la vida, pero destruiremos la torre que es a lo que venimos.

Los hombres de Telde se dispersaron en la oscuridad y los demás continuaron la espera. En cuanto rayó el alba el grupo de canarios disfrazados salió del barranco y se dirigió hacia la torre llevando el ganado consigo. El terreno perdía la fragosidad de los barrancos y se

convertía en un llano que circundaba el lugar donde se enclavaba la fortaleza cristiana, en un pequeño montículo, a escasa distancia de la playa. La poca claridad del amanecer no permitía vislumbrar los rostros, aunque sí los atavíos. Los centinelas de la torre y casas colindantes, bien despiertos ante la tardanza de los que habían salido en pos del ganado, alertaron a sus compañeros. Las almenas se poblaron de castellanos, que comenzaron a celebrar la llegada de los suyos. Cuando el grupo se encontraba a escasos pasos de la torre, la puerta se abrió para dejar entrar a los que llegaban. Los canarios continuaron con su actuación hasta que cruzaron el umbral del portalón que nunca había logrado traspasar hasta aquel día. Una vez dentro, comenzaron a dar órdenes silbadas al rebaño de cabras, que comenzó a desperdigarse por todos lados en el interior del recinto. Al tiempo que los castellanos descubrían la trampa, los guerreros que esperaban en las inmediaciones salieron de sus escondites y corrieron hacia las edificaciones fortificadas, armas en mano.

Dentro de la fortaleza se produjo el caos. El ganado encabritado impedía a los pocos castellanos que estaban vestidos y armados a aquella temprana hora agruparse en orden para combatir a los canarios que ocupaban la puerta. Maninidra y sus treinta hombres apenas tuvieron que repeler con sus rodelas y espadas tomadas a sus cautivos el ataque de media docena de los vigilantes de la torre. La llegada de los canarios de fuera a esta evidenció que la situación empeoraba para sus defensores. En ese momento, la voz de Maninidra en grito se elevó sobre el desorden.

—¡Quietos todos! —la lucha se detuvo en unos instantes y los contendientes se giraron hacia el jefe canario, que volvió a gritar—. ¡Pedro Chemida! ¡Rendíos y salvaréis la vida!

El aludido se encontraba en la parte alta de la torre y al escuchar su nombre se asomó a las almenas. Cada vez entraban más canarios en el recinto fortificado y los suyos, aunque parapetados en las escaleras y pisos superiores, no iban a poder resistir durante mucho tiempo las acometidas de los atacantes.

—Te conozco, Maninidra, aunque estés disfrazado —respondió el castellano en lengua canaria, algo chapurreada, pero entendible— ¿Das tu palabra de honor?

—Doy mi palabra de honor. Salvaréis la vida como prisioneros nuestros. Pero no os ofrezco nada más.

Chemida se volvió hacia los defensores que tenía más cerca, comprobando sus expresiones. La derrota anidaba en la ansiedad de sus miradas. Todos sabían que no tenían nada que hacer frente a la horda que había invadido la fortaleza.

—¡Sea! —respondió—. ¡Nos rendimos! En tus manos nobles encomiendo la vida de mis hombres.

—Pues soltad la armas y salid fuera, porque antes de que llegue el sol a su cenit, como me llamo Maninidra, de esta torre no va a quedar un madero sin quemar ni una piedra sobre otra.

Chemida miró al jefe canario y no dudó ni un momento en que su oponente iba a hacer lo que había prometido.

La presencia de Diego de Herrera en Gran Canaria había terminado, tal vez para siempre.

11

Sevilla, 25 de marzo de 1475, un mes después.

Lorenzo no se cansaba de contemplar la gran ciudad sobre el río Guadalquivir. Llevaba en Sevilla dos semanas y estaba encantado. El mes de marzo, aunque hacía fresco, había resultado luminoso y el bullicio de las calles cercanas a la ribera le recordaba mucho al barrio portuario de Génova. Lorenzo había descubierto que la ciudad italiana no era el centro del mundo.

Francisco y Cosme de Riberol se habían embarcado en la Santa María, una carraca genovesa que les había llevado desde la urbe originaria de los comerciantes hasta Sevilla con escala en Valencia. Esta última ciudad también le resultó esplendorosa. Se decía que era la más grande y rica de toda la península Ibérica, y Lorenzo lo creyó. Los edificios públicos y privados, así como la catedral y demás iglesias daban fe de ello. Era una ciudad de comerciantes a la altura de las más famosas de Italia, y con toda seguridad ayudaba la presencia en ella de una colonia importante de mercaderes ligures, toscanos y venecianos.

Sevilla era algo más pequeña, no mucho, pero con unas condiciones de seguridad mucho mayores. El río Guadalquivir era la estrecha y vigilada entrada a la ciudad, y su lejanía del océano la hacía la población mejor protegida del mundo. Se tardaba una jornada entera en remontar la corriente hasta llegar al lugar de desembarco de toda clase de mercaderías, el Arenal, una explanada dedicada al tráfico mercantil fuera de las murallas de la ciudad. Dos pequeños barrios extramuros se estaban creando apoyándose en la pared exterior de la ciudad, de resultas que la muralla había dejado de ser visible en varios tramos. Era el mejor indicativo de que la población estaba creciendo. Al otro lado del río, el barrio de Triana, el preferido por los marineros por la falta de control de las puertas de la ciudad, también se expandía cada año. Favorecido por el creciente tráfico comercial sevillano, la ciudad se había convertido en un punto excepcional de distribución de productos propios y foráneos al resto de Castilla y a otros puertos europeos.

Los genoveses tenían un barrio propio desde hacía más de cien años, con una calle denominada de Génova y una lonja de comercio

establecida en una antigua mezquita en desuso, en la collación de Santa María, a unos pasos de la iglesia del mismo nombre. Y es que, a pesar de que Sevilla fue musulmana durante más de quinientos años, solo recordaban su pasado la arquitectura de las murallas, la enorme torre de la iglesia de Santa María y la sinuosidad de las calles de los barrios interiores. Los nuevos templos cristianos fueron levantados tras la conquista de la ciudad siglos atrás con puertas y ventanas ojivales, algo que comenzaba a quedar desfasado. En su momento, cuando se construyeron, fueron toda una declaración de intenciones de que en Sevilla se profesaba una nueva fe con vocación de larga permanencia.

En la calle de Génova tenía su casa micer Pietro Giovanni Riberol, uno de los dos cónsules de la comunidad ligur, oficiales encargados de dictar normas internas —tenían privilegio para aplicar sus propias leyes—, y de resolver los problemas con el resto de la población. Es decir, personas importantes en la vida diaria sevillana. Micer Pietro Giovanni era un cincuentón astuto, amante de la buena mesa, excelente contertulio en toda clase de temas y gran aficionado a contar monedas en su faltriquera, cuantas más, mejor. Llevaba varias décadas afincado en Sevilla y solía pasar temporadas cortas en Génova para visitar a su esposa cada año y medio, lapso de tiempo que equivalía a la edad que se llevaban entre sí sus hijos nacidos en la ciudad italiana. Los Riberol eran cuatro hermanos, todos comerciantes, que aumentaron con su actividad diaria la importancia que ya tenían por sí los más de cien mercaderes extranjeros, de los cuales cuarenta eran genoveses, distribuidos en diez casas afincadas en Sevilla. Los hermanos Riberol comerciaban con aceite, con el que fabricaban jabón, y también exportaban otros productos con destino a Génova y a otras ciudades italianas del Mediterráneo. Los jóvenes hermanos Francisco y Cosme arribaban a la ciudad del Guadalquivir con la intención de aplicar en su nuevo destino lo que habían aprendido del negocio familiar en tierras ligures.

Con ellos llegaban sus sirvientes, dos criados y dos esclavos por cada uno, que se alojarían en la casa familiar de tres plantas que la familia Riberol tenía en la calle de Génova. Era una vivienda amplia, en la que en la planta baja, una mitad se dedicaba a las operaciones mercantiles, haciendo las veces de oficina, tabla de banco y almacén, y la otra mitad a cocina, dos despensas y una bodega, todo ello en torno a un patio interior y al fondo, un corral con espacio para caballerizas. En el primer piso se encontraba el salón principal y la mitad de las veintitrés habitaciones, las de los señores y sus hijos, también llamadas palacios. El resto se repartían por la tercera planta, donde además existían dos sobrados y el acceso a la amplia azotea. Los criados y esclavos dormían en algunas habitaciones de la primera

planta o en el almacén, según su rango.

La casa de la familia Riberol se encontraba a unos pasos de la lonja de los genoveses, situada en el extremo este de la plaza de San Francisco, muy cerca de la fastuosa iglesia de Santa María, cuyas obras para convertirla en catedral, aunque avanzadas, no tenían todavía fecha de finalización. Su torre, perteneciente a la antigua mezquita mayor, era el edificio más alto que había visto en su vida. Más incluso de la torre de los Embriaci de Génova. Y una de las mayores ilusiones de Lorenzo desde que la vio, fue la subir a lo alto del fabuloso alminar. No era un lugar de visita abierto al público, pero como a Micer Francisco le pareció buena la idea de su escalada, pidió permiso al arzobispo cuando los dos hermanos Riberol, acompañados de su padre, fueron a presentarse al dirigente eclesiástico en sus casas anexas al templo.

Francisco y Cosme, acompañados de Lorenzo, subieron a lomos de mulo las treinta y cinco rampas que llevaban a la cúspide del alminar, donde estaba previsto colocar un número grande de campanas. Desde lo alto pudieron contemplar toda la ciudad, con el río a occidente y los campos de cultivo de sus alrededores.

—Dicen que tiene la misma altura que el Campanile de San Marcos en Venecia, que es bien alta —apuntó Cosme.

—Y que, nada más que por superarlo, van a levantar un par de cuerpos más —añadió Francisco—. Estos sevillanos tienden siempre a la exageración.

—La ciudad es bien grande —replicó el menor de los hermanos—. Bastante más que nuestra Génova. Y desde aquí se ve toda la muralla en derredor. ¿Cuántas torres crees que habrá?

Francisco paseó por los cuatro costados de la cima de la torre.

—Calculo que un centenar, a primera vista.

—Hay ciento sesenta y seis torres, señor —dijo Lorenzo.

Los dos hermanos se volvieron hacia su esclavo, que se había mantenido en un segundo lugar llevando los mulos de las bridas.

—¿Quién te lo ha contado? —inquirió Cosme—.No puedes haberlo leído, no sabes leer.

—Sé contar, señor. Hay ciento sesenta y seis.

—Si tú lo dices —repuso Francisco, con escepticismo—. Bajemos, que hemos quedado con micer Francisco Pinelo.

Los tres subieron a sus monturas y bajaron por las rampas de la torre hasta llegar a la calle. Cruzaron el patio de los Naranjos y salieron del recinto de la iglesia por la puerta del Perdón. Tomaron recto por la calle de tundidores, donde en varias tiendas adosadas a las casas los maestros igualaban la forma y tamaño de los paños antes de enrollarlos para su venta. Al llegar a la plaza de San Francisco, los dos hermanos desmontaron y dejaron los animales al cuidado de

Lorenzo. La lonja de mercaderes de Génova se levantaba ante ellos conservando la disposición original de una antigua mezquita preexistente. Entraron en el recinto y los Riberol se dirigieron sin dudarlo a la zona donde estaba el banco de Pinelo. El veterano genovés, un hombre corpulento al que los años habían cargado de peso y de canas, se levantó de su asiento y los saludó afablemente. Era muy amigo del padre de ambos y gustaba departir con aquellos jóvenes recién llegados de la madre patria. Pinelo era un mercader que cada vez tenía más contacto con la corte, siempre tan necesitada de dinero, y su cercanía a los reyes, prestándoles sumas cuantiosas, le había granjeado su afecto.

—¿Cómo estáis? —les preguntó antes de invitarles a sentarse en la bancada que había al otro lado de su tabla. Él se sentó en su banco.

—Hemos subido a la torre de la iglesia —dijo Cosme—. La vista es fabulosa.

El maduro mercader sonrió.

—Hace años que no subo. Una vez que se ve, ya está visto todo. Pero es algo que hay que hacer en esta ciudad. Se está hablando de colocar un campanario en la parte alta, pero va para largo, como todo aquí.

—¿Hay noticias de la corte? —preguntó Francisco.

—Nada bueno, amigos. El rey Alfonso de Portugal ha protestado por la coronación de Isabel, y ha exigido que sea su sobrina Juana, la hija del rey Enrique, quien acceda al trono de Castilla. Si no se le da satisfacción, habrá guerra.

—¿Creéis que nos afectará de algún modo?

—Sevilla está fuera del posible campo de batalla, que será en Castilla. Pero las guerras, aunque a veces ofrecen oportunidades, también paralizan los viajes y con ellos el comercio. Yo prefiero la paz. Todas nuestras mercancías se distribuyen por mar, y los portugueses son excelentes marinos. No nos interesa que sean enemigos de los castellanos. ¿Entendéis lo que digo?

Francisco se apresuró a contestar.

—Perfectamente. Pero también puede ocurrir lo contrario. Portugal hace viajes a la costa de África buscando el paso para llegar a la India. Castilla también puede estorbar ese tráfico si entran en guerra.

—Y hay un lugar de conflicto en el camino.

—Las islas de Canaria. Los portugueses las ambicionan, y los castellanos poseen varias, las más pequeñas. Lo sabe todo el mundo.

—No te extrañe que un frente de guerra se abra en esas islas, joven Francisco. Y si eso ocurre, esta ciudad, Sevilla, tendrá un papel protagonista.

—¿Las islas de Canaria nos arrastrarán a participar en la guerra?

El veterano mercader se atusó la barba antes de contestar.

—No te quepa duda. Sevilla será esencial. Y nosotros tenemos que estar atentos. Será una oportunidad.

Francisco de Riberol asintió. La visión de Pinelo le quedaba grande. No era capaz todavía de sopesar las consecuencias de la situación política, por lo que no quiso calentarse demasiado la cabeza. Tenía que cambiar de tema.

—Por cierto, micer Francisco. ¿Sabéis por casualidad cuántas torres tiene la muralla de esta ciudad?

Pinelo enarcó una ceja ante lo inesperado de la pregunta. Y tardó unos segundos en responder.

—Son tantas, que poca gente se ha detenido en contarlas. Yo lo hice una vez, por pura curiosidad, y nunca se lo he dicho a nadie. Os puedo asegurar que son ciento sesenta y seis, sin ninguna duda.

12

Valladolid, 3 de abril de 1475, diez días después.

—Vas a ver una justa como la de los tiempos antiguos, Beatriz.

Doña Beatriz de Bobadilla se dirigía junto con su sobrina y varios criados de escolta a la puerta del Campo, lugar de celebración del torneo en el que iban a enfrentarse los jóvenes caballeros y miembros de la nobleza castellana. Al otro lado de la muralla se encontraron con el campo de justas, rodeado de gruesas vallas en cuadro y despejado en ambas direcciones hasta los extremos, donde había entradas que podían abrir y cerrar desde fuera. Flanqueando las vallas, aparecían catafalcos y gradas de madera con tendidos de tapices adornados y engalanados para la ocasión que comenzaban a llenarse de público.

—¿Qué se celebra, tía? —preguntó la joven.

—Nada en general, pero algunas cosillas en particular.

—No os entiendo.

—Verás, la semana pasada llegó a esta ciudad desde Lisboa el embajador del rey Alfonso, Ruy de Sousa, un noble muy cercano al monarca portugués. Comunicó a sus altezas que su rey, respondiendo a las demandas que muchos castellanos le hacían, había contraído matrimonio con su sobrina Juana, y que iba a defender su derecho a ser reina de Castilla con todos los medios disponibles.

—Sí, ya me llegó esa noticia. ¡Pobre Juana! ¡Metida en todo este jaleo sin pretenderlo! ¡Si es una niña de catorce años! Alfonso triplica su edad.

—El enviado portugués, además, exigió a sus altezas don Fernando y doña Isabel que abandonaran el trono que ocupaban ilegítimamente.

—Eso es pedir un imposible. ¿Y qué respondieron?

—La respuesta la ves ante tus ojos. Organizar un torneo, un festejo tan importante que demuestre lo poco preocupados que están ante las amenazas portuguesas.

—Desde luego, todo el mundo parece estar de fiesta —razonó la sobrina, observando el ambiente de celebración y jolgorio que rodeaba el campo de justas.

Las dos mujeres y sus acompañantes rodearon a un grupo de vendedores de hojuelas, torrijas y pestiños que transportaban en unos pequeños carros empujados por ellos mismos. Feriantes de todo tipo se

habían unido al acontecimiento; los juglares se ofrecían a cantar y algunos mercaderes vendían productos al por menudo para consumir en el momento. Alrededor del torneo se había montado una pequeña feria que algunos guardias reales trataban de mantener sin incidentes.

—Aquel es nuestro palco —indicó la señora.

Enfrente de ellas, en el centro del campo de combate, sobre un entablado recubierto de doseles, aparecía sentado un grupo de mujeres vestidas de color verde.

—Allí está doña Isabel —dijo la sobrina cuando divisó a la reina—. Luce muy elegante, con ese vestido de brocado verde y la corona.

—Si te fijas, Beatriz, sus damas usan el mismo color de tela y sus tocas adoptan el aspecto de coronas.

—¿Por qué hacen eso, tía?

—Es una forma de dejar claro que la corona solo le corresponde a Isabel, única reina legítima.

A Beatriz aquellas sutilezas de mensajes encriptados en la vestimenta le encantaban. De hecho, se dio cuenta de su tía había insistido en que fueran vestidas del mismo color. Todas debían unirse en el mensaje dirigido al embajador portugués, que todavía se encontraba en Valladolid.

Las mujeres traspasaron el cordón de seguridad que ofrecían varios monteros de la guardia personal de los reyes y encontraron acomodo en los asientos del palco. Las dos beatrices saludaron a la reina desde la distancia. Era imposible sortear a las muchas damas de la corte que ya estaban sentadas a su alrededor.

El sonido de unos clarines desvió la atención de los presentes hacia el campo de justas. Fue el momento en que hicieron su aparición, sobre sus monturas, los veinte caballeros, ataviados con sus arneses de guerra y jaeces dorados, que iban a participar en el torneo.

—¡Si está don Fernando también! —exclamó la joven Beatriz—. ¿Va a justar contra los demás?

—Tiene veintidós años —respondió la tía—. No hay forma de impedírselo.

—Espero que no lo lisien. Se me rompe el corazón cuando se caen del caballo con esas armaduras.

Los caballeros recorrieron con parsimonia y dignidad el espacio que existía desde uno de los extremos hasta donde se encontraba la reina. El rey, brillante el traje de oro y seda que asomaba por donde no lo cubría la armadura, llevaba una divisa con leyenda alusiva a la reina. Todos saludaron a esta, a las damas que con ella estaban y, un poco más allá, en otro cadahalso, a los nobles que no participaban en el torneo, sentados junto a los representantes del clero, que no faltaban a ningún festejo.

Beatriz sabía que a continuación se dividirían en dos bloques y

comenzarían, de forma individual, a arremeterse entre sí con la intención de derribarse o de romper las lanzas para ir eliminándose. Los nobles se fijarían más en el arte de los jinetes de mantenerse en la montura tras los choques, mientras que la plebe gozaría cuando alguno de aquellos caballeros diera con sus huesos en el suelo. En ese momento, Beatriz notó que una mujer se deslizaba como podía entre los asientos de las damas. Mantenía en una mano una bandeja con una jarra de vino caliente —hacía fresco, aunque fuera casi mediodía— con varias copas de bronce que ofrecía a las invitadas. Sin duda, se trataba de una de las criadas de palacio, cuyo número ignoraban todos salvo el contador mayor. La joven esperó a que llegara a su altura y asintió al ofrecimiento.

—¿Eres nueva? —le preguntó a la escanciadora—. No te había visto antes. ¿Cómo te llamas?

La mujer levantó la mirada y permitió a Beatriz contemplar unos fogosos ojos oscuros sobre una tez algo olivácea.

—Me llaman Isabel. Isabel, la canaria. Sirvo en la casa de su alteza desde hace dos años, en las cocinas. Hoy hacía falta gente para el servicio fuera y me han ordenado salir.

—¿La canaria? Dicen que las islas de Canaria están muy lejos, perdidas en el océano tenebroso y que viven infieles en ellas.

—Si eso dicen, así debe ser —respondió, terminando de llenar la copa.

Beatriz comprendió que aquella mujer era una esclava. El acento evidenciaba un origen extranjero y su comportamiento sumiso era otra muestra de ello.

—Has tenido que hacer un largo viaje para llegar aquí.

La esclava se asombró de que aquella bella dama insistiera en la conversación. Por lo general, todo su contacto se limitaba a recibir una breve orden. Casi no se atrevía a contestarle.

—Casi no me acuerdo, mi señora. Era una niña cuando me sacaron de mi tierra.

—¿Quién hizo eso?

—Andaluces, los llaman. Hombres que roban a las personas para venderlas.

A Beatriz se le encogió el corazón. Aunque todo el mundo sabía que estaba permitido esclavizar a los infieles y gentiles, esa práctica no era de su agrado.

—¿Eres cristiana?

—Claro, mi señora. Y cumplo con los preceptos.

—Tal vez tu situación cambie pronto. La reina tiene nuevas ideas en su cabeza. No quiere que haya esclavos cristianos a su alrededor.

—No tengo otra vida que la de servir a su alteza. Tanto me da ser esclava que criada. Si Dios quiere, continuaré a su servicio.

—Solo deben ser esclavos los infieles que se opongan con las armas a nuestros reyes. E incluso así, si se arrepienten y se convierten, deben ser tratados con benevolencia.

—Si vos lo decís, así debe de ser, mi señora.

—Gracias por el vino, Isabel. Espero verte algún otro día.

—No debéis agradecerme nada, es mi trabajo. Seguid con Dios.

La mujer, tras recibir la negativa de la tía de Beatriz a su ofrecimiento, continuó sirviendo vino a las demás damas.

La joven se volvió hacia el campo de justas, pensando en el largo viaje por mar y tierra que la esclava tuvo que hacer desde su isla natal hasta acabar en la corte itinerante de la reina Isabel, ahora en Valladolid. Con seguridad se la tropezaría de nuevo alguno de aquellos días en que estarían en la ciudad y le preguntaría algo más de aquellas islas que la habían intrigado desde que conoció su existencia. Siempre había sentido curiosidad por tierras lejanas, por lugares remotos que sabía que nunca llegaría a visitar.

13

Telde, isla de Gran Canaria. 17 de noviembre de 1475, siete meses después.

Maninidra se temía lo peor, y lo peor llegó.

—Bentagoyhe ha muerto—, le comunicó el faysag Guanariragua al salir de la vivienda del rey.

El poblado de Telde, ya reconstruido tras el incendio de cinco años antes, aparecía triste y desolado. Solo unos cuantos canarios esperaban en torno a la casa del rey agonizante el desenlace de su enfermedad. El resto había asumido que el fatal destino era solo cuestión de tiempo. La noticia correría rápido entre los habitantes de la comarca.

—¿De qué crees que ha muerto? —preguntó el jefe militar.

—De lo mismo que tantos otros: de la pestilencia de la gente de Lanzarote.

—Hay quienes la contraen y quiénes no. Y muchos la superan.

—Pero no todos. Bentagoyhe ya era casi un anciano. Tenía más de cincuenta años.

—¿Sabes que tenemos un problema?

El sumo sacerdote del guanartemato de Telde asintió.

—Deja dos hijos menores: Bentejuí, de tan solo once años, y una niña de nueve.

—Según nuestras leyes, solo se puede ser rey a los veinte años. ¿Qué haremos?

Guanariragua comenzó a caminar hacia un lugar despejado de gente y se llevó a Maninidra del brazo.

—En estos casos es necesario un regente. El familiar más próximo se hará cargo del reino hasta que el hijo alcance la mayoría de edad.

—Sí, pero en este caso el más cercano es su tío Egonayga, el guadnarteme de Gáldar.

—Pues el rey de Gáldar tendrá que hacerse cargo del reino de Telde durante un tiempo.

—¿Y reunir todo el poder de la isla en una sola mano? Hay muchos capitanes de este guanartemato que no ven con buenos ojos a Egonayga. Sobre todo, desde que se negó a ayudarnos a derribar la torre de la costa. Unos cuantos descontentos ya han dicho

abiertamente que no aceptarán a Egonayga por rey. Ni siquiera temporalmente.

—Lo sé, el valiente Doramas y su gente de Utiaca —respondió Guanariragua—. Lo que quiero saber, Maninidra, es lo que piensas tú.

—A mí tampoco me gusta Egonayga. Es altivo, arrogante y se cree superior a nosotros, los teldenses.

—Pero, ¿hasta qué punto no te gusta? ¿Te opondrías a él con la fuerza?

Maninidra meditó la respuesta. Era el jefe militar del guairato de Telde. Dentro del guanartemato oriental de la isla existían otras cinco comarcas: Tamaraceite, Utiaca, Agüimes, Tirajana y Aguerata, y todos sus guaires, sus jefes militares, estarían esperando su reacción ante la nueva situación política.

—Nuestros enemigos no son los de Gáldar, sino los cristianos que desembarcan y asolan nuestra tierra. No levantaré mi lanza en contra de la gente de mi raza. Pero cuidaré de que cuando Bentejuí llegue a la mayoría de edad, sea quien sea el regente, se convierta en guadnarteme.

—¿Ni siquiera te opondrás si Doramas trata de hacerse con la regencia?

—Doramas no me gusta, aunque reconozco que es un gran guerrero. De los mejores, sin duda. Pero sabes que rondó durante un tiempo a una de mis hijas en mi casa de Tufía. Tuve que pedirle que dejara de hacerlo.

—Doramas no es noble, no puede pretender a tu hija, todo el mundo lo sabe.

—Creo que ese hombre piensa que las normas no le conciernen.

El sacerdote escuchó un rumor a su espalda y se volvió. Un grupo de unos cien hombres se aproximaba al poblado bajando por la cuesta de Tara hasta Guadalda, el valle de los Nueve, que desembocaba junto al caserío.

—Vamos a salir de dudas muy pronto —advirtió el faysag—. Por ahí vienen Doramas y su gente.

Maninidra miró hacia el lugar. Los hombres que se aproximaban portaban sus lanzas, pero no llevaban pinturas de guerra, sino de duelo, lo que les tranquilizó.

—Volvamos a la casa del difunto Bentagoyhe —le dijo al faysag—. Les recibiremos allí.

Los dos hombres se dirigieron al centro del pueblo, donde se estaban congregando muchos teldenses compungidos por la noticia de la muerte del rey y curiosos por la llegada del capitán de Utiaca, famoso por su arrojo en la resistencia a los castellanos y por su destreza en la lucha. Nadie, que se supiera, había logrado derribarlo y retenerlo de espaldas en el suelo con una presa. Su carácter combativo

le había ganado adeptos, que lo seguían como su líder. Preconizaba un estilo de vida en el que la guerra era lo primordial, y en aquellos tiempos de crisis por la presencia de los extranjeros y las querellas entre los propios canarios, atraía a su lado a muchos jóvenes inquietos.

El grupo entró pacíficamente en el poblado y se dirigió al lugar donde esperaban los teldenses. Al frente destacaba la figura de Doramas, un hombre no muy alto, pero dotado de una gran musculatura. Amplio de espaldas, caminaba con una seguridad y confianza en sí mismo que se anunciaba en su rostro de expresión decidida, y en el que sobresalía el rasgo de una nariz ancha. Los recién llegados alcanzaron la casa del rey en poco tiempo.

—Tened salud, Guanariragua y Maninidra —saludó Doramas en tono conciliador—. ¿Es cierta la noticia de que Bentagoyhe ha muerto?

—Así es —respondió el faysag—. Me maravilla lo rápido que corren las noticias. El rey aún no está frío y te ha dado tiempo a llegar desde la cumbre.

Doramas ignoró la ironía del sacerdote. Todos sabrían tarde o temprano que se había acercado a los alrededores días antes a esperar de cerca el pronto desenlace de la enfermedad del guadnarteme.

—Hay que decidir qué va a ocurrir con el guanartemato —le contestó, yendo directamente al asunto que le importaba.

Maninidra dio un paso al frente.

—Bentejuí es la persona ideal para casarse con la legítima heredera —anunció.

Doramas lo miró fijamente unos instantes.

—Lo es, pero es un niño todavía para concertar bodas. Tiene que haber un regente.

—Según nuestra costumbre —replicó el faysag—, le corresponde serlo al familiar de alto rango más cercano, el guadnarteme de Gáldar, Egonayga.

Doramas arrugó el entrecejo.

—Me niego a que Egonayga meta su mano en nuestro guanartemato. Nunca nos ha querido y no velará por nuestro interés, sino por el suyo. Y no hablo solo en mi nombre. Muchos guerreros están conmigo y se opondrán por la fuerza si es necesario.

—Y si no es Egonayga, ¿quién será? —respondió el sacerdote, que se volvió hacia el guaire— ¿Tú, Maninidra?

La pregunta tomó por sorpresa al jefe militar.

—Yo solo sé guerrear, Guanariragua. No me veo capacitado para gobernar.

—Pero yo, sí —cortó Doramas—. En estos tiempos que corren es necesario que haya una mano fuerte en Telde. Los castellanos pueden

volver en cualquier momento, y no nos dejaremos avasallar por los de Gáldar. Yo seré el regente.

—Pero si ni siquiera eres noble —le dijo el faysag—. Nunca ha sido regente un plebeyo, un trasquilado.

—El tamaño de los cabellos no es lo que importa —replicó Doramas—, sino la fortaleza del brazo. Y ahora es imprescindible que tengamos un líder poderoso. ¡Yo soy ese líder!

Doramas se giró desafiante y dio una vuelta sobre sí mismo.

—¿Alguien está en desacuerdo? —preguntó en voz alta. Sus hombres, inquietos, se pusieron en guardia. La tensión se palpó en el ambiente, pero ninguno de los teldenses contestó.

—Maninidra, ¿no tienes nada que decir? —le preguntó el faysag.

Todas las miradas se centraron en el guaire de Telde, que se tomó unos instantes antes de responder.

—No levantaré mi lanza contra los de mi raza, ya lo dije, y lo repito. Si Doramas jura respetar los derechos de Bentejuí, no me opondré.

—¡Sea entonces! —exclamó el guerrero de Utiaca, y alzó el brazo que portaba su lanza. Sus hombres lo vitorearon a voz en grito. Sin embargo, los teldenses guardaron un consternado silencio. No tenían claro que tener a un señor de la guerra por jefe fuera lo mejor para todos.

Nada claro.

14

Gran aldea de Teguise, Lanzarote, 3 de diciembre de 1475, quince días después.

Fernán Guerra se reunió con Juan Mayor cuando la luna menguante se ocultó tras la enorme silueta del volcán de Guanapay. La oscuridad se adueñó de la gran aldea, en realidad un villorrio de treinta casas arracimadas, sin aparente orden ni concierto, en torno a una mareta, un pozo natural de boca grande que ofrecía agua potable a sus moradores. No había luces fuera de las casas, pero ambos hombres conocían de memoria el camino hasta la casa del escribano Juan Ruiz de Zumeta, donde habían sido convocados cuando la noche llegase a la mitad del tiempo que existe entre completas y maitines. Las ventanas de la casa de los señores, situada entre la iglesia mayor y la ermita de san Francisco se encontraban cerradas y no se atisbaba movimiento alguno. Guerra miró hacia la cumbre del volcán, donde se hallaba la torre rectangular levantada por los señores para vigilar el entorno, y tampoco detectó a nadie, ni siquiera a los vigías que debían estar de guardia esa noche.

Los dos hombres caminaron furtivamente entre las sombras, rodearon la mareta, cruzaron a través del espacio de dos casas vecinales y salieron a una amplia explanada, con algunas casas a ambos lados, donde doña Inés Peraza pensaba levantar la plaza mayor de la población. Pero mucho tendrían que cambiar las cosas para que se levantaran casas en torno a ella. En aquellos momentos, nadie quería venir a vivir a Lanzarote, y muchos vecinos se planteaban irse de allí.

La situación del señorío era lo que había impelido a un grupo de vecinos a reunirse, a espaldas de sus señores, en la casa del escribano, uno de los dos que vivían en la isla.

Los dos hombres llegaron y tocaron con suavidad a la puerta, que se abrió de inmediato. Pasaron a la estancia principal y allí se encontraron a otros vecinos, sentados en taburetes alrededor de una pequeña mesa sobre la que se encontraba una bujía de aceite y una jarra de vino. El alcalde Pedro de Aday, su hermano Juan, Bartolomé Herrero, Juan de Armas y Pedro Hernández les dieron una cómplice bienvenida. Todos ellos corrían el mismo riesgo al reunirse sin

conocimiento del gobernador de la isla. Doña Inés y su esposo se encontraban en Sevilla y su hijo Fernán pasaba temporadas en la isla de La Gomera, perteneciente al señorío; y quienes vigilaban al vecindario lanzaroteño eran el gobernador Alonso de Cabrera y el alguacil Juan de Alanís, ambos fervientes defensores de sus señores.

El escribano Zumeta comprobó que todas las puertas y ventanas estuviesen bien cerradas antes de sentarse y comenzar a compartir el vino con sus huéspedes.

—Un trago no viene mal, vecinos —les comentó—. Esta noche corre un viento frío del mar que hay que contrarrestar de alguna manera.

Todos bebieron y se reconfortaron en buena medida. Pedro de Aday, que era el alcalde de la gran Aldea, el hombre que impartía justicia en nombre de los señores, tomó la palabra.

—Tenemos problemas, y van a ser más graves todavía —anunció.

Todos los asistentes guardaron silencio y le prestaron atención. Aday prosiguió.

—Las últimas noticias que nos llegan no son nada buenas. Primero, que don Juan, el escribano, nos cuente las que llegan de Sevilla.

Zumeta acabó de un trago el vaso de vino que sostenía en la mano y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Sabemos que don Diego de Herrera está comprando armas y vituallas en Sevilla y ha pedido licencia para sacarlas con destino a la conquista de Canaria.

—¿Más armas? —preguntó Fernán Guerra—. ¿A la conquista de Canaria? Todos sabemos que es imposible ganarla con las fuerzas que tenemos, ni siquiera contando con los vecinos de todas las islas de señorío.

El escribano pidió con un ademán que le permitiesen proseguir.

—Nuestros señores, doña Inés y don Diego, tienen la idea de que es posible, y se lo quieren demostrar a la reina. Esto solo puede significar una cosa.

—Que pretenden levantar de nuevo la torre de Gando. Y eso con toda la gente que murió en ella, más los que están cautivos de los canarios. Doña Inés no aprende —dijo Juan de Armas.

—Lo peor es que, como siempre, quienes tendremos que empuñar las armas somos nosotros, los vecinos —añadió Bartolomé Herrero.

—No podrán poner un pie en las playas de Canaria si no hay un acuerdo previo con los canarios de Telde —dijo Juan Mayor—. Conozco bien a los canarios, he vivido años con ellos, y sé que estarán envanecidos tras su victoria.

—Pedro Chemida, el alcaide de la torre de Gando, habla el canario y tal vez los convenza de hacer nuevas paces —añadió Juan de Aday —. Está cautivo, y al ser natural de Lanzarote, le pueden escuchar.

—Ahí está la segunda noticia que quería daros —dijo el alcalde Aday—. El rey de Telde Bentagoyhe ha muerto, y su heredero Bentejuí es menor de edad, como todos sabéis.

—Entonces será Egonayga, el guadnarteme de Gáldar, quien haga de regente de su sobrino —explicó Guerra—. Egonayga y Bentagoyhe eran hermanos.

—Pues no —repuso Pedro de Aday—. Y ahí está el problema. El capitán Doramas se ha alzado contra Egonayga y ha tomado el poder en Telde.

—Doramas es un firme partidario de la guerra contra los castellanos. No es buena noticia para nosotros —dijo Armas.

—No lo es —ratificó la opinión el alcalde—. Nos hará guerra sin cuartel si desembarcamos, como pretenden hacer los señores.

—Tenemos que hacer algo —propuso Guerra—. No podemos quedarnos de brazos cruzados ante tanto abuso. Todos sabéis que tengo varias casas, embarcaciones, tierras de labor, rebaños de vacas, ovejas y cabras y algunos esclavos, y todo está en peligro por la descabellada quimera de doña Inés y de su marido, que es un pelele en sus manos.

—Refrenad la lengua, don Fernán —indicó el escribano—. Las paredes oyen. Tenéis razón, hay que hacer algo, pero solo podemos intentar una cosa.

Todos miraron a Juan de Zumeta, una persona sensata e instruida, una de las pocas que sabían leer y escribir en la isla.

—Hay que apelar al rey —prosiguió—. Tenemos razones de sobra para ello. En primer lugar, fuimos los vecinos quienes expulsamos a los portugueses que durante dos años se enseñorearon de la isla. Y lo hicimos sin recibir ayuda del señor de entonces, Ferrand Peraza, el padre de doña Inés.

—Recordad que el rey dio la razón a los señores y ratificó su señorío poco después —intervino Juan Mayor—. De eso hace veinte años.

—No importa, es un primer argumento, pero no es el único —replicó Zumeta, que prosiguió—. El segundo es el mal tratamiento de que somos víctimas. Hace más de quince años que tenemos que servir con nuestras personas y las de nuestros hijos en la guarda de las torres y en los desembarcos en Canaria.

—Y ello a cambio de nada —se quejó Herrero—. A mí me han matado los canarios un hijo y un hermano en esa isla. Todo en nombre de la gloria de los señores.

—Todos hemos perdido a alguien —añadió Juan de Armas—. Y por no hablar de lo abusivo del quinto de las ventas. De cada cinco cabras que podamos vender, una se la queda el señor. Esta isla es tan pobre como Fuerteventura y El Hierro, y doña Inés las hace más míseras

todavía. De La Gomera no se perciben apenas rentas, por lo que no se puede contar con ella.

El escribano Zumeta atrajo de nuevo la atención sobre sí.

—Y el tercer argumento es que no podemos ganar por nosotros mismos la isla de Canaria. Hay que convencer a la reina de que es ella quien debe asumir esa empresa. Ya lo dijimos cuando echamos a los portugueses y lo debemos reiterar: las islas de Canaria deben ser de realengo, no de los señores.

—Convencer a una reina no es tarea fácil, don Juan —dijo Pedro de Aday—. Hay que ir a la corte y pasar largo tiempo allí. Eso implica disponer de una embarcación en la que salir de la isla sin que sospechen nada el gobernador ni su alguacil. Luego, llegar al pie de la reina y poder entrevistarse con ella. Y eso llevará también mucho tiempo, y sobre todo, dineros. El único que tiene posibles para ello es don Fernán.

Guerra se sintió taladrado por la mirada de los demás. Suspiró antes de hablar.

—Estoy de acuerdo en que apelemos a la reina. Pero hay que esperar a que la situación sea propicia. De momento, nada nos exigen más allá de lo cotidiano. Si es verdad que don Diego está haciendo acopio de mantenimientos y armas, y nos obliga a ir de nuevo a la isla de la Gran Canaria, será el momento. Tal vez todo sean habladurías y no ocurra nada de eso.

Los hombres se miraron entre sí, asintiendo.

—¿Creéis de verdad que los señores se quedarán quietos y no querrán levantar una torre? —preguntó el escribano a Guerra—. Es el modo que tienen de demostrarle a la reina que están conquistando las islas.

—No lo creo, pero es la única forma en que puedo estar en paz ante tanta incertidumbre.

—Yo también me mentiré a mí mismo —concluyó Zumeta—. Al menos, hasta que me desengañe la realidad.

15

Sanlúcar de Barrameda, 6 de diciembre de 1475, tres días después.

—¡Atención, mesnada! ¡Hagamos alarde!

La voz de orden del adolescente Alonso de Lugo se escuchó en el patio de entrada al palacio Ducal. Allí se habían congregado una docena de chicuelos del vecindario de la plaza de Arriba, y se disponían a presentar armas —palos cortos y palos largos al hombro— ante su dignidad, don Juan Alonso Pérez de Guzmán, de nueve años de edad, hijo del duque don Enrique, que había salido a la calle a jugar con los chicos del barrio bajo la mirada atenta de una de las criadas,.

Los chavales se dispusieron en fila de a dos y comenzaron a marchar al paso, con la mirada al frente y pose marcial, ante la vigilancia inspectora del improvisado capitán sin galones. En realidad tenía poco que enseñar, ya que todo lo que había aprendido lo había observado de los soldados del castillo de Santiago

—¡Media vuelta! —ordenó Alonso, que dirigía la maniobra con una espada de madera.

La tropa obedeció y comenzó a desfilar por delante del niño don Juan Alonso que, subido en un cubo al revés, pasó revista con digna suficiencia. El último en pasar fue el propio Alonso, que se detuvo delante del futuro duque, le hizo una reverencia con la cabeza y anunció:

—¡La hueste del duque está presta para la batalla! Esperamos las órdenes de vuestra merced para arrojarnos contra los infieles enemigos de la fe de Cristo.

El niño duque levantó una mano como lo había visto hacer a su padre, y repitió una de sus frases.

—Nos estamos complacidos. ¡Que se apresten al combate!

La inminente batalla fue interrumpida por la voz de la duquesa doña Leonor, que se asomó a una de las ventanas.

—¡Juan Alonso! ¡A comer!

El avisado frunció el ceño. Siempre le fastidiaban el cruento desenlace que preveía en su imaginación.

—Tengo que irme —avisó a los demás.

Como todos eran jóvenes y sabían cómo se las gastaba la duquesa si se enojaba, comprendieron que el alarde militar había terminado.

—Id en buena hora a restaurar vuestras fuerzas, señoría —le dijo Alonso a modo de consuelo—. Seguiremos en otro momento.

Juan Alonso, algo compungido, entró por la puerta palaciega de piedra tallada y se perdió de vista. Sus compañeros de juegos rompieron la formación, pasaron por delante de la entrada gótico mudéjar de la iglesia de Santa María de la O y se dirigieron a la plaza de Arriba.

—A don Juan Alonso lo tienen demasiado controlado. No le dejan jugar nada —dijo uno de ellos, Sancho de Escalante, el hijo de un maestre calafatero del río, que tendría unos diez años.

Alonso de Lugo era el mayor del grupo, y a sus dieciséis años muchos de los vecinos de Sanlúcar pensaban que ya no era edad de estar jugando a la milicia con los más jóvenes del barrio, pero a él le encantaba dar órdenes y que estas se cumplieran, lo que solo podía lograr con los chavales de la zona.

—Llegará el momento en que el duque luche contra los moros de Granada, amigo Sancho, y tal vez ponga el pie en África, o más lejos todavía. Y ahí estaremos nosotros, a su lado, cubriéndonos de gloria.

—De momento, prefiero cubrirme de comida, tengo hambre.

—Pues a comer se ha dicho.

Los muchachos se dispersaron en distintas direcciones, y Alonso se dirigió a su casa, grande y de piedra, como correspondía a un comerciante próspero, en la calle de Pozo amarguillo. En la puerta se encontró a su hermano Pedro, que le esperaba con expresión de impaciencia.

—¿Dónde estabas, Alonso? Ya íbamos a empezar sin ti.

—Luchando por el duque —le respondió con una sonrisa.

—Siempre estás con esas fantasías de conquista. Ha venido el primo Juan de Sevilla, y padre y madre nos están esperando para comer. Lávate las manos.

Alonso pasó por delante de su hermano haciendo como que no le oía. No obstante, se lavó en un aguamanil del patio y siguió a Pedro al otro lado, a la estancia principal donde se montaba la mesa cuando llegaban visitas importantes, como la de su primo Juan de Lugo.

Su padre y su primo, que les llevaba quince años a los hermanos sanluqueños, se encontraban a un lado sentados en sillas altas degustando el vino blanco tan característico de Sanlúcar y por extensión del condado de Niebla. Don Pedro levantó su copa de vidrio —todo un lujo poseer cristalería—, contempló el líquido blanco al trasluz y lo probó.

—Un vino, de aroma punzante, ligero al paladar, seco y poco ácido —sentenció.

—Tiene el color de la manzanilla —opinó Juan a su vez tras el primer sobro—, y sabe distinto del de Jerez o el del Puerto de Santa María. Posee su propia personalidad, sin duda.

—¡Ya ha llegado Alonsito! —dijo doña Inés, la madre—. ¡Ya podemos comer!

Los cinco componentes de la familia —los otros dos hermanos, Luis e Inés, eran tan pequeños que todavía no comían con los mayores—, se sentaron a la mesa. Don Pedro recordó en una breve oración a los abuelos gallegos y bendijo los alimentos. Como tenían invitado, doña Inés había dispuesto unas tortillitas de camarones y sardinas en espetón, maravillas propias del lugar que encantaban al primo sevillano.

—He comprobado que seguís poniendo flores en la tumba de mi padre —dijo Juan—. Os lo agradezco.

—Mi hermano Alonso se merece un recuerdo constante —dijo don Pedro—. Y esa lápida con su efigie y mejores galas es la única de ese estilo en muchas leguas a la redonda. Los franciscanos que administran la iglesia de la Trinidad dicen que es muy visitada. Se está creando una gran devoción a la imagen de la Virgen.

—Me alegro de que el dinero y la fe que mi padre empleó en levantarla tenga sus frutos.

—¿Qué te trae por aquí, primo? —preguntó Pedro, el hijo mayor.

—Dos asuntos que os atañen de cerca a ti y a tu hermano.

—¿A mí también? —preguntó Alonso, sorprendido. Su corta edad hacía que quedara relegado en las conversaciones.

—La primera se refiere a Pedro. Ha quedado vacante una juradería en Sevilla. Como sabéis, yo soy veinticuatro de la ciudad, y como miembro del regimiento tengo voz y voto en la elección de los nuevos cargos. He prestado dinero a muchos regidores y todos me deben algún que otro favor.

—¿Qué hace un jurado? —preguntó Alonso.

—Es una especie de supervisor de las transacciones comerciales del municipio, y es representante de determinados barrios o collaciones de la ciudad. Como Pedro ha aprendido mucho en estos últimos años del tráfico de mercaderías, y ya tiene dieciocho años, creo que es un buen momento para que comience a ejercer su profesión en Sevilla.

—Me parece una buena opción, Juan —afirmó don Pedro—. El chico saldrá de Sanlúcar y adquirirá experiencia. Estoy seguro de que Sevilla, en los próximos años, va a crecer como nunca.

—Igual piensan mis socios genoveses —dijo Juan, volviéndose hacia Pedro—. Acaban de llegar de Génova los hijos de Micer Pietro Giovanni de Riberol, Francisco y Cosme, y son de tu edad. Estoy seguro de que harás buenas migas con ellos.

—Estaré encantado de ir Sevilla contigo —dijo Pedro.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Alonso, impaciente.

Juan dirigió su mirada al otro lado de la mesa, donde estaba sentado el menor de los hermanos.

—Para ti también hay algo que puede interesarte. Tengo un amigo sevillano, Pedro de La Algaba, que está casado con doña Luisa de Las Casas, una prima de tu madre Inés, que se encuentra colocado cerca de los reyes. La reina Isabel le ha hecho saber, todavía con cierta discreción, que tiene la intención de crear una Hermandad para todo el reino. Y que él va a ser una de las piezas clave para su instauración en Andalucía.

—¿Qué es una Hermandad?

—Hasta ahora solo se han empleado de modo local en algunas ciudades. Es un cuerpo militar que vigila la seguridad de los caminos y persigue a los bandidos. La reina quiere que sea un cuerpo organizado en toda Castilla. En otras palabras, que va a necesitar soldados.

—¡Soldados! —exclamó Alonso—. ¿Y habéis pensado en mí?

Juan asintió con una sonrisa.

—Es muy joven para la milicia —protestó doña Inés—. Mejor sería esperar unos años.

—Con todo respeto, querida tía —replicó Juan—. Creo que tiene la edad perfecta para introducirse en el manejo de las armas y de las técnicas militares. Es lo usual.

—Y yo quiero ir —añadió Alonso.

Juan miró a su tío don Pedro, esperando una respuesta.

—Me parece también una buena opción —respondió el dueño de la casa—. Ya es hora de que Alonso deje de jugar con los niños de la calle y se haga un hombre.

Alonso iba a protestar, pero se lo pensó dos veces, y permaneció callado.

—Te gustará Pedro de la Algaba —le dijo Juan—. Es un caballero diestro en el arte de la guerra, y tiene una hija de tu edad. Muy guapa, ya lo verás.

Don Pedro decidió dar por zanjado el tema. No le agradaba que se hablase de mujeres en la mesa.

—Inés, más sardinas, haced la merced.

16

Sevilla, 10 de diciembre de 1475, una semana después.

El frío húmedo se colaba en los huesos de Lorenzo mientras caminaba detrás de su señor por las calles de la collación del barrio de la Mar, llamado así aunque el océano quedara muy lejos. Una niebla espesa parecía haberse formado desde el río y se expandía por esquinas y callejones. Lorenzo sabía que al mediodía despejaría, pero a aquella hora de la mañana la ciudad parecía como envuelta en un blanquecino sudario neblinoso.

Los dos hombres pasaron por delante de la lonja de los Paños y se dirigieron a la puerta del Arenal, la salida del recinto amurallado más cercana en dirección a la explanada ribereña donde se hacía la carga y descarga de los navíos que arribaban a la ciudad. Tras cruzar el arco de piedra que dejaba atrás la urbe amurallada, dejaron a su izquierda el arrabal de la Cestería, un pequeño caserío que crecía al amparo del lienzo de pared y que iba camino de convertirse en un barrio extramuros por derecho propio. Frente a ellos se desplegó ante sus ojos un aparente desorden que encantaba a Lorenzo. Barcas de todo tipo y tamaño se desplazaban de la playa de arena a las naos, carabelas, carracas, galeras y demás tipos de embarcaciones para llevar a tierra sus mercaderías. Si en el agua el trajín era asombroso, en tierra no lo era menos. Las mercancías se agrupaban a cierta distancia de la orilla y mozos de todo pelaje se afanaban en subirla a carros tirados por mulas o bueyes. A su alrededor, capataces dando órdenes se mezclaban con los propietarios de los artículos y existencias, que trataban de venderlas al por mayor o al por menor, que tanto valía, a los regatones, propietarios de mesones o a quien más les interesaba, los mercaderes extranjeros que les rodeaban haciendo sonar el tintineo de sus repletas faltriqueras. Trigo, ropas, muebles, animales, cargas de vino, de jabón, de cerámica, de pólvora, de maderas, y sobre todo, aceite y aceitunas provenientes de los alrededores, en gran parte de la fértil comarca del Aljarafe, donde inmensos olivares se perdían de vista en el horizonte.

—Busquemos al infame maese Enrique —le comentó Francisco a Lorenzo en genovés. Cuando lanzaba algún dardo despectivo o una

mofa, utilizaba el idioma natal, que no entendían los sevillanos.

Lorenzo tardó poco en localizarlo. Solía colocarse cerca de la muralla, pero lo suficientemente lejos de la montaña de basura que llevaba decenios aumentando de tamaño junto al otro arrabal, el de la Carretería.

—Allí está, señor —señaló Lorenzo en la misma lengua.

—Vamos a ver qué ha traído ese sinvergüenza. Espero que no trate de engañarnos otra vez.

—Ya lo hemos pillado tres veces con el peso.

Francisco de Riberol y su esclavo se acercaron a uno de los mercaderes que daba órdenes a sus criados sobre el modo de proteger un numeroso grupo de cestas grandes de mimbre que contenían centenares de aceitunas de la variedad Lechín de Sevilla. El dueño de la mercancía reconoció a Francisco y se acercó solícito.

—¡Micer Francisco! ¡Qué alegría veros! Es un gran honor que visitéis mi casa.

Riberol entendió que por casa se refería al puesto improvisado en medio de la arena, era lo común.

—Veo que habéis traído lo prometido, maese Enrique.

El mercader se llevó las manos a su oronda tripa con excesiva satisfacción.

—Treinta y siete arrobas de lo mejor de lo mejor que se puede encontrar en aceitunas en Sevilla y en el resto de Andalucía, por no decir en el reino de Castilla.

—Se nota que sois sevillano, me extraña que no ampliarais el ámbito geográfico a toda Europa.

—Y al Asia y al África también —respondió maese Enrique con una sonrisa zalamera.

El comerciante atrajo con un gesto al genovés y a su acompañante hacia el género que exhibía. Francisco se acercó y tomó una aceituna al azar. La miró de cerca, la limpió con su capa y la probó.

—Un poco ácida —dijo.

—¡Todas las lechín son un poco ácidas! —protestó con fingida indignación el sevillano— Por eso se hace el mejor aceite de ellas. Y el mejor jabón en consecuencia.

—No tenéis que convencerme de las virtudes del fruto. Lo conozco bien. ¿Treinta y siete arrobas decís que habéis traído?

—Treinta y siete. Ni una más, ni una menos.

—Entonces os pagaré el precio estipulado —Francisco hizo además de echar mano a la bolsa que colgaba de su cinturón—. Pero antes, Lorenzo echará un vistazo al género.

—No faltaba más —dijo maese Enrique, echándose a un lado para que el sirviente del genovés se acercara.

Lorenzo dio una vuelta alrededor de los cestones, contemplándolos

con atención. Escogió seis de ellos y los levantó en peso uno a uno. En cuanto terminó, se acercó a Francisco y le habló en genovés.

—Le falta una parte de diez a cada uno. En vez de treinta y siete arrobas, son treinta y tres y un tercio.

El genovés sonrió y se volvió hacia maese Enrique.

—Os pago las treinta y tres arrobas y un tercio que habéis traído.

El sevillano se llevó las manos a la cabeza.

—Pero, ¿cómo? ¿Treinta y tres? ¡Si hay treinta y siete cestas de una arroba! Vuestro esclavo no sabe contar.

—No es mi esclavo, y cada una pesa menos de una arroba. Si queréis, llamamos a uno de los guardas de la aduana para que las pesen. Pero ya sabéis las multas que suelen poner, cobran parte de su sueldo de ellas.

El mercader abrió los ojos de pasmo.

—Nada de guardas —se rindió—. Me timáis de nuevo, micer Francisco. Os acepto el dinero por ser quien sois y por la tradición comercial que une a nuestras familias. Pero que quede constancia de mi protesta.

—Protestad, protestad, pero subid al carro las aceitunas.

Francisco pagó al vendedor, se despidió y siguió a la carreta, que se dirigía al puente de barcas que cruzaba el Guadalquivir, camino de una de las almonas que tenían arrendadas los Riberol en la calle de Castilla, en el barrio frontero de Triana. Lorenzo se acercó a Francisco y le preguntó:

—Señor, ¿por qué habéis dicho que no soy vuestro esclavo?

El genovés se volvió, sonriendo.

—Ya me has salvado al menos cuatro veces de que me estafen, Lorenzo. Y la cantidad que has evitado que pierda vale mucho más de lo que le costaste a mi padre hace años. Creo que te has ganado que dejes de ser esclavo. ¿Querrás trabajar para mí como hombre libre?

Lorenzo, asombrado, apenas pudo balbucear su respuesta.

—Por supuesto, señor.

1476

17

Telde, Gran Canaria. 2 de febrero de 1476, tres semanas después.

—Eres una persona extraña, Pedro Chemida —dijo el guaire Maninidra—. Has sido nuestro enemigo mientras gobernabas la torre de Gando, y, sin embargo, hablas nuestra lengua y amas a una de nuestras mujeres. Es algo complejo de entender.

El prisionero castellano se encontraba sentado junto a uno de los hogares en el que permanecían encendidas las brasas del fuego que había calentado la olla de barro donde se cocía carne de cabra con sebo, a la que se añadía después gofio. Chemida, como cautivo, era obligado a servir en diversas actividades domésticas, y una de ellas era que no se apagaran los hogares. Vestía a lo canario, el tamarco de piel de cabra, como todos los prisioneros, y solo se diferenciaba de sus captores por el corte de la barba y de los cabellos. Se hallaban en la casa de Maninidra hablando con discreción, fuera del alcance de los oídos de la mujer y una de las hijas del jefe militar, que se encontraban sentadas en otro rincón.

—Si me permites explicarlo, no lo verás tan contradictorio, Maninidra —replicó Chemida.

—Habla pues.

—Aprendí el canario en Lanzarote, donde nací y he vivido la mayor parte de mi vida. Todavía quedan descendientes de los majos, los habitantes de la isla antes de que llegara el francés Mosiún de Betancor con su gente. La antigua lengua es muy parecida a la vuestra, solo se diferencia en el acento y en algunas palabras.

—Si es tal como dices, en algún momento tuvimos que ser un solo pueblo.

—Puede ser, y que también todos provinieran del mismo lugar. Es algo que está enterrado en la noche de los tiempos.

—Nuestros ancianos dicen que siempre estuvimos aquí, desde que Acorán creó el cielo, la tierra y el mar. Para nosotros, es normal que todas las personas hablen la misma lengua. Los extraños sois vosotros, con ese idioma agresivo y sibilante —Maninidra hizo una pausa—. Pero eso no explica que fueras nuestro enemigo.

—Las paces que estaban concertadas con Diego de Herrera se mantuvieron hasta que llegó el portugués Silva, con quien volvió la guerra. En cuanto Silva se fue, tomasteis la torre de Telde a sangre y fuego.

—¿Qué menos podíamos hacer? Vosotros nos robabais el ganado continuamente y hasta secuestrabais a nuestras mujeres.

—Cuando cayó la torre de esta población en que estamos, los que guardábamos la de Gando nos mantuvimos en paz y no volvimos a atacaros. Lo que hablas de las mujeres fue un malentendido.

El guaire, sentado sobre una estera de mimbre, cambió de posición, mostrando que su paciencia se estaba acabando.

—Tres hijas de nuestros nobles fueron raptadas por vosotros. ¿Me lo vas a negar?

—No las raptamos. Vinieron de grado, por su voluntad. Una de ellas era Nayde, y vino con dos de sus amigas más cercanas. Sabes que hemos estado en Gando desde hace más de diez años, y hubo un tiempo de paz en que nos tratábamos como hermanos. Fue entonces cuando la conocí. Luego, hablé con ella en muchas ocasiones, siempre con respeto. La guerra que trajo Silva fue lo que nos separó. Y permanecimos sin vernos mucho tiempo, hasta que decidió venir a donde yo estaba.

—Lo que me cuentas es difícil de creer. Pero lo que sí he visto, desde que estás aquí con nosotros, es que ella te corresponde. Eso no se puede negar. Vuestro amor va a ser muy complicado de mantener.

—Tal vez sí, tal vez no. Te he pedido que hablemos para exponerte una idea que me ronda la cabeza.

El jefe militar canario se irguió sobre su asiento, prestándole toda su atención. Chemida prosiguió:

—Todos sabemos que Egonayga, el guadnarteme de Telde, debería haber tomado la regencia del hijo menor de Bentagoyhe. Doramas no tenía ningún derecho a asumirla.

—Egonayga no despierta simpatías en Telde, Chemida. Eso lo sabes de sobra. Y nadie se opuso a Doramas.

—Sin embargo, eres consciente de que en los últimos meses la relación entre Bentejuí, el heredero del guanartemato y Doramas ha empeorado. De todos es conocido que no se hablan y que evitan encontrarse en el poblado. Ha nacido una inquietud en los habitantes de Telde y tú lo sabes.

—¿A qué te refieres?

—Se comenta que Bentejuí se está convirtiendo en un problema para la ambición de Doramas. Hay quien comienza a temer por su vida.

Maninidra se mesó la barba, con expresión preocupada.

—Es cierto. Pero estoy seguro de que Doramas no se atreverá a hacerle nada al muchacho.

—Siempre ocurren accidentes, Maninidra. Tal como están las cosas, sería conveniente tomar precauciones.

—Egonayga ha reclamado que Bentejuí vaya a vivir con él a Gáldar, y el chico no lo ve con malos ojos —reconoció el canario—. Pero Doramas se opone, y nadie de Telde quiere indisponerse con el regente y sus guerreros.

—Lo mejor sería que alguien llevara a Bentejuí con Egonayga. Alguien que no tema las consecuencias.

—Es una decisión difícil. A los teldenses no nos gusta que Bentejuí se vaya de Telde. Sin embargo, vemos que la mala relación con Doramas puede llevar a algo desastroso. Pero ¿quién se atrevería a desafiar a Doramas?

Chemida miró a Maninidra con intensidad. La lumbre encendida daba a su rostro un color ocre mortecino. Los ojos del castellano parecieron brillar antes de contestar.

—Yo mismo. Es decir, con Nayde, que vendría conmigo. Ella conoce perfectamente los caminos a Gáldar, y en una jornada, esquivando los pasos más concurridos, estaríamos en los dominios de Egonayga. Y hay que aprovechar que estos días Doramas ha salido a pastorear por Arucas. Podemos llevar con nosotros a Bentejuí y a su hermana.

—De esa manera, el culpable no sería ningún teldense, sino tú, Pedro Chemida. A Nayde, conociendo que te ama y que por ello obedece tu voluntad, nadie le va a echar nada en cara.

—Yo soy un cautivo en Telde. Si os presto este favor tanto a Egonayga como a Bentejuí, es posible que cambie mi suerte. Lo peor que puede pasar es que nos detengan. A mí me castigarán, tal vez con la vida, pero al heredero no lo tocarán.

—Eres un hombre persuasivo, Chemida. Debes ser consciente de que si te atrapan, nadie moverá un dedo en tu defensa.

Chemida asintió, muy serio.

—Lo soy. Si logro llevar a Bentejuí a Gáldar, tal vez podamos tener paz de nuevo con Diego de Herrera. Mi idea es que se cree una amplia liga en contra de Doramas, y Herrera sea uno de los aliados.

—Difícil lo veo, aunque no imposible. Egonayga es ya mayor, y no tiene ganas de guerra. Ya lo has visto con Doramas, a quien incluso permite forrajear en la montaña donde más le gusta, aunque esté dentro de sus dominios.

—Entonces, no te opones a que lleve al heredero a Gáldar para que esté más seguro.

—No me opongo porque no conozco ese plan —mintió Maninidra con intención—. Esta conversación nunca ha existido. Y ya conoces los riesgos, Chemida. Poco podré hacer por ti si te descubren.

—Lo sé. Correré el riesgo. Vale la pena.

18

Segovia, 2 de marzo de 1476, un mes después.

—Fijaos, Beatriz, esto que ves es algo nuevo y único.

La joven Beatriz de Bobadilla se encontraba sentada junto a su padre, don Juan de Bobadilla, en la sala de las Piñas del alcázar, el espacio de trabajo administrativo de su tío Andrés Cabrera. Bajo el artesonado tan característico del techo, adornado con réplicas de dicho fruto, el tesorero de la reina estaba sentado en una silla de tijera curva con respaldo de cuero a un lado de una gran mesa de roble. La atención de padre e hija se centró en el objeto que Cabrera portaba en sus manos como un tesoro.

—No hay tanto misterio, tío —repuso la muchacha—. Es un libro.

El principal responsable del tesoro real sonrió.

—No es un libro cualquiera. Este está impreso, no escrito.

—¿Y qué diferencia hay?

—Pues que lo hace una máquina, una prensa con tinta sobre papel, que luego se encuaderna en piel, como ves. Y se hace aquí, en Segovia.

—He oído hablar de ella —dijo don Juan—, la trajo de Italia Juan Párix, que trabaja para el obispo desde hace unos pocos años, pero no había visto ninguna.

Don Andrés dejó el libro a su cuñado, que lo tomó y lo abrió por el centro.

—Todas las letras son del mismo tamaño. Y se entiende bien —observó Beatriz, admirada.

—Eso es lo mejor —asintió Cabrera—, porque tenemos cada escribano, con sus letras endiabladas, que no hay quien las entienda. Hasta ahora un libro debía ser copiado a mano, lo que llevaba mucho tiempo. Con este ingenio, puedes tener varios libros al día.

—Es un gran invento, sin duda —comentó don Juan—. Llegará el momento en que cualquier persona podrá tener libros y los leerá.

—Tendrán que aprender a leer primero —bromeó el tesorero—. ¿Te imaginas que todo el mundo sepa leer y escribir, Beatriz?

La joven pensó la respuesta.

—¿Y de qué vivirán los escribanos?

Cabrera soltó una carcajada.

—No te preocupes por ellos. Siempre sabrán cómo sacarte los dineros.

Don Juan y su cuñado eran de la misma edad, y ambos se caracterizaban por llevar toda su vida al servicio de los reyes. El primero era regidor de Medina del Campo, y había desempeñado los cargos de corregidor de Madrid y alcaide de sus alcázares. Destacó muy pronto como doncel de Enrique IV y desde hacía unos años era el cazador mayor de los Reyes Católicos, un título honorario que conllevaba poco trabajo. Por su parte, don Andrés coincidió con su futuro cuñado como doncel del rey, y recorrió a su sombra una espectacular carrera política en sus veinticinco años de servicio. Fue camarero mayor, mayordomo, consejero y tesorero del rey Enrique. Caballero de Santiago, señor de Moya y de Chinchón, fue nombrado asimismo tesorero de Segovia y Cuenca, y finalmente, justicia mayor de la ciudad de Segovia y alcaide de su alcázar, donde llevaba más de diez años gozando de la confianza real. Su esposa, doña Beatriz, era íntima de la reina Isabel y eso hacía que el matrimonio tuviera una influencia muy importante en la política del reino.

La puerta de la sala se abrió y doña Beatriz de Bobadilla, mujer del tesorero, esposa, hermana y tía de los allí presentes, entró como un torbellino.

—¡Hay nuevas de la guerra! —exclamó, exhibiendo una carta en su mano.

Todos miraron expectantes a la dama, esperando que continuara.

—¡Hemos obtenido una gran victoria sobre el rey de Portugal y los traidores que apoyan a su sobrina Juana!

—¡Dios sea loado! —dijo don Andrés. Desde que le echaron en cara los orígenes hebreos de su familia siempre tenía al Altísimo en la boca, para que no quedara duda de su fe.

—¿Cómo ha sido? —preguntó don Juan.

—Según cuenta esta misiva, cuando las tropas rebeldes regresaban a Zamora tras el infructuoso sitio de Toro, fueron alcanzadas en un lugar llamado Peleagonzalo por las huestes del rey Fernando, y se entabló un combate en campo abierto.

—Hacía tiempo que no había una batalla formal —dijo la joven Beatriz—. Ahora las guerras son de sitios a fortalezas y pequeñas escaramuzas.

Doña Beatriz de Bobadilla levantó una mano para atraer la atención y leyó textualmente:

—El centro y el ala derecha del ejército real derrotaron por completo al rey portugués, que tuvo que huir del campo.

—¿Y el ala izquierda? —preguntó la muchacha.

Su tía levantó la vista del papel.

—Pues no dice nada del ala izquierda.

La joven alzó las cejas confundida. Su padre le puso una mano en el hombro.

—Eso significa que el ala izquierda no derrotó por completo al ejército portugués —le explicó.

—Y que la batalla no ha terminado con un signo demasiado claro —añadió don Andrés—. ¡Pero ha sido sin duda una gran victoria!

La joven Beatriz, que había entendido lo que le había dicho su padre, no terminó de comprender la segunda frase de su tío.

—Pero, si la victoria no ha sido clara, ¿por qué celebrarla de ese modo?

Cabrera se levantó de su asiento, muy ufano.

—Son las sutilezas de la política, querida niña. Si la noticia de la gran victoria de nuestros reyes sobre los partidarios de Juana, a quien ya llaman la Beltraneja, corre de boca en boca, los partidarios de los rebeldes se creerán perdidos y desertarán de su partido.

—O sea, ¿que se va a propalar una noticia falsa?

—Nada de eso —terció su tía—, dos alas pueden más que una, por lo que ha sido una gran victoria. Y no es una noticia falsa, querida, eso se llama hacer política.

—Si las tropas de Portugal vuelven a su país se habrá acabado la guerra en las tierras de Castilla —opinó don Juan.

—Sí, pero el rey de Portugal no se rendirá tan pronto —repuso Cabrera—. Su honra está en juego. Abrirá otro frente de guerra en algún otro sitio.

—¿Y dónde creéis que será? —preguntó la joven.

—Pues en la Extremadura, o en el mar —contestó el tesorero—. Yo me decantaría por el Océano. Los portugueses han llegado a la Guinea y hay un elemento molesto que entorpece su camino.

—Sí —asintió su cuñado—. Las islas de Canaria, que son de Castilla.

—Pues no te extrañe que la guerra derive hacia esas islas —añadió doña Beatriz.

—Bueno, eso me deja más tranquila —dijo la muchacha—. Están tan lejos, que no nos afectarán para nada en nuestras vidas. ¿Verdad?

19

Sevilla, 5 de mayo de 1476, dos meses después.

—Ha llegado al concejo una carta de los reyes —dijo Pedro de La Algaba, un hombre mayor de pelo cano, pero de constitución robusta, acostumbrada al peso de la espada—. En ella se informa a los regidores y demás oficiales de los acuerdos tomados en las Cortes de Madrigal de las Altas Torres.

Que Algaba supiera lo que decía el mensaje real se debía a su cargo de diputado para instituir la Hermandad en Andalucía, cuyo nombramiento acompañaba la carta. De todos era sabido que Pedro de La Algaba había sido llamado a consultas a la itinerante corte de los católicos reyes, y que de su entrevista con ciertos miembros del consejo real había regresado con la promesa de su nombramiento. Ahora la existencia del cargo era un hecho, pero no exento de problemas.

Los monarcas pretendían que las cuadrillas de la Hermandad, que tendría que vigilar los caminos y perseguir a los malhechores, fueran sufragadas por las ciudades donde desempeñaran su actividad. Las autoridades municipales, ahogadas por la falta de numerario en una gran mayoría en todo el reino, veían en las soldadas de los miembros de este cuerpo de seguridad más una detracción insufrible de su tesorería que una ventaja por la seguridad que supuestamente aportarían. Y en Sevilla, donde mandaban a medias los Ponce de León y los Guzmanes, más aún todavía. Ninguno de estos nobles, el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia, acostumbrados a medrar en la ciudad basándose en sus redes clientelares, veía con buenos ojos la decisión real. Se preveía que la norma sería —como tantas otras en la época de los reyes Juan y Enrique—, obedecida, pero no cumplida, artificio legal que evitaba que los destinatarios de la orden, si la recurrían, la aplicasen.

La casa de Algaba se encontraba en la calle de Matacanónigos, cerca de la esquina con Placentines, a dos pasos del palacio obispal. Las corrientes de aire que se formaban en el callejón en invierno ya se habían llevado a mejor vida a varios religiosos, con lo que el vecindario, siempre tan chistoso, había bautizado así la vía. El calor ya se hacía sentir en aquella época del año y los fuegos del hogar

estaban apagados. En torno a una mesa y a unas hogazas de pan, jamón, queso curado y una jarra de vino de Jerez se encontraban sentados media docena de hombres escogidos, los que iban a ser sus colaboradores más estrechos cuando se instituyese la Hermandad.

—¿Y cuáles son esos acuerdos? —preguntó Juan Rejón, un leonés de espíritu combativo y lengua afilada afincado hacía años en la ciudad hispalense. Hombre de armas, Rejón poseía una constitución fuerte adquirida tras muchos años de refriegas en la frontera granadina. Su planta y maneras invitaban a no desafiarlo.

Algaba recorrió su mirada por la misiva buscando los párrafos importantes. Al cabo de unos instantes, respondió.

—Los reyes han pedido dinero para la guerra, como siempre. En lo que nos interesa a nosotros, se han aprobado unas ordenanzas para la nueva Hermandad que deben tener validez para todos los reinos castellanos, incluidos los del Andalucía, por una duración inicial de dos años.

—Sabéis que las ciudades y los señores se opondrán a gastar ningún maravedí en algo que no les sea provechoso —replicó Rejón.

—¿No es provechosa la Hermandad para los reinos? —preguntó el más joven de los reunidos, Alonso de Lugo, cuya barba incipiente comenzaba a aflorar en su rostro.

—Sí que lo es —respondió Algaba—, pero implica pérdida de poder de las ciudades y de la nobleza en favor de los reyes. Los hombres de la Hermandad obedecerán los mandatos regios por encima de los gobernantes locales. Además, el coste del sueldo de las cuadrillas y demás oficiales serán sufragados por los vecinos, de ahí la reticencia con la que se van a encontrar sus altezas. Nuestra labor será la de introducir la Hermandad poco a poco en el Andalucía.

—¿Una orden de los reyes debe introducirse poco a poco? —volvió a preguntar el joven Lugo.

—Al rey se le obedece, aunque no siempre se cumple lo que pide —contestó Rejón—. Con el finado monarca anterior, don Enrique, que en Gloria esté, la disciplina y el acatamiento que se le debía dejó mucho que desear. Un rey sin fuerza provoca que los señores locales adquieran más poder del que deberían poseer. Y arrebatárselo no es cosa fácil.

—El marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, se considera el representante de la reina en Sevilla —comentó Algaba—. Y pretende que cualquier decisión que se tome en la ciudad tenga su aprobación. Él domina a los regidores del concejo. Será el obstáculo más problemático.

—Y no solo el marqués —añadió Rejón—. La desembocadura del Guadalquivir, por donde entran las mercaderías de Sevilla y Córdoba, está bajo el control directo del duque de Medina Sidonia, enemigo del

marqués. Con toda probabilidad, también pondrá obstáculos.

—Me lo creo —dijo Lugo—. El duque don Enrique es un cascarrabias que se opone a todo lo que pueda tocarle el bolsillo. Mi familia lo conoce bien.

—Sin embargo, puedo deciros que la reina lo tiene claro —dijo Algaba—. Sabe que el cumplimiento de sus órdenes requerirá tiempo y paciencia, pero al final lo conseguirá. Tantos años de permisividad por parte del rey Enrique ha conllevado estas actitudes tan poco obedientes.

—¿Y cuándo entraremos en acción? —preguntó Lugo.

—La reina quiere que las lanzas de la Hermandad participen en la guerra contra Portugal, además de ocuparse de la seguridad de los caminos. Con lo que preveo que entraremos en combate desde que nos instituyamos en la región.

—¿Cuándo será eso?

—En unos meses, Alonso. Te veo muy impaciente. ¿Tantas ganas tienes de empuñar la espada?

—Bien sabéis que mi instrucción militar está siendo sobresaliente. Y respondiendo a vuestra pregunta, sí, tengo prisa. Tengo muchas tierras por conquistar.

Todos los presentes rieron la salida del jovenzuelo.

—Abrid paso al conquistador de sus altezas —se mofó Rejón—. Creo que los moros granadinos han comenzado a temblar.

Lugo rio con ellos, y añadió.

—Los moros, o quien se ponga por delante.

20

Gran aldea de Teguise, isla de Lanzarote, 6 de mayo de 1476, al día siguiente.

—¿Estamos seguros de lo que vamos a hacer, señores? —preguntó el escribano Juan Ruiz de Zumeta a los cuatro vecinos que se habían congregado en la sala de escribanía de su casa: Juan Mayor, Fernán Guerra, Juan de Armas y Pedro de Aday.

—Estamos seguros —respondió el último—, y, junto con el resto del vecindario, creo que estáis con nosotros.

—Lo estoy, pero en esta ocasión tengo que actuar de acuerdo a mi oficio. Como escribano y notario del reino, levantaré acta de cuanto me digáis.

—Pues tomad asiento y escribid, si hacéis la merced.

El escribano así lo hizo, tomó un papel en blanco y una pluma, cuya punta introdujo en el tintero, y comenzó a redactar el encabezamiento del documento mientras leía lo que escribía.

—En la gran aldea de Teguise, que es en la isla de Lanzarote, a cinco días del mes de mayo del año de nuestro salvador Jesucristo de mil y cuatrocientos y setenta y seis años. Ante mí, Juan Ruiz de Zumeta, escribano público de los del número por sus altezas, comparecieron…

—Podríais poner que comparece todo el pueblo de la isla —le dijo Juan Mayor.

El escribano interrumpió su escritura y lo miró.

—No puedo poner eso. Los señores y sus criados también viven en Lanzarote. ¿Habláis representando a los señores, por ventura?

—Sabéis bien que no —respondió Mayor algo cortado—. Esta escritura va dirigida a ellos.

Zumeta asintió como el que sabe que tiene toda la razón.

—Pondré que habláis en vuestro nombre y en el de ciertos vecinos, que es lo que procede.

—Haced lo que sea conveniente —interrumpió Pedro de Aday—, pero que sea claro y concluyente. Esto es lo que requerimos a los señores: Que entendiendo que esta isla pertenece a los reyes nuestros señores y no a la señora doña Inés Peraza y a su marido, don Diego García de Herrera, les hacemos requerimientos por los que les

hacemos saber que vamos a alzar pendones y banderías por el rey y la reina, nuestros señores, ya que entendemos que podemos probar que esta isla es suya y de ninguna otra persona, y que no estamos sujetos ni obligados a otro señorío alguno. Tenemos varias escrituras que lo van a confirmar.

—Más despacio —se quejó el escribano—, que no doy avío.

En cuanto terminó de escribir, Aday prosiguió:

—Y les requerimos para que no nos hagan mal, ni daño, ni desaguisado alguno, por cuanto nosotros estamos y queremos estar bajo la guarda, protección y amparo de los dichos señores rey y reina.

—No sé yo cómo va a reaccionar la señora cuando le lea esto —comentó en voz baja el escribano.— Con el genio que tiene.

—No estará más indignada que nosotros cuando nos anunció su intención de levantar de nuevo la torre de Gando a nuestra costa —replicó Aday—. Seguid escribiendo, os lo ruego.

—De acuerdo —se rindió Zumeta—. ¿Qué más?

—Y que, para probar lo que decimos, queremos estar a justicia con los dichos Diego de Herrera y doña Inés, su mujer, ante los dichos rey y reina, nuestros señores, y ante ellos les emplazamos para que acudamos a que la justicia real resuelva esta nuestra petición. He dicho.

—Y así queda escrito. Y ahora, a practicar el requerimiento —el escribano se persignó—. Dios me asista.

—Valor, don Juan —le dijo Fernán Guerra—, nuestra causa es justa.

—Lo que queráis, quien tiene que decírselo a los señores soy yo.

—No tenéis mayor responsabilidad que la de ser un mensajero —le recordó Juan de Armas.

—Sí, pero al mensajero también le cortan la cabeza de vez en cuando.

Zumeta terminó de preparar la escritura e hizo una copia que se conservaría en su protocolo. Se vistió una toga de escribano para realzar que su cometido era oficial, y salió a la calle.

Fuera le esperaban unos cincuenta pobladores de la pequeña villa, todo un gentío para el número de habitantes de la isla, que lo ovacionaron en cuanto puso el pie en la arena batida que cubría las calles y espacios entre casas. Zumeta adoptó una pose solemne y anunció:

—Me dirijo en nombre de muchos vecinos de esta aldea a presentar un requerimiento a los señores de la isla, para que acepten que esta pertenece a sus altezas nuestros reyes.

Una salva de aplausos y vítores rodearon al escribano y a los cuatro firmantes del requerimiento. Las mujeres de los principales cabecillas del movimiento se habían afanado los días anteriores en tejer unos

pendones de Castilla, algo burdos y rudimentarios, pero que se podían enarbolar con cierta dignidad. Ahora, sus esposos los tomaron y acompañaron, ondeándolos, al escribano en procesión.

—¡Lanzarote por el rey y la reina, nuestros señores! —gritaron a coro al tiempo que se ponían en movimiento.

No tardaron mucho en llegar a la casa de los señores, al otro lado de la aldea, el pueblo no daba para más. En la puerta se les encaró uno de los guardas de doña Inés, que echó mano al pomo de su espada, sin sacarla.

—¿Qué queréis, que venís en sospechosa comitiva?

—Bien me conocéis —respondió Zumeta—. Estoy comisionado para entregar a los señores don Diego y doña Inés unos requerimientos de ciertos vecinos.

El guarda, sorprendido de la pequeña multitud, no supo cómo actuar.

—Esperad, que voy a consultarlo —dijo, entró, y cerró la puerta.

Fernán Guerra arengó a sus vecinos para que no decayesen en su entusiasmo y siguieran alzando los pendones y coreando la consigna. Poco tiempo después, se abrió el portalón y apareció tras él Juan de Alanís, el alguacil señorial, que pidió silencio con un gesto del brazo.

—Si es un requerimiento, tiene que hacerlo el escribano. Él puede pasar, los demás se quedan aquí.

No hubo protestas, todos estaban avisados de que así sería. Zumeta tragó saliva y caminó en pos del alguacil. El escribano conocía perfectamente la casona de los señores de otras ocasiones, por lo que no le sorprendió que lo llevaran a la estancia más grande, donde, sentados en sillas altas que recordaban tronos, le esperaban, serios y circunspectos, doña Inés y su marido. Varios criados y guardas se alineaban en las paredes, amenazantes.

—¿Qué revuelta andáis tramando, Zumeta? —le espetó la señora en cuanto entró en la sala.

—Ninguna, señora —le respondió el escribano con una inclinación —. Solo hago mi oficio, que en este caso es notificaros un requerimiento.

Doña Inés ya se barruntaba lo que seguiría. Tenía espías entre los vecinos y ya le habían avisado de que algo se traían entre manos.

—Proceded pues —le dijo, sin ofrecerle un asiento.

Zumeta sacó la escritura de un pliegue de su toga, se aclaró la garganta, y comenzó a leer el requerimiento.

Si doña Inés era clara de tez, a medida que leía el escribano, el tono se convirtió en un blanco pálido y mortecino que no auguraba nada bueno. Su esposo, que la conocía, le tomó el antebrazo con su mano y se inclinó a su lado para hablarle en voz baja en cuanto hubo terminado.

—Dejadme a mí —le pidió.

Herrera se levantó y tomó la escritura que el escribano le ofrecía. La miró por encima, haciendo que la leía, lo que era casi imposible, pues de todos era conocido que el señor no veía bien de cerca, y miró a Zumeta.

—Podéis contestar a los autores del requerimiento que nos acabáis de leer lo siguiente: a la señora y al señor nos place estar a justicia con los vecinos de la isla firmantes y acudir a la justicia del rey y de la reina para que sentencie en este caso. Para ello serán necesarias dos cosas: la primera, que los vecinos elijan y hagan un procurador que los represente. Y la segunda: Que no enarbolen pendones hasta que la justicia dicte sentencia. Mientras tanto, todo debe quedar igual que estaba hasta ahora.

Zumeta se sintió aliviado con la respuesta. Esperaba algo más brusco y salido de tono.

—Así se lo comunicaré. Me han adelantado, para vuestro conocimiento, que sus procuradores serán Juan Mayor y Juan de Armas.

—Pues decidles que yo mismo en persona, don Diego García de Herrera, compareceré en la corte para defender los derechos señoriales sobre esta isla. Y ahora, podéis iros.

Zumeta, alegre de haber terminado la audiencia, hizo una reverencia y salió por donde entró. Doña Inés también se levantó y se dirigió hacia su marido. Este le indicó con una seña que le acompañara y ambos se dirigieron a una estancia vecina. Don Diego cerró la puerta en cuanto entró su mujer.

—¿Qué estáis haciendo, Diego? —le preguntó doña Inés, completamente indignada—. A estos vasallos les conviene mano dura. Tenemos que ahorcar a los autores de este desaguisado. Y a esos procuradores, los primeros.

Herrera trató de calmar a su esposa con un ademán de sus brazos.

—Pensad un poco —le dijo, en voz baja—. Nos han planteado una cuestión legal. Se trata de determinar si las islas pertenecen a nuestro señorío o son realengas, y tenemos todas las de ganar. Ya pasó una vez, hace años, con vuestro padre, y los consejeros reales sentenciaron a su favor. Por eso, vos sois la señora de estas islas.

Doña Inés se refrenó en su ira.

—No podemos dejar nuestros derechos en manos de un juez, si podemos evitarlo. Sigo pensando que acabaríamos antes con un par de ajusticiamientos.

—Tenemos títulos reales y amigos influyentes en el Consejo Real. Estos vecinos no tienen ni la más mínima oportunidad. Si los reprimimos por la fuerza, tal vez vuelvan a intentarlo, y puede que no se limiten a un simple requerimiento a través de un pobre escribano.

Sin embargo, si conseguimos una sentencia a nuestro favor de los jueces reales, que la obtendremos, nunca se atreverán a plantear nada de nuevo. Dejadlo en mis manos. Como dije, yo mismo iré a la corte a defender vuestros derechos.

—De acuerdo —asintió la mujer—. Pero que les quede claro cuáles son las condiciones. En vuestra ausencia no toleraré ninguna insubordinación.

—Y haréis bien, Inés. Sois la señora de este lugar y merecéis todos los respetos.

—Me preocupa algo eso que han dicho que tienen escrituras en favor de su causa. Me gustaría que tuviéramos todo bien atado antes de la sentencia.

Diego de Herrera miró a su mujer y le sonrió aviesamente.

—¿Y quién os ha dicho que esos procuradores llegarán alguna vez a presentarse con esas escrituras en la corte?

Doña Inés miró a su esposo medio sorprendida, medio encantada, y le devolvió la sonrisa.

—No me digáis lo que tenéis en mente. A veces sois algo perverso.

—Debe ser que se me ha pegado algo de estar tan próximo a vos todos estos años. Estamos hechos el uno para el otro.

21

Sevilla, 7 de mayo de 1476, al día siguiente.

—¿Qué es lo que se celebra, micer Francisco?

Lorenzo se encontraba junto a Riberol en el portalón de entrada de la gran casa de Francisco Pinelo, el mercader genovés más importante de Sevilla. La mansión, casi un palacete de cuatro plantas, era una de las más altas de la ciudad, lo que evidenciaba el nivel económico de su propietario. Las telas que colgaban de la fachada testimoniaban que sus moradores estaban de fiesta.

—Los esponsales de Rigoberta, la hija de Pinelo. Se va a casar con un primo lejano de Génova. Servirá para crear una sociedad mercantil importante entre sus familias. Otra más. Es un buen momento para que la colonia de mercaderes de la ciudad te conozca, Lorenzo.

—Sois muy amable conmigo —dijo Lorenzo, con una inclinación.

—Tienes unas extrañas dotes para las cuentas que quiero que desarrolles. Además de presentar nuestros respetos a micer Francisco, también quiero hablar con él para que entres durante un tiempo a su servicio.

El criado abrió los ojos de la sorpresa.

—¿Para qué queréis que entre a su servicio?

—Para aprender, Lorenzo. Ya verás.

Los dos hombres, ataviados con galas de domingo, saludaron a los criados que recibían a las visitas en la puerta y entraron en la casona.

—Esta casa está distribuida al estilo antiguo —advirtió Francisco—. Las estancias del primer piso se destinan a alcobas, las del segundo a salones, y las del tercero a cocina y habitaciones para los criados. Como sabes, ahora la cocina se está bajando a la planta baja, ya no hay tanto riesgo de incendio con los fogones de piedra como antes.

A Lorenzo le llamó la atención que en la mayoría de las estancias grandes, fuera cual fuera su destino, había siempre una cama con doseles. Tras subir dos tramos de escaleras, llegaron a un salón grande elegantemente decorado con telas y tapicería. Las sillas con respaldo alto lucían fundas multicolores que hacían juego con las cortinas y los paños que se ponían en el antepecho de las ventanas, en las paredes y en los muros exteriores. El banquete para cuarenta o cincuenta invitados se iba a celebrar en una gran mesa larga cubierta con

terciopelo de Alejandría, junto a la que se alineaban sillas profusamente decoradas. Sobre un suelo tapizado de alfombras acordes con el mobiliario, aparecía al fondo una cama con baldaquino enteramente recubierta de satén carmesí, así como un aparador con recipientes de oro y plata finamente labrados, además de numerosos platos, fuentes y pequeños recipientes. Todo un repertorio de detalles decorativos que decían mucho acerca del poder económico de la familia Pinelo.

Francisco tomó del brazo a Lorenzo y lo empujó en dirección al dueño de la casa, a quien acababa de localizar. Vestía una sotana azul abotonada, capa de medio cuerpo, gorguera pequeña y una amplio sombrero aboinado.

—Micer Francisco de Riberol —le dijo el anfitrión en cuanto llegaron a su altura, antes de abrazarlo—. Gracias por venir a compartir mi alegría.

—Mi padre, mis tíos, y mis hermanos os damos nuestra más cordial felicitación —le dijo Riberol.

—Sed bienvenidos —dijo Pinelo, mirando a Lorenzo, a quien no reconocía. Riberol se apresuró a presentarlo.

—Lorenzo es uno de mis criados más aventajados. Ha venido conmigo de Génova.

Pinelo dio una palmada de afecto en la espalda de Lorenzo. El abrazo lo reservaba para los iguales.

—Los compatriotas siempre son bienvenidos a mi casa.

—Es un honor conoceros, señor —dijo el criado—. Vuestra fama os antecede. Se habla mucho, y bien, de vos en Génova.

Pinelo se rio y miró a Riberol.

—Vuestro criado aprende rápido las artes de la zalamería. Siempre son importantes.

Riberol también se rio, ante la mirada confusa de Lorenzo.

—En este caso, creo que lo ha dicho en serio —dijo el joven mercader—. Quería pediros un favor.

—Os lo haré si está en mi mano —respondió el anfitrión.

—Desearía que Lorenzo pasara unas semanas con vos, aprendiendo nuestras técnicas de comercio.

Pinelo miró a ambos un instante antes de responder.

—Eso está hecho, querido amigo —se dirigió a Lorenzo—. A ver, ¿conoces algo del sistema de nuestra comenda genovesa?

Lorenzo algo sabía, pero se mantuvo en un silencio atento para dar pie a que el dueño de la casa se explayara.

—Como sabes, los genoveses importamos y exportamos toda clase de mercadurías. Ahora, las más interesantes para importar son la sedas de Florencia. Y lo que más exportamos es el aceite de la campiña sevillana. Sin embargo, sabrás que, para comprar, transformar el

producto, transportarlo y venderlo en otra parte, hace falta dinero. Mucho dinero. Y ahí es donde entramos nosotros, los genoveses.

—Ibais a hablar de la comenda, micer Francisco —recordó Riberol, respetuoso. Pinelo le hizo un ademán de que iba a ello, que no fuera impaciente.

—Cuando un comerciante necesita dinero para transportar mercancía, le pide a un socio, llamado comanditario, que le adelante el dinero necesario para realizar el viaje. En caso de pérdidas, estas se cargan a quien ha suministrado los fondos, pero en caso de ganancias el contrato concede al comanditario, además de la recuperación de su capital, las tres cuartas partes de los beneficios. Quien corre el mayor riesgo, tiene a cambio la mayor ganancia.

—Pero a veces el riesgo es muy grande —terció Riberol.

—Para eso, hay una variante —respondió Pinelo.

—Si se usaran varios comanditarios simultáneamente, así se repartiría el coste de la carga y los riesgos —dijo Lorenzo, que se atrevió a hablar.

Pinelo lo miró un instante con asombro y luego con suspicacia.

—¿Y este vuestro criado necesita de verdad aprender? — le dijo a Riberol con una sonrisa en el semblante.

—Es muy bueno, ya os lo dije —replicó Riberol, devolviéndole la sonrisa.

—Bien, Lorenzo. ¿Y tienes conocimientos de la letra de cambio genovesa?

—Muy pocos, señor —reconoció el criado, lo que satisfizo a Pinelo.

—La letra de cambio evita que los mercaderes tengan que llevar sus bolsas de oro consigo en sus aventurados viajes. Permite obtener a través de un banquero o de un corresponsal en una ciudad concreta donde los haya, y solamente con la presentación de la letra, la suma correspondiente a una parte o todo el depósito que se ha hecho en cualquier lugar, normalmente en el de origen del comerciante.

—A cambio de una buena comisión, por supuesto —añadió Riberol.

—Pero va más allá de eso, querido amigo. Nos sirve también para los préstamos. Como sabes, Lorenzo, la doctrina de la iglesia prohíbe la usura, y consideraba como tal cualquier tipo de interés. Eso es un problema si queremos prestar dinero.

—Ciertamente, señor.

—Con las letras podemos camuflar los intereses de los préstamos concedidos. El interés va implícito en el importe de la letra.

A Lorenzo se le iluminó el rostro y asintió.

—Claro, la operación cambio que conlleva toda letra no es un préstamo, sino un trueque de divisas. Dentro de la comisión que se cobra a quien usa la letra, ya está añadido el interés.

—¡Bravo! —exclamó Pinelo—. Este chico promete. Vente mañana y

te pondré a trabajar en las cuentas de partida doble, a la veneciana, que están empezando a imponerse.

—Aquí estaré, señor —respondió Lorenzo, con una reverencia.

Pinelo tomó a Riberol por el hombro y se lo llevó a la mesa.

—Dejemos de hablar de negocios, que hoy es un día para celebrar. ¡Vamos a comer!

—¿Qué sorpresas tenéis preparadas para vuestros invitados?

A Pinelo le brillaron los ojos. Lo hacía cuando hablaba de comida.

—De primero, cinco tipos de delicias diferentes, de las que te adelanto dos: milhojas de borraja y carne escabechada al vino tinto, y trocitos de solomillo de puerco con puré de dátil y salteado de frutos secos. Pasaremos a distintas ensaladas y canelones rellenos con exquisitos ingredientes combinados, que son un secreto de Donatella, mi cocinera. Después, gran variedad de pescados: hervidos, fritos, a la brasa y asados. ¡Estamos en Sevilla! Todo ello con buen vino de la tierra. ¡Ah!, y para finalizar, ostras y mariscos; y de postre manzanas, peras, uvas en racimos y pasas, almendras y castañas. Sabes que soy de gustos sencillos. Os ofrezco una menudencia.

—Me gustan vuestras menudencias —dijo Riberol encantado.

Lorenzo, por un momento, dudó sobre el verdadero significado de la palabra menudencia en el idioma genovés. Pero solo durante un momento.

22

Gáldar, isla de Gran Canaria. 10 de mayo de 1476, tres días después.

—¿Qué hago contigo, Pedro Chemida? —preguntó Egonayga, el guadnarteme de Gáldar, preso de internas contradicciones—. Eres mi enemigo, pero, al mismo tiempo, me has hecho el gran favor de traer a mi casa a Bentejuí y a su hermana, desafiando la ira de Doramas. Y vienes con una mujer canaria a la que amas. ¿Qué hago contigo?

Chemida se encontraba en una de las construcciones más grandes de la población de Gáldar, la casa Roma, un lugar de reunión de sus habitantes y donde el guadnarteme solía convocar a sus consejeros. Junto a él, a ambos lados, permanecían sentados el faysag Chambeneder y su sobrino Guayedra Tenesor.

El castellano entendió que era su turno para hablar, una vez que las preguntas de Egonayga cesaron.

—Nuestros pueblos tienen la obligación de vivir en paz, Egonayga. Es lo que trato de decirte.

El guadnarteme suspiró. No veía las cosas con tanta claridad.

—Si todos fueran como tú, Chemida, no habría discusión posible. Pero tu gente no es así. Tienen un afán desmedido por ampliar sus dominios. Por robar las tierras a pueblos más débiles. Lo lleváis en la sangre, no podéis hacer nada contra eso.

Chemida meditó sobre la respuesta y sobre lo que iba a replicar.

—Es verdad que llevamos ocho siglos luchando por recuperar unas tierras que nos fueron arrebatadas por los infieles musulmanes. Solo vivimos para eso. Somos el pueblo mejor preparado del mundo para conquistar y poblar. Allí donde vamos, allí nos quedamos. Y aquí ocurrirá lo mismo, Egonayga. Por eso es tan importante que se puedan lograr acuerdos de convivencia. Cuando los castellanos pongan el pie en esta isla, lo harán para quedarse.

—Ese es el presentimiento de Chambeneder, y el mío también.

El faysag, sacerdote y consejero del guadnarteme, un hombre que había superado los sesenta años como atestiguaban sus cabellos y barba blancos, levantó la mano para hablar.

—Chemida habla palabras sabias. La paz es siempre preferible a la guerra. Pero la paz debe acordarse por las partes en pie de igualdad.

Si se impone, no durará mucho tiempo. Si Diego de Herrera quiere aliarse con nosotros y nos trata como iguales, entonces podremos hablar.

—Diego de Herrera no me preocupa —intervino Egonayga—. Ha quedado patente su incapacidad para someternos. No tiene la fuerza suficiente. Quien me preocupa es el rey de Castilla. Ese sí que es poderoso.

—Si tienes buena relación con Herrera no tendrás que preocuparte de nuestros reyes —dijo Chemida—. Son rey y reina ahora.

—¿Y qué nos puede ofrecer Diego de Herrera que no tengamos ya? —preguntó el faysag.

—Seguridad en las costas, armas, y la garantía de reconocer a Egonayga como rey de toda la isla.

La última frase de Chemida quedó en el aire durante un buen rato. Tenesor, el sobrino del guadnarteme, un tipo atlético que adoptaba la pose de hombre tranquilo consciente de su fuerza, hizo ademán de intervenir.

—Egonayga no es ni quiere ser rey de toda la isla. En Telde y sus comarcas se le vería como un usurpador. Su sobrino Bentejuí, mi primo, es quien debe ser guadnarteme de Telde cuando llegue a la mayoría de edad.

—El problema es Doramas —añadió el rey de Gáldar—. Tiene consigo a muchos guerreros con ganas de revancha que dan pie a su ambición. Aunque no lo ha dicho todavía, tal vez pretenda ser nombrado guadnarteme, ahora que Bentejuí no está en Telde.

—Siempre te convendrá estar a bien con Herrera —insistió Chemida—. No hay que olvidar que en tu caso pueden repetirse los mismos problemas que estáis sufriendo.

—¿A qué problemas te refieres? —preguntó el guadnarteme.

—A que tienes una edad. Más de cincuenta años. Y solo tienes una hija pequeña, Arminda Masequera, una niña. ¿Qué ocurrirá si mueres en unos pocos años? Habrá dos sucesores menores tanto en Telde como en Gáldar. ¿Quién asumirá la regencia de ambos reinos? ¿Chambeneder? ¿Doramas? Te conviene solucionar el problema cuanto antes y Herrera te puede ayudar. Hasta se puede llevar a tu enemigo de la isla. No hace falta matarlo.

El guadnarteme y sus hombres guardaron silencio, inmersos en sus cavilaciones. Al cabo de unos momentos Egonayga se dirigió a Chemida.

—Tenemos que pensar en lo que nos has dicho. Ahora sal de aquí y ve a trabajar en lo que te toca. Ya te haremos saber nuestra decisión.

El castellano se levantó, se inclinó y salió de la estancia. Los tres hombres volvieron a su mutismo reflexivo durante un tiempo prolongado. Al cabo, el rey se volvió al faysag y este le sostuvo la

mirada. Tenesor, por su lado, mantenía la vista fija en el fuego del hogar.

—No estaría mal que Doramas desapareciese físicamente de la isla sin que cayera su muerte sobre tu conciencia, Egonayga —dijo el faysag—. Sus guerreros acatarían tu mandato sin dudarlo.

—Herrera ya hizo acuerdos con nosotros y faltó a todos ellos —repuso Tenesor—. No es de fiar. Pidió permiso para levantar una casa de oración y edificó una fortaleza. Y luego otra. Sus palabras eran de paz, pero sus actos fueron de guerra. Creo que los problemas de los canarios deben ser solucionados por los canarios. No necesitamos a los extranjeros para nada. Que se queden en sus islas o en su Castilla.

Egonayga observó preocupado a su sobrino. Nunca le había visto expresar sus ideas de modo tan tajante. Últimamente las actitudes radicales se estaban expandiendo entre su gente. Muchos años de querellas internas y de guerra con los europeos afectaba a su conducta.

—Tenesor ha expresado su opinión —dijo—. ¿Qué opinas, Chambeneder?

El faysag se irguió antes de responder.

—Tal vez sea interesante lograr dos objetivos al mismo tiempo: quitar de en medio a Doramas y lograr un acuerdo con Herrera que nos permita caminar por nuestras playas sin peligro. Chemida tiene razón en una cosa. Si tenemos a Herrera como aliado, un aliado sin demasiada fuerza, sus reyes no se volverán contra nosotros.

—¿Y si Herrera pretende enseñorearse de nuestra tierra? Todos hemos pensado que ese es su objetivo final —inquirió Tenesor.

Chambeneder se adelantó a la respuesta de Egonayga, dirigiéndose al propio rey.

—Lo que no nos conviene es tener dos enemigos al mismo tiempo. Herrera no podrá nunca derrocarte, pero Doramas sí. Es preciso sacar a Doramas del campo de lucha. Si Herrera mantiene su palabra y no trata de dominar la isla, mantendremos la alianza.

—¿Y si no ocurre así? —preguntó Tenesor, escéptico.

Egonayga no necesitó meditar mucho la respuesta.

—Entonces, será la guerra de nuevo —contestó el guadnarteme—. Chambeneder, dile a Chemida que hablaremos con Herrera. Y roguemos porque a sus reyes no se les ocurra nunca venir por aquí.

23

Medina del Campo, 6 de junio de 1476, un mes después.

A Beatriz le encantaba colarse por todos aquellos lugares que, aunque no le estaban vedados, no eran el lugar apropiado para las damas de la corte. Desde que habían llegado desde Segovia, un día antes, no había parado de explorar las casonas donde estaban aposentadas la reina y sus dueñas. Su tía doña Beatriz a veces la invitaba a acompañarla cuando iba a visitar a su amiga la reina doña Isabel, y en aquella ocasión no dudó un segundo en sumarse a la comitiva. La vida en el alcázar segoviano era cómoda, pero podía ser enormemente aburrida. Una joven de dieciséis años necesitaba mundo por recorrer, por mucho que su aya y su tía le predicasen conductas recatadas y serenas. Llegar a Medina era la promesa de nuevas vivencias, el contacto con gente interesante de todo tipo, desde los criados hasta las damas más nobles del reino. Y todo ello aderezado con un ambiente de efervescencia debido a la guerra. Los combates cada vez se encontraban más lejos de la ciudad y la población vivía más tranquila y confiada. El rey estaba fuera, en Tordesillas, donde había reagrupado sus huestes tras el infructuoso sitio de Toro, tratando de liberar a sus partidarios que se encontraban a su vez sitiados en el castillo de la ciudad. Se comentaba además que tendría que dirigirse a la frontera francesa para repeler un ataque del rey francés, aliado del portugués, sobre Fuenterrabía. Por todos estos convulsos acontecimientos, las casas palaciegas donde estaba alojada la corte eran el dominio de las mujeres. La mayoría de los hombres estaban fuera, con el rey. Y por eso, Beatriz podía recorrer, cuando despistaba a su tía, los pasillos y estancias de las residencias de los nobles que las habían cedido a la reina y a sus acompañantes durante su estancia en la ciudad.

Aquel día estaba explorando de nuevo en las casas del palacio del rey don Pedro, un recinto residencial junto a la acera del Potrillo en la plaza del mercado, que ya conocía de muchos años atrás, pero al que no había vuelto desde entonces. Nuevas caras y algún que otro mueble que no reconocía la recibieron en el palacio. Aunque ella no conocía a todos los habitantes, los sirvientes sí parecían conocerla a ella, bien

aleccionados sobre las personas que pertenecían al séquito real.

El patio interior del palacio seguía tal y como lo recordaba, austero y frío, pero luminoso. El gran salón tenía tapices nuevos y habían cambiado las sillas, más esbeltas y menos pesadas que las anteriores. La luz del sol de junio, que comenzaba a calentar, atravesaba las ventanas y se fijaba en las alfombras de lana que recubrían el suelo de piedra. Era media mañana, pero un olor a horno de leña la atrajo hacia el otro lado del patio, al lugar donde estaban las despensas y las cocinas. Se asomó a la puerta y comprobó que una decena de criados, dos hombres y ocho mujeres, se afanaban en la preparación de la comida del mediodía. Observó en los fogones varias marmitas que comenzaban a bullir, lo que le daba a la estancia, a pesar de tener las puertas abiertas a un patio trasero, un calor más intenso que en el resto de la casa. De un horno de piedra salía un aroma a pan recién horneado que le hizo sentir una punzada de hambre, a pesar de que había desayunado apenas unas horas antes. Los criados la vieron y la saludaron con un asentimiento de cabeza, pero no le dirigieron la palabra. Eran los nobles los que tenían la preferencia a la hora de hablar, los criados solo contestaban si se dirigían expresamente a ellos.

Beatriz se acercó a uno de los carniceros, que estaba despiezando un cordero joven.

—Buenos días —saludó al trinchante—. ¿Es para lechazo?

El criado le sonrió sin mirarle directamente a los ojos.

—Buenos días, doña Beatriz. En efecto, a las dueñas les encanta y su alteza lo toma de vez en cuando, no le gustan las carnes en demasía.

—Entonces no ha cambiado de costumbres —dijo Beatriz, más para sí que para el carnicero—. Es más de verdura.

Un hombre bien vestido, con jubón y sombrero, se acercó a la pareja.

—¿Nos regaláis con vuestra presencia, doña Beatriz?

La joven reconoció al instante a Toribio de la Vega, el cocinero real, la persona que tenía a su cargo a los cocineros, pasteleros, porteros, panaderas, aguadores, fruteros, gallineros y toda clase de ayudantes, algunos de ellos esclavos. Y todos estos solo en la cocina, ya que en el servicio de mesa entraban los reposteros, maestresala, trinchante y copero, que tenían su propia organización aparte.

—El olor me ha traído hasta aquí, maese Toribio —respondió Beatriz con una sonrisa—. Las viandas de hoy prometen ser sabrosísimas.

La sonrisa de la bella segoviana abría puertas y corazones, y el cocinero no era una excepción.

—Sed bienvenida, pero tened cuidado, que mi gente anda

alborotada y no mira por dónde va.

Beatriz asintió con fingida preocupación y siguió caminando por la cocina, curioseando aquí y allá, alternando entre los calderos de sopa a los fogones de brasa para la carne y el pan. Precisamente, sacando varias hogazas de pan se encontró con un rostro conocido.

—Eres Isabel, la canaria —le dijo Beatriz.

La mujer, sin levantar la mirada, se ruborizó.

—Me hacéis un gran honor al recordar mi nombre, mi señora.

—¿Qué haces aquí?

—Sirvo en la cocina. Soy alentadora, cuido de que las brasas no se apaguen, y ayudante de panadera, compruebo el punto exacto del pan para sacarlo del horno.

—Pasarás calor siempre junto al fuego.

La mujer sonrió.

—En invierno no hay ninguna queja, mi señora.

—¿Y por qué se te asignó esa labor?

—Tenía alguna experiencia. Sé cómo hacer que no se apague el fuego desde pequeña. Y también sé hacer gofio.

Beatriz alzó una ceja al escuchar la palabra.

—¿Gofio? ¿Qué es eso?

—Es el pan que se come en el lugar de donde provengo. Se puede comer en harina o amasado con agua o leche.

—¿Y está bueno?

—Todos los canarios comen gofio desde siempre. No puede estar malo.

—¿Me harías gofio alguna vez? Me gustaría probarlo.

—Si me da permiso la panadera, podría hacéroslo.

—Hablaré con ella entonces.

—A vuestro servicio, señora.

—Siempre es bueno probar cosas de lugares lejanos a donde nunca se irá en la vida.

—No digáis eso, señora. Nunca se sabe lo que depara el destino.

—¿No eres de las islas de Canaria? Están en el mar tenebroso, al borde del abismo. ¿Sabes que yo nunca he visto el mar? Jamás en la vida iré a tus islas, Isabel. Mi futuro está en esta tierra castellana.

—Lo que vos digáis, mi señora.

24

Sevilla, 11 de junio de 1476, cinco días después.

—¿Por qué has insistido tanto en que te acompañara este domingo a misa, primo Juan?

El joven Alonso de Lugo había permanecido inquieto al lado de su pariente durante toda la ceremonia religiosa. La iglesia de Santa María, que más temprano que tarde sería denominada catedral, se encontraba casi acabada de las obras de remodelación que habían comenzado doscientos años antes. Tan solo se veían andamios en el coro y en determinados lugares no demasiado importantes. En lo terminado, el templo resplandecía con toda su belleza y magnificencia, y ya era una de las iglesias más grandes de la cristiandad. Juan de Lugo no se hizo de rogar para contestarle:

—Micer Francisco Pinelo, que no se puede estar quieto, ha conseguido para los genoveses la capilla de los aragoneses, que no estaban a la altura en lo exigible de lo que tocaba a su conservación, y es un acontecimiento muy importante para los italianos en general. No te olvides que soy socio de muchos de ellos.

—Me alegro por ellos, y entiendo que tú estés aquí por eso. Pero, ¿qué tengo yo que ver?

—Te conviene conocerlos y que te conozcan, Alonso. No se hace nada en Sevilla sin que intervenga el dinero genovés. Ve metiéndotelo en la cabeza.

—Ya lo tengo metido, pero en estos asuntos es mi hermano Pedro quien debe estar al tanto, que va a seguir el oficio de mercader. Yo soy un guerrero.

—Los guerreros necesitan dinero para financiar sus guerras. ¿O no hay que pagar las soldadas de la hueste?

—En eso te doy toda la razón, querido primo.

Juan de Lugo sonrió con deleite. Si había algo que le encantaba, era que le dieran la razón. Los dos hombres seguían a un grupo de personas finamente ataviadas para la misa dominical que se dirigían a uno de los lados de la iglesia, justo entre la Puerta de Palos y la del Patio de los Naranjos. Se detuvieron en torno a una de las capillas, que no destacaba demasiado de las otras debido a la sobriedad de su ornamentación.

—Fíjate, Alonso, ese que encabeza el grupo, tan alto y elegante, es micer Francisco Pinelo, uno de los mercaderes genoveses más importantes de Sevilla. Compagina su casa de comercio en Valencia, que como sabes es la primera ciudad de los reinos hispánicos, con la que abrió hace no muchos años en esta de Sevilla. Se mueve tan bien en la corte que en poco tiempo ha conseguido que se le encomiende la recaudación de las bulas de cruzada, annatas, subsidios y jubileos pertenecientes a la Cámara Apostólica.

—Eso debe ser mucho dinero.

—Ni te lo imaginas, Alonso. Y se lleva un muy buen pellizco por ese servicio.

—¿Es socio tuyo?

—Aquí, en Sevilla, en cuanto te haces socio de un genovés, te haces socio de todos ellos. Mi socio es micer Pietro Giovanni de Riberol, y ahora que se ha ido a Génova, lo son sus hijos Francisco y Cosme. Y eso me abre las puertas para entrar como uno más de la familia en casa de cualquier mercader de esa nacionalidad.

—¿Y para qué necesitan los mercaderes genoveses un socio sevillano?

—Hay ocasiones en que les conviene que quien aparezca al frente de un negocio no sea uno de ellos, sino un personaje local. Y yo soy ese hombre de confianza. Con el tiempo lo comprenderás.

—Lo que sé es que desde que te relacionas con ellos te va muy bien.

—No me quejo, Alonso —Juan señaló discretamente a quienes acompañaban a Pinelo—. Ese bajo y con cara de estar incómodo es Luis de Santángel. Un nieto de converso judío que no se siente a gusto en una iglesia, aunque trate de disimularlo.

—La verdad es que arruga la nariz sin darse cuenta.

—Quédate con esa cara, ya que va a ser un personaje importante. Ha comenzado a prestar dinero a sus altezas y le están cogiendo estima. A su lado están esos dos que parecen gemelos, Ruy y Alfonso González de Sevilla. El primero es el mayordomo del concejo, recaudador del pedido y arrendador de diversos impuestos, un tipo esencial para las arcas del municipio, pero odiado por el populacho. El otro, Alfonso, es su primo, jurado del concejo y arrendador de la mitad de las denominadas como alcabalas del partido de las mercaderías, cuenta de mercaderes y almonaima, además de las rentas de Berbería, todas ellas pertenecientes al almojarifazgo mayor de Sevilla.

—También deben de manejar muchos dineros.

Juan se volvió hacia su primo. Estaba empezando a hablar su idioma.

—Así es, todos son íntimos de Pinelo, y por eso están hoy aquí.

Francisco Pinelo esperó a que todos los que le seguían se arremolinaran en torno a la capilla y levantó un brazo pidiendo silencio. En poco tiempo, sus allegados terminaron por callarse.

—Gracias a Dios nuestro señor y a su madre, la santa virgen, a partir de ahora, esta capilla pasará a denominarse de los genoveses. Estoy seguro de que nuestra nación corresponderá con creces a este honor que nos dispensa la ciudad y la iglesia de Sevilla.

Un murmullo de aprobación recorrió a los concurrentes. Pinelo pidió silencio de nuevo.

—Como ya es nuestro deber, ornamentaremos este espacio con ricas telas italianas, candelabros de plata y otros adornos a la altura que se merece. También, dicho sea con todo respeto, cambiaremos la imagen de la virgen actual, poco llamativa, por otra esplendorosa. He hablado con maese Pedro Millán, el escultor que, como vuestras mercedes saben, es seguidor del estilo de Lorenzo Mercadante de Bretaña, uno de los maestros de esta iglesia. Quisiera que se inspirara en la virgen del Pilar de Zaragoza, que tanto me ha ayudado cuando me he encomendado a ella. Millán ha propuesto una imagen cercana a la tradición franca: elegancia en los ropajes y máxima ternura en la expresión de la Virgen.

Esta vez el murmullo se convirtió en una ovación algo discreta, dado el lugar en que se encontraban. El ambiente era de regocijo general. Los asistentes se apresuraron a acercarse a felicitar a Pinelo, y el rumor de cien voces acabó con la tranquilidad.

Juan de Lugo observaba a los allí congregados y descubrió los rostros que llevaba buscando hacía rato. Tomó del brazo a Alonso y le susurró al oído:

—Aquellos jóvenes con ropas tan muy a la última moda son mis nuevos socios, Francisco y Cosme de Riberol. Ven, que te los voy a presentar.

Juan tiró de la manga de Alonso, que lo siguió con docilidad. El sanluqueño no se sentía muy a gusto en aquel ambiente de comerciantes con vestimentas solemnes, pero confiaba a ciegas en su primo, y haría lo que él le pidiese.

Francisco de Riberol era un joven que le llevaría unos cuatro años. De buena planta y de mirada serena, ya lucía una barba tupida, no rala como la de Alonso. Su hermano Cosme, más bajo y más próximo a su edad, pasaba casi desapercibido al lado de Francisco. De natural más vergonzoso, evitaba el cruce directo de miradas con los demás asistentes y procuraba hablar lo menos posible.

—Micer Francisco y Micer Cosme —dijo Juan de Lugo con la mejor de sus sonrisas—. Permitid que os presente a mi primo Alonso, el hermano de Pedro.

A Alonso aquello de que le presentaran como el hermano de Pedro

no le sentó nada bien, pero hizo de tripas corazón. Francisco le ofreció la mano y la mirada.

—¡Ah! ¡Sí!, vuestro primo nos ha hablado de vos. Os estáis adiestrando en el arte militar, si no me equivoco.

—Así es, señor —respondió Alonso, a quien se le olvidó el mal humor de segundos antes—. Formo parte del grupo selecto que va a formar las cuadrillas de la Hermandad en Andalucía.

—Pues bien que hacen falta. En estos tiempos de desgobierno hay mucho bandido en los caminos que dificulta el tráfico de nuestras mercaderías.

—Eso terminará pronto, con la ayuda de Dios y de los reyes.

—Nuestras altezas necesitarán dineros para pagar a los soldados de la Hermandad. Haremos lo que esté en nuestras manos para ayudar en tan noble empresa. Dicen que la voluntad real es que los hombres de la Hermandad participen también en la guerra con Portugal.

—Eso sería un sueño, micer Francisco. No deseo otra cosa que batirme bajo el pendón real.

Juan de Lugo intervino en ese momento, tocaba desviar la conversación.

—Alonso es demasiado joven para ese tipo de empresas, micer Francisco. Todavía necesita un tiempo de experiencia con las armas. Más adelante, tal vez el destino lo reserve para una misión más alta.

—Sé que sois un sagaz adivino —dijo Riberol—, y que a veces veis más allá del futuro cercano. ¿Qué misiones pueden ser esas?

Juan de Lugo tardó unos instantes en responder, no quería aparecer como presuntuoso.

—De todos es sabido que nuestros católicos reyes vencerán en la guerra con Portugal. Luego le tocará a Granada, que también caerá. Y luego, quién sabe, llegará África. Ese será el momento de Alonso.

Alonso miró a su primo con asombro. No se había planteado en ningún momento llegar tan lejos, pero se iba a cuidar mucho de contradecirlo.

—Bien, amigo Juan —respondió Francisco con una sonrisa calculada—. Cuando haya que conquistar tierras lejanas, nuestros reyes necesitarán dineros, y ahí estaremos para ayudar en lo que podamos.

Alonso no pudo evitar saltar en ese momento y dijo, para asombro de todos:

—Gracias, micer Francisco. Tal vez no esté demasiado lejos ese día. Si se da el caso, iré a veros.

25

Gáldar, Gran Canaria, 3 de julio de 1476, tres semanas después.

Tenesor y su esposa, Abenchara, contemplaban a la luz de la lumbre de su casa los juegos de las dos niñas, que creaban con palitos de acebiño y brezo una vivienda, similar a aquella en la que iban a pasar la noche juntas.

—Se parecen mucho —dijo la mujer—. Se nota que Egonayga es tu tío.

Tenoya y Arminda Masequera apenas se llevaban un año, ocho y siete de edad respectivamente, lo suficiente para que mantuvieran gustos comunes en los juegos. Abenchara, a insistencia de la mayor, Tenoya, la hija que Tenesor había tenido con una esposa anterior, había terciado ante el guadnarteme para que Arminda se quedara a dormir con ellos. Egonayga había enviudado durante el parto en que nació su hija y sabía que la niña necesitaba compañía cercana. A pesar de la diferencia de edad entre Egonayga y su difunta Zaifía, más de veinte años, la unión había cosechado su fruto, y la pequeña Arminda, ajena a esas cuestiones, era la heredera del guadartemato de Gáldar.

—Esas niñas van a ver muchos cambios en nuestras vidas —dijo Tenesor, reflexivo.

Toda la familia había tomado la última colación del día, gofio amasado con leche y algunos higos tempranos, y sus miembros se encontraban alrededor de las brasas del hogar, más para alumbrarse que por frío. Los días ya eran calurosos y las pieles de los lechos no eran tan necesarias durante la noche.

—Espero que vivan una vida feliz, que es lo que importa —respondió Abenchara.

Tenesor abrazó a su mujer y la atrajo hacia sí, mientras los dos miraban las evoluciones de las niñas.

—Me han comentado que han vuelto los enviados a Lanzarote con Chemida.

Tenesor asintió, pero su rostro no traslucía alegría.

—Tal como acordó Egonayga y la asamblea del Sabor, diez hombres fueron designados para ir a hacer las paces con Herrera a cambio de que este diera su apoyo en contra de Doramas.

—Sé que tú te negaste a hacerlo. Siempre dijiste que no era una buena idea.

Tenesor suspiró. Abenchara vio, a la luz mortecina de la lumbre, que en su mirada se mezclaban la incertidumbre y el disgusto.

—Herrera ya demostró que no tiene palabra. Ninguno de los extranjeros la tiene y no nos podemos fiar de ellos. El problema de Doramas debemos solucionarlo nosotros, sin intervención de nadie de fuera de nuestra isla. Chemida tiene facilidad de palabra y convenció a Egonayga, pero a mí no.

—¿Y cómo les fue a nuestros enviados?

—Aparte de que la casa que flota en el mar en que fueron y volvieron les produjo un profundo malestar del que todavía no se han recuperado, no me queda claro a qué fueron allí.

Abenchara se incorporó un poco, extrañada.

—Fueron a concertar una alianza con Herrera —le dijo—. Eso es lo que dijo Chemida.

Tenesor se acarició la barba, siempre lo hacía cuando algo le inquietaba.

—Para eso no hacía falta llevar un representante de cada comarca de la isla. Con que fuera uno de nosotros bastaba.

—¿Y por qué insistió Chemida tanto en que fuera de esa manera?

—Estoy seguro de que Chemida nos ha engañado otra vez. La presencia de tantos canarios solo puede obedecer a un falso pacto de sumisión de la isla entera a Herrera. Uno de los extranjeros, uno al que llaman Zumeta, hizo esos signos extraños que tanto usan sobre hojas de lo que llaman papel, y luego pidió a nuestros hombres que pusieran su marca en él.

—Ya sabemos que es lo que les gusta hacer a los extranjeros. Dicen que pueden comunicarse con esas hojas.

—Sí, pero los canarios no conocen el mensaje que se supone que se encuentra en ellas. Pusieron sus marcas fiándose de Chemida y de Herrera.

—¿Y qué importancia tienen esas hojas? Lo que vale es la palabra de los jefes.

—Para nosotros sí. Pero con la gente de Castilla no es lo mismo. Temo que las marcas de nuestros hombres den lugar a nuevos conflictos en vez de resolver el que tenemos con Doramas.

Abenchara se soltó con delicadeza del abrazo de su esposo y se incorporó, frente a él.

—Los acuerdos se hacen y luego se deshacen si no se cumplen las condiciones. ¿Qué temes?

—No me gusta que la gente de Lanzarote pueda poner el pie de nuevo en nuestra isla. Si les dejamos entrar otra vez, intentarán quedarse.

—El acuerdo es que Herrera se enfrente a Doramas y nos evite la lucha entre hermanos canarios.

—Herrera no tiene fuerza para enfrentarse a Doramas. Egonayga, más que conseguir un aliado, quería quitarse de en medio al enemigo que asolaba nuestras playas. Herrera no hará nada, pero al menos nuestros jóvenes podrán acercarse a mariscar sin tanto peligro.

Abenchara volvió a apoyar su espalda en el pecho de Tenesor.

—¿Y qué quería Egonayga esta tarde? ¿Para qué te hizo llamar?

Tenesor pasó de acariciar su barba a hacerlo con los cabellos de su mujer.

—Me dijo algo que debemos mantener en secreto. Nos reunimos con el faysag. Me dijo, delante de él, que cuando muera, y mientras Arminda Masequera sea menor de edad, quiere que yo sea el regente del guanartemato.

La mujer volvió a soltarse y se giró hacia su esposo.

—¿Te dijo eso?

Tenesor asintió, manteniéndole la mirada.

—Egonayga tiene más de cincuenta años y no se siente bien. Nota que su fin puede llegar pronto y está asegurando la sucesión con sus hombres de confianza. Soy su sobrino y hace tiempo que exige que esté presente cuando se toma alguna decisión importante. No es que me haga caso siempre, pero cuenta conmigo.

—¿Te das cuenta de que si Egonayga muere, y, Acorán no lo quiera, desaparece también esta niña, Arminda, tú podrías ser el guadnarteme de Gáldar? Tu hija Tenoya también tiene sangre real.

—No quiero pensar en eso. Mi compromiso es, en caso de que nuestro jefe desaparezca, cuidar de la niña y gobernar nuestras comarcas con justicia durante los años que hagan falta hasta que sea mayor de edad. Nada más.

Abenchara trató de ahondar, a través de las pupilas de Tenesor, sus profundos pensamientos.

—Pero no estás feliz de que te haya elegido —le comentó—. Es un gran honor para ti y nuestra familia. ¿Por qué no te agrada?

Tenesor miró los ojos negros de su mujer, que siempre le habían hechizado, y se abrió a ella.

—Vienen malos tiempos, Abenchara. Aunque no lo parezca, nuestras querellas internas nos hacen más débiles. Herrera y los que mandan sobre él lo verán, y los extranjeros, en número muy grande, tratarán de robarnos la tierra. Chemida confesó que su gente actúa así desde hace cientos de años. No saben hacer otra cosa. ¿Cómo dijo? Conquistar y poblar. Ese es su lema.

—Ya lo han intentado en anteriores ocasiones y no han podido —respondió la mujer, tratando de infundir confianza en su esposo—. Los fuertes brazos de nuestros hombres serán capaces de nuevo de

rechazar a cualquier invasor.

Tenesor dirigió la mirada hacia los rescoldos del fogón, hipnotizándose con su brillo.

—Hasta el brazo más fuerte se agota cuando se enfrenta a fuerzas superiores. Ni siquiera Adargoma, nuestro mejor luchador, puede vencer a todos los campeones uno tras otro. A la larga, la fatiga hará que su espalda termine posándose en el suelo. De todos es sabido.

—Por mucho que digas, te conozco y sé que lucharás y harás que nuestros hombres luchen por nosotros y por nuestra tierra. Lucharemos todos por mantener nuestra libertad y nuestros bienes, hasta que caiga el último de los canarios.

Tenesor mantuvo fijos los ojos en las ascuas unos instantes antes de responder.

—Lucharemos hasta el final, si es necesario. Y si me corresponde a mí tomar alguna decisión, siempre será para defender a nuestro pueblo y evitarles el mal. De eso puedes estar segura.

Abenchara sonrió a su esposo y se acercó a besar su rostro.

—¿Sabes que te quiero? —le preguntó, sin esperar contestación.

26

Sevilla, 3 de agosto de 1476, un mes después.

Don Alonso de Montemayor bajó las escaleras que llevaban de sus aposentos al salón principal de su casa. Un criado le había dado el aviso y apenas le había dado tiempo a vestirse. Todavía trataba de anudarse el cinturón que ceñía el amplio sayo a su fornida figura cuando llegó abajo.

—¿Qué es lo que os trae por mi casa con tanta prisa, don Pedro?

Pedro de Herrera, el hijo mayor de Diego de Herrera y de Inés Peraza, no podía disimular una expresión de ansiedad. Le exhibió un papel plegado sobre sí mismo varias veces.

—Nuevas desde Lanzarote —le explicó—, y no buenas, precisamente.

—¿Os escriben vuestros padres? —el dueño de la casa indicó una mesa para que ambos se sentaran en torno a ella. Pedro así lo hizo y comenzó a desdoblar la carta.

—La carta es de mi madre —aclaró—. Un jinete la ha traído hoy mismo en posta sin descansar desde Cádiz.

—Eso es un buen servicio de correo, sin duda —dijo Alonso, algo impaciente—. ¿Y qué os cuenta?

—Nada bueno. Los vecinos de la isla, alentados por el alcalde Pedro de Aday y por el escribano Juan Ruiz de Zumeta, han presentado un requerimiento a mis padres, sus señores naturales, diciendo que Lanzarote pertenece al realengo y no a los derechos señoriales heredados por mi madre.

—¡Válgame Cristo! ¿Una sublevación?

—Por lo que dice aquí, no ha habido violencia. Mis padres recibieron el requerimiento y emplazaron a los disconformes ante la justicia del rey.

—Me imagino que don Diego piensa echar mano de las influencias familiares en la corte. No es mala jugada. A esos vecinos muertos de hambre no les van a prestar la más mínima atención en el Consejo Real. Además, según tengo entendido, ya se dio el caso hace años.

—En efecto, cuando los vecinos expulsaron a los portugueses en 1449, trataron de entrar en el realengo, pero los jueces reales fallaron en favor de los derechos al señorío de mi abuelo Ferrand.

—Entonces los consejeros volverán a hacerlo. Vuestros padres no tienen por qué preocuparse.

—Así pienso yo, pero mi madre no las tiene todas consigo. Ya conocéis su talante desconfiado. Los vecinos han hecho alusión a ciertas escrituras que poseen y que quieren presentar en la corte que, según dicen, les otorgan los derechos que piden y que va a desnivelar la balanza en su favor. Se les vio muy convencidos de que lo van a lograr, y eso escama a mi madre.

—Entiendo. Y deduzco que vuestra madre no ha podido echar un vistazo a esos documentos.

—Así es. Y estoy aquí para impetrar vuestra ayuda. Sois medio hermano de mi mujer, Antonia, y, como cuñado mío, necesito de vuestro brazo armado.

Alonso Montemayor era un hombre rayano en la cuarentena y curtido en cien batallas contra los moros granadinos, cuando no se había visto envuelto en las luchas nobiliarias de Sevilla y su tierra. Cuando Pedro se refería a su brazo armado, es que conocía que a su mando tenía una decena de hombres, todos a su soldada, que le obedecían ciegamente en lo que les ordenase.

—Mucho pedís sin ofrecer un buen comportamiento a cambio. Se dice por toda Sevilla que pegáis y maltratáis a mi hermana más de lo que deberíais. No es algo que me agrade.

Pedro se sintió cohibido y maldijo las largas lenguas sevillanas. La gente debería estar más callada en aquella ciudad.

—Son rumores infundados, Alonso. Mi vida doméstica es un remanso de paz y armonía. Y bien sabéis que un hombre, de vez en cuando, debe ejercer la autoridad en su casa.

—No me convencéis, Pedro, pero me intrigáis con la carta de vuestra madre. ¿En qué la puedo ayudar?

El heredero de los Peraza tomó aire antes de soltar lo que le había traído a la casa de su cuñado.

—Mi padre desembarcó en Cádiz ayer mismo y despachó esta carta para mí. Los representantes de los vecinos, sus procuradores Juan Mayor y Juan de Armas, lo hicieron cuatro días antes en el mismo puerto.

—Claro, vuestro padre no se iba a rebajar a viajar en la misma nave que sus enemigos políticos. Les permitió embarcar antes, seguro de sus derechos. Hay que cuidar las formas.

—Sin embargo, por ello le llevan cuatro días de ventaja.

Montemayor se detuvo a hacer cálculos mentales.

—La corte, según tengo entendido, se ha desplazado a Segovia. La reina ha ido en persona a acallar los tumultos de Maldonado contra Andrés de Cabrera. El camino desde Andalucía a Castilla pasa por Despeñaperros, no hay otro más rápido. En estos cuatro días de viaje

que llevan deben de haber llegado a Córdoba, no más lejos.

—Eso mismo había pensado yo, Alonso. Mi madre me pide, mejor dicho, os pide, que hagáis un favor a la familia.

—Hacéis bien en poner en boca de vuestra madre la petición. A vos, tal vez no os la concedería.

—A la familia no le interesa que los documentos que portan los procuradores de Lanzarote lleguen a la corte.

Montemayor se atusó la barba. Así que era eso lo que quería doña Inés.

—Entiendo. ¿Y se trata de echar mano solo a los documentos o también a los procuradores?

—No dice nada al respecto. Por mí, haría desaparecer a esos traidores. Todavía no entiendo por qué mis padres no usaran la horca para acabar con esos desleales pensamientos.

—No es cualquier cosa lo que pide vuestra madre. Cualquier agresión en camino real está penada con severos castigos.

—Hay muchos modos de evitarlo, no sois un novato en estas lides. Se les desvía del camino real o se les hace desaparecer sin más, a vuestro gusto.

—Vuestra madre es una mujer a quien admiro. Su familia es muy respetada en Sevilla y ella siempre se ha caracterizado por un carácter fuerte y decidido. Y odio que los vasallos desobedezcan a sus señores. La ayudaré, pero lo haré a mi modo.

Pedro hizo una leve inclinación de cabeza ante su cuñado.

—Tenéis carta blanca.

—Una pregunta: ¿os gustaría venir conmigo a darles un escarmiento a esos rufianes?

Pedro no pudo evitar que le aflorara una sonrisa cruel en el rostro.

—Nada me encantaría más, querido cuñado.

27

Guadalcabrillas, cerca de Córdoba, 5 de agosto de 1476, dos días después.

El calor del camino era insufrible. Solo las cigarras, cuyo sonido les acompañaba desde el alba, parecían soportar la intensa temperatura cuando todavía no había llegado el mediodía. Juan Mayor y Juan de Armas, los procuradores de la isla de Lanzarote, intentaban que las acémilas que montaban caminasen más aprisa, pero era inútil, los animales también parecían al borde del agotamiento. La sensación de los isleños era la de encontrarse dentro de un inmenso horno sin paredes. Era algo que muy pocas veces experimentaban en la isla de donde procedían.

El camino en aquella zona, entre los pueblos de Almodóvar y Posadas, no ayudaba. Los árboles que podían ofrecer algo de sombra habían desaparecido, dejando a la vista un paisaje de colinas bajas sin apenas vegetación. Solo la cercanía del río grande, el Guadalquivir, daba algo de consuelo a la vista, aunque la esporádica aparición del agua en sus requiebros camino del mar no atemperaba el fuego que sentían en su piel.

—No parece que esta sea la mejor estación para cruzar el Andalucía, maese Juan —dijo Armas, que trataba de abanicarse con una hoja de palma.

—Lo sé, vive Dios. Don Diego de Herrera sabía lo que se hacía al permitir que nos embarcáramos en pleno verano. Las condiciones de viaje son harto penosas, a la vista está.

Armas no contestó, las palabras sobraban. Tenía la boca seca y prefería no malgastar la saliva hablando de cosas evidentes. Los dos hombres habían pasado la noche en Palma del río, y se disponían a seguir por el camino de Córdoba que corría paralelo al Guadalquivir. Su intención era descansar un poco en Almodóvar y, si las condiciones lo permitían, llegar aquella misma noche a Córdoba. Habían sufrido un retraso importante a la salida de Sevilla ya que no encontraron ninguna reata de mercaderes que partiera de inmediato hacia Córdoba, por lo que decidieron adquirir varios asnos y dos mulos y hacer ellos mismos el viaje en solitario. Sabían que debían llegar a la corte cuanto antes; no podían perder el tiempo esperando a que se

organizase un grupo de viaje. Calculaban que para alcanzar a la reina en Segovia, donde decían que se encontraba, tardarían todavía un par de semanas de viaje. Los sevillanos les habían aconsejado que esperaran unos días a que cambiara algo el tiempo, que con el calor el camino era difícil, y ahora ambos reconocían que mucho de razón tenían. Si Sevilla era un horno, Córdoba debía ser lo más parecido al infierno.

—Ya debemos de estar cerca de la torre de Guadalcabrillas, y de allí al castillo de Almodóvar habrá unas pocas horas, más o menos —anunció Mayor—. A ver si vemos a alguien, que noto el camino demasiado solitario.

Conforme se acercaba el mediodía habían dejado de cruzarse con otros viajeros, y llevaban un buen trecho escuchando únicamente el ruido de las pisadas de sus monturas.

—No me extraña que el rey don Juan, el segundo de ese nombre, ordenase levantar por aquí una torre para guardar el camino. Esta zona es de lo más inhóspita.

Pocos árboles crecían lo suficiente para dar sombra y estos se hallaban lejos del camino. Solo arbustos de poco tamaño salpicaban un paisaje de monótono tono terroso en el que únicamente destacaba, muy a lo lejos y borrosa debido a la reverberación del calor, la silueta de las torres del castillo de Almodóvar, en lo alto de un cerro.

Las almenas de la torre cuadrada y solitaria de Guadalcabrillas se dejaron ver tras superar una loma del camino. También observaron que por la vía se acercaba una cuadrilla de hombres a caballo que escoltaba a un carromato cerrado.

—No somos los únicos que desafían el calor en este día —dijo Armas.

Uno de los jinetes se detuvo y se quedó en la parte del camino en la que cambiaba la rasante, justo desde donde dominaba una ligera bajada hasta el lugar donde se encontraban los procuradores de Lanzarote. Los demás siguieron su avance. Mayor adoptó una expresión de disgusto.

—No me gusta ese grupo —le dijo a Armas.

Su compañero levantó la vista y no advirtió nada especial.

—Uno que se queda rezagado —le respondió—. No le veo mayor importancia.

—No se queda rezagado sino vigilante.

Antes de que Armas pudiera comentar nada, seis de los caballeros pusieron sus monturas al trote y poco después al galope en dirección a ellos.

—Ya os lo decía, Juan —dijo Mayor—. Esto me huele a celada.

—¿Ladrones en el camino real? —preguntó al aire su compañero—. Es un delito grave. Pensé que los bandoleros en el Andalucía eran cosa

de otros tiempos.

—No creo que sean bandidos, Juan. Fijaos en la calidad de los arreos que llevan. Son hueste de un señor. Uno de tantos que hay en estas tierras.

—¿Y qué hacemos?

—Ellos vienen al galope y nosotros montamos en unas mulas sedientas. No nos queda otra que esperar a ver qué quieren.

Los seis caballos llegaron en unos instantes a la altura de los dos viajeros y les rodearon. Quedaba claro que los isleños eran el objetivo de los jinetes.

—¡Daos presos! —gritó uno de ellos, el único que vestía de negro y que comandaba a los demás.

Mayor y Armas detuvieron sus cabalgaduras y levantaron los brazos.

—Somos gente de paz y vamos desarmados —le contestó el primero —. Impetramos el seguro en camino real. Viajamos en pos de sus altezas como procuradores de sus reinos.

—Vuestro viaje termina aquí —le cortó el jefe de los jinetes—. Ahora, bajad de las mulas y daos por prendidos.

—Estáis cometiendo un grave delito —les dijo Juan de Armas—. Apelaremos a la reina. ¿Quiénes sois?

Uno de los hombres de armas se acercó al lanzaroteño y le golpeó el rostro con una fusta.

—¡Silencio! —ordenó el cabecilla, que se dirigió a continuación a sus hombres—. ¡Atadlos y al carro!

Cuatro de sus secuaces desmontaron y obligaron a hacerlo a los dos lanzaroteños. En lo que tardaron en enlazar las muñecas de ambos llegó el carromato oscuro a la altura del grupo. El postillón bajó al suelo y abrió la puerta trasera del vehículo. Juan Mayor y Juan de Armas fueron empujados al interior, donde quedaron tumbados entre varios sacos de avena. La oscuridad se cernió sobre ellos cuando el hueco por donde habían entrado se cerró de un portazo. En unos instantes, lo que tardó el conductor en subir al asiento de guía, el carro comenzó a moverse en la misma dirección en que venía. Volvían en dirección a Sevilla. Lo último que escucharon antes de que sus captores subieran a los caballos, y que les convenció de que aquel asalto no era causal, fue la voz del líder de los atacantes, que le dio una orden a uno de sus subordinados.

—Dame la alforja de los papeles, que es lo que más importa. La llevaré yo mismo.

28

Huévar, Sevilla, 7 de agosto de 1476, dos días después.

La casa principal de la hacienda de Huévar, sita en el Aljarafe sevillano, era de dos plantas. Levantada de piedra recubierta de cal, a la usanza andaluza, estaba fabricada con muros gruesos, concebidos para que no traspasase el frío en invierno ni el calor en verano, como era el caso aquella tarde.

A pesar de la elevada temperatura, y por expreso deseo del señor de la casa, Diego de Herrera, que había llegado unas horas antes desde Sevilla, la chimenea se hallaba encendida y varios troncos comenzaban a consumirse en el fuego.

La sala principal, de suelo de cerámica roja decorada con el escudo de la familia de los Peraza, tenía varios divanes al estilo morisco, donde se hallaban recostados Alonso de Montemayor, Diego de Herrera y su hijo Pedro. Estaban bebiendo vino fresco de Jerez de unas botellas recién sacadas del pozo del sótano, donde se habían puesto a enfriar para combatir el calor del exterior. Acompañaban al vino varios cuencos de aceitunas aliñadas provenientes del olivar de la hacienda.

—No hubo resistencia por parte de los isleños —terminaba de informar Montemayor a Diego de Herrera—. Se dejaron atrapar como corderitos.

—No se puede esperar otra cosa de esta gente —admitió el señor con un deje de satisfacción—. Son cobardes para todo, y además, traicioneros. ¿Os hicisteis con los papeles que llevaban?

—Por supuesto —Montemayor señaló un grupo de legajos que se encontraban encima de la mesa del comedor—. Ahí los tenéis, a vuestra disposición. Pedro ya les ha echado un ojo.

Don Diego se volvió hacia donde se encontraba reclinado su hijo.

—¿Has revisado las escrituras?

Pedro se irguió y se sentó antes de contestar.

—Todas y cada una de ellas. La intervención del escribano Zumeta es muy importante. Ha sido él, junto con Pedro de Aday, quienes han preparado toda esta conjura. Lo más importante son varias informaciones de testigos, en las que muchos vecinos juran y perjuran

que Lanzarote pertenece al realengo y enumeran las razones para ello. Todas falsas, desde luego.

—Desde luego —repitió su padre—. Todo esto es una farsa que trata de atacar los derechos de tu madre al señorío de la isla. Me imagino que habrás hecho una lista de los intervinientes como testigos.

—Así es, padre. Y tengo una copia para vos.

—Es evidente que después de que los jueces reales nos den la razón, este agravio no se va a aquedar así. Todos los que han tenido la desfachatez de declarar en contra nuestra sufrirán las consecuencias.

—¿No hubiera sido mejor dar el escarmiento en el mismo momento en que os comunicaron sus intenciones? —cuestionó Pedro.

Don Diego esperaba la pregunta de su hijo. Su naturaleza vengativa siempre se inclinaba de entrada a una extraña obsesión por la violencia.

—Si tenemos el respaldo del Consejo Real, no volverán a las andadas. Y luego tendremos mucha más libertad para hacer lo que nos venga en gana.

Montemayor se puso más vino en su copa e intervino en la conversación.

—Tu padre tiene razón, Pedro. Estos son años de leyes y escrituras. Todo debe constar por escrito ante escribano público. Una vez constatado el derecho, entonces se podrá actuar. Hay que ser inteligente.

—Lo que digáis —contestó el joven—. ¿Y qué hacemos con los presos? ¿No es hora de hacerlos desaparecer?

Don Diego adoptó una expresión de disgusto.

—Pedro, ¿no tienes otra cosa en la cabeza que cometer crímenes? Nada de muertes, al menos de momento. Se quedarán aquí retenidos hasta que decidamos su suerte. Yo marcho mañana mismo a la corte a denunciar lo que ocurrió en Lanzarote y a conseguir el refrendo legal de nuestro señorío y derecho de conquista sobre las islas de Canaria. Cuando tengamos la sentencia de los jueces reales, tomaremos la decisión que más nos convenga.

—Es un largo camino hasta Segovia —dijo Montemayor—. Y hace mucha calorina. ¿No es mejor que esperéis unos días? Tal vez cambie el tiempo.

—Este asunto no admite espera, Alonso. He vivido en Sevilla mucho tiempo y conozco los veranos andaluces. Sé sobrevivirlos. Lo dicho, mañana parto.

—Pues id en buena hora. Varios de mis hombres os escoltarán. Los caminos no son seguros en algunos tramos.

—Desde luego, algo he oído de unos bandidos que andan sueltos en Guadalcabrillas.

Montemayor rio con ganas la broma del suegro de su hermana.

—Es cierto. Una partida de desalmados. No sé a dónde vamos a llegar. El bandolero andaluz va a criar fama.

—Solo os pido una cosa —don Diego volvió a su gravedad habitual—. No hagáis nada hasta que vuelva y os cuente cómo han ido mis gestiones en la corte.

—Nada haremos, don Diego. Perded cuidado.

Pedro se levantó de su asiento y se acercó a la mesa.

—Pero, padre, antes de que os vayáis, tenemos que hacer lo que es debido. Me lo prometisteis.

Don Diego asintió tras trasegar un sorbo de vino.

—De acuerdo, Pedro. Puedes proceder.

El joven tomó los documentos de la mesa, se acercó a la chimenea y comenzó a arrojarlos al fuego. Sus ojos brillaron de puro deleite y una mueca cruel parecida a una sonrisa se esbozó en su rostro.

29

Sevilla, 10 de agosto de 1476, tres días después.

Lorenzo terminó de cruzar el puente de barcas sobre el Guadalquivir y puso el pie en el albero que cubría la ribera del río. A unos pasos, junto a las primeras casas del arrabal de la Cestería, un grupo de personas rodeaban curiosas, dejando un hueco amplio en el centro, a un hombre que les hablaba. El criado de Francisco de Riberol volvía a la casa familiar tras haber comprobado que las cargas de aceitunas que habían llegado la tarde anterior arribaron bien a la fábrica de jabón de Triana. Las risas del grupo lo atrajeron como un imán. Había visto en el Arenal de Sevilla todo tipo de charlatanes, embaucadores y buscavidas tratando de engañar o vender cualquier cosa a los viandantes que pasaban por allí. Algo le dijo que aquello era distinto. Se colocó detrás de unas mujeres más bajas que él para poder ver bien lo que convocaba a aquella gente. En el centro del espacio abierto dejado por los curiosos vio a un hombre, con calzas rojas y en mangas de camisa, que desafiaba en voz alta, con acento algo extraño, a quien quisiera aceptar el reto que proponía.

—La cosa es muy fácil —decía sosteniendo tres guijarros en una mano en alto y unas monedas entre los dedos de la otra—. Si alguna de vuestras mercedes es capaz de alcanzarme en cualquier parte de mi cuerpo con una de estas tres piedras a diez pasos, ganará cinco blancas. Si no lo hace, me las pagará a mí.

Un murmullo recorrió el gentío al tiempo que todos se miraban. ¿Qué truco se guardaría aquel hombre? Un marinero de Palos dio un paso al frente.

—Yo acepto. Traed acá esas piedras, que las sopese.

—¿Tenéis el dinero, mi buen señor? —preguntó el hombre.

El marino exhibió las monedas. El retador se volvió a la muchedumbre.

—Todos sois testigos de que este hombre de mar ha aceptado mi propuesta.

Le entregó las piedras, que el marinero comprobó de inmediato que eran simples guijarros de río, y se volvió hacia el lienzo de muralla.

—Dejad espacio, que no haya heridos.

Quienes rodeaban a la pareja se hicieron a un lado, y los

participantes en el juego se separaron hasta que entre el marinero y el desafiante quedaron diez pasos, y dos entre este último y el muro.

—Cuando gustéis —dijo el retador.

El marinero no se lo pensó dos veces y le arrojó la primera piedra con toda la fuerza que pudo. El hombre de las calzas rojas ladeó el cuerpo unos centímetros, sin mover los pies, y la piedra se perdió tras él, estrellándose contra la pared.

Un murmullo de aprobación recorrió el gentío. El marino, amoscado, se preparó para lanzar la segunda piedra. Esta vez hizo un amago a un lado antes de lanzarla por el otro. El destinatario de la piedra hurtó de nuevo el cuerpo girando el torso a su izquierda y la piedra no le dio.

—Os queda una —le anunció.

—Sé contar —el marinero comenzaba a enrojecer de ira.

—Es solo un pasatiempo. No está en juego vuestra honra.

El marino se dio la vuelta, de modo que su oponente no veía cómo armaba el brazo, se giró rápido y la piedra salió de su mano con mayor velocidad. El retador dio un paso rápido a un lado y el proyectil falló el bulto.

Algunos aplaudieron, otros silbaron a modo de chanza. El marinero se acercó y entregó el dinero al ágil retador.

—Os concedo la revancha —le dijo al marino—. Esta vez, diez blancas a una sola piedra. Trataréis de darme con ella, pero si logro atraparla al vuelo, perderéis esa suma.

El marinero sabía que era el centro de todas las miradas. No podía echarse atrás. Total, quince blancas tampoco era tan gran pérdida. Más se jugaba por las noches a los dados en las tabernas. Tomó la piedra que se le ofrecía y caminó de vuelta los diez pasos. Un rumor se escuchó en torno al corro. El tripulante de uno de los barcos del río tomó todo el impulso que pudo y le arrojó la piedra al pecho. Su oponente movió el brazo con rapidez inusitada y atrapó el guijarro con la mano exhibiendo una facilidad pasmosa. Sonrió, acto seguido, entre los vítores del vecindario.

—Son diez blancas más, haced la merced.

El marinero pagó y se marchó murmurando imprecaciones.

—¿Alguien más se atreve? —voceó al grupo—. ¿Acaso no es cosa fácil acertar con un guijarro a un hombre a diez pasos?

Un comerciante gordo de Córdoba aceptó el reto. De igual manera que con el marinero, el retador de las calzas rojas supo esquivar los tres lanzamientos sin gran esfuerzo para regocijo del público. El comerciante rehusó la revancha de las diez blancas. Un carretero fornido de Toledo también lo intentó las tres veces, todas en vano. Igual suerte corrieron un aguador local y un vendedor de naranjas. Al terminar la quinta ronda, el retador saludó con una reverencia a los

asistentes.

—Basta por hoy —dijo—. Otro día seguiremos.

El espectáculo terminó a gusto de todos, salvo de los que vieron aliviado el peso de sus bolsas, y el hombre se dispuso a marcharse.

Lorenzo estaba muy intrigado. Conocía esa forma de mover el cuerpo para evitar ser alcanzado por cualquier objeto que se le lanzara. Él mismo la había practicado en su juventud temprana, en el lugar donde vivió sus primeros años. Decidió seguir los pasos de aquel hombre.

Su objetivo se adentró en la ciudad por la puerta de Triana y caminó a paso ligero por el barrio de Santa María Magdalena. Las estrechas calles menguaron la claridad del Arenal y, a pesar de los recovecos, Lorenzo no lo perdió de vista. Tuvo que acelerar su ritmo al llegar a la calle del convento de San Francisco, que sabía que tenía varios ramales, y alcanzó a ver las calzas rojas desviándose por una de ellas a su izquierda, que llevaba al mercado de los Alatares. Apretó el paso, no se le fuera a escapar. Cuando torció en la misma dirección, se encontró con que la calle se había convertido en un callejón sombrío y sinuoso. El sol todavía no había hecho acto de presencia en la vertical para dar luz a aquellos requiebros urbanísticos, todo muros esquinados. Lorenzo aminoró la cadencia del paso, siempre lo hacía cuando se adentraba en territorio desconocido. Un sexto sentido le alertó de que podía existir peligro. En efecto, detrás de la primera esquina, el hombre al que perseguía apareció de repente y se abalanzó, cuchillo en mano, contra él. El criado de Riberol se apartó con presteza y la mano armada pasó cerca, pero pasó de largo, de su jubón azul de segunda mano, herencia de sus amos, pero el mejor que tenía. Para nada quería estropearlo.

—¿Quieres robarme? —preguntó el atacante, que se rehízo en un instante, volviendo a ponerse en guardia, el puñal por delante.

—Solo quería preguntarte algo —respondió Lorenzo, tratando de apaciguar el ímpetu de su oponente, separando los brazos.

El hombre no quiso creerse la frase y atacó de nuevo, esta vez con un amplio movimiento horizontal del brazo, buscando el corte transversal. Lorenzo, de modo instintivo, agarró la muñeca del agresor y se la retorció aprovechando el impulso. Ante la posibilidad cierta de que le rompiera el brazo, el hombre del cuchillo lo soltó, pero con el otro brazo se agarró a una de las piernas de Lorenzo, tratando de desequilibrarlo y tirarlo al suelo. Lorenzo recordó que en otros tiempos esa presa era muy común en las luchas de su niñez, con lo que logró zafarse agarrándose a los hombros y espalda de su oponente, impidiendo que pudiera levantarlo en peso. Este se giró y cambió de estrategia, buscando las piernas de Lorenzo con sus fuertes manos. El criado de los Riberol se libró de la llave con un movimiento de brazos

de dentro hacia afuera, que le permitió a su vez apoyar con fuerza su hombro sobre el pecho de su contrincante y hacerlo trastabillar. En un instante de desconcierto, le agarró las calzas rojas por debajo de la cintura, atrajo el cuerpo de su rival sobre su hombro y con un giro de cadera, logró tirarlo al suelo. Lorenzo no deseaba continuar la lucha, por lo que no se ensañó con el caído, y dio un paso atrás.

La mirada del hombre de las piedras se transmutó de furor en desconcierto, mezclado con algo de temor.

—¿Quién eres? —le preguntó, mientras apoyaba los codos en el suelo, tratando de incorporarse. Luego, le dijo algo en un idioma extraño, pero que Lorenzo entendió perfectamente. Era la misma pregunta, pero en la lengua de sus padres.

—No soy tu enemigo —respondió en ese castellano italianizante que chapurreaba—. Solo quiero preguntarte algo.

Lorenzo dio otro paso atrás en señal de que no quería continuar la pelea. El hombre se puso en pie, mirándolo con extrañeza.

—¿Qué quieres saber? —inquirió, desconfiado.

—¿De dónde provienes?

La pregunta le pilló por sorpresa.

—Soy criado del conde de Arcos.

A Lorenzo no le satisfizo la respuesta.

—Me refiero a dónde naciste —insistió.

Su interlocutor tardó unos instantes en responder.

—Soy de Tamaraceite —respondió en la lengua extraña.

—¿Qué es Tamaraceite? —repreguntó Lorenzo en su lengua materna.

El hombre abrió los ojos de sorpresa al escuchar las tres palabras que Lorenzo había proferido.

Un sonido de pasos se escuchó a su espalda.

—¡Abrid paso a los alguaciles! —Una voz de mando provenía del comienzo del callejón. Alguien debía de haber advertido de la pelea a la autoridad municipal.

El hombre no se lo pensó dos veces al escuchar el aviso, se giró y comenzó a correr por el callejón en dirección contraria, dejando a Lorenzo clavado en el lugar, sorprendido por su reacción.

Dos alguaciles llegaron a su altura y, viendo las hechuras de su vestimenta, algo usada pero elegante, se dirigieron a él con respeto.

—¿Habéis sido objeto de un robo? —le preguntaron.

Lorenzo se hizo cargo de la situación de inmediato.

—Nada de eso —les respondió, tranquilo—. Solo estaba hablando con un vecino, pero ya se ha ido. No ha ocurrido nada.

—Nos han dicho que había una pelea en este callejón.

—Pues aquí no es.

Los alguaciles miraron en derredor, suspicaces. Descubrieron el

cuchillo en el suelo.

—¿Es vuestro? —dijo uno de ellos, que lo recogió del suelo.

—No lo había visto hasta ahora —respondió Lorenzo, encogiéndose de hombros.

Los alguaciles, a falta de más evidencias, se conformaron con la explicación de aquel extranjero.

—Andad con cuidado —le aconsejó uno de ellos—. Por estas callejuelas suele haber algún pillastre aficionado a las bolsas de los mercaderes. Volved a vuestro barrio por calles anchas. Es un consejo.

—Así lo haré —respondió Lorenzo con una leve inclinación, dando por terminada la conversación.

Los alguaciles siguieron adelante por el callejón y Lorenzo decidió volver por sus pasos. Mientras se colocaba bien la ropa, no pudo evitar preguntarse varias veces quién era aquel hombre que sabía hurtar su cuerpo de las piedras y luchaba de aquella manera. Y sobre todo, el mayor enigma, ¿qué era Tamaraceite?

30

Roque de Bentaiga, Gran Canaria, 10 de agosto de 1476, mismo día.

El amanecer surgió más allá del mar y rasgó el telón de oscuridad con una tenue luz rosácea, tímida al comienzo, pero que fue cobrando intensidad en poco tiempo. La llegada del día hizo que los seis hombres se levantaran y retomasen su camino. Habían dedicado los dos días anteriores a desplazarse desde el poblado de Gáldar hasta llegar a las estribaciones de la montaña sagrada de Bentaiga. En condiciones normales, un hombre joven hubiera hecho el recorrido en un solo día, pero Egonayga, y sobre todo el faysag Chambeneder, tenían una edad que les obligaba a un paso más lento. Los cuatro hombres de escolta lo sabían y soportaban el ritmo sosegado, con frecuentes paradas, de los dos hombres mayores. Habían llegado cerca del monte sagrado la tarde anterior, y el sacerdote había indicado que pernoctaran en sus inmediaciones. La ceremonia se celebraría al amanecer del día siguiente.

Con los primeros rayos de sol, Chambeneder y el guadnarteme Egonayga —los demás hombres se quedaron al pie de la montaña—, enfilaron por el sendero que ascendía hasta los pies del enorme pitón que enseñoreaba el inmenso circo de cordilleras que le rodeaban. Allí, excavadas en la roca, se encontraban las aras y las superficies de sacrificio, que venían usándose desde tiempos inmemoriales.

El faysag se detuvo a mitad de la subida para normalizar su respiración. La cuesta era pronunciada y el esfuerzo de los dos días anteriores se dejaba notar en sus piernas. El paisaje que contempló desde aquel lugar era majestuoso. Varias cadenas montañosas de singular belleza lo cercaban, ofreciendo sus riscos un espectáculo de naturaleza indómita que empequeñecía al ser humano y lo colocaba en su lugar. Era completamente lógico que aquella montaña, enclavada en medio de un lugar tan agreste y majestuoso, fuera considerada sagrada.

Egonayga llegó a la altura del faysag y descansó junto a él.

—Ya queda poco para llegar —le dijo.

Chambeneder asintió.

—El ritual ha de hacerse cuando las sombras huyan del espacio

donde vamos a realizar el sacrificio. Queda tiempo.

Egonayga afirmó con la cabeza, dando por bueno el comentario del sacerdote. Iba cargando los odres de leche y de manteca con los que se oficiaría el rito. Pero, a pesar de la templanza del faysag, seguía impaciente. El objeto de su presencia allí en aquel amanecer obedecía a la consulta que el oficiante iba a realizar, a instancia suya, al supremo Acorán. Sentía que un peligro indeterminado se cernía sobre su pueblo. Llevaba varias noches sufriendo sueños funestos, y la respuesta a ese interrogante solo podía venir de la divinidad.

Los dos hombres reemprendieron el camino ascendente y llegaron finalmente a una planicie de roca labrada, el lugar mágico de los ceremoniales religiosos. Chambeneder descansó unos instantes y, cuando sintió que había recobrado las fuerzas, pasó por delante de las inscripciones votivas de las paredes y se dirigió a su centro, donde se encontraba una pila sacrificial excavada en el suelo de piedra. El faysag se despojó de las ropas que lo incomodaban y comenzó la ceremonia. Egonayga lo imitó, aunque se mantuvo a unos pasos del sacerdote. Chambeneder comenzó a cantar en voz queda. Eran las endechas de invocación, que se acompañaron de inmediato con pasos rituales, casi un baile, alrededor de la oquedad de piedra. Ante la atenta mirada de Egonayga, el sacerdote continuó sus movimientos y cánticos hasta que, en un momento determinado, cuando el sol surgió tras el roque de levante, se arrodilló frente a él y tomó los odres. Con movimientos precisos, derramó sobre el hueco labrado en el suelo la manteca y la leche, que se mezclaron en el fondo. A continuación invocó a la deidad.

—¡Acorán! El alma de nuestro guadnarteme vive atormentada. ¿Cuál es la causa? ¿Qué podemos hacer para evitarlo?

Egonayga sabía que la pregunta lanzada al aire no tendría respuesta inmediata. El dios hablaría por señales que solo el sacerdote sería capaz de interpretar. Tendría que aguardar un poco más.

Un guirre, un buitre enorme de las cumbres, cruzó en ese momento por delante del astro rey, recortando su silueta contra la bola de fuego. Chambeneder cerró los ojos y se inclinó hacia delante, llegando a tocar el suelo con la frente. Se mantuvo así durante un largo espacio de tiempo, como escuchando, totalmente ajeno a cuanto le rodeaba.

Cuando la impaciencia de Egonayga llegaba a un límite insoportable, el faysag se irguió y abrió los ojos. El guadnarteme se mantuvo en silencio, expectante. Con algo de dificultad, Chambeneder se apoyó en una de sus rodillas y se levantó. Se giró hacia el jefe de Gáldar. En su mirada se adivinaba que tenía respuestas a los interrogantes que les habían llevado allí.

—¿Ha respondido Acorán? —preguntó Egonayga.

—Ha respondido —afirmó el sacerdote.

El guadnarteme se acercó a Chambeneder, instándole con la mirada a que se explicase. Este lo hizo:

—Vienen malos tiempos para nuestro pueblo, Egonayga. Ni tus ojos ni los míos los verán, pero los de nuestros hijos y hermanos sí. Una amenaza muy grande pondrá en peligro nuestra forma de vida, que se verá modificada sin remisión. Sin embargo, no todo estará perdido. La sangre de los canarios pervivirá en el tiempo y en nuestra tierra. Pero, para ello, será necesario que uno de los nuestros acaudille a su pueblo. Él conseguirá que perviva, a pesar de las desgracias que se abatan sobre nuestra gente.

—¿Y quién es ese hombre?

—Es Guayedra Tenesor. Él evitará la destrucción del pueblo canario.

Egonayga tragó saliva, el sacerdote solo había hablado de muerte y de supervivencia. El mensaje era peor de lo que se había imaginado. Y solo un hombre podría salvar a sus gentes del desastre total: Tenesor. Ya lo tenía en mente como sucesor regente, pero ahora, con el espaldarazo divino, su candidatura se convertía en la única posible.

—Que así sea —sentenció—. Es la voluntad de Acorán.

31

Hacienda de Huévar, Sevilla. 15 de agosto de 1476, cinco días después.

La mula torda que montaba doña Antonia de Ribera traspasó a paso cansino el portalón de acceso a la casona de la alquería familiar de los Herrera Peraza. La acompañaban una dueña y un criado, que sufrían las más de dos horas de camino desde Sevilla bajo un sol que a cada instante calentaba más y se preguntaban por qué diablos se le había ocurrido, de repente a aquella mujer, dar un paseo hasta allí. Con lo bien que habría ido a la caída de la tarde, para hacer noche allí y volver al día siguiente, con la fresca, como mandan los cánones.

Los cientos de olivares que dormían su eterna siesta veraniega los habían acompañado en las últimas leguas. Doña Antonia no sabía determinar con exactitud dónde acababan las tierras de la familia y dónde comenzaban las del vecino, pero tampoco era algo que le preocupara mucho, había tantos olivos que uno más aquí o allá no le quitaba el sueño. Para eso estaban los mayordomos, que sabían arreglarse entre ellos.

Las aceitunas ya habían logrado adquirir un tamaño apreciable, aunque todavía estaban muy verdes. Hasta ella, una dama de ciudad, sabía que faltaba un mes largo para plantearse su recogida, y eso era con las más tempranas. La cosecha se podía alargar unos meses más.

El ladrido trémulo de uno de los perros vigilantes de la casa fue el único recibimiento que obtuvo al llegar a la edificación. En realidad, nadie la esperaba, ya que había decidido acercarse a la hacienda aquella misma mañana, y no había dado tiempo de dar avisos. Su marido, Pedro de Herrera, llevaba una semana ausente de su casa sevillana, sin dar más explicaciones que la de que estaba atareado en sus negocios en la hacienda. Doña Antonia, de naturaleza suspicaz, quería comprobar si esos negocios tenían que ver con faldas ajenas o con cualquier otra idea perversa que se le hubiera ocurrido a la pérfida mente de su esposo, que ya lo conocía. Por ello, en vez de anunciarse, descabalgó de la mula con gracia, sin esperar la ayuda del criado, y resolvió darse una vuelta por las cuadras, la almazara y las bodegas, y allí dirigió sus pasos. Decidió ir sola, con lo que ordenó a sus acompañantes que fueran a la casa principal a dejar el equipaje y a

preparar el almuerzo.

Un intenso olor a heno y a excrementos de bueyes y caballos la recibió en la penumbra de la extensa nave que hacía las veces de establo. Los animales se mantenían calmos, tratando de pasar las horas de calor de la mejor manera posible. La temporada de trabajo todavía no había comenzado y su salida de los cobertizos era menos frecuente en aquellos días. Doña Antonia recorrió el pasillo central, reconociendo el caballo de su marido, así como las mulas de sus dos criados más cercanos. No había nada extraño en aquel lugar.

Salió al sol del mediodía, que la cegó unos instantes, y se dirigió al lugar donde se prensaban las aceitunas. El patio de recepción de los frutos estaba vacío de personal, igual que los trojes y tolvas donde se almacenarían, una vez lavados y pesados. Entró en la nave de elaboración y notó el olor ácido a pasta fermentada y seca que se había enseñoreado del espacio, producto de los restos no limpiados con eficacia por los criados. Tendría que hablar de ello con Pedro. Las muelas dormían plácidamente sobre las piedras circulares con parapeto sobre las que rodaban al trabajar. La señora comprobó que no había nada fuera de lugar, por lo que se dirigió a las bodegas, que contenían los aperos y tinajas, ánforas y botijas para el tratamiento de la pasta de aceituna y el almacenamiento del propio aceite. El espacio de conservación de los productos finales se dividía en varios trujales, separados por tabiques y cerrados con puertas. Allí la penumbra era más acusada, y el calor también. El sonido de sus pasos se escuchó en la gravilla del suelo, aumentado por el silencio del lugar. De repente, la mujer escuchó una voz que surgía de uno de los cubículos.

—Hoy no nos han traído agua.

La frase contenía un tono de amarga resignación. Había una persona allí dentro, posiblemente encerrada. Doña Antonia se acercó a la puerta y observó que el pasador esta corrido y asegurado con un candado. No podría abrirlo. Su curiosidad pudo con ella.

—¿Quién sois? —preguntó a la puerta.

La presencia de la señora provocó que se escuchara movimiento dentro del habitáculo. Alguien se ponía en pie y se acercaba al otro lado del tabique de madera.

—¿Quién sois vos, por ventura?

—Soy doña Antonia de Ribera, la señora de este lugar.

—¡Válgame Cristo! —se escuchó al otro lado—. La esposa de Pedro de Herrera.

—¿Y quién sois vos?

Se escuchó otra voz, que respondió a la cuestión.

—Los desdichados Juan de Armas y Juan Mayor, procuradores de la isla de Lanzarote ante su alteza la reina. Hechos presos contra nuestra voluntad en este lugar hará más de siete días.

Doña Antonia ató cabos de inmediato. Toda la familia conocía los sucesos de Lanzarote y cómo los vecinos habían enviado a sus representantes a pedir a la reina el reconocimiento de sus supuestos derechos. Pero nadie de su entorno estaba al corriente de que los procuradores no iban a llegar a la corte.

—¿Sabéis quién os ha traído aquí?

—Nada sabemos. Nada nos han dicho.

La mujer sintió un escalofrío. Sin duda, aquello era obra de su esposo. Aquel era el negocio que le mantenía en la hacienda, un negocio muy peligroso. Estaba jugando con fuego. No se le había ocurrido otra cosa que secuestrar a unos mensajeros que se dirigían en misión oficial a pedir audiencia a la reina. Aquel delito estaba muy mal visto. El culpable, si era descubierto, sufriría graves penas.

«Graves penas», repensó la frase.

Una sonrisa maléfica apareció en su rostro. «No estaría mal desembarazarme de este marido que me maltrata de palabra y obra». Con toda probabilidad, sería condenado al destierro, o tal vez a muerte. Le encantaría quedarse viuda. Podría volver a casarse con un hombre honesto, fiel y amable. Era una oportunidad única.

Salió de sus pensamientos y habló a los cautivos.

—Voy a hacer lo posible por sacaros de vuestras prisiones. Pero tendréis que disimular que os he visto y hablado.

—De acuerdo, mi señora—dijo uno de ellos—. Haremos como si no hubierais venido.

—Tened paciencia, que pronto saldréis de esta.

Doña Antonia sabía que la tendrían. Sobre todo, porque no les quedaba otra opción.

32

Segovia 22 de agosto de 1476, una semana después.

El consejero Gonzalo Chacón estaba a punto de abandonar el alcázar real. La sobrina de doña Beatriz de Bobadilla, que se llamaba también Beatriz —había que ponerle un mote, porque ya iba creciendo y convirtiéndose en una hermosa mujer y la gente comenzaba a confundirla con su tía— había bajado las escaleras del Alcázar para atraparlo justo cuando se disponía a montar en su mula, camino de su posada en la ciudad.

—¡Don Gonzalo! —le había casi gritado—. La reina os ruega que volváis a despachar con ella, que ha llegado un correo urgente que quiere comentaros.

Chacón, un hombre cercano a la cincuentena, como delataban sus numerosos cabellos canos, comenzaba a notar cansancio en las largas sesiones de despacho de las cosas del reino, que cada día eran más numerosas y complejas. La reina contaba con su absoluta fidelidad, lo que no era nada desdeñable en aquellos años en que parte de la nobleza se resistía a obedecer los designios reales. Había desempeñado los oficios de contador mayor de Castilla, maestresala, guarda mayor y mayordomo mayor de la reina, lo que le señalaba como su hombre de confianza.

Chacón miró y admiró los ojos verdes de la joven Beatriz, que refulgían como dos brillantes, y le sonrió.

—La reina no ruega, doña Beatriz. Ordena.

La chica rio, divertida.

—Me ha dicho claramente que os lo ruegue, pero todos sabemos lo que significa.

—Vais aprendiendo rápido en la corte. Llegaréis lejos.

La joven se ruborizó un poco y, como su misión estaba cumplida, evitó que se alargara el contacto visual y dio media vuelta, entrando de nuevo en palacio. Chacón entregó sus papeles a su criado Tomás, que le ayudaba en el trabajo, y se dispuso a seguir los pasos de la sobrina de Andrés Cabrera, el alcaide de la fortaleza y tesorero del reino. Su posición se había visto amenazada pocas semanas antes, cuando una parte de los nobles segovianos se levantaron contra su

gestión, llegando a tomar una parte del alcázar. En el castillo se encontraba la princesita Isabel, la única hija de los reyes, lo que obligó a su madre a trasladarse a toda prisa desde Tordesillas a poner orden. Los disgustados vecinos fueron contentados con promesas y buenas palabras y Cabrera permaneció en su puesto, aunque advertido de que aquello no podía volver a ocurrir.

Chacón subió de nuevo las escaleras que llevaban al salón del solio, donde esperaba la reina. La puerta mudéjar estaba abierta y entró sin más preámbulos, su cargo se lo permitía. Ya estaba acostumbrado a la lujosa cúpula de lacería realizada por el maestro Xadel Alcalde en 1456, por lo que no le prestó mayor atención. Le interesaba la reina, que le esperaba sentada en un sillón, a un lado, lejos de las butacas del trono.

—Venid, don Gonzalo, que quiero comentaros algo —La reina exhibía en su mano una carta recién abierta.

El mayordomo tomó una silla y se sentó enfrente. Tenía permiso para hacerlo al trabajar a diario con la monarca.

—Pensé que habíamos agotado todos los temas de hoy, alteza.

—Acaba de llegar esta carta desde Sevilla con la posta real —Isabel le entregó el papel a Chacón. Este lo tomó y observó los típicos pliegues de toda carta, que se doblaba varias veces sobre sí misma para que ocupara poco espacio. El hecho de que algunas esquinas estuvieran sucias indicaba que el polvo del camino se había introducido en las alforjas de los jinetes correo. Es lo que solía ocurrir con las entregas urgentes a caballo. El cortesano leyó la carta en poco tiempo y levantó la mirada hacia la reina.

—Doña Antonia de Ribera es fuente digna de creer —comentó.

—Es una fiel servidora a quien le concedo todo el crédito —respondió Isabel.

—Lo que dice aquí es grave. Un secuestro en camino real, y de unos procuradores de una ciudad, en este caso isla, que se dirigían a la corte.

—¡Es inadmisible! ¿Cómo se ha atrevido ese hombre, Pedro de Herrera, a hacer eso?

Chacón depositó la carta en la mesa y le habló a la reina en tono mesurado.

—Antes de tomar cualquier otra decisión, hay que averiguar si lo que se denuncia en esta misiva es cierto.

—¿No está en Sevilla el doctor Lillo? Ordenadle que haga pesquisa en torno a este asunto de modo inmediato.

—El doctor Lillo ha ido a Sevilla a tratar cuestiones que atañen a la organización del reino, entre ellas la de instituir la Hermandad en Andalucía.

—Pues que utilice a los hombres que la van a formar para saber la

verdad. No me fío de los nobles de la ciudad. Que lo haga un hombre de la reina.

—Así se hará, alteza. Enviaré un correo hoy mismo. Si es cierto que esos hombres están retenidos contra su voluntad en una hacienda propiedad de su padre, Diego de Herrera, deben ser liberados y permitirles que lleguen ante vos.

—En la carta dice que esos procuradores venían a presentarme quejas contra Diego de Herrera y su esposa, Inés Peraza, sobre su mal gobierno de la islas de Canaria. Es evidente que la familia se ha concertado para que esos hombres no pudieran llegar aquí. Hay que actuar rápido, don Gonzalo, y castigar estos procederes.

—Si todo es cierto, así lo haremos. Aunque habrá que ir con tiento, mi señora. Los Herrera Peraza nos hacen un buen favor en la guerra contra el enemigo portugués.

—¿Cómo es eso?

—De las islas de Canaria, poseen cuatro de la siete que hay, las más pequeñas. Las grandes siguen en poder de gentiles salvajes. Y sufren y resisten los ataques de naves portuguesas en sus costas. Hace unos meses tuvieron que rechazar un desembarco. Están defendiendo a su costa para Castilla unas islas que no reciben de vos ni un maravedí.

—Eso no puede justificar un secuestro en camino real.

El mayordomo cavilaba a toda velocidad. Una idea había surgido en su mente.

—Por supuesto que no, pero esta situación podría revertir a vuestro favor. Hace unos veinticinco años, el Consejo Real dictó una sentencia por la que atribuyó a la familia Peraza todos los derechos sobre las islas conquistadas y el de conquista para aquellas que no lo estaban. Tal vez interesara, a modo de compensación por este grave delito, que ese derecho declinase en favor de la corona.

—Está claro que esa pareja no tiene la fuerza suficiente para ganar las islas grandes. Tendríamos que hacerlo nosotros. ¿Y nos interesa, don Gonzalo? ¿No están muy lejos esas islas?

—Están en el camino de los portugueses a la Guinea. En estos momentos, cualquier cosa que estorbe sus ambiciones, nos interesa. Y tal vez nos serviría a los castellanos como cabeza de puente para llegar al África, que no es propiedad portuguesa, e incluso al Asia, quién sabe.

La reina meditó unos instantes las palabras de su servidor.

—A cambio del perdón real, los señores de Lanzarote tendrán que cedernos sus derechos sobre la conquista de esas islas mayores, ¿no es eso?

—Exacto, aunque siempre habrá que negociar con detalle las contraprestaciones. No podemos acusar a don Diego y a doña Inés de un delito cometido por su hijo, aunque haya sido en beneficio de

estos. Pactaremos un precio, y también un castigo simbólico para el delincuente.

—Vuestra mente a veces me parece demasiado tortuosa, don Gonzalo. Pero prefiero que estéis a mi servicio que en el de mis enemigos.

—Os serviré hasta la muerte, alteza. Además, existe una feliz coincidencia.

—¿Cuál? —preguntó la reina, curiosa.

—Que Diego de Herrera llegó hoy mismo a Segovia, procedente de Sevilla. Estoy seguro de que su presencia aquí está relacionada con este asunto.

—Él no sabe que nosotros estamos enterados del secuestro. ¿Qué proponéis?

—Lo tomaremos por sorpresa y se avendrá a cualquier cosa que le exijamos. Felicidades, mi señora, habéis ganado tres islas para vuestros reinos.

La reina sonrió, aquel hombre valía su peso en oro.

—De acuerdo, haced que se presente aquí mañana a primera hora. Y no le deis cuartel. Lo quiero rendido a mis pies de inmediato.

—Así se hará, alteza —el mayordomo se levantó para marcharse.

—Y una cosa más, don Gonzalo.

Chacón se detuvo, esperando lo que la reina tenía que decirle.

—Buscadme un libro sobre las islas de Canaria, que quiero conocer algo de esos lugares tan extraños y lejanos que van a pasar a mi propiedad.

33

Sevilla, 1 de septiembre de 1476, nueve días después.

Pedro de Herrera caminaba aprisa por las callejuelas del barrio de San Andrés, echando chispas. Le embargaban la ira y el miedo, en ese orden, y apenas se fijaba por dónde pisaba, concentrado en sus negros pensamientos sin cruzar la mirada con nadie. El manto de la noche se deslizaba por la paredes encaladas y se introducía por las rejas de las ventanas, como persiguiéndole. Pero Pedro no huía de la noche, huía de sí mismo.

Apenas una hora antes, había recibido en su casa la visita de un criado del doctor Lillo, el alto comisionado real en Sevilla para desarrollar los planes de los monarcas, entre los que destacaba la instauración de la Hermandad. Le avisaba para que se presentase en su casa cuanto antes, y con mucha discreción. No es que Lillo tuviera la fuerza ejecutiva en la ciudad, para eso estaba el concejo, pero su carácter de enviado de los reyes le daba ciertas preeminencias. Si a través de su criado el doctor Lillo citaba a alguien en su casa posada, había que acudir.

Pedro se presentó en lo que tardó en vestirse y llegar al caserón que ocupaba el cortesano, pared con pared con el convento de San Leandro, en el barrio de Santiago. Justo entre las puertas del Osario y la de Carmona, al otro lado de la ciudad. El mismo sirviente que le había dado el aviso lo recibió y lo llevó a un salón donde le hicieron esperar en una silla incómoda un rato largo. La espera duró lo suficiente para que a Pedro le acrecentaran los miedos y las sospechas en torno a aquella citación tan fuera de lo normal.

El doctor Lillo, un hombre mayor que se había pasado la vida entre papeles, entró en la estancia con aire cansado y Pedro se levantó en el acto.

—Pedro de Herrera —le dijo, sin saludar, manteniéndose en pie frente a él y sin ofrecerle asiento—, ¿habéis venido solo?

—Así es, señor doctor. Vuestro criado me previno que así lo hiciera.

—Os he mandado llamar de este modo porque tengo aprecio a vuestra familia. Los Peraza sevillanos siempre han sido atentos y amables con este viejo leguleyo, y eso no se olvida.

—Siempre habéis sido bienvenido en Sevilla, señor —acertó a contestar Pedro, cada vez más acongojado.

Lillo levantó la mano exigiendo que no se le interrumpiera.

—Acaba de llegar un correo de la corte. Trae órdenes firmadas por la mismísima reina que os atañen directamente.

El doctor se detuvo un segundo, comprobando que Pedro no se atrevía a interrumpirlo de nuevo. Prosiguió:

—Se ha cometido un delito de secuestro y robo en camino real, y todos los indicios apuntan a vos. Acabo de enviar a unos cuantos de los hombres de mi escolta a vuestra hacienda de Huévar a comprobar si hay personas retenidas en vuestras dependencias. Como sea cierto, mañana tendré que prenderos sin más dilación. Es un hecho que la reina no puede pasar por alto. Las personas que han desaparecido eran procuradores vecinales que venían a verla.

Pedro sintió que las piernas le temblaban, por lo que apoyó todo el peso de su cuerpo en una de ellas. Lo que venía ahora era decisivo.

—Vuestra presencia aquí contradice las buenas maneras a las que me debo como representante real. No debería haberos llamado para avisaros, pero vuestra familia lo merece, más que vos. Vuestro padre parece que no está implicado, así lo ha manifestado él en la corte, aunque quedará allí retenido hasta que todo este asunto se aclare. Pero vos, lo tenéis feo. Avisándoos, no hago sino preveniros de lo que puede ocurrir mañana. Vos sabréis lo que tenéis que hacer.

«Poner tierra por medio», pensó Pedro de inmediato. En el fondo, tenía que estar agradecido a Lillo, a otros no se les daba la oportunidad de exiliarse oportunamente.

—Os agradezco vuestra preocupación, señor doctor. Espero que todo pueda explicarse en su momento.

—Yo también lo espero. Y ahora, idos, que no quiero que os vean aquí.

Pedro comenzó a moverse hacia la puerta.

—Ahora mismo, tan solo quisiera saber una cosa, señor. ¿Se sabe quién me acusa?

El viejo letrado le miró sorprendido, casi sopesando la pregunta como una insolencia.

—Bien sabéis que no puedo responder a esa cuestión. Pero yo que vos, vigilaría con más cuidado vuestro entorno doméstico.

Pedro se quedó de una pieza. Aquella frase señalaba a una persona: la delatora era Antonia, su esposa. Tras un instante de titubeo, balbuceó una despedida y salió de la sala sin recibir contestación.

No tardó en llegar a su casa, completamente atribulado y fuera de sí. Debía hacer los preparativos para un largo viaje que debía comenzar aquella misma noche. Se dirigiría a Portugal, fuera del alcance de los alguaciles de la ciudad y de los emisarios reales.

Tardaría dos días en cruzar las extremaduras y llegar a suelo portugués, donde buscaría refugio en la casa de Diego de Silva, su cuñado. No sabía el tiempo que debía estar fuera de Castilla, pero con total seguridad serían años antes de lograr un perdón real, si es que se producía. Se llevaría dos criados de escolta, todos los dineros que guardaba en uno de los arcones y la plata de la casa, que todo le parecía poco. Pero antes, tenía que solucionar un asunto que le recomía el corazón.

Al traspasar la puerta de su casa dejó la capa a la primera criada que le salió al encuentro. Subió con determinación las escaleras que le llevaban al piso superior, a la alcoba que compartía con su mujer. Antes de entrar en la habitación, se desvió hacia una cómoda con cerradura, donde guardaba sus armas. La abrió y extrajo un puñal largo y estrecho, de fábrica florentina, el más eficaz en el cuerpo a cuerpo. Lo sacó de su vaina y se dirigió hacia el dormitorio. Tomó aire y trató de que las manos le dejaran de temblar. Abrió la puerta, entró y la cerró tras de sí.

A los pocos instantes, un grito femenino de terror y dolor se escuchó en toda la casa.

34

Hacienda de Huévar, Sevilla, 1 de septiembre de 1476, mismo día.

El ojo entrenado del capitán Juan Rejón recorrió la hacienda a distancia. Se había hecho de noche poco antes, cruzando un sinfín de olivos, y al llegar, las luces del piso bajo de la casona se adivinaban a través las rendijas de puertas y ventanas. El cortijo estaba habitado, aunque no había nadie fuera de la edificación, lo que facilitaría sus movimientos. A pesar de que el doctor Lillo le había prevenido de que no encontrarían oposición armada, Rejón, como veterano de mil lides contra moros y portugueses, no se fiaba un pelo. El que los grillos y las cigarras chirriasen a sus anchas también era buena señal, por lo que no esperó. Levantó un brazo y los cuatro hombres que se encontraban a caballo a su espalda comenzaron a moverse con él. A paso tranquilo, sin prisa, cruzaron agachándose el arco de entrada a la alquería y se desplegaron en torno al edificio principal.

—Alonso y Juan —dijo el capitán en voz baja—, a los establos. Los demás, conmigo a la casa.

Los cinco hombres descabalgaron, ataron las riendas de sus monturas a las anillas que destacaban en la pared, y se dividieron. Rejón se acercó a la puerta y golpeó con insistencia la madera con los nudillos.

—¿Quién va? — se escuchó dentro.

—¡La justicia! ¡Abrid presto! —respondió el capitán a voz en grito. Cuando gritaba, se le oía a mucha distancia, es lo que tenía saber dar voces de mando.

Se escuchó un rumor de pisadas y cuchicheos tras la puerta, los suficientes para que Rejón, perro viejo, supiera que no iban a abrir de grado. Se giró hacia Diego, el más fornido de sus hombres, y le indicó la puerta. El soldado se acercó y dio una patada tremenda con la planta del pie en medio de las dos hojas del portalón a la que siguió el crujir de la cerradura. Rejón empujó con la mano y la puerta terminó de abrirse.

Los hombres desenvainaron sus espadas y entraron en la casa. Junto a la puerta descubrieron a tres hombres que trataban de meter sus pertenencias en varias alforjas.

—¡Teneos, en nombre de la reina! —ordenó Rejón con su terrible vozarrón.

Los dos hombres del capitán ocuparon las salidas y los ocupantes de la casa dejaron caer sus sacos al suelo.

—Nos damos —dijo uno de ellos, con rapidez—. No os resistiremos.

—Más os vale —respondió el capitán—. ¿Hay alguien más en la casa?

—La cocinera y la granjera, que están arriba.

—Pues que bajen, que hemos de platicar largo y tendido.

Alonso de Lugo y Juan de Córdoba se adentraron en la oscuridad de los establos. Para poder ver algo, tras comprobar que no había persona alguna dentro, aunque sí bastantes animales, tuvieron que encender un hachón de tea. A la luz del fuego, tras revisar las mulas, asnos y bueyes que dormitaban en sus cuadras, entraron en el cobertizo de la bodega. Todo estaba oscuro y silencioso en un ambiente que olía con fuerza a aceituna macerada.

—¿Hay alguien? —preguntó Alonso en voz alta.

Tras unos instantes, escucharon que algo se movía tras una de las puertas de los habitáculos cerrados del fondo.

—¿Quién vive? —repreguntó el sanluqueño.

Se escucharon más movimientos.

—Gente presa —escuchó detrás de la madera.

Alonso se acercó y golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Somos gente de la reina! ¡Salid presto!

—¡Estamos encerrados! —protestó una voz distinta al otro lado.

Juan de Córdoba comprobó que existía un candado cerrando la puerta. Lo rompió con el pomo de su espada y abrió la puerta.

—Salid fuera, que os vea —ordenó Alonso.

Dos hombres desconcertados, que entornaban los ojos ante la luz de la antorcha, surgieron de la oscuridad de su encierro. Su aspecto era lamentable: macilentos y desaliñados, lucían barbas desarregladas, signo de un cautiverio prolongado.

—¿Quiénes sois? —preguntó Alonso.

Tras acostumbrarse a la luz y erguirse por completo, uno de ellos respondió.

—Juan Mayor y Juan de Armas, procuradores de la isla de Lanzarote, que andábamos en camino de presentar nuestros respetos y peticiones a la reina.

—Sois los que buscamos —dijo Lugo, sonriendo—. Estáis libres.

—Dios sea loado —dijo el otro de los presos—. Se acabó este mal sueño.

—¿Sabéis quién os prendió y encerró aquí?

—No lo sabemos, pero sospechamos de la familia de don Diego de Herrera. No querían que llegásemos a la corte y nos han despojado de

la libertad y de los papeles que traíamos con nosotros.

—La libertad ya la tenéis —dijo Juan de Córdoba—. Los papeles, ya veremos.

—Decidme, ¿por qué no quería esa familia que llegaseis a la corte? —preguntó Alonso.

—Queremos vivir en mayor libertad sometidos al dominio de la reina, y no bajo la tiranía de los Peraza. Íbamos a pedir que la isla quedara bajo realengo, como le corresponde en derecho.

—Parece que tiranos hay en todos sitios, incluso en las islas —comentó Lugo—. Pero vosotros sois castellanos, no salvajes gentiles. ¿Acaso no están pobladas esas islas de gente bárbara y servil?

Juan Mayor y Juan de Armas se miraron. La realidad canaria era poco conocida en la Castilla peninsular.

—De todo hay. Si lo deseáis, os lo explicaremos.

—Salgamos fuera —invitó Alonso—. Y sí, contadme, ¿cómo son esas islas?

35

Sevilla, 1 de octubre de 1476, un mes después.

Lorenzo acompañaba a los hermanos Francisco y Cosme Riberol por la orilla del Arenal. Aquella mañana, una multitud de botes y barcas de todos los tamaños trajinaban de manera inusual a lo largo del río. La razón de esta actividad se encontraba a la vista: cinco naos habían arribado a la vez frente a la ciudad y su contenido se descargaba a buen ritmo. Los fardos, barricas y cajas eran desembarcados mediante poleas con cuerdas en las barcas, y en pocos minutos acababan apilados en el albero extramuros del río de Sevilla.

La coincidencia de las embarcaciones era casual, cada una provenía de un lugar distinto, aunque el hecho de que los tres se encontraran allí en ese momento se debía a que Juan de Lugo, el socio de la familia Riberol, les había citado a aquella hora, un poco antes del mediodía.

Entre las numerosas personas que poblaban la ribera, cada una enfrascada en un quehacer, localizaron a Lugo, ordenando la disposición de unos bultos y atadijos sobre la arena, a la espera de ser subidos a un carro tirado por una mula de aspecto aburrido, cuyo conductor esperaba paciente a que lo cargaran. El comerciante andaluz se percató de la llegada de los genoveses y se acercó a ellos.

—Buenos días tengáis, señores —les dijo, antes de estrechar las manos de los hermanos.

—Buenos días, maese Juan —respondieron a una los Riberol.

Lugo tuvo el detalle de saludar con un ligero palmeo en el hombro al tercero del grupo.

—Veo que os ha acompañado el joven Lorenzo —se dirigió a este último—. Me han dicho que estás aprendiendo en el banco de micer Francisco Pinelo. ¿Te va bien?

Lorenzo miró sin querer a los hermanos, casi como pidiendo permiso para contestar, y lo hizo en un castellano rudimentario con acento genovés que pulía poco a poco.

—Aprendo lo que puedo, maese Juan. Los conocimientos de micer Francisco son tan extensos que necesitaría toda una vida para adquirirlos.

—En eso tienes razón, muchacho —respondió Lugo, satisfecho con

la respuesta—. Si aprendes solo un tercio de lo que sabe Pinelo, tendrás una larga y fructífera carrera como mercader.

—Maese Juan —interrumpió Francisco—, aquí estamos, como nos pedisteis. ¿Qué es eso que nos queríais mostrar?

Lugo invitó a sus acompañantes a que le siguieran hasta los bultos apilados junto al carro. Tomó uno de los fardos y lo abrió por un extremo.

—Tengo entendido que no habíais visto este producto.

Del envoltorio salió un desagradable olor a fondo marino, como cuando la marea se retira. Dentro, observaron agrupadas distintas capas de un material parecido a la estopa, pero oscuro, tirando a verdoso. El mercader desgajó un trozo pequeño sin dificultad y se volvió, exhibiéndolo.

—¿Veis esto? Vale su peso en oro.

Los tres se acercaron y miraron curiosos el pedazo maloliente similar a la hilaza que Lugo mantenía ante sus ojos.

—¿Qué es? Parecen algas podridas —dijo Cosme.

—Es orchilla, micer Cosme. Y viene de muy lejos, de las islas de Canaria, donde se cría en las peñas y acantilados de la costa.

—Había oído hablar de ella —dijo Francisco—, pero no la había visto nunca.

—¿Y para qué sirve? —preguntó Lorenzo.

Lugo lo miró con una sonrisa aviesa.

—Tomad este trozo —le invitó— y luego apretadlo con la mano.

Lorenzo luchó contra la renuencia a tocar aquel pedazo de basura marina, pero venció su curiosidad. Hizo lo que le indicó el andaluz, y unas gotas de líquido rojizo rezumaron entre sus dedos.

—¿Qué es esto, Dios? ¡Parece sangre! —exclamó, alarmado, abriendo la mano y soltando su contenido.

Lugo y los Riberol estallaron en carcajadas. Los tres conocían el uso tintóreo de la orchilla que Lorenzo ignoraba.

—La orchilla se usa para hacer tintes —aclaró Francisco—. Se consigue un púrpura muy apreciado por los tejedores y tintoreros. El púrpura es el color preferido de la nobleza, como todos sabemos, y se paga muy bien.

Lorenzo miró con otros ojos las gotas que resbalaban hacia el codo. Así que aquello era el origen de un colorante valioso.

—El asunto es que la reina ha hecho de la orchilla una regalía —continuó Lugo—. O sea, que solo la pueden recoger ella o quienes tengan su permiso. Y resulta que la adjudicación de este monopolio se va a realizar en breve. Creo que puede ser una buena oportunidad de negocio.

—Queréis que pujemos con vos para que nos adjudiquen su recogida —se adelantó Francisco.

—La subasta está decidida de antemano a favor de don Gutierre de Cárdenas. Habrá que negociar con él para que nos la ceda a nosotros para explotarla a cambio de un adelanto —contestó Lugo, con los ojos brillantes de excitación—. No me atrevo a avanzaros mis cálculos de los más que probables beneficios. Son muy altos, os lo puedo asegurar.

—¿Qué hubiera hecho mi padre? —preguntó sin ambages Cosme.

Lugo miró al joven mercader y no tardó ni un instante en responder.

—Se hubiera metido en el negocio con los ojos cerrados.

Los dos hermanos se miraron y asintieron, sin necesidad de hablarse.

—Entraremos con vos en el negocio —dijo Francisco.

—Solo hay un pequeño inconveniente —repuso el andaluz—, y es que el comendador Cárdenas ve con mejores ojos que quien pretenda recoger la orchilla sea castellano. Ya sabéis lo que molesta a los nobles castellanos entregar la explotación de monopolios a extranjeros.

—Lo sabemos —respondió Cosme—. Ya nos previno nuestro padre al respecto. Para eso estáis vos. Para llegar allí donde no podemos nosotros.

Juan de Lugo volvió a sonreír, como hacía cada vez que cerraba un acuerdo.

—Creo que vamos a hacer buenos negocios vuestras mercedes y este humilde servidor. Estad atentos los próximos meses.

36

Segovia, 2 de octubre de 1476, al día siguiente.

Diego de Herrera se miraba las manos, preocupado, mientras esperaba en la antesala de la cámara donde se encontraban trabajando los miembros del consejo real. Lo habían citado en las casas donde tenían su habitación los consejeros a primera hora de la mañana, y ya tardaban más de tres horas en permitirle entrar. De una demora así nada bueno se podía esperar. Llevaba un mes retenido en la corte sin poder desplazarse. Se lo habían indicado con buenas palabras, lo que era de agradecer, pero el mensaje había sido claro: nada de salir de la ciudad hasta que sus negocios se vieran por los consejeros.

Las noticias que le llegaban de Sevilla eran inquietantes y descorazonadoras. El escándalo había sido mayúsculo cuando se descubrió el asesinato de doña Antonia y se conoció la precipitada huida de su hijo Pedro a Portugal, señalándose como culpable. Aquel vástago acabaría con él a disgustos. Por si no fuera poco estar acusado de violar el seguro de un camino real, ahora se añadía una muerte sobre sus espaldas. Y menos mal que a él, su padre, no le habían metido en el saco de las acusaciones, pero con toda seguridad aquello iba a tener un precio para la familia. Ya se lo habían avisado, por separado, tanto el licenciado Camañas como el secretario Diego Sánchez, ambos conocidos de los Peraza sevillanos y hasta un punto que no sabía determinar en aquel momento, sus valedores en el consejo real.

Herrera se había armado de paciencia durante su estancia en Segovia y esperaba que aquel día se viera el asunto que lo había traído a la corte y qué consecuencias podrían conllevar para él y su mujer los crímenes atribuidos a su hijo.

La presencia de Juan Mayor y Juan Armas en la ciudad los últimos días le puso sobre aviso. Había logrado evitarlos en las calles, con no poco esfuerzo, Segovia no era tan grande. Aunque sabía a ciencia cierta que no disponían de los documentos que habían llevado desde Lanzarote —habían sido pasto de las llamas gracias a Pedro—, estaba seguro de que sus declaraciones no le iban a colocar en buen lugar.

La puerta de la sala se abrió y un edecán salió por ella muy digno. Como si no le hubiera visto las horas anteriores, le llamó.

—¡Don Diego de Herrera!

El aludido, el último que quedaba en espera de las decenas que personas que habían pasado por allí, evitó mostrar una expresión de enojo y se levantó del banco donde aguardaba.

—Aquí estoy.

El señor de Lanzarote trató de adoptar su mejor compostura y siguió al lacayo al interior de la sala. Al otro lado de la puerta se encontró con cuatro adustos rostros que lo escrutaron, detrás de una mesa larga, cual tribunal se tratara, de arriba abajo. De ellos conocía al secretario Sánchez, con quien había hablado los días anteriores. Este hizo como si no lo hubiera visto en su vida y leyó el encabezamiento del documento que tenía en la mano.

—Relación de don Diego de Herrera, esposo de doña Inés Peraza, ambos vecinos de Sevilla y señores de las islas de Canaria, que se oponen a la petición de los vecinos para que la isla de Lanzarote pase al realengo.

El secretario miró por encima del papel a Herrera. Este entendió que debía decir algo.

—Los títulos que he aportado de los derechos de la familia de mi esposa a dicho señorío están más que contrastados —respondió, tratando de dar aplomo a su declaración—. Además, este asunto fue visto por el consejo hace veinte años y se falló a nuestro favor. Es un caso claro de cosa juzgada.

—Los procuradores de la isla fueron secuestrados cuando viajaban por camino real —intervino el licenciado Ariño, el de mayor edad—. ¿Tenéis algo que decir al respecto?

—No tengo nada que ver con ello —mintió Herrera, que trató de que las manos no le temblaran.

Ariño adoptó un semblante de escepticismo ante la respuesta.

—Vuestro hijo sí parece tener mucho que ver con ello. Y con la muerte de doña Antonia de Ribera.

—Mi hijo es mi hijo, y yo soy yo —replicó Herrera, tratando de alejar de sí la responsabilidad.

—A sus altezas no le han complacido nada ambos delitos. Están bastante irritados. Y encima, los vecinos se quejan de vuestra tiranía sobre ellos.

—Exageran, sin duda. No pueden tener ninguna prueba de lo que afirman.

—En eso acertáis. Por lo visto, les sustrajeron todas las escrituras y papeles que traían a esta corte para refrendar sus peticiones.

—No sé nada de eso —replicó Herrera, al que el nerviosismo, curiosamente, le estaba dando más valentía—. Yo sí he aportado los documentos que prueban el derecho de los Peraza al señorío de Lanzarote y las demás islas.

Los consejeros guardaron unos instantes de silencio, lo que dio mayor solemnidad a lo que venía a continuación.

—Hemos tomado una decisión —dijo Ariño en nombre de todos.

Herrera se envaró, de pie como estaba, enfrente de la mesa, expectante. El consejero prosiguió.

—Sus altezas desean saber si os corresponde, además del señorío de las islas conquistadas, el derecho a conquistar las demás.

Herrera fue a contestar, pero un gesto de la mano del secretario Sánchez, uno de sus contactos en la corte, le hizo desistir de inmediato. Ariño continuó.

—Para ello, nombraremos un pesquisidor para que realice una investigación, con papeles y testigos, sobre vuestros títulos y sobre los de los vecinos de Lanzarote. Una vez la verdad sabida, tomaremos una determinación.

Herrera respiró. Las cosas no se ponían bonitas, pero no eran tan feas como parecían al principio.

—Una decisión que respeto y a la que me presto, aunque considero que es innecesaria —replicó.

—Bien sabéis que el enemigo portugués quiere tener libre la ruta a la Guinea, que pasa por las islas de Canaria —dijo Rodrigo, otro de los consejeros, el más serio—. Y en estos últimos años habéis demostrado vuestra incapacidad para conquistar las que faltan por abrazar nuestra fe.

—A sus altezas les interesaría adquirir esos derechos de conquista —intervino Ruiz del Castillo, el que no había hablado hasta ahora—. Nuestro favor a vuestra causa dependerá del comportamiento que tengáis respecto a este deseo.

Herrera pensó rápido. Así que era eso. Renunciar a la conquista de Gran Canaria, La Palma y Tenerife a favor de los reyes. A cambio de ello, se mantendría en el señorío.

—Mi esposa y yo somos humildes y fieles servidores de sus altezas —acertó a decir en un tono de falsa modestia—. Hacer realidad sus deseos será nuestra felicidad.

—Es un buen comienzo para el entendimiento —dijo rápidamente el secretario Sánchez—. Se os compensará pecuniariamente como merezca el asunto.

La última frase sorprendió a Herrera. Por un momento, había pensado en que iban a obligarles a entregar sus derechos de conquista a cambio de nada. Sus contactos en la corte se estaban portando bien.

—Estoy a vuestra disposición —dijo, inclinándose—. ¿Podré volver entonces a las islas?

—La pesquisa se va a realizar en Sevilla y, si es necesario, en Lanzarote —respondió el secretario—. Vos y vuestra esposa permaneceréis cerca del pesquisidor durante todo el tiempo que dure

su trabajo, por si os necesita.

Por lo menos, estaría en su casa de Sevilla, pensó Herrera.

—Le prestaremos todo el auxilio que precise.

El consejero Ariño se levantó, dando por concluida la audiencia, y le dirigió una última amonestación.

—Y atad bien corto a los vuestros. No sería bien visto que ocurriera otro escándalo a vuestro alrededor. Estáis advertido.

37

Segovia, 2 de octubre de 1476, el mismo día.

La joven Beatriz de Bobadilla se dirigía por uno de los pasillos del alcázar a tomar sus lecciones de latín con mosén Pedro de Alcaraz, el maestro de letras de los niños y jóvenes de las familias importantes de la ciudad, cuando se tropezó con dos hombres que parecían despistados. Aquella zona del castillo no era la acostumbrada para los visitantes que venían a despachar algún asunto con los consejeros reales. Sin duda se habían extraviado.

—¿Buscaban algo por aquí vuestras mercedes? —les dijo, venciendo la timidez propia de su edad.

—Estamos tratando de encontrar la salida —dijo uno de ellos, el más alto.

Beatriz sonrió, su instinto no le había fallado.

—Por aquí no es —les advirtió—. Os indicaré el camino que lleva al patio.

—Os lo agradecemos, señora —dijo el otro, contento de que una dama de la corte tan bella se hubiera dignado a dirigirles la palabra.

Beatriz se detuvo un momento al detectar las inflexiones del habla de aquellos dos hombres. Le encantaba adivinar la procedencia de los visitantes por su parla, tan característica en algunos sitios del reino. Y el acento de sus interlocutores le sonaba mucho, aunque no recordaba dónde lo había escuchado antes.

—Vuestras mercedes no son de por aquí cerca, ¿verdad?

Los forasteros no se esperaban esa pregunta.

—¿Tanto se nota? —dijo el mayor, con algo de alarma en sus ojos —. Somos Juan de Armas y Juan Mayor, procuradores de la isla de Lanzarote, una de las islas de Canaria. A vuestro servicio.

—De bien lejos habéis venido —se admiró la joven—. Debe de ser un asunto importante el que os ha traído hasta Segovia.

—Y tanto —respondió el más bajo—. Tratamos de liberarnos de la tiranía del señorío que nos atenaza, que no se puede sufrir más.

—¡Ah! —se sorprendió Beatriz—. ¿Tenéis algo que ver con don Diego de Herrera?

Los dos hombres se pusieron tensos. No sabían si aquella joven conocía a su oponente ante el Consejo Real, y si estaría predispuesta

hacia él de algún modo. Había que ser cautos en sus dichos.

—¿Lo conocéis, por ventura? —preguntó el alto, Mayor.

Beatriz se rio, ignorante de la aprensión de los visitantes.

—¡Imposible no conocerlo! Si ha venido al alcázar durante más de un mes todos los días a que lo reciba el consejo, y siempre se ha encontrado la puerta cerrada. Ya todo el mundo en el alcázar cuenta chascarrillos sobre él.

—¿Los consejeros no lo han recibido en un mes? —inquirió el bajo, Armas.

—Creo que lo despacharon hace poco. Eso me contaron. ¿Y ese caballero es el tirano de vuestras mercedes?

Mayor y Armas no sabían qué pensar del dato ofrecido por la dama. En principio, parecía favorable a los intereses de los vecinos de la isla que lo hubiesen hecho esperar tanto tiempo. Sin embargo, algo se había concertado con él, por cuanto ya no estaba en la corte. Y casi al mismo tiempo que con ellos.

—Él y su esposa, doña Inés Peraza. Y sus hijos Pedro de Herrera y Fernán Peraza, que no hay que olvidarse de ellos, que de tal palo, tal astilla.

Beatriz volvió a sorprenderse.

—¿Pedro de Herrera es hijo de don Diego? ¡Claro! Debí haberme dado cuenta. Es conocida en todo el reino la alevosa muerte de su mujer y su posterior huida a Portugal, en plena guerra. Secuestro en camino real, asesinato y traición a la corona de Castilla, ahí es nada.

—Nosotros fuimos los secuestrados —dijo Mayor—, pero, a pesar de nuestras tribulaciones, hemos logrado llegar a la corte para que se nos oiga.

—¿Y vuestras mercedes han conseguido algo?

—Así es, señora. Ya se están redactando varias cartas para ello. Por un lado, se va a practicar una información de testigos para determinar de quién es el derecho a gobernar aquellas islas, si de la reina o de los señores, cuestión sobre la que somos optimistas. Y también se emitirá una carta de seguro para los vecinos de la isla, de modo que los señores no puedan ejercer violencia sobre ellos hasta que este asunto esté aclarado.

—Entonces, las cosas pintan bien para vuestros intereses —dijo Beatriz.

—Eso parece, aunque sabemos que los señores tienen contactos en esta corte —contestó Armas—. No estaremos tranquilos hasta que nos den la razón por escrito.

—Y decidme, ¿es cierto que en esas islas los naturales van desnudos y son idólatras?

Mayor y Armas sonrieron por primera vez.

—Hay varias islas que conocen la fe cristiana y en ellas se vive

como en Castilla —dijo Mayor—. Solo tenéis que vernos a nosotros. Son las islas de Lanzarote, Fuerteventura y El Hierro. Hay otras en que los castellanos convivimos con los naturales, como en La Gomera. Y hay tres más, La Palma, Gran Canaria y Tenerife, donde los gentiles se resisten a aceptar el dominio de sus altezas. En estas cuatro últimas, los habitantes viven según sus costumbres y supersticiones, y visten con pieles, pero no van desnudos.

—Y dicen también que los calores no cesan en todo el año. Que quienes viven allí no saben lo que es el frío.

—Eso es algo exagerado —respondió Armas—. Bien es cierto que no nieva en invierno como aquí, en Castilla, pero en ocasiones, sobre todo en nuestra isla, hay que sufrir un viento fresco de la mar océana del que hay que abrigarse algo. Pero hay que admitir que el tiempo suele ser bueno.

—Y dicen también que las islas son fragosas, llenas de montes y bosques por doquier, rebosantes de frutos, donde se puede vivir sin trabajar la tierra.

—¡Ay, señora! En eso no podemos estar de acuerdo con vos —replicó Mayor—. Todas las islas se parecen, y todas son diferentes. El verde de que habláis se encuentra en el septentrión de las que tienen las montañas más altas. Al meridión, todas son secas y estériles. Y en las que no tienen montes importantes, como en la nuestra, la tierra da poco fruto y apenas podemos sobrevivir con rebaños de cabras y ovejas.

—Entonces, no es verdad todo lo que se cuenta.

—Nuestra isla es pobre —añadió Armas—, y encima los señores nos esquilman las ganancias de las pocas mercaderías que podemos tratar con los escasos barcos que arriban a la costa. Por eso estamos aquí.

—Lo comprendo. Y espero que tengan vuestras mercedes la suerte que se merecen.

Beatriz recordó que su preceptor de latín llevaba rato esperándola, ya debía de haber terminado la clase de enseñanza de las primeras letras a la infanta Isabel, así que le tocaba a ella.

—Perdonadme, pero debo irme. Tomad aquella escalera del fondo y os llevará al patio y a la salida.

Los dos hombres siguieron con la mirada las indicaciones de la joven y se volvieron para despedirse.

—Muchas gracias os sean dadas, señora —dijo Mayor—. No siempre se tiene la suerte de encontrar personas tan bien dispuestas.

Beatriz sonrió de nuevo.

—De vuestras islas, hay una cosa de la que estoy segura y de la que no tengo que preguntaros.

—¿De qué se trata?

—El gofio, está muy bueno, sobre todo con leche. No hay mejor

desayuno.

Y la muchacha, después de hacer una graciosa reverencia, se marchó en dirección contraria a la de ellos, caminando con cierta prisa. Y Mayor y Armas se miraron, confundidos.

—¿Cómo diablos puede saber esa dama lo que es el gofio? —preguntó el primero.

1477

38

Sevilla, 14 de enero de 1477, dos meses después.

El pesquisidor nombrado por el rey, el asturiano natural de Gozón y vecino de Avilés Esteban Pérez de Cabitos comenzó a leer el texto que acababa de redactar el escribano Diego Fernández. Era un hombre de buena reputación en las cosas de la mar océana, donde llevaba muchos años, ora comerciando, ora rapiñando, con y a moros y con y a portugueses. Justo todo lo contrario de su hermano, Gómez Arias de Inclán, que estaba presente como testigo y que tenía una dudosa reputación haciendo exactamente lo mismo que él, pero con peor fama.

A mediados de diciembre le había llegado una carta firmada nada menos que por el rey y la reina, además de por su secretario, Pedro de Cama, para que no faltase ninguna formalidad, por la que le encargaban —más bien le ordenaban— que realizase pesquisa e inquisición ante escribano público para saber la verdad sobre quién o cuáles personas fueron las que ganaron y conquistaron la isla de Lanzarote, y quién se lo mandó y quién lo pagó —detalle nada despreciable—, y en nombre de quién se tomó la posesión de las demás islas de Canaria. En suma, que averiguara a quién pertenecía la isla citada y el derecho de conquista de las demás.

La escritura era larga porque incluía en ella la copia de otras cartas anteriores, por lo que decidió leer solo lo imprescindible. Leer era un trabajo agotador al que no estaba acostumbrado, por lo que la presencia del escribano cerca de él salvaría esa labor tan incómoda e innecesaria cuando se cansara.

Al aceptar aquel encargo, Cabitos era consciente de que tenía por delante un trabajo que le llevaría meses, lo que no le venía del todo mal, porque cobraría por día trabajado, aunque le impediría hacerse a la mar, que era su vida. Las más que probables mercedes y otras

sinecuras con que podrían obsequiarle los monarcas si cumplía la misión con éxito le hicieron decantarse por mostrarse más servidor que nunca de los reyes. Se rumoreaba que iban a acudir a Sevilla en breve con lo que convenía estar a bien con ellos.

Cabitos leyó las primeras líneas, más que nada para comprobar que su nombre estaba bien escrito:

«En Triana, guarda y collación de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, martes, catorce días del mes de enero, año del nacimiento de nuestro salvador Jesucristo de mil y cuatrocientos y setenta y siete años, a hora de misa, estando dentro de las casas de la morada de Esteban Pérez Cabitos, que son en la dicha Triana, estando presente el dicho Esteban Pérez y en presencia de mí, Diego Fernández de Olivares, escribano del rey nuestro señor y su notario público en la su corte…»

Cabitos dejó de leer, agotado, y rememoró la carta de los reyes, firmada en Toro, aprovechando una estancia de ambos en la ciudad castellana tras una buena campaña militar contra los portugueses, que habían regresado a uña de caballo a su territorio. Databa del 16 de noviembre y, por lo que se decía en ella, los redactores parecían tener especial interés en que se determinase si Diego de Herrera y su esposa eran los legítimos ostentadores del señorío sobre todas las islas.

Cabitos, perro viejo donde los hubiera, se olía que detrás que aquello había algo más, lo que vino corroborado días después con una nota manuscrita del propio secretario real, Diego Sánchez, aunque sin firma —todo queda dicho—, en que el resultado de su pesquisa sería bien visto por sus altezas si de todo lo actuado se desprendiera que los señores tenían derecho a sus islas, pero que la corona también pudiera tener legitimidad para hacerse con la conquista de las otras, las que se resistían al invasor.

Cabitos, que estaba por hacerse querer, lo había entendido a la perfección y había devuelto otro billete, también sin firma, indicando que se ponía manos a la obra. Así se hacían las cosas en Castilla en aquellos tiempos, y Cabitos dudaba de que el sistema fuera a cambiar en mucho tiempo.

Aunque en la carta de comisión le planteaban la posibilidad de viajar a Lanzarote a realizar la pesquisa, Cabitos tuvo claro desde el comienzo que no se iba a mover de Sevilla. Que los testigos se trasladaran, que él no iba a hacerlo. Y, además, comenzaría la pesquisa en su casa del barrio marinero de Triana, ya que los reyes no le indicaban otro lugar dónde hacerla. Ya que se celebraba, pues tocaba hacerla con todas las comodidades posibles. Y como estaba realizando el esfuerzo de iniciar el proceso, citaría a las partes a un mes vista, en febrero, no fueran a pensar que andaba desocupado, aunque lo estuviera en realidad.

Cabitos recordó otras pesquisas en las que se había visto envuelto y se le ocurrió una maldad. Con independencia de cómo orientara las preguntas a los testigos, y de que estas fueran más o menos capciosas, no citaría en un primer momento a los señores de las islas. Así, en cuanto estos se enteraran de que había comenzado los interrogatorios, acudirían de inmediato, completamente indignados, y con razón, para que se les escuchara en el proceso. Entonces, él, como juez imparcial, les daría la razón y daría oídos a sus argumentos, recibiría los documentos que aportaran y escucharía a sus testigos, aunque no se le ordenara así en la carta de nombramiento. De este modo quedaría a los ojos de los reyes y de los miembros del consejo real —que era casi más importante— como un magnífico juez, equitativo y ecuánime. La mejor elección posible en la ciudad de Sevilla.

Cabitos dejó el documento en la mesa, le dolía la cabeza con haber leído diez líneas, y llamó a Elvira, su mujer.

—Traednos una jarra de ese vino de Jerez que tanta fama está adquiriendo, y algo de jamón curado de la sierra de Huelva.

Se sentó junto al escribano, que recogía sus cosas ante la llegada del líquido elemento, y le dirigió una frase acompañada de una mirada cómplice.

—Maese Diego, aquí yo cobro por día dedicado a la pesquisa, y vos lo hacéis por folio escrito, así que en este negocio nos tomaremos el tiempo que estimemos necesario, que será luengo. Sin prisas, que no nos va la vida en ello. Y vos pediréis las remesas de papel que calculéis que nos lleven tres meses. Y no tengáis reparo en gastos, que en esta ocasión pagan la reina y el rey.

39

Lanzarote, 16 de enero de 1477, dos días después.

—Señora, un mercader portugués pide que le deis audiencia.

Doña Inés Peraza se sorprendió del anuncio que le hizo Luis de Porras, el mayordomo de la casa de la gran aldea de Teguise. Miró a su criado, exigiendo más detalles, a lo que respondió:

—Acaba de llegar con la carabela de maese Juan de Sanlúcar. Según me han dicho, cuenta con un salvoconducto para comerciar con las islas de Canaria.

La señora de Lanzarote sabía perfectamente que, aunque Castilla estaba en estado de guerra con Portugal, algunos mercaderes portugueses habían conseguido permiso de los reyes para mercadear en los puertos de la nación enemiga. Y al contrario también. Había cauces comerciales imprescindibles que era preciso no tocar, por el bien de todos.

—Decidle que pase —contestó, intrigada por la novedad. En realidad recibía pocas visitas en su casa isleña. Añoraba mucho la bulliciosa vida de Sevilla, pero en aquellos meses tocaba estar en la isla, al menos hasta que fuera citada para la pesquisa. Las cosas andaban revueltas y convenía tener presencia efectiva frente a unos vecinos que le inspiraban poca confianza.

Dos hombres ataviados con cierta elegancia hicieron su entrada en el salón principal de la casona señorial. El atuendo evidenciaba que no eran mercaderes de rango bajo, lo que excitó la curiosidad de la mujer.

—Senhora —dijo el primero, un hombre mayor de barba cana—. Gracias por recibirnos. Sabed que traigo un encargo personal que atañe a vuestra familia.

La mujer se irguió en la silla alta en la que se hallaba sentada. La palabra familia la había puesto en guardia.

—¿Un encargo? —preguntó doña Inés, picada por la curiosidad— ¿De qué se trata?

—Me han pagado, y muy bien, por acompañar a esta persona que me acompaña a esta isla. Mis servicios terminan aquí, trayéndola hasta vuestra presencia. Tengo órdenes estrictas de volver a Portugal en cuanto haya terminado mi misión.

La mujer miró al segundo, que permanecía detrás, con el rostro semioculto por una luenga barba oscura y un sombrero de ala ancha que no había tenido la delicadeza de quitarse al entrar.

—Andáis con cierto misterio, vive Dios —dijo la mujer—. Espero que no traigáis ninguna amenaza para esta mi casa.

—Podéis estar tranquila, senhora. Somos gente de paz.

—Entonces, que se descubra —ordenó doña Inés.

—En cuanto me haya ido —respondió el mercader, que hizo una reverencia y se dirigió a la salida.

Doña Inés estuvo en un tris de llamar al mayordomo, pero el interés por descubrir el misterio del desconocido pudo más que su aprensión y se quedó quieta, expectante. El hombre dio un paso y se quitó el sombrero.

—Dios sea con vos, madre —le dijo.

Los ojos de doña Inés se abrieron de espanto. Detrás de un pelo enmarañado y un rostro barbado, pudo reconocer las facciones, ahora delgadas y demacradas, de su hijo Pedro.

—¡Dios mío! ¡Pedro! —exclamó, algo confusa—. ¿Cómo es posible?

El recién llegado avanzó unos pasos e hincó la rodilla en el suelo de madera.

—Madre, perdonadme el sufrimiento que os estoy causando. Todo lo hice por salvaguardar el honor de la familia.

Doña Inés tardó unos instantes en sobreponerse y hacerse cargo de la situación. Se levantó, caminó unos pasos y ayudó a su hijo a incorporarse. No llegó a abrazarlo, porque no prodigaba muestras de afecto a nadie, salvo a su segundo hijo, Fernán, pero le asió de los antebrazos.

—Tu padre ya me ha contado pormenores. Nos has puesto a todos en una situación incómoda, por decirlo suavemente. ¿Sabes que has sido condenado a muerte en rebeldía?

—Lo sé, madre. Y pido vuestra protección.

Doña Inés soltó a su hijo y se volvió, presa de un profundo pesar.

—No puedo protegerte contra la justicia real. Sería cómplice del delito, y nuestras relaciones con la corona no pasan por su mejor momento. Tendrás que vivir escondido, no hay otra alternativa.

Pedro se mantuvo en silencio.

—A Lanzarote no llegan los corregidores de la reina —dijo, sin mucha convicción.

Su madre se volvió hacia él.

—Pero llegarán. Solo es cuestión de tiempo. Los consejeros reales ya nos han avisado de que van a tomar la empresa de la conquista de la Gran Canaria como cosa suya. Con las tropas de la reina llegarán sus jueces, no lo dudes. Y aunque yo sea la autoridad judicial de la isla, la apelación corre de cuenta de la corona. Y ya sabes que tenemos

vecinos que no van a colaborar con nosotros.

—Mal rayo les parta. Los colgaría a todos.

—¡No más delitos, Pedro! No sales de uno y ya piensas en otro.

—Haré lo que me digáis, madre. Tal vez no sea buena idea que viva aquí, aunque sea escondido.

—No puedo negarle un techo y alimento a mi propio hijo. Cuando vuelva tu padre hablaremos del asunto y tomaremos una decisión. Mientras tanto, tendrás que hacer una vida discreta.

—Así lo haré, madre —dijo Pedro, aparentando sumisión.

—Alanís preparará tu alojamiento. Espera en tu antigua recámara, él irá a dar contigo.

—Muchas gracias, madre —se despidió.

Pedro dio media vuelta y salió de la amplia estancia. Al llegar al patio central de la casa no se dirigió a la planta alta, donde estaban los dormitorios, sino hacia la parte posterior, donde se encontraban los establos. No se cruzó con ninguno de los criados ni con su hermano Sancho, el pequeño, que debía de estar fuera. Salió al aire libre en un espacio cercado destinado a los animales domésticos. Un par de asnos le miraron indiferentes cuando pasó a su lado, en dirección a la cuadra de los caballos y mulos. Entró en él y localizó de inmediato a Martín Marechal, el palafrenero de sus padres. Pedro se quitó el sombrero, de modo que el hombre lo reconociera.

—Ya estáis aquí —le dijo en cuanto le vio—. Recibimos vuestra carta. Os estábamos esperando.

—¿Seguís en vuestro empeño de liberaros de la tiranía de mi madre?

—Ya sabéis que hay algunos de nuestros vecinos que quieren pasar al realengo. Otros sabemos que eso no va a ocurrir, hay antecedentes claros al respecto. Pero veríamos bien un cambio de señor. Uno más acorde con los tiempos que corren.

Pedro asintió, es cuanto deseaba escuchar.

—En la carabela que me ha traído hasta aquí venía correo para el escribano Zumeta. ¿Es lo que yo me imagino?

—Sí, es la carta de los reyes otorgando seguro a los vecinos frente a los señores —respondió Marechal—. Solo lo sabemos unos pocos. Zumeta ha ido a consultar con Marcos Luzardo, el otro escribano, cómo hacer que llegue a conocimiento general. Los ánimos no están serenos.

—Entonces, deberíamos llevar a cabo mi plan lo antes posible.

El responsable de las monturas miró a Pedro con cierto reparo, como sopesándolo.

—Dicen que la justicia de la reina va detrás de vos. ¿Vais a ser capaz de hacer lo prometido?

Pedro no dudó ni un instante en ofrecer su respuesta.

—Dadlo por hecho. Mi madre es un obstáculo. Ha de desaparecer antes de que se le ocurra desheredarme, y así la sucederé en el señorío. Sé que ha pedido y se le ha concedido la posibilidad de crear mayorazgo en mi hermano Fernán, lo que me perjudica claramente. Tengo que evitar que cometa ese error. Mi padre no tiene derechos si queda viudo, por lo queda en un segundo plano.

—¿Y tenéis claro cómo vais a hacerlo?

Pedro mostró en su rostro una de sus muecas, la lejanamente parecida a una sonrisa.

—Una nigromante portuguesa me ha facilitado ciertos polvos de unas hierbas de efecto rápido. Me ha asegurado que no sufrirá.

40

Lanzarote, 17 de enero de 1477, al día siguiente.

—Marcos Luzardo, ¿quién os ha autorizado a pregonar esta carta?

Doña Inés Peraza blandía en alto la copia que le había entregado el escribano. Se encontraban en la puerta principal de la casona señorial de la gran aldea de Teguise. Junto a la señora, se encontraba su hijo Sancho, con expresión de extrañeza y desconfianza. A su lado, el alguacil Alanís miraba con rencor a la docena de vecinos que habían acompañado a Luzardo hasta allí, entre los que destacaban algunos de los principales: Pedro de Aday, Juan de Aday, Fernán Guerra, Juan Vernal y Bartolomé Herrero. Por su parte, el alguacil tenía seis hombres tras él, dentro de la casa, con sus armas prestas a cualquier contingencia.

—Es mi deber como fedatario público, doña Inés —replicó el escribano—. Cuando llega a mis manos una carta de sus altezas, siempre lo hago.

Doña Inés no podía disimular su disgusto. Hizo como que releía la carta.

—Aquí dice que los habitantes de la isla están bajo seguro real. No es nada extraordinario. Todos los vasallos de Castilla lo estamos siempre. Pero los vecinos de Lanzarote siguen estando bajo la jurisdicción de los señores de la isla. Sigo siendo vuestra juez. No sé por qué me presentáis esta carta.

—Perdonadme, señora —replicó el escribano—, la carta trata de evitar represalias por el asunto de haber solicitado a la reina que considerase la petición de que la isla pase al realengo.

Doña Inés sonrió aviesamente. Extendió la mano y su hijo Sancho le pasó un papel.

—Pues dado que estáis de pregón, pregonad también esta carta que acabo de recibir.

El escribano y sus acompañantes no se esperaban aquella salida. Tomó el documento y comprobó en unos instantes que era auténtico. Llevaba las mismas firmas de los reyes y de sus consejeros que el que acababa de leerle a la señora. Se giró hacia quienes le seguían y les explicó el contenido.

—Es una carta fechada en Toro, a dos de noviembre. Sus altezas

piden a las justicias del Reino que amparen a Diego de Herrera, veinticuatro de Sevilla, y a su mujer doña Inés Peraza, en la posesión del señorío de Lanzarote, del que disfrutan pacíficamente desde hace más de veinte años, con jurisdicción alta y baja, civil y criminal, y con poder para recaudar las rentas y pechos de dicha isla y para tener por vasallos a los vecinos y moradores de la isla.

Los vecinos se encontraban estupefactos. Luzardo trató de devolverlos a la realidad.

—Entiendo que los señores se mantienen en la posesión, que no propiedad, hasta que se determine sobre la petición de los vecinos.

Doña Inés dio un paso y recuperó su carta de un tirón.

—¿Queda claro que sigo siendo vuestra señora y juez? —les dijo a todos en voz alta.

—Para mí sí que lo queda, señora —admitió Luzardo—. Pero también es efectivo el seguro real a favor de los vecinos.

Juan Bernal, el vecino más próximo a Luzardo, dio un paso y tomó la palabra.

—Gracias al seguro, ahora podremos dirigirnos a la reina para protestar contra cualquiera de vuestras tropelías.

Doña Inés se ruborizó de rabia ante la insolencia.

—¿De qué tropelías habláis?

Bernal ya se había lanzado y continuó su discurso.

—La carabela portuguesa que fue apresada por los vecinos en el puerto de Arrecife el mes pasado. Teníamos el derecho de cobrar rescate por los tripulantes y de quedarnos con las mercadurías. Es la costumbre del mar. Y vos, contra toda ley y por fuerza, nos habéis forzado a entregároslo todo.

La señora enrojeció un poco más antes de contestar.

—Ejerzo la potestad de jurisdicción sobre esta isla y puedo decidir el destino de una presa de mar. Y no olvidéis que seguimos en guerra con Portugal.

—Tampoco olvidamos que vuestro yerno, Diego de Silva, es un portugués bien visto en su corte —replicó Bernal.

La mujer estalló de ira.

—¿Me acusáis de traición? ¿Cómo os atrevéis? Os aseguro que esta carta de seguro no protege a quienes realizan delitos de lesa majestad, y alzarse contra sus señores es uno de ellos —la señora se giró hacia su alguacil— ¡Alanís! ¡Prendedlo!

El oficial estaba prevenido y a una señal, él y sus hombres salieron en tropel de la casa. Los vecinos, de modo inconsciente, se juntaron, formando un grupo compacto.

—¡No podéis saltaros el seguro real! —gritó Fernán Guerra, el vecino más respetado de la isla.

—¡El seguro real solo atañe a la petición a sus altezas, no a los

delitos que se cometan después! —replicó la señora a voz en grito.

Alanís se acercó a Bernal y le tomó del brazo.

—¡Daos preso!

Bernal se resistió y trató de zafarse. Bartolomé Herrero lanzó un puñetazo que impactó en el rostro del alguacil, que soltó su presa.

—¡Es una agresión! —chilló— ¡A las armas!

Los vecinos, en previsión de alguna trifulca, no habían acudido desarmados, por lo que sacaron a relucir sus metales: cuchillos, hoces, tijeras largas y algún que otro apero de labranza. Solo Guerra portaba una espada, que no sacó de su vaina. Los hombres del alguacil sí sacaron las suyas y se abalanzaron sobre el grupo. El escribano Luzardo se dio la vuelta y salió huyendo. El resto se enfrentó a la carga de los oficiales.

En un momento, el escarceo se convirtió en refriega cuerpo a cuerpo. Los hombres se enfrentaron a golpes y las espadas perdieron su eficacia en la distancia corta. Los puñales y cuchillos fueron más efectivos: dos alguaciles fueron atravesados por las rústicas armas de los vecinos y uno de estos fue alcanzado de gravedad. Doña Inés, viendo el cariz de los acontecimientos, se resguardó en su casa sin darse cuenta de que su hijo Sancho desenvainaba su espada y se lanzaba a la pelea. No pudo demostrar las clases de esgrima; en cuanto entró en la contienda, recibió de un lado un garrotazo en la cabeza y de otro, un corte en el hombro, que le hizo soltar el arma.

Los alguaciles se desentendieron de la lucha y sacaron al joven del combate, retrayéndose hacia la casa. Los vecinos, satisfechos con haber rechazado el ataque, no los siguieron.

La señora aprovechó el momento de tregua para gritarles a sus vasallos desde una de las ventanas de la casona

—¡Juro que por esto os colgaré a todos y os incautaré vuestros bienes! ¡Pongo a Dios por testigo!

La puerta del caserón se cerró tras entrar el último alguacil, que cubría la retirada de los heridos, y la ventana lo hizo también. En el aire quedó la amenaza de la señora, que comenzó a mezclarse con el polvo levantado en la disputa. Y en ese ambiente viciado que respiraban los que se quedaron en el exterior, todos cayeron en la cuenta de que tenían ante sí un problema.

Un inmenso problema.

41

Agüimes, Gran Canaria, 23 de enero de 1477, una semana después.

El último en llegar fue Guanache, uno de los mejores guerreros de Telde. Le esperaban en una cueva alumbrada por una hoguera —hacía frío esa noche— otros de los principales próceres del guadartemato. Presidía la reunión con expresión grave el guaire Aymedeyacoan, uno de los principales jefes militares teldenses, hermano del difunto guadnarteme Bentagoyhe. A su alrededor, sentados frente al fuego, se encontraban Maninidra, Adargoma, Bentagay y Autindana, todos ellos expectantes.

Bajo la excusa de llevar sus ganados a pastar en zonas bajas, se habían concertado para reunirse en aquel lugar, lejos de los hombres de Doramas, que continuaba dominando el poblado de Telde y sus alrededores.

Guanache se excusó por llegar el último, venía de Tirajana y los pasos estaban en mal estado por las últimas lluvias. Tras beber todos de un cuenco de leche, a modo de ceremonia de inicio de la reunión, fue el faysag, a la luz inquieta de la lumbre, quien tomó la palabra.

—Queridos hermanos, os he convocado hoy para que hablemos de la situación en Telde. Doramas y su gente llevan bastante tiempo dominando nuestras vidas, y no ha sido para bien.

Los asistentes asintieron ante las palabras del faysag, Doramas, receloso de los pobladores de la comarca por sus contactos con los castellanos, había ejercido su mando de modo autoritario y apropiándose de los mejores pastos para él y para sus hombres de confianza.

—Doramas, en vez de ofrecer soluciones, se está convirtiendo en un problema —dijo Maninidra, el guaire más respetado—. Y Herrera, como era de esperar, no ha hecho nada.

Aymedeyacoan agradeció la frase antes de replicar.

—Al menos ya no merodea por nuestras costas, como hasta hace poco. Nuestros jóvenes pueden acercarse a las playas a hacer los baños rituales o a recolectar lapas y burgados y a pescar algunos peces sin que sus hombres desembarquen para apresarlos.

—No debemos fiarnos mucho de Herrera —repuso Maninidra—.

Los castellanos hablan siempre con lengua de doble filo.

—¿Y qué hacemos con Doramas? —interrumpió con su pregunta el diálogo Autindana, que pasaba por ser uno de los guerreros más esforzados.

—Yo opino que deberíamos matarlo —dijo Bentagay, al que le gustaba zanjar rápido cualquier problema.— Sus hombres no son nada si él no está.

—No subestimes a los guerreros que apoyan a Doramas —corrigió Maninidra—. Gaytafa, Tixandarte, Nayra, Gararasa y Xitagama son duros de pelar. Los he visto luchar contra los castellanos y te digo que merecen un respeto.

Aymedeyacoan levantó el brazo pidiendo silencio, antes de hablar.

—Creo que no se trata de las armas, hermanos. La legitimidad para ser nombrado guadnarteme viene por vía femenina. Bentagoyhe lo fue por haberse casado con Chamoria, nuestra reina natural. Como no ha tenido hijas, el joven Bentejuí sería el llamado a la sucesión. Sin embargo, existe otra posibilidad: la mejor manera de legitimar al próximo guadnarteme de Telde sería la de enlazar con la viuda. Por el bien de mi pueblo, os anuncio que voy a tomarla por esposa. Ella ha accedido.

Los congregados en la cueva, sorprendidos o no, guardaron silencio.

—Chamoria es algo mayor para tener hijos —dijo Adargoma—, aunque a veces se han visto prodigios de esa clase. Si naciera una niña, sería la sucesora al guadartemato en detrimento de Bentejuí.

—No nos debe preocupar tanto la sucesión —continuó Aymedeyacoan—, sino la manera de quitarnos a Doramas como dominador. Si le oponemos una razón como la de que la reina tiene nuevo esposo, no será capaz de ir contra nuestras tradiciones.

—Tal vez consideres que Doramas es seguidor de nuestras tradiciones —intervino de nuevo Bentagay—. Yo no lo creo así. Es un hombre del pueblo llano que se ha atrevido a alzarse casi como un guadnarteme sin la unción previa como noble. Su poder se basa en la fuerza de sus brazos y en las lanzas de los que le siguen. Su ambición es desmedida. Si no lo veis así, es que no lo conocéis.

—Pero no estará legitimado para ejercer el poder —replicó Aymedeyacoan con firmeza—. Nadie puede saltarse nuestras costumbres, que vienen de los primeros ancestros que pusieron el pie en esta tierra. Doramas acabará por darse por vencido y cambiará su actitud.

Maninidra pidió la palabra al levantar el brazo. Todos callaron.

—Existe una variante de lo que planteas —anunció—. Prométele que le convertirás en noble, a él y a los suyos, si te presta obediencia. En el fondo, es lo que desean. Todos los plebeyos ansían convertirse

en nobles.

—Doramas conversa con Abenauara, una de las princesas reales de Telde, y si se casara con ella se convertiría en noble. Es inútil prometerle algo que puede conseguir por su cuenta —dijo Autindana—. Pero su destreza en el manejo de las armas, su fuerza sin igual y su valor en el combate lo hacen merecedor de ser guaire de una comarca. Nadie lo contradirá, y así convertirás a un enemigo en un servidor.

—Estoy de acuerdo con lo que dices, Maninidra —dijo Aymedeyacoan—. Y así se lo propondré. Espero, por el bien de todos, que acepte.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Bentagay.

El semblante de Aymedeyacoan se ensombreció antes de responder.

—Entonces, habrá que hacer caso a lo que aconsejó Bentagay.

Al guaire le brillaron los ojos.

—Sí. Lo mataremos —sentenció.

42

Gran Aldea de Teguise, 24 de enero de 1477, al día siguiente.

Doña Inés retrasaba la hora de su comida del mediodía, esperando a que llegaran Cabrera, el alcalde señorial, y Alanís, su alguacil. Caminaba nerviosa de un lado a otro del salón principal de la casa solariega ante la mirada curiosa de su hijo Pedro, sentado en el lado más sombrío de la estancia. El cirujano se había marchado una hora antes, después de que hubiera asegurado que Sancho se recuperaría de la cuchillada recibida días atrás, en la refriega con los vecinos díscolos. Eso la había tranquilizado un tanto, pero no del todo. Seguía pendiente del resultado de la redada que sus hombres estaban realizando en la isla, buscando a los instigadores de los disturbios, para prenderlos y juzgarlos. Media docena de hombres armados había arribado de Fuerteventura y otros tantos de La Gomera. Ya contaba con unos veinte hombres para acabar con la oposición vecinal, y aquella mañana habían partido en busca de los amotinados, que habían huido de sus casas, primer lugar donde buscaron.

El sonido de los cascos por la calle principal le avisó de la llegada de sus oficiales. Corrió a asomarse a la ventana, y a través de los vidrios esmerilados, todo un lujo en la isla, los vio descabalgar. Traían consigo, montados en mulas a seis hombres que reconoció enseguida como varios de los vecinos del pueblo. Se dirigió al sitial principal que presidía la sala y esperó a que Cabrera y sus acompañantes hicieran acto de presencia. No tardaron mucho en comparecer. En unos momentos el salón se llenó de hombres sudorosos y cubiertos de polvo. El alcalde, que administraba la justicia en su nombre, se adelantó unos pasos y le hizo una reverencia.

—Mi señora, hemos atrapado a seis de los infames malhechores —anunció—. Estaban huidos en la sierra de Famara.

Doña Inés frunció el ceño.

—¿Solo seis? —replicó—. Eran más de una docena.

—No los hemos encontrado, y eso que hemos buscado por todos los escondrijos que conocemos.

—¿Incluyendo la cueva de los Verdes?

—Ese fue el segundo lugar que investigamos, y no estaban —el

alcalde trató de evitar parecer que estaba a la defensiva—. Creemos que han debido pasar a Fuerteventura. Algunas barcas de pesca del caserío de Playa Blanca no estaban en la orilla. Aunque, en verdad, no podemos asegurarlo, a fin de cuentas, son pescadores, y es normal que hayan salido a la mar.

—Investigad a los pescadores —indicó la señora—. La isla está infestada de traidores por todos lados.

—Así lo haremos. Me llevaré a la mitad de los hombres a Fuerteventura, a ver si damos con los fugados.

—Dejad a buen recaudo a estos que habéis prendido. Serán juzgados en cuanto volváis.

Cabrera se dio la vuelta y sus hombres llevaron a los presos fuera de la sala. Una vez solos, doña Inés se acercó a su hijo.

—Vivimos tiempos complicados, Pedro. Los vasallos no respetan a sus señores.

—Estoy seguro de que Cabrera hará entrar en razón a los descontentos. En estos casos hay que actuar con mano dura.

La señora suspiró.

—No sé. Una mano demasiado dura puede ser contraproducente a la larga. En estas islas hay pocos pobladores, y temo que no quieran venir más. La despoblación castellana es un peligro que está ahí, muy cerca. Si los reyes deciden conquistar las islas grandes, puede que muchos brazos de mi señorío se unan a esa empresa.

Pedro no pudo replicar. En ese momento entró en el salón una de las criadas, que interrumpió la conversación.

—¿Queréis comer ya, señora? —preguntó.

Doña Inés se percató de que le retornaba el apetito. La comida estaba hecha desde hacía horas, y todos en la casa habían comido menos ella.

—Traedla. Comeré aquí.

La criada asintió con una inclinación y salió en busca de las viandas. Doña Inés se sentó en una de las sillas altas que rodeaban la mesa principal de la estancia, y aguardó a que las cocineras hicieran su entrada. No tardaron mucho en aparecer, portando varias bandejas.

—Hoy tenemos pargo, aderezado con romero y unas hierbas que trajo don Pedro de Portugal —anunció la más veterana.

Doña Inés miró a su hijo con gratitud. Era todo un detalle.

—Le dan un gusto especial —dijo la segunda.

Apenas dejaron las bandejas en la mesa, la última que habló se detuvo y comenzó a tambalearse.

—¿Qué te pasa, Lucía? —preguntó la señora—. ¿Estás mareada?

—No me encuentro bien —dijo la mujer en voz baja, y se apoyó en la mesa.

La mayor de las criadas se acercó y la tomó de los brazos.

—Vamos dentro, que te prepararé algo.

No le dio tiempo a más. La mujer se desmayó y cayó al suelo, sin que su compañera pudiera evitarlo. Un hilo de saliva verdosa le salió de los labios.

Los ojos de doña Inés se abrieron de espanto.

—¡Dios mío! ¡Tratan de envenenarme en mi propia casa!

Pedro se levantó y se acercó a las mujeres.

—Deben de haber sido los pescadores, que están conchabados con los revoltosos —aventuró.

Doña Inés se rehízo de la sorpresa en unos instantes, y la ira no tardó en aflorar en su semblante.

—¡Llamad al cirujano! ¡Presto! ¡Y también a Cabrera! Este intento de asesinato no puede quedar impune. ¡Que hoy mismo cuelguen a tres de los presos!

43

Corralejo, Fuerteventura, 29 de enero de 1477, cinco días después.

Los tres prisioneros, Fernando de Avia, Alonso Cornado y Fernán Guerra, dormitaban apoyadas sus espaldas sobre el brocal del pozo central del caserío de Corralejo, el mejor puerto del norte de Fuerteventura. Las manos de los cautivos lucían sendos grilletes, unidos entre sí por una larga cadena que se encontraba atada a un poste alto. El alguacil Alanís, confiado por el trabajo bien hecho, se había marchado con sus hombres a dormir a las casas de los pescadores y solo había dejado un centinela guardando a los presos.

Entrada la noche, el guarda, viendo que nada pasaba, se sentó a cierta distancia y acabó arrebujándose en su capa, conciliando el sueño en poco tiempo.

Fernán Guerra se despertó al notar movimiento cerca del lugar donde estaban aherrojados. Miró en derredor, sin que la oscuridad le permitiese ver nada fuera de lo común. Su guardián y sus acompañantes de cautiverio roncaban ostentosamente. Su mente no tardó en recordar los acontecimientos de aquel día funesto. Los tres fugados de la ira de doña Inés Peraza se vieron sorprendidos en su escondite de la playa de Tebeto, un lugar de la costa inhabitado al que solo se llegaba por un sendero de pastores que apenas se distinguía en el suelo. Alguien los había delatado, no cabía duda. El alcalde Cabrera y el alguacil Alanís habían puesto precio a sus cabezas, y la gente de Fuerteventura era aún más pobre que la de Lanzarote, que ya era decir. No podía culpar a nadie de la delación, comprendía cualquier comportamiento al respecto.

Bien encadenados, con los grillos en las muñecas, tuvieron que caminar un día entero hasta llegar al pequeño embarcadero de Corralejo, el lugar más próximo para pasar el estrecho de la Bocaina en dirección a la vecina isla donde vivía. Agotados de la caminata, esperaban junto al pozo la llegada del alba para ser embarcados con destino a Lanzarote, a sufrir la justicia de la señora de la isla.

La menguada luna se encontraba oculta por unas nubes densas, preludio de un día lluvioso y desapacible que dificultaría la travesía. Por ello, no se percató de tres sombras que se movían despacio, al

amparo de la oscuridad añadida proporcionada por las paredes de las casas, hasta que estuvieron a escasos metros de él. Reconoció la más cercana, pertenecía al vecino de Valle de Río Palmas, Pedro Hernández, uno de los hombres que pastoreaban los rebaños que Guerra poseía en Fuerteventura. El hombre cruzó la mirada con él y le indicó con una seña que guardase silencio. En un instante, se le unieron otros dos hombres, también pastores de la isla. Venían preparados con varias hoces dentadas. La cadena que unía a los tres hombres se encontraban atada al poste con una gruesa cuerda de lino. Hernández aplicó la sierra de su hoz a la misma y comenzó, en medio de un silencio total, una paciente labor de desgaste de las hebras que la conformaban. No tardó mucho en liberar el extremo de la cadena del poste. Los compañeros de Guerra, Avia y Cornado, fueron despertados con suavidad y comprendieron con rapidez lo que estaba ocurriendo.

Los tres presos se levantaron y tomaron los tramos de cadena que les unían con sus manos para que no hicieran ruido, y siguieron a Hernández, que les indicó la dirección de escape. Uno de los pastores se acercó al vigilante dormido y le propinó un fuerte golpe en la cabeza con su cayado antes de unirse al grupo, que ya enfilaba la salida del caserío hacia el interior de la isla.

—Ese tipo me tomó varias cabras el año pasado a cuento de no sé qué impuesto —musitó, explicándose—. Se la tenía guardada.

Todos asintieron. Era evidente que los oficiales de la señora no eran nada populares entre el vecindario, por muchas recompensas que ofrecieran en los últimos días.

Los pastores conocían al dedillo el terreno que pisaban y se dirigieron, campo a través y con una visibilidad muy reducida, a una pequeña colina cercana que los ocultaría de las casas del puerto. En cuanto sobrepasaron la cima se detuvieron a tomar resuello.

—Gracias, Pedro —le dijo Guerra, entre jadeo y jadeo—. No tenías que haber hecho esto. Te estás jugando la vida.

—Odio a doña Inés y a su gente. Y os aprecio a vos, don Fernán. Vivo de vos y no de esa maldita mujer.

Guerra sonrió con amargura ante la respuesta.

—No sé si vas a poder seguir viviendo de mí, Pedro. Temo que incauten todos mis bienes. ¿Sabes algo de mi familia?

—Ante el anuncio de doña Inés de que pensaba deportarla a las islas de Cabo Verde, donde tiene amigos y valedores, vuestra mujer y vuestros hijos se acogieron a sagrado en la iglesia mayor el mismo día que salisteis de Lanzarote. Por lo que sé, Ibone de Armas los sacó del templo por la noche y los ha escondido en los riscos de Famara, en un lugar desconocido para todos. Así nadie se podrá ir de la lengua.

—Bendito sea Ibone. Fue una feliz idea que su hermano Juan se

casara con mi hermana Beatriz. Se lo tendré siempre en cuenta.

—También me han llegado otras malas noticias —añadió el pastor. Guerra le indicó con la mirada que prosiguiese—. Doña Inés os tomó los esclavos y el ganado que teníais en Lanzarote y los ha entregado a sus secuaces y a vecinos afectos. También puso en almoneda vuestra casa, y al no encontrar comprador, la ha derribado hasta los cimientos.

—Parece que me echa la culpa a mí de todo. Yo no pretendía que las cosas llegaran a este punto. Y, por supuesto, nada sé del intento de envenenamiento de esa mala mujer.

—No temáis por ese lado. Las pesquisas del cirujano de los señores determinaron que lo que estaba envenenado no era el pescado, sino el aderezo que se le puso, traído de Portugal por don Pedro, el hijo de la señora, que estaba escondido en su casa.

—¿Don Pedro? —preguntó asombrado Guerra—. ¿Cómo es eso?

—Es algo que el cirujano no se atrevió a denunciar en un primer momento, por temor al odioso y retorcido vástago, pero ante la insistencia de la señora, se lo tuvo que decir. Está claro, el hijo quería quitarse de en medio a su madre antes de que le desheredase. Dicen que a ella le dio un síncope que casi se la lleva a mejor vida. Don Pedro está ahora encerrado en una mazmorra de la torre de Guanapay, junto a varios vecinos del día del alboroto.

—¡Cuanta infamia! Pero es mejor que ese canalla esté encerrado que libre por las calles.

—Nadie en todas las islas de Canaria estará en desacuerdo con vos en eso.

—Pedro, no puedo permitir que os juguéis la vida por mí. Tengo que salir de la isla de inmediato. ¿Habrá algún navío cerca en el que pueda ir a Castilla?

—Me han comentado un plan que se lleva en el mayor de los secretos. Al alba, los vecinos que están huidos en las sierras de Lanzarote piensan embarcar en la carabela portuguesa que arribó la semana pasada. Sus buenos dineros les ha costado convencer al maestre. Pero antes, pretenden llevarse el arca de la recaudación de los impuestos, la que está en la casa de Cabrera. Como el alcalde está aquí, en Fuerteventura, con la mayoría de los hombres de la señora, la vigilancia no es tan fuerte como en días anteriores.

—Sería un buen golpe para doña Inés. Dios quiera que tengan éxito en ello.

—Lo sabremos al anochecer. Es la hora en la que he quedado con los promotores del golpe para que os recojan en la playa de Tebeto.

—¿Otra vez en Tebeto?

—Claro, a nadie se le ocurrirá que hayáis vuelto allí.

Guerra tragó saliva, algo angustiado, ante la perspectiva de la

caminata de vuelta.

—Habrá que ir a pie toda la noche y parte del día.

—Lo siento, señor. Bien sabéis que no tengo ni una mísera acémila para que montéis en ella. Así que, andando se ha dicho.

44

Sevilla, 14 de abril de 1477, dos meses después.

—Veamos, maese Diego, ¿Quiénes son los testigos que aporta la isla de Lanzarote?

El pesquisidor Esteban Pérez de Cabitos despachaba con el escribano Diego Fernández de Olivares en un sala del corral de los Olmos de la iglesia mayor de Sevilla, cedida por el cabildo municipal para poder trabajar en ella, ya que se había evidenciado que la casa de Cabitos no reunía las mejores condiciones. Fuera, junto a las murallas almohades y a ambos lados de los arcos de madera de la puerta de los Palos, que conectaba con la plaza de Santa Marta y con la zona de Placentines, esperaban los representantes de ambas partes contrarias en la pesquisa.

—Aquí tengo la lista. Por un lado, unos vecinos de Sevilla y varios cómitres del rey. Por otro lado, un montón de vecinos de la isla: Pedro de Aday, Juan Ruiz de Zumeta, Ferrand García, Juan Mayor, Bartolomé Herrero, Juan Bernal, Juan de Aday, y Fernán Guerra. Y hay algún otro del que no han dado el nombre todavía. Todos son venidos a esta ciudad de Sevilla y desean testificar.

—Unos cuantos sí que son, vive Dios. ¿Ha quedado alguien en la isla?

—Después de la escabechina que ha hecho la señora Peraza, me parece que se ha quedado sola con sus criados —bromeó el escribano.

—Muchos testigos me parecen, y todos van a decir lo mismo —Cabitos tomó el listado y lo examinó—. Los vecinos y los cómitres son seis. Los acepto, ya que hay que quedar bien con el cabildo y con la corte. De los vecinos, acepto al escribano Zumeta; a Juan Mayor, por la lata que está dando; a Bernal y a Guerra, que son personas principales. Los demás, que esperen a ver si se necesita su concurso. También convocaremos a Juan Rodríguez de Atabe, que fue el antiguo representante real en la isla en la época de la invasión de los portugueses. Con esos tenemos para un par de meses.

—Anotados quedan, don Esteban —dijo.

Cabitos dejó el papel sobre la mesa y se levantó de su silla.

—Que pase uno de ellos. Da igual quien sea.

El escribano asintió, miró la lista y se dirigió a la puerta. La abrió y

convocó en voz alta a uno de los que esperaban fuera.

—¡Que pase Fernán Guerra!

Uno de los que aguardaban en el exterior, que vestía con una cierta elegancia, algo pasada de moda, se acercó.

—Yo soy.

—Pasad —le dijo el escribano—. Los demás, que esperen.

Guerra se adentró en la sala. Vio una mesa con papel y tinteros y dos sillas detrás de ella. Una la ocupó con presteza el escribano y junto a la otra, se encontraba otra persona, que no hizo ademán de ofrecérsela. Tendría que declarar de pie.

—Soy Esteban Pérez de Cabitos, pesquisidor nombrado por el rey para averiguar de quién es el derecho sobre las islas de Canaria, tanto de las conquistadas como por las que están por conquistar. Debéis responder a unas preguntas que constan en el interrogatorio y que aquí, don Diego Olivares, os hará y escribirá vuestras respuestas. ¿Lo habéis entendido?

—En otras similares me he visto, señor. —respondió Guerra, dando muestras de que Cabitos no le intimidaba.

El escribano tomó la palabra y leyó la primera pregunta:

—Primeramente, si sabe que la isla de Lanzarote es una de las islas de Canaria, y si sabe que fue conquistada de castellanos y reducida al señorío de Castilla y a nuestra santa fe católica, y cuánto tiempo puede haber de eso.

Guerra esperó a que Olivares le diese la entrada, y comenzó su respuesta.

—Conozco la isla de Lanzarote porque ha más de treinta años que vivo y moro en ella, y oí decir que la conquistó Mosén Juan de Betancor la dicha isla de Lanzarote y las otras de Fuerteventura y El Hierro con licencia de los señores reyes de Castilla, de gloriosa memoria…

Cabitos, dando vueltas por la estancia, escuchó con atención las respuestas de Guerra a esa pregunta y a las que le siguieron. La escritura del escribiente era lenta, por lo que en ocasiones se desconectaba de lo que decía el vecino de Lanzarote. Así, a ratos escuchando, y a ratos sumido en sus pensamientos, llegó a un momento de la deposición testimonial que le llamó la atención.

Era el final de la respuesta a la cuarta pregunta, que versaba sobre qué personas habían tenido y poseído las islas y usado la justicia civil y criminal en ellas. Guerra había llegado al tema del conflicto que enfrentó a los vecinos y a la señora de la isla.

—Y que sin embargo de la carta de seguro que le fue presentada, la dicha doña Inés Peraza no la quiso guardar ni cumplir y les hizo y mandó hacer a los vecinos de la isla guerra y todo mal y daño.

—¿En qué consistieron esos daños? —preguntó Cabitos,

interrumpiendo la declaración. Guerra continuó con los detalles.

—Mandó matar y ahorcar a seis hombres, vecinos de la isla, alegando que se habían alzado por la corona real de Castilla. Y también tiene presos a doce vecinos, que yo los vi y dejé así en la isla. Y hay más.

—Proseguid.

—Y la señora les mandó tomar las haciendas de los afectados, y fueron tomadas y robadas sus casas por su mandado, y las escrituras públicas que hallaron, tanto las particulares como las que custodiaba el escribano Juan Ruiz de Zumeta. Y que este testigo y otros vecinos de la dicha isla, se huyeron y ausentaron de ella con ciertas doblas y otras cosas del Quinto que pertenecía a los señores reyes…

—Un momento —interrumpió Cabitos de nuevo—. ¿Le robasteis el dinero a doña Inés?

—Era de los reyes, y así debe constar —respondió Guerra, tratando de ser convincente—. Es muy posible que nunca llegara ese dinero a las arcas reales.

—Eso último que no conste —le dijo Cabitos a Olivares—. ¿Y qué ocurrió después?

—Pues que viniendo este testigo y sus compañeros a esta ciudad de Sevilla, fuimos atacados y tomados en la mar por una carabela de Portugal, que nos tomó y robó todo lo que traíamos, y sorprendió y cautivó nuestras personas.

—¿Y cómo es que estáis aquí, en Sevilla?

—Porque tuvimos la suerte de que la dicha carabela portuguesa se topó con la de ciertos vizcaínos, que a su vez atacaron y vencieron a los portugueses, liberándolos a ellos de su prisión.

—¿Y recuperasteis el dinero de los reyes?

—¡Ay, señor! De eso nada. Por virtud de la ley del mar, como presa habida de los portugueses, los vizcaínos se quedaron con todo el dinero.

—Pues vaya negocio hicisteis.

—No me lo recordéis.

—No sé yo cómo lo van a tomar los recaudadores reales. Y tampoco sé si esto os va a ayudar en vuestras peticiones. Creo que habéis cometido un error. Y de los grandes.

45

Sevilla, 15 de abril de 1477, al día siguiente.

Lorenzo había regresado en infinidad de ocasiones al Arenal de Sevilla, y a diferentes horas, pero no había vuelto a ver al hombre de las piedras. Ya nadie desafiaba a los transeúntes a alcanzarle de una pedrada. Tenía la sensación de que el hecho de haberlo seguido por las calles de Sevilla lo había atemorizado de alguna manera, aunque no comprendía la causa de ese miedo. Lorenzo tan solo quería preguntarle de dónde venía y dónde había adquirido esas destrezas en la agilidad corporal y en la lucha cuerpo a cuerpo.

Cuando comenzó a entender la lengua de sus amos, solo pudo sacar de ellos que provenía de un lugar muy remoto, que solo podía alcanzarse mediante un larguísimo viaje en barco, lo que bien pudiera tratarse de una argucia para que olvidase la idea de volver allí alguna vez en su vida. Sin embargo, se acordaba de su vida anterior, de su familia, de sus conocidos, de su forma de vida, que cambió de modo tan súbito un día funesto. Recordaba los días transcurridos en la casa sobre el agua y la llegada a puerto, donde fue vendido, lo que entendió más tarde, a un hombre que se lo llevó lejos en otro viaje por las olas del mar. Y luego, poco a poco, pudo comenzar a comprender su situación, a entender lo que decían aquellas extrañas gentes, a las que, de modo paulatino se amoldó, llegando a convertirse en uno de ellos.

Pero las preguntas iniciales seguían sin respuesta. Y no sabía a quién hacérselas, salvo a aquel hombre que jugaba con las piedras y que le habló, o eso le pareció a él, en su idioma natal.

Lorenzo caminó a paso lento por el albero que terminaba en la orilla, esquivando mulas y carros, vendedores, unos ambulantes y otros con puestos fijos; sorteando cargadores y fardos, barcas varadas y alguaciles circunspectos. Como siempre, se formaban corrillos en torno a algún trilero, malabarista o embaucador de elixires. Lorenzo se asomaba al grupo, pero nunca se trataba del objeto de su búsqueda. Sevilla era grande, pero no tanto. Aquel hombre se escondía. ¿Tal vez no fuera vecino de la ciudad y estuvo de paso? Llegó al convencimiento de que no iba a encontrarlo de aquella manera. Necesitaba a alguien que lo conociera. En esas estaba cuando vio

venir, en una mula bien enjaezada, a micer Francisco Pinelo. Hacía un mes que había terminado su aprendizaje temporal de técnicas de comercio en su casa tienda, y tenía con él la suficiente confianza para dirigirle la palabra. Aquel mercader conocía a todo el mundo en Sevilla y podía ser una fuente de conocimiento para su búsqueda. Le habló en genovés.

—Buenos días, micer Francisco. ¿Cómo estáis?

El genovés detuvo su montura ante el saludo.

—¡Buenos días, Lorenzo! El tiempo mejora, con lo que no puedo estar de otra manera que alegre. Esta es la mejor época del año, justo antes de que lleguen los calores que hacen legendaria a esta ciudad.

—Dicen que hace más calor en Córdoba —replicó el joven, tratando de dar conversación.

—La gente ya no sabe qué decir. Y de cualquier manera, no creo que los cordobeses presuman de pasarlo peor que sus vecinos sevillanos. ¿A dónde vas?

—Voy a la fábrica de jabón de la familia. Hay que contabilizar las piezas que salieron la semana pasada.

—Bien, trabajo. Hay que estar ocupado, Lorenzo. Nada hay peor que el tiempo libre.

Antes de que diera por terminada la conversación, Lorenzo se atrevió a preguntar al veterano comerciante.

—Micer Francisco, vos conocéis a todo el mundo en Sevilla. Me llamó la atención hace meses un hombre que desafiaba a la gente a alcanzarle con piedras. ¿Lo recordáis?

Pinelo hizo memoria durante unos largos instantes.

—Por aquí pasan todo tipo de saltimbanquis y truhanes. Me suena lo que me dices —el genovés volvió a rememorar. Se mordía el labio inferior cada vez que lo hacía—. Me pareció haberlo visto un par de veces. Creo recordar que es un esclavo de don Rodrigo Ponce de León.

—¿El marqués de Cádiz?

—Y señor de Marchena y conde de Arcos de la Frontera, nada menos. Si no fuera porque existe el duque de Medina Sidonia, sería el dueño de toda esta ciudad.

—Creo que sé dónde tiene sus casas. Me acercaré a preguntar.

—No pierdas el tiempo. Como deberías saber, el marqués, al casarse con la hija del marqués de Villena, enemigo de sus altezas, apoyó el bando de la princesa Juana, la que llaman la Beltraneja. La gente de la ciudad, que estaba por su rival, el duque de Medina Sidonia, asaltó sus casas y las saqueó hace seis años. Desde entonces, vive en Jerez, que exige una jornada de viaje. Y aunque la reina le ha perdonado la traición, todavía está pendiente la entrevista entre ambos, en la que el marqués tiene que probar su sumisión.

—Iré a buscar al hombre de las piedras a Jerez en cuanto micer

Francisco Riberol me dé licencia para ello.

—¿Qué interés tienes en ese esclavo, Lorenzo?

—Quiero saber dónde aprendió a hurtar el cuerpo de esa manera. Quisiera adquirir esa rara habilidad.

Pinelo rio ante la respuesta.

—Espero que no acabes ganándote la vida de ese modo. Ya has aprendido lo suficiente para ser un buen mercader cambista.

—No, señor —repuso Lorenzo, algo azorado—. Solo es por puro entretenimiento.

Pinelo se despidió, arreó a su mula, y se perdió entre el gentío con rapidez. Lorenzo calculó que terminaría el trabajo que tenía entre manos en tres días. Tendría que ser el próximo sábado cuando se pusiera en camino hacia Jerez. Iría, por supuesto, tenía muchos interrogantes personales que despejar.

46

Guadalupe, Extremadura, 28 de abril de 1477, dos semanas después.

—Querida tía, ha sido todo un detalle de su alteza que nos haya invitado a viajar con ella al Andalucía. Esa tierra caliente, tan ensoñadora.

Doña Beatriz de Bobadilla, la esposa del mayordomo Andrés Cabrera, miró a su sobrina y sonrió ante su candidez. Se encontraban paseando por el claustro gótico del monasterio, abierto en aquellos días para los acompañantes de la reina en su camino por Extremadura.

—La reina quiere hacer una entrada notable y solemne en las ciudades por donde quiere pasar. Al sur de Castilla, la presencia real ha estado un poco abandonada por los reyes anteriores, y eso ha hecho que la nobleza se haya desmandado un tanto. Por eso, tiene previsto llegar con todo el boato de la corte. Se trata de impresionar a extremeños y andaluces.

—La verdad es que su alteza no lo tiene fácil en estos primeros años de reinado.

—Todo viene por obra del difunto rey Enrique, que en gloria esté. No dejó las cosas bien atadas a su muerte. Más bien todo lo contrario. La pobre Isabel heredó una guerra y mil nobles insolentes que le cuestionan cualquier decisión. Al menos tiene un esposo gallardo.

—A mí no me lo parece tanto, tía. Un poco bajo de estatura, y habla el castellano con un acento raro.

—Mejor así, Beatriz. Que no te lo parezca, que el interés desmedido de los reyes por las damas de corte no trae sino problemas.

La joven Beatriz miró a su tía un tanto confusa. No terminaba de entender lo que quería decirle.

—Su alteza don Fernando es todo un caballero.

—Pues cuida que siga siéndolo, querida. Los caballeros se ven mejor a distancia.

—¿Y por qué no hemos ido directamente a Sevilla, la ciudad donde dicen que hay una torre de oro?

—Es una torre normal, que tuvo en su interior en algún momento oro, no te equivoques. Su alteza tiene que ir ganando adeptos por el camino. Extremadura linda con Portugal y hay que evitar que el

enemigo se pueda infiltrar por la frontera. Y antes de todo, tiene que cuidar aquí de que los restos de su hermano, el rey don Enrique, queden bien dispuestos para la eternidad. Los frailes jerónimos se encargarán de velar el sepulcro.

—Parece que doña Isabel se ha preocupado más por su medio hermano que él por ella antes de morir.

—Eso, querida, que no se te ocurra decirlo en público. Isabel todavía tiene enemigos.

—No entiendo cómo hay nobles que le ponen obstáculos a sus altezas. ¿No deberían obedecer a sus reyes?

—Recuerda que todavía hay quien sigue tomando partido por doña Juana, y la consideran su reina. Hasta que esta guerra no termine, no quedará zanjada la cuestión.

La reina Isabel, acompañada por una de sus dueñas, salió de una de las estancias que daban al claustro y logró escuchar el final de la frase.

—¿Qué cuestión debe quedar zanjada, Beatriz?

La tía y la sobrina se recuperaron de la sorpresa y se volvieron, haciendo una reverencia. La mayor respondió.

—Alteza, estábamos hablando de que ya es hora de que los portugueses os reconozcan como la legítima soberana de Castilla y acaben estas inútiles luchas. Es una pérdida de tiempo y un esfuerzo baldío.

Isabel pareció complacida con la respuesta.

—Mucha razón tenéis, amiga Beatriz. A estas alturas apenas hay lucha, y los partidarios del rey portugués se han retraído detrás de la frontera, pero siempre existe la posibilidad de que vuelvan a atacar. Sobre todo, cuando hay parte de la nobleza castellana que ve en la presencia portuguesa una oportunidad para medrar y mantener privilegios, por no pensar en aumentarlos.

—Mi tía me ha dicho que por eso estáis vos aquí, camino del Andalucía, para acabar con todas esas insolencias —dijo la joven Beatriz, venciendo su timidez.

Isabel sonrió ante la intervención de la muchacha.

—Así es. Es importante que mis vasallos me vean en persona y comprueben mi determinación. Los tiempos de mi hermano, en que cada cual hacía lo que le placía, han terminado.

—Alteza, contad con nosotras para cualquier cosa que necesitéis —dijo la tía.

—Beatriz, os conozco desde mi infancia. No es necesario que hagáis votos de fidelidad. Sois mi amiga, mi confidente. Os agradezco mucho que hayáis accedido a acompañarme en este viaje a Sevilla.

—¡Sevilla! —exclamó la sobrina— ¿Cuándo llegaremos? Quisiera subir a esa torre tan grande. Dicen que es la más alta del mundo.

La reina miró a los ojos verde claro de la joven. Le encantaba su

curiosidad juvenil.

—Tendréis que tener paciencia. Llegaremos a su debido momento y podréis subir hasta lo alto. E incluso podremos acercarnos a ver la mar océana.

—¿La mar ¿Veremos la mar?

Isabel volvió a sonreír.

—Yo, como vos, no he visto nunca la mar. Dicen que es una extensión de agua infinita. Valdrá la pena conocerla.

—¿Y se verán las islas de Canaria? Dicen que están ahí, en la mar océana.

La pregunta de la joven Beatriz pilló por sorpresa a la reina.

—Pues no lo sé. Pero vamos a averiguarlo.

47

Bañaderos, Gran Canaria, 5 de mayo de 1477, una semana después.

El alguacil señorial Juan de Alanís caminaba, junto con sus seis hombres, por las playas de cantos rodados a la sombra de los peñascos de la costa del norte de Gran Canaria. Lo hacían con sigilo y siempre de frente al viento, de modo que los canarios no pudieran detectar su olor. Alanís no llegaba a comprender ese sexto sentido de los habitantes de aquellas islas, que les permitía localizarlos por el aroma que expelían. A fin de cuentas, se bañaba dos veces al año. Era un caballero muy limpio.

Llevaba como adalid, el guía conocedor del terreno, a Juan de Mayorga, uno de los pocos que habían estado cautivos en Gran Canaria en poder de aquellos salvajes, y que no se habían alzado contra su señora pocas semanas antes. De aquellos insurrectos ya no quedaba ni uno en Lanzarote. Salvo por unos pocos que lograron huir al amparo de la noche, los demás habían sido ahorcados, unos seis, y el resto sufrido severas penas de cárcel y de decomiso de sus bienes, como era de justicia. En verdad, doña Inés Peraza era toda una mujer varonil, como se decía comúnmente en Castilla en estos casos. Lo que tuviera, los tenía bien puestos.

Y ahora, en Lanzarote, todo iba como la seda. Bueno, todo no, que los reyes habían chantajeado vilmente a sus señores para lograr hacerse con los derechos de conquista de las tres islas que se resistían, y aunque se había disfrazado como un favor que hacían doña Inés y su esposo a sus altezas, a la señora le había sentado peor que una indigestión de carne de cabra, que ya es. Pero, en lo que tocaba a la paz vecinal, se había logrado a las mil maravillas. La verdad es que casi la mitad de los vecinos no estaban en sus casas, pero ya llegarían otros pobladores, siempre ocurría así. Castilla estaba llena de menesterosos muertos de hambre que serían capaces de conquistar un continente, si se descubriera alguno.

La atención de Alanís pasó de sus pensamientos a sus pies, ya que tenían que saltar sobre enormes pedruscos oscuros, y a veces resbaladizos, erosionados por la mar, que en aquella zona casi siempre estaba brava.

Se dirigían a una zona de la costa que llamaban Los Bañaderos, un lugar donde los canarios, y las canarias también, hacían una especie de baño ritual que los purificaba. Una simpleza de aquellos idólatras, tan chalados con su sol, su luna y su mar.

Pero en esta ocasión el desembarco tenía sus limitaciones. No podían apresar a cualquier canario que se tropezasen en el camino. Doña Inés Peraza fue tajante en eso antes de zarpar del puerto de Arrecife. Solo se podía atrapar a los que tenían algo que ver con el jefe militar Doramas, que era el nuevo enemigo.

De cualquier manera, a él no le iban a engañar los papeles que firmaron los enviados canarios a Lanzarote. Por mucho que estamparan sus señas en el papel, Alanís era consciente de que ninguno sabía exactamente lo que firmaba y que para aquellos isleños los pactos duraban lo que ellos querían. Y había que recordar que todavía tenían en su poder algunos cautivos, que no los habían devuelto todos, los muy ladinos.

Por eso, Alanís había asentido a las instrucciones de su señora para aquel viaje, pero, a la hora de la verdad haría lo que considerara más oportuno. Si apresaban a quien no debían, pues se les soltaría después y en paz, que tampoco estaban las cosas para tanta fineza.

Mayorga advirtió a sus compañeros que al otro lado de un risco que surgía del mar y se convertía en montaña, estaría el lugar objetivo de aquel desembarco.

En efecto, en cuanto se asomaron al otro lado de las rocas, un conjunto de albercas naturales formadas en el rompiente, llenas con la marea pero a salvo de las olas, se desplegó ante su vista. Era mediodía y el sol apretaba con fuerza, lo que sería un acicate si algún canario se planteaba bañarse allí. Y no tardaron en divisar tres figuras que se encontraban en aquel entorno. Dos de ellas estaban sentadas a un lado, y la tercera se encontraba en el agua, dándose chapuzones.

—Son tres mujeres —dijo Mayorga, que gozaba de una visión extraordinaria a tanta distancia—. No hay nadie más.

—Mejor —dijo Alanís, y se dirigió a sus hombres—. Que no escapen, pero las quiero vivas y sanas, que si no, no valen un maravedí.

Los castellanos asintieron y, sin necesidad de más órdenes, se fueron desplegando en semicírculo para caer sobre las desprevenidas mujeres. La veteranía era un grado, y llevaban haciendo aquellas entradas más de veinte años en las islas rebeldes.

Siete castellanos armados contra tres mujeres indefensas no debía comportar ningún problema, y no lo fue. Las canarias detectaron la aproximación de los hombres cuando ya no tenían opción de escapar. No obstante, la mujer que estaba en el agua, mucho más joven que las otras se negó a salir.

—Pascualico —ordenó a uno de su soldados—, al agua.

El tal Pascual, el más joven de los soldados, dejó la impedimenta metálica en las rocas y se dispuso a introducirse en la pequeña laguna.

—Y ojo con las manos, que es buena moza y con poca ropa, y puede valer un tesoro —advirtió el alguacil.

Pascualico se mojó hasta el cuello, al menos hacía pie en un fondo rocoso irregular, y se acercó a la joven, que lo miraba con desagrado. Al primer intento de atraparla, le clavó las uñas en el cuello y en la cara.

—¡Cuidado, Pascualico, que la fiera tiene garras!

El Pascualico no quiso entender de delicadezas y le arreó a la mujer una bofetada con fuerza, que hizo que todo acabara allí.

—Mira que sois burros en vuestro pueblo —acertó a comentar Alanís.

En lo que Pascualico sacaba a la mujer inconsciente del agua, Juan de Mayorga se acercó al alguacil y le comentó en voz baja:

—Las dos mujeres mayores son las servidoras de la que se estaba bañando, que es principal.

Alanís se volvió hacia su adalid con expresión de sorpresa.

—¿Principal? Explicad eso.

—Conozco a la joven, y también a las viejas. La que está sacando Pascual del agua es Teneso, la sobrina del difunto guadnarteme de Telde y recientemente la esposa de Egonayga, el rey de Gáldar.

Alanís salió de su asombro y sonrió.

—¡Vaya! Hemos pescado un buen pez. Y decidme, Mayorga, ¿Es de Gáldar o de Telde? Lo digo por si podemos apresarla o no.

—Pues no lo tengo claro. Es originaria de Telde, es la hija de Aymedeyacoan, un guaire importante.

Alanís cavilaba a toda velocidad.

—La gente de guerra de Telde son nuestros enemigos ahora, ¿no es verdad?

Mayorga se rascó la nuca antes de responder.

—Se supone que son solo los de Doramas.

—¿Y el padre de la susodicha es de la facción de Doramas?

Mayorga volvió a rascarse.

—Pues no lo sé.

Alanís sonrió con malicia, satisfecho con la respuesta.

—Pues entonces, al barco, que me da que la moza vale bien un buen tesoro, y algo nos tocará a todos.

48

Sevilla, 5 de mayo de 1477, mismo día.

—El obispo ha llegado —anunció el criado, que había entrado en el aposento del alcázar donde Alonso de Palencia, el cronista y secretario de cartas latinas de la reina, se encontraba escribiendo una de sus tantas Historias. La luz de media tarde alumbraba la mesa de trabajo y la temperatura se hacía más soportable a medida que se aproximaba el ocaso. Las resmas de grueso papel y la tinta negra despedían olor a escribanía, un aviso de la solemnidad que preconizaban las graves palabras que iban a ser escritas en las hojas en blanco. Algo importante, sin duda, para el criado.

Palencia, un hombre de unos cincuenta y cinco años, bastante maltratado por una juventud guerrera tanto en Castilla como en Italia, lucía canas en lo que le quedaba de pelo, pero sus pupilas encendidas demostraban que la mente seguía en perfecto funcionamiento.

—Que pase —respondió, casi molesto por tener que dejar el cálamo con el que escribía en el tintero.

Dos hombres entraron en la estancia. Ambos vestían prendas religiosas y se presentaron algo acalorados. Caminar a aquella hora por las calles de Sevilla conllevaba esa consecuencia.

—Buenas tardes nos dé Dios —dijo el primero, un hombre de edad similar a Palencia, pero cuya circunferencia abdominal indicaba que no había sufrido los mismos excesos de juventud que el cronista. Don Juan de Frías, canónigo del cabildo metropolitano de Sevilla y, desde hacía cuatro años obispo de la diócesis canariense—rubicense, no evitó hablar con un leve deje de fastidio. No eran horas para citar a nadie. Se notaba que Palencia no era de Sevilla. El cronista se levantó y se acercó a saludar al obispo.

—Buenas tardes, ilustrísima. Os agradezco que hayáis acudido tan presto. El negocio que tengo que proponeros así lo exige.

La frase logró captar la atención del eclesiástico.

—Sentaos, haced el favor —pidió Palencia, indicando dos sillas dispuestas frente a su mesa. Miró al otro clérigo, un hombre fornido, que con toda seguridad dedicaba tantas horas al ejercicio al aire libre como a la oración, que esperaba ser presentado. Frías reaccionó al instante.

—El deán don Juan Bermúdez suele acompañarme cuando ando por Sevilla. Las calles no son siempre seguras.

Palencia se maravillaba de que el obispo de Canaria, que no tenía ni una iglesia decente como sede de la diócesis, se permitiera el lujo de tener hasta un deán, pero no dijo nada.

—También os agradezco vuestra presencia —dijo el cronista.

Los tres se sentaron y los religiosos esperaron a que Palencia les informara de la causa de su convocatoria.

—Ilustrísima, es muy posible que sepáis que en esta ciudad se está haciendo pesquisa e información de testigos respecto a quién corresponde el derecho a la conquista de las islas de Canaria.

Frías asintió.

—Conozco a Cabitos, y suelo estar al tanto de todo lo que atañe a dichas islas.

Palencia sonrió levemente, era lo que esperaba.

—Entonces sabréis que la guerra contra Portugal ha provocado que los ojos de sus altezas se hayan dirigido a esas islas. Es de todos conocido que los portugueses ambicionan poner su pie en ellas.

—Y se rumorea que ya lo han hecho en algunos lugares de La Gomera con la connivencia de los naturales —añadió el obispo—. El hijo de los señores, Fernán Peraza, que suele pasar allí largas temporadas, no tiene fuerzas para comprobarlo y mucho menos para expulsarlos si fuera cierta la historia.

—Ese detalle preocupa, y mucho, a sus altezas —Palencia bajó un poco la voz, como si fuera a revelar un secreto celosamente guardado —. Los señores de las islas no tienen medios para conquistar las tres grandes que restan por someter. Y es natural que sean las huestes reales quienes se encarguen de hacerlo.

—Es natural —corroboró Frías, esperando a ver a dónde quería llegar Palencia. Bermúdez no se inmutó.

—Lo que ocurre es que querer no siempre es poder. Las arcas del tesoro de la corona están muy mermadas debido a esta guerra interminable contra los portugueses, que obliga a mantener demasiadas lanzas prestas al combate. Sus altezas verían con buenos ojos que una persona de vuestra valía se comprometiera con la empresa.

Frías sospechaba algo así, aunque le parecía que habría de llover mucho para que se pudiera reunir un ejército que pudiera conquistar algunas de las islas irredentas. Y se necesitarían muchos dineros.

—¿No habría que esperar al término de la pesquisa? —replicó el obispo.

Palencia volvió a adoptar el tono de confidencialidad.

—Aunque no sea público, es seguro que los consejeros van a dictaminar a favor de que los reyes adquieran el derecho a la

conquista. Esos derechos son de los señores, pero sus altezas los adquirirán por un precio ajustado, además de ciertos perdones.

Frías sabía perfectamente a qué se refería Palencia. Toda Sevilla estaba al tanto del crimen de Pedro de Herrera, el hijo de los señores de Canaria.

—Vuestras palabras me llenan de gozo —dijo el obispo, sin que el sentido de sus palabras estuviera acorde con su hierática actitud—. Nada deseo más que ver todas las islas unidas bajo la fe de nuestro salvador Jesucristo. Pero solo soy un humilde siervo de Dios. Ni yo ni mi diócesis tenemos dineros.

Palencia conocía ese detalle a ciencia cierta, y ya estaba preparado.

—Nuestro embajador en la curia vaticana ha hablado con Su Santidad, y se ha llegado al acuerdo de establecer la bula de Cruzada para la conquista de las islas de Canaria. Con ello se sufragarán los gastos.

Frías hizo un cálculo rápido y dudó que el importe de las bulas diera para tanto, pero dejó continuar al cronista, que prosiguió:

—Sus altezas desean que os ocupéis de su predicación y de los preparativos preliminares. Habrá que organizar una armada y prever mil detalles más.

Frías arrugó el entrecejo de modo inconsciente. Aquello era un trabajo enorme, y él vivía bastante cómodo entre Sevilla, casi todo el año, y Lanzarote, que visitaba de vez en cuando.

—Necesitaré ayuda —replicó—. La empresa excede de mis capacidades.

—Tendréis el auxilio de hombres de la reina. Los que están aquí, en Sevilla.

—¿Alguno en particular?

—Los de la Hermandad: Pedro de la Algaba y Juan Rejón. ¿Conocéis a alguno?

—He oído hablar de ellos.

—Pues a partir de ahora serán vuestros colaboradores. Estoy seguro de que vais a conocerlos muy bien.

El obispo Frías rogó para que ese conocimiento fuera para bien. No se fiaba nada de los levantiscos y ambiciosos criados continuos de los reyes. Pero no estaba seguro de que el Altísimo estuviera escuchándole en aquellos momentos.

49

Jerez, 5 de mayo de 1477, mismo día.

La pequeña caravana de mercaderes que hacía el viaje desde Sevilla por el río llegó a media tarde al Portal de Jerez, el desembarcadero del Guadalete más próximo a la ciudad. Francisco de Riberol había aprovechado el interés de Lorenzo en ir a la ciudad jerezana para encargarle que llevara una carga de jabón para vender allí. Una partida especial era para el marqués de Cádiz, lo que le suponía una excusa perfecta para poder entrar en la casa señorial.

Lorenzo esperó pacientemente a que se descargaran los fardos de la embarcación que había descendido por el Guadalquivir, pasado por Sanlúcar y de allí al Puerto de Santa María, para remontar el río Guadalete. A pesar de lo pesado del viaje, el trayecto en barco era menos sufrido que por tierra, sobre todo cuando ya empezaba a hacer calor.

Una vez cargadas las mercaderías en reatas de mulas, Lorenzo no quiso esperar el lento paso de sus compañeros de viaje y, dejando el traslado del jabón al cuidado de uno de los criados de su familia genovesa, se adelantó en su montura en el camino de las dos leguas, una hora larga, que distaban de la muralla jerezana.

Entró por la puerta del Marmolejo, que miraba al este, lugar donde confluían los caminos de Medina Sidonia, de Arcos de la Frontera y del propio Portal. Pasó indiferente por delante del pedestal de piedra, recuerdo de la antigua ciudad romana de Asta Regia, y se adentró en la ciudad. Siguiendo las indicaciones de micer Paolo, el criado más antiguo de la casa de los Riberol, se desvió a su derecha, perdiéndose acto seguido en las calles del barrio de san Dionisio. Tuvo que preguntar a un par de vecinos para poder llegar a la calle Algarve y encontrar la casa de Francisco Adorno, uno de los socios comerciales más antiguos de la familia Riberol, cuyas relaciones se remontaban décadas atrás.

Tras anunciarse en una de las casas bodega del colega genovés, no tardó en aparecer el dueño de la propiedad, que conocía a Lorenzo de varias visitas anteriores a Sevilla.

—¡Bienvenido, Lorenzo! —le saludó alborozado— ¿Has terminado tus prácticas con micer Francisco Pinelo?

—Buenas tardes, micer Francisco. Creo que el maestro me ha dejado por imposible.

Adorno se rio de la respuesta.

—Pues me han comentado todo lo contrario. Que eres uno de sus alumnos más avezados. Los hermanos Riberol tienen que estar contentos contigo.

—Debe de ser por eso que me han encomendado traer el jabón en un interminable viaje por dos ríos en una carraca lenta a más no poder.

Adorno volvió a reír.

—¡Me gusta la gente con buen humor! Entra, que tengo un vino fresco de mi propia bodega que va a mitigar tu agotamiento.

Lorenzo no le hizo ascos a introducirse en el frescor de la casa, y luego en el de la bodega, con un ambiente mucho menos caluroso que en el exterior. Allí, su anfitrión sirvió dos vasos de vino blanco pajizo y le tendió uno a él. El invitado se lo bebió de dos tragos.

—Más despacio, muchacho, que este vino no se puede beber así —y le escanció otro vaso—. Hay que saborearlo con toda la atención que merece.

—Está muy bueno —reconoció Lorenzo—. En estas tierras hacen vinos excelentes.

—Espero que se nos reconozca en un futuro. Y hay también buen cereal, y se están plantando más olivos que nunca. La comarca es agradecida, y por ello, tenemos que estar pendientes de que los sevillanos no nos quiten las cosechas en tiempos de carestía.

Lorenzo levantó una mano en señal de rendición.

—Yo solo traigo jabón, no temáis por mí.

Adorno soltó otra carcajada.

—Nada temo de mis hermanos genoveses. Son los demás, los castellanos y los de otras naciones, los que me hacen estar sobre aviso —Adorno se terminó su primer vaso y se sirvió otro—. Tengo entendido que parte del jabón es para el marqués.

—Así es —replicó el joven, que dio otro trago antes de continuar—. Es una partida especial, de la textura más suave que producimos.

—Debe de ser para la esposa de don Rodrigo, doña Beatriz de Pacheco, la hija del marqués de Villena, enemigo de nuestros reyes. Ese enlace le ha traído muchos problemas al marqués de Cádiz. Ha tenido que lograr muchas hazañas para hacerse perdonar por sus altezas. En lo que respecta al jabón, no creo que con el conde os hicierais rico, que se baña muy pocas veces al año, tal y como suelen usar los nobles castellanos.

—Pues bien por la condesa. Deseo que se bañe con nuestro jabón muy a menudo.

—Bien sabes que el jabón se usa más para la ropa que para las

personas. Lo de bañarse mucho recuerda todavía demasiado a las costumbres musulmanas. Y eso no está bien visto.

—Costumbres castellanas que van cambiando, gracias a Dios. Mis señores cada día venden más producción.

—Me alegro mucho por ellos. ¿Quieres que te acompañe a ver a la condesa?

—Sería un inmenso favor si me la presentaseis.

—Pues vamos. Es buena hora para hacer una visita al alcázar.

Los dos hombres se prepararon y salieron al exterior, donde les recibió un golpe de aire caliente. Lorenzo dejó que Adorno le guiase por las callejuelas de la ciudad, cruzando el barrio de San Salvador y llegando al castillo por la puerta de la torre de la Veleta. Una fuerte muralla almohade partía desde la fortaleza rodeando la ciudad, resistiendo el paso del tiempo con elegancia.

Los guardias conocían bien al mercader y les franquearon la entrada. Unos cuantos pasos más y se pusieron a cubierto en el primer edificio que encontraron a su izquierda. Adorno se hizo anunciar y esperaron la respuesta. En poco tiempo un mayordomo les indicó que la marquesa les recibiría, ya que el marqués se encontraba fuera de la ciudad, hostilizando a los moros, su ocupación favorita. Lorenzo y su guía subieron una planta por una escalera de piedra y entraron en un salón amplio y bien amueblado. Las cortinas, los tapices de las paredes, así como las alfombras, ofrecían un ambiente distinguido, tal vez algo opresivo por la penumbra que provocaban, y el aire sin movimiento no reducía demasiado el calor. Doña Beatriz Pacheco les esperaba en una silla baja, haciendo bordados, actividad que no abandonó por la entrada de los hombres.

—Bienvenido seáis, micer Francisco —le dijo, sin levantarse, pero señalando un par de asientos similares colocados a su alrededor—. Sentaos, por favor —Miró a Lorenzo—. A este joven no lo conozco.

—Es Lorenzo, de la familia de los Riberol —respondió Adorno al sentarse—. Os ha traído el jabón especial que habíais pedido.

—¡Ah! ¡Qué bien! ¿Y es de la calidad prometida?

—Por supuesto, mi señora —contestó Lorenzo, ya sentado, con una sonrisa—. Las dueñas sevillanas hablan maravillas de él. Deja la piel como la de un recién nacido.

Doña Beatriz sonrió.

—Las sevillanas son muy exageradas, todo el mundo lo sabe. Pero tengo curiosidad por probarlo.

Lorenzo no se recató en explayarse sobre las bondades de su producto, añadiendo que existían posibles variedades que tal vez pudieran suscitar el interés de la marquesa. Adorno sonrió, el chico vendía bien su producto. Un destello de envidia surgió en su interior. En otras circunstancias, no habría dudado en hacerle una oferta al

joven para que trabajase con él. Pero no podía enemistarse con los Riberol, el montante de los negocios conjuntos se lo impedía.

Doña Beatriz terminó por encargarle tres pedidos de distintos jabones para que se los enviara en cuanto llegase a Sevilla, lo que dejó contentos a ambos.

Cuando Lorenzo sintió que la conversación llegaba a su fin, y aprovechando la buena disposición de la aristócrata, buscó arrestos en su interior y los encontró, para dirigirse a ella:

—Señora, tengo entendido que tenéis un servidor al que deseo conocer. Uno que sabe hurtar el cuerpo al lanzamiento de piedras.

La mujer lo miró curiosa, dado el cambio de tema tan brusco.

—¡Ah!, ¡Sí! Seguro de debe tratarse de Martín. Aunque aquí lo hace con naranjas o limones. Lleva mucho tiempo en esta casa. ¿Qué queréis?

—Me gustaría hablar con él. Tengo intriga por saber dónde aprendió ese don que tiene.

—Pues es bien fácil. Lo haré llamar.

Lorenzo sintió que no estaría cómodo en presencia de terceras personas, y se apresuró a intervenir.

—Decidme donde se halla, e iré a verlo. Ya os he entretenido demasiado.

—Mi mayordomo os lo indicará —e hizo una seña al criado, que se encontraba a un lado del salón, de pie, junto a la puerta de entrada.

—Os lo agradezco mucho, señora —dijo Lorenzo, levantándose, al tiempo que lo hacía Adorno—. Os traeré en persona el jabón que me habéis pedido.

La mujer sonrió, le dirigió una mirada larga e intensa, y se sintió halagada.

—Os esperaré ansiosa.

Ambos hombres hicieron una reverencia y salieron de la estancia. Adorno se dirigió a Lorenzo de modo confidencial.

—Ni se te ocurra volver por aquí. La mirada de la marquesa no augura nada bueno. Y su esposo tiene la espada muy larga. La más larga de toda Andalucía.

Lorenzo le sonrió al mercader jerezano.

—No pensaba hacerlo, micer Francisco. Pero no cuesta nada quedar bien.

—No te fíes demasiado de eso, muchacho. Y además, estoy pendiente de que el marqués me nombre arrendador de las rentas de Cádiz, cosa que me ha prometido, y no deseo provocar ninguna situación incómoda.

—Os haré caso, micer Francisco.

El mayordomo, que descendía la escalera unos cuantos pasos más adelante, les esperó a la salida del edificio.

—¿Deseáis ambos ver a Martín? —les preguntó.

—Yo ya me voy —respondió Adorno, y se dirigió a Lorenzo—. Cuando termines, pasa por mi casa y cenaremos con mi familia.

—Os lo agradezco mucho. Así lo haré.

Una vez el mercader genovés se marchó, el mayordomo indicó al joven el camino hacia unas casas que se encontraban al otro lado del enorme patio de armas que lindaba con el muro oeste del alcázar y que ambos cruzaron.

—Aquí vive —le comentó, y al llegar alzó la voz—. ¡Martín! ¡Vienen a verte!

En una de las casas se abrió la puerta y detrás apareció un hombre que Lorenzo identificó de inmediato con el burlador de las piedras del Arenal de Sevilla. Sin darse cuenta, y olvidando la presencia del mayordomo, le dirigió una frase dicha en su idioma natal.

—Quiero hablar contigo.

El hombre, que reconoció a Lorenzo de inmediato, asintió y respondió en su idioma.

—Hablemos.

50

Jerez, 5 de mayo de 1477, mismo día.

—¿Tu nombre es Martín? —preguntó Lorenzo en el idioma de su niñez en cuanto se marchó el mayordomo, dejándolos solos.

—Mi nombre es Guahedun, de la comarca de Tamaraceite.

Lorenzo se sintió confuso. Entendía las palabras de aquel hombre, a pesar de su extraño acento, pero nunca había oído ese nombre ni ese lugar.

—Yo soy Echedey, de la comarca de Goymad.

—No te conozco y, por lo que dices, no puedes ser de mi tierra.

—¿Cuál es tu tierra?

—El mundo donde vivía antes de que me trajeran aquí. Un lugar lleno de montañas y rodeado de mar.

—Una isla —dijo Lorenzo, más para sí que para el tal Martín—. Vivías en una isla.

—Así es. Canaria la llaman los castellanos.

Para Lorenzo aquel detalle era nuevo.

—¿Las islas de Canaria? ¿Sabes cuántas son?

Martín se asombró del poco conocimiento de aquel insólito hombre, que tenía toda la apariencia de un mercader genovés. En el río grande de Guadalquivir todo el mundo conocía, más que menos, las islas de Canaria.

—Dicen que son siete. Cuatro de ellas están en manos de cristianos. Quedan tres que todavía se resisten: Canaria, La Palma, y Tenerife.

—¿Acaso una de ellas tiene una montaña muy alta, a veces cubierta de agua helada, que se ve blanca?

—Esa es Achinech, Tenerife, con su pico que llaman Echeyde. Yo la vi muchas veces desde mi tierra. Se alzaba sobre el mar y las nubes, y casi tocaba el cielo. ¿Acaso eres de allí?

El genovés adoptado ató cabos de inmediato. El lugar de donde procedía era la isla de Tenerife, una de las de Canaria. Tardó unos instantes en asimilarlo. Nadie le había concretado hasta ese día su procedencia.

—Tal vez lo sea —respondió, con una cautela que no supo explicarse—. Mis recuerdos se remontan mucho tiempo atrás, y no estoy seguro de nada. ¿Y dices que los cristianos no tienen esas islas?

—Es de todos sabido. El señor de las otras, Diego de Herrera, lo ha intentado. Incluso se dice que concertó paces con sus jefes, que duraron poco. Hoy día, todos los intentos de entrar en ellas han sido en vano. Siguen libres, y parece que por mucho tiempo.

—Y, ¿cómo es qué estás aquí?

—Unos castellanos nos capturaron a unos cuantos de mi aldea por sorpresa. Luego nos trajeron al Andalucía y fui vendido al mejor postor. Tuve suerte de acabar al servicio de don Rodrigo. Es un gran guerrero y un buen hombre.

Lorenzo sabía que Rodrigo Ponce de León había destacado en múltiples batallas contra los moros en la frontera granadina. Era su principal baza para que los reyes le perdonaran su apoyo inicial a la causa de doña Juana.

—¿Eres feliz aquí? ¿No deseas volver a tu isla?

—Estoy casado y tengo hijos. Aquí tengo todas mis necesidades cubiertas, y mi amo ha prometido liberarme, a mí y a mi familia, cuando cumpla los sesenta años, si es que llego. Mi mundo ahora es este. No encajaría de vuelta a la isla.

Lorenzo se preguntó si él encajaría en caso de volver a su isla. Lo dudó. Habían pasado muchas cosas desde entonces. Al igual que le había ocurrido al hombre que tenía enfrente, su vida había cambiado por completo.

—Te comprendo.

—Tú no querrás volver, ¿verdad?

Hasta aquel momento, Lorenzo no se había detenido a pensar en ello. Claro que le gustaría volver y ver de nuevo a su familia. Pero, ¿se quedaría a vivir en las mismas condiciones de antes?

—Tal vez vaya algún día a ver esas islas, y comprobar si procedo de alguna de ellas.

—Hablas como yo y luchas igual. Tienes que ser de allí. No tengo la menor duda.

Lorenzo miró a los ojos a Martín.

—Martín o Guahedun, como quiera que te llames: lo que dices es posible que sea así, pero no estaré seguro hasta que lo compruebe por mí mismo.

—De acuerdo, haz lo que te plazca. Pero debes tener en cuenta una cosa.

—¿Qué cosa?

—Viendo los ropajes que vistes, el modo en que te desenvuelves, la vida que llevas, no podrás volver atrás.

—¿Quién ha dicho algo de volver atrás? Si voy algún día esas islas, será para caminar hacia adelante.

—Los castellanos son un pueblo guerrero, ambicioso e inquieto. Cuando los reyes consigan que los nobles no se peleen entre sí,

atacarán al moro, y también al canario.

—Lo ves muy claro.

—Lo veo en los fieros ojos de mi señor. Cuando concierten sus fuerzas, no tendrán ninguna oportunidad.

—¿Quiénes?

—Ni el moro, ni el canario.

51

Puerto del Arrecife, Lanzarote, 8 de mayo de 1477, tres días después.

El suave viento del noreste se llevaba consigo el calor del mediodía en una de las playas que surgían con la marea, aquí y allá, entre las rocas del puerto de Arrecife. A doña Inés Peraza le llamó la atención el porte señorial de la joven que acababa de desembarcar desde la carabela al bote que la llevaría a tierra. Era una canaria, sin duda, vestida de pieles y las marcas tintadas la delataban, pero tenía un aire de altiva dignidad. No iba atada, no lo necesitaba, obedecía las indicaciones del alguacil Alanís sin rechistar, pero en su modo de moverse exhibía el enojo de verse privada de libertad. Junto a ella en la barca se encontraban otras dos mujeres canarias, mucho mayores y sin esa prestancia, resignadas y cabizbajas. Tenían todo el aspecto de estar completamente mareadas. La joven, sin embargo, lucía una mirada tranquila y serena en un rostro serio y distante.

El alguacil saltó a tierra y, mientras lo hacían los demás ocupantes del bote, se acercó a su señora.

—Buen día tengáis, doña Inés.

—Buenos días nos dé Dios —respondió la mujer—. ¿Qué nos traéis de este viaje?

—Una buena pieza, sin duda. Según Juan de Mayorga, es una princesa de Telde. La hija de Aymedeyacoan, uno de los guaires de esa comarca, sobrina del guadnarteme que murió hace poco. Y lo que es mejor, la esposa de Egonayga, el rey de Gáldar.

Doña Inés alzó las cejas de sorpresa, era todo lo que se permitía a la hora de mostrar sus sentimientos. Escrutó con curiosidad a la joven, que le devolvió la mirada sin temor alguno.

—¿Es de la facción de Doramas? —preguntó a Alanís.

El alguacil se encogió de hombros y le hizo una seña a Mayorga para que se acercase y contestara a la cuestión.

—La muchacha, que se llama Teneso, dice que no es de ninguna facción. Que Doramas es quien ostenta el poder en Telde y todos le obedecen. Que así se acordó en su día y que así siguen las cosas.

La señora sonrió levemente, aquel día se estaba saltando su costumbre de mostrar en público su expresión más hierática.

—Eso que decís significa que, al ser de la parcialidad de Doramas, cumplimos nuestro compromiso con el resto de los canarios de hostigar a su enemigo común —Doña Inés se volvió a Diego de Cabrera, su nuevo juez alcalde de la islas—. ¿Qué opináis al respecto, don Diego?

El alcalde, un hombre mayor sin ganas de tener ningún problema con su señora, respondió de inmediato.

—Tenéis toda la razón, no me cabe la menor duda.

Doña Inés asintió y volvió a Mayorga.

—Decidle que es bienvenida aquí y que será tratada con respeto, de acuerdo a su rango. Será devuelta a su isla en cuanto las circunstancias lo permitan. Mientras tanto, será adoctrinada en la fe de Cristo.

Si alguno de los que rodeaban al grupo sintió sorpresa por tal decisión, no lo manifestó. Sus razones tendría la señora.

Mayorga hizo la traducción y la joven respondió con otra frase, que tradujo al castellano.

—Dice que agradece el recibimiento, aunque su presencia aquí sea forzada. En cuanto a lo de la fe, escuchará lo que tengan que decirle y entenderá en ello como le dicte su corazón. Y pregunta si sus dos servidoras pueden quedarse con ella.

—Pueden quedarse —respondió la señora—. Y en cuanto a lo del corazón, tal vez al final no desee volver a su isla.

Doña Inés echó un vistazo a su alrededor. Todos los hombres que la escoltaban eran fieles servidores, lo habían demostrado en los meses de tribulaciones. Su vista se detuvo en uno de ellos, uno de buena familia, de los descendientes de los franceses que llegaron allí más de setenta años atrás.

—Maciot de Betancor —le señaló—. Os haréis cargo del servicio de la mujer canaria.

El aludido dio un respingo y se puso tenso ante la inesperada responsabilidad que recaía sobre él.

—Lo que vos digáis, mi señora —respondió, titubeante.

—Y cuidad vuestro modo de actuar que, por ser mozo como sois, os guardaréis bien de tocarle un pelo y de que nadie se lo toque. Os va en ello el gaznate.

—El servicio se hará tal como deseáis —respondió el joven, entre atemorizado por la amenaza y disgustado por la innecesariedad de la misma.

—Pues comenzad en este momento —y buscó al intérprete—. Mayorga, traducidle eso a la canaria, y advertidle que espero que se comporte como se espera de su alcurnia.

Doña Inés no esperó a la traducción, se dio la vuelta y comenzó a caminar con viveza hacia la montura que la había traído a la costa

desde la gran aldea de Teguise. El alcalde Cabrera se aprestó a seguirla rápidamente y la alcanzó en pocos pasos.

—Mi señora, ¿tenéis en mente alguna instrucción que deba conocer respecto a la canaria?

—Habrá que pedirle al maestre de la carabela que no zarpe sin mi permiso. Quiero que el barco vuelva a la Gran Canaria.

Cabrera, a pesar de intentar evitarlo, no podía ir al compás de la mujer. Iba siempre un paso por delante de él, y no precisamente en el caminar.

—¿De vuelta a Gran Canaria?

—Sí, don Diego, vamos a ofrecer a los canarios un canje. La princesa a cambio de todos los cautivos que siguen en su poder, que es lo que queríamos y no nos dieron cuando hicimos el pacto hace unos meses, con el cuento de que estaban en poder de Doramas.

—¿Y creéis que aceptarán?

—Si quieren volver a ver a esa moza, aceptarán.

—¿Y hacer eso no es contravenir el pacto?

Doña Inés se paró un momento en su caminar, para volverse hacia Cabrera antes de responderle.

—Desde que tengamos a sus cautivos de vuelta en Lanzarote, me olvidaré del acuerdo. ¿Acaso una cristiana está obligada a respetar los pactos con los infieles enemigos de nuestra fe?

Cabrera abrió los ojos de la sorpresa.

—¿Desde cuándo sois tan religiosa?

La mujer le taladró con la mirada.

—Don Diego, refrenad esa lengua, u os la corto. Y no bromeo. Yo nunca bromeo.

52

Sevilla, 24 de julio de 1477, dos meses después.

La multitud rompió en aclamaciones en cuanto el heraldo de la casa real hizo su aparición en la puerta de la Macarena, montado en una mula torda. Le flanqueaban varias lanzas de la Hermandad en sus caballos enjaezados, jinetes de aspecto amenazador, con sus mangas verdes, identificación propia de la institución a la que pertenecían. Eran los hombres de la reina, y como tales, abrían el desfile. Las calles de Sevilla, unido al gentío que esperaba en la entrada y en el interior de la ciudad, obligaron a la cabalgata a reducir la fila de a tres a una sola cabalgadura, cosa que nunca gustaba a los soldados.

Poco después, les siguieron los alguaciles del concejo, también a caballo, que no fueron vitoreados de la misma manera. Tras ellos, marchaban algunos de los nobles sevillanos, jóvenes y mayores, compitiendo en galanuras, que habían recibido al cortejo real a las afueras de la urbe. Los miembros del cabildo pasaron a continuación, para dejar paso a algunos de los del consejo real, montados en mulas altas, y, por fin, la reina, majestuosa sobre su corcel ricamente enjaezado con paramentos de oro, un animal blanco que habría causado la envidia del mismo apóstol Santiago.

La reina llegaba procedente de la aldea de La Rinconada, donde acudieron a besar su mano el duque de Medina Sidonia, además de otros muchos caballeros, autoridades y ciudadanos de Sevilla, ya que no podían esperar a que llegara a la ciudad. Pasaron la noche en esa población, en una casa principal que llamaban Tercia. No era cuestión de llegar tan tarde a la ciudad.

A la mañana siguiente el duque insistió tanto que un tramo del camino lo hicieron por el río, más descansado y con menos polvo, y así los villanos pudieron ver y saludar a la reina desde la ribera.

En la puerta de la muralla la recibió en nombre de la ciudad don Alfonso de Velasco, que según se decía era el más facundo de todos los nobles sevillanos, y que hizo gala de sus mejores dotes oratorias, aunque a todos se les hicieron algo largas. La reina, como hacía en cada ciudad que visitaba, tenía que pasar por el obligado trance de confirmar el juramento de preservar los privilegios ciudadanos otorgados por su abuelos antes de ella. Y así lo hizo, para felicidad y

tranquilidad de todos.

La comitiva cruzó la ciudad de poniente a levante a paso más que lento, ya que tardó más de tres horas en llegar a los reales alcázares, eso sí, con el calor de una multitud enfervorizada. Hacía muchos años que ningún rey de Castilla pasaba por allí, desde el señor don Enrique, y a los sevillanos parecía hacerles falta, y eso sin tener en cuenta el anuncio hecho la tarde anterior de las celebraciones de alegrías, juegos y fiestas, que iban a durar algunos días.

En la puerta del recinto amurallado de la antigua alcazaba musulmana los hombres de la Hermandad esperaban conformando un pasillo con sus caballos, a modo de guardia de recibimiento. En la línea de caballos en paralelo el joven Alonso de Lugo detuvo su montura a la derecha de Juan Rejón, que había comandado a sus hombres en el desfile.

—Se os ve jubiloso, don Juan —observó Alonso.

—No sabes lo que significa esto, Alonso.

—La presencia de la reina en Sevilla es un espaldarazo a la Hermandad, lo dice todo el mundo.

—No solo eso. Es que se le paran los pies al duque de Medina Sidonia, que nos ha puesto tantos obstáculos, por no decir otra cosa.

De todos era conocido que el duque había cogido un berrinche tremendo cuando por parte de Pedro de La Algaba y de Juan Rejón, diputados para la creación de la Hermandad en Andalucía, le presentaron las cartas con las ordenanzas aprobadas en las juntas celebradas en aquellos días en Castilla. La cólera del duque, cuya voluntad era ley en la ciudad hasta aquel día, provocó que Algaba y Rejón tuvieran que refugiarse en las casas de Pedro de Estúñiga, que poco antes se había decantado públicamente por la reina. Por la razón que fuese, aunque muy bien podían imaginarla por las presiones del duque, el tal don Pedro les hizo saber que en su casa no podían parar más tiempo. Los diputados resolvieron pedir amparo en otro lugar, que fue en el monasterio de San Pablo, donde recibían a cualquiera. Tal era la situación hasta el anuncio de la llegada de la reina, momento en que se suavizaron mucho las cosas.

En el alcázar solo iban a entrar la escolta y allegados de la reina, por lo que en la plaza adyacente al alminar gigantesco de la antigua mezquita se dispersaron los que formaban parte de la parada.

La reina antes de hacer su entrada dejó escapar un comentario que fue escuchado por quienes pudieron hacerlo, que en Sevilla eran todos:

—No había imaginado la grandeza de esta insigne ciudad.

Si hubo alguna persona reticente a la monarquía, —había mucho desmandado campando de modo arbitrario en la ciudad debido a la poca policía de las autoridades, a quienes no convenía que existiera

justicia real en ella—, cambió de opinión a partir de ese momento, y el cuento corrió de inmediato de boca en boca.

Tras la reina, entraron en los alcázares amurallados todos sus cortesanos, también las damas de la corte.

De todas las que pasaron delante del pasillo ecuestre de honor, hubo una que llamó la atención de Alonso de un modo poderoso. Los ojos verdes de una joven dama de la reina, ataviada con galas que indicaban sin duda que pertenecía a la nobleza más cercana a la monarca, destellaron en cuanto se cruzó con los del jinete de la Hermandad, dejándolo estupefacto.

—¡Qué hermosura! —dijo Lugo en voz baja, aunque Rejón le escuchó.

—Es Beatriz de Bobadilla —le dijo su superior.

Lugo había oído hablar de una dama que se llamaba así. Y frunció el ceño.

—No puede ser la esposa del mayordomo real. He oído que fue preceptora de la reina. Esta que vemos es muy joven.

Rejón sonrió.

—No es la esposa del mayordomo. Es su sobrina, que se llama igual. La apodan la cazadora, porque su padre tiene el título de cazador real, y así la diferencian de su tía.

—Esto de tener el mismo nombre puede llegar a ser un problema histórico.

Rejón giró la cabeza hacia Lugo,

—¿De qué hablas?

—Hablo de que en un futuro la gente se confundirá con las dos Beatrices de Bobadilla. Y en lo que a mí respecta, no sería de mi agrado que, si hubiera otro Alonso de Lugo, me confundieran con él.

—Es todo un problema —comentó Rejón burlonamente—. Sobre todo cuando hagan recuerdo de vuestras hazañas.

Lugo, como subordinado, no se atrevió a devolver la chanza, pero sí a comentar por lo bajo, como si fuera para sí.

—De cualquier manera, es la criatura más hermosa que he visto en mi vida.

—Pues mírala bien, Alonso, porque no te vas a acercar a ella más de lo que haces ahora en los días que te quedan. Te lo digo yo.

53

Aldea de San Sebastián de la Gomera, 27 de julio de 1477, tres días después.

—Esto ya no se puede aguantar más.

Fernán Peraza se encontraba en la azotea de la torre que dominaba la bahía de la aldea de San Sebastián, un puerto recogido y seguro que se abría al oeste de la isla de La Gomera. Junto a él se encontraba Gonzalo Muñoz, su hombre de confianza, y ambos deliberaban sobre los últimos acontecimientos en la isla.

—Creo que tenéis razón, señor —contestó Muñoz—. Una cosa es que algunos de vuestros vasallos se nieguen a pagar las rentas debidas al señor, pero otra es que lo traicionen. A él y al reino de Castilla.

Peraza, que miraba el mar, asintió y se dio la vuelta, señalando el abrupto interior de la isla.

—Por lo que nos contaron ayer, está fuera de toda duda que un par de navíos portugueses han desembarcado a sus hombres en la playa del valle del Gran Rey, como lo llaman, y han sido bien recibidos por mis vasallos. Gonzalo, ¿podría entenderse que este es un acto de guerra?

El subordinado de Peraza no necesitó más de un instante para contestar.

—Estamos en guerra con Portugal. Cualquier vasallo que preste ayuda o colabore con los portugueses se convierte en reo de alta traición.

—Además, justo los de los bandos de Ipalán y Mulagua, los más lejanos de este pueblo.

Muñoz consideró que no era el momento de corregir a su señor con la excesiva denominación que había dado al pequeño caserío disperso en torno a la altiva torre, por lo que le siguió el discurso.

—Esta isla es un enorme conjunto de cimas altísimas y barrancos muy profundos. Es muy difícil llegar a las cuevas donde viven sus habitantes, este puñado de pastores gentiles. Cobrar tributos en esos lugares es poco menos que imposible. Y alegan que ellos no concertaron las paces con vuestro abuelo, que fue el primero que puso el pie en esta rada.

—Sea. Hasta ahí podemos llegar, pero es inaceptable que se pasen

al enemigo portugués. Hay que castigar esa osadía.

—Estoy de acuerdo con vos, señor. Pero, ¿cómo hacerlo? Apenas disponemos de veinte castellanos armados, que más bien valen para la defensa y guarnición de esta torre que para conformar un contingente de castigo. Necesitaríamos barcos para llegar con rapidez al otro lado de la isla.

Peraza se volvió de nuevo hacia el océano. Tres carabelas se encontraban surtas en las tranquilas aguas del puerto, cerca de la playa. El señor de la isla las señaló.

—Ahí las tenemos, Gonzalo. Y podríamos lograr que las tripulaciones participaran en el castigo. ¿Cuál podría ser la pena para unos traidores, además de la muerte?

Muñoz supo de inmediato lo que su señor estaba pensando.

—¿Habláis de esclavizar a los rebeldes?

—Es una justa medida. Y de más humanidad que ejecutarlos, que es lo que se merecen.

—Los marinos no tendrían ningún problema en vender los esclavos en los puertos del Andalucía.

—Todos saldríamos ganando —sentenció Peraza—. Me quito de en medio a esos bárbaros insurgentes y los mercaderes se llenan de oro la faltriquera.

Peraza se acercó al borde del paramento de la torre y miró hacia abajo, al conjunto de edificios de madera que rodeaban la fortaleza.

—Mirad, por ahí van dos de los maestres de las naos.

Muñoz siguió la indicación con la mirada y los reconoció.

—Son Alfonso Gutiérrez y Juan Martínez Nieto, vecinos de Palos y de Moguer. Han venido a traer ropa y utillaje a cambio de orchilla.

—Pues pueden llevarse algo más en sus navíos. Pedidles que suban.

Muñoz obedeció y desapareció por el hueco de la escalera que bajaba a los pisos inferiores de la torre. Peraza, desde arriba, lo vio salir al exterior y entablar conversación con ambos hombres. En breve, los dos asintieron y aceptaron seguir a su subalterno de vuelta a la torre. Peraza no tuvo que esperar mucho, los tres hombres salieron a la azotea, tomaron un poco de aire que les faltaba debido a lo empinado de los escalones, y saludaron al señor de la isla.

—Señores maestres —les dijo—, creo que maese Gonzalo ya os ha explicado lo que quisiera concertar con vuestras mercedes.

—Así es, señor —dijo uno de ellos, el tal Gutiérrez—. Estáis en vuestro derecho de castigar a unos vasallos insolentes. Todo el mundo sabe en Castilla que desobedecer a los señores naturales es un grave delito.

—Y si además ayudan al enemigo en plena guerra, más grave aún —añadió el otro marino.

Peraza sonrió brevemente.

—Veo que habéis captado mi punto de vista. El castigo será la esclavitud y vuestras mercedes, con vuestras tripulaciones además de mis hombres, seremos el brazo ejecutor de la justicia en esta isla.

—Los hombres de dos naos son pocos. Necesitaremos más —dijo Martín Nieto—. Creo que en Lanzarote y Fuerteventura hay cuatro barcos más, entre carabelas y carracas.

—Son los navíos de Diego Gil, Alonso Yanes, Juan de Triana y Juan Martínez de las Monjas, todos vecinos nuestros —dijo Gutiérrez—. Podríamos pedirles que se unan a la empresa. Sumaríamos entre todos más de un centenar de hombres.

—Solo habría que hacer bajar a esos demonios de sus cumbres —indicó Nieto—. No se puede pedir a unos marinos que suban a buscarlos.

—Prepararemos una celada —contestó Peraza—. ¿No sois mercaderes? Pues ofreceréis a muy bajo precio vuestras mercaderías. Estoy seguro de que bajarán a comprarlas. Y ese será el momento de caer sobre ellos.

—¿Y vos no os vais a quedar con ninguna parte del negocio? —preguntó Gutiérrez.

Fernán Peraza imitó a su hermano y esbozó una sonrisa cruel.

—Estimado maestre, quien hace el mejor negocio soy yo

54

Sevilla, 10 de septiembre de 1477, dos semanas después.

La reina Isabel no salía de su estupor.

—Repetidme eso, don Rodrigo.

Rodrigo Maldonado de Talavera, uno de los consejeros reales más cercanos, revisó la carta que tenía en sus manos, e hizo un resumen de lo que había leído anteriormente. La penumbra de la sala de Justicia o de los Consejos de los reales alcázares sevillanos conseguía que el calor del mediodía exterior no pudiera traspasar el umbral de la estancia, procedente del patio del Yeso.

—El hijo de la señora de las islas de Canaria, Fernán Peraza, con la complicidad de seis propietarios de navíos de Palos y de Moguer, ha apresado a cien vasallos de la isla de La Gomera, y los ha llevado a esos puertos para venderlos como esclavos.

Junto a Maldonado, se encontraban despachando con la reina su confesor, fray Hernando de Talavera, prior del monasterio jerónimo de Prado, y Juan Díaz de Alcocer, otro de los miembros del Consejo Real, todos con expresión seria y circunspecta.

—Decidme, don Rodrigo. Ese Fernán Peraza, ¿puede hacer eso? ¿Acaso no son vasallos del reino de Castilla?

—Los culpables del hecho dicen que esos gomeros no son cristianos, que viven en la idolatría, y que, al levantarse contra su señor natural y entrar en tratos con el enemigo portugués, pueden ser esclavizados como justo castigo.

La reina se volvió hacia el religioso.

—¿Vos que opináis, fray Hernando?

—No son infieles enemigos de nuestra fe, ni pertenecen a otros reinos que luchen contra vuestra soberanía. Son vasallos de Castilla, mi señora y, como tales, aunque no estén bautizados, están en vías de serlo, sin duda.

—¿Y entonces?

—En mi humilde opinión, no deben ser esclavizados, mi señora.

—Y vos, Alcocer, ¿cuál es vuestra opinión?

—Los habitantes de las cuatro islas conquistadas han aceptado el señorío de la familia Peraza, y eso los convierte de derecho en

súbditos de Castilla. Por ello tienen derechos igual que cualquier otro habitante de estos reinos, como son el de un juicio justo por juez con competencia para ello y el de apelar sus sentencias ante la reina. Otra cosa podría considerarse de los habitantes de las islas que no están conquistadas, que son también gentiles, pero no están sujetos a la soberanía castellana.

—¿En resumen? —repreguntó la reina, con un leve deje de impaciencia.

—No deben ser esclavizados. El castigo por el alzamiento contra su señor natural puede ser a veces la muerte, pero no la esclavitud.

La reina se levantó de su sitial y dio varios pasos por el salón. Ni la armadura mudéjar de madera del techo ni las yeserías con decoraciones vegetales y escudos de las paredes la distrajeron de sus pensamientos.

—¡Esa familia de los Peraza no para de darme un disgusto tras otro! —Estalló—. Si no es el padre, es la madre. Y si no es un hijo, es el otro. ¡Empiezo a estar harta de ellos! ¡Hasta aquí hemos llegado! No pienso permitir que ese tal Fernán haga lo que le venga en gana.

—¿Qué ordenáis, alteza? —preguntó Maldonado.

—Que se prohíba la venta de esos gomeros. De inmediato. Y si ha habido alguna venta, que se les restituya la libertad. Imponed una fuerte multa a los marinos que se prestaron a esta fechoría y al mismo Peraza. Y además, que costeen el viaje de vuelta de todos los cautivos a su isla.

—Y que sean bautizados de paso, mi señora —dijo el prior.

A la reina se le cortó el hilo de pensamiento con la interrupción de su confesor. Pero se rehízo enseguida.

—Eso, que los bauticen antes de volver —la reina se volvió hacia sus consejeros—. Por cierto, hoy es lunes. Me prometisteis que me harías saber vuestro dictamen sobre el derecho de esos señores a la conquista de las islas de Canaria. El tal Cabitos, ¿ya terminó su pesquisa?

—La ha terminado, mi señora —dijo Alcocer—. Remoloneaba un tanto hasta que vos llegasteis a la ciudad. A partir de ese momento, la acabó a toda prisa.

—¿Y la habéis examinado?

—Sí, señora —intervino ahora Maldonado—. Las dos partes en litigio han aportado documentos y numerosos testigos, que han departido a sus anchas.

—¿Y cuál es vuestro parecer? Mirad que hoy no estoy de humor para con esa familia.

Fray Hernando, sabiendo que tenía más mano con la reina, fue el que intervino:

—Nos parece que Diego de Herrera y doña Inés Peraza, su mujer,

tienen cumplido derecho a la propiedad, notoria posesión y mero mixto imperio de las cuatro islas conquistadas, que son: Lanzarote, Fuerteventura, La Gomera y El Hierro.

—Bien, eso hace que la isla de Lanzarote sea de ellos sin discusión. ¿No es así? —inquirió la reina.

—Así es. Los vecinos no tienen el derecho de su parte. Doña Inés tiene justo título a ejercitar su señorío.

La reina dedicó unos instantes a recordar a los enviados de la isla, que tan injustamente habían sido tratados, pero solo unos instantes.

—¿Y qué me decís de las otras, las que no están conquistadas?

El fraile jerónimo prosiguió:

—Diego de Herrera y doña Inés, su mujer, tienen derecho a la conquista de la isla de la Gran Canaria, y de la de Tenerife y de la Palma. Es suya y le pertenece la dicha conquista, por merced que de ella tuvo por juro de heredad que se hizo ante el muy excelente rey don Juan, vuestro padre, de gloriosa memoria y que haya santa Gloria, a Alonso de las Casas, ascendiente de la dicha doña Inés.

La reina puso mala cara, por lo que el prior se apresuró a continuar antes de que dijera nada.

—Sin embargo, por algunas y razonables causas, vuestra alteza puede mandar conquistar las dichas islas de Gran Canaria, Tenerife y la Palma. Y si se ganaren las dichas islas, o cualquiera de ellas, debe hacer equivalencia por la que así ganare a los dichos Diego de Herrera y doña Inés, por el derecho que a la dicha conquista tienen, y por los muchos trabajos y pérdidas que han recibido, además de las costas que han hecho en la prosecución de ellas.

La reina meditó sobre las palabras de su consejero.

—Entonces, ¿podemos adjudicarnos la conquista de esas tres islas?

—Podéis, mi señora —intervino Alcocer.

—¿Y qué es eso de la equivalencia?

—Pues que habrá que compensarles por la pérdida del derecho. Así lo estipuló vuestro padre, el rey don Juan.

—A veces, mi padre era excesivamente magnánimo. Habrá que pechar con el asunto. En unos días mi señor esposo, el rey don Fernando, llegará a Sevilla. Aprovechemos su presencia para concertar por escrito el asiento de traspaso de derechos con los Peraza. Y cuidad de que no se les dé demasiado dinero. También hay que hacer equivalencia con los quebraderos de cabeza que me provocan de continuo.

—¿Y qué les decimos a los vecinos de Lanzarote que han venido aquí, a Sevilla? Si vuelven a su isla, serán severamente castigados.

La reina volvió a tenerlos otro instante en sus pensamientos.

—Decidles cual es nuestro fallo y parecer, que es inapelable. Y si lo desean, que se queden en Sevilla para formar parte de la conquista

que vamos a preparar desde mañana mismo. Los portugueses pueden desembarcar en ellas en cualquier momento.

Los tres consejeros no se esperaban aquellas prisas.

—Alteza, y ¿qué isla es la primera que deseáis conquistar?

—Gran Canaria, sin duda. ¿No es acaso la que tiene el título de grande?

55

Sevilla, 22 de septiembre de 1477, doce días después.

El grupo de mulas somnolientas llevaba a las dueñas de la reina de paseo por Sevilla. Después de haber cruzado toda la ciudad hasta el castillo de Triana, volvieron a cruzar el río a la inversa por el puente de barcas y se adentraron en las murallas. Buscaban el camino de los alcázares, que pasaba sin remedio por delante de la iglesia mayor de Santa María.

Al llegar a la puerta delantera de la antigua mezquita sevillana, con su inmenso alminar dominando el horizonte urbano, Beatriz de Bobadilla, la joven, le preguntó a su tía:

—¿Podremos subir algún día a lo alto?

Doña Beatriz de Bobadilla, la tía, sonrió.

—Ese ha sido siempre uno de tus sueños —le reconoció—. Tal vez sea la torre más alta de toda Castilla.

—Debe ser la más alta del mundo —contestó la sobrina, sonriendo y mirando hacia arriba.

La señora ordenó al cochero que detuviese el carruaje.

—Beatriz —le dijo—. Yo ya estoy algo mayor como para subir tanta altura. Si quieres llegar a la cima, tendremos que buscar a alguien que te escolte.

—Yo no necesito escoltas, tía. Puedo cuidar de mí misma.

La mujer mayor rio con ganas.

—¡Ay! Niña. Esos ojos son un peligro en Sevilla y en cualquier lado. Mejor será que vaya contigo una de las damas de compañía y alguno de los soldados que nos acompañan.

Las damas que escucharon la conversación se retrajeron, aterrorizadas. ¿Subir hasta lo alto de la torre con aquellos calores? Aquellas mujeres no sabían lo que se traían entre manos. Las dos beatrices se percataron de la renuencia de sus compañeras de paseo.

—Subiré sola. Si acaso, que me siga a distancia alguno de los guardas.

Doña Beatriz se admiró de la persistencia en el empeño de su sobrina. Le dijo en voz más baja:

—Hay un mocetón que no te quita el ojo.

La joven se ruborizó al instante, pero no volvió la cabeza.

—Ese, el de la barba incipiente —continuó la tía—. No tiene mala planta.

La sobrina trató de recomponer el semblante.

—No digáis tonterías. Es muy jovencito. Y tal vez sea el mejor, ya que no se atreverá a acercarse a mí.

La mujer volvió a sonreír, se giró y le hizo una seña al joven que las escoltaba.

—Acercaos, haced la merced.

El jinete así lo hizo, extrañado. En general, las damas no se dignaban a hablar con sus escoltas.

—¿Se os ofrece algo? —le preguntó.

—¿Cómo os llamáis?

—Alonso de Lugo, para serviros a vos y al resto de señoras.

—Mi sobrina desea subir a lo alto de la torre. ¿Seríais tan amable de acompañarla?

El soldado no se esperaba la petición, y dudó antes de responder. A pesar de tratar de aparentar mayor edad con la barba, se le notó algo azorado.

—Será un honor obedeceros, señora.

La sobrina azuzó su mula y se colocó entre su tía y el tal Alonso.

—Va a ser una buena caminata —le dijo al soldado—. ¿Estáis en buena forma?

Alonso entendió que tal vez se tratara de un desafío, pero no quiso entrar en el juego.

—No es necesario que descendáis de la mula. La subida se hace a través de rampas. Podéis ir montada.

Beatriz no supo si la noticia le produjo alivio o decepción. Ya se había imaginado a sí misma subiendo a pie la multitud de pisos que conformaban el alminar.

—Pues mejor, entonces.

—Dejadme que hable primero con el canónigo responsable.

Lugo bajó del caballo, ató sus riendas a una de las anillas que colgaban de la pared de la iglesia y entró en su recinto. Salió al poco tiempo, acompañado de un religioso, que saludó con efusión a doña Beatriz, la tía, nada más verla. Alonso y Beatriz dejaron al cura y al grupo y se encaminaron al patio de entrada a la torre. Las puertas estaban abiertas y el soldado agarró la cabezada de la mula de Beatriz.

—¿Vais a subir a pie hasta arriba llevando mi montura de las bridas? —preguntó Beatriz, sorprendida.

—Así es, señora —le sonrió con timidez—. Estoy en buena forma.

La joven tiró de las riendas y la mula se detuvo.

—De eso nada. O subimos los dos montados, o lo hacemos a pie.

Alonso no supo qué contestar. Era la segunda vez que aquella chica

le dejaba sin respuesta.

—Lo que vos digáis. ¿A pie o montados?

La joven sonrió y respondió.

—A pie. Ayudadme a bajar.

Alonso suspiró resignado, y le dio la mano para que descendiera de la silla de amazona que montaba.

Sin decir nada más, Beatriz se dirigió al portalón que daba acceso a las rampas de la torre, se subió con ambas manos la falda de su vestido lo justo para no tropezar, y comenzó la ascensión por el pavimento de ladrillo con dibujos en ángulo. Alonso se ocupó de enlazar la mula a otra anilla y se dispuso a seguirla con rapidez. Ya le había tomado varios pasos de ventaja.

La subida por las treinta y cuatro rampas de la torre se hizo a buen ritmo al comienzo. A Alonso le costó llegar a la altura de Beatriz, que iba más ligera de lo que él había pensado. A la mitad de la ascensión, la respiración de ambos se tornó más fatigosa y el ritmo de zancada disminuyó de manera notoria. El soldado sintió la fatiga de la joven.

—Necesito tomar algo de aire —mintió Alonso, conociendo la altivez de la muchacha—. ¿Podéis deteneros un momento?

Beatriz se detuvo, aprovechando para descansar a su vez.

—No estáis en tan buena forma como presumíais —le dijo a Alonso, tratando se disimular su respiración entrecortada.

—Es que lleváis un paso que ni el corcel más fresco podría seguiros.

La joven se sintió halagada.

—Reconozco que trataba de haceros sufrir.

Alonso sonrió. Al menos, la chica condescendía a sincerarse con él.

—Estamos en Sevilla, señora. Aquí, nadie tiene prisa. Si me hacéis la merced, subid un poco más lento, que de seguro llegaremos arriba de cualquier manera.

La joven miró a Alonso a los ojos.

—¿De dónde sois? Le preguntó.

—De Sanlúcar de Barrameda, uno de los mejores lugares del mundo, justo donde termina el río grande de Guadalquivir y comienza la mar océana.

—¡La mar océana! —exclamó Beatriz—. Nunca la he visto. Estoy deseosa de contemplarla. Tengo entendido que su alteza tiene previsto acercarse en breve.

—Y yo estaré en la guardia que la acompañe, si Dios quiere.

—Yo también iré, por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo.

—Os gustará. No conozco a nadie que no le impresione la mar.

Beatriz consideró que ya estaba bien de cháchara y reemprendió la marcha, esta vez a un paso menos ligero. Las rampas terminaron por acabarse y la pareja se asomó a los muretes que circundaban el techo

cuadrado de la torre. El contorno de las murallas de la ciudad, su inmenso caserío, y el río, más allá, hacia poniente, se ofrecía a la vista con todo su esplendor.

—Aquí corre un poco el aire —comentó Beatriz, sacando su abanico y usándolo con fruición—. No sería mal sitio para instalar una veleta, de esas que giran.

—Es la segunda vez que subo, y el paisaje me parece más impresionante todavía —comentó el soldado.

—No se ve la mar desde aquí. Pensé que tal vez podría verse desde esta altura.

—Estamos un tanto lejos, señora. A un par de jornadas a paso de acémila. Si acompañáis a sus altezas, veréis cuán grande y luenga es.

—Decidme, Alonso: Y desde Sanlúcar, ¿se ven las islas de Canaria?

Alonso volvió a sorprenderse de la salida de la dama, pero en esta ocasión, sí supo qué responder.

—Por supuesto. Todas ellas. Podréis contarlas con los dedos de vuestras manos.

56

Sevilla, 1 de octubre de 1477, una semana después.

—Entrad, señor obispo.

Alonso de Palencia se echó a un lado para que pasara Juan de Frías el obispo de Rubicón y de Canaria. Le acompañaba su sombra silenciosa, el deán Juan Bermúdez, que también entró en la sala sin dudar.

El rey Fernando y tres miembros de su consejo esperaban sentados en sillas altas. Solo había dispuestas tres más, una para el cronista Palencia, otra para el obispo, y una tercera, ya ocupada por un alto cargo de la corte.

—Sed bienvenido, ilustrísima —dijo el rey al recién llegado—. Creo que conocéis a Diego de Merlo, nuestro asistente en esta ciudad.

Frías saludó con la cabeza al representante real en Sevilla.

—Así es, alteza. No hay nadie que no lo conozca en muchas leguas a la redonda.

A un gesto del rey, se sentó. Bermúdez permaneció de pie a unos pasos a su espalda.

—Tengo noticias que os van a agradar —dijo el monarca—. Tenemos en nuestra consideración iniciar la empresa de la conquista de las islas de Canaria.

Frías aparentó sorpresa. Palencia se lo había contado días antes.

—Me agrada sobremanera, alteza. Por fin llevaremos la fe de Cristo a los gentiles que las habitan.

—De eso se trata, y de más cosas, además —replicó el rey—. Mi primo, el rey portugués, les tiene echado el ojo y temo que se nos adelante. Como sois persona interesada en llevar a buen fin la conquista, es nuestro deseo que forméis parte directa de su preparación.

—A vuestro servicio he estado y estaré siempre.

El rey asintió, satisfecho de la respuesta. Es lo que esperaba y fue lo que obtuvo

—Sabed que Merlo y Palencia serán mis ojos y mi boca en lo tocante a esta conquista, y tendréis que trabajar con ellos. —El rey se dirigió a la silla contigua: —Merlo, proseguid con la explicación de los

detalles.

El asistente se levantó, como para que sus palabras tuvieran más empaque.

—Informaciones muy fidedignas nos inducen a pensar que con una fuerza de seiscientos peones y doscientos de a caballo se podría comenzar por la isla de Canaria. Vos conocéis mejor las islas que yo, ilustrísima, y por lo tanto, estaréis de acuerdo con las voces que nos aconsejan desembarcar en la banda de Gando.

Frías asintió con la cabeza.

—En efecto, los canarios de esa parte tienen una crisis de gobierno. Un usurpador, un tal Doramas, tiene ocupado el reino de Telde durante la minoría del legítimo rey y los hombres de pelea están divididos. Esa fuerza que decís puede ser suficiente para derrotar cualquier resistencia.

—Gracias por corroborar nuestra impresión —contestó Merlo—. La idea es levantar una armada muy poderosa que vaya a Canaria y a la Guinea, de modo que los portugueses no se atrevan a enfrentarla. Así atacaremos dos objetivos importantes para nuestros enemigos.

—Es una excelente idea —convino Frías, con algo de adulación—. Cuanto más fuerte sea el ejército, mejor.

—Pero una armada y un ejército así exige un esfuerzo muy importante.

—Estoy seguro de que habrá miles de combatientes voluntarios prestos a defender la causa —enfatizó el obispo.

—El esfuerzo también es en dineros, ilustrísima —interrumpió el rey, deseoso de llegar al tema que le preocupaba.

—Es evidente, alteza —repuso el religioso—. Y de seguro que en algo habréis pensado.

—Nuestras arcas no están en su mejor momento. La larga guerra con Portugal ha desgastado y desgasta cada día nuestras rentas. Pensamos que la armada de Guinea volverá con numerosas riquezas, pero habrá que sufragar el viaje, al igual de los estipendios de la soldadesca y sus vituallas. Os necesitamos a vos para ello.

Frías sabía perfectamente lo que venía a continuación.

—Soy vuestro humilde servidor.

Fue Alonso de Palencia quien tomó la palabra.

—Os encargaréis de predicar la bula de Cruzada. El Santo Padre estará de acuerdo en ello. El dinero de la venta de las bulas irá destinado a la preparación de la armada. Tendréis todo el favor real para ello.

—¿Cuánto tiempo necesitáis para conseguir el importe necesario para despachar los barcos? —preguntó de nuevo el rey.

Frías no se había parado a pensar en detalle la respuesta, por lo que decidió abundar en largueza.

—Un año, alteza —respondió.

—Tenéis seis meses, obispo —dijo el rey—. En la primavera los portugueses se lanzarán contra las islas de Canaria, nuestros espías nos lo han confirmado. Antes del verano los pies castellanos deben estar hollando las playas de esa isla.

En el silencio del salón, la orden sonó clara y terminante.

—Pondré en ello todo mi empeño —respondió Frías, notando que comenzaba a hacer más calor del acostumbrado en la estancia.

—Nos complace —añadió el monarca—. Es nuestro deseo que os pongáis a trabajar en ello de inmediato. Nos toca tomar la iniciativa en esta guerra y lo haremos allí donde más les duele a los portugueses: en la mar.

Merlo consideró que el rey había terminado su discurso para intervenir él a su vez.

—El cronista Palencia y yo nos ocuparemos de la intendencia. Vos, eminencia, de conseguir los dineros. Necesitaremos a responsables de las acciones de guerra. Nosotros ya tenemos a nuestro candidato. ¿Habéis pensado en alguien?

Frías respondió sin pensarlo dos veces.

—Aquí mismo lo tenéis: mi deán, don Juan Bermúdez. A pesar de ser un hombre de Dios, es diestro en el arte de guerrear.

El aludido se inclinó, sintiendo los ojos de todos los asistentes en él. Como no hubo el menor reparo, el obispo preguntó a su vez.

—¿Y quién es vuestro hombre, señor asistente?

El representante regio tenía preparada la respuesta.

—Un hombre de la Hermandad. En un primer momento, pensamos en el diputado para Andalucía, Pedro de la Algaba, pero nos viene mejor que siga prestando sus servicios cerca de sus altezas, por lo que irá su segundo, Juan Rejón.

Frías no conocía a Rejón sino de oídas, por lo que no se le ocurrió ninguna objeción.

—Me parece una elección acertada —sentenció el obispo—. Estoy seguro de que será el mejor colaborador de mi deán en la guerra contra los canarios.

—Yo también estoy seguro de ello —dijo Bermúdez, que se atrevió a intervenir por primera vez.

El rey miró con atención al obispo y a su deán, y deseó que las palabras fueran proféticas.

Sanlúcar de Barrameda, 16 de octubre de 1477, dos semanas después.

La galera real pasó por delante del puerto de Bonanza, el último quiebro del río Guadalquivir antes de abrirse al Atlántico, y enfiló hacia las playas donde comenzaba el caserío extramuros de Sanlúcar de Barrameda.

Decenas de barcas de pesca y de transporte permanecían varadas en la arena, mientras que otras salieron al encuentro del navío en que viajaban la reina Isabel y lo más selecto de su corte. Por la ribera del río, a caballo o en mulas, escoltaban el barco los guardas reales, el séquito imprescindible, y aquellos caballeros andaluces que desearon acompañar el descenso fluvial, que fueron muchos.

En la orilla, montado en un brioso corcel blanco, don Enrique, el duque de Medina Sidonia, esperaba pacientemente la llegada de la reina. Un espacio abierto en la playa, entre las barcas, era el lugar donde debía realizarse el desembarco, y gran parte de la población se había congregado allí. El ambiente era festivo: los caballos lucían sus mejores arreos, los criados del duque ondeaban sus pendones y las campanas de las iglesias comenzaron a tañer. Los que no habían bajado al río, se encontraban en las almenas de las murallas y en las ventanas de las casas más altas, dispuestos a no perderse la llegada de los reyes.

Una vez que la galera se detuvo delante de la población y echó el ancla, una de las barcazas más grandes de la desembocadura del río se acercó a la embarcación y esperó a que se instalaran las rampas de madera que harían las veces de puente entre ambas.

La invitación a la costa atlántica andaluza había surgido del duque, idea que se apropió de inmediato su rival, el marqués de Cádiz, invitando a los reyes a que después de Sanlúcar se acercaran a Jerez, su centro de actividad. Al duque no le había gustado nada que el marqués se aprovechara del paseo real, pero no pudo hacer nada para evitarlo. Don Fernando había dejado bien claro que tocaba visitar a los dos grandes nobles del bajo Guadalquivir, y no había nada que discutir al respecto.

Por eso, don Enrique había dispuesto todo para que los reyes

estuvieran cómodos y satisfechos, y un detalle de tantos consistía en que los monarcas bajaran por el río en galera, un método de transporte mucho más confortable que por tierra.

El viaje se había desarrollado sin contratiempos, con los que todos estaban felices y animados. La reina, algo impaciente por saltar a tierra, se dejó ver en la borda antes de que se ultimasen los preparativos. Un par de voces de mando aceleró el trámite y en pocos instantes, doña Isabel, llevada de la mano por su esposo, bajó de la galera a la barcaza. Tras ella lo hicieron un grupo numeroso de dueñas, también con ganas de alcanzar la orilla. Los cortesanos esperaron pacientemente su turno, y tuvieron que esperar la llegada de una segunda barcaza para pisar tierra firme.

El duque descendió de su caballo y puso rodilla en la arena en cuanto la reina llegó a su altura. Todos los que le acompañaban le imitaron. Don Enrique le besó la mano y le dio la bienvenida a su casa, entre los vítores del gentío que los rodeaba. Doña Isabel le hizo levantar y le agradeció el recibimiento. Estaba previsto que se iniciara un paseo hasta la parte alta de la ciudad, intramuros, y el duque le mostrara el palacio ducal, siempre en obras de ampliación, y luego el castillo de Santiago, a cuya torre del homenaje habían de subir para contemplar el paisaje, mar océana incluida.

Los reyes se subieron a dos caballos andaluces con ornamentos en las crines y se dirigieron, seguidos por una comitiva interminable que lo hacía a pie, por la calle de los bretones, llena a la sazón de bretones y naturales de otros reinos de lenguas incomprensibles, en dirección a una de las puertas de la muralla. Dejaron a su izquierda las covachas y ascendieron por la cuesta de Belén hasta cruzar la puerta del mar.

De allí, subiendo, a la izquierda, fueron a la iglesia de Nuestra Señora de la O, donde, tras descabalgar, entraron a realizar una breve oración, lo que agradecieron sus seguidores, poco acostumbrados a caminatas en cuesta. A continuación, un breve refrigerio en el palacio ducal, solo para los más allegados a la reina y al duque, y luego reemprendieron la marcha hacia el castillo, situado en la esquina noroeste del recinto amurallado.

Se trataba de subir a lo alto de la torre, que era el mejor lugar para admirar el paisaje circundante, petición expresa de doña Isabel, que nunca había visto el mar. A las dueñas les costó algo subir con sus amplios y pesados vestidos por las estrechas escaleras del edificio militar, pero si la reina lo hacía, ninguna se iba a quedar atrás.

Beatriz de Bobadilla subió por la angosta y oscura escalinata como el resto de damas de la corte cuando le tocó el turno, que para todo había protocolo, siempre detrás de su tía, que pesaba bastante en el entorno de la reina.

—¿Estás contenta, Beatriz? —le preguntó su tía, cuando casi

llegaban a la terraza superior de la torre.

—Mucho, su alteza va a ver la mar. Y yo también.

En cuanto se sobrepuso a la cegadora luz del exterior, la joven se hizo cargo de la situación. La reina se encontraba junto a las almenas de la cara suroeste de la solana. A su lado se hallaban el duque, el rey, y otros cortesanos cercanos. También se percató de la presencia de varios guardas reales y otros escoltas que vigilaban por la seguridad de todos. Entre ellos estaba el joven que subió con ella al minarete de Sevilla, el tal Alonso de Lugo, que solo tenía ojos para ella y que la saludó con una sonrisa seguida de una inclinación de cabeza. Beatriz respondió con un leve asentimiento y desvió la mirada enseguida, en busca de la protección de su tía. No podía evitar sentirse azorada cuando un hombre la miraba fijamente.

Doña Beatriz, la tía, tomó la mano de su sobrina e hizo valer su corpulencia para hacerse sitio y llegar, por fin, a las almenas, a pocos pasos de doña Isabel.

—¡Ahí la tienes! ¡La mar océana! —exclamó, exultante.

Los ojos de la sobrina se abrieron con desmesura. Más allá de la desembocadura del río, una línea continua de tonalidad azul ocupaba todo el horizonte.

—¡Dios mío! ¿Y todo eso es agua?

La tía sonrió ante la pregunta.

—Es un agua infinita, que separa los continentes, pero los une a través de los navegantes. Un buen marino podría llegar a cualquier lugar del mundo surcando esa mar.

—¿A cualquier lugar? Eso es decir mucho.

— Europa, África, Asia, todo el mundo conocido.

Beatriz escudriñó el amplio panorama que se abría ante sus ojos. Miró y remiró, y echó algo en falta.

—Pero no veo las islas de Canaria, tía.

Doña Beatriz miró con extrañeza y curiosidad a su sobrina.

—Es que no las vas a ver, querida. Están muy lejos para ello.

La joven no pudo evitar adoptar una expresión decepcionada.

—¿No se ven? ¿De verdad?

—No se ven —sentenció la tía.

En su fuero interno, la decepción se tornó en indignación y rabia. Una persona le había tomado el pelo. Se volvió con rapidez y mirada feroz, buscando al tal Alonso, pero el lugar que ocupaba justo antes se lo encontró vacío. El oficial de la Hermandad había decidido, con sabiduría, desaparecer de su vista.

58

Sevilla, 20 de noviembre de 1477, un mes después.

Una nueva jarra de vino fue depositada sobre una de las mesas de la oscura taberna anexa a la posada del Lucero. Ya había anochecido y Fernán Guerra y Pedro de Ervás, un viejo conocido suyo de las islas, estaban dando cuenta de una escudilla de carne de conejo.

—¿Qué sabéis de vuestra familia? —preguntó Ervás, que escanció el vino en vasos de cerámica pintada.

—Mi esposa María y mis hijos Juan, Ana y Catalina, siguen escondidos en lugar seguro, en la sierra de Lanzarote. En una de las fincas de Ibone de Armas, que Dios lo proteja.

—Y doña Inés Peraza, sabiendo que el hermano de Ibone, Juan, vino a Castilla a presentar quejas contra ella, ¿no ha tomado medidas contra él?

—Por lo que sé, ha escapado de momento de las iras de la señora. Aunque no creo que por mucho tiempo. Hasta que no pase algún navío por allí que quiera prestarse a transportarlos, no podrán reunirse conmigo.

—Y vos y vuestros compañeros vecinos de la isla, estáis aquí, inactivos, esperando a que se organice la conquista de alguna de las islas por parte de los reyes.

—Sus altezas han llegado hace apenas un mes a un acuerdo con los señores de las islas. A cambio de cinco millones de maravedíes, el derecho de conquista pasa a la corona. Al menos, la campaña será realenga, estaremos a salvo de doña Inés y de su esposo.

—Pero eso de la conquista, si se hace, llevará su tiempo.

—No nos queda otra que esperar con paciencia. Solo os puedo decir que nos han prometido que formaremos parte del ejército que se levante. Y que viviremos en las tierras que se nos concedan en la isla que se conquiste.

—Todo apunta a que sea Gran Canaria la primera.

—Es la mejor conocida de todas. No en vano muchos de nosotros vivimos allí durante un tiempo. Yo mismo estuve cautivo de los canarios.

—Lo recuerdo, es un hecho notorio de todos sabido.

Un hombre mayor hizo su entrada en la taberna y, tras echar un

vistazo furtivo a las mesas, resolvió acercarse con rapidez y sin pedir permiso se sentó junto a los dos comensales.

—Sois Fernán Guerra, ¿no es cierto? —le preguntó.

El aludido se sorprendió de la entrada tan directa.

—Lo soy, para servir a Dios y a nuestros reyes. ¿Y quién es vuestra merced?

—Ramón de Sauzedo, y quiero hablar con vos.

—¿No sois el que hace afeites en la plaza de los Cantos, junto a la muralla? —preguntó Ervás, que reconoció al hombre.

—Hoy no preciso de vuestros servicios —añadió Guerra, medio en broma—. Ya pasé por un barbero la semana pasada.

El hombre hizo un gesto con ambas manos pidiendo que le prestaran atención.

—No son mis artes y prácticas las que vengo a ofreceros —bajó el tono—. Vengo con un cometido importante. Me envía el rey.

Ervás y Guerra se envararon en sus asientos. Aquellas eran palabras mayores.

—¿Os envía el rey? —preguntó Ervás, con un deje de burla—. ¿Y no hubiera sido más lógico que enviara a su mayordomo, o al capitán de su guardia?

—Callad, os lo ruego —le contestó—. Hay que mantener una total discreción.

Se volvió hacia Guerra.

—Debéis acompañarme, el rey os espera. Entraremos al alcázar por el postigo próximo a la puerta de Jerez de la muralla, tal y como me han indicado. Habrá un guardia esperándonos —y se dirigió de nuevo a Ervás—. Y vos, de esto, ni una palabra. Viene él solo conmigo.

Ervás fue a protestar, pero se le adelantó Guerra.

—Sea. Iré con vos. Pero no tratéis de jugármela, que bien sé defenderme.

—Estad tranquilo. No soy ninguna amenaza. Vayamos presto.

Ervás se resignó y despidió a los dos hombres cuando estos tomaron sus capas y sus sombreros y salieron de la fonda. Él se encargaría de pagar la cena.

Las calles de Sevilla aparecían débilmente iluminadas por la luz de la luna y por algún que otro candil a la puerta de las casas. Guerra se dejó llevar por Sauzedo, que parecía conocer como la palma de su mano los recovecos de las callejas y callejones por los que iban cruzando. Estaba claro que su guía trataba de evitar las calles principales. Al cabo, llegaron al postigo de acceso al castillo real. Tras tocar un par de veces en la puerta, la abrieron desde dentro y el rostro de un hombre mal encarado, que portaba un farol en la mano, reconoció al primero de los hombres.

—Llegáis tarde, maese Ramón. Su alteza lleva tiempo esperando

por vos.

La recriminación no hizo mella en Sauzedo, tal vez porque no se sentía en la obligación de excusar su tardanza, y le hizo una seña a Guerra para que entrara. El guardia cerró la puerta tras ellos y les siguió a poca distancia. El hacedor de afeites conocía bien el interior de la fortaleza y no necesitó que nadie le guiase. Tras salir a uno de los patios, lo cruzaron y entraron en uno de los edificios de enfrente. Subieron las escaleras de piedra que les llevaron a un primer piso y, tras recorrer un pasillo, se detuvieron ante una puerta grande, que estaba cerrada. Sauzedo tocó con los nudillos y, sin esperar respuesta, la abrió.

—¿Dais vuestro permiso, alteza? —preguntó al interior.

—¿Habéis dado con ese hombre? —se escuchó desde dentro.

—Aquí conmigo viene.

—Que entre.

Sauzedo abrió la puerta e indicó a Guerra que pasase. El lanzaroteño se encontró en una sala iluminada por una chimenea encendida, en la que se encontraban sentados el rey don Fernando y su secretario. Guerra se quitó el sombrero, dio dos pasos y se arrodilló.

—Es un gran honor, alteza —musitó, arrobado.

El rey, acostumbrado a las muestras de sumisión, asintió y le hizo levantar.

—Sentaos en esa silla, maese Fernán, que deseamos hablar con vos.

Guerra obedeció, casi sin atreverse a levantar la mirada.

—A vuestro servicio estoy.

—Tenemos entendido que conocéis bien la isla de Canaria.

—Allí he vivido cautivo, mi señor.

—Queremos preguntaros, y aquí nuestro secretario tomará nota de lo que digáis, por la conquista de esa isla.

—¿Qué deseáis saber?

—En primer lugar, qué población y lugares hay en ella. Qué tamaño tiene. Qué gente hay de pelea, y qué gente sería menester llevar desde Castilla para la conquistar y poner debajo de nuestra obediencia. Y qué navíos serían menester.

Guerra se atrevió a levantar la mirada y cruzarla con la del rey.

—Lo que pedís puede ser largo y prolijo.

—Tenemos tiempo para ello. Y podéis venir otros días. Empezad a contar, que os escucho.

Y Fernán Guerra comenzó a hablar.

59

Sevilla, 15 de diciembre de 1477, tres semanas después.

La familia Riberol esperaba, pasado el mediodía, sentada en el piso alto de su casa del barrio de Génova al invitado que estaba por llegar. Dado que el padre, Pietro Giovanni, había vuelto a su ciudad natal, presidía la mesa su hijo mayor, Francisco. A su derecha, su hermano Cosme, y su izquierda, el primo Batista, que acababa de llegar a la ciudad. Al otro extremo de la mesa, dejando un hueco en medio, Lorenzo escanciaba el vino de Jerez que había enviado el socio de la familia, Francisco Adorno, aquella misma mañana.

—Estos vinos cada vez son mejores —dijo Cosme, que iba aficionándose a los caldos de la región.

—Los de Sanlúcar no se quedan atrás —replicó Francisco—, pero reconozco que este es excelente.

—Y si está fresco, mejor —concluyó Batista, que acabó el vaso de un trago y pidió otro.

—Este vino debe beberse poco a poco, micer Batista —dijo con voz amable Lorenzo, sirviendo de nuevo al genovés.

Un criado hizo su aparición en la entrada y se dirigió a los congregados.

—Maese Juan de Lugo ha llegado.

—Que pase —indicó Francisco.

Unos instantes después cruzó el umbral del salón el socio castellano de los Riberol en Sevilla. Saludó a Lorenzo y a los dos hermanos, pero no conocía al primo.

—Os presento a Batista, es el hijo de Giacomo y de Bertina, mis tíos —le dijo Francisco—. Llegó la semana pasada.

Lugo estrechó la mano de Batista.

—Sed bienvenido —le dijo en castellano.

—Tendréis que perdonar a mi primo —dijo Cosme—. Todavía no sabe la parla castellana, pero aprenderá en poco tiempo.

A una indicación de Francisco, Lugo se sentó en el espacio que tenía reservado.

—Lo lamento por vos, micer Batista, pero tendremos que hablar en castellano. A pesar de muchos esfuerzos, no logro hablar vuestra

lengua genovesa.

Francisco y Cosme rieron al recordar los vanos intentos de farfullar alguna palabra genovesa por parte del sevillano, con su marcado acento andaluz.

—Probad este vino de Jerez que nos ha enviado Adorno —pidió Lorenzo, que se dispuso a llenarle un vaso.

Lugo lo probó y asintió, satisfecho.

—Este año la cosecha ha sido buena, vive Dios.

—Parece que tendremos abundancia de todo lo que da la tierra —comentó Francisco.

—Lo que les viene de perlas a sus altezas para sus proyectos inmediatos —respondió Lugo.

—En los que podríamos vernos involucrados con algún beneficio —siguió el hilo Francisco—. ¿No es así, maese Juan? Seguro que venís por eso.

Lugo dibujó una sonrisa astuta.

—Veo que ya me conocéis bien, mi señor Francisco.

Riberol se echó atrás en su asiento, riendo de nuevo.

—No me llaméis mi señor, que sois mayor que yo. Conmigo no son necesarias esas zalamerías. Contad, que somos todo oídos.

Lugo terminó el vaso antes de entrar en materia.

—Sus altezas han decidido acometer la empresa de la conquista de las islas de Canaria. Ya sabéis que compraron los derechos a la familia Peraza.

—Lo sabemos —intervino Cosme—, y también que los Perazavan a tardar años en cobrar todo el montante prometido. Las arcas reales están vacías.

—A eso exactamente iba, micer Cosme —replicó Lugo—. Para dicha conquista habrá menester de muchos dineros. Yo diría que al menos un millón de maravedíes. Y eso para empezar.

Los genoveses se pusieron tensos.

—Es una cantidad muy respetable, y que no está a nuestro alcance en este momento —repuso Francisco.

—Esperad, que sigo —trató de tranquilizarles el sevillano, que notó el cambio de actitud de sus anfitriones—. Sus altezas piensan costear la conquista mediante el cobro de la bula de Cruzada, lo que es imposible a corto plazo. Y tienen prisa.

—No os entiendo del todo. Si no es posible, ¿cómo piensan hacerlo? —preguntó Lorenzo.

—La recaudación de las bulas lleva su tiempo, ya que tiene que intervenir mucha gente en muchos lugares por todo el reino. El encargado de ello es el obispo de Rubicón y, para no fallar a los reyes, su única opción es acudir a los préstamos.

—Y ahí podríamos entrar nosotros —prosiguió Francisco—. ¿Es

seguro el negocio?

Lugo volvió a sonreír. El joven Riberol era sagaz, sin duda.

—Está respaldado por las bulas pontificias y por la corona. Pero lo que en realidad nos interesa no es prestar dinero al obispo de Canaria.

—¿Qué nos interesa entonces? —preguntó Francisco, intrigado.

—Lo que hablamos hace unos meses, hacernos con la orchilla canaria —contestó Lugo.

—¿Y cómo casa la orchilla con la bula de cruzada?

—Le prestaremos algo de dinero al obispo. No mucho, no pasaremos de cien mil maravedíes. Yo me encargaré de que ese acto de fe llegue a oídos de la corte y de sus altezas. Lo haremos bajo mi nombre, ya sabéis que los contadores mayores prefieren recibir dineros de los castellanos que no de los banqueros italianos. Tienen esa manía. Cuando llegue la hora en que nos lo tengan que devolver, les va a costar, como siempre pasa, y será el momento de pedir una compensación por la demora.

—Que será en orchilla —añadió Francisco.

Lugo sonrió ahora con los ojos.

—La orchilla puede ser muy manejable, ya que es muy difícil de cuantificar. Ya estamos en tratos con el adjudicatario del monopolio real de la orchilla canaria, don Gutierre de Cárdenas, para explotarla nosotros en su nombre. Pero la idea es que en un futuro próximo se nos conceda directamente. En un año los beneficios de ese producto tintóreo se podrán multiplicar por diez.

—¿Esperáis sacar un millón de maravedíes invirtiendo cien mil? —preguntó Cosme, anonadado.

Lugo más que sonreír, exhibió su dentadura al completo. A todos les recordó la de un lobo.

—Yo invertiré veinticinco mil, y vuestras mercedes, que sois tres, lo haréis con setenta y cinco mil. ¿Trato hecho?

1478

60

Playa de Agaete, Gran Canaria, 20 de enero de 1478, un mes después.

Juan de Mayorga iba a oficiar de hombre bueno. Era el más indicado, conocedor de la lengua de los canarios, muy similar a la de los majos, los antiguos habitantes de Lanzarote, de quienes aprendió los rudimentos perfeccionados en la temporada que estuvo cautivo en el poblado de Gáldar. Como conocía personalmente a Egonayga, era la persona ideal para hacer el canje de prisioneros, acuerdo al que habían llegado semanas antes.

El intercambio era bastante desigual: la princesa Teneso, raptada meses atrás, por ciento trece cautivos cristianos: lanzaroteños, castellanos y algún portugués, que todavía permanecían retenidos en Gran Canaria, la mayoría de ellos en Telde.

Como el guadnarteme de Gáldar era el representante de la parte indígena del acuerdo, insistió en ser él mismo quien lo llevara a la práctica. Su salud se veía mermada por una afección en la respiración, y el faysag Chambeneder le aconsejó que no se desplazara a Agaete, puerto natural que, aunque no se encontraba demasiado lejos de Gáldar, conllevaba una caminata de consideración. Egonayga había hecho oídos sordos a los consejos del sacerdote y al frente de quinientos guerreros, tanto de Telde como de Gáldar, que acompañaban más que custodiaban a los prisioneros, llegaron a la playa de Agaete al mediodía. Se detuvieron frente al farallón de piedra que sobresalía del mar, como un dedo apuntando al cielo. Una brisa fresca proveniente del océano les dio la bienvenida y el grupo observó cómo tres navíos les esperaban a cierta distancia al abrigo de la ensenada, con las velas al pairo y el ancla echada.

Desde el balanceo de la carabela, al que nunca se acostumbraba, Mayorga pudo distinguir la enseña del rey de Gáldar y lo localizó

entre el gentío. Junto a él venían varios guaires, todos con sus armas, pero sin exhibirlas desafiantes, como era común en ellos. Todo indicaba que los canarios cumplirían el acuerdo sin sorpresas desagradables.

Junto a Mayorga se encontraba Pedro Ferrández Gaeta, el maestre de la nave. Se conocían de muchos atrás, de coincidir como protagonistas, en Sevilla y con posterioridad en Lanzarote, en toda clase de intercambios mercantiles.

—Maese Juan —dijo el maestre—, tendréis que disimular muy bien lo que hay detrás de este trueque.

Mayorga miró al marino con cara de resignación.

—Bien sabéis cuál es papel que me toca desempeñar. La princesa canaria, lejos de mantenerse hostil a sus captores, acabó teniendo amores con uno de ellos.

—Maciot de Betancor es un buen muchacho. Es valiente y derrocha nobleza. Una buena elección por parte de Teneso.

—Sí, amigo Pedro, pero nos crea a todos un problema inesperado. Se supone que Teneso estaba casada, al menos nominalmente, con el guadnarteme de Gáldar. Un matrimonio de conveniencia entre un hombre mayor y una joven, solo para reforzar la legitimidad del rey enlazando con una descendiente directa de las mujeres de la familia real de la isla.

—Curiosas costumbres las de estos canarios, que sean las mujeres las que marquen la línea de sucesión. El hecho es que, como nuestro cura, fray Alonso de Bolaños, no reconoció ese matrimonio fuera de la verdadera fe, y como, según dicen todos, no fue nunca consumado, no tiene el menor reparo en anunciar el casamiento de la princesa con Maciot en cuanto vuelva a Lanzarote.

—No habléis muy alto, que ese detalle es ignorado por los canarios. Por eso las mujeres de compañía de la princesa se han quedado en Lanzarote. Esas viejas arpías no hubieran tardado nada en irse de la lengua si volvían a su isla.

—El asunto es que vamos a devolver a una mujer prometida a su antiguo marido. En mi tierra lo llamarían estafa, o al menos engaño —dijo el marino.

Mayorga era consciente de la irregularidad de la situación, pero se trataba de un asunto del que él no era responsable. Lo que doña Inés ordenaba, lo cumpliría sin discusión alguna.

—La princesa, doña Luisa, que hay que acostumbrarse a llamarla así, participa en la trama y con ella hemos acordado que la recogeremos aquí mismo dentro de un mes. Ha asegurado que sabrá cómo escapar de la vigilancia de Egonayga.

—Doble estafa entonces. Nosotros libraremos a los cautivos, pero los canarios se quedarán de nuevo sin princesa. No creo que los

naturales de esta isla quieran llegar a más acuerdos con los castellanos después de esto.

—Nunca se sabe, maese Pedro. Si algo tiene esta gente, es su falta de maldad. Mirad que a lo largo de los años hemos llegado a pactos que luego se han roto. Pues no tienen ningún reparo en hacer otros nuevos. Se olvidan rápido de los agravios sufridos.

—Algo que no hacemos nosotros, que tenemos buena memoria para lo malo.

—¿Cabrán todos los cautivos en las tres naves? —Mayorga quiso cambiar de tema. Este ya lo estaba incomodando.

—Van a ir algo apretados, pero caber, caben. Y no se espera mal tiempo, con lo que la travesía será similar a la de ayer. Llegaremos a Lanzarote en este mismo día, como mucho, a la noche.

Mayorga asintió y se despidió del maestre. Le tocaba bajar a la playa con la princesa, y se acercó a ella.

—¿Estáis preparada, doña Luisa? —le preguntó en castellano.

La joven canaria, que en los últimos meses había vestido a la usanza europea, se había colocado de nuevo la ropa de pieles que llevaba cuando fue apresada. Aunque en principio no quería, también se quitó la cadenita de la que pendía una pequeña cruz que llevaba siempre al cuello desde el día de su bautizo. Tampoco era cuestión de crear suspicacias innecesarias.

—Lo estoy —le contestó en el mismo idioma, que había dominado de modo asombroso en muy poco tiempo.

—Tendréis que ser fuerte. Os van a interrogar a fondo.

—Lo sé, pero mi amor por Maciot es lo que me otorgará la fuerza necesaria para regresar ahora con mi familia, y para volver más adelante de nuevo con mi prometido.

—Es lo mejor que podéis hacer, señora. Se avecinan tiempos tormentosos.

—He oído que los reyes de Castilla va a aprestar un ejército para conquistar esta isla. No es ningún secreto. Habrá guerra, sin duda.

—¿Y habéis pensado de qué lado estaréis?

La joven miró a Mayorga a los ojos con cierto reproche.

—Sí, lo he pensado.

—¿Y de cuál estaréis?

—Eso, maese Juan, me lo guardo en el corazón.

61

Sevilla, 21 de enero de 1478, al día siguiente.

—Esta es la casa de don Pedro de La Algaba —dijo el joven Alonso —. ¿Por qué me traes aquí, primo Juan?

Juan de Lugo casi había tenido que llevar a rastras a su primo menor, que se olía algo, aunque no se atreviera a contradecirlo. Lo había dirigido por las estrechas calles de la collación sevillana de San Román hasta el lugar donde habitaba el principal diputado de la Hermandad en Andalucía y, por lo tanto, su máximo superior.

—Deja de hacer tantas preguntas. Hemos sido convocados aquí y aquí estamos. No se puede rechazar una invitación de uno de los próceres de la ciudad que, además, tiene poder sobre ti.

—Soy un buen servidor de la Hermandad —replicó Alonso—, pero eso no implica que tenga que permitir que disponga de mi tiempo libre.

Juan de Lugo sonrió al mirar a su primo, tan poco conocedor de cómo se movían las cosas en el mundo de los adultos.

—Tú, a escuchar y con la boca cerrada. Si hay que decir algo, ya lo haré yo. Entremos.

La puerta de la calle estaba entornada y los Lugo, sin más preámbulos, la empujaron y pasaron al umbrío y fresco recibidor. Un criado les esperaba y les hizo subir al piso superior donde, en un salón caldeado por una enorme chimenea, les esperaba el dueño de la casa. Al lado de don Pedro, sentado en una silla igual, se encontraba Juan Rejón, su mano derecha de la Hermandad.

Alonso, por un momento temió haber cometido algún error y que aquellos dos hombres, a modo de tribunal sentenciador, le castigaran por ello. Sin embargo, desechó la idea rápidamente al ver el semblante amistoso de ambos y el modo en que los recibieron.

—Sed bienvenidos, maese Juan y su sobrino —dijo Algaba, levantándose de su sitial y estrechando la mano del primero. Al segundo, le indicó con un gesto que se sentara en una de las sillas dispuestas para los recién llegados, la más baja. Su primo lo hizo en la otra.

—Sabed que siempre estoy dispuesto a acudir a vuestra llamada —dijo Juan de Lugo—, pero solo por probar de nuevo ese vino tan

excelente que atesoráis en vuestra bodega.

Algaba rio con ganas antes de contestar.

—Qué ladino sois, amigo Juan. Siempre diciendo lo que el otro quiere escuchar. Está claro por qué sois uno de los mejores mercaderes de la ciudad. Conocéis bien el alma de la gente.

—Lo que queráis, pero. ¿Probaremos el vino? —insistió Lugo con una sonrisa.

Algaba volvió a soltar una carcajada y dio dos palmadas. El criado que los atendió en la entrada llegó con una bandeja y una jarra con vasos de cerámica coloreada. Sin necesidad de recibir ninguna instrucción, sirvió el vino y repartió los vasos entre los presentes.

—Brindemos —dijo Algaba—. Por el entronque de nuestras familias.

Alonso era consciente de que el anfitrión era el esposo de doña Luisa de Las Casas, una prima de su madre Inés, por lo que había algún grado de parentesco entre ellos. Debía referirse a eso.

—¿Y qué dice el novio? —preguntó Rejón, que intervino por primera vez.

Alonso dio un respingo en su asiento. ¿El novio? ¿Qué novio? El primo Juan le hizo un ademán tranquilizador.

—El novio está en las nubes —respondió—, habrá que hacerlo bajar a la tierra.

A Algaba no se le pasó por alto la expresión de sorpresa de Alonso. Por ello, se dirigió a él.

—Soldado Alonso de Lugo, uno de mis mejores cuadrilleros de la Hermandad. Vuestros servicios han sido magníficos en los últimos meses, por lo que, aquí don Juan Rejón y yo, hemos decidido ascenderos a la categoría de capitán, con sueldo acorde al puesto.

Alonso abrió los ojos con desmesura. Desde luego, era una buena noticia.

—Os lo agradezco mucho, señor —acertó a decir, una vez que su primo le apremió a que respondiera con la mirada—. Os serviré con todos mis recursos.

—Así me gusta —añadió Algaba—. Como vais a formar parte de lo más granado de los mílites de esta ciudad, es conveniente que sentéis la cabeza y abráis casa propia. Será la mejor manera de agradecérmelo.

—No os entiendo bien, don Pedro —dijo Alonso, dubitativo, y recibió un pellizco reprobatorio de su primo.

—Alonso no está muy avezado en lo que estáis diciendo, don Pedro —explicó Juan—. Tal vez sea mejor que yo se lo explique.

—Hacedlo pues —convino Algaba.

Juan de Lugo asintió complaciente y se volvió hacia su primo.

—Aquí, don Pedro de Algaba, que se ha mostrado tan magnánimo

contigo, ha tenido la deferencia de hacer el inmenso honor de proponer a nuestra familia el enlace de su cuñada, doña Violante de Valdés y Gallinato, con el capitán don Alonso Fernández de Lugo. Y, por supuesto, hemos aceptado.

Alonso se revolvió en su silla y casi se cae de ella.

—¿Hemos aceptado?

Su primo volvió a sonreírle.

—Sí, hemos aceptado.

Algaba se levantó de su asiento.

—Por eso vamos a brindar con este vino tan extraordinario.

Todos se levantaron a su vez, y Alonso notó que le temblaban las piernas.

—¡Por el enlace! —propuso Juan, y levantó su copa.

—¡Por el enlace! —corearon Rejón y Lugo, que bebieron a continuación. Alonso no pudo proferir palabra alguna, pero se terminó el vaso de un trago.

—Y, como no puede ser de otra manera —intervino Rejón—, comandaréis una de las capitanías que estoy formando para la conquista de la isla de Canaria.

—Una ocasión única para adquirir fama y honra —añadió Algaba —. Estáis ante la oportunidad de vuestra vida, joven Alonso.

—Mi primo y nuestra familia os lo agradecemos profundamente —respondió Juan de Lugo—. Estrechar nuestros lazos nos hará más fuertes a todos.

—Luego hablaremos de la dote y de cómo podremos compensarla con los negocios que me planteasteis —repuso Algaba a Lugo, quitándole importancia al asunto con un gesto de la mano—. Ahora, a preparar los esponsales.

—Nos ocuparemos de ello de inmediato.

—Felicidades por partida doble, capitán —dijo Rejón, que se unió a las sonrisas—. Mañana mismo se hará público el nombramiento y comenzaréis a trabajar conmigo en esta nueva empresa de conquista de tierras de infieles.

—Es la hora de comer, y he quedado en casa del asistente —dijo Algaba—. Os ofrecería un refrigerio, pero tengo ese compromiso.

—Descuidad, don Pedro, ya tendremos ocasión de comer muchas veces en el futuro.

—Así lo espero.

Los Lugo se despidieron de Algaba y de Rejón y salieron a la calle. Alonso detuvo a su primo en la primera esquina que doblaron.

—¿Os habéis vuelto todos locos? ¿Cómo habéis decidido mi boda a mis espaldas?

—Querido Alonso, es lo mejor para ti. Todo viene envuelto en el mismo paquete: la capitanía y una joven de buena familia sevillana.

Seguro que la conoces.

—Pues claro que la conozco. En Sevilla nos conocemos todos los jóvenes.

—Y convendrás conmigo en que la moza no es fea, ni coja, ni gorda, ni bizca, ¿no?

—En eso tienes razón. Solo tiene la sombra de un leve bigote.

—¿Ves?, nada que no pueda resolver un buen barbero.

Sevilla, 30 de enero de 1478, una semana después.

El cronista real Alonso de Palencia se encontraba incómodo tanto de pie como sentado. Un dolor de ciática que se negaba a irse le llevaba fastidiando desde hacía un año, lo que le provocaba que soliera levantarse de humor agrio. Pero lo que peor llevaba era que lo hicieran esperar de pie, ya que el dolor se agravaba en esa posición.

Había sido un error citar al obispo de Rubicón y de Canaria, fray Juan de Frías, en la iglesia mayor de Santa María. No había asientos disponibles ni en la entrada ni en el interior, solo los había en aquellas misas donde acudían quienes tenían derecho a sentarse, que llevaban sus propios asientos y los retiraban a terminar el oficio. Por ello, Palencia debía esperar de pie. Y Frías se retrasaba.

A Palencia no le caía bien el obispo. La parecía un auténtico imbécil vanidoso, ya que se las daba de gran prelado cuando no tenía territorio donde desplegar su oficio y, por lo que le habían contado, llevaba una vida nada religiosa, aunque eso no era tan escandaloso conociendo a la mayoría de clérigos.

Hacía rato que las campanas de la iglesia habían tocado al ángelus del mediodía cuando apareció Frías, con ese caminar presuroso y mirando continuamente hacia atrás, como si temiera que alguien le persiguiese, lo que le hacía aún más sospechoso a sus ojos.

—Perdonad, maese Alonso —se disculpó—, pero acabo de salir de los rezos de esta hora.

La excusa sería buena si Frías hubiera llegado de dentro de la iglesia, pero lo hizo proveniente de la calle, con lo que Palencia no se la creyó.

—Vayamos a un lugar donde pueda sentarme, que los achaques de mis años me están matando —invitó el cronista.

Ambos hombres salieron al patio de los Naranjos, donde, a la sombra de uno de los árboles encontraron un asiento de piedra. Hacía frío, pero era una incomodidad menor para Palencia que el dolor de su cadera.

Una vez sentados, el cronista entró en materia.

—Me ha llegado una carta de sus altezas preguntándome cómo van los preparativos de la empresa de la conquista de Canaria. Por lo que

me ha contado el capitán Rejón, ya tiene conformadas las huestes que él se comprometió a enrolar, unos trescientos peones y veinte de a caballo. Falta, para rubricar los compromisos, disponer del efectivo para el pago de la primera soldada. De igual manera, yo mismo tengo concertadas doce naves para lo de Canaria, que se están armando al mismo tiempo que otras tantas que van a ir a contratar a Guinea. Pero, al igual que en el caso anterior, tengo que saber cuándo puedo disponer de dineros para cerrar los tratos.

A Frías se le fue ensombreciendo el rostro a medida que hablaba Palencia. En cuanto terminó, tragó saliva antes de responder.

—No tengo los dineros, maese Alonso. Estaréis al tanto de que desde el mes de noviembre se ha dado orden a Pedro de Setién, mercader de Burgos y tesorero general de la limosna de la indulgencia, para que cobre y guarde todos los ingresos provenientes de la bula de Cruzada. Pero todavía no ha enviado ninguna remesa de lo recaudado.

Palencia se esperaba algo similar, dada la actitud huidiza del obispo para con él desplegada en las últimas semanas.

—Tenéis una obligación para con sus altezas, fray Juan. Y no podéis eludirla mirando para otro lado.

—Los dineros llegarán, es cuestión de tener paciencia. Ya sabéis: bienaventurados los pacientes, porque recibirán en herencia la tierra.

Palencia era perro viejo para aquellas salidas bíblicas y le cortó al instante.

—En lo que llega la herencia, tenemos que actuar. Nos lo debéis a los reyes y a mí, que estoy encargado de llevar adelante este asunto.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó el obispo, con expresión de impotencia.

A Palencia, Frías le pareció más imbécil todavía en aquel momento.

—Veamos: tenéis el refrendo real para la recaudación de las bulas. Y aunque el santo Padre está poniendo pegas para autorizarla, acabará por doblegarse. El dinero, como vos decís, llegará, pero no en tiempo. Teniendo como tenéis la garantía de lo que se está recaudando, tenéis que buscar ingresos en otros lugares.

—¿Cómo? —preguntó el obispo, desconcertado.

Palencia se guardó para sí la valoración que dicha pregunta le generó.

—Pedidlo como adelanto. Y si es preciso, como préstamo. Ya lo devolveréis cuando lleguen los maravedíes.

Frías se quedó boquiabierto. No se le había ocurrido esa idea. Y no estaba seguro de que le complaciera en exceso. ¿Debía entramparse antes de la llegada de las recaudaciones?

—¿Y creéis que me darán crédito? Todo el mundo sabe que carezco de bienes.

—Dejaros de cuentos, que algo tenéis. Y si es poco, que os haga de fiador vuestro deán, Bermúdez, que ese sí que tiene propiedades.

—¿Y a quién se lo puedo pedir?

Palencia suspiró, pensando en qué manos se había puesto la dirección de la conquista de la isla de Canaria.

—En primer lugar, a vuestros recaudadores, que son mercaderes también: a Agustín de Espíndola y Pedro Setién, tesoreros de las indulgencias a otorgar por el papa. Y si os falta, hay mercaderes en Sevilla que pueden estar interesados en la empresa. Juan de Lugo es uno de ellos, y tiene muchos genoveses detrás suyo, como es bien sabido.

—Pero, me pedirán intereses.

—Pues claro, ¿a quién no se los piden? Pero para eso está la disposición de sus altezas que del botín que se capturase se sacará en primer lugar el coste, donde se incluyen esos intereses, más el quinto perteneciente a los reyes, y el resto lo recibiréis vos en pago de vuestra aportación particular.

A Frías, que conocía ese acuerdo real, no le hacía gracia que de su resto se fuera una parte para pagar intereses, pero no podía oponer otra idea mejor al cronista.

—¿Creéis entonces que se puede hacer esa operación financiera? Los hombres de Dios, como yo, no estamos acostumbrados a estas cosas.

—Y tampoco a otras —dijo Palencia pensando en las campañas militares que se avecinaban—, pero para eso estoy yo. Si lo dejáis de mi mano, lo resolveré en poco tiempo.

Frías trató de buscar alguna excusa para evitar someterse a la propuesta de Palencia, pero no encontró ninguna.

—Me pongo en vuestras manos entonces —se rindió.

—De acuerdo. Calculo que el coste de la expedición inicial ascenderá a unos novecientos mil maravedíes, poco más o menos. Se los pediré en vuestro nombre a los mercaderes que acabo de citar. Pero vos tendréis que refrendar los acuerdos. Id hablando ya con vuestro deán, que hará falta su firma.

—¿Cuánto tiempo tardaréis en cerrar los tratos?

—El menor posible. Os recuerdo que en la primavera hemos que tener las dos armadas, la de Canaria y la de Guinea, prestas para partir. Y ya nos va faltando tiempo.

—De acuerdo entonces, que se haga la voluntad de Dios.

Palencia se levantó, dando por terminada la reunión.

—Vuestra sapiencia os llevará a poseer el reino de los cielos —le dijo el cronista a modo de despedida.

Frías contempló como se alejaba, renqueante, el desagradable representante regio apoyándose en un bastón y le dio vueltas a la

última frase que le dirigió. Solo se le ocurría una referencia a la misma: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos». Y por mucho que se devanó los sesos, no encontró el modo en que ese dicho podía relacionarse con él.

63

Sevilla, 19 de febrero de 1478, tres semanas después.

Los cinco integrantes de la familia Riberol acudían presurosos por las calles de la collación de San Román para no llegar tarde a la boda en la iglesia del mismo nombre. Cuatro de ellos, Francisco, Cosme, Batista y Massimo, el mayordomo, lo hacían con paso decidido; el quinto, algo más renuente. El primero y el último hicieron un aparte mientras caminaban.

—Pero, micer Francisco, ¿qué pinto yo en esa boda, si no conozco a los novios?

—Tú también vienes, Lorenzo. Eres de la familia.

—Solo soy un criado, signore. No merezco este trato.

—Si viene Massimo, tú también. En el fondo, da igual quien se case. Es alguien de la familia Lugo, y Juan de Lugo es socio nuestro, así que tenemos que corresponder al honor que se nos hace al invitarnos.

—Sí, eso no lo discuto —repuso el joven Lorenzo—. Lo que digo es que no hace falta que vaya yo.

—Pues estás equivocado —replicó el mayor de los Riberol—. Y por dos razones. La primera: que te conviene conocer al novio.

—¿Al novio? Si es un militar, un soldado. Al menos, su primo y su hermano son comerciantes, pero precisamente el tal Alonso de Lugo es un miembro de la Hermandad que no tiene ni idea de transacciones financieras.

—No subestimes a nadie, Lorenzo. Aunque él no sepa de mercaderías, su familia sí que se maneja bien en el tráfico mercantil. Pero no es por eso por lo que nos interesa que acudas a la boda.

—¿Es por la familia de la novia?

—Nunca está de más conocer a gente en Sevilla. El destino da muchos giros y quien te parece que hoy no es nadie importante, al día siguiente puede tener una influencia que te cambie la vida. Los Algaba son gente conocida en esta ciudad, bien relacionados con la corte, y poseedores de tierras en los alrededores. Y si tienen tierras, producirán algún fruto que nos pueda venir bien para comerciar. Pero la razón no es esa.

—¿Y cuál es entonces?

—Juan de Lugo ha introducido a su primo en los preparativos de la conquista de la isla de Canaria. El jefe militar de la empresa, Juan Rejón, lo ha nombrado uno de sus capitanes.

—¿Capitán? Pero si es un muchacho. Todavía le falta bastante tiempo de maduración.

—Tú también eres un muchacho y ya eres un experto en cumplimentar letras de cambio, algo que no todo el mundo sabe. Lo que le falte de experiencia lo aprenderá en cinco minutos cuando se enfrente a los canarios.

Lorenzo sintió un nudo en la garganta al escuchar la referencia a los habitantes de la isla. El hombre de Jerez era de Canaria.

—¿Y qué tiene que ver el capitán Lugo con nosotros?

—Donde esté Alonso, estará cerca la sombra de su primo, Juan. Vamos a invertir unos maravedíes en la conquista, y necesito tener un informador de primera mano de cómo se gastan nuestros dineros. Quiero que vayas a Canaria con Rejón y con Lugo.

La aprensión de Lorenzo se le extendió al corazón, que le pareció que se detenía.

—¿Ir yo a Canaria con la hueste? Si no soy un guerrero.

El paso de Lorenzo se ralentizó, por lo que Riberol le tomó del brazo y lo empujó hacia adelante.

—Donde hay guerra, hay negocio. Escasearán cosas, siempre ocurre así, y el primero que las suministre se llevará un buen pellizco. Tienes buen olfato para detectar posibles ganancias. Y, además, te vendrá bien salir de Sevilla durante un tiempo.

—¿Y si las cosas se ponen feas? Todo el mundo dice que los canarios son salvajes indómitos. Fueron capaces de derribar una torre de la familia Peraza y murieron muchos cristianos en el suceso.

—¿Conoces a Esteban Pérez de Cabitos? Fue el pesquisidor de sus altezas en la información de testigos que tomó para ayudar a dilucidar a quién correspondía el derecho de conquista. Pues el tal Cabitos va en la expedición como juez alcalde. Y resulta que su hermano es Gómez Arias de Inclán.

—Es un mercader asturiano bien conocido en el río de Sevilla.

—Y propietario de varias carabelas que van a participar en el traslado y luego en el avituallamiento. Las cosas de palacio son así. Es un forma de pagar servicios. De cualquier manera, no te preocupes por nada, hablaré con él y, en caso de que exista peligro, saldrás el primero de la isla. O tal vez el segundo, ya que me imagino que Cabitos tendrá pasaje preferente.

Lorenzo no se tranquilizó demasiado con la frase de Francisco. No le apetecía nada verse envuelto en un conflicto armado, aunque fuera el último de la retaguardia.

—¿Y la segunda?

Riberol miró extrañado a Lorenzo.

—¿La segunda qué?

—La segunda razón por la cual estoy equivocado al pensar que no debo acudir a esta boda.

—¡Ah!, claro. Pues es bien sencilla. Debes estar presente en el enlace porque lo vamos a estar todos los que llevamos el apellido Riberol.

Lorenzo iba a replicar, el ex esclavo no tenía apellido todavía.

—A partir de hoy te llamarás Lorenzo de Riberol. Lo he hablado con la familia y todos están de acuerdo. Tendrás la consideración, para el pregunte, de que eres un primo llegado de Génova.

La noticia impactó al joven. Llevar un apellido así abría puertas en muchos lugares. Era un ascenso social inesperado, casi abrumador, dados sus orígenes.

—Muchas gracias, signore. No lo esperaba.

Francisco sonrió y avivó el paso. Tras doblar una esquina, se encontraron ante la fachada gótico mudéjar de la iglesia de San Román, con sus arcos apuntados en la entrada, que invitaban al viandante a detenerse a orar dentro de sus muros. Había mucha gente en la puerta, esperando su turno para entrar en el templo. Los Riberol se pusieron a la cola.

—A partir de ahora, no me llames signore.

—¿Cómo debo llamaros?

—Llámame Francisco o, si quieres, delante de otros, primo.

—Lo que vos digáis, signore primo.

Francisco rio y le dio a Lorenzo una colleja cariñosa.

Gáldar, 19 de febrero de 1478, mismo día.

El sol alcanzaba su cénit sobre el poblado de Gáldar, inusualmente silencioso a aquella hora. Se notaba tensión en sus pobladores y la espera se hacía interminable para los tres hombres que aguardaban noticias en un extremo de la plaza Roma, junto al caserón más grande de la población. El guadnarteme Egonayga, el faysag Chambeneder y el guaire Tenesor esperaban pacientemente en un día que se iba volviendo aciago.

Por un lado, una espiral de violencia por represalias mutuas se estaba produciendo en las últimas semanas en el guadartemato de Telde. Los partidarios de Doramas y de Aymedeyacoan estaban a punto de enfrentarse en una imprevisible guerra civil. La candidatura del segundo al cargo de guadnarteme por su enlace con la viuda de Bentagoyhe ganaba cada día más adeptos. El matrimonio con una descendiente de la dinastía de los Semidan, que aportaba la legitimidad por línea femenina, le facultaba para ello. Y los canarios eran gente para quienes las tradiciones eran algo muy importante. Doramas, por su parte, no tenía otra legitimidad que la de sus armas y guerreros, que no era un argumento baladí.

Egonayga y Chambeneder eran conscientes de que aquel era el peor momento para un conflicto armado en Telde, que debilitaría sin remedio a los defensores de la isla frente a un ataque exterior. Por ello, el guadnarteme de Gáldar había decidido intervenir para evitar que los acontecimientos llegaran demasiado lejos. A tal fin, había enviado a Agarfa, el guaire de Agaete, para hacerle una propuesta a Doramas. Si la aceptaba, no habría guerra, lo que le importaba más que perder algo de su poder.

Por otro lado, aquella noche había desparecido de su casa la princesa Teneso. Nadie la vio salir, nadie la escuchó, nadie sabía dónde estaba. El jefe galdense había enviado a unos treinta hombres y muchachos en todas direcciones tratando de encontrar su rastro. Egonayga notaba a Teneso muy distante desde su vuelta de Lanzarote. Algo le había ocurrido en aquella isla que la había transformado. Chambeneder insistía en que le habían corrompido el entendimiento con el adoctrinamiento de la religión cristiana. No obstante, creía que

era cuestión de tiempo que la joven se integrara de nuevo en su pueblo. Teneso rehuía el trato con los hombres del poblado y se refugiaba en un círculo de mujeres, pendiente de la hija de su esposo, Arminda Masequera, y de Tenoya, la hija de Tenesor, que era su compañera de juegos.

—Ya me siento viejo para afrontar estos disgustos —manifestó Egonayga.

El faysag cruzó su mirada con Tenesor, que se la devolvió con complicidad. Ambos habían percibido un deterioro físico notable del guadnarteme en poco tiempo. Tal vez fuera por las contrariedades, o tal vez tuviera alguna enfermedad interna, pero el hecho es que el jefe estaba cada día más pálido y ceniciento.

—Yo soy más viejo que tú y no me quejo —replicó Chambeneder.

—Ya, pero a ti no te matan poco a poco con malas noticias. No me encuentro bien, esa es la verdad.

—¿Te tomaste la pócima que te receté?

—Tus pócimas me matarán más rápido. Mejor dejarlas a un lado.

El tono de Egonayga no admitía réplica, por lo que sus dos acompañantes permanecieron en silencio.

Unos momentos después, vieron llegar corriendo a uno de los hombres del guaire de Agaete. No tardó en sentarse junto a ellos, y esperaron con paciencia a que tomara resuello y bebiera algo de agua.

—Traigo un mensaje de Agarfa.

—¿Ha hablado con Doramas? —preguntó Egonayga.

El mensajero asintió.

—De eso se trata. Agarfa le comunicó tu propuesta y Doramas pidió un día para responder.

Egonayga suspiró. Al menos, no la había rechazado de plano. El recién llegado continuó.

—Pasado el plazo, Doramas vino a donde se encontraba Agarfa y le dio su respuesta. Aceptaba renunciar a la regencia de Telde en nombre de Bentejuí a cambio de ser nombrado jefe militar supremo de toda la isla, y con la montaña de Lairaga en propiedad.

Egonayga cerró los ojos, aliviado. Había logrado evitar la guerra. Chambeneder, conocedor de las repercusiones del trato, no estaba contento, pero comprendía las razones del guadnarteme. Tenesor, que no sabía nada, no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué es eso de jefe militar supremo? Es como entregarle todo el reino en bandeja.

Egonayga miró a su sobrino.

—En el trato también está que, a mi muerte, serás mi sucesor, y Doramas te jurará como guadnarteme regente de Gáldar. Estará a tus órdenes.

Tenesor se sorprendió agradablemente del nombramiento, pero no

se quedó demasiado tranquilo con la explicación.

—Te agradezco que me hayas nombrado tu sucesor.

—Estás legitimado por ser el esposo de Abenchara, que desciende de la dinastía de los Semidan por línea materna. Serás un buen regente en tanto mi hija Arminda Masequera crece y llega a la mayoría de edad para ser la reina de todos los canarios. Es lo que impone nuestra tradición.

—Que así sea —apostilló el faysag—. Los guanartematos de Telde y Gáldar deben reunificarse en uno solo, con Arminda Masequera como reina.

Tenesor asintió a las palabras de Chambeneder, pero tenía que expresar su opinión.

—En cuanto a Doramas, me va a ser difícil fiarme de él. Es un hombre ambicioso, y ahora que tiene más poder no me extrañaría que intentara algo más. Se casó hace poco con Abenauara, una de las princesas reales de Telde, y por eso se cree legitimado para ser guadnarteme de ese reino. Ahora ya no es un plebeyo, sino un noble, y puede hacerlo ¿No lo has pensado?

—Resolveremos el problema si llega a plantearse, Tenesor. Ahora no estoy para más contrariedades. Bastantes quebraderos de cabeza tengo ya.

Un grupo de hombres hizo acto de presencia en la plaza. Eran los que se habían dirigido a la costa de poniente. El más viejo se acercó a Egonayga y sus acompañantes.

—Ya dimos con Teneso —anunció.

—Menos mal —contestó el guadnarteme—, y ¿dónde está?

—No te va a gustar la respuesta.

Las facciones de Egonayga se endurecieron.

—Habla. Estoy esperando.

—Teneso se subió por su propia voluntad a una de las casas que van por el mar de la gente de Lanzarote, que la esperaba en la playa de Agaete. Hace tiempo que la vela se perdió en el horizonte.

—No puede ser —musitó.

Egonayga dibujó en su rostro una expresión de dolor, cerró los ojos y se llevó las manos al pecho. Ante la mirada atónita de quienes le rodeaban, cayó de lado y se golpeó la cabeza contra el suelo.

Chambeneder y Tenesor comprendieron de inmediato que algo malo le había ocurrido. El guadnarteme había caído fulminado por la noticia. Tenesor lo sacudió, tratando de hacerle volver en sí, pero el guadnarteme no reaccionó. Chambeneder le puso la mano en el pecho.

—No le late el corazón —anunció—. Egonayga ha muerto.

Tenesor tragó saliva. Le tocaba ser el nuevo guadnarteme, y no estaba seguro de querer probar de ese fruto. Bajo su apariencia reluciente, sospechaba que su interior podía estar envenenado.

65

Sevilla, 25 de marzo de 1478, un mes después.

La sombra del inmenso minarete cruzaba en toda su longitud la plaza que separaba la iglesia mayor de Santa María de la entrada amurallada de los alcázares. En la lonja y en las gradas cercanas los vendedores y mercaderes habían terminado sus transacciones, justo cuando la tarde comenzaba a caer y los sevillanos se dejaban ver por las calles de la ciudad. El buen tiempo llegaba para quedarse y el frío y la humedad se limitaban a las noches. Todavía no había arribado el calor intenso que abrazaba Sevilla durante más de seis meses, y sus habitantes eran conscientes de que aquellos días primaverales eran los mejores del año.

De la puerta de arco principal del castillo regio salió un grupo de damas, de paseo, escoltadas por guardias armados. Comandaba la comitiva doña Beatriz de Bobadilla, la más elegante de todas, de conformidad con su rango en la corte. Su sobrina no le iba mucho a la zaga en cuanto a la elegancia en la vestimenta, caminando a su derecha.

—¿Cómo se ha levantado su alteza? —preguntó a su tía.

—Se le están pasando las náuseas y su vientre prominente ya se nota a simple vista. Es un embarazo que comenzó con incomodidades pero que ahora está yendo mucho mejor.

—Me alegro. Espero y deseo que todo vaya bien y dé a Castilla el heredero varón que sus vasallos desean.

—Todos los habitantes del reino comparten ese anhelo. Ya viste el pasado domingo que los sacerdotes ya ruegan por el buen parto de la reina. No es que haya problema alguno en que la princesa María llegue a ser reina, su madre lo es, pero Castilla es un lugar de tradiciones, y una de ellas es que el rey sea un varón. Así ha sido siempre y así debe seguir siendo.

—Cuando las mujeres han tenido que tomar las riendas del poder no lo han hecho mal. Y ahora, que no nos oye ningún hombre, creo que hasta lo han hecho mejor.

—No seas osada, niña. Recuerda que doña Isabel es reina por muerte de su hermano Alfonso, que era quien debía heredar el reino. Tienen que ocurrir muchas cosas extraordinarias para que una mujer

llegue al trono.

Beatriz la joven se abstuvo de recordarle a su tía que también lo era gracias a una guerra con Portugal, que todavía no había terminado, en la que le disputaba el trono a otra mujer, su sobrina Juana, de quien se decía que no era la hija del rey. Ese tema era mejor no tocarlo con su tía, que era una fanática de los derechos de doña Isabel.

La joven deslizó su mirada por las gentes que pululaban por la plaza, la mayoría de ellas prestándoles especial atención, dada la evidente pertenencia al círculo personal de los reyes. Beatriz reconoció a uno de los paseantes, al que acompañaba otro hombre, vestidos ambos sobriamente, aunque un tanto pasados de moda.

—Tía, conozco a ese hombre, el del bonete colorado.

La señora miró en la dirección indicada de modo sutil por el índice de su sobrina y descubrió que ambos las miraban, como todos, pero con especial atención.

—¿Y de qué lo conoces, si se puede saber?

—Es uno que vive en las islas de Canaria. En Lanzarote, si no recuerdo mal. Lo conocí en Segovia hace unos meses.

—¿Era uno de los que se levantaron contra sus señores? ¿Los Herrera Peraza?

—Creo que sí.

—Pues salieron escaldados. El Consejo Real no les dio la razón. Y ahora están aquí, en Sevilla, sin atreverse a volver a su isla por miedo a las represalias de su señora. Es lo que tiene tratar de cambiar el orden establecido. No se puede ir contra las leyes y la naturaleza de las cosas.

Beatriz no comulgaba del conservadurismo exacerbado de su tía. Sobre todo, teniendo en cuenta que la nobleza de su marido, el camarero real Andrés de Cabrera, no se remontaba muy lejos en el tiempo ya que tenía antepasados judíos, como era notorio en Castilla.

La joven sonrió al hombre que conocía, lo que hizo que este se quitara el sombrero y le hiciera una reverencia, atreviéndose a dirigirle la palabra.

—Buenas tardes tengáis, doña Beatriz.

La joven, algo retraída, dudó al contestar.

—Buenas tardes, señor...

—Seguro que recordáis que mi nombre es Juan Mayor, para serviros.

El otro hombre se acercó un paso, lo que obligó a su compañero a presentarlo a las mujeres.

—Y este es Fernán Guerra, también vecino de Lanzarote.

—A vuestros pies, señoras —intervino Guerra—. Estantes en Sevilla por ahora, contra nuestra voluntad.

Beatriz sintió que se había roto el hielo, y la mirada de curiosidad

de su tía, unida al hecho de que no le hubiera indicado ninguna de sus señas secretas para ignorar a los hombres, le dio pie a trabar conversación.

—¿Y qué hacéis en Sevilla?

Guerra se adelantó en la respuesta. Se le veía mucho más hombre de mundo que su compañero.

—Somos los consejeros militares de su alteza don Fernando.

—¿Consejeros militares? —preguntó la tía, con algo de desdén mal disimulado—. Pues no se os ve ataviados muy a la guerrera.

Guerra sonrió antes de responder.

—Somos consejeros secretos y debemos disimularlo.

—Pues poco secreto hay cuando se lo decís a la primera mujer con quien os tropezáis.

—Sabemos quién sois, señora —Guerra no se arredró con la pulla—, y vuestra cercanía a sus altezas me permiten hablar de esta confidencia.

—¿Por qué secretos? —preguntó curiosa la sobrina—. ¿Y por qué militares?

—Vamos a ser los adalides de la próxima conquista de la isla de la Gran Canaria.

A la joven se le abrieron los ojos como platos.

—¿Adalides? ¿Los que se adelantan a la hueste para comprobar que no hay celadas? ¿Los que indican los mejores pasos para adentrarse en territorio enemigo?

Guerra hizo una reverencia a modo de asentimiento.

—Es muy difícil expresarlo mejor, señora. En efecto, nuestra experiencia en aquella isla ha hecho que el rey se haya fijado en nosotros y que hayamos sido nombrados para tal misión. Además, hablamos la lengua de los canarios.

—¡Ah! ¿Conocéis ese lenguaje tan extraño? Una vez se lo escuché a una criada, y me parece imposible chasquear la lengua de esa manera.

—A todo se acostumbra uno, señora, sobre todo si ha estado años cautivo de esas gentes.

—¿Cautivo decís? ¡Dios mío! ¡Qué tribulación! ¿Y cómo sobrevivisteis en manos de unos salvajes idólatras?

Guerra volvió a sonreír, pero esta vez con intención de corregir a la joven.

—No son tan salvajes como pensáis. Cuando se les conoce, se ve que tienen un buen orden de gobierno, son fieles a su palabra y generosos en la victoria, si no han sufrido demasiadas afrentas y provocaciones. Los musulmanes tratan mucho peor a sus prisioneros. Serán buenos cristianos cuando se sujeten a la fe de Cristo y al señorío de Castilla.

—Así pues —intervino la tía—, ya tenéis dedicación en lo futuro.

—En lo futuro y en lo actual —respondió Guerra, dirigiéndose a la dama—. Su alteza don Fernando nos hace llamar día sí, día no, para establecer estrategias y concretar los preparativos de la hueste.

—¿Y cómo andan esos preparativos?

—Según nos ha dicho el cronista don Alonso de Palencia, el obispo don Juan de Frías ha conseguido los dineros para aprestar las naves y pagar a la soldadesca, que ya está enrolada. No me preguntéis de dónde ha sacado los maravedíes que se necesitan, que eso queda fuera de nuestra competencia, pero el hecho es que nosotros ya hemos cobrado la primera paga. En cuestión de mes y medio, a lo sumo dos, la armada estará presta para partir.

Las mujeres asintieron, encantadas con las noticias.

—Debe ser toda una experiencia cruzar los mares en esas naos y carabelas —dijo la joven Beatriz.

—Algunos lo pasan mal los primeros días. La mar océana no es un suelo muy firme.

—Me han hablado de los mareos, es cierto. Pero es una pequeña incomodidad a cambio de visitar lugares extraños y maravillosos.

—¿Os gustaría embarcar en esas naves algún día? ¿Os vendríais con nosotros?

La tía tocó con el codo a su sobrina y decidió que la conversación llegaba su fin. Aquel sujeto comenzaba a hacer preguntas demasiado personales.

—Estoy segura de que mi sobrina nunca se verá en una embarcación así. No tiene ninguna necesidad de ello, y su vida está destinada a unos fines más altos. No lo dudéis.

Sevilla, 15 de abril de 1478, tres semanas después.

Los almacenes anexos a las atarazanas se encontraban a rebosar de toneles y fardos de todo tipo. El acaparamiento de provisiones destinado a la armada de Canaria iba a muy bien ritmo. Juan Rejón y Juan Bermúdez se reunieron allí aquella mañana para evaluar los progresos en el avituallamiento.

—Me ha comentado el encargado de las compras que la semana que viene se habrá completado el cargamento —dijo Bermúdez que, como hombre de iglesia, estaba más acostumbrado a la intendencia—. Es solo cuestión de cargarlo en las naves y partir en ellas.

—Pues entonces podríamos partir en dos semanas. A finales de este mes de abril —respondió Rejón. Como hombre de guerra, se preocupaba más de la tropa y pertrechos militares—. Ya hace buen tiempo y la travesía será más fácil.

—Tenemos un problema: Boscá.

—¿Boscá? ¿El capitán general de la armada? ¿Qué pasa con él?

—Está demorando la contratación de las naves. Me lo han dicho varios maestres que estaban prestos para salir hacia Canaria, y Boscá les ha dicho que pueden disponer de sus barcos mes y medio más, que no los va a necesitar hasta entonces.

Rejón encajó la noticia con sorpresa.

—No puedo creerlo. Le hemos dedicado todo nuestro empeño a esta empresa para estar listos lo antes posible, y nuestro capitán de mar pone dilaciones.

—Tal vez sea conveniente hablar con su ilustrísima el obispo. O con el cronista o el intendente.

—¡Nada de eso! Antes quiero que sea Boscá quien me dé explicaciones. ¿Venís conmigo?

—Voy, pero que haya paz.

Rejón no respondió, tomó su bonete, se lo colocó y salió a grandes pasos del almacén principal. El deán de Canaria tuvo que darse prisa en no perder de vista al capitán.

Los dos hombres salieron del recinto amurallado de la ciudad por la puerta del Arenal y se mezclaron con el gentío que ocupaba la ribera del río, muchos ocupados en la carga y descarga de mercaderías, otros

en venderlas y comprarlas, y otros, simplemente curioseando, que el espectáculo era digno de verse.

Rejón esquivaba a los regatones y cargadores con destreza y se dirigió al lugar donde estaba varada una de las fustas de Boscá. El marino solía estar en aquel lugar. Y no se equivocaba, lo localizó a lo lejos, dando instrucciones a varios calafateadores. El viejo lobo de mar catalán era un veterano de la navegación en el Mediterráneo y en el Atlántico, y por eso lo habían nombrado responsable máximo en lo tocante a los barcos de las armadas. Rejón, con Bermúdez a la zaga, llegó a su altura.

—Maese Joanot, ¿puedo tener unas palabras con vos a solas?

El maestre lo miró con semblante irritado, como si lo hubieran interrumpido en algo de la máxima importancia. Se lo pensó una vez, y cambió la expresión de su rostro, mucho más amable.

—Por supuesto. Dejad que ordene un par de cosas a estos gañanes.

Boscá dio un par de voces de mando y batió palmas para que sus hombres se pusieran a trabajar. Cada cual se marchó a cumplir las órdenes. El marino se volvió hacia los dos hombres.

—Decidme, ¿qué os trae por aquí?

Rejón no era de los que daban rodeos. Fue directo al grano.

—Hay ciertos maestres de las naves de la armada de Canaria que han sido relevados durante un mes y medio de la obligación de traer las naves a este puerto. Eso significa un retraso innecesario, a mi modo de ver. El aprovisionamiento está casi terminado y las tropas están preparadas.

—No es bueno que los soldados estén ociosos —añadió Bermúdez —, hay muchas tentaciones pecaminosas en esta ciudad.

Boscá se enfundó los pulgares en su cinturón. Siempre lo hacía cuando tenía que tratar un asunto grave.

—Entiendo vuestras razones, capitán, pero yo, en este caso, soy un mandado.

—¿Un mandado de quién? Tanto el obispo, como el cronista Palencia y el asistente Merlo, han manifestado su interés en que la armada salga cuanto antes. Hay que adelantarse al enemigo portugués.

—Un mandado de más arriba, y tiene que ver con Portugal.

—Haced el favor de explicaros —dijo Bermúdez, intrigado en quién puenteaba a su obispo.

—He recibido un mensaje de sus altezas. Como sabéis, estamos preparando tanto la armada de veinticinco naves de Canaria, que ya estaba casi presta, y la de once de Guinea, a la que le faltan detalles. Nuestros trabajos no han pasado desapercibidos para los espías portugueses, que los hay en esta ciudad y, a su vez, nuestros espías en la corte de Lisboa han informado que el rey lusitano ha ordenado que

se apreste una expedición que intercepte una de las nuestras. No le gusta ni que pongamos el pie en Canaria ni mucho menos en Guinea.

—Eso no lo sabía. ¿Por qué no nos lo han comunicado?

—Pues porque era secreto, es evidente.

—Lo que es evidente es que no es necesario tanto espía, si todo se sabe —terció Bermúdez—. ¿Y cuáles fueron las instrucciones?

—Las dos armadas han de salir juntas, para poder enfrentarse con garantías a los barcos portugueses si nos topamos con ellos en alta mar.

—Eso explica la demora —concluyó Rejón—. A la armada de Guinea todavía le falta bastante para estar preparada.

—No tienen unos organizadores tan diligentes como vuestras mercedes —remató Boscá.

—¡Hay que protestar! ¡Esta situación es insostenible!

—Pues protestad —replicó el marino—. Pero ya sabéis que su alteza don Fernando está en Madrid con cosas de la Hermandad, y que la reina está bien encinta, y no atiende sino lo necesario. Me temo que os estrellaréis contra el muro del Consejo Real, de donde me vienen las instrucciones.

—Creo que será inútil levantar la voz —convino Bermúdez—. Donde manda patrón, no manda marinero.

—¡Bien dicho, señor deán! Os recomiendo que tratéis el asunto con tranquilidad. Las armadas saldrán, pero lo harán a finales de mayo o a principios de junio. Una cosa buena tiene: el tiempo en el mar es mejor.

—Y daremos ocasión a que apreste la armada enemiga —insistió Rejón en su protesta—. Es un error. La armada de Canaria debería salir ya, y una vez desembarcados los combatientes, que las naves vuelvan aquí a escoltar a las naves de Guinea.

Boscá se encogió de hombros.

—No hace falta que os recuerde que todos tenemos el mismo patrón. Así que a obedecer.

Sevilla, 12 de mayo de 1478, tres semanas después.

El cronista real Alonso de Palencia esperaba a los dos hombres que había citado en la torre de la Plata, un edificio de tres alturas y de planta octogonal, muy parecido a la torre del Oro, más bajo, menos espectacular y adosado a la muralla de la ciudad. Llegar a la torre de la Plata no era fácil, no se encontraba en una vía por la que se transitara mucho, y esa fue una de las razones por las que Palencia había citado allí a los Lugo.

Los Lugo eran tres: Juan de Lugo, uno de los mercaderes más astutos de Sevilla, y sus primos Pedro, que se iniciaba en tales artes a la sombra de Juan, y Alonso, un joven y ambicioso soldado que soñaba con conquistar imperios para la corona de Castilla.

El cronista, ya con cierta experiencia, esperaba a la sombra de un día ya muy caluroso para la época del año, sentado en una silla de tijera que se había hecho llevar por un sirviente. Por aquel lienzo de muralla no solía transitar mucha gente, lo que le evitaba saludar a los parroquianos que acertaban a pasar por allí. Su criado, por si acaso, lo observaba vigilante a cierta distancia.

Los Lugo aparecieron un poco después de la hora convenida. Como eran incorregibles de Sanlúcar, Palencia les perdonó el retraso, no tenían remedio. Los tres parientes se acercaron con la curiosidad pintada en sus rostros. Al menos en los de Juan y Pedro, en el de Alonso se apreciaba más bien desconfianza, mirando a su alrededor, en prevención de una celada.

—Buenas tardes, maese Alonso —dijo Juan de Lugo—. Buena idea sentarse a la sombra, ya empieza a hacer calor.

El cronista convino con un asentimiento en que su interlocutor tenía razón.

—Perdonen vuestras mercedes que no me levante, mi dolor de cadera no permite estar de pie.

—Nos hacemos cargo —dijo Alonso, que seguía en alarma permanente—. Estamos bien así.

—Y aquí estamos, prestos a vuestra llamada —dijo Juan, invitando al cronista a que explicase su convocatoria.

—Estimado Juan, os voy a pedir que lo que os cuente quede entre nosotros. No actúo en nombre de sus altezas.

Juan de Lugo estaba más que acostumbrado a guardar confidencias, por lo que siguió la corriente a Palencia.

—Todos mantendremos silencio sobre lo que se hable aquí esta tarde.

El cronista asintió, complacido.

—Os lo agradezco. Y voy a lo que interesa: no me fío ni un pelo del obispo de Canaria ni de su deán en lo que toca al apresto de la conquista de Canaria.

Juan de Lugo alzó una ceja. Le pilló de sorpresa la afirmación, pero no demasiado. Trató de adoptar una actitud neutra.

—¿La falta de confianza es por algo en concreto?

El cronista se echó hacia adelante en su silla, y bajó la voz, en tono confidencial.

—El obispo es un inútil redomado, y su deán sabrá mucho de misas y de pasar el cepillo, pero nada de dirigir una hueste contra el enemigo.

—No me sorprende demasiado —Juan de Lugo sabía decir con soltura lo contrario de lo que pensaba.— Pero, a fin de cuentas, quien está detrás de todo sois vos y el asistente Diego de Merlo. Supliréis con facilidad las carencias de los mentados.

—No lo tengo tan claro una vez que se desembarque en Gran Canaria. Allí poco podremos hacer los que nos quedamos en Sevilla.

—Juan Rejón es hombre competente —dijo Alonso—. Uno de los mejores servidores de sus altezas.

—Ese detalle es el que salva este asunto —replicó el cronista—. Pero Rejón puede tener problemas. Aunque sea el jefe militar, Frías y Bermúdez controlarán los pagos y el reparto de los víveres. Esa división de competencias podría funcionar si cada uno hace bien su trabajo, pero no lo veo claro en lo que respecta a los religiosos.

Juan de Lugo miró con expectación al cronista. Seguro que tenía algo más que decir.

—¿Y en qué podemos ayudar?

—Sé que vuestra familia ha puesto dineros en la empresa, y que deseáis que retornen con beneficios.

La frase captó por completo la atención de los Lugo.

—Esa es la esperanza de toda inversión —contestó Juan, intentando adivinar por dónde iba el cronista—. ¿Cabe la posibilidad de que no sea así en este caso?

Palencia miró a Juan de Lugo a los ojos, de modo que quedara claro que iba a ser franco.

—No sé si la relación entre Rejón y Bermúdez va a ser buena. Tienen unos caracteres muy diferentes. Y el obispo no va a ir en el

primer viaje, con lo que no estará presente una persona ostentando el mando único. La bicefalia, en cuestiones militares, es mala consejera.

—En eso os doy la razón —intervino Alonso—. Se debería dar todo el poder a Rejón, por supuesto.

—Tengo un plan en la reserva, y en él entráis vuestras mercedes —concluyó el cronista.

—Por fin sabremos en qué os podemos servir —retomó Juan la voz cantante.

—Cuando se produzca el conflicto entre Bermúdez y Rejón, que se producirá, habrá que nombrar a un mando único. Y ya tengo pensado un nombre.

—Vos diréis. No creo que hayáis pensado en mí —bromeó.

La frase sacó una sonrisa al veterano cortesano.

—No, no se trata de vos. Es Pedro de La Algaba, el diputado de la Hermandad con quien habéis emparentado recientemente.

Los Lugo se miraron. Algaba tenía muchas relaciones con ellos, no cabía duda, pero también lo conocían bien.

—Maese Alonso, es voz pública que don Pedro desea permanecer en Sevilla, al frente de la Hermandad. Ha hecho público que no quiere saber nada de ir a la Gran Canaria, que ayudará en lo que se tercie, ya que hay que aportar veinte lanzas a la empresa, pero poco más.

—Y ahí deben intervenir vuestras mercedes. Si queréis que fructifiquen los dineros invertidos, conviene estar muy atentos a los acontecimientos que se desarrollen en la isla.

—Para eso tenemos al primo Alonso —indicó Juan.

—Pero, si además, tenéis al mando a un compadre, más seguros estaremos todos de que la cosa irá bien. En suma, amigo Lugo, deseo que habléis con Algaba y le convenzáis de que acepte el nombramiento de gobernador de sus altezas cuando yo se lo proponga, que no será muy tarde.

—¿Gobernador? Ese cargo está a la misma altura que un corregidor o el de asistente de Sevilla.

—En efecto, el representante de sus altezas en un territorio concreto, con competencias en materia militar y judicial, tanto civil como criminal, además de organizativa. Y con un elemento importante que añadir: no tendrá que lidiar con la nobleza local, ya que no existe en la Gran Canaria.

—Sería un ascenso en su carrera militar. Podría planteárselo así. Don Pedro quiere llegar alto, y es una buena oportunidad. Es vendible el argumento. Hablaré con él.

—Os lo agradezco. Cuando la isla se conquiste, seréis recompensado. Habrá que hacer repartimientos de las tierras y os aseguraré un buen predio de regadío.

—¿Y por qué no tres, ya que tantos somos los que estamos aquí?

Palencia rio ante la propuesta de Lugo.
—Sois incorregible negociando, Juan de Lugo. Incorregible.

68

Sevilla, 23 de mayo de 1478, trece días después.

Con pífanos y atambores se disponía a partir el grueso de las armadas destinadas a Canaria y a Guinea. Los preparativos habían terminado por fin y las naves estaban aprestadas y listas para deslizarse río abajo, rumbo a Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura. Desde allí, se reunirían con unas cuantas embarcaciones más en Cádiz, que por no dilatar el asunto se habían pertrechado allí. Una vez todas juntas, zarparían en grupo con destino a la isla de la Gran Canaria, la mayor parte, y posteriormente, las menos, se dirigirían a la costa de la tierra de los negros, a rescatar todo tipo de mercaderías con los indígenas a cambio de su polvo de oro, marfil y otros productos exóticos.

En las veinticinco naves de la armada de Canaria viajaban unos mil peones y cincuenta de a caballo, veinte de ellos de la Hermandad. Junto a la tropa, se desplazaban algunos religiosos, comandados por el deán Bermúdez, así como cocineros, tenderos, lavanderas, aguadores y demás personal al servicio de los hombres de guerra, y algún que otro mercader, que de todo se sacaba tajada.

La hora fijada para la salida de las embarcaciones era la tercia, con la fresca mañanera, cuando el sol no estaba muy alto todavía, pero, como debían descender por el río una en pos de la otra, las últimas preveían soltar amarras después del mediodía. Los jefes militares partirían en las últimas. Sobre todo para dar tiempo a la llegada de la reina, que había anunciado su presencia para despedir a los que partían. Doña Isabel estaba embarazadísima, de ocho meses, y llegaría en un carro especial preparado para ella. Por aquello del desayuno real y el tiempo que se exigía para el acicalamiento de su alteza, no era posible que llegara antes, por lo que el asistente Merlo, el cronista Palencia, el obispo Frías y los capitanes Rejón y Bermúdez esperaban pacientemente en la orilla del Arenal la llegada del séquito real, notando la subida de la temperatura a medida que el sol se elevaba en el horizonte.

—Mirad lo positivo del asunto —dijo Merlo a sus acompañantes—, la demora en la salida ha propiciado que, en vez de los seiscientos peones que habíamos pensado reclutar, tengamos casi mil, entre los

voluntarios y los convictos que se han prestado a la conquista a cambio de la remisión de sus penas.

—Con estas fuerzas, en pocos meses estará reducida la isla —aseguró Bermúdez—. Todo es cuestión de dar fuerte en el primer encuentro y los canarios se rendirán a discreción.

—Muy seguro os veo, señor deán —dijo Palencia, el único que esperaba sentado, con parasol y abanico—. Dado que vos tenéis conversación directa con el Altísimo, espero que os oiga de grado y la victoria sea pronta y total.

—Todos podemos hablar directamente con el Creador —intervino Frías—, aunque la devoción no está siempre al mismo nivel en todos sus hijos. Pero no os preocupéis por eso, que somos varios los que rogamos por todos.

—No sabéis lo agradecido que me siento —replicó el cronista, tratando de no parecer condescendiente. Y se volvió a Rejón—. ¿Hay algún cambio en los planes militares?

—Lo que hemos hablado —respondió el capitán—. Pasaremos por la isla de Lanzarote, para que la señora doña Inés sepa que estamos allí, y luego, sin más demora, desembarcaremos en Gran Canaria.

—Nuestros adalides han propuesto dos puntos de desembarco posibles —intervino Bermúdez, que no quería quedar fuera de la conversación. A pesar de su estado religioso, también tenía cometida la competencia militar, y casi la mitad de los hombres se habían reclutado bajo su bandera—: en Gando, por donde se levantó la torre señorial, y en otro lugar más al norte, en la desembocadura de un barranco llamado Guiniguada.

—Una vez sobre el terreno, elegiremos el lugar que mejor nos parezca —añadió Rejón, haciéndose notar—. El segundo parece estar más equidistante de los dos principales poblados de la isla: Gáldar y Telde, lo que puede ser una ventaja.

—No hay que fiarse de los canarios, hijos míos —dijo el obispo—. He estado en aquellas islas y sus pobladores son nobles, pero también listos y astutos. Hablé ayer con Fernán Guerra, el adalid, y me comentó que hay dos posibles guerras contra los canarios: en campo abierto, escenario donde se les puede plantar batalla campal y lograr una victoria definitiva en poco tiempo; o bien que se retraigan a las fragosas montañas del interior, casi inaccesibles, para hacerse fuertes en ellas. Y en este caso, la guerra será larga e incierta.

—Esperemos que vuestros ruegos decanten la balanza por la primera posibilidad —dijo Palencia a su vez.

El sonido de una trompeta les hizo saber que se acercaba la comitiva real. Todos desviaron la atención al arrabal de la Carretería, por donde llegaría la reina. Sin embargo, no fue la reina quien apareció, sino el camarero real, Andrés Cabrera, acompañado de su

esposa, doña Beatriz de Bobadilla y de su sobrina, que no se separaba de ella.

Los congregados junto a las barcas del río esperaron a que el grupo y su escolta armada llegase a su altura.

—Buenos días nos dé Dios —dijo Cabrera—. Su alteza no puede venir debido a que le ha aquejado un leve dolor de vientre.

—Cosas del embarazo, nada grave —aclaró doña Beatriz—. Pero los físicos aconsejan que repose.

—Todos deseamos un feliz parto —aprovechó el obispo para meter baza—. Lo entendemos y hacemos votos por su pronta recuperación.

Cabrera, algo molesto por las interrupciones, tomó la palabra de nuevo. Quien debía tener la voz cantante en aquel momento era él.

—No obstante, su alteza me ha encargado personalmente que os dé todos sus parabienes y deseos de un final de campaña feliz y victorioso. Vamos a extender la fe de Cristo en tierras de gentiles idólatras, y esa es la más alta misión que puede emprender un cristiano. Eso, y adelantarnos a los portugueses, que, aunque cristianos, son ahora el enemigo.

—Todos sabemos que la armada que está preparando el rey Alfonso todavía no se ha aprestado por las malas cosechas en su país —dijo Palencia—. Por fortuna, el Andalucía tiene bastimentos de sobra para llenar las naves, por lo que salimos con ventaja.

—Tenéis la bendición de su alteza y el apoyo de su esposo, ausente en tierras de Castilla. Id en buena hora y volved victoriosos.

—Así lo haremos —dijo Rejón—. En este mismo año estaremos de vuelta, trayendo con nosotros cautivos a los jefes de Canaria para que besen los pies de sus altezas. No tengáis la menor duda.

Las palabras de Rejón se quedaron en el aire y ninguno de los presentes añadió nada, salvo Palencia, que siempre tenía que dejar patente su sorna escéptica.

—¿Acaso alguien tiene dudas al respecto?

Gáldar, Gran Canaria, 25 de mayo de 1478, dos días después.

Las gentes del guadartemato de Gáldar se congregaron en la gran plaza circular donde se realizaban las ceremonias más solemnes, distribuyéndose en torno a un ruedo amplio, de forma que los luchadores pudieran moverse con libertad y permitir que todos contemplaran la lucha de cerca, pero no demasiado.

Las celebraciones del nombramiento solemne de Guayedra Tenesor como guadnarteme de Gáldar habían comenzado aquella mañana, y tras el ungido ceremonial al amanecer por parte del faysag, los canarios de las seis comarcas: Arguineguín, Tejeda, Artebirgo, Agaete, Gáldar y Arucas se habían dispuesto a pasar un día agradable de fiesta y confraternización. También habían sido invitados los del guadartemato de Telde, y una nutrida representación de luchadores de Tirajana, Tamaraceite y del propio Telde, habían hecho acto de presencia y se habían unido a los regocijos.

Tras la colactación general, en que todos bebieron leche de cabra recién ordeñada aquella mañana como modo de dar gracias a Acorán por los frutos de la tierra y del mar, comenzaron las luchas.

Presidían los juegos el nuevo guadnarteme, Guayedra Tenesor, y el faysag Chambeneder. Junto a ellos, Abenchara y Naira, la hija de Adargoma, vigilaban a las niñas Arminda Masequera y Tenoya.

Los guaires reunidos se hallaban alrededor del campo de lucha, animando a los que participaban en las bregas, cuando no eran ellos mismos los que luchaban.

Como era tradicional, se desarrollaban varias eliminatorias en grupos de seis por cada comarca. El luchador que venciera a tres luchadores, dando a cada uno dos caídas, sin que él recibiera ninguna, pasaba a la siguiente fase. y desde que uno hubiera caído dos veces, no luchaba más.

Se trataba de trabar con los brazos, aferrados y agachados, las piernas del contrario y hacerle caer de espalda. El origen de ese tipo de lucha se perdía en la noche de los tiempos y era muy popular entre los habitantes de la isla. Un regocijo como aquel, en que podían encontrarse luchadores de todas las comarcas, se producía raramente,

por lo que todos eran conscientes de participar en un acontecimiento especial.

No había acudido Aymedeyacoan, el guadnarteme de Telde de facto, porque su nueva esposa no se encontraba bien. Desde la renuncia de Doramas al guadartemato, Aymedeyacoan actuaba como el jefe supremo de Telde y sus comarcas, aunque todavía no había sido ungido como guadnarteme, pero se estimaba que lo sería en breve plazo. Aquel año habría dos guadnartemes nuevos, situación extraña y novedosa que no se había dado en decenas de años.

Las eliminatorias se iban sucediendo poco a poco y los luchadores rotaban para descansar. Avanzado el mediodía, solo quedaban cuatro en liza. No hubo sorpresas y los principales campeones eran los que se mantenían en pie: Adargoma, Bentagay, Autindana y Doramas. Todos ellos eran conocidos por su corpulencia y destreza en las mañas que usaban para derribar a sus contrincantes. Habían ganado luchadas anteriores y todos habían perdido alguna vez. Incluso Doramas declaró públicamente haber sido derribado por Bentagay en un desafío particular, sin público presente, que se había convertido en leyenda, pues Doramas nunca había sido derrotado en una luchada pública. La expectación era máxima ante el inminente desenlace del juego.

Sin embargo, la esperada confrontación entre Bentagay y Doramas no se produjo, ya que Bentagay fue derrotado por Adargoma. A su vez, Doramas dejó fuera de la lucha a Autindana. En el duelo final se enfrentaban Doramas y Adargoma. Si la fatiga de las continuas luchadas hacía mella en los luchadores, trataron de que no se les notase. En la primera luchada venció Adargoma, que dio con Doramas en el suelo con un giro de cadera. En la siguiente, las tornas de volvieron y Doramas, aunque menos corpulento, era más ágil, y se valió de una acometida de su rival para hurtar el cuerpo y hacerlo trastabillar. En la tercera, Adargoma, más cauto, hizo valer su fuerza bruta y logró agarrar bien a Doramas y voltearlo por encima de su pecho, en un esfuerzo supremo que maravilló a todos. Adargoma había vencido, y Doramas lo reconoció levantándole la mano en medio de los vítores de los presentes.

Tenesor dejó su puesto principal y se adentró en el círculo de lucha.

—Os felicito a todos —dijo en voz alta cuando se hizo el silencio—. Ha sido una luchada excepcional, como no se había visto nunca. Con independencia de quién haya sido el último en quedar de pie, todos sois vencedores.

Los asistentes aclamaron el dicho del guadnarteme, que pidió silencio.

—Por fin la concordia vuelve a imperar en nuestro pueblo. Es bueno que estemos unidos y dejemos las antiguas rencillas a un lado. Se aproximan tiempos complicados, todos lo sabéis. Noticias han

llegado de Lanzarote, a través de un enviado de la mujer de Herrera, de que el rey de los castellanos prepara un gran número de hombres para invadir nuestra tierra. Sin embargo, después de hoy, no me queda la menor duda de que si los extranjeros ponen su pie en esta isla, solo les espera la muerte o la cautividad, como ha pasado en otras ocasiones.

Esta vez no hubo vítores, sino un silencio prolongado.

—En nuestra unidad reside nuestra fuerza. Todos sabéis que he decidido que Doramas tome el mando único en la batalla. Aymedeyacoan está de acuerdo, con lo que los de Telde y los de Gáldar serán un solo ejército, como corresponde a un solo pueblo. Por mi parte, os prometo que haré cuanto esté en mi mano para proteger a todos los hombres y mujeres de mi tierra. Ese será mi único pensamiento hasta que muera o me suceda otro guadnarteme si así lo quiere la princesa Arminda Masequera, la heredera, cuando llegue a la mayoría de edad.

El faysag Chambeneder dio un paso adelante y exclamó:

—¡Se dijo!

Y todos a su vez, corearon la frase.

—¡Se dijo!

70

Cádiz, 27 de mayo de 1478, dos días después.

—Señor, tenemos un problema.

El alférez Alonso Jáimez de Sotomayor, un tipo enjuto con bastantes cicatrices de guerra en su piel, entró en el aposento de Juan Rejón en una posada de Cádiz con ese anuncio. Jáimez era el segundo de Rejón, su mano derecha, y había batallado codo con codo con él en muchas refriegas contra moros y portugueses. Todos los demás mandos, desde el resto de capitanes hasta el último trompeta, estaban bajo sus órdenes. Después de Rejón, era quien más mandaba. Al menos en la mitad de la hueste, ya que la otra mitad obedecía al deán Bermúdez.

Rejón estaba en la posada de la calle Jardín de Ferrera, no muy lejos del embarcadero de barcas del puerto, comprobando el listado de provisiones con Alonso de Lugo y con Juan de Hoces, dos de sus capitanes, y la entrada del alférez los sacó de su concentración.

—¿Qué problema? —preguntó irritado Rejón, volviéndose al recién llegado.

—Ha venido un carro desde Sevilla cargado hasta los topes con toneles de vino. Le he indicado que lo deje junto con el resto de bastimentos, y el conductor se ha negado.

Un gesto de extrañeza cruzó el semblante de Rejón.

—¿Que se ha negado? —preguntó.

—Eso mismo. Dice que debe entregárselo en persona al deán Bermúdez y a nadie más. Lo veo muy irregular.

—Todo el aprovisionamiento que llega para la armada se deposita en un mismo lugar. Hemos quedado en que no haya distingos.

—Lo sé, pero insiste en la entrega al deán.

—Vamos a aclarar este asunto —dijo Rejón, y tomó su bonete antes de salir de la cámara. Le siguieron Jáimez, Lugo y Hoces.

Salieron de la posada y llegaron al lugar donde estaba detenido el carro en un abrir y cerrar de ojos. El cochero no podía pasar porque un par de hombres armados de Rejón le impedían el paso. El capitán se encaró con él.

—¿Qué decís de que tenéis que entregar el vino al deán? —le espetó sin más preámbulo.

—Esas son mis órdenes, señor —respondió el conductor del carro—. Debo entregar todo el cargamento al señor deán de Canaria, don Juan Bermúdez. Este no es vino comprado para la armada de Canaria.

Rejón se sorprendió con la última frase.

—¿No es vino comprado? ¿Y entonces qué es?

—Una dádiva. Un regalo —respondió el cochero.

—¿Un regalo? ¿De quién y para quién?

—De doña Inés Peraza, la señora de la isla de Lanzarote, a la atención del señor deán.

Rejón se mesó la barba un instante para meditar sobre el asunto.

—Aunque vos no lo sepáis, existe un acuerdo con el deán de que todas las mercaderías destinadas al viaje sean acopiadas en el mismo lugar para ser embarcadas después.

—A mi tanto me da vuestro acuerdo —le respondió el conductor—. Yo entregaré el vino al deán y que él lo haga a vos después.

Rejón frunció el ceño. Aquel hombre no le prestaba el debido respeto a un capitán de la reina.

—Sois un deslenguado —dijo, y se volvió a Jáimez—. Prended a este insolente y dadle de palos.

Jáimez y Lugo sonrieron y se dirigieron hacia el cochero, que abrió los ojos de la sorpresa y se arrepintió de inmediato de sus palabras.

—¡Un momento! —se escuchó detrás de ellos en voz en grito.

Todos se giraron y vieron llegar al deán Bermúdez, acompañado de Hernando de Cabrera, uno de sus hombres de confianza, y dos soldados. Jáimez y Lugo se detuvieron y soltaron al conductor. El grupo que se aproximaba llegó en un instante.

—Capitán Rejón —dijo Bermúdez—, ese cargamento no es para la armada en general.

—Si no es para la armada, ¿para quién es?

—Es para mis hombres. Una gentileza extraordinaria de la señora Peraza.

Rejón volvió a fruncir el ceño.

—No habíamos quedado en esto —le replicó al deán—. Todos los bastimentos deben ser guardados de modo conjunto.

—Esta es una excepción. Es solo para mis hombres.

—¿Puedo preguntar la causa de esa excepción?

—Doña Inés es conocida mía, y de esta manera reconoce nuestra amistad y arenga a nuestra parte del ejército.

—¿Y qué pasa con mi parte? ¿No deberíamos compartir el vino?

—Es su expreso deseo de que sea únicamente para las huestes del deán. Ya lo ha dicho el cochero.

El ambiente se tensaba entre los dos capitanes. Todos podían advertirlo.

—¿Y qué tienen mis huestes que no son del gusto de la señora?

—¿No lo sabéis? —preguntó el deán, asombrado.

—Ilustradme, que no consigo averiguarlo.

—Está muy claro. Habéis enrolado en vuestras fuerzas a varios vecinos de Lanzarote condenados a muerte en la isla. Enemigos declarados de la señora. No esperéis mucho favor de ella.

Rejón sintió que la ira lo invadía.

—Todos somos vasallos y estamos bajo la protección de la reina. Esta es una empresa de la corona de Castilla, y a ella nos debemos. Sin ningún tipo de discriminación.

—Lo sería si mis huestes acapararan vino comprado con los dineros reales y destinados a la armada. Pero no es el caso. Se trata de un regalo y como tal, tomo posesión de ello.

Rejón miró furibundo a Bermúdez, que le devolvió la mirada con altivez.

—Sea por esta vez —dijo, tras unos instantes de silencio—. Pero esto no quedará así. El obispo será conocedor de este desatino.

—Yo mismo le informaré —le respondió el deán—. Y ahora, si os apartáis, que el cochero lleve el vino a las casas donde moramos.

Rejón y sus hombres dejaron al conductor del carro, que se subió a él con presteza y fustigó a la mula que lo arrastraba. Bermúdez y sus hombres siguieron en pos suya, escoltándolo. Jáimez los vio alejarse y en su mente surgió una idea clara: aquello no empezaba bien.

Cádiz, 14 de junio de 1478, dos semanas después.

Un disparo de culebrina dio la señal de partida, con la marea alta. Las treinta y cinco naves izaron el velamen y las armadas conjuntas de Canaria y de Guinea comenzaron a desplazarse en un día soleado, con viento de popa, ideal para el viaje que se disponían a realizar.

—Es un día perfecto para comenzar la singladura —comentó el capitán general de las armadas, Joanot Boscá—. Todos los augurios son buenos.

La frase, dirigida al maestre de la nao en la que viajaba, fue escuchada por varios de los pasajeros importantes, que se acodaban en la borda de babor, cerca del catalán.

—Si se mantiene el tiempo así, llegaremos en menos de una semana —respondió el maestre—, el tiempo prudente para que los caballos y algunos soldados de tierra adentro no lleguen hechos unos guiñapos a las islas.

—No sé si los jefes militares han contado con que gran parte de la hueste puede llegar a la isla de la Gran Canaria inservible para luchar. Tal vez convendría que se recuperaran unos días en Lanzarote. No veo a unos caballos mareados corriendo detrás de los canarios.

—O delante, si es que hay que retraerse. De todos es sabido que esos salvajes son únicos urdiendo celadas y lanzando piedras.

—Cuentan de uno de ellos que arroja las piedras con tanta fuerza como un tiro de arcabuz, y es capaz de perforar un escudo.

—Y que hay otro, un gigante, que aplasta cabezas con un montante de madera gruesa que maneja con increíble soltura.

Alonso de Lugo, que seguía a poca distancia la conversación, entendió que debía intervenir. Se acercó a la pareja y quiso dar su punto de vista.

—Los castellanos, que venimos de una estirpe de guerreros que se remonta a los tiempos de Roma, si no antes, no nos arredramos frente a un grupo de gentiles desnudos, armados con palos y piedras. Con la fuerza que llevamos, conquistar esa isla será un plácido paseo.

Los dos marinos miraron con algo de condescendencia al joven militar, que había irrumpido en su conversación sin pedir permiso.

—¿Habéis estado alguna vez en la isla de la Gran Canaria, capitán

Lugo? —preguntó Boscá.

—Nunca. Pero, como todos los que estamos embarcados en esto, pienso poner el pie en la isla para quedarme. Sus altezas han prometido altos sueldos y grandes extensiones de tierras para los que quieran quedarse a poblar. Apartaremos sin contemplaciones a quien se interponga en nuestro camino.

—Primero habrá que conquistar la isla —repuso el maestre—. Ya lo intentó Mosiún de Betancor con sus franceses; luego Ferrand Peraza, el viejo, padre de la actual señora de la isla; y poco ha los portugueses de Diego de Silva, y todos fracasaron.

—Llevarían poca gente —replicó Lugo—. Nunca se ha visto una armada como esta con el objetivo de conquistar esa isla.

—En eso tenéis razón, capitán —intervino Boscá—. Nunca se ha preparado un ejército para combatir fuera de Castilla con tanta gente de armas. Pero tened en cuenta que los canarios tienen más de cinco mil hombres de pelea.

—Un peón castellano vale como diez de ellos, y un caballero lanza en ristre como cincuenta. Llevamos ochocientos años de guerra contra el moro y estamos más que entrenados para derribar cualquier obstáculo que se nos oponga. Los canarios no tienen nada que hacer.

Boscá y el maestre se miraron. Aquel jovenzuelo tenía demasiadas ínfulas.

—Solo os aconsejo una cosa —le dijo el catalán—. No subestiméis a los canarios. Son gente dura y resistente, y están en su terreno. Me imagino que alguien se lo habrá dicho, pero no estará de más que al capitán Rejón se le recuerde que solo debe enfrentarse a los habitantes de esas islas en campo abierto.

—Y siempre rehuir la lucha en las montañas del interior. Son riscos inaccesibles cuyos pasos solo ellos conocen —añadió el maestre.

—El capitán Rejón ya está suficientemente ilustrado sobre lo que se va a encontrar, no tengáis cuidado con eso —contestó Lugo.

—Entonces sobran los consejos —sentenció Boscá, que saludó a Lugo con un gesto de la mano y se marchó al otro lado del barco, dando por terminada la conversación.

Lugo, a su vez, volvió al lugar donde estaba unos momentos antes, en la borda de babor. Allí se encontraba uno de los pasajeros no militares, uno de los mercaderes que acompañaban a la armada.

—¿Qué os parece, micer Lorenzo de Riberol? Esos marinos son una panda de derrotistas de mal agüero. En vez de ensalzar el poderío de nuestras fuerzas, se dedican a contar cuentos de viejas, pura leyenda, sobre esos canarios de mala muerte.

Lorenzo sonrió al soldado y le respondió en ese castellano con fuerte acento genovés que usaba.

—Dicen que detrás de cada leyenda hay algo de realidad.

Lugo hizo un ademán con el brazo, como tratando de apartar de su mente esa idea.

—¡Bah! Puro cuento. Si hay gente supersticiosa e ignorante es la de la mar. Solo saben de sus barcos y mareas, y cuando bajan a tierra caminan como borrachos. Sus consejas no son de fiar.

Lorenzo trató de desviar la cuestión. Lugo no parecía dispuesto a cambiar de opinión.

—En verdad es una lucida armada esta en la que vamos. ¿En cuánto tiempo piensa conquistar la isla el capitán Rejón?

—Le dijo a su alteza la reina que en este mismo año estaría de vuelta en la corte llevando a los reyes canarios cautivos para que se arrodillasen ante ella.

—¿En este mismo año? Es demasiado pronto —Lorenzo parecía contrariado.

—¿También vos dudáis, como esos marinos?

—No, en absoluto. Que haya una campaña tan corta no me complace por otro motivo.

—¿Cuál entonces?

—Que en tan poco tiempo no podré hacer muchos negocios. Solo por eso.

72

Playa de Famara, Lanzarote, 22 de junio de 1478, una semana después.

En torno al mediodía, el maestre de la carabela que se encontraba al través, recién echada el ancla cerca de la costa de la isla de Lanzarote, ordenó a sus marineros que comenzaran la maniobra de aproximación a las arenas de la playa de Famara. El navío se había separado de la armada dos días antes y, aprovechando su diseño de última generación, había tomado la delantera al resto del grupo de barcos que se dirigían a la conquista de la isla de Canaria y a comerciar a Guinea.

El maestre, Juan García Bezón, que había hecho carrera en las galeras del rey, era un viejo conocido de los vecinos de Lanzarote, con muchos de los cuales tenía estrecha amistad. En concreto, en su barco viajaba el adalid Fernán Guerra, que le había convencido, con buenos razonamientos y una buena bolsa repleta de maravedíes, para que se adelantara al resto de la flota y accediera sin ser visto a la costa oeste de la isla. La tarde anterior llegaron a la vista de Lanzarote, y la carabela cruzó el estrecho de El Río, dejando la isla de la Graciosa a estribor. Allí, bajo el imponente risco de Famara, descendió Guerra en una chalupa, que volvió al barco en cuanto el adalid se perdió de vista, corriendo, en la llanura arenosa de aquel lugar casi siempre ventoso.

El acuerdo con el maestre era que lo recogiera en la misma playa en cuanto amaneciese para reunirse posteriormente con el resto la armada. Guerra se adentraría en las sierras del norte de la isla en busca de su esposa María May y de sus hijos pequeños, escondidos en unas cuevas propiedad de Ibone de Armas, el hermano de Juan, uno de los enviados por los vecinos para defender sus derechos ante los reyes. Ibone, por tanto, era cuñado de Beatriz Guerra, la mujer de Juan de Armas, que a su vez era la hermana de Fernán Guerra. En los lugares pequeños, como la isla de Lanzarote, los lazos familiares solían ser muy estrechos.

Ibone había escapado a duras penas de la represión efectuada por doña Inés sobre los descontentos y sus bienes, más que nada porque era útil a la señora: era el mejor herrero de la isla. Su hermano Juan

no tuvo tanta suerte y su nombre permanecía proscrito, al igual que los de muchos otros vecinos huidos de Lanzarote el año anterior.

Guerra sabía que si lo capturaban le esperaba la horca. Por mucho que intercedieron ante el Consejo Real, este no quiso saber nada de contradecir las sentencias de la señora, y Guerra sospechaba que en los acuerdos entre los Herrera Peraza y los reyes se encontraba el de no contradecir la administración de justicia de doña Inés, por muy injusta que fuera.

Guerra conocía el lugar donde estaba escondida su familia por sus compañeros de espera en Sevilla llegados de la isla después de él. Apenas dos horas después de haber desembarcado se encontró con Martín de Guinate, el pastor descendiente de los antiguos majos, los pobladores de la isla antes de que llegaran Juan de Betancor y sus franceses a conquistarlos. El vigilante del rebaño de cabras reconoció enseguida a Guerra y a requerimiento de este, lo llevó por los mejores pasos a través del macizo de Famara hasta encontrar las cuevas que andaba buscando, cerca del lugar llamado montaña Aganada.

Guerra pudo reencontrarse con su mujer, María, y sus cuatro hijos pequeños. Duraron poco los abrazos, la tarde caía y ponto se verían sin luz, por lo que decidieron volver al lugar donde Fernán había desembarcado guiados de nuevo por el pastor.

La oscuridad nocturna les pilló atravesando un puerto y, dada la peligrosidad del paso, optaron por pasar la noche bajo un grupo de palmeras en una terraza natural. Habían desandado el suficiente camino como para que en cuanto amaneciera no tardaran mucho en llegar a la playa.

La luna pasaba de cuarto creciente a llena, y expondría toda su superficie iluminada en un par de días. En cuanto se alzó en el firmamento, la familia Guerra pudo ver algo de su entorno, y María y Fernán aprovecharon para contarse sus cuitas y aventuras.

—Entonces, la reina no hizo caso de nuestras reclamaciones, aunque tuviéramos razones de peso —dijo la mujer.

—Los consejeros reales estaban conchabados con Diego de Herrera y su mujer para que les entregasen el derecho a la conquista de la Gran Canaria y las otras islas grandes a cambio de dinero y de que se mantuviesen sus privilegios y prerrogativas.

—Los poderosos siempre se apoyan unos a otros.

—Nos dieron la alternativa de participar en la conquista de la Gran Canaria, a sueldo de la reina.

—Es una oferta que puede salir bien, pero también puede salir mal. Ya sabes que los canarios pueden ser peligrosos. Y tú actúas como adalid, o sea, que irás el primero de todos, antecediendo a la hueste. Nadie correrá más peligro que tú.

—Conozco bien la isla. Sabré cuidarme.

—Eso decían también los que murieron en la torre de Telde. Fernán, tú eres un mercader ganadero, no eres un guerrero.

Guerra no quiso discutir con su esposa. Llevaba muchos meses sin verla y, en el fondo, tenía razón. Se había metido a adalid casi por falta de alternativas, había perdido la mayor parte de su hacienda incautada por la señora, y era una forma de poder levantar la cabeza, al menos económicamente.

—Lo que gane de adalid lo gastaremos en ganado en las tierras que nos den tras la conquista. Me lo ha prometido el mismísimo rey.

María May tampoco quiso discutir. Llevaba muchos años desconfiando de los gobernantes, aunque se tratara del rey, pero no podía oponer argumentos a su marido. De momento, tenían a mano poder escapar de Lanzarote y empezar una nueva vida en la isla de la Gran Canaria, a resultas de cómo terminara la campaña militar.

Guerra y el pastor se turnaron la guardia y, cuando apenas comenzaba a clarear, Guinate los despertó a todos. Tomaron unos higos secos y un poco de agua y continuaron el descenso por los fragosos barrancos de la isla. Cuando el sol arrojó sus primeros rayos por encima del horizonte, el grupo llegó al llano de Famara y lo recorrieron a paso ligero.

Desde la carabela, el maestre Bezón suspiró cuando vio a Guerra y a su familia en la playa. Ordenó que la chalupa fuera a recogerlos de inmediato.

Mientras observaba la maniobra en la playa, se le acercó Juan Mayor, que viajaba en la misma carabela.

—¿Creéis que alguien los habrá visto? —le preguntó al maestre.

—Nunca se sabe. En estas islas siempre hay ojos y oídos ocultos. Espero que Guerra haya sido discreto. No me gustaría meterme en problemas con esa señora, doña Inés, que tiene un genio endiablado.

—Por Guerra no será. Es el primero en buscar que no trascienda el hecho. No quiere perjudicar para nada a Ibone de Armas y a su hermana Beatriz, que siguen viviendo en la gran aldea de Teguise. Si nadie los persigue, es que lo ha conseguido.

El maestre miró al adalid con cierto escepticismo.

—Dios os oiga, Juan Mayor, y que nadie más lo haya hecho esta noche en esas montañas. Si se sabe, no sé el alcance que pueden tener las represalias de doña Inés hacia todos nosotros.

—No sabrá nada.

—Eso espero, maese Juan. Eso espero.

73

Puerto del Arrecife, Lanzarote, 23 de junio de 1478, al día siguiente.

El capitán Alonso de Lugo desembarcó de la chalupa en una de las playas del puerto de Arrecife. El marinero que dirigía el esquife tuvo buen cuidado de no acercarse a las traicioneras rocas que abundaban en el entorno, tanto a la vista como sumergidas, haciendo de aquel puerto uno de los más problemáticos del archipiélago.

Lugo, que llegaba en uno de los barcos de la vanguardia de la armada, se había presentado voluntario para saltar en Lanzarote a presentar los respetos a los señores de la isla de parte de los capitanes de la expedición. Y es que no veía la hora de pisar tierra firme. Los cuatro primeros días de travesía los había pasado muy mal, completamente mareado. Y eso que el tiempo había acompañado, según decía Boscá. No se imaginaba cómo podía haber acabado si la mar hubiera estado picada.

Una vez con los pies en la arena, Lugo, maravillado, sintió que su cuerpo seguía balanceándose como en el barco. Deseó que esa extraña sensación se le pasase cuanto antes. En la playa le esperaba un pequeño grupo de hombres armados. Uno de ellos se acercó a él.

—Soy el alguacil Alanís —se presentó—. ¿Quién sois vos?

—El capitán Alonso de Lugo, de la armada de su alteza la reina doña Isabel para la conquista de la isla de la Gran Canaria. Vengo en representación de sus capitanes, don Juan Rejón y don Juan Bermúdez, para saludar a don Diego de Herrera y a doña Inés Peraza, y presentarles las credenciales de sus cargos.

—Tengo orden de que esperéis aquí —le espetó el alguacil—. Mi señora llegará pronto.

Lugo se extrañó del tono conminatorio de la frase. Era más una orden que otra cosa.

—¿Aquí? ¿En la playa? —preguntó, incómodo.

—Podéis sacar los pies del agua, pero será en la orilla de la playa —sentenció Alanís, que se apartó unos pasos para permitir que los ocupantes de la barca pudieran saltar a tierra.

Aquella era una mañana soleada y el calor pronto comenzó a hacer mella en los recién desembarcados. Lugo, vestido con sus mejores

galas militares, se estaba arrepintiendo de haberse puesto el jubón de invierno y la capa, que le sobraban.

La espera se demoró más de dos horas, para irritación del capitán. Los hombres de la chalupa optaron por sentarse en la arena, salvo Lugo, que prefirió mantenerse en pie, muy digno. Comenzaba a percibir la dilación en la llegada de la señora como una afrenta. Sentía en el ambiente y en la actitud del alguacil y de sus hombres que algo no iba bien,

Por fin, apareció tras una loma una reata de mulas y algunos caballos que llevaban a la señora de la isla, a su hijo Fernán Peraza y a un buen número de hombres armados. La mujer fue ayudada a bajar y se dirigió a Lugo, que permanecía esperándola. Como no le habían invitado a acercarse, se quedó donde estaba, con la cabeza bien alta. La señora llegó a su altura en pocos pasos.

—Me han dicho que sois el capitán Lugo —le dijo, a modo de saludo—. Conozco a vuestro padre don Pedro y a vuestro primo Juan, y por el aprecio que les tengo, he decidido venir yo misma a daros un mensaje para los capitanes de vuestra armada.

Lugo se vio cortado. No tenía previsto que el comienzo de la conversación fuera de esa manera.

—Me envían mis capitanes para deciros…

—Ya sé lo que quieren vuestros capitanes —cortó tajante la señora —. No puedo dar la bienvenida a unos barcos que lo primero que han hecho es ayudar a escapar de esta isla a unos prófugos de la justicia. Unos traidores condenados a la pena capital.

Lugo abrió los ojos de la sorpresa. No tenía la menor idea de qué estaba hablando aquella mujer. Pero no le dio tiempo a replicar.

—Sabed que si esas personas fugadas de mi justicia, tanto las que estaban en Sevilla como las que han escapado de esta isla en el día de ayer, forman parte de vuestra armada, no recibiréis asilo ni ayuda por mi parte —continuó la señora—. Y exijo una disculpa formal y una reparación de vuestros capitanes con la entrega de todos los rebeldes. De inmediato. Y si no, seguid vuestro camino en buena hora, pero sabed a qué os tendréis que atener.

—Perdonadme, señora. Pero no acierto a comprender a qué os referís.

Fernán Peraza, el hijo de la señora, dio un paso al frente y se encaró con Lugo.

—Ya os lo ha explicado, capitán. Así que, volved a subir a vuestra chalupa y dadle el mensaje a vuestros capitanes. Si no se repara la afrenta, no seréis bienvenidos.

Lugo miró alternativamente a ambos, y decidió, con intensa desazón, que allí no tenía más que hacer.

—Les daré vuestros parabienes, tal cual me los habéis transmitido

—les dijo, a modo de despedida.

A una señal, todos sus hombres volvieron a la barca, que se alejó de la orilla tras varios golpes de remo. Era evidente que los ocupantes de alguno de los barcos adelantados al resto de la armada habían obrado por su cuenta, rescatando a algunos fugitivos de la justicia señorial. Por un momento, sintió simpatía por aquellos que se habían enfrentado a aquella señora y a su hijo, tan antipáticos. Pero la cuestión conllevaba un trasfondo nada bueno. Lo último que podían desear sus capitanes era tener a enemigos en una isla de cristianos en vez de colaboradores en caso necesario. Porque tenía claro que, de ninguna manera, el capitán Rejón iba a prescindir de Fernán Guerra, el adalid. Por ello, lo mejor sería que la escuadra siguiera su camino, ya que estaban a una sola jornada de la isla de la Gran Canaria, y desembarcaran allí sin más trámites dilatorios. Y eso sería lo que les aconsejaría. Ya estaba bien de esperas.

74

Bahía de Gando, Gran Canaria, 24 de junio de 1478, al día siguiente.

—Os puedo asegurar que este sitio no es bueno para desembarcar, señores capitanes —dijo Fernán Guerra a los capitanes Rejón y Bermúdez.

El adalid se había trasladado a la nao capitana en cuanto se agruparon todas las naves de la armada en el estrecho de la Bocaina, entre Lanzarote y Fuerteventura. Desde allí navegaron al poniente con buen viento de popa hasta llegar a la vista de la costa de levante de Gran Canaria a última hora de la tarde. La isla se levantaba ante ellos al contraluz como una creciente pirámide de suaves faldas que se iban afilando hasta llegar a la corona de cumbres que enseñoreaban la tierra. Habían echado el ancla enfrente de la punta denominada por los canarios de Arinaga, al abrigo de un saliente de la ribera.

Amaneció el día siguiente tranquilo, con suave brisa del nordeste. Rejón pidió ver el lugar donde se levantó la torre de Diego de Herrera. Ya que se había introducido el señor de Lanzarote por allí, tal vez ellos pudieran hacer lo mismo. En cuanto llegaron al sitio, desde una distancia de tiro de culebrina, los capitanes pudieron observar que donde se levantaba la torre y otras dependencias anexas no quedaba más que un informe montón de piedras y maderos quemados. Guerra insistió en que aquella playa de arena no era el mejor lugar para saltar a tierra.

—Yo lo veo tan bueno como cualquier otro —repuso Bermúdez.

—Los canarios saben desde ayer que estamos aquí. A estas horas deben de haber aprestado un número importante de hombres, esperando que hagamos como Herrera y bajemos en esta playa. Conocen muy bien el lugar y tendrán prestas sus celadas. He visto a un par de vigilantes en los cerros que normalmente no suelen estar allí. Creedme, señor capitán: están ciertamente prevenidos de nuestra llegada.

—Y entonces, ¿qué aconsejáis? —preguntó Rejón.

—Vayamos más al norte. Los navíos van más aprisa que un hombre caminando, y desembarquemos en un lugar que conozco que está cerca de la frontera entre sus dos reinos. Aunque parezca mentira,

tendrán que ponerse de acuerdo para acometernos. Y los canarios nunca se ponen de acuerdo entre ellos sin una reunión previa de sus jefes, además en esta época del año, cuando cambia la estación, es un momento de paces según sus costumbres, con lo que les cuesta más combatir. Eso les retrasará.

—Vos sois el adalid y habéis elegido esta fecha y no otra —aceptó Rejón—. Vayamos y veamos ese otro lugar que decís. ¿Cómo se llama?

—Es el puerto de las Isletas. Una montaña de roca pelada que forma una bahía segura donde fondear.

Las señales de banderas entre los barcos de la armada indicaron el rumbo a seguir. La travesía fue apacible y el espectáculo de las treinta cinco naves navegando de bolina por la costa de la isla, esplendoroso. Llegaron a la rada de las Isletas poco antes del mediodía.

—¿Veis, señor capitán? —indicó Guerra señalando la orilla arenosa que se abría ante ellos. Un istmo de arena la separaba de otra playa que daba a poniente y que se adivinaba desde los navíos— Ni rastro de canarios.

—En verdad es buen lugar para desembarcar, sobre todo hoy, que apenas hace viento y no hay olas —convino Rejón.

A su derecha se elevaba un monte sin vegetación, cuyas laderas descendían hasta el arenal que les enfrentaba. A su izquierda, una lengua de tierra llana con matorrales bajos y dispersos que se perdía en la lejanía, flanqueada a distancia por montes y riscos de poca altura.

—Es evidente que el señor san Juan nos favorece hoy en su santo —dijo Bermúdez—. Pero, ¿no tendremos problemas de agua? No veo ninguna fuente.

—A cosa de una legua de aquí hay un lugar fuerte y eminente, a la vista del puerto y de sus navíos, con agua bastante de un río copioso llamado Guiniguada, que lleva perpetua agua a la mar, donde hay abundancia de palmas y otros árboles frutales —explicó Guerra.

—Si es como decís, maese Fernán, no se hable más —dijo Rejón—. Desembarquemos pues antes de que puedan reunirse los canarios en nuestra contra.

—Eso, y agradezcamos la buena ventura de nuestra llegada con una misa como Dios manda —concluyó el deán.

Los capitanes y demás oficiales apercibieron a su gente y la bajaron a tierra, formando sus escuadrones como era uso y costumbre, tras sus correspondientes banderas. El desembarco se realizó en las chalupas que arrastraban las naves sin que encontraran ninguna oposición. Poner el pie en tierra sin ser molestados supuso para los castellanos gran alegría y alivio tras los días transcurridos en los apretados espacios de los barcos. Bajó la gente de guerra, que la demás, así como los bastimentos, se mantuvieron a bordo hasta que se determinara el

lugar donde levantar el real y se comprobara si existía resistencia de los canarios en su marcha.

Constaba el ejército de seis banderas, tres del capitán Rejón y otras tres de Bermúdez, además de un grupo numeroso de aventureros de fortuna, que se adscribieron a las que quisieron, aumentando las fuerzas.

Se colocaron en filas, en orden de batalla, y allí mismo, Rejón pidió silencio. En cuanto lo obtuvo, alzó la voz para que todos le escucharan.

—¡Soldados de Castilla! Estamos aquí para acrecentar los reinos de nuestras altezas reales don Fernando y doña Isabel con la conquista de esta isla y para poner bajo el yugo de la sagrada fe católica a sus habitantes idólatras. ¡Que Dios nos dé la fortaleza necesaria para vencer en esta noble empresa!

—Y ahora, la misa —indicó Bermúdez.

Rejón asintió con un gesto de la cabeza.

—Y ahora, la misa —confirmó—. A Dios, lo que es de Dios.

—Invocaremos como nuestra protectora a nuestra Señora de Gracia, a la que tanta devoción profesamos la mayoría de los presentes.

—Buena elección —sentenció Rejón, sabedor de que era una de las vírgenes favoritas de los andaluces.

Bermúdez ocupó el lugar preferente que tenía Rejón, alzó los dedos índice y corazón sobre su cabeza y entonó con voz profunda:

—En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Y todos los hombres de guerra, armados hasta los dientes, se arrodillaron con humildad y corearon el amén.

75

Playa de Gando, Gran Canaria, 24 de junio de 1478, mismo día.

—Han pasado de largo —indicó Maninidra a Aymedeyacoan—. No han desembarcado en la playa de Gando, como esperábamos.

El guadnarteme de Telde no comentó algo tan obvio. Por delante de los ojos de sus trescientos guerreros, ocultos por matorrales y piedras, desfilaron un sinfín de barcos, las casas que viajan por el mar, como los llamaban los canarios, hasta que comenzaron perderse de vista tras el promontorio que cerraba la bahía.

—Tal vez no pretendan desembarcar —aventuró el jefe teldense sin mucha convicción.

—Nunca había visto tantas casas que van por el mar de los castellanos juntas. Ya no se trata de una o dos, a lo que estamos acostumbrados. Ahora han llegado más de treinta, y todos sabemos que en cada una caben unos treinta a cuarenta hombres. Es fácil hacer el cálculo.

—Son nueve veces cien, por lo menos —concluyó Aymedeyacoan.

—Nosotros podemos oponerles, contando a la gente de Gáldar, cincuenta veces cien. Si desembarcan, los echaremos de nuevo al mar.

El guadnarteme no compartía el optimismo de su guaire. Tanta gente castellana vendría con una predisposición y un armamento distintos a las escasas fuerzas de los hombres de Lanzarote o de los portugueses de Silva en sus correrías.

—De cualquier manera, es un asunto grave, y exige la convocatoria de un sábor de inmediato.

Maninidra miró al guadnarteme, algo asombrado.

—¿Por qué no les seguimos a distancia para conocer sus intenciones? Hasta que no estemos seguros de lo que pretenden no es necesario convocar a los notables de la isla.

A Aymedeyacoan le incomodó la réplica de su jefe militar.

—Sabremos lo que quieren muy pronto, Maninidra. Estoy seguro de que buscarán otro puerto donde desembarcar, y también de que llevan entre ellos gente que conoce la isla. Los rehenes que entregamos a cambio de Teneso han pasado años con nosotros y nos conocen a la perfección. Tienes razón en lo de seguirlos, a ver qué hacen. Dispón a

varios de tus hombres para que lo hagan.

Maninidra se giró y dio órdenes a sus principales guerreros, que corrieron en dirección a la costa por donde desaparecía el último de los barcos. El resto de los hombres salió de sus escondrijos y todos se congregaron en torno al lugar donde se encontraban el guadnarteme, Maninidra y los otros guaires de las demás comarcas del reino de Telde que habían acudido a su llamada urgente la noche anterior.

—A poco que se dirijan al norte, pasarán al guadartemato de Gáldar —dijo Autindana, uno de los guaires, hermano de Teneso.

—Pueden desembarcar en la playa que hay junto a las Isletas —intervino el faysag—. Pero está lejos y, si lo hacen, no llegaremos a tiempo de impedirlo.

—¿Qué hacemos? ¿Ordeno a los hombres que puedan llegar que ataquen de inmediato si desembarcan? —preguntó Maninidra.

—Estarán en minoría. Hay que avisar a Tenesor, para que ponga en pie de guerra a toda su gente. Tenemos que unir nuestras fuerzas para rechazar a los invasores.

—Habrá que convocar un sábor —dijo el faysag—. Para algo así, es necesario el visto bueno de los doscientos.

—Le pediremos a Tenesor que lo convoque cerca del lugar donde salten a tierra los castellanos —añadió el guadnarteme, que no ocultaba su preocupación—. Así evitaremos demoras.

—¿Y tendremos que obedecer las órdenes de Doramas? Eso no nos gusta a ninguno de los teldenses —inquirió Maninidra, disgustado.

Aymedeyacoan resopló cuando se mentó de nuevo un tema que ya se había discutido meses atrás.

—Todos sabéis cuál fue el acuerdo con Tenesor —respondió el guadnarteme—. A cambio de la renuncia de las intenciones de Doramas a ocupar el guadartemato de Telde, este sería el jefe único de todos los canarios en caso de peligro. En un caso como el que tenemos delante, habrá que obedecer las consignas de Doramas, aunque no nos guste.

Un murmullo de reacciones encontradas se escuchó entre los guerreros allí concentrados. Aymedeyacoan consideró que tenía que dejar las cosas claras.

—Olvidemos el pasado, lo que importa es el presente. Se trata de defender nuestra tierra de una invasión, y lucharemos junto a los de Gáldar bajo las órdenes de cualquiera de nuestros guaires. Todos sabemos que Doramas es temible en el combate, y siempre será mejor tenerlo de nuestro lado que enfrente.

—Tienes razón —dijo Maninidra—. Debemos estar unidos en esta pelea que se avecina, y da igual quién dé las órdenes. Cuando entremos en combate, cada uno de nosotros luchará por nuestra tierra. Pero si atacamos a los castellanos cuanto antes, tendrán menos tiempo

para prepararse. Propongo que vayamos todos en pos de las casas que van por el mar y no los dejemos desembarcar.

—Por el mar van más rápido que cualquier hombre —repuso Autindana—. Nos tomarán la suficiente ventaja como para evitar que les impidamos desembarcar. Habrá que luchar con ellos ya en tierra.

—Pero sin que se hayan fortificado en una torre, como siempre hacen —insistió Maninidra—. Serán más débiles.

Aymedeyacoan levantó el brazo para zanjar la cuestión.

—Varios de nuestros hombres ya están siguiendo a los barcos. Podemos ir en esa dirección y ver si han desembarcado, dónde y de qué manera. Si lo han hecho en nuestro guadartemato y estamos en ventaja, haremos como dice Maninidra. En caso contrario, esperaremos a la gente de Gáldar y a la celebración del sábor. Esto es lo que haremos, y no admito réplicas. Ahora, marchemos todos en la dirección que llevaban los barcos.

Un pesado silencio se adueñó del ambiente. Las órdenes estaban dadas y habría que obedecerlas. Lentamente, todos los guerreros comenzaron a desfilar detrás de su guadnarteme, que indicaba el camino, aunque más de uno lo hizo refunfuñando.

76

Barranco de Guiniguada, Gran Canaria, 24 de junio de 1478, mismo día.

—Este lugar parece el jardín del Edén —exclamó Juan Rejón tras cruzar el riachuelo que bajaba por el barranco de Guiniguada y desembocaba en una playa de cantos rodados.

Se enfrentaba a un palmeral exuberante que cubría los márgenes de la estrecha corriente de agua. El sonido de los pájaros reinaba en un ambiente tranquilo y sosegado, casi idílico. Una ligera brisa proveniente del mar aminoraba el calor de la primera hora de la tarde y la sombra de las altas palmeras era lo suficientemente tupida para dar un descanso a la marcha de los soldados.

Los exploradores a caballo no se habían tropezado con enemigo alguno en el trayecto de una legua desde la ribera donde había desembarcado la hueste hasta el lugar donde se encontraban. Tan solo habían divisado a un canario viejo que fue sorprendido mariscando y que trató de huir renqueando, sin éxito. Un rápido interrogatorio realizado por Fernán Guerra les informó que los canarios no estaban apercibidos de la llegada de los castellanos a aquella zona de la isla.

Rejón y Bermúdez recibieron con júbilo la noticia. Dispondrían de cierto tiempo para organizarse, desembarcar con tranquilidad la impedimenta y levantar un campamento bien defendido.

Avanzaron hasta llegar al borde del bosque de palmeras y observaron el entorno. No podía parecer más favorable: agua continua, madera por doquier, y un puerto apacible y cercano donde fondear y desembarcar.

—No hace falta que blasfeméis —reconvino Bermúdez a su colega, con algo de sorna—, pero admito que debe de parecérsele mucho. Aquí, al menos, no hay serpientes tentadoras.

—Y los adanes y evas están en otra parte, para nuestra suerte —replicó Rejón—. ¿Veis ese altozano al otro lado del río?

—Es un buen emplazamiento para una torre —respondió Bermúdez.

—Me habéis leído el pensamiento, señor deán. Si os parece bien, ahí emplazaremos el real. En lo alto, dominando la playa y el final del barranco.

Bermúdez estaba asombrado del talante conciliador de Rejón, siempre tan altivo y dado a la discusión, por lo que aprovechó la ocasión para ejercer su parte de autoridad.

—Me parece bien, señor capitán. Conviene estar lo más seguro posible. Los canarios aparecerán en cualquier momento.

—Daré las órdenes oportunas a mis hombres. Haced el favor de hacer lo mismo con los vuestros. Y, de paso, que comience el desembarco de las vituallas y de la gente que no es de guerra.

Los dos capitanes dieron la vuelta a sus monturas y comenzaron a dar órdenes a sus subordinados. Tras el visto bueno de los adalides, que comprobaron que no había nadie en el palmeral, los soldados se desplegaron en diversas funciones.

En el lugar indicado por Rejón descubrieron varias casas canarias desocupadas, de las que aparecían semienterradas en el suelo, lo que decidió a Bermúdez a elegir la más grande como la primera iglesia donde guardar los objetos litúrgicos, aunque la misa se daría al aire libre, ya que el tiempo lo permitía.

La cima de la pequeña colina comenzó a ser despejada de vegetación. Las primeras en caer fueron varias palmeras que alcanzaban una altura impresionante. «Con una de esas, hacemos veinte pasos de empalizada», pensó el alférez Jáimez, que se ocupaba de que comenzara el trabajo de los soldados en levantar el campamento. El capitán utilizaba los mismos parámetros que en las entradas en tierra de moros. Había calculado, en función del número de personas que debían acogerse al real, el espacio que debían ocupar la cerca con los troncos recién derribados y cortados de las fastuosas palmeras, que parecían inacabables en número. El alférez, con el criterio a favor del capitán de mar Boscá, había dejado tres de ellas en pie en medio del campamento, para que sirvieran de localización del real para los barcos que se aproximaran a la isla.

—El Real de las tres palmas —dijo Rejón—. Así lo llamaremos.

—¿No será mejor llamarlo el real de las palmas? —objetó Bermúdez—. Lo digo por si se pierde alguna de ellas.

Rejón miró con algo de suficiencia al deán, algo molesto de que cuestionara alguna de sus decisiones.

—El tiempo lo dirá, señor deán. De momento, de las tres palmas, así no se confunde con otros lugares, que hay muchas poblaciones con ese nombre en los reinos de Castilla y de Aragón.

A Bermúdez le vinieron a la memoria Palma del Río y Palma de Mallorca, con lo que lo dejó estar.

Los dos hombres llegaron al espacio que se iba abriendo en el centro de la colina y descabalgaron. El deán se acercó a la casa canaria que había elegido para situar la iglesia.

—Usaremos los cimientos para construir la iglesia encima —dijo el

religioso—. De piedra, en cuanto se pueda.

—Antes hay que levantar una torre —objetó ahora Rejón—. Lo primero y más importante es que los canarios no nos sorprendan. De hecho, mirad, por ahí viene al galope el adalid Guerra.

Fernán Guerra localizó a sus jefes a poco de llegar al lugar donde se estaba levantando la empalizada, y se dirigió hacia ellos. Llegó a su altura en pocos instantes y descabalgó.

—He subido por el barranco, más allá de donde llega la vista —informó—. Y he descubierto una avanzadilla de canarios que ocupan un paso malo en un risco alto desde donde pueden ofender la entrada hacia el interior. Por sus silbos, entendí que ya nos habían descubierto y se llamaban entre ellos.

—Curiosa forma de comunicarse —dijo Rejón—. Deberíamos aprenderla para usarla nosotros.

—No es cosa fácil, capitán. Hay que practicarlo desde niño para hacerlo bien. Deforman las palabras de su idioma al silbar, pero son capaces de entenderse a mucha distancia.

—Como las banderas de nuestros marinos —intervino Bermúdez—. Cosa importante es entenderse de lejos, y no solo para la guerra.

—¿Cuál creéis que será el siguiente movimiento de los canarios? —preguntó Rejón a Guerra.

—Esperarán a congregar un buen número de guerreros antes de acercarse. Tres o cuatro días a lo sumo, dado que tienen que llegar los de Gáldar.

—Así ganaremos el tiempo suficiente para guarnecer bien el real —convino Bermúdez.

—No esperaremos tanto tiempo —anunció Rejón—. No conviene que se reúnan todos los canarios y formen un solo ejército.

Guerra y Bermúdez lo miraron expectantes, esperando una explicación. El capitán se la ofreció.

—Nos adentraremos en el barranco y les invitaremos a la batalla antes de que lleguen los refuerzos. Nos pondremos en orden de combate al pie de los riscos, dentro del barranco. Son gente belicosa y están ensoberbecidos tras destruir las torres de Herrera. Aceptarán el envite y bajarán de las cumbres a dar con nosotros.

—¿No creéis que es algo arriesgado enfrentarse a los canarios en el fondo de un barranco? —preguntó Guerra— Los caballos no podrán desenvolverse.

—Perded cuidado, que no he perdido el seso. En cuanto bajen de los riscos nos retiraremos hacia la costa, como huyendo de ellos. Una vez en el llano, les enfrentaremos, y allí los caballos demostrarán la fuerza que tienen.

—¿Creéis que los canarios nos seguirán hasta el llano?

Rejón sonrió. Y era una señal, porque sonreía poco.

—No es que lo crea, señor deán. Es que estoy seguro de ello.

Real de Las Palmas, Gran Canaria, 25 de junio de 1478, al día siguiente.

Lorenzo fue de los últimos en desembarcar, por voluntad propia. Prefirió esperar al día siguiente en el barco y comprobar así que no hubiera peligro en la playa. En verdad era un alivio abandonar la estrecha e incómoda nao en la que habían viajado durante más de ocho días unos cuarenta hombres bastante apretados, pero había aprendido que la paciencia era una virtud a tener en cuenta. Sobre todo si se llegaba a un destino donde habitaban enemigos.

Una de las chalupas lo dejó en una playa de arena fina y dorada. A su derecha, contempló una montaña separada del resto de la isla por un istmo de arena que se cubría por el mar con la marea alta. En los alrededores no se vislumbraba nada que rompiera la tranquilidad de la costa, salvo las órdenes de voz en grito de los tripulantes de los botes para descargar a la gente que quedaba en los barcos y los toneles y fardos de avituallamiento de la hueste.

Varias carretas, que venían en piezas, se montaron con rapidez y, una vez cargadas, las mulas que las acarreaban comenzaron su andadura por la línea de la costa camino del real, que se había instalado a una legua de allí. Lorenzo comprobó que los bultos donde se encontraban las mercaderías de los Riberol eran bien colocados en el carro, y se subió en el borde trasero. Vigilaba el desembarco un pequeño destacamento de soldados, cinco de ellos a caballo, que se paseaban por las dunas vecinas a la orilla, atentos a cualquier señal de presencia de los canarios.

El trayecto duró más de una hora. No había un camino trillado y las carretas tuvieron dificultades en algunos tramos de rocas. Con cuidado y gracias a la perseverancia de los carreteros lograron llegar al real.

El trabajo de los soldados estaba perfectamente organizado y la parte que daba al mar del bosque de palmeras presentaba calvas señaladas. Un montón de palmas habían sido cortadas y despiezadas, y los postes resultantes se hincaban en el suelo, formando una empalizada bien sujeta con clavos y cuerdas que se iba ampliando en derredor de la colina donde se elevaban al cielo tres altísimos

ejemplares.

Lorenzo había acordado con otros tres mercaderes, un burgalés, un sevillano y un vasco, que compartirían tienda para custodiar mejor sus géneros y tener un lugar donde cobijarse. Al no formar parte de la hueste, esos detalles corrían de su cuenta, por lo que convenía abaratar costes. Todos traían consigo algún criado, así que no serían ellos mismos quienes tuvieran que realizar la vigilancia de sus géneros. Al menos, y eso era una decisión correcta de los organizadores, no se harían la competencia entre ellos, ya que cada uno mercadeaba productos diferentes al margen del abastecimiento de la tropa por parte de la corona. A la familia Riberol, merced a la influencia de Juan de Lugo, se le había encomendado la venta de aceite, cera y jabón, sus especialidades, pero también de hortalizas y pescado salado, además de otras conservas en toneles. Lorenzo había introducido por su cuenta en los fardos algunas piezas de tela, varias herramientas de uso variado y algunas semillas, que no sacaría a la luz hasta más adelante.

El alférez Jáimez les indicó el lugar donde podrían levantar la tienda dentro del perímetro previsto de la empalizada, y los mercaderes se dispusieron a aposentarse de la manera más cómoda posible.

Mateo de Jerez, el mercader sevillano especializado en paños de lana, cueros y drogas medicinales, que para todo había remedio, colocó sus cosas al lado de las de Lorenzo. Mientras sus asistentes montaban la gran tienda que compartían, ambos dieron una vuelta por el campamento.

—Decidme, maese Mateo, ¿qué productos de esta isla pueden servir para comerciar con ellos en Castilla?

—Amigo Lorenzo, poco hay que merezca la pena el coste de embarcarlo hacia los puertos de Europa. La orchilla, por supuesto, pero solo si se recoge en grandes cantidades, y cada vez es más difícil conseguir ese pigmento. Los animales que tienen los canarios, por lo que me han contado, son ovejas sin lana, cabras y cerdos. No creo que sean mejores de los de Castilla, por lo que quedarán para el consumo local. Siempre tenemos la posibilidad de esclavizar a los que se enfrenten en buena guerra a nuestra hueste, pero serán contados, y después no habrá más, por lo que solo hablamos de una o dos remesas. El verdadero negocio va a estar en otro producto, que no hay en estos momentos en estas islas.

—Explicadme eso, os lo ruego.

—El azúcar, Lorenzo, el azúcar. En la vecina isla de Madeira los portugueses llevan casi cincuenta años produciendo azúcar de gran calidad que vuestros paisanos genoveses de Lisboa están distribuyendo por los puertos bretones y flamencos.

—El azúcar es un producto escaso y muy valorado —reconoció Lorenzo—. A Sevilla llega en pequeñas cantidades, proveniente de Valencia y de la costa granadina. Se dedica principalmente para la elaboración de medicinas, dado su precio.

—Pues es un conservante fabuloso: almíbares, confituras y mermeladas consiguen que la fruta no se pierda. Imaginadlo: comer peras, melocotones y albaricoques en cualquier época del año. Es el futuro inmediato, y arroja unos beneficios casi escandalosos. Os lo digo yo, Lorenzo, en estas islas se va a plantar caña de azúcar, y será lo que traiga riqueza a este lugar tan lejano. El clima, el agua y la leña son esenciales, y aquí hay de todo.

—Os veo muy convencido. Tengo entendido que para lograr una primera cosecha de azúcar, hay que esperar dos años a que la caña madure y pueda ser llevada a la molienda. Y luego, unos meses más de tratamientos especiales.

—Es cierto, estáis bien informado. Por eso no hay que perder tiempo. Yo he traído una gavilla de plantones de cañas para comenzar a plantarlos aquí desde ahora mismo.

—¿Desde ahora mismo?

—¡Claro! ¿Vos no habéis traído ninguno?

78

Barranco de Guiniguada, Gran Canaria, 26 de junio de 1478, al día siguiente.

Los guerreros de Telde habían tomado posiciones en los cerros que dominaban el barranco de Guiniguada. Por allí no iban a poder pasar los castellanos, y menos con los caballos. Y los canarios sabían que este hecho no pasaba desapercibido a los invasores. O daban un rodeo, algo prácticamente imposible dado lo escarpado de la costa tanto a un lado como al otro, con acantilados en los que rompían las olas, o se enfrentaban en un ataque directo, decisión difícil de tomar por la ventajosa posición de los pobladores locales.

Maninidra y Adargoma vigilaban inquietos los movimientos de los extranjeros desde lo alto de un risco desde donde se podía divisar el campamento castellano, que crecía de tamaño a ojos vista. Cada hora que pasaba la fortificación iba consolidándose, y ya se veían las primeras trazas de los cimientos de piedra de lo que, con toda seguridad, iba a ser una torre.

—Debíamos de haberles atacado ya —dijo Adargoma—. Todavía no pueden guarecerse detrás de la empalizada. Pero en un par de días sí que podrán hacerlo.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Maninidra, algo desencantado—. Pero hay que esperar a los de Gáldar. Doramas envió un mensajero diciendo que llegaría hoy con una avanzada de los guerreros del norte. Esperemos un poco más.

Como si alguien le estuviera escuchando, el sonido de una caracola se escuchó barranco arriba.

—¡Ahí está! ¡Ya llega! —anunció Adargoma.

—Vayamos a su encuentro, y así tardaremos menos en ponerlo al día.

Los dos jefes militares se pusieron en movimiento saltando de roca en roca con una destreza pasmosa por la dorsal de las cumbres del barranco. Acompañados de otros guaires y guerreros de escolta descendieron hasta el río y remontaron la corriente en busca de Doramas y de sus hombres. No tardaron mucho en encontrarse con un grupo de un centenar de galdenses. Pocos le parecieron a Maninidra, pero no comentó nada. Doramas se adelantó a su grupo y se abrazó

con los guaires de Telde.

—De nuevo tendremos que echar a los castellanos al mar —dijo, tras los saludos usuales—. Sé que no os quedaba otro remedio que esperar, pero yo, de vosotros, habría atacado durante el desembarco.

Maninidra y Adargoma se miraron con fastidio.

—Hay normas que no nos podemos saltar, Doramas —contestó el primero—. Tú bien lo sabes, que eres de los de Telde. De buena gana hubiéramos caído sobre ellos desde un inicio. El asunto es lo que vamos a hacer ahora que has llegado.

Doramas sonrió.

—Pues vamos a ir a por ellos antes de que terminen su poblado. ¿Cuántos hombres tenéis?

—Unas tres veces cien, más o menos —respondió Adargoma—. Si hace falta llamaremos a más, pero aquí no hay sitio para desplegarnos.

—Con mis cien ya somos un grupo importante. No dudemos ni un segundo. Vayamos a desafiar a los castellanos.

—¿Crees que se atreverán a subir por el barranco?

—Conozco unos cuantos insultos muy vejatorios en la lengua de los invasores. Son gente altiva que aguanta mal que les reten.

Los guerreros teldenses asintieron. Si Doramas daba la orden de ataque, por ellos no iba a quedar. Los dos grupos se unieron y, siguiendo las órdenes del jefe supremo, unos se quedaron en la zona baja del barranco y otros subieron por las laderas escarpadas. En cuanto se acercaron al real de los castellanos, comenzaron a hacer ruido con sus lanzas en los escudos de madera, a silbar y a vociferar improperios que el eco del valle llevaba lejos en la distancia.

Doramas vio cómo el desafío era tomado en serio por los castellanos. Se escucharon varias trompetas y los soldados dejaron lo que estaban haciendo y comenzaron a formar en escuadrones. El canario se maravillaba de la disciplina de sus enemigos, que se colocaban de modo claramente preestablecido y ordenado. Sus guerreros tenían muchas virtudes, pero no era una de ellas la de agruparse de modo metódico. El canario luchaba por instinto, y cada cual sabía lo que tenía que hacer en cada momento, tras las instrucciones básicas recibidas. No perdían el tiempo con juegos de danzas en grupo al son de clarines.

Una columna de hombres y caballos se formó en breve tiempo y comenzó a subir por el barranco. Los tambores animaban el paso y los caballos caracoleaban por los flancos de los peones.

Doramas dio orden a sus hombres para que no se movieran de donde estaban. En los riscos tenían aprestadas buena cantidad de piedras grandes para dejarlas caer rodando por las laderas a su señal.

Los castellanos continuaron la marcha impasibles hasta que llegaron a una corta distancia de los canarios que se encontraban en el

río. Era el momento. Doramas dio un silbido estridente, ordenando el ataque. Cuatrocientas voces gritaron alaridos de guerra y las piedras comenzaron a caer desde los altos de las cortadas. Los castellanos, como era previsible, al verlas llegar rompieron filas y trataron de esquivarlas. El desorden cundió entre unos soldados más preocupados de los pedruscos que llovían que del enemigo. Los caballos fueron los primeros en desaparecer, a todo galope barranco abajo, abandonando a los peones.

Sin el refuerzo de los jinetes, los soldados quedaban completamente a su merced, pensó Doramas. Silbó otra orden y los guerreros del río arrancaron a correr contra los castellanos, mientras que los que estaban en las laderas comenzaban a bajar a toda velocidad frenando la caída con rápidos y sucesivos apoyos de sus lanzas.

Los castellanos, al ver lo que se les venía encima, dieron media vuelta y huyeron despavoridos hacia su campamento.

Doramas volvió a sonreír. Aquello iba a ser más fácil de lo que esperaba.

Barranco de Guiniguada, Gran Canaria, 26 de junio de 1478, mismo día.

Alonso de Lugo esperaba con un grupo de unos treinta jinetes al mando del alférez Jáimez, escondido dentro del palmeral. Detrás de ellos, otro grupo mucho más amplio, unos doscientos hombres a pie, también aguardaban, tensos, el momento de ponerse en marcha.

Todo se lo jugaban a que los canarios persiguieran a sus compañeros en fuga, apercibidos para que pusieran todo su empeño en aparentar que huían aterrorizados. Por lo que pudo ver a distancia, muchos de ellos no actuaban, en realidad corrían como alma que lleva el diablo.

Rejón se encontraba en la empalizada del real esperando con el grueso de la tropa a los que volvían a la carrera, poco visibles tras las tiendas y los endebles chamizos ya levantados. Como había previsto, los canarios persiguieron con rapidez a la columna en fuga, y su velocidad y agilidad provocaron que comenzaran a alcanzar a los más rezagados. Rejón ordenó a un subalterno que enarbolara el pendón real, señal de ataque de los que se encontraban escondidos en el bosque de palmeras.

Jáimez dio una voz de orden y los caballos salieron de su escondite y comenzaron a galopar en dirección a los canarios, pero no los atacaron de frente, sino que los rodearon, en un intento de embolsar a un grupo de naturales entre ellos y la infantería, que llegaba por detrás.

Los canarios no se percataron en un primer momento de la táctica de los jinetes. Entendieron, dado que les arrojaban sus dardos, que los caballos se retraían y evitaban la lucha directa. Pero en cuanto el grupo atacante quedó dividido en dos, y el de atrás se vio hostigado por los jinetes que no dudaban en llevarse por delante y ensartar con sus lanzas a los que les esperaban a pie firme, comenzaron a dudar. Los ojos de los guerreros se volvieron hacia Doramas, que se encontraba en el centro del grupo delantero. El jefe de los guaires comprendió que tras los caballos llegaban hombres de refresco a pie que ensancharían la línea divisoria entre los suyos. Los canarios todavía estaban a tiempo de detenerse y volver sobre sus pasos para

reagruparse. Adargoma lo vio cavilar y le interpeló de inmediato.

—¿No estarás pensando en dar la espalda a los invasores? ¿Duda Doramas como un cobarde en medio de un ataque?

Doramas se sintió molesto por la pulla. No podía esperar otra cosa de los teldenses, que no le tragaban.

—No seré yo quien vea tu espalda, sino tú la mía —le respondió.

—Eso lo veremos.

El grupo delantero de los canarios, azuzado por la carrera de su jefes, continuó la persecución de los castellanos hasta que estos se acercaron a un tiro de piedra del campamento. En ese momento, detrás de la empalizada, comenzaron a surgir soldados que conformaron en pocos instantes un muro de hombres que dejaban pasar entre ellos a los que huían que, inmediatamente, se daban la vuelta y se integraban en la retaguardia de los que comenzaban a avanzar desde el real.

A los canarios les dio igual a quien enfrentarse y el choque entre ambas formaciones fue atronador. Los montantes de madera con filo de piedra aguzado y los dardos de los nativos competían con las lanzas, espadas y escudos de los castellanos. La lucha cuerpo a cuerpo se generalizó y en unos momentos desapareció el orden en las filas de los europeos. Rejón, hábil espadachín, fue haciendo caer a contrarios uno tras otro. En torno a él se formó una cuña de soldados que luchaban codo con codo. A su izquierda, por el contrario, Adargoma lanzaba con furia mandobles a diestro y a siniestro con una enorme espada de madera endurecida, cuyos afilados bordes de obsidiana cortaban como el mejor acero. El que se descuidaba y era alcanzado por sus potentes golpes, quedaba malherido. Viendo que se destacaba de entre los canarios, dos jinetes fueron a por él, entrando en medio de la refriega al galope. El guaire se agachó al paso de uno de ellos esquivando su lanza en ristre y descargó un espadazo sobre las ancas traseras del caballo, rompiendo huesos y tendones. Caballo y jinete rodaron por el suelo. El otro caballero trató de ensartarlo, pero Adargoma esquivó con agilidad el ataque, agarrando la lanza y propinándole un buen tajo al animal en el cuello, que casi lo descabeza. La montura y el jinete cayeron dando vueltas y alcanzando en su caída a un grupo de castellanos, que no pudieron evitar el atropello.

Aquellas acciones no pasaron desapercibidas para los otros jinetes, que decidieron hostigar a los compañeros de Adargoma, más que enfrentarse con él directamente. Rejón también se percató de lo que ocurría. Tres grupos de canarios se adentraban entre los castellanos, siguiendo el ímpetu de Adargoma, Maninidra y Doramas. Había que frenar a esos cabecillas. El capitán volvió a la empalizada y pidió su caballo, que esperaba enjaezado tras las tiendas. Montó en él y tomó

una lanza larga. La sopesó para tomarla en el punto de equilibrio exacto y espoleó su montura en dirección al gigante canario, que no desfallecía en sus golpes. Rejón cabalgaba en un rocín andaluz, de los que son educados en el tiento a los toros, y lo mismo hizo con el canario. Amagó un tranco a la izquierda que el guaire acompañó con un golpe de espada, pero el caballo saltó de inmediato a la derecha, esquivando el espadazo que dejaba su flanco al descubierto, circunstancia que Rejón aprovechó para clavarle la lanza en lo alto del muslo izquierdo, derribándolo.

Una exclamación de consternación se escuchó entre los canarios que combatían. Adargoma había caído, y no se levantaba. Los compañeros de Telde se arremolinaron en torno a su jefe para evitar que Rejón lo rematara, como se disponía a hacer, volviendo grupas a su montura. Ese movimiento de los canarios, que abandonaron la lucha individual para defender a su líder, provocó que los castellanos del flanco izquierdo tuvieran unos instantes de receso para ordenar sus filas y formar un bloque compacto. Doramas y Maninidra también se desviaron al lugar donde se combatía con más denuedo, de resultas que, en unos instantes, se formó un apelotonamiento de combatientes en torno a la figura caída de Adargoma.

Jáimez se dio cuenta de que los canarios, agrupados en círculo en torno a sus jefes, eran menos efectivos que luchando en línea, por lo que ordenó que los jinetes se colocaran formando un frente de ataque, y los lanzó al galope contra los enemigos. Los caballeros dieron con sus lanzas contra los nativos y sus monturas los atropellaron y pisaron sin piedad. Tras la arremetida de los caballos, llegaron los infantes en formación, que aprovecharon el desbarajuste de los canarios para separarlos, provocando que se dispersaran. La refriega fue tan dura que los canarios no pudieron retroceder llevando consigo a Adargoma, que quedó en poder de los castellanos

Doramas y Maninidra se miraron en medio de la refriega. Las cosas no estaban marchando bien. Los castellanos utilizaban unas tácticas de combate muy eficientes en un terreno abierto y llano como aquel. El combate se estaba decantando del lado de los invasores y era palpable que los canarios, nada acostumbrados a ser atacados por grupos de soldados y jinetes ordenados, no podían contrarrestar el implacable avance de las fuerzas extranjeras.

Maninidra se acercó a Doramas dando garrotazos a cuanto castellano se interponía en su camino, hasta que estuvo lo bastante cerca como para gritarle.

—¿Nos quedamos y morimos hasta el último hombre o mejor volvemos otro día, con más hombres?

Doramas también luchaba con su espada, pero pudo escuchar al guaire de Telde.

—Adargoma me echó en cara que sería un cobarde si ordenaba el repliegue —le contestó.

—Pues yo te echaré en cara que eres un insensato si seguimos esta lucha desigual. Combatamos en nuestro terreno, que no es este.

Doramas dio un mandoble a un peón andaluz antes de contestar.

—Si veo tu espalda, la seguiré.

Maninidra entendió la respuesta. Doramas no sería nunca el primero en volver sobre sus pasos.

—Pues verás mi espalda ahora mismo, y me seguirás.

Y el canario lanzó un silbido dando orden de desperdigarse, volver y escalar las paredes del barranco, señal que fue imitada por sus combatientes, que dejaron de luchar y comenzaron, sin dar la espalda en un primer momento, a replegarse hacia las montañas.

Jáimez, tras observar el movimiento de los naturales, llegó al galope hasta donde estaba Rejón.

—¡Señor! ¿Qué hacemos? ¿Los perseguimos barranco arriba?

Rejón miró a su capitán, completamente cubierto de polvo y de sangre.

—No vamos a caer en nuestra propia trampa yendo al terreno de los canarios. Gocemos de esta victoria, demos gracias a Dios, y preparémonos para lo que viene, que no será tan bueno como lo de hoy. Ahora empieza en realidad la guerra contra los canarios. Cuando vayamos a buscarlos a sus montañas.

Real de Las Palmas, Gran Canaria, 26 de junio de 1478, mismo día.

Lorenzo apenas pudo ver, desde dentro del real, los detalles de la batalla que había tenido lugar más allá de los muros de piedra y la empalizada que los coronaba, cercando el campamento. El genovés adoptivo no terminaba de confiar en el éxito de la empresa castellana. Durante la travesía había tenido tiempo de hablar con los adalides y otras personas que habían vivido en el archipiélago, y la sensación que experimentaba, después de escuchar sus historias, era la de que la conquista de Gran Canaria no iba a ser fácil. Además del número de hombres de pelea de los isleños, que quintuplicaba al de los castellanos, los naturales eran conocedores en profundidad de un terreno fragoso y complicado. Un sinfín de cumbres y barrancos cruzaba la orografía de la isla desde el mar hasta las altas montañas del centro de Gran Canaria, y los caminos, si los había, eran impracticables salvo para los ágiles canarios y los rebaños de cabras y ovejas que apacentaban. La isla tenía dos poblaciones importantes: Telde y Gáldar, bien guardadas en el interior por montes que las dominaban. Para poder llegar a un ataque con visos de éxito a cualquiera de estos dos poblados haría falta previamente desgastar, y mucho, a los canarios.

Por lo pronto, según contaban los soldados que entraban en el real, muchos de ellos heridos en el combate, la hueste castellana había vencido la acometida de los canarios tras varias horas de dura refriega. Al final, los indígenas optaron por abandonar el campo y refugiarse en los riscos vecinos, a donde, prudentemente, no les siguieron los vencedores.

Lorenzo y los demás mercaderes, testigos de excepción de lo que ocurría a su alrededor, contemplaron como dos de los principales capitanes, Lugo y el alférez Jáimez, se preocupaban de que varios soldados trajeran en andas con cuidado un cuerpo exánime, que le pareció un canario desde la distancia donde se encontraba. Curioso por el trato de favor que dispensaban a un enemigo, se acercó a la tienda donde lo habían introducido. Antes de que pudiera fisgar en su interior, salió Alonso de Lugo que, viendo la expresión de desconcierto

de Lorenzo, le dio una explicación.

—Es uno de los principales jefes de los canarios, que ha caído herido por la lanza del capitán Rejón. Su gente ha luchado lo indecible por socorrerlo, pero, al final, nos hemos hecho con él.

—Parece malherido —aventuró Lorenzo—. ¿Sobrevivirá?

Lugo se encogió de hombros.

—Está en las manos de Dios. Las órdenes del capitán fueron que lo sacásemos del campo y lo trajéramos al real.

—¿Quiere el capitán que sobreviva? —la pregunta de Lorenzo vino porque no preveía que le fueran a aplicar más cuidados al canario que dejarlo acostado en una litera.

—Diría que sí, pero nuestros cirujanos están curando a nuestros hombres, que tienen preferencia.

Lorenzo echó un vistazo al interior de la tienda y comprobó el estado del herido.

—Ese hombre morirá en pocas horas si no se hace algo para evitarlo.

Lugo pareció asombrado de la preocupación del genovés.

—Yo no sé nada de curaciones, micer Lorenzo. ¿Proponéis alguna cosa, por ventura?

—Si me lo permitís, intentaré tratarle la herida como he visto hacer en Génova.

Lugo le franqueó la entrada de la tienda.

—Todo vuestro, pero tened cuidado. Ahora está inconsciente, pero cuando no lo estaba, ha acabado con varios de los nuestros, y con dos caballos también. Es un gigante temible.

—No creo que despierte en muchas horas —respondió el joven mercader—. Voy a buscar algunas cosas en mi tienda y volveré para atenderlo.

—Muy bien, pero yo me vuelvo al campo —le advirtió.

Jáimez y Lugo se marcharon del lugar, dejando a un soldado vigilando al prisionero y advirtiéndole de que dejara entrar al genovés.

Lorenzo volvió con varias vendas y frascos que guardaba en uno de los cofres de sus mercaderías y se sentó junto al herido. A pesar de su juventud, había sido testigo en Génova de alguna que otra revuelta de los genoveses contra sus invasores milaneses, que casi siempre terminaban con varios vecinos heridos que acudían a la casa de los Riberol buscando a su criado, el viejo Tomasso, que sabía sanar cortes y golpes. Lorenzo había visto actuar al anciano curandero y algo de sus artes recordaba. Consiguió una jofaina con agua, procedió a retirar la tela de su vestimenta y lavó la herida con cuidado. El canario, de complexión enorme, había perdido mucha sangre y su respiración era débil. Tras la limpieza, Lorenzo le aplicó unos emplastos empapados

en varios líquidos provenientes de pequeñas botellitas de vidrio, en las que había visto cómo mezclaban diversos componentes con algo de alcohol. Luego vendó con cuidado la herida, añadiendo a las vendas unas cataplasmas con ungüentos cicatrizantes, o al menos así las llamaba el viejo Tomasso. Cuando terminó la operación, se lavó las manos con lo que quedaba de agua y se dispuso a levantarse.

En ese momento, el gigantesco canario pareció recobrar el conocimiento. Trató de moverse, pero el dolor de la herida le obligó a quedarse quieto. Lorenzo entrevió a través de los párpados del herido una mirada febril y confusa.

—¿Quién eres? —musitó entre dientes el canario en su lengua.

Lorenzo miró a su alrededor para comprobar si alguien se había percatado de la vuelta en sí del prisionero, pero toda la atención del soldado que guardaba la entrada de la tienda se encontraba en el exterior. Volvió la mirada hacia el herido y le contestó en su idioma primigenio.

—No soy tu enemigo. Trato de curar tu herida.

Los ojos del canario se abrieron un poco debido a la sorpresa. Lo último que podía esperar el guaire era escuchar a un extranjero desconocido hablándole en su idioma, aunque las palabras le sonaran con acento extraño.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar, esta vez con fundamento.

—Es una larga historia —respondió—. Trataré de ayudarte en lo que pueda. Has de saber que eres prisionero de los castellanos, y que su jefe no quiere que mueras. Quédate quieto y trata de recuperarte de la herida. Lo demás no está en mis manos.

—Está en manos de Acorán. ¿Crees en Acorán?

Lorenzo dudó en responder. No se esperaba la pregunta.

—Todo hombre tiene un dios al que pedir. El nombre da igual.

—El mío es Acorán, y a él me encomiendo para sanar y poder volver a combatir a los invasores de mi tierra.

Una expresión de tristeza embargó el rostro de Lorenzo. Aquel canario pensaba en volver a la lucha cuando apenas podía moverse. Tenía claro que ese deseo era una quimera, los castellanos jamás permitirían que un hombre así pudiera volver a enfrentárseles. Con toda seguridad acabaría en Castilla como esclavo o prisionero de los monarcas.

—Entonces, encomiéndate a él —le respondió—, y así seremos dos.

El canario sintió que desfallecía y que iba a desmayarse de nuevo.

—No me olvidaré de ti, hombre extraño que hablas mi lengua. No me olvidaré.

Las últimas palabras las pronunció arrastrando las silabas, y acto seguido volvió a la inconsciencia. Lorenzo lo miró con cierto pesar: su destino no era muy atractivo, pero se felicitó por haber hecho lo que

había podido. Que viviera o muriera aquel hombre era imprevisible. Se levantó y guardó los mejunjes del viejo Tomasso, preguntándose si el anciano hubiera hecho algo más que él con aquel herido.

81

Real de Las Palmas, Gran Canaria, 28 de junio de 1478, dos días después.

—Los canarios han vuelto a aparecer —anunció Bermúdez en cuanto Rejón y una cincuentena de sus jinetes y peones llegaron al lugar donde se encontraba el deán con otros tantos de sus hombres, vigilando la entrada a la parte alta del barranco de Guiniguada.

—¿No retiraron ayer a sus muertos? —preguntó el capitán.

—Sí, vinieron sin armas y les permitimos que se los llevaran. Más de trescientos, según ha contado alguno de nuestros soldados. Nuestras bajas apenas llegan a veinte, sin contar unas decenas de heridos.

—Han pasado apenas dos días y parece que vuelven a tener ganas de gresca —afirmó Rejón descubriendo en lo alto de los riscos próximos al final del barranco las siluetas de decenas de naturales recortadas contra el cielo, lanzando silbidos y gritos desafiantes.

—De momento, solo vociferan.

—Tal vez valdría la pena darles otra lección.

Bermúdez miró a Rejón con incredulidad.

—¿No pretenderéis subir a esas alturas? Mala cosa es que nos tiren piedras desde arriba.

—No será necesario —respondió Rejón con un brillo especial en sus ojos—. Ellos bajarán.

—¿Cómo estáis tan seguro? —inquirió el deán, amoscado.

—Porque yo haría eso —sentenció—. Los guerreros somos iguales en todas partes.

Rejón volvió la cabeza al grupo de hombres que le acompañaba y les interpeló.

—El que quiera acompañarme, que me siga. Vamos a tentar a esos canarios chillones.

Los jinetes apretaron los flancos de sus caballos y los peones levantaron sus lanzas. Todos se dispusieron a seguir a su jefe, que inició la marcha al paso. Bermúdez y sus hombres optaron por mantenerse contemplando el espectáculo que Rejón iba a ofrecerles.

La escasa columna que comandaba Rejón se adentró en el barranco, sobrepasando el lugar de la batalla y entrando en terreno que los

castellanos no habían vuelto a pisar desde la huida simulada a medias de dos días atrás.

—¿Cuál es el plan, señor? —preguntó Valdés, un veterano capitán miembro de la Hermandad que conocía a Rejón de años atrás y cuyo trato le permitía a atreverse a inquirir por las intenciones de su jefe.

—Avanzaremos un poco más, de modo que los canarios consideren que estamos entrando en su territorio —le respondió en tono natural. Valdés solo hacía preguntas pertinentes—. No son muchos los que andan por esos riscos y, viendo nuestro número, que les parecerá escaso, vendrán a dar con nosotros.

—¿Y si aparecen más, señor?

—Si picáis espuelas en dirección al real, os seguiré.

Valdés miró con falsa indignación a su capitán. Sabía que trataba de ponerle a prueba.

—Yo siempre sigo la grupa de vuestro caballo, y lo sabéis. Me place cómo menea la cola. Tiene su gracia.

Rejón sonrió ante la respuesta.

—Si aparecen más, Dios y nuestra señora de Gracia nos asistirán.

—Buen refuerzo serán.

No tuvieron que avanzar mucho más. Tras lanzar algunas piedras que no llegaron al lecho del riachuelo por donde se desplazaban, los indígenas, un centenar, comenzaron a bajar de los riscos con una agilidad extraordinaria. En pocos instantes estuvieron en la vaguada y se acercaron a paso ligero a los castellanos, que no habían detenido su marcha.

Rejón, desconfiado, observó que sus enemigos se acercaban de diferente manera a como lo habían hecho el día previo. Al contrario que en la refriega anterior, no portaban sus típicas lanzas y dardos, sino que todos llevaban los montantes de madera con filos de piedra cortantes, parecidos a las espadas europeas, pero mucho más pesadas.

—Estos canarios no son los mismos —murmuró Valdés a su espalda —, me los han cambiado.

—Son los mismos —replicó el capitán—, pero algo se traen entre manos.

Fernán Guerra acercó su caballo hasta la altura de Rejón.

—Señor, quien comanda a los canarios es Maninidra, uno de los jefes de guerra.

—Ya lo veo, buen destrozo nos hizo el otro día. Convendría que lo atrapásemos vivo, para juntarlo con el que tenemos en el real.

—Sus hombres le siguen ciegamente, tiene una reputación de guerrero invencible. Todos le respetan, y muchos le temen.

—Pues las reputaciones se pierden, señor adalid, y hoy será el día en que lo haga la de ese canario.

Guerra admiró la resolución de su capitán, y se abstuvo de

comentar nada más. Los acontecimientos hablarían por sí solos.

A una señal del tal Maninidra, los canarios comenzaron a correr lanzando los silbidos y gritos a los que los castellanos se iban acostumbrando.

—¡Ya vienen! —gritó Rejón—. ¡En formación! ¡Los caballos a los flancos! ¡Los peones en el centro!

La velocidad de la carrera de los naturales hizo que en unos instantes llegaran a su altura. Para asombro de los castellanos, los canarios se dividieron en dos grupos que se dirigieron a los extremos de la formación europea, salvo Maninidra y un grupo pequeño de seguidores, que se enfrentaron a Rejón y a los dos jinetes que le acompañaban delante de los peones. Los canarios hicieron caso omiso de estos y se lanzaron contra los caballos.

—¡Voto a tal! —exclamó Rejón—. ¡Cuidado con sus montantes! ¡Van a por las patas de los caballos!

Así era, los canarios, despreciando el peligro de las lanzas de los caballeros, que atravesaron a algunos, se lanzaron a espadazos contra las ancas de los animales. La lanza de Rejón se clavó en el pecho de uno de los que corrían junto a Maninidra, lo que dio tiempo a que el jefe canario batiera con toda su fuerza su espadón contra las patas delanteras del caballo del capitán, quebrándolas. Montura y jinete rodaron por el suelo, y Guerra y Valdés trataron de apartar a los atacantes de su jefe, que se levantó enseguida y desenvainó su espada.

—¡Peones! ¡A proteger a los caballos, que nos los desjarretan estos malditos!

El caballo de Guerra también fue alcanzado antes de que los infantes más cercanos rodearan a los jinetes y se interpusieran entre estos y los nativos, comenzando una lucha cuerpo a cuerpo denodada y sin cuartel.

Rejón observó con alivio cómo la caballería de ambos flancos había rehuido el choque directo con los canarios y se había alejado fuera de su distancia, y que su lugar había sido ocupado por los peones, que se batían con furia. El capitán, gritando lo más fuerte que pudo, dio una orden a sus caballeros, viendo que los naturales estaban ocupados con la infantería.

—¡Atacad ahora, lanza en ristre!

Los jinetes no se hicieron esperar. Dieron la vuelta, clavaron sus espuelas y galoparon en grupo cerrado contra los enemigos. Los peones castellanos, viendo la maniobra de los caballos, se echaron a un lado rehuyendo el combate para que los canarios se enfrentasen a la carga de la caballería. Las lanzas de los caballeros se abatieron sobre los indígenas, que no pudieron apartarse, provocando una carnicería.

—¡A ellos, que ya son nuestros!— Azuzó Rejón a sus jinetes.

El capitán buscó en medio del tumulto al jefe Maninidra pero lo vio bastante apartado, rodeado de muchos de sus fieles. Sus miradas se cruzaron en la distancia, y Rejón le enseñó su arma.

—¡Todos probaréis el filo de nuestras espadas si no os rendís a tiempo! ¡Y el tiempo se acaba!

Maninidra no entendió las palabras del capitán castellano, pero sí su mensaje. Aquellos invasores no eran como los lanzaroteños de Herrera ni como los portugueses de Silva. Eran de otra casta, mucho más aguerrida. Maninidra comprendió que aquellos hombres venían para quedarse, y que aquella guerra iba a ser larga y cruel como ninguna anterior, ya que la lucha debía hacerse de otra manera. El guaire vio como sus hombres eran diezmados por los guerreros castellanos y decidió, una vez más, evitar una mortandad inútil en sus filas.

Silbó la orden de retirada.

Los castellanos quedaron dueños del río, y los caballeros no pudieron seguir a los canarios, que trepaban como gatos por las escarpadas laderas hacia la cumbre de los riscos. Los combatientes europeos, viéndose victoriosos, gritaron de alegría. Todos, menos dos: el capitán Rejón se había arrodillado, presa de la pena, viendo agonizar a su caballo. A su espalda, Valdés, que aún seguía montado, se acercó a él,

—Mala fortuna —chasqueó la lengua—. Era gracioso el menear de su cola. Cogeremos al que hizo esto, le tengo tomada la medida.

—Mal rayo parta a todos estos canarios —dijo Rejón, más para sí que para su compañero de armas.

Y con una expresión de profunda amargura en su semblante, hundió la espada en el corazón de su montura.

—Esto ahora es personal —sentenció antes de sacar su arma del pecho del rocín.

Sevilla, 28 de junio de 1478, mismo día.

—¡Albricias! ¡Albricias! ¡Dios sea loado! ¡La reina ha parido un niño! ¡Castilla tiene un heredero!

La voz atronadora de Andrés Cabrera se escuchó en el salón de embajadores del real alcázar de Sevilla. Un grupo numeroso de personas —lo más granado y cercano a sus altezas—, se encontraba allí esperando noticias tras la rotura de aguas de la reina. El parto no había sido fácil, un sinnúmero de horas había tardado el príncipe Juan, que así se iba a llamar, como sus dos abuelos, en asomarse a este mundo terrenal. El principito, algo canijo según una de las criadas que asistieron al nacimiento, se había tomado su tiempo para llorar, a pesar de las nalgadas que había sufrido de la comadrona doña Urraca, muy sabia en lo suyo, pero que se las había visto y deseado para el que niño llorara.

Doña Beatriz de Bobadilla, acompañada de su sobrina, como no podía ser de otra manera, suspendió al instante la conversación que mantenía con el asistente de Sevilla, don Diego de Merlo, y con el confesor de la reina, fray Hernando de Talavera. El fraile había sido expulsado por la comadrona de la cámara donde estaba pariendo su alteza, dado que la ponía nerviosa con sus cantinelas y rogatorias en tono monocorde y repetitivo. La señora se acercó a su esposo, que repetía la noticia a diestro y siniestro.

—Andrés, ya sabes que sus altezas lo hacen todo de mancomún. No te olvides de citar a don Fernando.

El camarero real miró a su mujer y asintió.

—Es verdad. A partir de ahora diré que sus altezas han parido un heredero.

La dueña estuvo tanto así de darle un pescozón a su marido, pero, dado lo concurrido de la estancia, decidió demorarlo para cuando se reunieran en privado.

La sobrina de doña Beatriz, la también Beatriz de Bobadilla, quiso tener algo de protagonismo y se dirigió al asistente de Sevilla.

—¿Se sabe algo de la armada de Canaria y de Guinea?

El asistente se hinchó antes de hablar, eso significaba que lo que iba a decir eran buenas noticias.

—Salieron de Cádiz con muy buen tiempo hace ya dos semanas, gracias a Dios.

—A Dios gracias —apostilló fray Hernando, haciendo notar que se integraba a la conversación.

—Ya deben de haber desembarcado —continuó el asistente—. Llevan un buen aparejo de guerra. Seiscientos peones y unos cuarenta y pico de a caballo, incluyendo veinte lanzas de la Hermandad y muchos aventureros. Es la expedición más numerosa que se recuerda de las que ha enviado Castilla allende el océano.

—Todos con la misión de incorporar a esos gentiles idólatras a la verdadera fe de Cristo —añadió el confesor de la reina.

—Dicen que los canarios son fieros y salvajes —repuso la Bobadilla —. Que han derribado varias torres levantadas por cristianos.

—Eso es cierto —respondió Merlo—, pero también lo es que las fuerzas señoriales y portuguesas a las que se enfrentaron eran muy limitadas. Ahora es distinto. Hemos enviado una armada y un ejército bien preparado al mando de unos capitanes competentes.

—Perdonad si me equivoco, pero me han dicho que uno de los capitanes es el deán de la diócesis de Canaria. ¿Un religioso puede ser un buen capitán?

—Los hombres de Dios saben guiar a los hombres, querida niña —se adelantó el fraile.

—Pero, ¿con espadas en la mano? —replicó la joven.

—Tienen dos manos. En una llevan el crucifijo. En la otra lo que sea menester.

—De cualquier manera, don Juan Rejón ha luchado en las guerras contra el moro y contra Portugal —señaló Merlo—. Sabe lo que se hace.

—¿Y por qué no ha ido en esta armada el obispo de Canaria? —repreguntó Beatriz— ¿Acaso tiene miedo?

Fray Hernando casi se hizo cruces.

—No, hija mía. Se ha quedado para preparar sucesivas naves con bastimentos para refrescar a las tropas desembarcadas.

—O al menos, eso ha dicho —puntualizó el asistente de Sevilla.

Beatriz miró con curiosidad al representante de la corona en la ciudad.

—¿Eso ha dicho? —preguntó de nuevo— ¿Hay diferencia entre lo que dice y lo que hace?

—No he querido decir eso, doña Beatriz —respondió Merlo—. Sino que la hay entre lo que se quiere hacer y lo que se puede hacer.

—Explicaos, haced el favor.

—Don Juan de Frías, el obispo de Canaria, tiene la sana intención de armar y bastecer nuevas naves para el refresco de la hueste desplazada a la isla de la Gran Canaria. El problema es que no va a

poder hacerlo. Al menos a corto plazo.

—¿Y por qué no va a poder? —inquirió de nuevo la joven.

Merlo sonrió con algo de amargura antes de responder.

—Porque no tiene un maravedí, y no lo va a tener en bastante tiempo. Le va a ser imposible comprar bastimentos para la gente que está en la isla.

Beatriz abrió los ojos de la sorpresa.

—¿Y eso significa lo que significa? —preguntó por última vez.

Merlo borró de su rostro la sonrisa, y contestó en un tono de voz más bajo, casi confidencial.

—En efecto. Eso significa que la hueste destacada en la isla tendrá que valerse por sí misma. No van a tener ayuda en mucho tiempo. Esa es la realidad, doña Beatriz.

83

Tamaraceite, Gran Canaria, 30 de junio de 1478, dos días después.

Los doscientos convocados se encontraban reunidos en un espacio llano a las afueras del poblado canario de Tamaraceite. Eran los componentes del gran sábor, la reunión de notables de toda la isla, lo que era extraordinario. Y no era para menos. Toda Gran Canaria conocía la noticia de la batalla del barranco de Guiniguada y de cómo los castellanos habían rechazado el ataque de los suyos. Los mensajeros enviados por Tenesor a Aymedeyacoan y viceversa solicitando la celebración de un sábor urgente se cruzaron en el camino. Solo hubo que determinar el lugar, y se decidió que fuera Tamaraceite, en el bando de Gáldar, el poblado más próximo el lugar donde habían levantado su campamento los extranjeros.

La situación era grave y todos eran conscientes de ello. Los semblantes serios de los congregados y el silencio reinante en el grupo daban fe de ello. Cuando todos estuvieron sentados, se levantaron Tenesor y Aymedeyacoan. El segundo, al ser mayor en edad, habló primero.

—Todos conocemos que un ejército numeroso ha desembarcado en la playa del barranco de Guiniguada —dijo en voz alta—. No se trata de una simple correría como en otras ocasiones ya que han levantado un campamento fortificado y están construyendo una torre de piedra. Estos han llegado para quedarse.

Tenesor cruzó la mirada con Aymedeyacoan y tomó la palabra.

—Doramas, que es nuestro jefe de guerra, tomó la decisión de atacar a los castellanos antes de que se hubieran asentado firmemente en la costa. He escuchado a alguno que fue un error, que tenía que haber esperado a la llegada del grueso de los guerreros de todas las comarcas, pero creo que fue una buena decisión.

Un rumor de desagrado se sintió en las últimas filas de los asistentes. Aymedeyacoan dio un paso al frente.

—Yo también lo creo. Aunque hubiésemos sido más no había espacio al final del barranco para desenvolverse, y se trataba de tentar las fuerzas de los invasores. Ahora sabemos que son duros y están dirigidos por un capitán inteligente. Sé que nuestros caídos han sido

muchos, pero este encuentro nos ha proporcionado varias enseñanzas: la primera, que no podemos subestimar a este nuevo enemigo; y la segunda, que hay que utilizar nuestro modo de luchar y no el de ellos. Hay que tener la humildad de reconocer que no debemos enfrentarnos a los castellanos en terrenos abiertos. Saben organizarse bien para defenderse, y sus caballos son temibles.

El rumor ahora fue de asentimiento.

Doramas levantó su brazo y se puso en pie, de cara a los notables.

—Todos me conocéis. Soy arrojado y valiente en la lucha como el que más. Tomé la decisión de atacar a los castellanos porque me pareció que podíamos vencerles. No previmos que tuvieran sus caballos escondidos en el bosque de palmeras. Fueron más listos que nosotros. Por ello, pongo mi elección de guaire de toda la isla a vuestra disposición. Si creéis que otro lo hará mejor, que sea quien nos guíe a todos.

Un silencio atronador se escuchó en el sábor. Ninguno de los asistentes quiso decir nada. Al cabo de unos momentos, se levantó Maninidra y pidió la palabra.

—Yo estuve en la lucha con Doramas y Adargoma. Luché junto a ellos contra los castellanos. Yo le pedí a Doramas que volviésemos barranco arriba. Si no lo hubiéramos hecho, habría sido una carnicería mayor. —Maninidra se tomó un instante de respiro, y continuó—. Creo firmemente que Doramas debe seguir siendo el guaire supremo. Los invasores creerán que todo está hecho y avanzarán confiados. Podremos elegir el lugar de nuestro siguiente ataque. Y esta vez venceremos.

Doramas puso su mano derecha en el hombro de Maninidra. Las cuitas pasadas habían quedado a un lado.

—Gracias por tus palabras, Maninidra —le dijo—. Pero deseo que sea el sábor quien tome la decisión.

Tenesor preguntó en voz alta a los reunidos:

—¿Debe seguir Doramas siendo nuestro guaire general? ¿Hay alguien en contra?

No hubo respuesta por parte de los allí congregados. Aymedeyacoan tomó la palabra de nuevo.

—Entonces, Doramas nos seguirá guiando en la lucha contra los castellanos. —se volvió hacia el jefe militar— ¿Cómo venceremos a estos nuevos extranjeros?

Doramas pareció pensar con tranquilidad la respuesta antes de responder.

—Se me ocurren dos formas: la primera, evitando el choque en campo abierto y hostigar a los castellanos desde las alturas. En sus casas que viajan por el mar que llaman barcos cabe comida solo para una temporada. Si no logran vencernos en poco tiempo, se les acabará,

y comenzarán a pasar hambre. Con el hambre serán débiles y podremos vencerles.

—¿Y si vienen más barcos con más comida? —preguntó Tenesor.

—Tendrían que venir muchas casas sobre el agua para alimentarlos a todos, y eso nunca ha sucedido. Os diré lo que creo que va a ocurrir: si no consiguen una victoria total rápida, muchos de ellos se volverán a su tierra. Aquí solo quedarán los que puedan alimentarse con sus propios recursos, que serán pocos, y con esos sí podremos.

Aymedeyacoan pidió intervenir:

—¿Y cuál es la segunda forma de vencerles?

Doramas esperaba la pregunta y respondió de inmediato.

—Además de los castellanos, hay otro pueblo del otro lado del mar que tiene ambición por señorear esta tierra y que además es enemigo suyo: el de Portugal. Hagamos que los portugueses desembarquen también y luchen contra los castellanos. Que se maten entre sí, y luego nosotros acabaremos con el que resulte vencedor, que habrá tenido mucha pérdida de hombres.

—Suena como un sueño —dijo Tenesor—, pero no sé si es buena idea meter a dos enemigos en nuestra isla, si ya tenemos problemas con uno solo. Y, además, ¿cómo vamos a llamar a los portugueses?

—Vendrán solos. Los marineros de Lanzarote nos dijeron hace tiempo que el rey de Castilla estaba preocupado porque el de Portugal estaba preparando otro ejército. Es solo cuestión de esperar a que se presenten.

—¿Y mientras tanto? —esta vez el que preguntó fue Maninidra.

—Mientras tanto, acosaremos al enemigo a distancia y les privaremos de todo alimento al que puedan acceder. Nos centraremos en dar golpes de mano en su campamento y en hacerles incómoda la estancia. El tiempo jugará en nuestro favor.

—¿Y si vienen a buscarnos? —repreguntó Maninidra.

—No nos encontrarán. Tenemos mil montañas a las que subir, y allí, os lo aseguro, un caballo lo tiene muy difícil para llegar.

Real de Las Palmas, 15 de julio de 1478, dos semanas después.

Lorenzo y los otros mercaderes contemplaban con cierta preocupación la vuelta de los destacamentos dirigidos por los adalides que habían sido enviados barranco arriba en reconocimiento de los alrededores del real de las Tres palmas. Situados en un segundo plano detrás de las principales autoridades, los comerciantes observaban y asimilaban lo que ocurría ante sus ojos. Tenían conocimiento de primera mano de las provisiones existentes en el campamento. Llevaban casi veinte días y no había entrado ningún bastimento procedente del interior de la isla. Al ritmo de consumo, en un mes se acabaría lo que habían traído de Castilla.

Los barcos en que habían llegado tomaron dos rumbos distintos. La armada de Guinea siguió camino hacia la costa de África, mientras que el transporte de las tropas de Canaria había vuelto a Castilla. La desaparición de las velas en el horizonte causó más de una desazón en el ambiente de la tropa, que se veían privados materialmente de la posibilidad de regresar por donde habían venido en caso de necesitarlo.

La decisión de los capitanes de la conquista, dado que no hubo más escaramuzas con los naturales, fue la de realizar entradas de reconocimiento en el interior de la isla, pero sin alejarse demasiado del campamento de Guiniguada.

Aquella tarde calurosa, los centinelas del real anunciaron el regreso casi simultáneo de dos columnas de doscientos peones y treinta de a caballo que habían salido del real en busca de aprovisionamiento. Los capitanes Rejón y Bermúdez salieron a las puertas de la empalizada para recibir a los que llegaban a las órdenes del alférez Alonso Jáimez y del capitán Alonso de Lugo, guiados por el adalid Fernán Guerra.

La primera impresión no fue buena, los hombres que acompañaban a Jáimez, el primer grupo en llegar, arribaban con expresión hosca en sus semblantes. El alférez desmontó en cuanto llegó a la altura de sus jefes.

—Hemos recorrido la comarca de Tasautejo de cabo a rabo y no hemos encontrado a canario alguno —informó con tono de

desconcierto—. Es como si se los hubiera tragado la tierra. El adalid Guerra nos llevó a un poblado con ese nombre y las casas estaban desiertas, sin ninguna provisión dentro. Nada aprovechable.

Rejón fue el primero en preguntar.

—¿No habéis encontrado nada de ganado? Los adalides decían que lo había, y suelto en muchas zonas de la isla.

—Ni una mísera cabra, capitán —respondió Jáimez—. Hemos visto rastro de algunos cultivos, muy pocos, ya recogidos. Salvo las higueras, no hay árboles frutales que den fruto en poco tiempo.

Rejón no pudo evitar mostrar su desagrado con la noticia. Contaba con aprovisionarse de los ganados de los canarios a corto plazo.

—Será cuestión de adentrarse más aún en el territorio —dijo Bermúdez—. Tal vez sea el momento de dirigirse a la población de Telde.

Rejón arrugó la nariz con la propuesta del deán.

—Hay que tener cuidado con esas empresas —refutó—. Antes habrá que consolidar nuestra presencia en las comarcas intermedias. No sería nada deseable que nos cortaran una posible retirada.

—Si los canarios se han retraído al interior, es cuestión de ocupar el territorio de la costa —insistió Bermúdez.

—No os contradigo, señor deán —replicó Rejón—, pero hay que hacerlo con garantías.

Los tres hombres escucharon a los vigías anunciar la llegada del otro grupo, el que había salido hacia Tamaraceite. En poco tiempo aparecieron los componentes, que llegaban en mucho peor estado. Una decena de heridos eran transportados en parihuelas y el ánimo de los demás aparecía decaído. Alonso de Lugo descendió de su caballo, al igual que lo hizo antes Jáimez, y se unió a los capitanes.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó el deán.

—Nada bien —respondió Lugo—. En un principio no encontramos a ningún ser viviente. Nos adentramos en la comarca sin oposición alguna hasta el poblado de Tamaraceite, que estaba vacío. No hallamos nada aprovechable, se lo habían llevado todo, hasta la última estera. En las afueras, divisamos un pequeño grupo de cabras, sin vigilancia, al pie de una colina. Decidimos ir a apresarlas, y al llegar al lugar donde estaban descubrimos que se encontraban atadas a unos postes en la tierra. Aquello me hizo desconfiar y decidí no avanzar más. Y bendita ocurrencia, ya que desde la altura dominante aparecieron los canarios, que comenzaron a arrojarnos piedras enormes que, a pesar de la orden de retroceder, alcanzaron a algunos hombres de nuestra vanguardia que se habían acercado a los animales. En resumen, una celada de los canarios.

Rejón volvió a arrugar la nariz. La táctica de los canarios de no dejarse ver más que para atacar desde las alturas de los centenares de

montes y cumbres de la isla no le gustaba nada.

—¿Y conseguisteis atrapar al menos el ganado? —preguntó.

—Las cabras acabaron aplastadas por los pedruscos. No pudimos acercarnos a ellas en un primer momento, y más tarde, los despojos no eran aprovechables. A pesar de que era complicado subir a la montaña donde estaban los canarios, di la orden de desplegarnos para ello, pero los atacantes desaparecieron de nuestra vista de inmediato.

Rejón no pudo disimular su disgusto. Él era un guerrero y estaba acostumbrado a pelear a pie firme contra un enemigo que se le enfrentara, y no podía sufrir que su oponente no diera batalla.

—Tal vez tengáis razón, señor deán —le dijo a Bermúdez—. Si los canarios no se nos oponen, iremos a ocupar sus principales poblaciones. Ante el peligro de ver sus casas ocupadas, saldrán a defenderlas.

—¿Y a dónde iremos primero? —preguntó el deán— ¿A Telde o a Gáldar?

—Los canarios de Gáldar parecen más enteros que los de Telde. Me parece que si los derrotamos y ocupamos su poblado, los otros se entregarán más fácilmente.

—Pues yo creo que sería mejor atacar a los de Telde —objetó Bermúdez—. Son los que más hombres han perdido en el encuentro que tuvimos aquí y nos tendrán mayor temor.

—Si descabezamos al enemigo más fuerte, lo demás caerá como fruta madura —replicó Rejón.

Bermúdez se sintió falto de apoyo, y se dirigió a los dos capitanes subalternos.

—¿Qué opinan vuestras mercedes? —les preguntó.

Jáimez y Lugo se miraron, tratando de decidir quién contestaría primero. Le tocaba al alférez, por grado de importancia.

—Si queremos ganar esta conquista por la vía rápida hay que acabar con el enemigo más fuerte en primer lugar —respondió Jáimez —. Y ese es el de Gáldar.

—Yo opino igual —dijo Lugo antes de que le preguntaran.

Bermúdez, terco en su interior, dio su brazo a torcer, al menos aparentemente.

—Pues vayamos contra los de Gáldar. Mis hombres apoyarán vuestra iniciativa, cubriéndoos las espaldas.

Rejón frunció el ceño.

—¿Qué queréis decir con eso?

El deán se encogió de hombros con una ligera sonrisa.

—Pues eso. Dado que la iniciativa es vuestra, iremos tras vuestras mercedes, asegurando la retaguardia.

Rejón sintió que la ira se apoderaba de él. El deán no quería exponer a sus hombres en el combate inmediato. Era su forma de

evidenciar que no estaba de acuerdo con la estrategia. Trató de serenarse, tal vez fuera mejor que sus hombres tuvieran el peso de la batalla, no se fiaba del contingente de Bermúdez.

—Sea entonces, la gloria será para quien obtenga el triunfo.

El deán asintió sin más comentarios, pero los tres capitanes sabían que estaba pensando en la posibilidad de que Rejón y sus hombres salieran derrotados.

Por su parte, los mercaderes, testigos a distancia de la conversación, se miraron entre sí. Juan de Jerez se acercó a Lorenzo y le comentó en voz baja.

—Esto no pinta nada bien, micer Lorenzo. Si no hay resultados pronto, se acabarán las provisiones y la paga de los soldados, que no tendrán con qué comprarnos las mercaderías que hemos traído aquí. Los capitanes no van de la mano y esa es la mejor manera de acabar en desastre.

—¿Y qué podemos hacer?

Jerez miró a Lorenzo con los ojos de la experiencia.

—Largarnos de aquí en cuanto podamos, y volver cuando las cosas mejoren. Ya sabéis el dicho: el dinero es cobarde. Dejemos la valentía para sus mercedes los capitanes.

Gáldar, Gran Canaria, 23 de julio de 1478, ocho días después.

La tarde comenzaba con ambiente caluroso, agravado por la calima que llevaba varios días enseñoreándose del cielo y secando las gargantas de los canarios, que a aquella hora buscaban las sombras de sus casas y de sus cuevas para contrarrestarlo. La calma del poblado de Gáldar se vio alterada por uno de los guerreros destacados en el exterior, que llegó corriendo a la casa del guadnarteme.

—¡Tenesor! ¡Guayedra! —le llamó a voces desde fuera.

El interpelado asomó la cabeza tras abrir la maciza puerta de madera de acceso a su vivienda.

—¿Qué ocurre?

—¡Han aparecido unos barcos en la playa de Agaete!

El jefe canario recibió la noticia con desazón.

—¿Más castellanos?

El guerrero no parecía demasiado alarmado.

—Parece que son portugueses. Sus emblemas son como los de Silva, y algunas voces han dado desde sus barcos, diciendo que son de Portugal.

Tenesor adoptó una expresión de asombro.

—¿Portugueses? Doramas ha tenido razón al final. ¿Son muchos?

—Se ven siete casas sobre el mar, llenas de gente.

Tenesor hizo un rápido cálculo mental.

—Eso son treinta veces diez hombres de guerra, más o menos —se dijo en voz alta—. Es un número aceptable para enfrentarse a los castellanos, pero no suficiente para derrotarlos por número. Nos necesitan a nosotros. —El guadnarteme salió de sus reflexiones y tomó del brazo a su guerrero—. ¡Avisa al faysag y que llamen a los guaires! ¡Vamos todos a la playa de Agaete!

Tenesor volvió al interior de la casa a colocarse sus insignias de guadnarteme y salió, llamando a varios de los guerreros que acostumbraban a escoltarle allá donde fuera. Todos juntos, bien armados, tomaron el camino de Agaete, que subía varias lomas y atravesaba un par de barrancos. Yendo a buen paso, tardaron algo menos de lo usual, que no era poco, y por el camino se les unieron

algunos guerreros. Al llegar al poblado de Agaete lo recibió con entusiasmo su guaire, Caitafa, rodeado de una gran parte de sus hombres.

—¡Son portugueses, Tenesor! Con toda seguridad. Y quieren hablar contigo.

—Hablaremos entonces —le respondió el guadnarteme—. Bajemos a la playa cuanto antes.

El centenar de canarios recorrió a paso ligero el camino que separaba el grupo de casas de la costa hasta llegar a la playa de arena oscura y de callados que se enfrentaba a un acantilado, conformando una pequeña bahía. En su centro, cerca de las rocas, sobresalía del agua el monolito sagrado que solía dar problemas a los barcos que se aventuraban a aproximarse a él. Ante los recién llegados, algo fuera de la rada, siete velas arriadas esperaban su aparición. Tenesor dio la orden de que avisaran a los portugueses de su presencia. Algunos canarios conocían las suficientes palabras de la lengua de los extranjeros para hacerse entender. Unos hombres de una de las embarcaciones saltaron a un esquife y se dirigieron a la ribera. El guadnarteme y sus hombres esperaron en lo alto del declive que formaban los callados de la playa. El bote arribó a la orilla, se deslizó por la arena y se detuvo. Tres hombres, bien ataviados y desarmados, saltaron a tierra.

—Soy el capitán Correia y vengo en son de paz —dijo uno de ellos, el que portaba un bonete rojo y una saya larga, abierta el frente, a pesar del calor—. ¿Quién de vosotros es vuestro rey?

Tenesor entendió la pregunta sin necesidad de traductor y dio un paso adelante.

—Yo soy Guayedra Tenesor, el guadnarteme de Gáldar. Si quieres paz, sé bienvenido. Si quieres guerra, puedes volver por donde has llegado.

El portugués hizo una reverencia y abrió los brazos, en un gesto claro de respeto. Uno de los hombres que le acompañaba le traducía las palabras. Por algún motivo conocía la lengua canaria, pero no era natural de la isla. El portugués ascendió por los guijarros hasta estar a la altura de Tenesor, pero sin acercarse demasiado, lo suficiente para no tener que hablar en voz muy alta. El traductor le siguió y tradujo sus palabras.

—Estos que nos ves aquí —le dijo a Tenesor—, somos de nación portuguesa, enemigos de los castellanos. Venimos a la isla a expulsar a vuestros contrarios y os pedimos que procuréis ayudarnos, que será en beneficio de todos.

Tenesor contestó y el propio traductor se encargó de traducirle al capitán portugués.

—Esta isla es de los canarios. Si vuestra intención es echar a los

castellanos, os ayudaremos. Pero no pretendáis ocupar su lugar y convertiros en invasores, porque os daremos guerra y os echaremos al mar.

El portugués sonrió, tratando de tranquilizar al líder canario.

—La nación portuguesa no tiene por costumbre conquistar islas. Tan solo os pediremos permiso para establecer un enclave comercial para intercambiar productos con vosotros. Nuestra voluntad es que seamos pueblos hermanos.

Tenesor recordaba con claridad que el portugués Silva había arrebatado a Diego de Herrera la torre de Telde y había actuado exactamente igual que los castellanos, por lo que desconfió de las palabras de Correia, aunque mostró predisposición al acuerdo.

—¿Qué propones? —le preguntó.

—Sabemos que los castellanos se encuentran cerca del puerto de las Isletas. Desembarcaríamos allí, y cuando lo hagamos, vosotros iríais contra ellos por tierra y los atraparíamos en medio y les venceríamos. Una vez vencidos, haréis de ellos vuestra voluntad.

—Tu propuesta debe ser escuchada. No hay nada que nos preocupe más que la presencia de los castellanos en nuestra tierra. Tengo que hablarlo con mis notables, portugués, pero entiendo que podemos llegar a un acuerdo.

—Lo comprendo. ¿Cuánto tiempo necesitáis para darnos una respuesta?

—Mañana, en cuanto se alce el sol por encima de esta montaña que tenemos al frente.

El portugués echó un vistazo a la altura del acantilado, que era notable. Pasarían unas cuantas horas después de que amaneciera.

—Pues mañana volveré a escuchar vuestra decisión.

Tenesor quiso ofrecer una muestra de buena voluntad al portugués y ordenó que le dieran refresco de carne, leche, queso y pescado. Lo que cupiera en el bote.

El guadnarteme se retrajo al interior, fuera de la playa, y habló con Caitafa.

—Mañana al amanecer deben estar aquí todos los guaires de las comarcas del reino de Gáldar y, sobre todo, Doramas. Llamad también a Maninidra, que hay que escuchar a los de Telde. Si los portugueses se comportan como han prometido, tenemos una oportunidad de acabar con los castellanos que no podemos desaprovechar.

—¿Crees que el portugués habla sin traición?

El guadnarteme se detuvo frente al guaire y le miró a los ojos antes de responder.

—No lo sé. Pero tendremos que arriesgarnos a averiguarlo. Nos jugamos mucho en estos momentos y no despreciaremos ninguna ayuda, ni aunque venga del mismísimo demonio de las profundidades.

Real de Las Palmas, 25 de julio de 1478, dos días después.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Barcos a la vista!

Rejón dejó a un lado el libro de Tirante el Blanco que estaba leyendo en su tienda del campamento. La llegada del alférez Jáimez con la noticia lo sacó de las aventuras del caballero andante cuando el sol no había llegado a su cenit.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Los vigías de la playa de poniente de las Isletas han visto pasar siete carabelas tocando trompetas, clarines y cajas, y tendiendo al aire sus banderas, estandartes y gallardetes, además de lanzar un tiro de artillería.

—¿Han podido reconocer las enseñas?

—Están bastante lejos para eso, pero lo sabremos pronto, ya que se disponían a rodear la montaña grande de Las Isletas y llegar por el otro lado.

—Pues habrá que darles la bienvenida, o negarles el desembarco. De cualquier manera, los que llegan tienen que saber que los hombres de Castilla ya estamos aquí.

Rejón se levantó y llamó a su ayuda cámara. Había que vestirse de guerra para la ocasión.

—¡Jáimez! ¡Dad la alarma en todo el campamento! ¡Que Lugo y Valdés preparen unos trescientos peones y unos cuantos de a caballo y que se pongan en orden de batalla cuanto antes! ¡Y que Bermúdez y sus hombres se preparen para defender el real, que las desgracias nunca vienen solas! No hay que dejar desguarnecido el campamento, que nos ha costado bastante levantarlo.

El alférez salió y comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro. El ruido del recinto fortificado se acrecentó y la tropa se puso en movimiento. Poco tiempo después, se presentó el deán Bermúdez en la tienda de Rejón.

—Me imagino que ya os habrán traído la nueva. Siete velas han pasado cerca de Las Isletas.

—Así es, señor deán —Rejón ya tenía la armadura y correajes casi dispuestos—. Y me dispongo a acercarme para averiguar de quién se

trata.

—¿Serán amigos o enemigos?

—Ya sabéis lo que se tarda en preparar una armada. Y que en toda Castilla no se aprestaba ninguna cuando salimos de Cádiz.

—Podrían ser franceses, o ingleses. Hasta catalanes, que nunca se sabe por dónde van a aparecer.

—Podrían serlo, o podrían ser portugueses. Recordad que el rey de Portugal estaba encolerizado con las armadas de Canaria y de Guinea —Rejón se ciñó la espada—. Os voy a pedir un favor.

—Decidme.

—Quedaos en guarda del real en lo que averiguo quiénes son. Tan importante es la defensa de la costa como de lo aquí levantado.

—Lo haré con agrado, no vaya a ser que el enemigo aparezca por varios lugares a la vez.

—Os lo agradezco. Por mi parte, os mantendré informado.

Rejón ya había terminado de equiparse y salió de la tienda. Otro mozo ya le tenía el caballo ensillado, uno distinto del sacrificado cuando lo de Maninidra, montó en él y comenzó a dar prisa a los suyos para que terminaran los preparativos de la hueste.

En poco más de media hora una columna de doscientos cincuenta peones y treinta de a caballo salieron del real y se dirigieron hacia Las Isletas por el camino de la costa, que cada día se hacía más ancho.

La legua de distancia, a buen paso, se hacía en menos de una hora, con lo que el pequeño ejército llegó a las inmediaciones de Las Isletas cuando las carabelas todavía no habían aparecido por el lado este. Rejón reunió a sus capitanes.

—Jáimez, vos y Lugo, escondeos en aquel malpaís de piedra volcánica, ese que está a tiro de ballesta de la ribera. Hacedlo bien, que no os vean, y estad atentos a mis señales. Yo me quedaré en la playa con los otros cien, haciendo creer al que desembarque que somos pocos.

Los capitanes cumplieron sus órdenes de modo que cuando surgió la primera carabela por el naciente de la montaña de Las Isletas, ya estaban fuera de su vista. Rejón resolvió dejar un pequeño destacamento en la playa y retirarse unas decenas de varas al interior.

Las carabelas fueron apareciendo una detrás de otra y se aprestaron a abrigarse de los alisios en la rada, que ese día soplaban con fuerza.

—En un rato la mar se pondrá peor —dijo Rejón al capitán Valdés —. Tienen poco tiempo para acercar las barcas y bateles que remolcan.

—¿Veis la enseña principal del primer barco?

—La veo. Que me maten si no es la del rey de Portugal.

—¿Qué deseáis que hagamos?

—Os lo diré: nos mantendremos a distancia hasta que hayan

desembarcado la mitad de sus efectivos. Entonces, daremos sobre ellos por sorpresa. Con el mar como está, y las olas creciendo de tamaño, no podrán ser auxiliados desde los barcos, ni las lanchas podrán volver a por ellos sin gran peligro de volcar.

El capitán escuchó el plan de su jefe, y le gustó. Viendo cómo se iba encrespando la mar, no le apetecía nada ponerse en el pellejo de los que iban a desembarcar. Valdés se volvió y echó un vistazo a su alrededor. No tardó mucho en avistar algo extraño en la parte alta de las colinas cercanas a la costa.

—Señor, no estamos solos —le dijo y señaló a lo alto.

Cientos de siluetas se perfilaban al contraluz de la primera caída de la tarde en lo alto de los montes. Parecían un ejército de hormigas en una fila interminable.

—Ya sabía yo que los canarios no se iban a quedar quietos —comentó Rejón, entrecerrando los ojos—. Que me cuelguen si no están concertados entre sí. Envía un jinete a dar cuenta a Bermúdez, para que haga por los demás dos cosas: la primera, que estén bien prevenidos.

—¿Y la segunda?

—Que empiece con sus rezos y letanías, que la cosa no pinta bien.

Costa de las Isletas, 25 de julio de 1478, mismo día.

—¿Veis lo mismo que yo, mi señor alférez?

Jáimez desvió la vista hacia donde le indicaba Alonso de Lugo.

—Canarios, y muchos, prestos a bajar de sus cumbres para caer sobre nosotros.

—De momento están quietos, a pie firme —observó Lugo—. ¿Qué creéis que se traen entre manos?

—Sin duda están esperando a ver cómo se les da a los portugueses. Porque son portugueses, vive Dios.

—Pues va llegando el momento: han fondeado y están llenando las chalupas con gente armada.

—Una cosa buena veo. Con estas olas no podrán desembarcar sus caballos, con lo que todos, y bastante mareados, tendrán que luchar a pie.

—Porque va a haber lucha —inquirió Lugo con la frase afirmativa.

—Como que nos llamamos los dos Alonso, vamos a echarles de vuelta al mar.

Lugo tragó saliva. Siempre lo hacía antes de verse en peligro. Se había estrenado contra los canarios, pero ahora el enemigo era distinto, jugaba con sus mismas armas.

Desde su escondite, metidos en medio de las ásperas rocas negras, los castellanos allí apostados pudieron ver claramente cómo las barcas de remos se acercaban a la orilla. Había marejada y tuvieron dificultades para superar las olas que rompían en la arena. Lugo miraba de vez en cuando a Jáimez, que a su vez lo hacía en dirección al lugar donde estaba Rejón. Todos estaban esperando su señal.

Los soldados portugueses comenzaron a desembarcar y a agruparse, contentos de no haberse vistos embarazados al saltar a tierra. Las chalupas, una vez vacías, volvieron a las naves a por más soldados.

—¿Cuántos creéis que habrá? —preguntó Lugo a Jáimez.

—Algo más de cien. En el siguiente viaje doblarán el contingente.

El capitán Rejón esperó a que las barcas estuvieran a mitad de camino entre la playa y los barcos para dejarse ver y acercarse al contingente portugués. Los recién desembarcados se colocaron en

posición de combate frente al enemigo que se aproximaba. Se les notaba tranquilos, superaban en número al grupo de castellanos.

—¿Ha dado la señal? —preguntó Lugo, inseguro.

—Todavía no. Tened paciencia.

Lugo suspiró y se resignó a esperar, aunque no era una de sus mejores virtudes.

Para asombro de los portugueses, Rejón dio la voz de ataque a sus hombres, y estos comenzaron a correr, dándose voces de ánimo, contra el cuadro superior en número que habían formado con rapidez los lusos, enfocando sus defensas hacia el lugar por donde llegaba el inminente ataque.

Un clarín más agudo que los demás sonó con fuerza y se superpuso a todos.

—¡Esa es la señal! —exclamó Jáimez—. ¡A por ellos! ¡Y en silencio! —dijo en voz alta.

Los doscientos hombres que se encontraban ocultos tras los matorrales y los montículos de la colada volcánica salieron a la luz de la tarde, que comenzaba a decaer, y se lanzaron a cruzar corriendo la distancia que les separaba de la playa.

La vanguardia de Rejón ya había trabado batalla con los desembarcados y los tenía totalmente concentrados hacia el sur, cuando los hombres de Jáimez y de Lugo les llegaron por la espalda. Los portugueses, sorprendidos con el aluvión de soldados que habían aparecido de la nada, trataron de rehacerse formando un círculo y luchar por ambas bandas, pero los atacantes recién llegados ya habían desbaratado la formación lusa, y comenzó el cuerpo a cuerpo.

Lugo, desde su caballo se percató de que en los barcos se daban órdenes contradictorias. No sabían si desembarcar a los soldados que todavía estaban a bordo o volver los bateles a la orilla a recoger a los desembarcados. En esta confusión, los castellanos comenzaron a ganar terreno. Los portugueses solo portaban armamento ligero, sin apenas protección frente a los ballesteros, y la última arremetida les había destrozado el orden de batalla. En cuanto aparecieron los treinta jinetes a todo galope con las lanzas a media altura, alanceando todo lo que se ponía por delante, los mandos portugueses entendieron que la lucha estaba perdida. Los lusos, tratando de protegerse en pequeños grupos, se adentraron en el mar hasta el pecho, esperando a que los bateles volvieran a por ellos, dando grandes voces a sus compañeros para ello.

Rejón dio orden de que no se persiguiera a los portugueses en el agua. Esperaron a pie firme en la orilla y los ballesteros se dedicaron a probar su puntería.

Lugo apenas había entrado en combate cuando se produjo la retirada de los portugueses. No daba un maravedí por los que se

atrevían a meterse en el agua con las corazas y los cascos puestos. No se los podían quitar por miedo a las virotes de las ballestas, y cuando las olas pasaban por encima de sus cabezas, muchos de ellos no volvían a aparecer. Las lanchas se acercaban, pero el estado de la mar había empeorado, con lo que zozobraron cinco de ellas una tras otra. Los marineros y los soldados de refuerzo que transportaban acabaron en el agua, y donde no se hacía pie. Apenas dos bateles pudieron recoger a unas decenas de soldados. El resto fue un auténtico desastre para los lusos.

Desde la orilla, los castellanos observaban atónitos cómo el mar se iba tragando a muchos más portugueses de los que ellos habían vencido en la playa.

—De esta no vuelven —dijo Jáimez, que envainó su espada.

Lugo miró hacia las cumbres, con cierto recelo.

—Y los canarios no han movido un dedo —comentó—. Se han quedado allá arriba, mirando.

—Para nosotros, lo mejor que han podido hacer. Si hubieran bajado antes de nuestro ataque nos hubieran puesto en dificultades.

—No debían de tenerlo claro.

—O eso, o esperaban a que nos matásemos entre nosotros para acabar con los supervivientes. Lo que no esperaban es que tuviéramos tan pocas bajas.

—Habrá que estar vigilantes por si lo intentan de nuevo.

—Por supuesto, pero ya os adelanto que no van a volver a intentarlo. Los conozco. A partir de ahora, esos barcos tratarán de rapiñar esclavos en las islas, tanto las conquistadas como las que no lo están, para tratar de recuperar algo de lo gastado antes de dirigirse a Guinea, que es lo que realmente les interesa. Ya lo veréis.

—Nuestra armada de Guinea ya debe de estar allí.

—Pues tendrán que componerlas ellos solos, como hemos hecho nosotros. Dios quiera que no les pillen desprevenidos.

—La verdad es que pedimos tantas cosas al Altísimo, que dudo que nos quiera favorecer tanto.

—El favor de la victoria de hoy ha sido de los grandes. Habrá que decirle al deán que no pida más durante un tiempo, que lo último que necesitamos es que nuestro Señor se canse de estos pedigüeños perdidos en medio del mar Océano.

—Amén —concluyó Lugo.

88

Real de Las Palmas, 29 de julio de 1478, cuatro días después.

—Señor, hay unos canarios que se han acercado hasta la puerta del campamento. Vienen desarmados.

Alonso de Lugo se había acercado hasta la tienda de Rejón, que descansaba después de las intensas jornadas de los días anteriores. A pesar del desastre en el desembarco, las naves portuguesas se habían quedado ancladas en la rada de Las Isletas un par de días, amenazantes, hasta que la mañana anterior decidieron tomar el rumbo del sur y se perdieron de vista. La tensión de varias jornadas de alerta continua pasó su factura y Rejón había permanecido en su alojamiento toda la noche, lo que no era usual en él.

El capitán ya estaba despierto cuando Lugo se asomó al interior. Se levantó de su lecho y se dispuso a vestirse.

—Llamad al adalid y veamos qué quieren.

Lugo se dispuso a cumplir la orden. No tardó en encontrar a Fernán Guerra en la tienda de los enrolados de Lanzarote, que formaban piña. El adalid se prestó a acompañarle y fueron a dar con Rejón, que se encontraba en la plaza del real dando órdenes. Los tres se acercaron a la puerta del campamento que daba al barranco. Rejón subió al adarve de madera que permitía ver más allá de la empalizada y contempló a un grupo de cuatro canarios, tres mujeres y un hombre, que esperaban a una distancia de veinte pasos. Parecían algo recelosos, pero se mantenían en pie con determinación frente a sus enemigos.

—Preguntadles qué quieren —le dijo Rejón a Guerra.

El adalid les habló y el canario contestó acto seguido.

—Son el hermano, la mujer y las hijas de Adargoma, ya sabéis, el gigante herido. Quieren saber si está vivo.

—Decidles que está vivo y a buen recaudo. Y que así seguirá.

Guerra intercambió varias frases con los indígenas.

—Os piden permiso para verlo.

Rejón se pellizcó la barba, meditando la respuesta.

—Llamad al deán. Quiero escuchar su opinión.

Lugo despachó a uno de los centinelas para que llamara a Bermúdez. La novedad de la llegada de los canarios había corrido por

el campamento y el deán, que estaba al tanto, no tardó en llegar.

—¿Qué es eso de que unos canarios quieren entrar en el real? —preguntó a Rejón en cuanto se reunió con él.

Rejón se lo explicó.

—No se os ocurrirá dejarlos entrar, ¿verdad? —inquirió el deán.

—No parecen una amenaza. Tal vez sea bueno hacer un gesto de buena voluntad.

—Cualquier canario que entre en el real va a memorizar la disposición de nuestras defensas y de la hueste. Y luego se lo contará a sus jefes de guerra. No creo que sea buena idea.

—Podría verse como un acto de caridad —terció Lugo.

Bermúdez apenas dirigió la mirada al capitán sanluqueño.

—No os entremetáis, que nadie os ha preguntado.

A Rejón no le gustó el desaire de Bermúdez.

—Podría verse como un acto de caridad —repitió Rejón, desafiando al religioso en su terreno.

—Lo veo más como un acto de insensatez —respondió el deán.

Un tenso silencio se produjo entre los dos jefes, para consternación de todos los que les rodeaban. Si Rejón se consideraba insultado, mal se ponían las cosas.

—Solo entrarán dos mujeres, y las interrogaremos —sentenció Rejón, en tono que no admitía réplica.

—Sigo pensando que se trata de un error. No hay que dar ninguna baza al enemigo —insistió Bermúdez.

Rejón desvió la vista del deán y se dirigió a Guerra.

—Decidles que pueden entrar dos mujeres.

Bermúdez no pudo evitar enrojecer de cólera, pero pudo mantener las formas.

—Esta decisión no es consensuada —advirtió—. Estáis desobedeciendo el mandato de sus altezas.

—Es una decisión militar —replicó Rejón—. Se trata de interrogar al enemigo. Y como jefe militar, he decidido hacerlo.

Bermúdez se mordió el labio. Rejón estaba rodeado de sus hombres de confianza, que miraban al deán con animosidad mal disimulada.

—Sea —dijo al fin—. Pero esto no quedará así. Elevaré una queja a sus altezas.

Rejón sintió que había vencido en la contienda y se encogió de hombros.

—Podéis hacer lo que os plazca. Pero las canarias van a entrar.

El deán se dio media vuelta y se marchó, seguido por dos de sus hombres en dirección a su tienda.

—Tened cuidado, señor —le dijo Lugo a Rejón—. Mal enemigo puede ser el deán.

—Peor enemigo soy yo, Alonso. Y no podéis comprobarlo porque

ninguno de mis enemigos está vivo para contarlo.

Lugo se inclinó ante la respuesta de Rejón, dando por terminada la conversación.

A una orden del capitán general, la puerta de la empalizada se entreabrió lo suficiente para que entraran las dos mujeres y se cerró de inmediato. Las canarias se vieron rodeadas de soldados castellanos. Rejón se abrió paso hasta ellas.

—Decidles que no se les hará ningún daño —le pidió al adalid—. Y preguntadles si los guerreros de la isla tienen la intención de hacernos guerra después de lo que les ha ocurrido a los portugueses.

El traductor llevó a cabo el mandato y recibió la respuesta.

—Dicen que ellas no quieren la guerra, pero no pueden evitar que sus hombres estén por la lucha contra los invasores. Dicen también que vienen malos tiempos: la cosecha de grano no se está recogiendo y el ganado no pasta donde debe. Y que eso va a significar hambre para todos.

Rejón asintió.

—Decidles que sus jefes pueden evitarlo si se rinden al capitán Rejón. Que cuando quieran hacerlo, solo tienen que venir aquí y pedirlo. Rejón sabrá ser magnánimo con los canarios.

En cuanto Guerra tradujo la frase a las mujeres, la más joven habló con rapidez, hasta que la madre la hizo callar tirándole del brazo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rejón.

Guerra dudó un instante.

—Cosas sin importancia —respondió.

—¡Pardiez, don Fernán! ¿Qué ha dicho?

Guerra no se resistió esta vez.

—Ha dicho que no seáis tan soberbio, que tal vez seáis vos quien se arrastre ante sus guaires implorando la rendición. Y que ellos también sabrán ser magnánimos.

Rejón miró con atención a la muchacha.

—Vive Dios que tiene la lengua afilada esta moza. Que vean al Adargoma y que se vayan en buena hora.

89

Real de Las Palmas, 29 de julio de 1478, mismo día.

Lorenzo se encontraba charlando con Iñigo de Gasteiz, el mercader vasco especialista en herramientas y artilugios metálicos, cuando vio a lo lejos pasar una extraña comitiva. La encabezaba el capitán Alonso de Lugo, a quien seguía el adalid Fernán Guerra y dos mujeres canarias. Eran las primeras que veía en el real, y, como le ocurría a él, todos los ojos se desviaban hacia ellas por lo inusual de su presencia. Adivinó enseguida que se dirigían a la tienda donde se encontraba el convaleciente Adargoma, que había sobrevivido a lo peor de sus heridas, pero que todavía no tenía fuerzas para incorporarse.

Dado lo cercano que le tocaba el asunto —la salud de Adargoma había quedado a su cuidado—, se despidió del vasco y se encaminó tras el grupo.

Un soldado custodiaba la entrada del entoldado donde permanecía el guaire cautivo, aprovechada además como almacén de diversos bastimentos, y cedió el paso a Lugo y a sus acompañantes. Lorenzo avivó el paso y llegó al lugar pocos instantes después. Como era conocido, se le franqueó el paso. Al entrar en la tienda, contempló a las dos mujeres arrodilladas a ambos lados del camastro, asiendo las manos del gigante herido. Emitían unos sonidos que Lorenzo no supo definir si eran sollozos de alivio o lamentos desgarradores, o ambas cosas a la vez. Adargoma seguía preso de un sopor febril del que no había salido en semanas. Había adelgazado ostensiblemente y su semblante aparecía macilento. Uno de los físicos del campamento había dictaminado que se salvaría, y el otro que moriría la semana anterior, cosa que no había ocurrido, por lo que el genovés de adopción respetaba más al primero de los doctores. Adargoma se salvaría.

El canario entreabrió los ojos y pareció reconocer a las mujeres. Confuso, les dirigió unas palabras. Alonso de Lugo estaba al quite, por lo que pidió a Guerra que le tradujese.

—Ha dado las gracias a Acorán, su Dios, por permitir verlas de nuevo en esta vida.

—Eso está bien —comentó Lugo—. Antes que nada, acordarse del

Altísimo.

—Ahora ellas le están explicando lo que ha pasado durante estas semanas —explicó Guerra—. No sé si el herido es capaz de entender todo lo que le dicen.

—¿Dicen algo que pueda tener interés para nosotros?

—Nada especial. Solo que uno de sus parientes murió en la refriega del barranco de Guiniguada y que otro está herido de consideración.

—Cayeron tantos que algún familiar les tenía que tocar. Es normal. ¿Algo más?

—Hablan de cuestiones familiares. Por lo visto hay problemas para recolectar grano. Nuestras patrullas no les permiten acercarse a los sembrados y lo que no saben recoger los nuestros se está echando a perder.

—Eso es algo que ya sabemos, pero bueno es confirmarlo. Voy a salir de aquí. Si dicen algo que valga la pena, me lo hacéis saber. Dadles un momento más y que se vayan.

Alonso de Lugo se dispuso a salir de la tienda y se tropezó con Lorenzo.

—¡Ah! Micer Lorenzo. La familia de Adargoma tal vez quiera agradeceros vuestros desvelos.

—Es algo que no espero —respondió el joven Riberol—, solo cumplí con mi deber de cristiano.

—Todos somos cristianos y no nos sentimos tan obligados con el enemigo —replicó Lugo, y salió.

Lorenzo también hizo lo mismo. Se respiraba mejor fuera que dentro de aquella tienda atestada de objetos y de personas. En poco tiempo salieron las mujeres, seguidas de Guerra, que se dispuso a guiarlas a la salida del real. El adalid señaló a Lorenzo a la más joven, que se acercó a él. El genovés observó el rostro de la muchacha, de cabellos y ojos oscuros. A pesar del dolor que traslucía, la joven poseía una belleza salvaje y una actitud serena y segura que le admiró.

—Doy gracias a los dioses, tanto al vuestro como al nuestro, porque has logrado mantener con vida a mi padre —le dijo en su idioma.

Lorenzo comprendió perfectamente la frase, pero disimuló desviando la mirada hacia Guerra, que se la tradujo. La muchacha le escrutó fijamente, algo desconcertada.

—Dile que no hice nada especial —le pidió Lorenzo a Guerra—, que la fortaleza de su padre es lo que le ha salvado.

El adalid hizo la traducción y volvió a hacerla de la respuesta.

—Dice que ella ve a través de tus ojos las palabras que sabes pero no dices. Es una frase algo extraña. También dice que implorará por ti para que salves tu vida.

Lorenzo no pudo evitar asombrarse antes de que le llegara la traducción, pero trató de disimular.

—Bien, dadle las gracias —le dijo a Guerra.

La joven habló de nuevo.

—Corazón puro, te pido que hables con el jefe de guerra de vuestra gente para que me permita volver en cinco días. Quiero traerle a mi padre medicinas que necesita.

Lorenzo apenas escuchó a Guerra, que le traducía. La muchacha le había tomado las manos con suavidad y lo miró de nuevo fijamente a los ojos.

—Decidle que lo intentaré —le dijo a Guerra.

La chica le apretó las manos y esbozó una leve sonrisa, la primera que ofrecía desde que entró en el campamento. Lorenzo se la devolvió.

Guerra indicó a las mujeres el camino y abrió la marcha. La más joven se retrasó unos pocos pasos, los suficientes para dirigirse a Lorenzo en lengua canaria en voz baja.

—Mi nombre es Naira, hija de Adargoma. ¿Cuál es el tuyo, corazón puro?

Lorenzo se aseguró de que Guerra no le escuchaba, y le contestó en su idioma en el mismo tono de voz.

—Mi nombre es Lorenzo. Lorenzo de Riberol.

Y la muchacha le miró de soslayo y se volvió, con una sonrisa auténtica en su rostro.

Sevilla, 27 de agosto de 1478, un mes después.

—No nos ha gustado nada la carta que hemos recibido del deán Bermúdez. El mercader Trotín, que pasó con su carabela por la isla, nos la ha hecho llegar.

La reina Isabel había concedido una audiencia urgente a los responsables de la empresa de la conquista de Gran Canaria que se hallaban en Sevilla. En realidad era una convocatoria perentoria, de esas que no se pueden dejar de atender y, aunque la reina estaba sola con su secretario Camañas, gustaba utilizar el plural mayestático. Donde estaba ella, estaba el rey Fernando. Ya se sabía, tanto monta, monta tanto, y esos otros dichos y diretes.

El cronista Palencia, el asistente Merlo y el obispo Frías se encontraban algo perplejos. La carta no les había llegado a ellos y desconocían a qué se refería doña Isabel.

—¿Tenéis nuevas de la isla? —preguntó Merlo, con precaución.

—Son nuevas, pero no son buenas —replicó la reina, que se mantenía en su tono enojado—. El deán se queja amargamente de que el capitán Rejón ha asumido todas las competencias de la conquista, relegándole a él y a los suyos y tomando decisiones que van en deservicio de la conquista. Tras haber rechazado el desembarco de una flota portuguesa, la hueste está confinada en su campamento y apenas sale al interior de la isla. Y corren el peligro de quedarse sin bastimentos debido a la dilación.

—¡Válgame el cielo! —exclamó el obispo—. Conozco a mi deán, y es bien sufrido. Si se queja de algo, es que es verdad por completo.

Palencia, que no soportaba al obispo, no pudo evitar meter baza.

—Alteza, es normal que un militar tome el mando de la lucha en determinados momentos, y lo hará mejor, sin duda, que un hombre de iglesia, más habituado a rezos y a limosnas.

—Bien sé que hay religiosos que no lo parecen ni lo demuestran —repuso la reina, cortante—, pero no es esa la cuestión. Nuestra orden fue terminante: la conquista debía llevarse a cabo por ambos de mancomún. Y no se está haciendo así.

—Es evidente que nosotros no tenemos la culpa —dijo Merlo, con igual precaución—. Habrá que dar una solución a esta disputa.

La reina respondió de inmediato, como si lo estuviese esperando.

—Ya hemos tomado una decisión. Enviaremos a un gobernador que esté por encima de los capitanes.

—¿Un gobernador? —preguntó Merlo—. ¿No un corregidor ni un asistente?

—Un gobernador, dado que es territorio en conflicto, y así solemos actuar —se volvió hacia su secretario—. Camañas, leed lo que está escrito.

El secretario colocó bien unos papeles que tenía delante, en su mesa, y se aclaró la garganta antes de empezar:

—«E porque nos es hecha relación que sobre algunas diferencias que son acaecidas entre los dichos capitanes y gentes, y queriendo algunos de ellos con mal se lo desviar el servicio tan señalado que nuestro Señor Dios y nuestra santa Fe católica espera recibir de la buena conclusión de la dicha conquista, y porque se han recrecido y se espera recrescan entre ellos algunas divisiones y escándalos, de que a Nos vendría grande deservicio y la dicha conquista por Nos tan deseada no tendría efecto…».

—¡Que nombro como gobernador a Pedro de la Algaba! —cortó la reina, incapaz de escuchar la lectura completa de la provisión real.

—¿Gobernador de qué, alteza? —preguntó Frías, temeroso de que se le privase de alguna prebenda en las islas de Lanzarote o de Fuerteventura.

La reina pareció pensárselo. Debería haber llamado a alguno de los letrados del consejo real, tenía que improvisar.

—Pues gobernador de todo ello. De la conquista, de la isla, de lo que sea. El asunto es que es gobernador, y para allá va.

Camañas acudió en ayuda de la reina, y explicó algo el texto de la provisión.

—Se encomienda a Algaba el cargo y gobernación de lo susodicho, es decir, de lo acordado para la conquista, y que, leo textualmente: «entienda en todas y cualesquier cosas que los dichos capitanes que con nuestro poder allá son idos que han y deben entender».

—Entonces, ¿los capitanes se mantienen en sus puestos? —preguntó Merlo—. ¿A pesar de las disensiones?

—El gobernador Algaba sabrá meterlos en cintura —repuso la reina—. Y si no, que los juzgue o que los mande a juzgar a esta mi corte, que para eso será cometido con todos los poderes necesarios.

Ninguno de los presentes se atrevió a contradecir a la reina, aunque no estuvieran muy de acuerdo con ella. Merlo estaba por haber dado poderes totales a Rejón, y Frías porque se los dieran a Bermúdez.

—Es nuestra voluntad —terminó la reina—, que con Algaba vayan algunas naves con suficiente refresco para que la conquista se termine felizmente en un plazo corto.

—Todavía no hemos recibido las cuantías de la bula de cruzada recaudadas al norte del Tajo —informó Frías, responsable de ese medio de financiación.

—¡Me tenéis harta con vuestra famosa bula! ¡Que os adelanten el dinero! ¡Sacadlo de donde sea, pero que no peligre esta empresa! El rey de Portugal desea que fracasemos y no vamos a permitirlo. Os prevengo que si es necesario no vacilaré en concertar el aprovisionamiento de la conquista con particulares, a los que se les recompensará adecuadamente.

Frías entendió la amenaza. Corrían peligro todos los privilegios y ventajas prometidas si no se llevaba a cabo la empresa tal como se había diseñado en un inicio.

—El dinero estará, alteza —respondió Frías con falsa humildad, agachando la cabeza—. La misión del gobernador Algaba será un éxito y pronto nos congratularemos todos del final feliz de la conquista.

—Eso deseamos, y por eso tomamos esta decisión —sentenció la monarca, que retomó su papel sereno—. No necesitamos recordaros que esperamos toda vuestra colaboración. Así que, andando, id con Dios.

La audiencia había terminado, de eso ninguno tuvo duda. Los tres convocados hicieron una reverencia y se dispusieron a abandonar la sala del alcázar, la de embajadores, donde habían sido convocados.

—Don Alonso, quedad un momento, que deseamos hablar con vos —dijo la reina.

El cronista se detuvo, se giró y esperó a que los otros dos asistentes salieran del salón. Cuando quedó solo con la reina y con su secretario, la monarca habló:

—Debemos admitir que teníais razón. Nada bueno era esperable de esa pareja de Rejón y de Bermúdez. Fue una decisión equivocada darles poderes a ambos. Y todo por culpa del obispo, que es un pesado insufrible.

—En eso os doy la razón, alteza —dijo Palencia, que aprovechó la ocasión.

—Nos habéis hecho un buen servicio buscando la persona idónea para solventar este problema. Espero que ese Algaba cumpla con su cometido.

—Lo hará, alteza, tenedlo por seguro.

La reina arrugó la nariz.

—Si tenemos algo claro, es que no damos nada por seguro, don Alonso. Y en esta cuestión esperamos que acertéis, porque si no es así, habrá consecuencias.

Palencia tragó saliva.

—¿Consecuencias?

—Sí, rodarán cabezas.

Palencia rogó porque la frase fuera simbólica.

Real de Las Palmas, 27 de agosto de 1478, mismo día.

La columna salió temprano del campamento. La comandaban los capitanes Jáimez de Sotomayor y Alonso de Lugo, y constaba de treinta de a caballo y ciento cincuenta peones, tal y como solían hacerlo una vez por semana desde que desembarcaron. El objetivo de la salida era conocer el terreno, sobre todo los pasos entre montañas y barrancos, hacer acopio de víveres, y comprobar el estado de animosidad de los naturales.

Respecto al primer objetivo, lo pudieron desarrollar sin mayor problema, dado que no encontraron resistencia alguna. Siguiendo los pasos del adalid Fernán Guerra, subieron al alto de Tamaraceite y desde allí llegaron al poblado de Arucas, que encontraron desierto. Nada aprovechable descubrieron en las casas. Los naturales se habían llevado hasta el último grano de cebada, de esa que solían tostar y moler para hacer gofio. Ni una sola cabeza de ganado divisaron en todo el trayecto.

—Estos canarios se lo han llevado todo —comentó Jáimez a Lugo—. Nos quedan bastimentos en el real para pocos días, y no veo la forma de remediarlo.

—Y no dan la cara. Se esconden en las montañas del centro de la isla y no ofrecen batalla. Estamos dando paseos por una tierra deshabitada en la que sabemos que somos vigilados a distancia.

—Es frustrante, pero la realidad es que no tenemos el suficiente avituallamiento para enviar un contingente poderoso a escalar esas cumbres. No sabemos qué nos vamos a encontrar allí ni qué emboscada nos pueden preparar en un mal paso.

—Necesitaremos refuerzos —reconoció Lugo—, pero antes, tendremos que abastecernos de lo necesario.

—Sabemos que se han enviado cartas a sus altezas pidiendo ayuda, pero no conocemos su respuesta ni la diligencia que pondrán los encargados de la conquista en Sevilla en atender nuestras necesidades.

—¿Qué queréis que os diga? Si no somos socorridos pronto, nos veremos en grande aprieto. De eso estoy seguro.

—Bajad la voz, Alonso, que no quiero que la tropa se desanime.

Dejémoslo en un secreto a voces.

—¿Qué hacemos ahora?

—Volvamos al real sobre nuestros pasos, pero descenderemos por el barranco de Tenoya. Dice Fernán Guerra que puede que encontremos árboles frutales en la vaguada.

—Daré la orden.

—Pero antes, que los hombres tiren abajo los techos de las casas de este poblado. Si los canarios no nos dejan nada aprovechable, nosotros les corresponderemos de la misma manera.

Alonso de Lugo dio la orden y los soldados, frustrados por el fracaso de la salida, se aplicaron en destruir la techumbre de todas las viviendas del caserío, desfogando en parte su impotencia.

La columna dio marcha atrás y comenzó a caminar por el camino que les había llevado hasta allí. El sol comenzó a caer cuando se adentraron en el barranco de Tenoya. Bajaron a su cauce donde corría un arroyo continuo a pesar de ser pleno verano. A ambos lados del agua crecían multitud de helechos y arbustos, y muchos tipos distintos de árboles, pero todos sin fruto. La hueste había dado cuenta de las provisiones hacía horas, y muchos comenzaban a notar el estómago vacío. El adalid Guerra volvió de su avanzadilla con expresión risueña en el rostro.

—Estamos de suerte —anunció a los capitanes—. He encontrado un higueral, y también unas terrazas sembradas de grano.

La noticia alegró el ánimo de los castellanos, que apretaron el paso hasta llegar al lugar que había visto el adalid. Los soldados se aprestaron a desembarazar de frutos los árboles.

—Los higos todavía están pequeños, pero se pueden comer —aseveró Jáimez, que ya había probado uno de ellos.

—Lo malo de estos árboles es que cada vez que pasamos por ellos no queda ni un solo fruto.

—Pues a partir de ahora va a ser peor. Ya sabéis las órdenes que traemos.

—¿Incluyen a los higuerales?

—Así es, una vez los despojemos de sus higos, hay que talarlos todos. Y además, destruir todos los cultivos que descubramos. Se trata de que los canarios sepan que no van a poder aprovechar nada de la tierra.

—Pero nosotros tampoco. ¿No se nos volverá esa decisión en contra nuestra?

—Los árboles y el grano se pueden replantar cuando termine la conquista, y espero que sea pronto. Ahora, hay que presionar a nuestros enemigos con el hambre.

—No sé quién va a pasar más hambre, si los canarios o nosotros.

—Las órdenes están dadas, Alonso, y no somos quiénes para

discutirlas. Ahora, vayamos a echar un vistazo a la cebada de la que habló el adalid.

Ante la mirada triste de Lugo, los soldados, una vez recogidos todos los frutos, cortaron a hachazos los troncos de las higueras, una treintena de ellas, que se derrumbaron y rodaron cuesta abajo.

A continuación, siguieron el cauce del barranco hasta llegar a unas terrazas artificiales levantadas por los nativos en las que se mecían al viento los nacientes de las espigas de la cebada.

—La cosecha se recogió hace un par de meses —indicó Guerra—. Lo que vemos es una nueva plantación.

—Pues habrá que quemarla —indicó Jáimez, y ante la expresión de disgusto del adalid, añadió—. Órdenes son órdenes, maese Juan, y hay que cumplirlas.

Antes de que Jáimez pudiera indicar nada, un conjunto de silbidos se escuchó en lo alto del barranco. Como aparecidos de la nada, un centenar de canarios se asomaron en las cimas de ambos lados del cauce y comenzaron a arrojar piedras sobre los castellanos.

—¡En formación! —gritó Jáimez—. Estos malditos aparecen siempre cuando menos se les espera. ¡Ballesteros! ¡Disparad contra ellos!

No era la primera vez que los castellanos eran sorprendidos por una emboscada canaria y ya comenzaban a desenvolverse con eficacia para contrarrestarla. Los pedruscos se veían venir de lejos y eran fácilmente esquivables. A aquella distancia, los venablos que pudieran lanzarles apenas hacían daño, y estos a su vez se mantenían lejos, donde las ballestas no desplegaban toda su eficacia. En aquel caso, el grupo de canarios era poco numeroso y las piedras se terminaron pronto.

—Cada vez se atreven a acercarse menos —dijo Lugo cuando cesó el ataque y las siluetas de los canarios desparecieron de su vista.

—Es posible que estén más débiles, como dice Rejón —contestó Jáimez—. El tiempo lo dirá.

—El tiempo tampoco corre muy a nuestro favor. Los higos que hemos recolectado apenas nos darán para un par de días, y ya no hay más.

—Alonso, menos cháchara y dedicaros a cumplir con vuestro deber —Jáimez no podía ocultar su enojo con la situación. Sentía que Lugo tenía razón, pero no podía dársela—. Quemadme esos sembrados ya, y no quiero escuchar ninguna palabra más hasta que volvamos al real. ¿Entendido?

Real de Las Palmas, 20 de octubre de 1478, dos meses después.

—Micer Lorenzo, el capitán general pregunta por vos.

El requerimiento había venido de uno de los guardias personales de Rejón y el genovés de adopción dejó las cuentas que revisaba en su tienda para acudir a la llamada. El general de la conquista se encontraba reunido con el deán y sus respectivos capitanes en la tienda del primero.

—¡Ah, micer Lorenzo! ¡Ya estáis aquí! —exclamó Rejón en cuanto entró.

—A vuestro servicio, señor capitán —respondió el recién llegado.

—Quiero que seáis partícipe de una situación que se nos ha planteado en el real.

Lorenzo miró con curiosidad los rostros de los otros caballeros. La mirada de todos convergían en él con cierta expectación. De una manera o de otra, algo le decía que le iba a tocar ser protagonista de algo.

—Decidme —invitó.

—Un grupo de canarios se ha presentado a las puertas del campamento. Dicen que vienen a entregarse y que quieren ser cristianos.

Lorenzo no se esperaba la noticia y la sorpresa apareció en su semblante.

—Entiendo que es una buena nueva —comentó—. Si los canarios comienzan a rendirse, la lucha cesará pronto. ¿Han explicado cuál es la razón por la que se dan?

—Esa es una de las cuestiones —indicó Rejón—. Dicen que es por hambre. Que no han podido recoger las cosechas y que las salidas de nuestros hombres por la isla les impide mariscar en la costa y que el ganado pueda pastar donde debe hacerlo.

—Entonces, vuestra política de tala de panes y de árboles frutales ha tenido éxito.

—No estoy tan seguro. Aunque estén retraídos en las montañas, todavía siguen teniendo rebaños enteros de cabras y ovejas que les suministran leche y carne. El canario no es un pueblo que dependa

tanto de la siembra. Tal vez sea un subterfugio para que nos confiemos.

Lorenzo entendió la suspicacia del general.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Hay que acogerlos, por supuesto. Tenemos que dar ejemplo frente a los demás canarios. Pero eso nos crea un problema nuevo.

—Ya lo imagino. Los que se rinden tienen que comer.

—Así es, vuestra sagacidad es digna de elogio. Ya nos quedan muy escasos bastimentos para la hueste. Hemos racionado la comida y lo poco que trajo la última carabela el mes pasado se está agotando. Lo que da la tierra ya está recogido y no habrá más hasta la primavera. Hemos logrado que los canarios se encuentren en dificultades, pero nosotros también lo estaremos si no recibimos de nuevo socorro desde Castilla. Tal es así, que me voy a ver obligado a pedir a los señores de Lanzarote que nos echen una mano en la primera carabela que recale aquí, por muy mal que me pese.

—Comprendo la situación. Pero, ¿en qué intervengo yo?

—Esa es la otra cuestión, micer Lorenzo. El grupo de canarios que se ha dado dicen que quieren ser apadrinados por vos.

Lorenzo volvió a sorprenderse. Aquella mañana estaba repleta de sobresaltos.

—¿Por mí? ¿Estáis de broma?

Rejón no sonrió.

—Nunca he hablado más en serio.

—Entonces debe tratarse de un error.

El deán intervino antes de que Rejón respondiera.

—Es la familia directa de Adargoma. Su hija y su mujer, más una ristra de otros familiares quieren ponerse bajo vuestra protección.

Lorenzo no se podía creer lo que estaba escuchando.

—Yo no puedo ofrecerles protección. Solo soy un mercader.

—Dicen que solo se rendirán si su padrino protector es «corazón puro», como os han llamado.

La frase suscitó algunas risitas en los capitanes. Lorenzo notó que se sonrojaba. Rejón tomó la palabra de nuevo.

—Es la hija de Adargoma la que lleva la voz cantante. Y solo quiere saber de vos. Y he aquí el problema que se nos plantea. No tenemos con qué dar de comer a esos canarios, así que esperamos de vos que hagáis un servicio a sus altezas.

—¿Qué servicio? —preguntó Lorenzo, con prevención.

—Dado que os reclaman como padrino, tendréis que costear vos mismo su manutención. Al menos adelantarla. Luego ya os las arreglaréis con sus altezas.

—Es una petición inusual —Lorenzo se sentía abrumado con aquella responsabilidad inesperada—. Tendría que consultarlo con mi

familia de Sevilla.

—No hay tiempo para eso —le cortó Rejón—. Y tampoco para que os decidáis, ya que el asunto no admite demora. He dado orden de que los canarios sean alojados en vuestra tienda y en la de al lado.

—Pero, señor, si la comparto con otros mercaderes.

—Pues todos haréis un buen servicio a la empresa de la conquista. Tenéis dineros, con lo que podréis haceros cargo del grupo.

Lorenzo estuvo a punto de replicarle que los dineros no eran suyos, sino de la familia Riberol, y que su destino debía ser otro muy distinto, pero entendió que no tenía ninguna posibilidad de lograr que aquellos militares cambiaran de opinión. Era siempre mejor llevarse bien con ellos.

—Trataré de complaceros, pero espero que esta solución sea provisional. Escribiré a micer Francisco para que interceda ante sus altezas.

—Me parece muy bien —dijo Rejón levantándose y dando a entender que la entrevista había terminado—. Os agradezco vuestra disposición. Ahora id en buena hora a recibir a vuestros ahijados.

Lorenzo esperó escuchar alguna otra risa, pero no la hubo. En realidad les estaba quitando un grave problema de las manos. Anotaría todos los gastos que esta situación creara y enviaría los informes a Sevilla en cada barco que zarpara.

Lorenzo se despidió de todos y salió de la tienda. Afuera se encontró con la hija de Adargoma, que estaba esperándolo.

—Gracias por aceptarnos, corazón puro —le dijo en canario, sonriéndole.

Lorenzo suspiró y no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Puerto del Arrecife, Lanzarote, 30 de octubre de 1478, diez días después.

La carabela se aproximaba al amanecer a la costa de la isla. La travesía desde Gran Canaria no había contado con vientos favorables y el navío había tenido que dar una vuelta rodeando Fuerteventura para navegar al amparo de su costa. La noche llegó cuando avistaba el estrecho de La Bocaina, que separa ambas islas, y tuvieron que fondear a la espera del amanecer. Todos los marinos sabían que era una locura tratar de adentrarse a oscuras entre los arrecifes del principal puerto lanzaroteño.

El capitán Becerra no estaba contento. Su periplo como mercader particular se había centrado en las islas conquistadas para recoger conchas cauríes, tan apreciadas en Guinea que de hecho eran la moneda corriente en aquella zona, y también algo de orchilla. De contrabando, por supuesto, ya que era una regalía exclusiva de los monarcas. Por circunstancias de los vientos, se vio obligado a fondear en el puerto de Las Isletas, donde fue abordado sin la menor consideración por parte de los hombres de Rejón y de Bermúdez, y todo aquello que pudiera servir de alimento le fue incautado. Por lo visto, y era evidente a simple vista, a los castellanos se les habían terminado las vituallas y comenzaban a pasar hambre. A cambio de lo confiscado, al menos tenía un certificado de la requisa firmado por el escribano público de la conquista para que cobrase su precio a su vuelta a Sevilla, a pagar por el obispo Frías. Y en la ciudad hispalense todo el mundo sabía que el prelado no tenía un maravedí.

Pero es que, además, le habían secuestrado el barco y le habían obligado a dirigirse a Lanzarote con la intención de pedir socorro a los señores de la isla, por aquello de que entre cristianos todo debe ser ayuda y buena vecindad.

Becerra sintió a su espalda la presencia de Rejón, que se encontraba de buen humor.

—¡Ah, capitán! ¡Ya estamos llegando! ¿En cuánto tiempo podremos desembarcar?

El marino miró al militar. Las maniobras de acercamiento y fondeo no eran nada fáciles en aquel puerto, y la impaciencia era la peor de

las consejeras.

—Calculad poco antes del mediodía, si no cambia el viento.

El capitán general hubiera deseado que fuera antes, pero sabía que en las cosas de la mar era inútil tratar de adelantar los tiempos.

Rejón se dedicó a pasear por la cubierta, ya atestada de gente, como siempre ocurría en aquellos estrechos navíos que se atrevían a adentrarse en el océano. No podía olvidar el desaire recibido apenas unos meses antes, cuando la armada llegó al archipiélago y doña Inés le advirtió que no era bienvenido. Esperaba que la situación hubiera cambiado. Sus hombres, llevando a cabo una misión ordenada por sus altezas los reyes, estaban pasando hambre en el real. Y por eso, y más que por ellos, por hacer un servicio a los monarcas, los señores de las islas tendrían a bien atenderlos en su necesidad. Ya era hora de que la familia Herrera Peraza se reconciliara con sus vasallos exiliados e hicieran causa común contra los canarios, que era el deber de todo buen cristiano castellano. Por eso se había ofrecido como embajador de buena fe para mediar entre las partes enfrentadas. Le acompañaban Pedro de Aday y otros de los vecinos de Lanzarote que tuvieron que huir de la isla y de la ira de sus señores.

Las horas pasaron con lentitud y al fin la carabela pudo echar el ancla en lugar seguro, a un tiro de ballesta de la playa. El esquife que la nave remolcaba se llenó de los hombres de Rejón, con este al frente, y remaron hasta la orilla. Allí les esperaba un comité de recibimiento de semblantes taciturnos. Pedro de Aday chasqueó la lengua en cuanto vio la disposición de quienes les esperaban. Se lo comentó a Rejón en voz baja cuando el bote estaba a pocas varas de la arena.

—Señor, mirad que viene a recibirnos Fernán Peraza en orden de guerra: con su escudo y su lanza, y con el casco y la coraza. Y sus hombres van armados. Andémonos con cuidado.

Rejón quiso quitarle hierro al asunto.

—Eso es que se ha puesto sus mejores galas. Todo un detalle hacia nosotros.

La barca llegó a la orilla y Rejón fue el primero en saltar a tierra.

Fernán Peraza, montado en un caballo alazán, se adelantó a sus hombres y se acercó a Rejón.

—¡Capitán Rejón! —le dijo en voz alta—. Traéis con vos a varios traidores que tienen pendiente sobre sus cabezas sentencias de muerte. Si no venís a entregarlos a la justicia de la señora de estas islas, mi madre doña Inés Peraza, más vale que os vayáis de su tierra, que no vais a hallar en ella buena acogida ni favor.

Rejón no se esperaba el tono agrio y displicente del joven Peraza, pero hizo un esfuerzo y se mantuvo tranquilo.

—Señor Peraza, no voy de guerra ni la quiero —contestó el capitán, tratando de que su tono fuera lo más conciliador posible—, sino que

vengo a servir al señor Diego de Herrera, a quien quiero hablar y besar las manos.

—Mi señor padre no os recibirá hasta que no entreguéis a los delincuentes.

Rejón tomó aire antes de contestar. El tal Fernán Peraza comenzaba a irritarlo.

—Señor, reportaos, que el deseo que vuestros vasallos tienen de ver a vuestros padres los trae acá y a mí por mediador para que se lo suplique. Será bueno que los admitáis y socorráis debajo de vuestro auxilio, y en ello haréis muy gran servicio a sus altezas y a mí mucha merced dándome también algunos bastimentos de que tenemos necesidad para los conquistadores, que todo será muy bien pagado.

El discurso no hizo mella en la determinación de Peraza, que contestó airado:

—Aquí no hay nada para los traidores ni para vos, que venís con ellos. Idos todos de esta tierra.

Rejón consideró la respuesta una afrenta personal y ya no pudo contenerse.

—Ni vos ni vuestro padre mostráis ser servidores de sus altezas, pues hacéis tal cosa. Yo les daré cuenta de ello, que no es razón que se pase en silencio una obra tan mal hecha.

Los hombres de Peraza dieron varios pasos y se unieron a él, haciendo sonar sus armas, amenazantes.

Rejón entendió que no podía enfrentarse a tanta gente armada, muchos de ellos a caballo, y entendió que no iba a conseguir nada en aquella playa. Se giró y ordenó a sus hombres que se reembarcasen en el esquife. Los remeros bogaron con tristeza y el bote no tardó en llegar a la carabela. El capitán Becerra, adivinando lo que había pasado, no dijo nada a Rejón, esperando de él alguna orden.

El capitán de guerra mostró una ira malamente contenida.

—Nos vamos, pero esta afrenta no quedará así.

—¿Volvemos a la Gran Canaria? —preguntó el marino.

—Volvamos, que aquí nada tenemos que hacer.

Rejón echó un último vistazo hacia la playa. A pesar de la distancia, le pareció ver que los isleños se estaban riendo y regocijando. Aquello pudo con él.

—¡Artillero! —gritó—, ¿está cargada esa culebrina?

El aludido respondió de inmediato.

—Así es, señor, tal como ordenasteis.

Rejón se acercó al pequeño cañón, encendió la mecha y él mismo dirigió la boca hacia la playa.

—¡Os vais a burlar de otro, malnacidos!

El disparo se produjo en pocos instantes y el proyectil alcanzó, con increíble puntería, a varios de los hombres de Peraza.

—¡Les habéis dado! —exclamó Becerra—. ¡Dios mío, espero que esto no me traiga malas consecuencias! ¡El disparo ha salido de mi barco!

—¡Soy yo quien ha disparado! —replicó el capitán—. ¡Así sabrán cómo se las gasta Juan Rejón!

Becerra miró hacia la playa, al menos tres hombres habían sido descabalgados y yacían en la arena, auxiliados por sus compañeros. A pesar de la distancia, pudo ver claramente cómo Fernán Peraza levantaba el puño y gritaba algo que no pudo escuchar.

—Desde luego que ya lo saben —dijo el capitán de mar—, y no lo van a olvidar, de eso estad seguro.

Puerto de Las Isletas, Gran Canaria, 10 de noviembre de 1478, tres semanas después.

—En buena hora habéis llegado, don Pedro —dijo Bermúdez señalando el horizonte—. Ahí viene la carabela de Rejón de vuelta de Lanzarote.

Pedro de la Algaba, el flamante y recién nombrado gobernador de la Gran Canaria, había desembarcado la tarde anterior, proveniente de Sevilla, y el deán se había dado prisa en contarle su versión de los problemas del real castellano. La sutileza poca de los ataques contra Rejón y la imposibilidad de este por contrarrestarlos había puesto en guardia a Algaba: era cierto que existía un conflicto grave que debía resolver cuanto antes.

—Entonces, decís que Rejón está fuera de todo comedimiento y no puedo esperar más que sinrazones por su parte —comentó Algaba.

—Así es, señor. Yo no podría haberlo dicho mejor. Pero a las pruebas me remitiré. Comprobadlo vos mismo.

—Eso pienso hacer.

Algaba y Bermúdez vieron pasar por delante del real la carabela que llevaba a Rejón camino de la playa de Las Isletas y decidieron esperar en el campamento su llegada. El deán despachó un mensajero a caballo para que le informase de que Algaba había arribado como nuevo gobernador de la isla y que le pedía que se reuniese con él.

En lo que llegaba Rejón, Bermúdez invitó a Algaba a dar una vuelta por la incipiente población y le presentó a la mayoría de los miembros de la hueste y demás personal auxiliar. Al nuevo gobernador Le fue muy grato encontrarse con el alférez Jáimez de Sotomayor, su cuñado, y con el capitán Alonso de Lugo, que era familiar político.

—Sed bienvenido, señor —dijo Jáimez, tras saludarlo efusivamente —. Hace falta alguien firme que ponga orden en esta conquista.

Al estar presente Bermúdez, Jáimez, uno de los fieles de Rejón, se recató de entrar en detalles. Alonso de Lugo preguntó por su esposa.

—Tengo que daros la buena nueva de que está encinta —le anunció Algaba—. Felicidades, Alonso, vais a ser padre.

Lugo no cupo en sí de gozo y fue a comunicárselo a sus amistades cercanas.

El paseo continuó con los mercaderes, que le preguntaron por las ultimas noticias de Sevilla, y Algaba informó puntualmente a todos. Estaba terminando con el último cuando llegó Rejón al real. El capitán desmontó de su caballo con prisa y se dirigió hacia el gobernador.

—¡Pedro! ¡Qué alegría veros! —dijo, antes de abrazarlo—. Me dicen que venís con el cargo de gobernador bajo el brazo, ¿es eso cierto?

Algaba trató de que el abrazo no fuera demasiado efusivo, debía mostrar imparcialidad, y ello conllevaba mantener una cierta distancia.

—Así es, Juan. Sus altezas me pidieron que les hiciera ese servicio.

—Pues llegáis en buena hora, ya que así podréis castigar la afrenta que se ha hecho a nuestros reyes.

—Explicadme qué ha ocurrido.

Rejón contó lo acontecido en Lanzarote con pelos y señales, concluyendo:

—…Y como Diego de Herrera y su hijo Fernán Peraza se han mostrado poco servidores de sus altezas, pues por sus dineros no han querido darnos los bastimentos que yo le había pedido para la conquista, tengo pensado volver allá y dárselo a entender, aunque sea por la fuerza.

Algaba se mesó la barba pensando en las noticias que le acababan de dar y su posible respuesta.

—No es bueno que haya querellas entre cristianos cuando estamos en lucha contra los gentiles canarios —respondió, al cabo de unos instantes—. No digáis tal, porque aunque quisierais hacerlo, los demás no podremos consentirlo, ni permitiríamos que nadie fuese con vos.

Rejón abrió los ojos de la sorpresa ante la posición de Algaba.

—Pero, Pedro, la actitud de los señores de Lanzarote es un insulto para mí, para sus altezas y para todos lo que estamos en esta conquista, y eso os incluye también a vos.

—Yo no lo veo así, Juan. Por lo que me decís, lo que ha hecho Diego de Herrera viene determinado por haber acudido vos a su isla acompañado de sus vasallos infieles. Entiendo que lo ha tomado como una provocación.

—¡No podéis pasar por alto esta afrenta! ¡Soy el capitán general de esta conquista, y si vos y el deán no queréis hacerlo, se hará porque yo sí lo quiero!

El semblante de Algaba enrojeció ante la exclamación de Rejón. Logró contenerse y hablar en tono normal.

—Según decís, vos sois aquí el todo.

Rejón no se paró a meditar la contestación.

—Así es, yo soy el todo en esta conquista. En Sevilla vos eráis el diputado de la Hermandad y yo vuestro subordinado. Pero aquí es lo

opuesto.

Algaba notó como la tensión rodeaba a todos los que le acompañaban. La situación podía írsele de las manos si provocaba un enfrentamiento con él allí mismo. Rejón tenía muchos partidarios a su alrededor. Algaba optó por evitarlo.

—Debéis tener razón en cuanto a eso, Juan. Busquemos juntos la forma de responder a la altivez de los Herrera Peraza. Habrá que preparar vuestra vuelta a Lanzarote.

—Me alegra que me hayáis comprendido —dijo Rejón, visiblemente aliviado.

—Venid a comer conmigo mañana a la torre y allí planearemos todo lo necesario.

—Allí estaré, Pedro. Y repito que me alegro mucho de veros.

—La alegría es mutua. Ahora, id a descansar y tomad algo de refresco, que os lo merecéis.

Rejón asintió y se marchó, seguido de sus parciales, a la zona del campamento donde tenía sus tiendas.

En el momento en que se quedaron solos, Bermúdez se acercó a Algaba.

—¿Qué os decía yo? ¿Creéis que está en sus cabales? ¿Un hombre así puede dirigir una conquista como esta?

Algaba, disgustado, no quiso responder directamente a las preguntas del deán.

—Venid esta noche a mi tienda, y nos concertaremos para actuar como es debido, mal que me pese.

—No os pesará, don Pedro. No os pesará.

Real de Las Palmas, 11 de noviembre de 1478, al día siguiente.

—Lo que tenemos que hacer es ocupar de modo permanente el poblado de Gáldar, que es el lugar más poblado de Canaria y donde tiene su residencia el guadnarteme Tenesor —indicó Rejón.

En la estancia principal de la primera planta de la torre se había dispuesto una mesa a la que se hallaban sentados el gobernador Algaba, el deán Bermúdez y el capitán Rejón. El día era lluvioso y desapacible, con viento húmedo y fresco que provenía del norte. La mayoría de los habitantes del real se encontraban dentro de sus tiendas y cobertizos, a resguardo del agua. El trío estaba terminando de comer. Las provisiones que Algaba había traído consigo habían sacado a los castellanos allí acantonados de la monótona dieta a base de cogollos de palmitos y lapas a la que estaban acostumbrados. Encima de la mesa había un buen costillar de cerdo salado, que era todo un manjar para ellos y del que dieron buena cuenta.

—El problema que hemos tenido es la falta de gente para levantar otro real en esa parte de la isla —continuó el deán, hablando más para Algaba que para Rejón—. Está bastante lejos de aquí, y necesitaríamos un barco que cubriese la ruta con asiduidad. Cerca de Gáldar solo hay dos surgideros: la playa de Sardina y el puerto de Agaete, y ambos están a cierta distancia del poblado.

—Habrá que levantar otra torre, una como esta en que estamos —intervino de nuevo el capitán—. Es la mejor manera de amedrentar a los canarios, que solo pueden estrellarse contra sus muros. Sus pedradas y lanzadas nada tienen que hacer contra una fortaleza bien levantada.

—Según me han dicho, lograron echar abajo las torres de Telde y de Gando —dijo Algaba con reticencia.

—Esas torres estaban mal guardadas y no eran tan fuertes como esta del real —replicó Rejón—. Aquí es imposible que ocurra lo mismo. De hecho, hasta ahora los canarios apenas se han acercado a ella. Hay que enseñorear la tierra llana, ocuparla permanentemente y esperar a que los canarios bajen de sus cumbres. Allí se les acabará la comida tarde o temprano. No pueden vivir exclusivamente de sus

rebaños. Son demasiados para ello.

—Tampoco ha venido conmigo un gran contingente —dijo Algaba—. ¿De cuántos soldados disponemos? ¿Unos trescientos? ¿Qué ha pasado con los demás? ¿No desembarcaron casi mil?

—Se han ido yendo poco a poco con cada barco que recalaba aquí —respondió el deán—. Y no se les podía reprochar, ya que llevaban meses sin cobrar soldada. Algunos hasta cambiaban sus armas por un pasaje de vuelta a Castilla. Estamos en un momento difícil. Nos falta gente para doblegar a los canarios que se ocultan en las montañas. Prefieren hostigar a nuestras patrullas a distancia. Aprendieron bien la lección de atacarnos en el llano.

—Pues algo habrá que hacer —dijo Algaba—. Escribiré a sus altezas pidiendo refuerzos, pero no sé hasta qué punto nos auxiliarán. Ahora están con otras cosas en la cabeza. La guerra con Portugal está a punto de terminar, por lo que la prisa por conquistar esta isla ya no es tanta. Y todos dicen que la mirada de doña Isabel está puesta en el reino de Granada. Mientras tanto, habrá que hacer sentir a los canarios que estamos aquí.

—¿Cómo? —preguntó Rejón, inquieto.

—Subiendo a buscarlos a las montañas. Que no se sientan seguros en ellas.

Rejón se echó para atrás en su asiento.

—Eso es una completa locura. La experiencia mutua nos dice que ni nosotros debemos entrar en sus sierras y les dice a ellos que no bajen al llano. Me niego a poner a mis hombres en semejante peligro.

Algaba no pudo evitar disimular la molestia que las palabras de Rejón le producían.

—Me cuesta mucho, Juan, pero debo recordaros que aunque seáis el capitán general de guerra, junto con el deán aquí presente, yo soy el representante de sus altezas en la conquista y tengo poderes para indicar la estrategia a seguir.

—Atacar a los canarios en su terreno no traerá sino desgracia. Mis hombres están conmigo en esto. Es de locos lo que proponéis.

El semblante de Algaba se contrarió aún más.

—Vuestros hombres obedecerán las órdenes de sus altezas.

—No irán a la muerte segura si yo puedo evitarlo.

—¿No creéis que ya habéis oído suficiente? —preguntó el deán a Algaba.

A una señal del gobernador, cuatro hombres de su guardia, que permanecían en otra recámara, desenvainaron sus armas y se acercaron para rodear al capitán.

—Sed preso, Juan Rejón. Como representante de nuestros reyes, os prendo por el delito de rebelión.

El capitán no ocultó su sorpresa, a la que siguió una terrible

indignación al verse rodeado y sin ninguno de sus hombres cerca.

—Entregad vuestra espada sin resistencia —le dijo Bermúdez—. Será lo mejor.

Un rictus de amargura apareció en el rostro de Rejón. Muy despacio, se desató el cinturón y entregó el arma dentro de su vaina.

—Sois indignos —le dijo a Algaba y a Bermúdez—. Me admiro del modo que habéis utilizado contra mí, pues habiéndome puesto a vuestra mesa usáis una traición tan grande.

—Echadle grilletes —ordenó Algaba—. Es el modo en que hay que tratar a los locos. Y recordad que si en Sevilla era vuestro superior, aquí lo soy también.

Los hombres de Algaba, ya apercibidos, obedecieron la orden sin que Rejón presentase resistencia. En ese momento, comenzaron a oírse voces fuera de la torre.

—Es el alférez Jáimez, que ya se ha enterado de lo sucedido —dijo Bermúdez.

—Bien pronto corren las noticias en este real —respondió Algaba, sorprendido—. ¿Y qué quiere?

—Me temo que liberar a su jefe. Es su seguidor incondicional.

Algaba y Bermúdez se levantaron y se asomaron a uno de los ventanucos de la torre. Un grupo de hombres armados se estaban congregando en la puerta de la fortaleza.

—Eso se puede poner feo —dijo Algaba, y se encaró con Rejón—. Si permitís que vuestros hombres ataquen al representante de sus altezas ya no será solo un delito de rebelión cometido por vos, sino de lesa traición de todos ellos. Y acabaréis todos colgados sin remisión.

Rejón se sobrepuso a su disgusto.

—Dejadme hablar con ellos.

Algaba le dejó espacio para que se asomara a la ventana.

—¡Alférez y demás amigos! —el grito hizo callar a los que estaban debajo—. ¡No puedo permitir que se haga ningún daño! Os pido por amor de Dios que aquietéis y soseguéis vuestros ánimos, que yo tengo muy justificada mi causa y que, cuando sea oída por sus altezas, a quien siempre he servido y sido leal servidor, no ganarán nada los que me tienen así preso, antes bien darán cuenta de ello.

—Eso ya se verá —dijo Algaba, ordenando que lo apartaran—, por lo pronto, os haré proceso y os enviaré a la corte, que no se puede sufrir tener por capitán a un hombre de tan poco seso.

—Cierto, ya se verá —respondió Rejón entre dientes, fulminándole con una mirada de odio—. No penséis que esto se acaba aquí.

96

Barranco de Moya, Gran Canaria, 30 de noviembre de 1478, tres semanas después.

El último en llegar fue Aymedeyacoan, el guadnarteme de Telde. Una cohorte de honor de guerreros de Doramas le escoltaron a él y a sus hombres de confianza en cuanto entró en la comarca dominada por este último.

Con la llegada de los vientos frescos y las lluvias del otoño el bosque no era el lugar idóneo para vivir, por lo que el jefe militar había dejado la montaña de Doramas, llamada así por ser el lugar de residencia fijado de común acuerdo con Tenesor, el guadnarteme de Gáldar. y se había retirado a sus cuevas de Moya, mucho mejor resguardadas del clima adverso. En una de ellas, en torno a un fuego, esperaban Tenesor y el anfitrión, comiendo higos secos mojados en leche. Aymedeyacoan entró en el hogar de Doramas y todos se saludaron. Finalmente, los tres principales se sentaron y a una seña del guaire, los demás salieron y esperaron fuera.

—La próxima vez nos veremos en tierras de Telde —dijo Aymedeyacoan—. Cada vez estoy más viejo y me cuesta transitar por estos barrancos. Este, además, tiene su dificultad añadida con tanto risco.

—Hasta aquí no pueden llegar los castellanos con sus caballos —respondió Doramas—. Por eso es un lugar seguro.

—La próxima vez será en Telde —concedió Tenesor—. Hablemos de los castellanos. Doramas quiere decirnos algo.

Aymedeyacoan dio un trago al cuenco de leche caliente que le habían ofrecido y se dispuso a escuchar.

—Ya sabéis que ha ocurrido algo inesperado. Ha llegado un nuevo jefe de los castellanos, uno que llaman Algaba, y ha relevado a Rejón, que era nuestro peor enemigo. Y lo que es mejor, lo ha enviado preso de vuelta a su país.

—Acorán hizo caso a nuestras plegarias y nos ha quitado de en medio a nuestra peor amenaza —dijo Tenesor —. Los familiares de Adargoma nos cuentan todo lo que pasa en el campamento castellano. Estamos de enhorabuena.

—No hay que fiarse. Dicen que Algaba es tan bueno en la guerra

como lo era Rejón —continuó Doramas.

—De todo eso estamos al tanto —dijo Aymedeyacoan—, dime que me has hecho venir hasta aquí por algo más.

Doramas pasó por alto la invectiva. La gente de Telde no le iba a perdonar nunca su antigua rebelión.

—Los castellanos están preparando una gran entrada por esta zona de la isla. No estoy seguro, pero parece que el objetivo es tomar el poblado de Gáldar y establecer en él un nuevo campamento.

—Muy osado me parece para la gente que tienen —repuso el guadnarteme de Telde—. Si dividen en dos sus fuerzas, entonces podremos atacarles con garantías.

—Por eso os he llamado, para establecer una estrategia de común acuerdo. Se me plantean dos posibilidades: dejarles que lleguen a Gáldar y, cuando se dividan, atacar a unos y luego a los otros, o bien hacerlo durante el camino, en uno de los muchos barrancos peligrosos que tendrán que cruzar y en los que no podrán valerse de sus caballos.

—A mí me cuesta pensar en permitir que los castellanos se hagan dueños de nuestras viviendas —dijo Tenesor—. Podrían destruirlas, o incluso quemarlas si les da por ahí.

—Yo estoy con Tenesor, Doramas —intervino a su vez Aymedeyacoan—. Los castellanos saben que es muy arriesgado entrar en las montañas. Tenemos que hacer que sigan pensando que la situación no va a cambiar. Creo que es mejor atacarlos antes de que lleguen más lejos.

—Pensadlo bien —replicó Doramas—. Si permitimos que se dividan, será más fácil acabar con ellos.

—Si los atacamos en un buen lugar del camino, acabaremos con ellos igualmente, y sin riesgo para nuestras casas —insistió Tenesor.

Doramas aceptó el parecer de los guadnartemes. Aunque fuera el guaire general de guerra, decisiones tan importantes como aquella debían venir de la mano de los jefes políticos.

—De acuerdo, los esperaremos por esta zona, en Moya, que es de las más abruptas del norte de la isla. Aymedeyacoan, necesito que me envíes un buen número de guerreros para aumentar las fuerzas de los de Gáldar.

—En cuanto los pidas los tendrás —respondió el teldense—. Todos los que tengamos disponibles y no necesitemos estrictamente para nuestra defensa.

—Os avisaré con tiempo. Los castellanos tardarán un par de jornadas en llegar hasta aquí. Por otro lado, ¿cómo estáis de comida? Las talas de cosechas y de árboles frutales han esquilmado todo el territorio, y eso me preocupa.

—Nosotros tenemos grano recogido y animales para un par de años —dijo Aymedeyacoan—. Año y medio en el peor de los casos.

—En Gáldar podremos arreglárnoslas durante otro año, al menos —añadió Tenesor.

—Hay que tener presente que los castellanos no nos van a dejar plantar nada esta próxima temporada, por lo que deberemos vivir de lo que tengamos guardado. Y eso implica algo muy grave.

—Todo es grave en esta guerra, Doramas —dijo Tenesor—. Pero, ¿a qué te refieres?

—A que tenemos un año, o máximo dos, para ganar. Después, no podremos hacerlo. Nos moriremos de hambre.

—Entonces, solo nos queda una alternativa, Doramas —dijo Aymedeyacoan.

—Sí, terminar esta guerra cuanto antes —remató Tenesor.

Las Isletas, Gran Canaria, 1 de diciembre de 1478, al día siguiente.

—¿A dónde me llevas, Naira? —preguntó Lorenzo en su idioma natal en cuanto estuvieron a ciertos pasos de la empalizada del real.

Habían salido del campamento con la excusa de ir a recoger lapas y burgados en la costa de Las Isletas, zona que se consideraba de bajo peligro de ataque de los canarios. La llegada de Algaba con algunas vituallas, no demasiadas, y con el refuerzo de algunos soldados, tampoco muchos, había revolucionado el real. Se notaba que se estaba preparando una entrada de peso contra los indígenas, aunque al genovés no le participaran los detalles de la misma. La salida de la isla del capitán Rejón había focalizado la atención en el nuevo líder, el gobernador Algaba, un tipo curtido que parecía saber lo que se traía entre manos. Por eso, el permiso solicitado por Lorenzo para ir a mariscar en las cercanías pasó casi desapercibido entre los militares. La única consigna era que había que estar de vuelta antes del anochecer. Desde que sonaba el toque de queda nadie entraba ni salía del real bajo penas muy graves.

El camino que llevaba a la rada y a las montañas de Las Isletas estaba cada día más marcado, señal de que se utilizaba frecuentemente por los pobladores castellanos, y a diario cuando llegaba un barco. Los navíos buscaban siempre el abrigo de la montaña y sus botes llegaban a una playa de arena óptima para el desembarco. La costa del real no era aconsejable para ello por las corrientes y por unos rompientes que hacían casi imposible un desembarco, salvo que hiciera muy buen tiempo, lo que también era un arma contra posibles enemigos.

Lorenzo, tras unas semanas complicadas, había logrado reducir la familia de Adargoma de siete a dos personas, a cambio de entregarles comida y algún objeto de sus mercaderías. Le incomodaba tener que hacerse responsable de aquella familia canaria, con sus extrañas costumbres a la hora de hacer casi todo, tan diferente a la vida de los europeos. Como ya eran conocidas, a Naira y a su madre se les dejaba entrar y salir del real bajo una libertad vigilada. En realidad poco vigilada, ya que los soldados las consideraban inofensivas.

El que se estaba convirtiendo en un problema era el propio Adargoma, cada vez en mejor estado de salud. Que un gigante como el cautivo canario recuperase sus fuerzas no podía ser bien visto por las autoridades del real. El deán Bermúdez había avisado a Lorenzo que Adargoma sería deportado a Sevilla en el próximo barco que llegara. Era evidente que tener un enemigo en casa de tamaña entidad no era lo más aconsejable, aunque estuviera encadenado de un pie a un poste. Así y todo, podía ser temible. Si alguno de sus familiares quería acompañarlo al viaje podría hacerlo, y a él le liberarían del compromiso con la familia canaria.

Mantener a Adargoma en el campamento se debía a la política de Rejón de recordatorio a todos los canarios que uno de sus campeones había caído en su poder. Con Algaba, las cosas habían cambiado. Para el gobernador, la presencia del guaire no era sino una fuente de problemas que debía desaparecer de inmediato.

Lorenzo se lo había comunicado a Naira —procuraba no hablar en el idioma común con nadie más—, y esta no le había dado la respuesta familiar. Comprendía que ningún canario sería muy proclive a subirse a un barco con destino incierto, porque Adargoma iba a viajar en calidad de guerrero vencido, que era lo más parecido a la esclavitud, si es que los conceptos no se confundían por el camino. Cuando llegara a Sevilla, sus altezas decidirían qué hacer con él.

Tenía preparadas un par de cartas para el jefe del clan familiar de los Riberol, Francisco, con detalles del estado de la guerra, de la situación de la hueste castellana, de las mercaderías que hacían falta en el real y de otros detalles comerciales. Los castellanos llevaban más de cinco meses en el barranco de Guiniguada y, aunque no se veían hostigados por los canarios, tampoco se veían claros avances de sus tropas tierra adentro. Aquello iba a durar bastante más tiempo, lo que le venía bien desde el punto de vista comercial, pero, en lo personal, ya comenzaba a estar cansado de estar en la isla.

Solo le reconfortaba la presencia de Naira, con esa gracia y desenvoltura naturales que le agradaban sobremanera. Naira le hacía recordar otros tiempos, hacía años, en que su vida era menos compleja que en Génova o en Sevilla.

—Quiero que veas algo, corazón puro —le indicó la muchacha.

—Todo esto lo tengo bastante visto —repuso el joven genovés—. Paso por aquí continuamente para ir a los barcos.

—Vamos a subir un poco la isla montaña. Lo suficiente para que veas algo. Estoy segura de que te va a gustar.

Lorenzo no quiso discutir con aquella mujer. Era muy perseverante en las decisiones que tomaba. Si tenía entre ceja y ceja que había que subir a la montaña, subirían a la montaña.

Aprovechando que la marea estaba baja cruzaron el istmo que

dividía las playas de levante y poniente. A la vuelta tal vez tuvieran que mojarse los pies. Comenzaron la ascensión por un camino perceptible en el suelo. Por allí también habían pastoreado los canarios sus rebaños.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste una vez del lugar en el que naciste? —preguntó la muchacha.

—¿Qué te dije? —contestó Lorenzo, intrigado.

—Que había una montaña mágica que llegaba hasta el cielo, de cuya punta salía humo de vez en cuando.

—Es cierto, es la montaña sagrada de Echeyde, que significa la morada de Guayota, el maligno.

—¿Guayota? ¿Quién es?

—Es una leyenda antigua que tengo casi olvidada. Por lo que recuerdo, Guayota secuestró a Magec, la divinidad solar, y lo encerró dentro de la montaña. Como el sol no salió al día siguiente, los guanches invocaron la ayuda de Achamán, el dios supremo, que descendió del cielo para liberar a Magec, y de paso dejar encerrado en su lugar a Guayota, y se dice que ahí sigue.

—Vuestro Achamán es nuestro Acorán, no hay duda. Y esa montaña mágica tal vez no esté tan lejos como imaginas.

Había subido media ladera de la isla montaña cuando Naira tomó del brazo a Lorenzo y lo hizo mirar en dirección oeste.

—Allá a lo lejos, ¿qué ves? —preguntó la canaria.

La playa y su barra de arrecifes de uno de los dos lados del istmo se perdían a lo lejos hasta llegar a las estribaciones de unos montes que cortaban el paso en la costa. Más allá, el perfil de la isla se recortaba contra los azules del cielo y del mar. Al final, se distinguía una silueta triangular, en el confín de la isla.

—Veo una montaña. Creo que la llaman la montaña de Gáldar.

—Así es, pero aguza más la vista. Más allá de esa montaña. En el mar.

Lorenzo hizo un esfuerzo. Las veces que había pasado por aquella zona solía haber nubes que disminuían la visibilidad en la lejanía. Pero aquel día las últimas lluvias habían dejado un ambiente limpio y despejado. Lorenzo vio algo que en un primer momento le pareció una alucinación. Surgiendo del horizonte, pasando por encima de las montañas de la isla de Gran Canaria, destacaba un doble de la montaña de Gáldar, de tono azulado, inmenso, majestuoso.

—No puede ser la sombra de la montaña de Gáldar —dijo, cavilando.

—Y no lo es. Es otra isla, Tenerife.

Lorenzo no tardó mucho en reconocer la silueta de la montaña sagrada.

—Es el lugar donde naciste, Lorenzo. Es Tenerife.

El genovés no pudo articular palabra de la sorpresa.

—Y eso quiere decir una cosa —continuó Naira—. Que eres uno de los nuestros.

98

Sevilla, 20 de diciembre de 1478, tres semanas después.

La casa de los Riberol siempre estaba abierta para Juan de Lugo. No necesitaba anunciarse para que el viejo Tomasso le abriera las puertas de la casa y de la cocina, por donde siempre comenzaba sus visitas. Desde que Francisco de Riberol había comenzado a comerciar con vinos de Jerez y de sus alrededores, Lugo sabía que guardaba en su nueva bodega unas cuantas garrafas de un caldo excelente, que solo por probarlo valía la pena acudir a aquella casa.

En lo que Tomasso servía una copa del vino selecto, que acompañó con un poco de queso y de jamón curado, otro criado corría escaleras arriba para avisar a micer Francisco de que su socio estaba allí.

Francisco no tuvo que cambiarse de ropa para recibirlo dada la confianza con el recién llegado, y bajó con la misma bata larga que vestía en sus aposentos. El calor del hogar de la cocina, tan apreciado en aquel invierno que se presumía largo y frío, le indicó al llegar que Juan de Lugo conocía cuál era el mejor lugar de la casa. Tomasso estaba preparando una segunda copa para Francisco cuando este apareció por la puerta.

—Buenos días, maese Juan. Veo que no tenéis recato en saquear mi despensa.

Juan de Lugo sonrió antes de abrazar a Francisco.

—Recordad que fui yo quien os dio el soplo de la existencia de este vino, a cuyo viticultor estafáis comprándoselo a un tercio de lo que vale.

Francisco se sentó enfrente.

—Pero, ¡si fuisteis vos quien le impuso el precio!

—Pero vos lo pagáis sin escrúpulo alguno. Pecadores somos.

Francisco estalló en una carcajada.

—En eso estoy de acuerdo.

—Estaba deseando que me llamarais con cualquier excusa para volver a probar este vino —dijo Lugo—. Pero, ¿cuál es la excusa esta vez?

—He recibido carta de Lorenzo. Ha llegado con la última carabela que arribó a Sanlúcar.

—¿La que ha traído a Rejón preso? Mala cosa es que los generales de la conquista anden a la gresca.

—Me cuenta pormenores de los últimos acontecimientos: hay dos facciones divididas, la de Rejón y la del deán Bermúdez. Y la llegada de Algaba, más que apaciguar los ánimos, los ha encrespado. Si no fuera porque Rejón se impuso a sus seguidores, pudo haber un baño de sangre cuando lo detuvieron.

—Algo he oído, Francisco. Pero entiendo que la presencia de Algaba trata de dar un nuevo impulso a la conquista, que avanza muy lenta, si es que avanza.

—Por lo que me dice Lorenzo, Algaba ha llevado consigo algunas tropas, pero pocas, insuficientes para doblegar a los canarios, que les superan en número. El nuevo gobernador no va a conseguir mucho más de lo que logró Rejón.

—En el fondo, que vaya lenta la conquista tampoco es malo para nosotros. Cuanto más dure, más mercaderías venderemos a los conquistadores y a sus altezas.

—De eso también me habla Lorenzo —Riberol pidió a Tomasso con la mirada que le llenara la copa de nuevo—. La tropa destacada allá no está muy rumbosa, y las arcas de sus altezas tampoco. Hay que cambiar los productos que debemos enviarle. Nada de productos caros. Han de ser baratos y de primera necesidad.

—Pues bizcocho y vino. De eso tenemos en cantidad.

—Me lo habéis quitado de la boca, maese Juan, al igual que el vino de mi propiedad que os estáis bebiendo.

—Y con mucho placer, micer Francisco, que puede agriarse si no se bebe rápido.

Lugo miró su copa, rio, y bebió un buen trago.

—No me habéis felicitado todavía.

Riberol miró extrañado a su colega.

—¿Debería?

—Me he reunido con el comendador don Gutierre de Cárdenas que, como sabéis, tiene la merced de la recolección de la orchilla de estas islas de Canaria. He concertado con él una composición e iguala, para comprar y sacar de dichas islas este preciado producto.

—Es lo que buscabais desde hace tiempo.

—El acuerdo es para nuestro grupo, por lo que os concierne a vos también.

Riberol sonrió ampliamente.

—Entonces sí que os felicito.

—He escrito a Lorenzo contándole la buena nueva y enviándole el poder necesario para que actúe en nuestro nombre en la Gran Canaria.

—Bien hecho. Así se entretendrá algo más. Me ha comentado que se aburre un poco.

—Habrá que conseguir algunos plantones de caña de azúcar para enviárselos y que esté ocupado y compruebe si se dan sobre el terreno. En la isla de Madeira están haciendo más ricos a sus hacendados. El azúcar puede ser el futuro, micer Francisco.

—Escribiré a Luca Salvago, el representante de Batista Lomellini en Madeira, para que nos dé información.

—Hay cañas de azúcar en la costa de Valencia y de Granada. Podemos indagar allí también y tal vez en un futuro próximo tengamos que cambiar el tipo de mercaderías que enviemos o traigamos de la Gran Canaria. Pero decidme, ¿Cómo lo lleva el joven Lorenzo? ¿Qué es eso de que se aburre?

—La verdad, noto que ya está algo cansado de estar allá. La vida en el campamento es bastante monótona y Lorenzo es un joven de sangre viva. Creo que necesita más movimiento.

—Pues traedlo una temporada a Sevilla. Ya volverá más adelante. ¿Ya os habéis quitado el problema del canario prisionero y de su familia?

—Algo así. Algaba quiere enviarlo aquí, a Sevilla. No le gusta tener a uno de los guerreros principales en el real. Serán sus altezas quienes decidirán su suerte. Y esa es una de las razones por las que os he llamado.

—¿En qué podría ayudaros?

—Vos tenéis más entrada que yo en la corte. Dado que las arcas de mi familia son las que han sufragado el coste de la recuperación y mantenimiento del campeón canario y de los suyos, entiendo que podría ser razonable la petición de que entrara a mi servicio.

—¿Lo queréis como esclavo?

—Da igual que sea como sirviente. A fin de cuentas, la paga es casi simbólica. Según cuentan, tiene una fuerza prodigiosa.

—Hablaré con sus altezas y les abriré los ojos sobre los señalados servicios que habéis prestado a la empresa en lo que respecta al ilustre prisionero.

—Os lo agradezco. También estará a vuestro servicio, si así lo deseáis.

Lugo se atusó la barba. Lo hacía siempre que se le ofrecía un negocio interesante.

—No os digo que no, micer Francisco. Si es tan fuerte como dicen, tal vez se le pueda sacar algún rendimiento extra. Ya sabéis que en El Arenal la gente gusta de apostar por cualquier cosa.

—Siempre maquinando, maese Juan.

—No es mi culpa, es de este vino que me obligáis a beber, micer Francisco. Despeja mi mente.

—Y también suelta vuestra lengua, querido amigo. Pues ya está dicho. Manos a la obra.

—Me pondré de inmediato a todo ello, salvo a una sola cosa.

Francisco frunció el entrecejo. ¿Qué se le habría ocurrido a aquel bergante?

—¿Qué cosa, maese Juan?

—Me niego en redondo a que enviéis este vino a la isla de la Gran Canaria. Este se queda aquí, para nuestro consumo particular.

Riberol sonrió. Aquel hombre no tenía remedio.

—Hecho —sentenció.

1479

99

Moya, Gran Canaria, 5 de enero de 1479, dos semanas después.

—¿Veis, señor alférez?, todo está saliendo a pedir de boca —dijo el deán Bermúdez—. Llevamos una presa de seis canarios y algo de ganado.

La columna de doscientos castellanos sufría la marcha a través de un camino fragoso y cortado de desfiladeros. Alonso Jáimez refunfuñaba para sus adentros. Aquella iniciativa del deán no le terminaba de gustar. La noche había caído sobre sus cabezas y el fresco se hacía sentir. Para que luego dijeran que en las islas de Canaria no se pasaba frío. Las recientes lluvias habían hecho descender la temperatura de modo brusco, y el viento cargado de humedad marina acentuaba la sensación de frialdad en el ambiente a cada paso que daban. Todo había surgido por la noticia, al parecer dada por uno de los canarios que frecuentaban el real, que cada día eran más, de que los dos guadnartemes se iban a reunir en Moya, escoltados por un corto número de guerreros. Bermúdez vio la ocasión perfecta para apuntalar su posición de general militar delante del gobernador Algaba.

Jáimez había sido asignado al contingente por el mismo Algaba, que posiblemente no se fiara por completo de los ímpetus del deán y decidiera que le acompañara gente que supiera de guerras y de combates. Sin embargo, su experiencia guerrera le servía de poco frente a la vehemencia de Bermúdez, que creía a pies juntillas que con aquel golpe de mano terminaría la conquista en pocos días. El hecho es que estaba a punto de rayar el alba, tras todo un día y una noche de caminata por senderos peligrosos, y se encontraban somnolientos, desfallecidos y cansados. Y ese no era el mejor estado posible para enfrentar una escaramuza con los canarios.

—Lo mejor sería volver al real —contestó Jáimez—, los hombres están agotados y no me fío un pelo de las noticias que nos llegan de los canarios. Esta zona, con tanto barranco, no es la más indicada para desplegar nuestras armas.

—El factor sorpresa lo es todo, señor alférez —replicó Bermúdez—. Por supuesto que volveremos al real, pero llevando cautivos con nosotros a los dos guadnartemes.

El alférez chasqueó la lengua, aprovechando que la oscuridad impedía que el deán viera sus facciones. El optimismo de Bermúdez le preocupaba mucho y, a pesar de sus esfuerzos por controlar que cada uno estuviera en su sitio en la columna, sus continuas órdenes y contraórdenes terminaban por fatigar y desconcertar a sus veteranos, ya que los bisoños no se enteraban.

El amanecer no se hizo esperar y la tropa se vio en lo alto de un lomo entre dos barrancos. Bermúdez ordenó hacer un alto para descansar y desayunar lo que les quedaba en las alforjas. El adalid Fernán Guerra, que se había adelantado al grupo, volvió a la carrera al cabo de poco tiempo y se dirigió al deán.

—Una partida de canarios está descansando un poco más abajo en este barranco que tenemos delante, junto a unas cuevas. Me ha parecido ver la enseñas de los dos guadnartemes; es muy posible que estén juntos en este momento.

Bermúdez se volvió a Jáimez.

—Ya os lo decía yo. Tenemos la protección de la epifanía del Señor. Va a ser nuestro día de gloria.

Jáimez no contestó. Le parecía excesivamente fácil acabar así con aquella guerra. Que atraparan a un pequeño grupo de canarios que desde su punto de vista estaban inusualmente despistados, podía ser un cebo puesto a disposición del deán que este estaba encantado de morder.

—¡Terminad la colación y en marcha! —ordenó Bermúdez a los soldados—. ¡Antes de que caiga la noche volveremos victoriosos al real!

La idea de regresar al campamento cuanto antes insufló fuerzas en los combatientes castellanos, que se levantaron y formaron en orden de combate.

—Escuchad —indicó el deán a sus capitanes—. Dividamos el grupo en dos columnas. Una bajará por la diestra con el adalid y la otra conmigo por la siniestra. Así daremos sobre los canarios por ambos lados, y no podrán escapar.

—A partir de ahora no debe oírse ni un suspiro —dijo Fernán Guerra—. La gente de esta tierra tiene buen oído y pueden ponerse sobre aviso en un abrir y cerrar de ojos.

Los oficiales dieron las órdenes oportunas a la hueste, que inició la

bajada del barranco en completo silencio.

«Demasiado silencio», pensó Jáimez. La presencia de los castellanos había espantado a los pájaros mañaneros que se escuchaban en todos los lugares de la isla. Y eso podía ser también un indicio de alarma.

Los peones bajaron por el barranco intentando no hacer ruido, aunque cualquier objeto metálico, y de esos llevaban muchos, sonaba al tocar de vez en cuando con una piedra. Los caballos se quedaron en lo alto, al cuidado de varios jinetes. Guerra encontró un camino que facilitó la bajada de los castellanos por su lado. El deán tuvo menos suerte y sus hombres tuvieron que descender saltando de piedra en piedra. La columna del adalid llegó antes a la entrada de las cuevas. Jáimez iba detrás del guía y no le gustó nada comprobar que no había centinela alguno en la puerta.

—¿Visteis a los canarios? —le preguntó el alférez a Guerra entre susurros.

—Los vi, deben de estar todos dentro de la cueva.

—¿Conocéis esta zona?

—Por aquí no vine nunca —confesó el adalid.

—No me gusta. Esperemos a que llegue la gente del deán.

No hizo falta esperar mucho, una gritería enorme surgió de lo alto, del lugar donde habían dejado los caballos.

—Son gritos y silbidos de canarios —dijo Jáimez, aguzando el oído —. Están emboscando a los jinetes. ¡Maldita sea! ¡Entremos en esa cueva!

El alférez hizo una seña a los suyos y una decena de soldados penetraron en la oquedad tras él.

—¡Maldición! —rugió Jáimez en cuanto entró— ¡Aquí no hay nadie! ¡La cueva tiene otra salida!

—¡Atrás! ¡Es una trampa! —gritó Guerra a su vez.

Los castellanos trataron de revolverse y una lluvia de piedras y rocas rodando por la ladera comenzó a caer sobre ellos.

—¡Vamos! ¡Arriba! ¡Subamos a por ellos! —ordenó Jáimez.

—¡Es imposible! —advirtió Guerra— Nos tienen copados.

—¡Hay que salvar los caballos!

—Olvidaos de los caballos. Lo único que podemos hacer es bajar por el barranco.

El adalid señaló un poco más abajo, en el cauce.

—Es lo que está haciendo el deán, mirad.

Jáimez no podía creer lo que veían sus ojos. Los hombres de Bermúdez, acosados de la misma manera que ellos, habían decidido descender por el lecho de la vaguada sin esperar a comprobar qué suerte habían corrido sus compañeros.

—Maldito cobarde —dijo entre dientes—. Se está dando a la fuga sin plantar cara.

—Y conviene que hagamos lo mismo —replicó el adalid—. En este lugar los canarios tienen ventaja.

—De acuerdo, bajemos, pero en orden —refunfuñó, indignado—. Y cuidado con las piedras.

Los proyectiles de los canarios hacían mella en el grupo castellano a medida que descendían por el barranco. Muy a su pesar, Jáimez tuvo que dejar atrás muchos soldados alcanzados por los dardos y piedras que les lanzaban con extrema destreza desde las alturas. El alférez no cabía en sí de ira, tratando de evitar que sus hombres acabaran en desbandada.

—¡Malditos canarios! ¡Esto es una escabechina! ¡Maldita sea la estampa del maldito deán! Si salimos de esta le pondré una vela a la virgen del Perpetuo Socorro todos los días de mi vida.

Guerra ayudó al alférez a sortear un mal paso en un requiebro del barranco, a partir del cual dejaron de recibir pedradas.

—Si habéis estado rezando, Nuestra Señora os ha hecho caso —dijo el adalid, señalando a los canarios en las alturas, que no los seguían—. Tendréis que cumplir vuestra promesa.

Jáimez se permitió un instante de descanso.

—Lo haré con gusto. Porque el hecho de que Doramas no nos persiga y acabe con todos nosotros no puede ser otra cosa que un milagro.

100

Sevilla, 25 de enero de 1479, veinte días después.

La reina estaba sentada en un sillón recubierto de pieles junto a un brasero. Las estancias del alcázar estaban muy bien diseñadas para atemperar el calor del verano sevillano, pero en invierno los salones principales eran unas auténticas fresqueras. La audiencia de aquella mañana trataba de nuevo sobre la conquista de Gran Canaria, que tantos dolores de cabeza le estaba dando.

Junto al secretario Camañas, se encontraban en la sala el responsable de la artillería del reino, Fernando Rejón, y el cada vez más pelmazo Alonso de Palencia, con su cargo de cronista en la punta de la lengua a todas horas. La reina comenzaba a perder la paciencia con la lentitud de la conquista y las rencillas entre sus capitanes.

—A ver —dijo doña Isabel—, resulta que lo primero que ha hecho el nuevo gobernador Algaba ha sido prender al capitán general de la hueste de la isla y nos lo ha mandado a Sevilla. ¿Quién me lo explica?

—Junto con el preso ha llegado un proceso redactado por el alcalde, Esteban Pérez de Cabitos —dijo Palencia.

—Ya sé, el de la pesquisa, al que le dimos la alcaldía de la isla como recompensa —respondió la reina—. Pero no pretendáis que me lea tantos folios. ¿Qué dice?

—En pocas palabras, que Rejón es un soberbio al que se le ha subido el cargo de capitán a la cabeza, de modo que se niega a prestar el acatamiento debido y la obediencia a vuestro representante —informó el cronista—. Son acusaciones de rebelión.

—Lo cual es pura mentira, como todos sabemos —intervino Fernando Rejón.

La reina lo miró con cierta severidad.

—Eso ya lo decidiré yo, maese Fernando —cortó doña Isabel—. Aunque seáis el hermano del afectado, hablad cuando os lo pregunte.

—Perdonadme, alteza. Es que me hierve la sangre ante tanta iniquidad —repuso el artillero.

La reina desvió su atención de nuevo hacia el cronista.

—Eso es lo que dice el papel, don Alonso. Pero, vos ¿qué pensáis?

Palencia meditó la respuesta unos instantes antes de responder.

—Creo que el gobernador se ha excedido un poco.

—¿Solo un poco? —exclamó Fernando Rejón.

Doña Isabel lo fulminó con la mirada y Fernando dio un paso atrás y bajó la cabeza.

—Algaba partió con la misión de pacificar el ambiente —continuó el cronista—, y lo ha conseguido, vive Dios. Pero no creo que su decisión sea la más acertada.

—¿No eran colaboradores estrechos con lo de la Hermandad aquí, en Andalucía? —preguntó la reina.

—En efecto, y muy buenos cada uno en lo suyo. Pero en la isla la situación ha cambiado. Por lo que me parece, Rejón no llevaba bien ser el segundo en todo aquí en Sevilla, y verse de nuevo bajo las órdenes de Algaba no debe de haberle sentado bien, sobre todo cuando tenía el mando de lo militar.

—Vos fuisteis quien propuso el nombre de Algaba —indicó doña Isabel.

Palencia hizo una reverencia.

—Tal vez la elección no fue la mejor —confesó.

—Pues habéis creado, o mejor dicho, agravado un problema, don Alonso. ¿Cómo pensáis solucionarlo?

—Creo que es el momento propicio para que el obispo de Canaria viaje a visitar a sus nuevos feligreses —dijo en voz baja Palencia, como si no se atreviera a proponerlo—, y ponga paz en la discordia reponiendo a Rejón en su cargo.

La reina meditó unos momentos la frase del cronista.

—¿Pensáis utilizar al obispo como hombre bueno para que medie con el gobernador? ¿Creéis que es buena idea enviar de nuevo al capitán Rejón a la isla de la Gran Canaria?

—¡Es el único competente de un hatajo de inútiles cobardes! —saltó Fernando Rejón.

La reina lo miró de nuevo con disgusto.

—Don Fernando, haced el favor de salir de la sala. Y decidle al obispo que entre.

El artillero asintió con gesto irritado y se dirigió a la salida.

—Responded, don Alonso —apremió doña Isabel.

—Don Fernando lleva algo de razón. Si no se ha avanzado más en la conquista, se debe a la falta de refuerzos, más que a la competencia del capitán Rejón. El que es un desastre militarmente es el deán Bermúdez, el protegido del obispo Frías. Y Algaba no sé si va a estar a la altura de las circunstancias. El objetivo al enviarlo era que se limitara a ejercer las facultades políticas de un gobernador, pero no que dirigiera la campaña militar.

—No me gusta mucho la idea de que estos dos se encuentren de nuevo en la isla —replicó la reina—. Esos celos entre ambos no es algo que se pase de un día para otro.

—Si apartáis a Rejón de la conquista, daréis por buenas las acusaciones de Algaba.

—Veo que nuestro artillero mayor Fernando Rejón os ha presionado de lo lindo. No me place poner en entredicho a su familia, que siempre me ha sido fiel, incluso en los peores momentos. Este asunto me está disgustando, don Alonso.

—Por eso propongo que sea el obispo quien ponga paz. Y que esté en la isla, que hasta ahora, con el cuento de estar presente en los preparativos, se ha excusado de embarcarse. Que empiece a hacer su trabajo.

—También veo que el obispo es objeto de todas vuestras simpatías. Os daré el beneficio de la duda. Probemos con el prelado. —la reina se envaró en su sillón—. Pero una cosa os advierto: si esta solución no funciona, habrá que tomar medidas más contundentes, que puede que os afecten también a vos.

Palencia volvió a hacer una reverencia.

—Soy el más humilde de vuestros súbditos.

—Sí, ya lo sé, no sigáis por ahí —refunfuñó doña Isabel.

El obispo entró en la sala y se acercó a la reina, hincando una rodilla en la alfombra al llegar a su altura.

—Alteza, es un honor que me hagáis hecho llamar.

—Levantaos, ilustrísima —ordenó doña Isabel—. Ya sabéis que las cosas no van bien en la Gran Canaria.

El obispo asintió sin atreverse a comentar nada.

—Nuestro cronista es del parecer de que es imprescindible conocer cómo lleva las cosas de la guerra el gobernador Algaba en la isla. Os necesito para que pongáis paz en todas las cuestiones y hagáis que todos colaboren para terminar la conquista cuanto antes. ¿Estáis en condiciones de hacerlo?

Si la propuesta de la reina tomó por sorpresa el obispo, este no se inmutó.

—Por supuesto, alteza. Dejadlo de mi mano.

El obispo no llegó a ver a un Palencia escéptico cuando levantó los ojos hacia el techo.

101

Real de Las Palmas, 4 de febrero de 1479, diez días después.

Naira entró en la tienda de Lorenzo sin avisar. Era una incómoda costumbre para el ocupante que no había forma de hacer cambiar a la muchacha.

—Vengo a despedirme, corazón puro —le dijo.

Lorenzo dejó a un lado el libro de caballerías que estaba leyendo, Amadís de Gaula, y se levantó.

—Ya me han comentado que Adargoma se va mañana en la carabela de maese Becerra.

—Mis hermanos y mi madre hemos hablado con él. Todos queríamos acompañarlo en su cautividad, pero se ha negado. Nos ha dicho que nuestro lugar es aquí, defendiendo nuestra tierra. Él ya se las arreglará.

Lorenzo sintió la pena de la muchacha. No se le ocurría nada que decir.

—Yo no puedo hacer nada, Naira. Me ha escrito mi patrón y me ha dicho que intentará que entre a su servicio. Si es así, será bien tratado.

—Si tú estuvieras en ese lugar al que va, te creería, pero no estoy segura. No estoy segura de nada.

—Nadie está seguro de nada en estos tiempos que corren. Mientras haya guerra entre nuestros pueblos, ninguno de nosotros podrá dormir tranquilo.

—Pues es muy fácil de resolver. Cogéis vuestras cosas, os montáis en vuestros barcos y os vais por donde habéis venido para nunca volver.

Lorenzo no se esperaba la salida de la muchacha. En otro momento se hubiera reído, pero esta vez no.

—Podría ser fácil, como dices tú. Que vuestros jefes vengan al campamento y soliciten una paz justa al nuevo gobernador. Solo tendréis que ofrecer sumisión política a nuestros reyes y permitir que los castellanos puedan vivir en la isla. De resto, os mantendréis como estáis.

Naira aumentó su expresión de aflicción.

—Quisiera creerte, corazón puro. Es más, te creo, pero mi gente no

puede creerte. Son ya muchos años de trato con castellanos y portugueses, y todos han mentido y no han sido fieles a los pactos concertados. Solo les interesa robar nuestros bienes y asentarse en los mejores lugares de la isla. Desde el momento en que escucháis a vuestros hombres santos, pero no les hacéis el menor caso, vuestra palabra no vale nada.

—Escúchame, Naira. Yo no soy castellano, pero los conozco bien. Son un pueblo que lleva siglos guerreando contra sus enemigos, y nunca ha cejado en su empeño. Tienen en su interior la convicción de que tienen que conquistar, o reconquistar, aquellas tierras pobladas por gente que no es cristiana. Son así, y no pueden evitarlo. Donde llegan, allí plantan sus banderas, y lo hacen para quedarse. Pueden ser magnánimos con el enemigo que se rinde sin luchar. La convivencia del vencido con el vencedor es posible, yo mismo la he visto en muchos lugares de su reino.

—Esa convivencia de que hablas solo conlleva sufrimiento, corazón puro. Al vencido se le imponen las leyes y las costumbres castellanas, y este pierde poco a poco su esencia y personalidad. El pueblo castellano absorbe a todos los demás.

—Tal vez tengas razón, Naira, pero se puede evitar el derramamiento de sangre. Se pueden salvar vidas.

—Mi pueblo prefiere vivir libre. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

—¿No lo entiendes? Vosotros sois los que sois, y cada vez seréis menos. Por el contrario, con los meses, de Castilla vendrán soldados y más soldados, y con mejores armas. Solo es cuestión de tiempo y de que los reyes de Castilla los envíen.

Naira meditó las palabras de Lorenzo.

—Lo que me dices ya lo sospecha nuestra gente. No estamos ciegos. Vemos que cada vez llegan más barcos y descargan más gente. Pero todavía no habéis demostrado ser más fuertes que nosotros, y hasta que llegue ese día, mi pueblo luchará.

Lorenzo exhaló un suspiro de impotencia.

—Ese día llegará, Naira. Conozco el poderío militar de los castellanos. Y vencerán, no te quepa la menor duda.

—No puedes convencerme, ni a mí ni a ninguno de los míos, de que nuestro mundo está perdido de antemano. Si los castellanos quieren esta tierra tendrán que luchar, y muy duro, por ella. Pero también entiendo lo que dices: un acuerdo de nuestros jefes con el tuyo podría evitar que todo acabara en desastre.

—Todavía estamos a tiempo, Naira.

La muchacha miró fijamente a los ojos de Lorenzo, tratando de ver algo en ellos.

—Tienes varios dones, corazón puro. Hablas nuestra lengua. Tú

mismo dices que no eres castellano, y nosotros dos sabemos que tu origen está en la isla cercana de Tenerife. Y hablas con honestidad, con el corazón en la mano. Nadie ha hablado así a nuestros jefes todavía. Creo que ahora sería el mejor momento para hacerlo.

Lorenzo se sobresaltó con la última frase de la joven.

—¿Qué estás pensando, Naira?

—Ven conmigo y hablaremos con Aymedeyacoan. Es preciso que te escuchen. Necesitan oír la opinión de alguien hasta cierto punto neutral.

—Lo que propones es una locura. Yo no soy nadie en este campamento. Solo un humilde comerciante sin ningún poder,

—Tienes el poder de la palabra. El poder de la razón. Mi jefe te escuchará, quiero que vengas conmigo.

—No puede ser, Naira. Si me marcho contigo, podría ser considerado un traidor. Me vería en una situación difícil.

—Habla con el jefe, Algaba. Seguro que no le importará que vengas. Estoy convencida de que te dará permiso.

Lorenzo le dio dos vueltas a las palabras de la muchacha.

—Naira, cuando tú estás segura de algo, comienzo a preocuparme.

La joven no respondió, solo esbozó una ligera sonrisa.

102

Valle de Agaete, 15 de marzo de 1479, seis semanas después.

La claridad del amanecer siguió los pasos de los cuatro hombres que trepaban por el acantilado que dominaba el puerto de Agaete. El adalid Fernán Guerra y los capitanes Alonso de Lugo y Fernando Valdés, y el escudero Miguel de Clavijo trataban, siguiendo el camino marcado por el primero, de pasar desapercibidos.

Habían desembarcado unas horas antes en la playa de arena de la rada del puerto donde un farallón enorme —el dedo de Dios lo había bautizado Guerra— surgía del agua y señalaba las alturas de los riscos cortados en vertical que lo dominaban.

Un bote de la carabela del maestre Pedro Gozón los había depositado en tierra al final de una noche en la que la luna menguante apenas iluminaba los invisibles caminos que llevaban hacia el barranco de Agaete. Guerra conocía los pasos, incluso en la penumbra nocturna, y no tuvo ningún problema en llevar a lo alto del acantilado a sus tres acompañantes. Debían pasar el día en la montaña y los recogerían al anochecer.

La misión del cuarteto era explorar la playa y el valle de Agaete de cara a un posible desembarco y levantamiento de una fortaleza defensiva. El gobernador Algaba había escuchado al adalid Guerra, y la apertura de un segundo frente, mucho más cerca del poblado de Gáldar, sonaba atractiva. La presencia permanente de los castellanos en aquella zona distraería a los canarios y dividiría sus fuerzas. Sin embargo, el esfuerzo de transportar hasta allí a los suficientes soldados para rechazar un previsible ataque canario, el levantamiento de una torre y el mantenimiento de una guarnición fija que debía ser abastecida por mar, planteaba numerosos problemas de intendencia y logística.

Los cuatro hombres contemplaban desde la altura donde se encontraban la parte baja del barranco, su desembocadura y la playa de la pequeña bahía que se abría a su derecha.

—¿Dónde creéis que es el mejor lugar para levantar una torre? —preguntó Valdés a Guerra.

El adalid se atusó la barba antes de contestar, observando el relieve

del terreno con atención.

—Yo diría que en un lugar no muy lejano de la playa, de modo que el abastecimiento no pueda sufrir ataques, y la retirada, si nos ponemos en lo peor, sea fácil.

—Estoy de acuerdo —dijo Alonso de Lugo—. Yo la veo a unos pocos metros de la playa de arena. Es una zona con una pequeña elevación, despejada de árboles y que ofrece buena visibilidad a distancia. Así los canarios no podrán sorprender a los ocupantes.

—¿A cuánto está el pueblo de Gáldar de aquí? —repreguntó Valdés.

—A poco más de dos leguas —respondió Guerra—. No parece mucho, pero hay que cruzar unos cuantos barrancos. No se llega enseguida.

—¿Lo decís por lo que se puede tardar en ir y volver? —inquirió Lugo.

—Es una buena distancia para hostigar al enemigo. Se puede hacer la ida y vuelta en media jornada, y tendremos la otra media para hacer correrías —respondió Valdés, relamiéndose inconscientemente —. Tengo muchas ganas de talar los árboles frutales de esta comarca, de tirar abajo y prender fuego a las casas de estos salvajes y de hacerme con una o dos muchachas para mi disfrute personal.

Alonso de Lugo miró con severidad a Valdés. Era un veterano oficial de las guerras contra Portugal y contra el moro en Andalucía. Le sacaba una veintena de años y su visión de la guerra era diametralmente opuesta a la del joven capitán.

—Valdés, sabéis que tenemos orden de que no haya pillaje. Tarde o temprano habrá que convivir con los naturales.

Valdés lanzó a Lugo una aviesa mirada.

—¿Convivir? Bien se nota que sois nuevo en el oficio. La única convivencia posible se producirá cuando sean nuestros esclavos. Así ha sido siempre con la gente que se nos ha opuesto por las armas y así seguirá siendo.

—Se les puede otorgar una paz honrosa.

—Para eso, señor de Lugo, tienen que rendirse a tiempo. Y si estamos aquí hoy, jugándonos el pescuezo, es porque no lo han hecho ni se ven posibilidades de que lo hagan en breve. No, señor, en esta guerra solo hay dos opciones: o vencemos y lo tomamos todo, o morimos en el empeño. Y yo no pienso morir a manos de estos salvajes desnudos.

—No están desnudos, y bien que han sabido demostrarnos que pueden luchar contra los castellanos al mismo nivel.

—No luchan al mismo nivel. Se esconden en esas montañas inaccesibles y no dan la cara en el llano, como cualquier ejército civilizado. No me pidáis cuartel para una banda de traidores emboscados.

Lugo no se asombró de las palabras de Valdés. Sabía que había mucha soldadesca que pensaba igual que él. Le llamaba la atención que lo hiciera uno de los oficiales. Sin embargo, mientras el capitán general lo tuviera atado en corto, la cosa no iría a mayores.

—Vos y yo haremos lo que nos manden, Valdés. Y lo que nos han mandado es que no haya pillaje.

Valdés sopesó al joven capitán. Un niñato advenedizo cuyo único mérito era el de ser familia de uno de los mercaderes más influyentes de Sevilla, que todo se sabía.

—Cuando todo acabe a sangre y fuego, ni vos mismo recordaréis las órdenes que os han dado. Yo lo he vivido: se apodera de uno el ansia de matar, de robar, de violar. Y uno lo hace. Acordaos de mí: vos lo haréis también.

—Nunca haré tal. Un soldado debe ser un hombre de honor.

Valdés sonrió, despectivo.

—Cuando la vida os curta os acordaréis de esta conversación. Y sabréis que tengo razón.

—Si está en mi mano, evitaré que se produzca más violencia de la estrictamente necesaria.

—Entonces, señor de Lugo, no os crucéis en mi camino en tal circunstancia.

Real de Las Palmas, 17 de marzo de 1479, dos días después.

—Pasad, micer Lorenzo. Creo que me habéis pedido audiencia.

El joven mercader entró en la tienda del gobernador Pedro de La Algaba, que le esperaba sentado en una butaca castellana de bello estilo, uno de los pocos muebles importados de Sevilla que se podían contemplar en el campamento.

—Así es, don Pedro.

—Sentaos, haced la merced.

Siguiendo la indicación del gobernador, Lorenzo se sentó en un taburete, uno de los primeros muebles hechos en la isla.

—Quisiera saber si habéis leído la carta y el poder que os presenté, enviados por el socio comercial de mi familia, don Juan de Lugo.

Algaba hizo como que tuviera que esforzarse en recordar.

—¡Ah! ¡Sí!, lo de la orchilla —dijo sonriendo—. Hay que ver lo que es capaz de lograr ese viejo truhán de Lugo. Nada menos que el monopolio de toda la orchilla de estas islas. ¿Qué le ha ofrecido al comendador Cárdenas a cambio?

Lorenzo adoptó su mejor expresión de inocencia.

—Eso es algo de lo que no estoy informado, don Pedro.

El genovés sabía perfectamente el importe millonario que Lugo y sus socios los Riberol adelantarían a Cárdenas a cambio de recaudar el total de los beneficios del producto tintóreo, pero no era preciso compartir ese conocimiento con Algaba.

—Y venís a exigir que se cumpla ese acuerdo. Ya he visto que Lugo os ha dado poder para ello.

—El acuerdo viene refrendado por sus altezas. No se trata de un contrato privado, tiene la sanción real detrás.

—¿Y por dónde queréis empezar?

—Con todos los respetos, con vos mismo.

Algaba se echó hacia atrás en su asiento, incómodo.

—A ver, explicaos.

Lorenzo trató de entonar su voz de la manera más conciliadora posible, no quería enfrentamientos con el gobernador.

—En el real todo se sabe, como es notorio. Y ha llegado a mis oídos

que el señor deán y el señor alcalde, favorecidos por vos, han vendido y quieren vender a ciertas personas cierta parte de la orchilla que se saca en esta isla. Y que vos consentís en que así se haga, lo cual es un agravio tanto para don Juan de Lugo como para el comendador Cárdenas y, en último término, para la voluntad de sus altezas.

Algaba se revolvió en su silla. Una cosa era cierta de los genoveses, y es que iban al grano cuando se les tocaba el bolsillo.

—Lo que no podéis pretender es que os den la orchilla de balde.

—Nada de eso. Tengo orden de comprar la mencionada orchilla a un precio razonable a quienes la saquen de los riscos de la mar donde se hallan. Entendemos que es un trabajo peligroso y que quien se arriesgue a recolectarla tenga su premio.

—Me parece bien. ¿Y qué queréis de mí?

—Que se pregone que la orchilla debe vendérseme a mí en exclusiva, y que persigáis desde vuestro oficio de gobernador cualquier intento de contrabando.

Algaba pensó sobre la propuesta de Lorenzo. No convenía enemistarse con Juan de Lugo, al fin y al cabo eran familia política, y el mercader sevillano estaba muy bien colocado cerca de los reyes. En cuanto al trapicheo de la orchilla, Lorenzo no se había enterado ni de la mitad de lo que se cocía en el real. Le daría cuerda. Siempre habría forma de tapar los negocios de Bermúdez y de Cabitos, y no solo en cuanto a la orchilla. A él le entraba algún ingreso periódico que engordaba su bolsa y del que no le apetecía desprenderse. A partir de ahora habría que actuar con mayor sigilo.

—En cuanto a lo que se ha hecho antes de la presentación de vuestro poder, no puedo hacer nada. Que el comendador o don Juan demanden a quienes la hayan vendido y comprado ante las justicias del Andalucía, ya que la orchilla objeto de transacción ya está allá. En cuanto al futuro, estoy dispuesto a hacer el pregón, y también abierto a escuchar cualquier denuncia que hagáis si alguien contraviene los derechos del comendador y de su socio sevillano.

—Os lo agradezco mucho, don Pedro.

Algaba sonrió y trató de quitarle importancia al asunto con un gesto de la mano.

—¿Qué no haría yo por el bueno de Juan de Lugo?

—Celebro que exista esa tan buena relación. También quisiera comentaros otra cuestión. Esta vez tiene que ver con la conquista.

Algaba se irguió en su asiento y adelantó el torso, curioso.

—Hablad.

—Como sabéis, la cura del canario Adargoma me ha hecho tener mucho contacto con su familia. Estoy aprendiendo su lengua.

—Eso me han dicho. No sé qué rara habilidad tenéis los comerciantes para aprender cualquier idioma, por extraño que

parezca.

Lorenzo sonrió a su vez.

—Se trata de conseguir buenos tratos comerciales, comprendedlo.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué queréis contarme?

—Tengo la posibilidad de trasladarme, con el visto bueno de los canarios, al poblado de Telde.

Algaba se envaró de la sorpresa.

—¿Vais a venderles algo? —bromeó, pero al punto se puso serio—. Tened cuidado. Tal vez quieran hacer de vos un rehén.

—Tengo la protección de la familia de Adargoma, no hay cuidado en eso. Lo que también es factible es que me reúna en persona con Aymedeyacoan, el guadnarteme. Y quisiera de vos que me deis permiso para plantearle una idea que me ronda la cabeza.

—¿De qué idea se trata?

Y Lorenzo le contó lo que le había propuesto Naira.

104

Tara, Telde, 25 de marzo de 1479, una semana después.

La cueva excavada en la pared era ancha y profunda. El lugar elegido para la entrevista, una vivienda troglodita de unos familiares cercanos de Adargoma, ofrecía la posibilidad de evitar miradas indiscretas.

Lorenzo, ataviado a lo canario, había sido introducido en la misma la pasada noche por Naira y uno de sus hermanos, que se había asegurado de que no hubiera tropiezos indeseados. El acceso a la cueva era lo más complicado, pero Lorenzo trepó por los huecos y salientes de la pared casi vertical con la misma agilidad que sus acompañantes canarios. El interior aparecía alfombrado con esteras y un fuego se mantenía vivo en una esquina. Lorenzo, como uno más de los canarios, compartió la cena con los familiares de Naira: la madre, la tía, dos hermanos y una prima, a los que conocía del real, y pasaron el rato escuchando las descripciones que el invitado relataba de los lugares que había visitado. Para los canarios era casi inconcebible que existiera otro mundo tan distinto fuera de su isla. Estaban admirados, y algo pasmados también.

Cuando les entró el sueño, se tumbaron sobre las mismas esteras y se cubrieron con mantas de pieles cosidas que les calentaron rápidamente en aquella noche tan fría. Naira se acostó a su espalda y se pegó a él aportándole calor. Lorenzo, algo desconcertado, no se atrevió a moverse. La familia de la muchacha estaba a apenas unos pasos. Pero con el paso del tiempo acabó durmiéndose.

Al alba, los primeros rayos del sol se colaron por los huecos de la pared de la cueva. Cuando todavía no se había levantado ninguno de sus moradores, una sombra se interpuso fugazmente en la apertura al exterior. El guadnarteme Aymedeyacoan dio unos pasos dentro y se dirigió a la madre de Naira.

—¿No se ofrece nada de comer a los invitados? —preguntó en voz alta.

La mujer se desperezó en un instante y la familia lo hizo inmediatamente después. Naira, su hermana y su madre se encargaron de calentar el desayuno y sus hermanos de despejar el espacio para

que el recién llegado se sintiera a gusto. Lorenzo, por su parte, no supo si debía hacer algo, por lo que se mantuvo sentado donde estaba, expectante. El guadnarteme lo hizo enfrente de él, lo suficientemente cerca para poder hablar en voz no muy alta, pero evitando un posible contacto físico. No esperó a ninguna presentación.

—Tú eres el que Naira llama corazón puro. Y dice que hablas nuestra lengua.

—Soy Lorenzo de Riberol, y hablo vuestra lengua —respondió en el tono más tranquilo que pudo proferir.

—Eso es algo que nunca había visto. Sé que algunos castellanos cautivos han aprendido nuestra forma de hablar, pero nunca había conocido a alguien que la hablara sin haber estado antes en esta isla. Me dice Naira que cree que eres de Tenerife.

—Eso piensa Naira, y yo estoy empezando a creérmelo. Sé que me raptaron de un lugar parecido a este siendo muy joven, y que he crecido en los reinos de los cristianos, convirtiéndome en uno de ellos.

—Es una historia increíble. Ni siquiera nosotros los canarios sabíamos que en las otras islas vivían personas hasta que los castellanos nos lo contaron. Dicen que la gente de Tenerife es especialmente belicosa.

—No he vuelto nunca desde que salí. Pero recuerdo que todos los hombres eran muy diestros en el combate. Como vosotros.

Aymedeyacoan se quedó con el detalle del halago, pero no por ello olvidó quién era la persona que tenía delante.

—Tu origen ha hecho que me siente hoy aquí contigo, aunque no sé si considerarte un enemigo. Vives en el real, con los invasores castellanos.

—No soy tu enemigo ni quiero serlo. Solo soy un comerciante pacífico que vende cosas de primera necesidad a quien puede comprarlas.

—Vienes de un mundo muy diferente al nuestro. Aquí, lo que se necesita, se comparte. Para eso están los jefes, para evitar conflictos. No necesitamos comprar nada.

—Pues con vosotros va a ser difícil ganarme la vida —Lorenzo no supo si su interlocutor había captado la broma.

—Naira me ha comentado que tienes algo que decirme. Puedes hablar tranquilo, eres mi huésped.

Lorenzo no se esperaba llegar tan rápido al meollo del asunto, pero así se le planteaban las cosas.

—Te voy a repetir lo que le dije a ella en su momento. Está en tus manos evitar que esta guerra larga y cruel dure más.

—Está en las manos de las dos partes contendientes —dijo el guadnarteme—. No somos nosotros quien la ha empezado.

—Aunque soy joven, he viajado mucho en estos últimos años.

Conozco de primera mano el mundo del que provienen los castellanos. Europa, que es el continente del que proceden, es un mundo pobladísimo de incontables gentes diversas. Viven en ciudades de piedra y madera y se hacen la guerra con armas muy sofisticadas.

—No entiendo bien lo que es un continente, pero parece ser que es una tierra muy grande. Y no parece que por ello vivan mejor que nosotros, dado que se hacen la guerra continuamente.

—Los castellanos son un pueblo guerrero que lleva cientos de años luchando de continuo contra sus vecinos musulmanes.

—Algo he oído de nuestros cautivos. Por lo visto, en ese lejano mundo hay varias creencias en torno a Acorán. Y a pesar de que no parecen diferir mucho, ya que todos adoran un solo dios, se hacen la guerra en su nombre. Nosotros también somos un pueblo que sabe hacer la guerra pero, al contrario que ellos no la hacemos con la excusa de Acorán.

—El hecho es que los castellanos llevan la guerra en la sangre y viven para conquistar nuevas tierras y poblarlas con su modo de vida. Es lo que pretenden hacer aquí, y por eso han desembarcado.

—Entiendo lo que me dices, corazón puro, pero ante eso solo puedo quejarme de que nos haya tocado enfrente gente tan agresiva. No estaba en nuestras manos eludirlo. Pero sí lo está evitar que nos arrebaten nuestra tierra.

—De eso quería hablarte. Si se logra un acuerdo de paz, podréis seguir viviendo en vuestras tierras. Solo tendréis que compartirlas con los castellanos.

—Lo que me propones en un imposible. Los canarios nos sentimos ultrajados por la presencia violenta de los invasores en esta isla. ¿Qué paz sería esa? ¿La que nos impusieran los otros? Llevamos incontables años viviendo aquí y sabemos que la tierra da lo que da, y que no podrá con más habitantes. Para ello, habría que introducir modos muy distintos al nuestro de producir alimentos. Entonces se acabaría nuestro mundo tal como lo conocemos, tal como lo entendemos.

—Las cosas pueden cambiar en algún momento de nuestra vida. Lo inteligente es adaptarse a las nuevas circunstancias. Conozco el poderío de los guerreros de Europa y va a ser muy difícil, por no decir imposible, que podáis vencerlos continuamente. Vendrán más y más del otro lado del mar.

—Sé que tus palabras no pretenden ser ofensivas, corazón puro, pero tal como están las cosas los castellanos no pueden con nosotros y tal vez sea pronto para hablar de rendición, que es de lo que me estás hablando.

Lorenzo fue a contestar, pero Aymedeyacoan se lo impidió con un ademán.

—Sé que tus intenciones son buenas, pero el precio que pagaríamos

por esa paz a la que te refieres sería altísimo. Y te aseguro, corazón puro, que nadie quiere pagarlo. Y esta conversación ha terminado. Ahora comamos, que el día se presenta largo.

Y Lorenzo comió con el guadnarteme, y no volvió a hablar del tema.

Real de Las Palmas, 27 de marzo de 1479, dos días después.

—Ya os lo dije, maese Lorenzo. Vuestro intento no ha servido de nada.

El gobernador Pedro de la Algaba había recibido al joven mercader en su tienda en audiencia privada. Lorenzo había llegado aquel mediodía al campamento tras marchar el día anterior a pie desde Telde. De nuevo con sus ropas europeas, los centinelas le franquearon la entrada sin mayor problema. Tras comunicar su llegada a uno de los escuderos del gobernador, fue llamado a su presencia. Una vez reunidos le informó de las palabras que le había transmitido Aymedeyacoan.

—Señor, valía la pena intentarlo —repuso el mercader—. Al menos, el jefe canario conoce un punto de vista de alguien neutral.

Algaba sonrió, con algo de condescendencia.

—Por mucho que hayáis cuidado de la salud de Adargoma, y aunque hayáis aprendido esa lengua bárbara con prodigiosa rapidez, no creáis que os toman por alguien imparcial. Si vestís como un castellano, para ellos sois un castellano, y no se fiarán nunca de vos. Tenedlo claro.

Lorenzo renunció a protestar, no era el momento adecuado ni conseguiría nada con ello.

—Los canarios saben que su resistencia está en relación con el número de soldados de que dispongáis. Debido a los escasos progresos en la conquista, por ahora se sienten confiados.

—No me lo recordéis, Lorenzo. Ya he enviado seis cartas a sus altezas y a los inútiles de Palencia y de Merlo, dicho esto último en confianza. Y no he recibido ni un solo soldado desde que llegué. En estas condiciones, es muy difícil progresar.

—Acabo de ver que están descargando una carabela recién llegada. Tal vez os traiga buenas nuevas.

—Eso espero. ¿Habéis visto desembarcar del navío algún soldado?

—Pues no, señor.

—Entonces todo se quedará en nuevas.

Algaba se levantó y Lorenzo hizo lo mismo. La entrevista estaba a

punto de terminar. El gobernador posó amigablemente su mano en el hombro del mercader.

—Lorenzo, que vuestra embajada privada de mi parte al guadnarteme de Telde quede entre nosotros. No me gustaría que se interpretase mal entre la soldadesca. Son capaces de pensar que trato de llegar a un acuerdo con los canarios que traicione el espíritu de esta conquista y les arrebate el supuesto botín que esperan obtener.

—Por supuesto, don Pedro. Por mí nadie sabrá nada.

—De acuerdo entonces. ¿Es verdad que queréis volver a Sevilla?

—En esa misma carabela que está surta en la bahía, si el capitán me admite. Tengo ganas de ver a los míos. Son muchos meses de estancia en esta isla.

—Lo comprendo, pero estoy seguro de que volveréis. Micer Francisco de Riberol no va a poder contar con nadie mejor que vos en esta conquista que sepa sacarnos los cuartos con tanta elegancia.

Lorenzo sonrió ante la gracia del gobernador.

—Eso ni yo mismo lo sé. Por de pronto, intentaré descansar algo.

—Id en buena hora, y decidle a todo el mundo en Sevilla que necesito refuerzos, y pronto, que esta situación es insostenible.

—Así lo haré.

Justo en el momento en que Lorenzo se dio la vuelta para marcharse, entró en la tienda el deán Bermúdez, que lo saludó y se echó a un lado para que saliera. Una vez solos, se encaró con Algaba.

—¿Qué os pasa, don Juan? —preguntó el gobernador—. Tenéis el rostro demudado. ¿Habéis visto a un fantasma?

El deán se sentó en una de las sillas, abatido.

—Con la carabela ha llegado una carta del obispo Frías —dijo, entregándosela a Algaba. Este la tomó y comenzó a leerla.

—¿Cómo? —exclamó a media lectura—. ¡Rejón exculpado! ¿Cómo es posible? ¡Si le hicimos un buen proceso donde quedó claro que su presencia era contraproducente para el éxito de la conquista!

—Pues ya veis, don Pedro. Exculpado y, además, con el beneplácito real para que se reincorpore a la isla en cuanto pueda, manteniendo el cargo de capitán.

Algaba terminó de leer la carta y estuvo en tris de arrugarla y arrojarla al suelo.

—Esto no puede ser. ¡Es un desastre! ¿Cómo piensa su alteza que va a ser la convivencia de Rejón con nosotros con todo lo que ocurrió en torno a su expulsión?

—Como habéis leído, el obispo considera que su misma presencia entre nosotros bastará para aplacar los ánimos y que todos vivamos en paz y concordia. Vendrá en el mismo barco que Rejón.

—Con todos los respetos, vuestro obispo es un imbécil iluso. No conoce a Rejón, que es rencoroso y vengativo. Y no me conoce a mí,

que no toleraré la más mínima insubordinación.

—Al menos hay una buena noticia —el deán se animó un poco—. Ya se ha recaudado lo suficiente para aprestar una nueva armada con refuerzos. Tal vez acabemos con la resistencia de los canarios en poco tiempo.

—Es lo único bueno de esta carta, vive Dios —refunfuñó el gobernador—. Pero la carta es de hace diez días, y para el apresto se necesitará un mes, tal vez dos. Habrá que armarse de paciencia.

—Nos armaremos de paciencia entonces.

—Y habrá que vigilar a los partidarios de Rejón en este real, que son bastantes. No quiero ninguna sorpresa en cuanto llegue a la Gran Canaria. Es importante que todo el mundo sepa que la autoridad en esta isla soy yo, y nadie más.

—Lo pregonaré abiertamente en el sermón de la misa del domingo.

—No, señor deán, no solo del domingo. A partir de mañana será obligatorio asistir a una misa diaria, y os tocará sermonearnos a todos como conviene. Las ideas, de repetirlas, entran en la mollera. ¿No lo creéis conveniente?

El deán no se pensó la respuesta.

—Lo creo conveniente, señor gobernador.

Sevilla, 15 de abril de 1479, dieciocho días después.

—Sed bienvenido a mi humilde morada, don Juan.

Rejón entró acompañado de su esposa en el salón de la casa donde habitaba el obispo Frías en el barrio de Santa María, y ambos hicieron la acostumbrada reverencia que se dispensaba a los prelados. A una indicación del religioso, se sentaron frente a él en sendas butacas.

—Os agradezco que hayáis podido recibirme así, casi sin avisar —dijo el militar.

—Vos no necesitáis aviso, tenemos muchas cosas en común entre manos —replicó el obispo.

—Creo que conocéis a mi esposa —Rejón señaló a su mujer.

—En efecto, doña Elvira de Sotomayor, nos hemos visto algunas veces, y no olvido que su hermano es el alférez de nuestra conquista. Sed bienvenida también, hija mía.

—Es un honor ser recibida en vuestra casa, ilustrísima —dijo la señora.

—Dejaos de tanto ceremonial, os lo ruego —el obispo hizo un ademán con la mano para quitarle importancia al tratamiento—. ¿Qué os trae por aquí, don Juan?

Rejón se removió en su asiento.

—Pues lo de siempre, mi señor obispo. La inactividad me mata. ¿Cuándo podremos embarcarnos para la isla de la Gran Canaria?

El prelado suspiró antes de contestar.

—La recaudación de la bula está siendo más complicada de lo previsto, hijo.

—Pero si anunciasteis a su alteza que disponíais del dinero.

—Eso creía yo, pero no ha sido así. Ha llegado una parte, y bien sabéis que hay muchos bastimentos ya comprados. Pero falta una parte importante, y no me atrevo a plantear la contratación de nuevos soldados hasta que la tengamos en mano.

—¿Y cuándo llegará esa parte que falta?

—Los tesoreros recaudadores de la bula me han prometido que a finales del mes que viene podremos disponer de ella.

—¿A finales del mes entrante? —Rejón se iba irritando por

momentos—. Eso significa que hasta junio no podremos levantar banderas de reclutamiento. Y también hay que contratar los barcos de transporte, suponiendo que los haya libres al comienzo del verano, cuando más tráfico comercial hay en este río de Sevilla.

—Tenéis razón, don Juan, no os lo niego. Pero no podemos luchar contra estos imponderables. Todo llegará en su momento. Hay que tener paciencia y ponernos en las manos de Dios.

—Lo de la paciencia ya sabéis que no es lo mío, y lo de estar en manos del Altísimo, en eso estamos siempre. El tiempo corre, y la moral de las tropas en la isla no es la mejor, os lo puedo asegurar.

—Mi deán me ha escrito diciendo que la situación se mantiene estable. Los canarios siguen en sus montañas y no se acercan al real, pero nuestra hueste tampoco puede acercarse demasiado a los principales poblados de la isla, Telde y Gáldar. Los pasos están muy bien guardados.

—Como veis, no ha cambiado nada desde que salí de allí. Mi prisión ha sido contraproducente. Algaba no es un guerrero, y no lo era cuando fue nombrado diputado de la Hermandad. Era yo quien se encargaba de los aspectos militares. Y ahora se ha acomodado a la poltrona del gobernador. Y me perdonaréis, ilustrísima, pero vuestro deán no es muy ducho en las artes de la guerra.

—El deán Bermúdez ha demostrado su valor en los enfrentamientos con los canarios. Aunque yo no lo he visto con mis ojos, muchos testimonios lo confirman.

Rejón se estrujó las manos para aliviar su ira.

—Me morderé la lengua, mi señor obispo. —El militar hizo una pausa para tranquilizarse—. Entonces, ¿no hay forma de acelerar los procesos?

—El dinero que ha llegado está en manos del cronista Palencia y del asistente Merlo. Sé de buena tinta que lo han empleado en comprar mercaderías no perecederas. La contratación de los navíos y de la gente de guerra tendrá que esperar a la llegada del resto de la recaudación. Ya sabéis que yo no puedo adelantar nada. Ya pedí prestados para la primera armada cuatrocientos veinte mil maravedíes a micer Agustín de Espíndola, tesorero de las indulgencias papales, y otros trescientos mil al mercader burgalés Pedro de Setién, asimismo tesorero de las indulgencias en la mayor parte de los lugares de este reino de Castilla, y que mi deán fue el fiador de la operación. Aunque ese adelanto se pagará con el dinero de las bulas y con el botín de la conquista, si lo hay, ya no tengo crédito para pedir más dinero prestado.

—Entonces, no hay forma de acelerar los preparativos.

—Tened paciencia, hijo mío. Unos cuantos meses no son nada, y así aprovecharemos el buen tiempo para terminar la conquista.

Rejón soltó un leve bufido de exasperación.

—Tendré paciencia, mi señor obispo. Pero esta se acabará en cuanto desembarquemos en la isla.

—Entonces será vuestro momento, don Juan. Y podréis descargar todo vuestro ímpetu contra los canarios. —El obispo se volvió hacia la esposa de Rejón, dando por zanjado el asunto—. Decidme, doña Elvira, ¿cómo se presenta en la iglesia de vuestra collación la inminente Semana Santa?

La mujer sonrió ante la perspectiva de entrar en conversación.

—Sabéis que mi familia es devota y los varones son miembros de la cofradía de la Vera Cruz, de los franciscanos, que trajeron la reliquia de la verdadera cruz en la que murió nuestro Señor. Los preparativos están muy avanzados para la procesión.

—No me la perderé por nada del mundo, hija mía. Pero contadme más detalles.

Mientras los dos hablaban, Rejón se encerró en sus negros pensamientos y se mordió la lengua de nuevo sobre lo que pensaba acerca de los intereses más cercanos del obispo de Canaria.

Sevilla, 30 de junio de 1479, mes y medio después.

Lorenzo entró en la taberna de las Escobas y tuvo cuidado al bajar el escalón inmediato tras la puerta. El ambiente estaba iluminado a medias y las velas desperdigadas por su interior apenas dejaban entrever la riqueza de los casetones de madera que adornaban el techo. El local estaba lleno de gente y todas las mesas aparecían ocupadas. Olía a vino, madera húmeda, frituras de pescado y a humanidad. Se acercó a la mesa alargada donde se despachaba el vino y, tras un rato de espera, logró captar la atención del tabernero. Pidió una cuarta de tinto del condado de Niebla, una rareza ante tanto vino blanco que dominaba las bodegas en todo el Guadalquivir. Le sirvieron la jarra de cerámica roja y la escanció en un vaso del mismo material. Le pusieron al lado un plato con un trozo de queso curado manchego y medio hogaza de pan.

—El queso está recién traído de La Mancha —le confesó el tabernero—. El vendedor es ese de ahí, el que está sentado en aquella mesa.

Lorenzo siguió la mirada del dueño de la taberna y localizó al sujeto en cuestión, un hombretón alto y cuadrado sentado junto a otros dos lugareños dando buena cuenta del plato de lentejas que tenía delante, de un tamaño proporcional al del comensal.

Lorenzo tardó un instante en darse cuenta que, acomodada en la mesa de al lado, se encontraba la persona que estaba buscando. Aunque su aspecto había cambiado muchísimo —el pelo y la barba recortados y con vestimenta propia de cualquier vecino castellano—, pudo reconocer la mirada noble de Adargoma. Estaba en compañía de tres hombres y comían el mismo queso que le habían servido a él.

Se disponía a acercarse cuando el manchego se volvió hacia la mesa del canario y se dirigió al guaire. A pesar de la distancia, Lorenzo pudo escuchar la conversación.

—Canario, dicen por ahí que sois el hombre más fuerte de Sevilla. Y yo lo dudo. Seguro que puedo con vos y con los otros tres que están sentados a vuestra mesa. Os reto a confrontar nuestras fuerzas.

Adargoma llevaba cuatro meses entre castellanos y llegó a entender la frase del manchego. Miró fijamente al fanfarrón, respondiendo al

desafío con la mirada, y habló en voz baja al hombre que se encontraba a su lado, otro canario, dedujo Lorenzo al instante, que respondió por él.

—Ha dicho lo siguiente —le tradujo al desafiante—: Buen amigo, razón será, si hemos de luchar, que bebamos antes.

El manchego se levantó portando su jarra de vino, trasladó la silla a la mesa de al lado y se sentó en uno de los extremos. Depositó el recipiente ruidosamente sobre la tabla y vertió a continuación su contenido en el vaso que Adargoma tenía delante.

—Bebamos pues —le dijo.

El canario levantó el vaso y se lo exhibió al comerciante de quesos. Habló en su lengua y su compañero le tradujo.

—Si tú con ambos brazos fueres capaz de sujetar uno de los míos para que no beba este licor sin derramar alguna leve parte suya, entraremos en contienda, pero si no, vuélvete por donde viniste.

El manchego asintió y le asió con fuerza el brazo con su mano derecha. Adargoma comenzó a acercar lentamente el vaso a su boca. Con gran sorpresa, el retador comprobó que no podía detener el movimiento del canario, por lo que lanzó un juramento y utilizó las dos manos. Adargoma continuó, con la mirada fija en su oponente, llevándose el vaso a los labios y, a pesar de los intentos del quesero, acabó por probar el vino sin derramar gota alguna.

La tensa situación no había pasado desapercibida en la taberna, en la que se había hecho un extraño silencio. Toda la atención se centraba en la mesa de los canarios. Más de uno esperaba una reacción violenta por parte del manchego. Lorenzo se adelantó a todos y se acercó a interpelar al vencido.

—Os ha ganado en buena lid, señor mercader. Sed un hombre de honor y cesad en el desafío.

El manchego miró confuso a Lorenzo. La rica vestimenta del joven le indicó que debía ser alguien importante en la ciudad y que no convenía enfrentarse a él.

—Sea. Pero probaremos en otra ocasión. No me doy por vencido tan fácilmente.

Lorenzo sonrió.

—En otra ocasión será. En agradecimiento a habernos divertido de tal manera, convido a todos los presentes una ronda de ese vino.

La propuesta fue coreada con expresiones de regocijo por la clientela de la taberna y el clima de tensión se relajó por completo. El manchego retornó a su mesa y el rumor de las conversaciones volvió a adueñarse del ambiente. Lorenzo aprovechó para tomar una silla libre y sentarse en el mismo lugar donde lo había hecho el provocador comerciante.

—Me alegro de verte, Adargoma —le dijo en lengua canaria.

Los acompañantes del guaire se sobresaltaron en cuanto escucharon al joven genovés.

—Y yo a ti, corazón puro —respondió el guaire—. Por fin veo un rostro amigo en este mundo tan extraño.

Los canarios sentados a la mesa se tranquilizaron con la respuesta de Adargoma, y permanecieron en silencio.

—Veo que tienes amigos a tu alrededor.

—Hay canarios en este lugar desde hace mucho tiempo, y no todos son esclavos. No ha sido difícil dar con ellos.

—A mí me ha costado poco, dada tu fama —repuso Lorenzo, con una sonrisa—. He preguntado en las casas del arzobispado y me dijeron que estabas aquí.

—No puedo pasarme todo el día entre esas paredes, aunque me traten bien.

—El patrón de mi casa, micer Francisco de Riberol, me ha comentado que sus altezas no han contestado todavía a su petición para que entrases a su servicio. Quisiera que estuvieras cerca de los míos.

—Lo sé, corazón puro, y te lo agradezco. De momento, soy un prisionero con privilegios: me dejan moverme por la ciudad y el obispo me ha asegurado que no soy un esclavo. Que estoy retenido hasta que termine la conquista de mi isla.

—Bueno está que sea así. Mientras te encuentres bajo la protección obispal, nada malo te ocurrirá. Tal vez no sea necesaria la petición de micer Francisco.

—O tal vez sí. Nunca se sabe. Quédate cerca por si acaso, por favor.

Lorenzo adivinó en los ojos de Adargoma un ligero temor por el futuro de su situación.

—Así lo haré. No estuve tantos días pendiente de tu vida para olvidarte tan fácilmente.

Adargoma sonrió. Era la primera vez que lo hacía.

—¿Cómo está mi familia? ¿Hace mucho que estás aquí?

—Salí de la Gran Canaria apenas unas semanas después de ti. La última vez que los vi estaban bien. Y por lo que cuentan, la actividad guerrera está prácticamente detenida. Los castellanos en su real y los canarios en sus montes.

Adargoma suspiró y Lorenzo no pudo adivinar si era por alivio o por añoranza. Tal vez por las dos cosas a la vez.

—Por aquí todo el mundo da por hecho que la isla se conquistará más pronto que tarde —dijo el canario, algo apesadumbrado—. Y ahora, que he visto a tanta gente como vive en este país, creo que tienen razón. Mi mundo es muy pequeño comparado con el vuestro.

—Hablé con Aymedeyacoan y me dijo que no tiene intención de bajar las armas. Resistirán.

Un destello de asombro surgió en las pupilas de los canarios. Aquel joven debía ser muy especial para afirmar que se había entrevistado en persona con el guadnarteme de Telde.

—Mientras Doramas esté al frente de los guaires, los canarios resistirán. Me fío menos de los guadnartemes y de los faysages, ya ves.

—Me imagino que ya sabes que se prepara un nuevo ejército para ir a la isla.

—Lo sé, se escucha por la ciudad. Y también sé que Rejón lo va a comandar. Pero no lo va a tener fácil, harán falta el triple de hombres para hacerse con las montañas del interior.

—Si conseguimos convencer a parte de tu gente de que no luchen contra los castellanos, no serán necesarios más soldados.

—Pero eso, corazón puro, mientras esté vivo Doramas, es prácticamente imposible. Te lo digo yo.

Y Adargoma volvió a levantar el vaso de vino y llevárselo a los labios, como brindando por él.

—La clave está en Doramas —dijo Lorenzo.

—Tú lo has dicho, corazón puro.

108

Las Isletas, Gran Canaria, 6 de agosto de 1479, un mes después.

El obispo Juan de Frías trató de desembarcar del esquife en que llegaba sin mojar sus ropajes, pero no tuvo éxito. La longitud de su hábito, unido a un sobrepeso más que evidente, conllevaron a que el prelado llegase a la playa con los faldones empapados de agua de mar a pesar de la ayuda prestada por dos criados.

En la orilla le esperaban con mucha expectación el deán Bermúdez, el gobernador Algaba y Fernán Peraza, que esta vez había acudido a la llamada del nuevo gobernador, con quien no tenía querellas, trayendo consigo bastimentos varios, bien recibidos por los ocupantes del real.

Algaba, a pesar de la alegría de ver la llegada de los navíos con más de cuatrocientos nuevos soldados a bordo, no las tenía todas consigo. La presencia en el campamento de Peraza podría ser conflictiva si desembarcaba también Rejón. Y él mismo no podía tragar que su antiguo compañero de la Hermandad volviera a hacerse cargo de nuevo de la dirección de la campaña militar. Había que dejarle las cosas claras al obispo. Lo había hablado con Bermúdez aquella misma mañana, y él se ofreció a explicar al prelado la explosiva situación que podía plantearse.

El gobernador comprobó con satisfacción que en el bote no venía Rejón, lo que le tranquilizó mucho, pero sí vio la cara conocida de Pedro Hernández Cabrón, vecino y regidor de Cádiz, un capitán de mar reputado en Sevilla.

—¡Sed bienvenido, ilustrísima! —Saludó Bermúdez ayudando al prelado a salir de la arena de la playa.

—¡Por fin en tierra, hijo mío! ¡Hay que ver cómo se mueven estos barquichuelos! Nunca me acostumbraré.

El mareo persistente provocaba que el obispo caminase con paso vacilante, como si la tierra se balanceara bajo sus pies.

Algaba se acercó e hizo una reverencia a Frías.

—Ilustrísima, vuestra presencia nos llena de gozo. Estábamos muy huérfanos de dirección espiritual.

—¡Ah, don Pedro! —respondió Frías—, yo también tenía ganas de llegar. Traigo importantes nuevas de Sevilla.

Algaba no cambió su gesto circunspecto.

—Tengo entendido que habéis traído a Juan Rejón con vos. No me parece la decisión más adecuada.

—Trae la carta de nombramiento consigo, ya os la mostrará. Son órdenes de sus altezas, a quienes todos debemos respeto y acatamiento.

—Por supuesto. Siempre inclinaré mi cabeza ante la firma real.

—Creo que es conveniente que convoquéis a los capitanes para comunicar las instrucciones que traigo de Sevilla. ¿Me haréis ese favor, don Pedro?

—No es ningún favor, ilustrísima —replicó Algaba—. De hecho, ya están todos convocados en la torre.

—Pues vamos allá, hijo mío.

Algaba y Bermúdez saludaron a Hernández Cabrón y acompañaron al obispo en las mulas que pusieron a su disposición para trasladarse al real. Una hora después, la comitiva entró en el campamento, que poco a poco reforzaba sus defensas con paredes de piedra y cal, que sustituían a la empalizada inicial. El obispo vio que la capilla de San Antón, en la pequeña plaza que se había conformado en la parte central del real, también iba creciendo en fortaleza y tamaño.

Se dirigieron a la torre, localizada sobre el muro, cerca de la parte trasera de la ermita. Allí esperaban el alcalde Cabitos y los principales capitanes: Alonso Jáimez de Sotomayor, alférez mayor; Alonso de Lugo; Ordoño Bermúdez; Francisco de Espinosa; Fernando Valdés y su hermano Esteban de Valdés, alguacil mayor, a los que se unieron el obispo y Hernández Cabrón.

El gobernador Algaba había dispuesto la reunión en torno a la mesa grande que se hallaba en el piso alto de la torre. Todos se sentaron en torno a ella. El obispo dio su bendición y tomó la palabra:

—Queridos hijos, como ya debéis saber, sus altezas, a través de sus comisarios de la conquista Diego de Merlo y Alonso de Palencia, me han encargado que trajera conmigo en este viaje felizmente finalizado al capitán Rejón. También me cometieron que concordase y compusiese e hiciese amigos a todos en esta conquista según sus instrucciones, que cartas traigo para eso.

Un silencio tenso se apoderó de la sala. En ella había seguidores de las dos facciones enfrentadas, y no sabían si la decisión de los reyes era del todo oportuna. El obispo prosiguió:

—Y me pidieron que, una vez hechos amigos y conformes, todos siguiesen la conquista de esta isla de la Gran Canaria, como se os encarga en nombre de sus altezas. Por ello, os exhorto a que dejéis a un lado vuestras querellas y juntos todos terminemos esta empresa para mayor gloria de Dios y acrecentamiento de los reinos de Castilla.

—Dejadnos ver las cartas que traéis, ilustrísima —pidió Algaba.

El obispo sacó de su bolsa los documentos y se los entregó a Algaba. Este los hojeó durante un rato, y se los pasó al alcalde Cabitos.

—Señor alcalde, vos sois la autoridad en leyes de esta isla. Decidme: ¿Están estas cartas y provisiones firmadas por sus altezas?

Cabitos examinó los documentos y se fue al final de cada uno de ellos.

—No, señor gobernador —respondió al cabo.

—¿Están firmadas por alguno de los miembros de su Consejo Real? —repreguntó el gobernador.

—Solo veo las firmas de Merlo y de Palencia.

Algaba se levantó para dar mayor pomposidad y fuerza a lo que iba a decir. Siempre lo hacía.

—Pues lo siento mucho, mi señor obispo, pero el capitán Rejón, aunque haya sido excusado de sus delitos por sus altezas, no trae carta ni provisión firmada por ellos ni por sus consejeros. Así que no será recibido en esta isla.

La expresión de los rostros de los parciales de Rejón se endureció al instante. Los seguidores de Algaba comprobaron que ninguno echaba mano a la espada. Podía seguir la reunión. El gobernador continuó su explicación.

—Yo prendí a Rejón y lo envié a sus altezas por excusar escándalos y disensiones, las cuales no se podían excusar, y me temo que seguirían con su presencia en esta isla. Hasta que sus altezas provean por su real carta y provisión firmada de sus nombres otra cosa, yo no puedo ni quiero innovar nada. Para mí, ni el asistente de Sevilla, ni su cronista Alonso de Palencia, tienen poderes para darme órdenes en esta mi gobernación. Así que entiendo que cumple al servicio de mis reyes y señores actuar de este modo. Y si el capitán Rejón trae provisión real, que la muestre.

El obispo no podía disimular la contrariedad que le produjeron las palabras de Algaba.

—Señor gobernador —le dijo, tratando de mantener la calma—. Las cartas que traemos son las que os he mostrado, firmadas por Diego de Merlo, asistente de Sevilla, y de Alonso de Palencia, los cuales, como comisarios de sus altezas y personas graves, no se atreverían a actuar así si no tuvieran poder para ello.

Algaba no se arredró lo más mínimo.

—Ilustrísima, no hay lugar a admitir a Juan Rejón en el oficio de capitán de estas islas por las razones antedichas. Así cumple a la pacificación de la gente que está en la conquista. Por tanto, a falta de nueva orden firmada por quien tenga poder real para ello, rechazamos lo proveído por los comisarios en los capítulos que habéis presentado. Es más, creo que es conveniente que se prenda de nuevo a Rejón, para evitar escándalos y muertes.

El obispo enrojeció aún más, tragó saliva y replicó al gobernador.

—Os ruego que no lo hagáis, que eso provocará lo que tratáis de evitar. Prometo tornarlo a embarcar en los navíos en que ha venido y enviarlo a Sevilla, al asistente, como él me lo entregó.

—De acuerdo —dijo el gobernador—. Pero vos seréis el fiador de que se mantendrá fuera del real y de que no buscará pendencias. Y se volverá a Castilla en el mismo navío en que ha llegado.

El obispo asintió sin responder. Trató de rezar mentalmente un padrenuestro para que se aplacase su pecado de ira. Pero, por mucho que lo intentó, no pudo conseguirlo.

Barranco de Tirajana, Gran Canaria, 24 de agosto de 1479, dos semanas después.

—No hemos visto a ni un solo canario desde que llegamos a esta caldera —dijo Alonso de Lugo—. Y eso que hemos obtenido alguna presa de ganado y algo de grano en las cuevas. Todo sin oposición alguna.

—No me gusta —comentó el adalid Fernán Guerra—. No es propio de los habitantes de esta comarca. El guaire de Arguineguín es muy belicoso.

—Pues ahora toca volver barranco abajo hacia los navíos que nos esperan. De momento, esta entrada está siendo todo un éxito. Tal vez los canarios se hayan dado cuenta de la inutilidad de atacarnos.

—Sí, y mañana se rendirán sin condiciones —repuso Guerra con ironía—. Más vale que os caigáis del guindo, Alonso, esto me huele a trampa.

—No veo la trampa por ningún lado, maese Fernán.

—No hay más que pensar un poco en lo que ha sucedido: el recién llegado obispo don Juan de Frías, apoyado vivamente por el capitán de mar don Pedro Hernández Cabrón, insistieron en utilizar las nuevas tropas llegadas con ellos para hacer una entrada en el corazón de la isla. Nada menos que en los lugares donde mejor se refugian los canarios.

—Entiendo que es la mejor manera de enfrentarse a ellos y demostrarles nuestra fortaleza —dijo Lugo.

—Aunque seamos más de quinientos hombres tenemos que avanzar y luego retroceder por más de un angosto desfiladero. El número no sirve de nada en lugares así. Y todo por la ambición de su ilustrísima de hacerse notar, unido a que el capitán Hernández Cabrón quiere añadir algo de botín a sus arcas antes de volverse a Sevilla. Y nos hemos metido en estas sierras fragosas y ásperas sin el consejo del capitán Rejón, que permanece confinado en la playa de Las Isletas.

—Y con muy malas pulgas, como me ha asegurado el alférez, que es su cuñado.

—No me extraña. Lo que ha hecho el gobernador Algaba entra en el terreno de lo personal. Esa querella acabará mal.

El deán Bermúdez, que dirigía la expedición, dio la orden de regresar a los navíos. Se encontraban en un poblado de caserones canarios que hallaron desierto, al pie de una pared llena de cuevas utilizadas como viviendas y graneros, también sin nadie en ellas, pero donde hallaron carne en cecina, cebada, manteca y miel silvestre. Con este botín, más las cabezas de ganado que habían apresado por el camino, los jefes militares daban por buena la aventura. Frente a ellos aparecía en todo su esplendor la amplia caldera de Tirajana, una explanada enorme casi circular, algo abierta al sureste, rodeada de altas cumbres. Era la antesala de las montañas centrales de la isla, lugar sagrado no pisado todavía por los castellanos, y donde se erguía el mítico roque de Bentaiga.

Y aquel no era el día en que llegarían a esa zona, todavía vedada por los malísimos pasos que había que cruzar para arribar a ella. A Bermúdez y a Hernández Cabrón, como ya caía la tarde, les pareció oportuno regresar a los navíos.

La columna comenzó a descender por el gigantesco barranco, cuyo cauce, con un riachuelo perenne, era practicable en la mayor parte de su desarrollo. Solo había cuatro pasos malos donde las paredes de las montañas se alzaban a ambos lados como murallas y se estrechaban en varios requiebros. Las cabezas de ganado embarazaban el paso de los peones, que muchas veces tenían que empujarlas por la vaguada, perdiendo el orden de formación, lo que excitaba el mal humor de los capitanes.

A medio barranco, antes de llegar a tres pitones enormes que sobresalían del lecho, llegaron a todo galope junto a Bermúdez el adalid Fernán Guerra. Se detuvieron a su lado y de los otros capitanes.

—He visto un gran grupo de canarios esperándonos en el siguiente paso, junto a los grandes monolitos del lugar que llaman Ansite —informó Guerra.

—¿Son muchos? —preguntó el deán.

—No sabría decirlo —dijo el adalid—. Trataban de ocultarse.

—Entonces, seguiremos con el descenso.

—¿Me permitís decir algo? —preguntó Guerra.

—Hablad, pero sed breve —le conminó Bermúdez.

—Todavía quedan muchas cuestas muy agrias por las que bajar, y en ellas podemos correr gran peligro. Sería mejor que nos estuviésemos quietos aquí dos días, pues tenemos que comer. Los canarios no llevan consigo ninguna provisión y en ese plazo tendrán que desperdigarse en buscarla, con lo que será más fácil la bajada.

—¿Estáis con nosotros o con ellos, maese Fernán? —preguntó airado el capitán Hernández Cabrón.

—No me ofendáis, señor capitán —repuso Guerra—. Solo busco lo mejor para la hueste.

—Pues mi parecer es que quedarnos aquí dos días es invitar a los canarios a que se junten de todas las partes de la isla y den con nosotros en emboscada. Yo no les tengo temor, pero al estar los navíos sin tripulantes, que están todos en esta entrada, hemos de ir a dormir en ellos. ¿Alguien está en desacuerdo?

La idea de quedarse de noche en aquella barranquera, por muy juiciosa que le pareciera a los adalides, no era compartida por la tropa, por lo que la propuesta de Hernández Cabrón fue aclamada por la gran mayoría, que no hizo caso de la expresión de preocupación de Guerra.

Una hora después de haber pasado los pitones de Ansite, en un lugar de la cuesta, áspera y alta, comenzaron a escucharse los silbidos de los canarios en las cumbres.

—¿Qué es eso? —preguntó Hernández Cabrón.

—Son los canarios, que se comunican por silbos —dijo Bermúdez, habituado al sonido.

—¿Y qué pueden decirse?

—No lo sé, pero nunca es bueno para nosotros.

Al instante, comenzaron a caer piedras de las alturas.

—¡Ah! ¡Qué cobardes! —exclamó el capitán de mar— ¡Dad la cara!

—Es una de sus tácticas —le dijo el deán—. Ya estamos acostumbrados a evitar esos pedruscos.

—Extraña forma de combatir. Pero, fijaos, están bajando por las laderas. Parecen cabras salvajes, saltando de piedra en piedra, y con esa gritería. ¿Esa es otra de sus tácticas?

El capitán de mar no se dio cuenta de que Bermúdez estaba lívido.

—Sí, pero nunca han bajado tantos a la vez. Son centenares, tal vez miles.

El marino no pudo menos que maravillarse del espectáculo de decenas de hombres que, silbando y dando gritos, descendían a una velocidad vertiginosa por paredes casi verticales, jugándose la vida desde aquellas alturas, ayudándose con unos simples palos largos. El nerviosismo que cundió en la tropa que llevaba tiempo en la isla le puso en guardia y le sacó de sus pensamientos

—Dad la orden de colocarnos en orden de batalla, señor deán.

—Poco orden podemos oponer en este lugar tan estrecho. Lo mejor es acelerar el paso hacia el mar.

Hernández Cabrón se asombró de la respuesta del deán. ¿Salir huyendo? Apenas tuvo tiempo de desenvainar la espada cuando los primeros canarios cayeron sobre su grupo de hombres a caballo. Despreciando las lanzadas de los jinetes, buscaban meterse debajo de las guardas de cuero de los animales para despanzurrarles con sus venablos y sus espadas de madera, y de metal, que también tenían de haberlas ganado a los europeos. El cuerpo a cuerpo se generalizó a lo

largo de una franja larga y estrecha del barranco. Entre mandoble y mandoble, el deán acertó a decirle en un giro de su caballo.

—Esos que veis a distancia son sus jefes. El guadnarteme Aymedeyacoan y los guaires Doramas, Maninidra y Bentagay.

La mirada del capitán de mar se centró por un instante en un grupo de hombres, mejor ataviados que el resto, que observaban el desarrollo de la lucha desde una altura intermedia.

—¡Dadme una ballesta y acabo con ellos!

—Están a la distancia justa para que los virotes no les hagan daño. Ya nos conocemos bastante ambos bandos. Lo que conviene es salir de aquí cuanto antes.

—¡No sin dejar de plantar cara! —gritó el capitán.

Una piedra del tamaño de un puño impactó en su rostro, debajo del casco, rompiéndole varios dientes y provocándole una fea herida en la ceja y la mejilla derechas de la que brotó un reguero de sangre. El capitán estuvo a punto de desmayarse de la impresión, pero logró sujetarse a la montura. Apenas pudo farfullar una frase con su boca ensangrentada.

—Salgamos de aquí pues.

El alférez Alonso Jáimez y los capitanes Lugo y Valdés se desplegaron en la retaguardia con los de a caballo, tratando de detener las acometidas de los canarios, que aparecían por todos lados. Los soldados castellanos se olvidaron del ganado y apretaron el paso, cuando no corrieron, para salir de aquella angostura del barranco, dejando atrás a los que caían en la lucha. Una vez llegados a una zona más amplia se reagruparon y continuaron la marcha a paso vivo, pero sin correr. Al contrario que había ocurrido en otras refriegas, los canarios no se volvieron a sus cumbres cuando llegaron a tierra más llana, sino que también se agruparon para perseguirlos.

—Nos van a seguir hasta la playa —dijo Guerra, que se había mantenido sobre su montura muy cerca de los capitanes.

—En mala hora nos metimos en este barranco —respondió Lugo—. Se nos han quedado muchos atrás.

—Entre cien y doscientos mal contados, diría yo.

—Y la mayoría de los demás vuelven heridos y apedreados. Es un desastre completo. Y todo por las ínfulas del obispo y del capitán Cabrón. Y la inconsciencia del deán.

—No habléis muy alto, que hasta los riscos oyen.

—Hay que cambiar muchas cosas en esta conquista, maese Fernán. Nos va la vida en ello.

—Algo de razón tenéis, don Alonso.

Al llegar los combatientes cerca de la costa, los navíos surtos en la rada de Arguineguín comenzaron a disparar sus cañones y culebrinas con tiros altos, tratando de alcanzar a los canarios perseguidores.

—¡Ahora sí que hay que apretar el paso —gritó Guerra—, que las balas nos caen encima!

—Hay que ver, maese Fernán. Entre las piedras y las balas, no sé con qué quedarme. No me gusta nada este tipo de guerra a distancia. Llevo una docena de pedradas por todo el cuerpo.

—Y yo dos docenas. Son las modernidades de nuestra época. Si no os gusta a vos, preguntadle al capitán Cabrón, que se lleva en el rostro un buen recuerdo de los canarios.

Sevilla, 30 de septiembre de 1479, un mes después.

Lorenzo caminaba por la sombra que proyectaba el enorme alminar reconvertido en campanario de la iglesia de Santa María, cuando reconoció al hombre que iba a cruzarse, cabizbajo, con él. Era Juan Rejón, sin duda alguna. No lo había visto desde que salió de Gran Canaria y, aunque sabía que paraba en la ciudad —todo se sabía más temprano que tarde en Sevilla— sus ocupaciones como factor comercial de los Riberol no le dejaban tiempo para tratar de visitarlo. A Lorenzo las divergencias que mantenía Rejón con el deán Bermúdez y con el gobernador Algaba en la isla no le afectaban, se llevaba bien con todos ellos.

—¡Señor capitán! —Lorenzo llamó la atención del paseante, que levantó la vista.

—¡Ah! ¡Micer Lorenzo! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo estáis?

El capitán hizo un amago de sonrisa. Se notaba que cargaba con un amargo peso.

—Trabajando a destajo —respondió el joven mercader—, que en nuestra casa toca colocar toda la producción de aceite y jabón en los mercados italianos.

—Dichoso vos que tenéis una ocupación que no os deja pensar en otras cosas.

Lorenzo cayó en la cuenta de que no tenía muchos motivos de queja. Había otros en peor situación que él.

—Pues yo que pensé que venía a Sevilla a descansar, ya veis cuán equivocado estaba. Pero decidme, ¿cómo va vuestro pleito ante sus altezas?

—Pues ese el problema, que no va. El rey hace tiempo que está en las provincias vascongadas, defendiendo los derechos de su esposa en aquellas tierras donde la gente habla tan raro. Y la reina está preparando su salida de Sevilla, con lo que apenas concede audiencias. Mi caso tendrá que esperar a que lo resuelva el Consejo Real, que también partirá al norte con la reina.

—Entonces os veo viajando tras ellos.

—No me quedará otra si quiero que mi nombre quede limpio.

Tengo contactos en la corte y estoy seguro de que sus altezas volverán a concederme su apoyo.

—¿Y qué hay respecto al gobernador Algaba?

—No me habléis de semejante personaje. La decisión de reembarcarme fue un acto vil de traición a nuestros reyes. Los comisarios de la conquista estaban perfectamente facultados y apoderados para firmar las cartas por las que debía reintegrarme a la capitanía general en la isla de la Gran Canaria. La desobediencia del gobernador solo puede entenderse como un delito de desacato a las órdenes reales. Intentaré por todos los medios que sea destituido y juzgado como se merece.

—Hay que ver cómo cambian las cosas. Hace apenas dos años eráis uña y carne en todo lo que concernía a la Hermandad.

—Ese momento ya pasó, Lorenzo. Hay personas que cambian, que se les suben los cargos a la cabeza y se vuelven soberbias y tiránicas. Una de ellas es Pedro de La Algaba. Bien se equivocó el inútil del cronista Palencia al pensar en él para el puesto de gobernador.

Lorenzo no tenía claro si la llegada de Algaba a la isla había empeorado las cosas o no. Desde luego, la campaña militar se había estancado, pero ya no existían las peligrosas disensiones entre sus mandos.

—¿Cómo veis la conquista, señor capitán? ¿Hay alguna forma de vencer a los canarios?

Rejón no se lo tuvo que pensar dos veces para contestar a las preguntas.

—Está claro que por hambre no se les va a rendir a corto plazo. Con sus cabras y ovejas pueden mantenerse durante un tiempo largo en las cumbres, aunque les hayamos talado las cosechas. Y esto último ha venido más en deservicio nuestro que de los enemigos.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?

—Solo puede funcionar la opción militar de ataque. Habrá que ir a por ellos.

—Ya se ha intentado recientemente y la iniciativa acabó en desastre. Más de treinta muertos, doscientos heridos y unos ochenta soldados hechos cautivos. El capitán Hernández Cabrón va diciendo por toda Sevilla, y eso que apenas se le entiende lo que dice por la falta de dientes, que no quiere más pleitos contra los canarios, a quienes nuestro Señor confunda.

—Pero no se trata de un ataque frontal como lo ha hecho el deán Bermúdez, que es tan ineficaz como su obispo. Hay que reducir el número de canarios opositores.

—¿Y cómo se puede hacer eso?

—O los capturamos poco a poco, lo que es difícil, ya que se escurren como anguilas, o bien los atraemos a nuestro bando.

—Sé de primera mano que los canarios, dadas sus pequeñas, pero continuas victorias, no se van a dar. Hará falta algo que les obligue a ello.

—Hay que apresar a uno de sus guadnartemes y traerlo a Castilla. Todo el mundo en Sevilla conoce ya a Adargoma y ya veis cómo se está aculturando a pasos agigantados. Ese debe ser el objetivo: que uno de los jefes supremos de los canarios vea con sus propios ojos el poderío de sus altezas y se dé cuenta de que es inútil toda resistencia.

—Y que luego, una vez vuelto a la isla, convenza a sus compatriotas. Lo veo difícil, señor capitán.

—Difícil no es imposible, micer Lorenzo. Es la mejor estrategia, no tengo la menor duda. En cuanto sus altezas me repongan en mi puesto de capitán general, la pondré en práctica.

—La idea no es mala, pero tiene sus dificultades.

—¿Qué dificultades?

—La primera, que os repongan en el puesto, que está por ver. Y la segunda, que consigáis capturar a un guadnarteme vivo, que se me antoja pura ilusión.

Telde, 10 octubre de 1479, diez días después.

—Madre, tengo que hablarte urgentemente.

Ayacata, la superiora de las harimaguadas de Telde, grupo de mujeres tenidas por santas entre los canarios, intercesoras ante Acorán de todos los aspectos de la vida y protectoras del almogaren, el santuario, contestó a la solicitud de Naira desde dentro de su cueva, ya que la joven no podía entrar sin permiso.

—Pasa, hija, y cuéntame qué ocurre.

Naira penetró en el recinto con la mirada baja y se arrodilló frente a ella. La expresión de Ayacata era de una gravedad serena. Sus cabellos canos hacían juego con su vestimenta, hecha de pieles de una blancura perfecta.

—Es algo muy grave de lo que no sé si estás al corriente.

La sacerdotisa principal ya estaba intrigada.

—¿Qué pasa, Naira?

—Los doce guaires se han puesto de acuerdo para decidir la suerte de los ochenta prisioneros capturados en Tirajana. Y Aymedeyacoan no se ha opuesto a su decisión.

—¿Y qué han decidido?

—Algo horrible, que no es propio de los nuestros. Han decidido darles muerte en una hoguera. Dicen que han oído que eso se hace en Castilla con los peores delincuentes, y es una forma de que entiendan que van a ser tratados así en el futuro.

Ayacata cerró los ojos y aspiró profundamente. Naira no supo si era para controlarse o para inspirarse con el Ser Supremo. Con las harimaguadas nunca se sabía.

—Es un error —dijo, tras unos instantes de silencio—. No debe ocurrir semejante atrocidad. Acorán no puede ver con buenos ojos algo así, por muy enemigos que sean de nuestro pueblo.

—Entonces, madre. ¿Harás algo al respecto? Están dispuestos a ejecutar a los prisioneros hoy mismo.

—Ayúdame a levantarme.

Naira se incorporó y dio su brazo a la mujer mayor, que se levantó con algo de dificultad a pesar de la ayuda que le prestaba la joven.

—Llévame a ver a mi hijo —le ordenó.

Ayacata era la madre del guadnarteme de Telde, Aymedeyacoan. Toda la amplia familia de los Semidan: padres, hijos, tíos, primos y sobrinos, ocupaban o habían ocupado las principales responsabilidades políticas y religiosas de ambos reinos de Gáldar y Telde, desde la lejana fecha, más de cien años antes, en que toda la isla estuvo unida en un solo rey, Asemidán, hijo de Gumidafe, que dividió la isla entre sus dos hijos, Egonaiga y Bentagoyhe. A pesar del fraccionamiento, sus descendientes por varias ramas fueron guadnartemes, faysages y guaires de la isla. No todos los jefes militares descendían del rey primigenio, pero unos cuantos sí.

—Están todos reunidos en la plaza. Vengo de allí ahora mismo.

—Pues no hay tiempo que perder.

Varias harimaguadas se percataron de la salida de su superiora, y a una orden de esta, se sumaron a la comitiva, llevándola en unas parihuelas para que no se fatigase por el camino. La plaza de Telde se encontraba al otro lado del poblado y las mujeres apretaron el paso para cruzarlo cuanto antes.

En la plaza se encontraban los principales guaires, sentados en corro en torno al guadnarteme. A un lado, bajo una fuerte vigilancia, una decena de prisioneros castellanos se encontraban sentados, apoyados en las paredes de varias casas, atados de pies y manos. Su semblante de desesperanza indicaba que estaban comprendiendo lo que los canarios se traían entre manos.

La llegada de la procesión de mujeres santas hizo enmudecer a todos los presentes. Las harimaguadas que portaban a Ayacata la ayudaron a descender en cuanto se acercaron a unos pasos de los jefes militares, que se levantaron en señal de respeto. Aymedeyacoan se acercó a ella para ayudarla. La mujer se dejó tomar la mano, que acto seguido aferró con fuerza.

—¡Aymedeyacoan! Me he enterado de la decisión que habéis tomado con respecto a los castellanos.

El guadnarteme se alarmó. Que la madre de las harimaguadas se hubiera tomado la molestia de acudir allí desde el almogaren indicaba que algo grave lo motivaba.

—Como sabes, madre, no podemos mantener a ochenta prisioneros. Nosotros mismos vivimos faltos de comida, y no nos sobra para alimentar a nuestros enemigos. Hay que acabar con ese problema.

La mujer mantuvo el brazo de su hijo asido, como si pretendiera que no se le escapara.

—Pero no así. De ninguna manera has de hacer daño a los cristianos, ya que nos vendrá mucho mal por ello. Nuestro dios, Acorán, me ha avisado de que no ve con buenos ojos ese sacrificio. Has de desatar y soltar libres a los prisioneros. Esa es su voluntad.

El guadnarteme se sorprendió de la sentencia de su madre.

—Pero, madre, esa gente es pendenciera y desagradecida. No entenderán el gesto de clemencia que pides, y lo tomarán como signo de debilidad. En cuanto puedan, volverán a levantar sus armas contra nosotros.

—En este caso lo entenderán. Yo mismo se lo diré, y hay un par de prisioneros que entienden algo nuestra lengua. Quiero que tú seas el primero en desatar a tus prisioneros. Y al resto, que los traigan aquí.

Aymedeyacoan se volvió hacia el faysag y sus guaires, que se mantuvieron expectantes ante la respuesta del guadnarteme.

—Si lo ordena Acorán, ¿Quién soy yo para oponerme a su voluntad? —preguntó en voz alta.

—Yo tampoco soy nadie —dijo Maninidra.

—Y yo tampoco —añadió Autindana.

Los jefes militares asintieron y uno por uno dieron su asentimiento a la nueva decisión. El último en hablar fue Doramas, que esperó unos instantes antes de hablar.

—Lo haremos como dices, Ayacata. Espero que no nos arrepintamos de haberte hecho caso.

La mujer miró a Doramas con altivez, los teldenses no habían olvidado del todo las cuitas pasadas.

—No es a mí a quien haces caso, sino a Acorán.

Todos notaron que Doramas hacía un enorme esfuerzo por dominarse, apretando los dientes.

—Que se cumpla su voluntad entonces —sentenció el jefe supremo militar—, y que nos proteja en el futuro, porque nos va a hacer falta.

Sevilla, 8 de noviembre de 1479, un mes después.

—Estamos de fiesta, don Alonso, la reina ha dado a luz una niña preciosa —dijo Pedro Hernández Cabrón con gran siseo al pronunciar las eses. La falta de dientes en media boca no le permitía hablar mejor. Alonso de Palencia lo había mandado llamar y al entrar comprobó, tal como le habían dicho, que el estado de su rostro era lamentable. Se cuidó mucho de hacer referencia a él, el marino andaba muy escamado de su última visita a Canarias.

—Hace dos días —respondió el cronista—. Toda Castilla está al tanto. Demos gracias a Dios por tener una reina fértil, que en estos tiempos que corren nunca se sabe con los niños, que muchos mueren con facilidad.

—El parto en Toledo les retendrá en esa ciudad varios meses. Ya se habla de que convocarán cortes para cambiar muchas leyes de gobierno.

—Ya era hora. Ahora que ha terminado la guerra con Portugal, Dios sea loado, sus altezas ya tienen otras cosas en mente. La primera, reorganizar el caos legislativo y judicial del reino. Sé de buena tinta que los jurisconsultos llevan meses trabajando en las reformas de las leyes. A partir de ahora, los jueces del rey no tendrán oposición ni en la alta ni en la baja nobleza, y las leyes serán iguales para todos.

—Ciertamente, ya era hora, con tanta jurisdicción local como había nadie se aclaraba. Pero, decidme, ¿cuál es la segunda?

—Finalizar la reconquista: la guerra contra el moro se va a reanudar en poco tiempo. Hace mucho que los musulmanes viven tranquilos en la tierra de Granada, que otrora fue de cristianos. Es hora de que las cosas vuelvan a su estado original.

—El rey de Granada ha pagado los tributos de las parias cumplidamente a nuestros reyes. No sé si será bueno para las arcas reales que deje de hacerlo.

—Estimado don Pedro, cuando Castilla amplíe sus reinos a costa del de Granada, no necesitará que ningún rey moro pague con parte de sus riquezas: nuestros reyes las tomarán todas por sí mismos.

—Hará falta un esfuerzo colosal para conquistar el reino de Granada. Los moros no son mancos, precisamente. Fijaos que llevamos

año y medio con lo de Canaria y no progresamos.

—De eso quería hablar con vos, y por ello os he hecho llamar. Pasad y sentaos.

La conversación inicial había tenido lugar en el zaguán de las casas donde moraba Palencia en Sevilla, en el barrio de San Roque. El cronista indicó una puerta y pasaron a un saloncito iluminado por una ventana por donde entraba la luz y los ruidos de la calle. Se sentaron en dos butacones de madera enfrentados. Un criado entró con una bandeja en la que llevaba una jarra de vino y dos vasos de cerámica. Vertió el líquido en ellos y salió de la estancia. Los dos hombres levantaron sus copas y bebieron un sorbo.

—Buen vino, voto a tal. En esta tierra saben hacer bien este tipo de cosas —dijo Hernández Cabrón, secándose los labios con el dorso de la mano—. Estoy a vuestra disposición.

—Quisiera conocer de primera mano, y a través de una persona neutral como vos, vuestra opinión de la guerra de Canaria.

El capitán de mar se lo pensó una vez y dio un trago más antes de responder.

—¿Queréis que os sea sincero?

—Os lo ruego. Y os prometo que de esta conversación nadie sabrá nada.

—De acuerdo entonces. Lo primero de todo, con mil hombres es difícil vencer a seis mil o diez mil enemigos, que nadie sabe cuántos son, y menos en una guerra en la que los oponentes juegan con la ventaja de un terreno horrible para nuestro modo de guerrear. Es un país lleno de montañas altísimas y barrancos profundos y peligrosos. Toda una pesadilla para un jinete armado con casco, escudo, espada o lanza y embarazado con la coraza. Y los peones no les van atrás, que sin esas defensas, recibir una pedrada que va a la velocidad de un tiro de lombarda, duele mucho más.

—Es necesaria más gente, por lo que decís.

—El doble o el triple. O eso, o conseguir que algunos canarios se pasen a nuestro bando. No hay otra.

—Entiendo. ¿No ha habido contactos con los jefes canarios a tal fin?

—De quienes mandan hoy en día en la conquista es imposible esperar nada de eso. Buscan su gloria personal, no una paz pactada, y no se dan cuenta de que como llevan las cosas no van a lograr ni lo uno ni lo otro. En estos momentos, los canarios se creen poco menos que invencibles y en cierta manera, si no cambian las cosas, lo son. No quieren oír hablar de paces. Solo quieren que nos vayamos por donde hemos venido.

—¿Qué ocurre con los mandos de la conquista?

—Que quitado Rejón de en medio, que es el único que sabía lo que

se hacía en el arte de la guerra, los demás son una caterva de inútiles. El deán Bermúdez solo sabe huir cuando las cosas se le ponen feas, sin la menor estrategia de combate. Algaba se cuida mucho de salir del real amparándose en su cargo de gobernador, que no le obliga a guerrear aunque sepa hacerlo. Los capitanes segundones, o son muy jóvenes e inexpertos, o no tienen la iniciativa necesaria para tomar buenas decisiones. Ni siquiera el alférez, con buena voluntad, se salva, ya que se le da mejor la pluma de escribir que las tácticas de combate. Y del obispo, mejor no hablar, que no tiene idea de lo que es una guerra de verdad. Mejor que se quede en la iglesia.

—Pues como están las cosas, Rejón ha pedido audiencia a sus altezas para protestar por la actuación de Algaba y pedir que se le reintegre en el mando militar de la conquista. No sé qué harán nuestros reyes al respecto, es la segunda vez que viene de vuelta a Sevilla expulsado de la isla de la Gran Canaria, y no estoy seguro de que le den una tercera oportunidad.

—Lo que habría que hacer es cambiar a los actores. Hay que cesar en sus funciones a Bermúdez y a Algaba y mandar al obispo Frías a su diócesis de Lanzarote y que no vuelva de allí hasta que todo acabe. Su presencia, con sus llamadas continuas a la guerra santa y otras memeces, importuna a mucha gente en el real.

—¿Decís que hay que enviar de nuevo a Rejón a esa isla?

—Lo que digo es que hay que mandar a otra persona. Una que valga y no cree tantos conflictos.

—No es tan fácil. He pensado en varios candidatos, pero todos están ocupados en misiones cerca de sus altezas.

—Lo que necesitáis es un tipo curtido en la guerra contra los moros y todo tipo de infieles. Que no dude en tomar la espada al menor rebato y que conozca el África y las islas que lo rodean. Un hombre de ideas claras, tenacidad en el empeño, el pulso firme y muy pocos escrúpulos de conciencia.

—¿Existe un hombre así en Sevilla?

—En Sevilla tal vez los haya, pero no los conozco. Pero en Jerez sí que lo hay.

—¿Jerez? ¿El refugio del marqués de Cádiz? ¿No se tratará de él?

—Ya sabéis, don Alonso, que el duque ya se ha reconciliado con sus altezas, y no se trata de él, pero sí de uno de sus hombres cercanos.

—¿Y quién es?

—Pedro de Vera, regidor de la ciudad y uno de los capitanes más destacados en la guerra contra portugueses y moros, tanto en tierras de Extremadura y de Granada como en las costas de Berbería, a donde ha navegado decenas de veces.

El cronista Palencia se rascó la barba. Había oído hablar de aquel hombre, pero, al no tenerlo cerca, no se le había ocurrido su nombre

para la empresa canaria.

—¿Y creéis que Vera accedería a comandar la hueste de Canaria.

—Depende de lo que se le ofrezca. ¿Por qué no habláis de él a sus altezas?

1480

113

Toledo, 20 de febrero de 1480, tres meses después.

—¡Vive Dios, que hay gente en esta ciudad! —exclamó el capitán Pedro Hernández Cabrón, tratando de dirigir su caballo entre el gentío que atestaba las estrechas calles que ascendían hacia el alcázar, la fortaleza cuadrada que coronaba lo más alto de Toledo. A su lado, el caballero Pedro de Vera intentaba abrirse paso igualmente por la calle del Ángel a través de la muchedumbre que iba de aquí para allá, ocupada en mil menesteres. El marino prosiguió:

—Me comentaron en la posada de Ajofrín que esto se debe a tres razones: la primera, que hoy es día de mercado y han venido muchas gentes de los pueblos cercanos; la segunda, que se están celebrando cortes en la ciudad y los representantes de diecisiete ciudades de Castilla, con toda su cohorte de servidores, han aumentado sensiblemente la población local; y la tercera, que hace unas semanas que ha comenzado la construcción del que va a ser el monasterio de San Juan, y los obreros y las acémilas cargadas con los materiales de obra provocan más de un atasco en estas callejuelas.

—No sé si es el mejor momento para arribar a esta ciudad pero, siendo convocados por sus altezas, no tenemos elección. —respondió Vera.

—El esfuerzo de haber venido desde Sevilla bien va a valer la pena, ya lo sabéis.

—Sé lo que me habéis adelantado, señor capitán de mar, pero no estoy seguro de que no os guardéis algún naipe en la manga.

—No sé de qué me habláis —le contestó con una sonrisa maliciosa.

Los dos jinetes, acompañados de cuatro criados montados en sendas mulas, pasaron por la calle de santo Tomé, que les llevó a la inmensa catedral. Desde allí, subiendo por la calle del Comercio, llegaron a la plaza de Zocodover, antesala del alcázar real, edificio donde se

alojaban los reyes de Castilla y su corte. La vista de la imponente fortaleza, ante cuyas puertas se arremolinaba una multitud de servidores y peticionarios, hizo silbar a Pedro de Vera.

—Buenas defensas tiene este castillo, sería muy complicado forzarlo al asalto.

—Nadie lo ha hecho desde que se tiene memoria —comentó el marino—. El último rey moro lo entregó sin lucha hace cuatrocientos años y ahí sigue, inexpugnable y símbolo de la fuerza de los reyes de Castilla.

Los dos jinetes descabalgaron y encomendaron sus monturas a los criados. El capitán Hernández Cabrón sacó de una faltriquera las cartas reales que les convocaban a presencia de los reyes y se las exhibió a los guardas de la puerta en cuanto consiguieron llegar a ella.

Los centinelas debían estar sobre aviso, ya que uno de ellos les guio, cruzando el patio central, a las dependencias del otro lado del castillo. Esperaron en una sala de la planta baja, junto a otros personajes variopintos que aguardaban ser recibidos en audiencia por los reyes o por sus consejeros, hasta que apareció uno de ellos. El capitán Hernández Cabrón se levantó de inmediato para ir a su encuentro e indicó a Vera quién era.

—Ahí tenéis al contador Alonso de Quintanilla, nuestro valedor en la corte.

Un hombre pequeño y enjuto, calvo pero bien barbado, se acercó a ellos. Su figura contrastaba con la de Pedro de Vera, alto, de hombros anchos y con la tez morena de estar curtido en mil batallas.

—¡Por fin han llegado vuestras mercedes! —dijo a modo de saludo a Hernández Cabrón y a Vera. Se quedó mirando a este último—. Vos debéis ser don Pedro de Vera.

—Así es, señor contador —respondió el jerezano—. He acudido a la llamada de sus altezas en cuanto recibí su carta. Aquí, el capitán Hernández Cabrón se ofreció a acompañarme.

—Es imprescindible que esté aquí, ya que con él han de tratarse cosas de gran importancia. Y respecto a vos, señor de Vera, dos miembros diputados del Consejo Real quieren daros instrucciones sobre vuestra gobernación en la isla de la Gran Canaria.

Vera miró a los ojos del contador.

—Todavía no he aceptado el cargo —le dijo en tono firme.

El cortesano abrió los ojos de sorpresa durante un instante antes de volver a su usual expresión sosegada.

—Es una prebenda importante —replicó en voz baja—, y un alto honor.

—En Sevilla todo el mundo sabe que la conquista de Canaria no avanzará si no se cambia a las cabezas visibles que la dirigen en la actualidad. Si sus altezas quieren confiar en mí para que termine la

ocupación de la isla, tienen que escuchar mis condiciones.

—¿Os atrevéis a poner condiciones a sus altezas?

—Yo no he pedido que me den esa gobernación que todavía no existe. Para conseguirla hay que ganar la isla primero. Si quieren que ponga mi honra y mi vida en juego, es justo que se me escuche primero.

Quintanilla se echó hacia atrás inadvertidamente, como alejándose de un apestado.

—¿Qué es lo que queréis?

—En primer lugar, el mando absoluto de la conquista: tanto el militar como el gubernativo y judicial. Una vez conquistada la isla, nombraré a los miembros del regimiento y repartiré las tierras entre los nuevos pobladores. En pocas palabras: seré la ley y la espada, todo en uno. Y al que se me oponga en cualquier cosa, por pequeña que sea, lo deportaré o lo ahorcaré sin más preámbulos.

—Eso ya lo tenéis. Me imagino que habréis leído vuestras cartas de nombramiento.

—Las cartas dicen muchas cosas y luego no se cumplen. Quiero que sus altezas me lo digan en persona, con testigos delante.

—Mucho pedís, señor de Vera.

—Mucho me van a exigir si acepto el cargo. Y no es eso solo lo que solicito.

—¿Hay más?

—En segundo lugar, para ganar la isla es necesario que se envíen refuerzos en una cantidad importante. Hay que poner dineros sobre la mesa, algo a lo que sus altezas son renuentes, dicho sea con todo respeto. Si no hay dineros, no aceptaré la gobernación.

Hernández Cabrón también se sentía sorprendido con la salida de Vera, pero miraba divertido a Quintanilla, deseaba saber cómo iba a manejar aquel imprevisto.

—Van a haber dineros, os lo aseguro. Hay un estipendio para vos de treinta y seis mil maravedíes. Y para la conquista estamos hablando de casi un millón.

Vera no pareció impresionado.

—Los treinta y seis mil maravedíes es la mitad de lo que suelo ganar en una sola cabalgada en la costa de Berbería. Me interesa más lo del millón de maravedíes. ¿De dónde va a salir?

Quintanilla miró en derredor. Había demasiada gente en aquella sala de espera. Indicó una puerta a la izquierda.

—Hablemos en un lugar más privado.

Los tres hombres pasaron por un pasillo que terminaba en una estancia amplia llena de sacos y cajones, dedicada a almacenar vituallas. Tras comprobar que no había nadie en ella, Quintanilla se volvió hacia Vera y Cabrón.

—Sus altezas tienen múltiples objetivos, ahora que ha terminado la guerra con Portugal, con lo que el destino de sus ingresos debe dirigirse a cuestiones de mayor importancia que la conquista de la Gran Canaria. Ahora que ha desaparecido el peligro portugués, no tiene tanta premura.

—O sea, que no piensan poner ni un maravedí —dijo Vera.

—Digamos mejor que han pensado en otra solución diferente —respondió el contador.

—¿Qué solución es esa? —insistió el jerezano.

—Pedirlo en préstamo a unos particulares.

—¿En préstamo? —el tono de Vera era claramente irónico—. Bien sabéis que sus altezas pagan tarde y mal sus deudas. Es mal negocio prestarles dineros.

—No lo es tanto si se puede cobrar en especie.

—Hablad claro, señor contador.

—Es muy simple, a cambio de que esos particulares pongan el millón de maravedíes, se les concederá durante diez años el quinto que pertenece a sus altezas de todas las cabalgadas, presas y rescates que por el mar y por la tierra se hicieren. Todo lo que en buena guerra se consiga del enemigo, ya sean esclavos, ganado y todo tipo de bienes. Una presa de cada cinco irá a parar a manos de los prestamistas.

Vera hizo sus cálculos mentales con rapidez.

—¿Y quiénes van a poner el dinero? —preguntó.

Quintanilla miró a Cabrón y este se decidió a intervenir.

—Sus altezas han considerado la posibilidad de que seamos el señor contador aquí presente y un servidor. Ambos disponemos del numerario necesario para ello.

Vera miró a Cabrón y luego a Quintanilla. Ahora el sorprendido era él.

—Ya salió el naipe de vuestra manga, don Pedro. No hay nada como estar bien relacionado —dijo al marino, y se volvió a Quintanilla—. Si queréis que acepte la gobernación, quiero entrar en el negocio.

El contador y el capitán de mar se miraron, y el segundo no tardó en sonreír.

—Mi presencia en Toledo, viniendo con vos, no es casualidad. He venido a concertar, junto con el señor contador, la capitulación de la financiación de la conquista con sus altezas. Por mi parte no existe el menor reparo en que entréis en la sociedad.

Vera miró inquisitivamente a Quintanilla.

—Por mi parte tampoco —dijo el cortesano—. Seremos tres a repartir.

—A partes iguales —sentenció el jerezano.

—A partes iguales —asintieron los otros dos hombres.

—Y un último detalle. Si ese acuerdo va a durar diez años, aseguradme que me mantendré en la gobernación durante todo ese tiempo. Cuando acabe la conquista de la Gran Canaria, habrá que hacer cabalgadas en las otras islas y en la costa del África.

Quintanilla se lo pensó unos instantes antes de responder.

—Eso no lo tengo hablado, pero se puede conseguir.

—Dadme vuestra palabra —exigió Vera.

Quintanilla se sintió entre la espada y la pared. Cabrón también se lo exigió con la mirada.

—Tenéis mi palabra.

Entonces, Pedro de Vera sonrió por primera vez desde que entró en el alcázar.

—Bien, ahora podemos entrar a ver a sus altezas. No les hagamos esperar. No es de buena educación.

Cádiz, 22 de abril de 1480, dos meses después.

—No sabéis cómo celebro que sus altezas os hayan restituido en vuestro buen nombre y fama, don Juan.

El deán de Cádiz había recibido a Juan Rejón en sus casas del barrio del Pópulo, muy cercanas a la iglesia de Santa Cruz, perdida en la intrincada red de callejuelas de la ciudad costera. Rejón había llegado aquella misma tarde desde Sevilla, acompañado por treinta hombres, que habían solicitado y obtenido alojamiento en varias de las casas de los prebendados compañeros del deán.

—Y no solo eso, reverendo padre, también me han restituido la capitanía de guerra de la conquista. Y todo ello gracias a que, por fin, pude presentar mi memorial de agravios en Toledo ante los miembros del Consejo Real. Muchos soldados que volvieron de la Gran Canaria aceptaron comparecer como testigos a mi favor.

—¿Y qué resolvieron los consejeros?

—Ante la patente demostración de los crímenes de Pedro de la Algaba, como fueron planear traspasar en venta la isla de Canaria a manos del enemigo lusitano, operación abortada por las recientes paces, unido a su tiranía, el afrentoso lenguaje que usaba y una avaricia desmedida, el consejo ha ratificado las cartas otorgadas a mi favor en su día por los comisarios de la conquista.

El deán de Cádiz se santiguó.

—Lo de la tiranía, conociendo la altivez de Algaba, es muy creíble. Lo del afrentoso lenguaje, lo doy por seguro. Lo de la avaricia, pocas riquezas se pueden conseguir en esa isla, pero podría admitirlo. Pero lo de vender la isla a Portugal, ¿no creéis que es excesivo? Algaba era diputado de la Hermandad, un representante fiel de los reyes.

Rejón evitó la mirada directa de su amigo antes de responder.

—Eso dijeron los testigos. No fue cosa mía que saliera a la luz. Yo me limité a la tiranía y al desacato a las órdenes reales.

—¿Había algún representante de Algaba en la sesión que le defendiera?

—Pues no, pero poco podría haber hecho, ya que el número de testimonios en su contra era abrumador. Llevo conmigo una copia escrita de todos ellos.

El deán se rascó la barba, meditabundo.

—Entiendo. Os habéis salido con la vuestra. Se nota que tenéis buenos contactos en la corte.

—Han triunfado la verdad y la justicia. No lo dudéis.

El deán adoptó una expresión de falsa sorpresa.

—¿Yo? Si os creo a pies juntillas, y no sabéis lo que celebro la decisión de los consejeros. Pero han ocurrido algunas novedades que hay que tener en cuenta. ¿Sabéis lo de Pedro de Vera?

—Claro que lo sé. Ha sido nombrado gobernador de la Gran Canaria en sustitución de Algaba.

—Y también sabréis que se le ha concedido la jefatura militar y de gobernación de la isla. Estaréis a sus órdenes.

Rejón no pudo evitar soltar un bufido de ira.

—No me quedará otra.

—Vera llegará a Canaria y muy posiblemente abrirá juicio de residencia contra Algaba, como es usual en los cambios de corregidores y gobernadores. Pasará un tiempo antes de que Algaba vuelva a Castilla y aquí, como vos, también tiene valedores.

—Soy consciente de ello. Es familia política de los Lugo, que son unos intrigantes, sobre todo Juan de Lugo, que está retrasando los preparativos de la armada que debe llevar a Vera y los refuerzos a la isla.

—Pues Juan de Lugo ha prestado mucho dinero a sus altezas, aunque todo el mundo sabe que la mayor parte es de los Riberol. No es imaginar mucho pensar que pedirá clemencia y favor hacia Algaba.

—Por eso estoy aquí, amigo deán. Tengo que actuar de inmediato.

El deán dejó de rascarse y se atusó la barba.

—¿Actuar? ¿No deberíais embarcaros con Vera cuando este vaya a tomar posesión de su cargo?

—Hay que hacer justicia en la isla antes de que llegue Vera. Parto para la Gran Canaria mañana mismo en la carabela de Juan Boria, que está presta en la península de Sancti Petri.

—No sé si os entiendo. ¿Cómo pretendéis hacer justicia contra Algaba sin la presencia del nuevo gobernador?

—El alcalde puede detener al gobernador y abrirle proceso en caso de flagrante traición a la corona.

—¿El alcalde Cabitos? ¿Flagrante traición?

—Cabitos está de mi parte debido a las arbitrariedades de Algaba, que no le consulta para tomar decisiones. Y la traición quedará demostrada con las pruebas que porto conmigo, más los testimonios que recabaré sobre el terreno.

El deán se persignó.

—¿Estáis seguro de lo que hacéis, don Juan?

—Completamente seguro.

—¿No os estáis dejando llevar por vuestra animadversión hacia Algaba? Vais a usurpar las funciones de Pedro de Vera. Mirad que esto puede traer consecuencias impredecibles.

—En caso de urgencia y flagrante delito, no se usurpa nada, como ya os he dicho. Hay que hacer justicia, y de modo inmediato.

—Entonces, que Dios os coja confesado.

—Pues confesadme vos, ya que estamos.

Gáldar, 28 de abril de 1480, una semana después.

—No sé si ha sido buena idea dejar llegar a los castellanos hasta Gáldar, Doramas —dijo Tenesor—. Y menos permitir que entren en el poblado sin resistencia.

El jefe militar canario vigilaba el caserío de Gáldar desde el otro lado del extenso valle que se abría a los pies de la ladera donde estaba enclavada la localidad indígena. Amanecía a sus espaldas y la luz del sol comenzaba a reflejarse con matices dorados en la montaña de Gáldar, al frente. Al lado de Doramas, el guadnarteme y otros quinientos hombres vigilaban ocultos lo que ocurría en el valle.

—Confía en mí, Tenesor —respondió Doramas—. Ya voy conociendo a los castellanos. Quiero que perciban bien lo áspero que es el camino para llegar hasta aquí. Y que no van a encontrar nada de valor ni en el trayecto ni en el caserío. Eso les desanimará.

—No lo veo tan claro como tú. No me gusta la presencia de los invasores en nuestros hogares.

Doramas no perdía detalle de lo que ocurría más allá de la vaguada. En un momento determinado, señaló a un grupo de hombres que caminaban por la cima de la pendiente.

—Ese que ves allí, rodeado de guerreros, es el sacerdote Bermúdez, que es el perro faldero de su jefe, el obispo. Llevan cuatro días en nuestras casas y no las van a destruir, ya que pretenden utilizarlas para ellos, ahora y más adelante. Pero las cosas no les están saliendo como las tenían planeadas.

—¿Cuál crees que era su plan?

—El número de guerreros no es muy numeroso. No sé si salieron de Guiniguada con la intención de llegar tan lejos, pero la falta de oposición les ha hecho arribar a Gáldar sin más problema que lo complicado que es el camino. Sin embargo, se han encontrado con un problema serio: el abastecimiento. No estaban preparados para ocupar un poblado y ahora no saben qué hacer.

—Nos encargamos antes de salir de que no quedara nada que echarse a la boca en las casas, ni líquido ni sólido.

—Y lo están sufriendo. Y además, tú mismo ves que Acorán está de nuestra parte.

—Si te refieres al calor inusual que hace y al polvo caliente que está en el aire, te doy la razón. La sequedad del ambiente y el calor producen sed. Y los castellanos se quedaron sin agua ayer por la mañana.

—Así es, Tenesor. Las pequeñas partidas que salieron para buscar provisiones han tenido que volver hostigadas por los nuestros. Están sitiados en la ciudad que quisieron ocupar. En muy poco tiempo tendrán que tomar la única decisión posible: marcharse todos juntos en grupo compacto, porque no se pueden quedar. Ni siquiera pueden plantearse dejar unos cuantos para defender las casas, ya que no tienen esperanza alguna de avituallamiento.

—¿Y si hacen una salida para conseguir agua? Con ellos va Fernán Guerra, que conoce el lugar donde nace la fuente.

—No lo harán, Guerra sabe que está en un barranquillo fragoso y fácil de defender. Y se huele la realidad: que estamos aquí en gran número para defenderla. No se atreverán a atacarnos.

—La verdad es que, con este calor, solo con hablar del agua me da sed. Los castellanos deben de estar pasándolo mal.

—Eso es lo que deseamos todos, que sea una situación insoportable. Fíjate, ya empiezan a salir: ahora será cuando comencemos a hostigarlos. ¿Recuerdas las órdenes que di a los guaires de Moya, Arucas y Tamaraceite?

—Sí, que se colocaran en los altos de los pasos estrechos que tienen que cruzar los castellanos a su vuelta a Guiniguada.

—Vuelven sedientos y cansados, con la moral baja por la frustración de salir sin gloria de un pueblo ocupado y abandonado sin lucha. Frente a un enemigo invisible que saben que está ahí, al que oyen dando silbidos, pero que no ven. Y este calor ayuda de modo especial. Caeremos sobre ellos en los barrancos y los diezmaremos.

—No sé si es que Acorán te escucha o son tus dotes de estratega. Mira, los castellanos se marchan.

—Es normal, quieren alcanzar un lugar seguro donde pasar la noche, lo más cerca posible de su campamento de la costa.

Los canarios contemplaron cómo los castellanos salían en formación del poblado, y suspiraron aliviados cuando comprobaron que no lo incendiaban a su partida. Tal vez los extranjeros pensaran que era cosa fácil ocuparlo de nuevo. Doramas silbó la orden de que sus hombres se dejaran ver y siguieran a distancia, siempre desde lugares altos, a los invasores. Notó un revuelo de intranquilidad en los soldados cuando las siluetas de sus incontables guerreros se recortaron sobre el cielo blanco que comenzaba a vestirse de azul en lo alto de las colinas que dominaban el valle. La columna apretó el paso en dirección al naciente.

—Ahora, Tenesor, desplegarán a ambos lados de la columna a

hombres de a caballo para proteger los flancos.

El guadnarteme pudo observar desde la altura donde se encontraban cómo los jinetes hacían lo que predijo Doramas.

—Cuando lleguen a aquel promontorio, se llevarán una sorpresa —prosiguió el guaire principal.

Tres jinetes escalaron una pequeña colina que dominaba el camino por donde iban a pasar los peones. La cima estaba cubierta de aulagas, matorrales que se detenían al borde de un precipicio cortado a pico. En cuanto los caballos llegaron a lo alto y se volvieron hacia el valle, una veintena de guerreros canarios salieron de entre los arbustos en tropel y atacaron a los jinetes. Sin tratar de defenderse de las lanzas de los sorprendidos castellanos, los galdenses se dedicaron a clavar sus azagayas en el vientre de los animales. Los caballos se encabritaron al sentirse heridos y sus cabriolas arrojaron a los jinetes al suelo. Allí fueron reducidos de inmediato a golpes por sus atacantes. En unos instantes estuvieron fuera de combate.

—Desde luego que se han llevado una sorpresa —dijo Tenesor—. Ahora veremos cómo reaccionan.

Doramas lanzó varios silbidos a los suyos y una enorme gritería se escuchó en todo el valle. Los miembros de la columna castellana se replegaron sobre sí mismos y los jinetes restantes se agruparon, dispuestos a atacar el promontorio. En ese momento, los canarios que habían capturado a los castellanos los levantaron en brazos al borde del precipicio y arrojaron sus cuerpos al vacío. La caída era lo suficientemente alta para que todos adivinasen que no iban a sobrevivir al golpe. Después, les tocó el turno a los caballos. Y antes de que los jinetes se decidieran a subir la colina, los guerreros de Gáldar se retiraron con rapidez y desaparecieron de su vista.

—Esto les enseñará qué es lo que les espera si vuelven por aquí —dijo Doramas, exultante—. Y atento a lo que va a ocurrir ahora, Tenesor.

El guadnarteme estaba maravillado de comprobar cómo Doramas se anticipaba a los acontecimientos que se iban desarrollando.

—¿Qué va a ocurrir?

—Manda la columna el sacerdote Bermúdez. Espera un poco y lo verás.

Tenesor contempló cómo los soldados extranjeros reiniciaban su marcha en dirección a la salida del valle, pero esta vez a la carrera.

—Ahora no se van —sentenció Doramas—. Ahora huyen.

Playa de Las Isletas, 2 de mayo de 1480, cuatro días después.

—¡Ah del barco! ¿Quiénes sois?

—El nivel de potencia del vozarrón del escudero Miguel de Clavijo era suficiente para hacerse oír desde la orilla de la playa hasta la recién llegada carabela, que acababa de echar las anclas.

—¡Navío del capitán Juan Boria! ¡Desde Cádiz con cargamento de vituallas para el alcalde Cabitos!

Clavijo era el encargado en aquel momento de controlar la llegada de cualquier barco a Gran Canaria y de facilitar el desembarco, sobre todo si eran provisiones llegadas de Castilla.

—¡Sean bienvenidas esas vituallas! ¡Desembarcad presto, que se va a hacer de noche!

La tarde caía y el sol tomaba el camino de la montaña de Gáldar, que se veía a los lejos.

—¡Tenemos órdenes de que antes el alcalde compruebe que está todo lo que pidió! —respondieron desde el barco.

A Clavijo no le gustó demasiado la contestación. Daba la impresión de que los marinos no se fiaban de la gente que esperaba en tierra. En realidad, no era la primera vez que las mercaderías que se desembarcaban en la playa no llegaban en su integridad al real, debido a la atención especial que le dispensaban algunos soldados amigos de lo ajeno. El escudero se volvió hacia uno de los hombres que le acompañaban.

—Llamad al alcalde para que venga. Y que traiga un carro para cargar sus provisiones.

El soldado partió en una mula al trote rápido y los hombres de Clavijo se dispusieron a esperar la llegada de Cabitos.

Más de una hora después, cuando el sol estaba a punto de zambullirse en el mar, llegó el alcalde con varios criados.

—¿Decís que traen vituallas para mí? —preguntó al escudero.

—Eso han dicho, maese Esteban. Y exigen que subáis a bordo para comprobar que han traído todo lo que se encargó.

Cabitos disimuló la extrañeza que sentía. Allí había gato encerrado. Él no había hecho ningún encargo, ni en Cádiz ni en Sevilla, por lo

que recelaba de la invitación a acceder al navío. No obstante, conocía personalmente a Juan Boria y no esperaba nada malo de él. La curiosidad pudo con el alcalde y subió al bote que los del barco habían acercado a la playa, llevando consigo a un par de sus servidores. Los marineros bogaron con destreza y el esquife llegó a la borda de estribor de la carabela. Cabitos subió con cierta dificultad por la escalera de cuerdas que le tiraron y llegó a la cubierta principal. Un comité de recepción le esperaba allí. El primero en saludar fue el capitán Boria.

—Maese Esteban, sed bienvenido a mi barco.

El alcalde estrechó la mano que le ofreció el marino.

—Me alegro mucho de veros, maestre Juan. Y más si es cierto lo que dicen que traéis para mí.

El capitán de mar sonrió.

—En efecto, algo os traigo, y no solo son vituallas. Acompañadme al penol de proa, que quiero mostraros algo.

Cabitos, más tranquilo, siguió a Boria, que llegó a un espacio techado por la sobrecubierta de la parte delantera de la carabela. Allí, entre las sombras, esperaba un hombre.

—¡Válgame Cristo! —exclamó Cabitos, pasmado—. ¡El capitán Rejón!

El militar se acercó al alcalde y ambos se fundieron en un abrazo.

—Mi querido Esteban, ¿cómo estáis?

El alcalde no salía de su asombro.

—Encantado de veros, sin duda. Pero, ¿cómo habéis vuelto? ¿No tendríais que venir con el nuevo gobernador? Ya nos ha llegado la noticia de su nombramiento.

—Sus altezas me han encargado que venga antes y ponga un poco de orden antes de que arribe Pedro de Vera. Quieren que se encuentre la isla pacificada.

Cabitos arrugó el entrecejo ante la información.

—¿Y cómo pretendéis hacerlo?

Rejón sacó de su faltriquera una carta cuidadosamente doblada varias veces sobre sí misma y se la entregó a Cabitos. Este la abrió y se aproximó a un farol para leerla. La luz diurna estaba desapareciendo y apenas le permitía distinguir lo escrito.

—Es una provisión y cédula real de sus altezas —advirtió de inmediato.

—Eso mismo os he dicho. Leed, por favor.

El alcalde lo hizo en voz alta, más para él que para los demás.

—Dicen sus altezas, y leo textualmente, «que habiendo visto un proceso que mi gobernador de Canaria, Pedro del Algaba, hizo y fulminó contra don Juan Rejón, nuestro capitán de la conquista de ella, fallamos que lo que contra él intentado no hubo lugar por lo que

lo restituimos en su honor y buena fama y lo damos por libre». —El alcalde interrumpió la lectura y miró a Rejón—. Esta noticia nos llegó hace tiempo. No sabéis lo inquieto que se puso el gobernador.

Rejón sonrió a su vez.

—Seguid leyendo, os lo ruego.

El alcalde prosiguió con la lectura del documento.

—«Y le mandamos que vuelva a la dicha isla de Canaria y acabe su conquista como le estaba encargada. Y para ello, y para lo demás a nuestro servicio tocante, le damos poder y facultad».

—¿Veis que la carta está firmada por sus altezas y los miembros de su Consejo Real?

—Así lo parece, capitán.

—Pues bien, en virtud de los poderes que me han sido conferidos para terminar la conquista, os exhorto a vos, el juez alcalde de este real de Las Palmas, para que prendáis al gobernador y le abráis proceso por un delito de lesa traición a la corona.

Cabitos se quedó de una pieza. Solo reaccionó al cabo de unos instantes.

—¿Cómo habéis dicho?

Rejón sacó un par de escrituras encuadernadas del saco.

—Aquí traigo informaciones de testigos realizadas en el Consejo Real que lo prueban. Debéis cumplir y hacer cumplir la ley, como es vuestro deber. Mis hombres y yo os ofreceremos protección armada.

El alcalde no salía de su asombro.

—Pero, ¿sabéis lo que me estáis pidiendo? —protestó—. Nuestra amistad es estrecha y sincera, pero esto es excesivo.

Rejón adoptó su semblante más serio.

—Lo haréis, y así no sacaré a la luz los últimos documentos que traigo conmigo.

—¿Qué documentos? —la voz del alcalde le salió trémula.

—Otra información judicial en la que se prueba que vos estáis confabulado con el gobernador para vender esta isla a la corona de Portugal.

Cabitos abrió los ojos con desmesura.

—¿Me estáis acusando a mí de traidor?

—No soy yo quien ha testificado. Y esto es una copia. El original está en los archivos de la corte.

—¡Dios santo! ¡Os juro que jamás osaría hacer algo así!

—Y yo os creo, maese Esteban, pero un tribunal tal vez no lo haría. Si hacéis lo que os pido, nunca saldrá a la luz.

El alcalde trató de darle una vuelta al problema inesperado en que se veía envuelto.

—¿Y decís que sus altezas os han ordenado que pongáis paz deteniendo al gobernador?

—Entre las cosas que me encargaron al principio de la conquista, estaba la de proceder contra cualquier tipo de traición.

—Pero eso era antes del nombramiento de Algaba como gobernador.

—No me vengáis con tecnicismos legales. Tengo poder para prender a cualquier traidor, aunque sea el mismísimo gobernador. Y vos tendréis que abrirle proceso sumario.

Cabitos trató de evitar que se notase que le temblaban las manos.

—Sea —se rindió—. Le abriremos proceso.

Rejón volvió a sonreír.

—Escuchad: esta noche pondréis en la guardia del real al alférez Jáimez de Sotomayor con hombres de su confianza. A medianoche entraré en el campamento y vos me alojaréis en vuestra casa.

—¿En mi casa? —Cabitos veía que se complicaba enormemente su intervención en el asunto—. ¿Es necesario que sea en mi casa?

—Está frontera con la de mi cuñado, el alférez. En las dos pasaremos la noche los treinta hombres que vienen conmigo y yo. ¿Sabéis qué harán mañana el gobernador y el deán?

El alcalde no tuvo que pensarlo mucho.

—A primera hora estarán en misa. Es la fiesta de la invención de la Cruz.

A Rejón a pesar de la falta de luz, le brilló la mirada.

—Perfecto. Pues mañana iremos todos juntos a rezar a la casa del Señor, como buenos cristianos que somos.

Jerez, 3 de mayo de 1480, al día siguiente.

Lorenzo y Juan de Lugo entraron en Jerez por la puerta de Sevilla. Montaban sendas mulas que les habían hecho el viaje, de casi una jornada, más llevadero. Tras ellos, un grupo de criados vigilaban las acémilas que cargaban las mercaderías de los encargos que se disponían a vender en la ciudad.

—¿Iremos a ver a micer Adorno? —preguntó Lorenzo al socio comercial de los Riberol.

—Por supuesto, como siempre que venimos a Jerez. Pero antes quiero saludar a un viejo amigo jerezano.

—¿Un viejo amigo que yo no conozca?

—Es difícil encontrarlo en la ciudad, siempre está fuera. Si no encabeza una cabalgada en tierra de moros allende el mar, está sirviendo a los reyes como alcaide de Arcos o de Jimena, siempre cerca de la frontera con el reino de Granada. Es todo un personaje.

—¿De quién se trata, maese Juan?

—Pedro de Vera es su nombre.

—¿El mismo que ha sido nombrado gobernador en lugar de don Pedro de La Algaba?

—Exactamente. Y aunque don Pedro de La Algaba es familia cercana nuestra, la verdad es que no ha llevado bien las cosas en Canaria. Fue a la isla a arreglar las desavenencias entre las facciones allí existentes y lo que hizo fue empeorarlas.

—¿Y creéis que don Pedro de Vera tendrá éxito donde han fracasado otros?

Lugo miró de soslayo a Lorenzo.

—Lo creo. Vera está hecho de otra pasta. Tiene años de experiencia con moros y canarios porque ha hecho numerosas presas en sus costas. Sabe cómo tratarlos y que se avengan a sus intereses. Además, te conviene conocerlo por una causa muy concreta.

Lorenzo se sintió algo amoscado. No sabía a dónde quería llevarlo el mercader sevillano.

—¿Qué causa?

—Anoche estuve cenando con tu padrino Francisco, su hermano Cosme y el primo Batista. Todos estamos de acuerdo en que con Pedro

de Vera hay que enviar a uno de los nuestros a Gran Canaria. Con el nuevo gobernador el término de la conquista estará mucho más cerca y hay que tomar posiciones para cuando se produzcan los repartos de tierras.

Lorenzo trató de que la noticia no alterara su semblante, aunque le había inquietado.

—Y me imagino que tendré que ser yo quien vaya en nombre de la familia.

Lugo sonrió ante el tono resignado del joven.

—¿No te lo esperabas? No te creo tan ingenuo.

Lorenzo miró con expresión de reproche a Lugo.

—Podría haberle tocado a otro.

—Nadie tiene tanta experiencia en Canaria como tú, jovenzuelo. Te va a tocar a ti, así que hazte a la idea. Y tenemos que tener a alguien allí que le recuerde al gobernador los excelentes servicios que hemos realizado a sus altezas cuando comiencen a repartirse las tierras. Nos deben tocar de las mejores, con mucha agua.

—¿Seguís pensando en plantar cañas de azúcar?

—No es que sigamos pensando. La decisión ya está tomada. Micer Francisco de Riberol se ha puesto en contacto con nuestro colega Luca Salvago, el representante de Batista Lomellini en Madeira, y nos reservarán los plantones que necesitemos. Respecto al azúcar en Canaria no estamos hablando de si se va a plantar, sino de cuándo.

—Entiendo. Ya me imaginaba que los esfuerzos en ayudar a la financiación de la conquista debían tener su contraprestación.

—Todo lo que hacemos tiene un sentido, Lorenzo. Nunca lo olvides. Y prestarles dinero a los reyes también conlleva su riesgo, no lo olvides tampoco.

Los dos jinetes llegaron a una de las casas del barrio de San Mateo, cerca de la plaza del mercado.

—¿Don Pedro de Vera vive en el Rincón malillo? —preguntó Lorenzo al reconocer el lugar dónde se habían detenido.

Juan de Lugo sonrió de nuevo antes de comenzar a descabalgar.

—Si alguien tiene redaños para vivir aquí, a pesar de la mala fama que tenga este sitio, es don Pedro de Vera. Él no teme a nadie y todos le temen a él.

Juan de Lugo envió a uno de sus criados para que se adelantase y lo anunciara. Momentos después, eran admitidos dentro de un caserón que destacaba de los demás por un portal de piedra esculpida, con escudo de armas sobre la puerta. Otro criado les llevó por varios pasillos de la casa, fresca en un momento del año en el que se presagiaba el calor del verano que estaba a punto de llegar. El dueño de la casa se levantó de un diván de estilo morisco en cuanto vio entrar a Juan de Lugo.

—Los guardias de la puerta de esta ciudad dejan entrar a cualquiera —bromeó—. Ya no hay vergüenza en Jerez.

—Será porque los regidores, incluido vos, sois una banda de ladrones —replicó Lugo con una sonrisa.

Los dos hombres se abrazaron y en ese momento Lorenzo contempló de cerca las facciones de Pedro de Vera. Se quedó helado. Un sudor frío comenzó a recorrerle la sien. Conocía ese rostro, y el recuerdo no era bueno. En cuanto escuchó su voz, mientras intercambiaba más bromas con Lugo, se convenció del todo. Era el mismo hombre que, tantos años atrás, lo había apresado en su lugar de origen. A su mente llegaron decenas de imágenes desagradables de cómo le llevaron a un barco que tras días interminables arribó al lugar que luego supo era Sanlúcar de Barrameda. Y luego el otro viaje, casi tan largo, hasta acabar en los muelles de Génova, donde le esperaban sus nuevos amos, los miembros de la familia Riberol. Y quien le había vendido era aquel hombre, Pedro de Vera, a quien hubiera deseado no volver a ver jamás. Y ahora estaba allí, en su casa, y como invitado. Lorenzo se maravilló de los giros que daba el destino.

—¿Y quién es este joven que os acompaña?

La pregunta de Vera sacó de sus pensamientos a Lorenzo.

—Es Lorenzo, uno de los sobrinos de Francisco de Riberol —respondió Lugo—. Vino de Génova hace pocos años.

Vera miró directamente a Lorenzo a los ojos, sin ningún comedimiento. Por un momento, el joven temió que lograra leer sus pensamientos.

—¿No nos hemos visto nunca? —le preguntó.

Lorenzo trató de disimular su desazón y nerviosismo.

—No, que yo recuerde, mi señor —contestó.

—Es raro. Yo nunca me olvido de una cara —le dijo, rascándose la barba—. Ya me acordaré. ¿Estáis bien? Os veo muy pálido.

Juan de Lugo también se dio cuenta de la palidez sobrevenida de Lorenzo, pero no dijo nada.

—Debe de haber sido el viaje desde Sevilla. Muchas horas encima de una mula.

Vera se volvió hacia Lugo, lo que alivió a Lorenzo.

—¿No habéis venido por el río? Sois unos atrevidos.

—Me gusta admirar el paisaje de la campiña —respondió Lugo—. En este mes está preciosa.

—Eso es cierto —admitió Vera—. Este año las cosechas vienen bien. Tendremos grano en abundancia y buen vino, si Dios quiere. ¿Y qué os trae por mi casa, amigo Juan?

—En primer lugar, saludaros y daros, en nombre de nuestras familias, la enhorabuena por vuestro nombramiento como gobernador de la Gran Canaria.

Vera soltó una carcajada ruidosa.

—No sé si ese cargo es una maldición. Dicen que los habitantes de esa isla son duros de pelar.

—No os han tenido a vos de adversario.

—Desde luego. Sabré meterlos en cintura, y rápido, que quiero estar de vuelta en Andalucía cuando comience la guerra contra los moros de Granada.

—Es solo un rumor que sus altezas quieran entrar en guerra.

—Habrá guerra, maese Juan, no lo dudéis. Y no quiero perderme la diversión. Por eso deseo acabar con la cuestión canaria cuanto antes.

—Pues todos lo celebraremos, ya que tenemos planes de instalarnos en la isla.

Vera volvió a reír.

—Y por eso estáis aquí. Para recordármelo.

—No seáis tan mal pensado. Solo cultivo nuestra vieja amistad.

—También cultiváis vuestra bolsa, y la de vuestros socios genoveses. No os censuro, hacéis bien, es vuestro papel. Sus altezas me han hablado de los buenos servicios que les habéis prestado. No os preocupéis, que seréis bien recompensados.

—Ahora sí que ya no nos preocuparemos —volvió a bromear Lugo.

Vera sonrió, aunque la sonrisa le duró poco.

—Solo me inquieta ese intrigante de Rejón. ¿Sabéis que se embarcó hacia la Gran Canaria sin mi permiso?

—Algo he oído.

—No me gusta. Y solo Dios sabe lo que puede estar tramando en la isla. Espero que Algaba sepa ponerlo en su lugar.

—Conociendo a Algaba, y dado que se conocen desde hace tanto tiempo, seguro que sí. ¿Acaso lo dudáis?

Real de Las Palmas, 3 de mayo de 1480, mismo día.

La iglesia de San Antón fue el primer edificio de piedra que se levantó en el real, al mismo tiempo que la torre. De reducidas dimensiones, no cabía dentro toda la hueste, por lo que muchas misas se hacían en el exterior, al otro lado del barranco de Guiniguada, un lugar que, como había que cruzar el riachuelo para llegar a él, los sevillanos comenzaban a llamarlo jocosamente Triana. Pero el día tres de mayo la misa se celebraba en la pequeña iglesia, todavía sin apenas ornamentos, en la que los fieles, salvo el gobernador, permanecían de pie durante el oficio. Decía la misa el obispo Frías, que aprovechaba aquellas ocasiones para tratar de subir el ánimo de los castellanos, cada vez más escaldados de las continuas derrotas en sus entradas al interior de la isla. De la última, la de Gáldar, escaparon la mayoría, pero más a costa de imprimir velocidad a sus pasos que al enfrentamiento victorioso con los canarios.

Aquella mañana soleada los capitanes, escuderos, adalides y mandos intermedios ocupaban casi la mitad del templo, situados detrás del gobernador, el deán y el alcalde, que ocupaban la primera fila.

Uno de los capitanes, Fernando Valdés, se acercó por detrás a Alonso de Lugo y le susurró al oído.

—Se rumorea que en el último barco ha llegado Rejón, y que está escondido a bordo.

Lugo se volvió hacia su colega, intrigado, y le preguntó en voz baja.

—¿Se rumorea? ¿Quién lo ha dicho?

Valdés esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

—Se dice el pecado, no el pecador. Ya sabéis que en el real se pueden mantener muy pocos secretos. Tal vez convendría estar armado, nunca se sabe lo que puede pasar. Os lo digo porque sois compadre del gobernador.

—Es mi tío político, no mi compadre, pero para el caso es igual. Os voy a hacer caso.

Lugo tocó el hombro de otro capitán, Juan de Hoces, muy fiel al gobernador, y le habló al oído.

—Juan, acompañadme a mi casa, que tengo una mala sospecha y es menester que andemos armados.

El joven oficial le miró sorprendido, y le contestó en voz queda.

—¿Hay que armarse? ¿Atacan los canarios?

—Tal vez algo peor. Vamos.

Los dos hombres se movieron hacia el espacio central y salieron con discreción de la iglesia cuando el obispo terminaba el prefacio de la misa.

Fuera del templo, en la plazoleta allí existente, había numerosa tropa esperando el final del oficio religioso. La salida de Hoces y de Lugo no pasó desapercibida, aunque estos no dirigieron la palabra a nadie. En cuanto se perdieron de vista tras una esquina, uno de los criados del alcalde Cabitos corrió hacia su casa. Entró sin llamar y recorrió las estancias hasta dar con la que ocupaba Juan Rejón.

—Señor, mi amo me encargó que os avisara si ocurría algo extraño.

Rejón esperaba, equipado para el combate, la señal que tenía que enviarle el alcalde para intervenir. Habían acordado que fuera al final de la misa, para no enfrentarse al obispo.

—Decidme qué ocurre —le intimó.

—Los capitanes Lugo y Hoces han salido con prisa de la iglesia, sin duda para tomar sus armas.

—Pues no hay que esperar más. Lo siento por la misa, pero a veces hay cosas más importantes que el Te Deum.

Rejón recorrió la vivienda avisando a sus hombres, que tomaron sus armas y le siguieron. Los que se habían apostado en la casa vecina del alférez lo hicieron también. Apenas un par de esquinas después llegaron a la plaza de la iglesia. La aparición de un tropel de hombres armados a paso ligero, con Rejón a la cabeza, hizo enmudecer de sorpresa a quienes se encontraban allí, que les cedieron el paso de inmediato.

Rejón y siete de sus hombres entraron en la iglesia y se abrieron hueco a empellones. El rumor de las protestas interrumpió la letanía del obispo, que estaba llegando al Sanctus de la misa encarado hacia el altar. El prelado se dio la vuelta justo en el momento en que Rejón y sus hombres rodeaban al gobernador y al deán.

Rejón, haciendo caso omiso a la mano que le tendía el deán cuando se recuperó de la sorpresa de verlo allí, asió del brazo a Algaba.

—¡Sal fuera, traidor, quieras o no quieras!

Algaba, viéndose asido por varias manos, salió de su estupefacción un instante después.

—¿Cómo os atrevéis? ¡Y en la casa del Señor!

—Cree que poco tiempo os valdrá para vuestra salvación el encontraros en una iglesia. Si hubiera dado con vos en otro sitio, inútilmente esperaríais el más breve momento para vuestra vida.

—¿Con qué autoridad pretendéis prenderme? ¡Soy el gobernador!

—Ahora hay nuevo gobernador, y traigo una carta de sus altezas con poderes para actuar contra los traidores —respondió Rejón, que se dirigió a Cabitos y, sacando de su jubón un documento, se lo entregó.

—Leedlo, señor alcalde, hacedme la merced.

Cabitos tomó el papel que se le ofrecía, lo abrió y, disimulando el hecho de que conocía su contenido, al ver las firmas lo besó y lo puso sobre su cabeza, como carta enviada por los reyes.

—¿Está firmada por sus altezas? —preguntó en voz alta Rejón.

—Esta vez sí —respondió el alcalde.

—¡Salid fuera para esas cosas! —protestó el obispo, indignado por la interrupción de la misa—. ¡Esta es la casa de Dios!

Rejón hizo una señal a sus hombres y estos hicieron salir al gobernador y al deán, a los que siguieron todos los presentes, dejando al obispo solo en la iglesia.

Una vez fuera, Cabitos llamó al escribano Pedro de Argüello y le pidió que leyera la carta en voz alta. A su término, todos los simpatizantes de Rejón allí congregados, que eran muchos, comenzaron a dar vivas al capitán recién llegado, sin que los partidarios de Algaba, muchos menos, supieran reaccionar.

—¡Llevad al gobernador a la casa del alcalde! —ordenó Rejón a varios de sus hombres.

Una voz en grito paralizó a los congregados en la plaza.

—¡Deteneos, vive Dios!

Alonso de Lugo y Juan de Hoces habían llegado a la plaza, ataviados con el equipo de guerra al completo y exhibiendo sus espadas desenvainadas. El primero había lanzado la imprecación. Rejón no se lo pensó dos veces, desenvainó su espada y ordenó a los seguidores que tenía repartidos por la plaza.

—¡A ellos!

Lugo y Hoces no esperaban tener que enfrentarse a los más de veinte hombres a la vez que les atacaron. Lograron detener a duras penas con los escudos un primer embate. Hoces hirió a uno de los agresores en el brazo.

—¡Han hecho sangre!, ¡Ahora, sin cuartel! —voceó Rejón.

La herida del compañero y la exhortación del capitán enardecieron a sus hombres, que arremetieron con furia contra los dos capitanes. Hoces fue atravesado por debajo de la coraza, en el bajo vientre, y al caer fue rematado por tres hombres a la vez. Lugo, sorprendido y amedrentado, vio que el asunto se le iba de las manos y, tras rechazar un último ataque, arrojó sus armas al suelo.

—¡Misericordia para un capitán del rey! —gritó, alzando sus brazos.

—¡Alto! —rugió Rejón— ¡Dejadlo con vida y prendedlo!

Lugo, aliviado al ver que no acababan con él, se dejó hacer y, a empellones, fue llevado con el gobernador y el deán a la casa del alcalde.

Rejón se volvió hacia el gentío—. ¡De inmediato se comenzará a hacer información sobre la traición del gobernador! ¡Necesitaré testigos de su iniquidad! ¿Alguien quiere testificar?

Decenas de brazos se levantaron al requerimiento de Rejón.

Real de Las Palmas, 25 de mayo de 1480, tres semanas después.

El obispo Juan de Frías anunció su llegada a uno de los guardias que custodiaban la puerta de la torre. Juan Rejón lo había hecho llamar y el prelado no había tardado mucho en recorrer las dos calles que separaban la iglesia de la fortaleza. El ambiente en el campamento seguía algo confuso. De una parte, los simpatizantes de Rejón, envalentonados, se habían enseñoreado del real y caminaban armados en grupos para dejar claro a los demás cuál era la facción que mandaba allí. Los partidarios de Algaba y Bermúdez, menores en número, evitaban el encuentro con ellos y se reunían en casas de uno y de otro, pero nunca de modo abierto. La prisión del gobernador y del capitán Lugo, así como la retención del deán dentro de la iglesia, favor especial que arrancó el obispo a Rejón, los irritaba sobremanera, pero entendían que no era el momento de un enfrentamiento violento.

Uno de los guardias salió del interior de la torre y comunicó al obispo que podía entrar, que el capitán general le recibiría en ese momento. Frías subió renqueante la oscura y estrecha escalera de piedra que le llevó al primer piso, donde le esperaba Rejón. Este se levantó de la silla en la que se hallaba sentado y acudió a recibirlo.

—Muchas gracias por venir, ilustrísima —le dijo.

—Es lo menos que puedo hacer —respondió el religioso—, estoy muy preocupado, hijo mío.

Rejón le indicó una de las sillas de la estancia y ambos se sentaron.

—No sé por qué tenéis que estar preocupado, padre.

—Es por ese proceso que habéis iniciado. Las consecuencias del mismo pueden ser nefastas para todos.

Rejón comenzó a sentirse incómodo.

—Es la justicia del rey, nada más. Tenemos a varios reos de alta traición que deben ser juzgados por su flagrante delito.

—Vos sabéis que ni Algaba ni mi deán son traidores. Se les puede acusar de otras cosas, pero no de ser infieles a la corona.

—A las pruebas habrá que remitirse, ilustrísima. Ha habido tantos testigos acusadores que la toma de testimonios ha llevado varios días. Casi se le acaba el papel al escribano.

—Todos mienten, y que Dios les perdone. El alcalde Cabitos ha actuado con un celo completamente inusual. Sospecho que algo teme de vos.

—¿De mí? Yo no intervengo para nada en el proceso.

—Vuestra sombra se cierne sobre todo este asunto. También estoy preocupado por vos, por vuestra salvación.

Rejón se levantó y dio varios pasos alrededor de la mesa que presidía la cámara, malhumorado.

—Yo estoy en paz con nuestro Salvador, por mí no penéis. Os he llamado para comunicaros que ya hay sentencia en el juicio sumario que se ha incoado contra los acusados.

Frías sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Y qué habéis decidido sobre ellos?

Rejón miró con animosidad al obispo.

—Yo no he decidido nada. El juez es el alcalde don Esteban Pérez de Cabitos, que ha llegado a la conclusión de que los acusados son culpables, en distinto grado, del delito que se les atribuye.

—Culpables —repitió el obispo, más para sí que para el capitán.

—En efecto, y bien sabéis que para el delito de traición las penas son severas.

—Es lo que me temía.

—Para el cabecilla, Pedro de la Algaba, no hay otra pena que la muerte. Para los demás, incluyendo al deán Bermúdez y al capitán Alonso de Lugo, el destierro perpetuo de la isla. Y creo que el alcalde ha sido en extremo generoso

Frías se mantuvo callado unos instantes, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar.

—Es una sentencia dura. Espero que tanto el alcalde como vos sepáis lo que estáis haciendo.

—Yo solo soy el brazo de la justicia que dicta el alcalde. Y quiero pediros una cosa más.

—¿A mí? ¿Qué puede hacer un humilde obispo por vos?

—Quiero que acompañéis al deán en su destierro. Al menos hasta que se calmen las cosas por aquí. Muchos de mis hombres comentan que conspiráis contra mí en favor de él.

El obispo abrió los ojos, sorprendido.

—¿Que yo conspiro? ¿De dónde han sacado esa idea? Creo que os estáis volviendo todos locos.

—Locos o no, creo que es conveniente que estéis ausente de esta isla por un tiempo. Y de manera inmediata. Os doy una semana para marchar a Lanzarote, donde está la sede de vuestra diócesis, o a donde os plazca.

—¿Me desterráis también?

—Digamos que os pido ese favor a cambio de haber abogado por

vuestro deán, que posiblemente hubiera merecido la misma pena que el gobernador.

—Sabéis que esta sentencia puede que no sea del agrado de sus altezas, que todo se va a saber.

—Puede que no lo sea, o que me premien por ello. Ya se verá en su momento. Ahora, idos en paz, que tengo otras cosas que hacer.

El obispo miró con frialdad una vez más a Rejón y se marchó sin despedirse. El capitán esperó a que se fuera y de la habitación anexa surgió el alcalde Cabitos.

—¿Habéis escuchado al obispo? —preguntó Rejón.

—Imposible no hacerlo. Algo se recela.

—Lo que diga Frías no es trascendente. Está contento con haber salvado a su deán. Es un hombre de carácter débil, no hará nada.

—Eso espero.

—¿Habéis comunicado la sentencia al reo principal?

—Acabo de hacerlo. Un trago duro de pasar.

—Estáis haciendo justicia. Solo eso.

—Lo que queráis, pero se ha puesto hecho un basilisco.

—Que rabie, que ya me tocó a mí rabiar por dos veces, y me tuve que aguantar. Habrá que disponerlo todo para ejecutar la sentencia en cuanto el obispo, el deán y los secuaces que quieran marchar con ellos salgan de la isla. En una semana a lo sumo.

—Me permito recordaros que Algaba tiene derecho a apelar ante sus altezas.

Rejón meditó un momento sobre la última frase del alcalde.

—Eso sería si el delito fuera otro, pero no con el de traición. Vos sabéis que he sido durante bastante tiempo uno de los oficiales principales de la Hermandad. Cuando atrapábamos a un delincuente en delito flagrante, la sentencia y la pena se cumplían de modo inmediato.

—Por asaetamiento, lo sé. Habéis sido famosos por ello.

—Y acabamos con la delincuencia en los caminos andaluces. La forma de actuar en este caso será la misma, la ejecución tendrá lugar en un plazo no superior a diez días.

—Espero que todo este asunto no se vuelva contra nosotros.

—No necesito recordaros que tengo la confianza de sus altezas y de los miembros del Consejo Real. Y ahora, id a dar publicidad a la sentencia con el pregonero. Que todo el mundo sepa cómo actúa la justicia del rey.

Cabitos, con el semblante demudado, salió de la cámara principal, dejando solo a Rejón. Este no tardó en decidirse a subir por la escalera al piso superior, donde se encontraba la celda en la que él mismo se había visto preso, ocupada ahora por Algaba. Llegó a la puerta y atisbó por un ventanuco su interior. El gobernador se encontraba

sentado en un catre, completamente abatido.

—¿Ya os han comunicado la sentencia? —le preguntó.

Algaba levantó la mirada hacia la voz y su expresión cambió a la de una profunda ira.

—Sois un malnacido, Juan Rejón. Y pensar que una vez os consideré mi amigo. ¡Qué gran error!

—Ese error fue compartido. El primero en ser traicionado fui yo por vos. Os dejasteis engatusar por ese tendencioso cobarde del deán.

—Vuestro orgullo pudo con vos. Os recuerdo que llegasteis a decir que eráis el todo en esta conquista.

—Lo era y lo soy, no me desdigo de mis palabras.

—El nuevo gobernador os pondrá en vuestro lugar. Estad seguro de ello.

—Todo se verá en su momento. Aunque vos no lo veréis.

—Voy a apelar la sentencia a la reina. En la corte se me escuchará como es debido, con las garantías que debe de tener todo proceso judicial, y no la pantomima que habéis perpetrado aquí contra mi persona.

—No se os va a conceder la apelación. Los reos de alta traición no la merecen.

Algaba se levantó de un salto y se dirigió a la puerta.

—¡No podéis hacerme eso! —dijo, golpeándola con los puños.

—Claro que puedo —respondió Rejón fríamente—. Y así se hará. Tenéis tiempo para poneros en paz con el Altísimo.

—¡Estáis saltándoos todas las leyes! ¡Mi muerte caerá sobre vuestra conciencia, la verdad se sabrá y tendréis vuestro justo castigo!

—La única verdad es la que está en los papeles. Sois reo de alta traición y vais a ser ejecutado por ello.

—¡Maldito seáis! Si me matáis, os estaré esperando en el infierno. ¡Y allí estaréis conmigo antes de un año!

Rejón se sorprendió de la maldición. No la esperaba.

—Tal vez debimos haber añadido a los cargos el de brujo y hechicero, ya que parecéis conocer tan bien el futuro. No hay cuidado, hacedme sitio junto al demonio, pero no estéis seguro de que vayáis a tener más favor de él que yo mismo.

Segovia, 1 de junio de 1480, una semana después.

—Buenos días, querida tía, ¿me habéis mandado llamar?

Doña Beatriz de Bobadilla se encontraba en una de las estancias nobles del alcázar, donde su esposo, Andrés de Cabrera, ejercía su oficio de tesorero real. Tejía a mano un paño de lana con la intención de hacer un sayo nuevo para su marido de cara al siguiente invierno, que en Segovia siempre era crudo. La entrada de su sobrina la sacó de su concentración. La miró y le sonrió. Su belleza iba cada día en aumento y cualquier familiar no podía sino sonreír al contemplar ese regalo de la naturaleza en forma de muchacha.

—Pasa, Beatriz, que quiero hablar contigo.

La joven se acercó y se sentó en un escabel, a los pies de su tía. La miraba con curiosidad.

—Decidme pues.

—Ya sabes que tus padres estuvieron aquí el pasado domingo. Después de misa hicimos una comida privada.

—Lo sé, ellos me lo contaron.

La tía perdonó con un sutil parpadeo la interrupción.

—¿Te contaron de qué hablamos?

La joven quedó algo confusa.

—Pues no me dieron detalles. De cosas vuestras, supongo.

—Hablamos de cosas nuestras, como dices, pero también de otras que te atañen a ti.

—¿A mí? —Beatriz se sorprendió de la revelación.

—Ya eres toda una mujer, y va siendo hora de que busques partido.

La sobrina abrió los ojos como platos.

—¿Creéis que debo comenzar a pensar en desposarme?

La tía asintió con dulzura.

—Me comentaron tus padres que coincidieron en Medina del Campo con un caballero que estaba interesado en conoceros.

Beatriz comenzó a ruborizarse.

—¿A mí? ¿Y le conozco?

—Todavía no, pero todo puede andarse. Es el maestre de la orden de Calatrava.

—¿Un maestre? ¡No pretenderéis casarme con un viejo! Quisiera un

marido joven y guapo.

La tía sonrió ante la salida de su sobrina.

—Don Rodrigo Téllez Girón proviene de una de las estirpes más importantes de la alta nobleza de Castilla. El hecho de que esté interesado por ti es todo un honor. Recuerda que los Bobadilla somos nobles, pero no de primera fila.

—¿Los girones no eran enemigos de su alteza doña Isabel?

Doña Beatriz se dijo que debía ser paciente con su sobrina y explicarle las cosas. Suspiró y se puso a ello.

—Los hermanos Pedro Girón, maestre de Calatrava, y Juan Pacheco, marqués de Villena, fueron los nobles más levantiscos que verse pudo en la Castilla del finado rey Enrique.

—¿El que llamaban “el impotente”?

Doña Beatriz pareció impacientarse.

—No hagas caso de ninguna maledicencia, que en esta tierra son muchas y muy crueles. Lo que sí es cierto es que no era un rey con tanta fuerza y poder como su medio hermana, nuestra reina doña Isabel. Los Girón le hicieron la vida imposible al pobre don Enrique, y cuando su hermana subió al trono sus hijos y primos se opusieron a ella, formando en el bando de doña Juana, la supuesta hija del rey.

—¿Juana “la Beltraneja”?

—Haz el favor de no repetir ningún mote más.

La joven adoptó una expresión de arrepentimiento.

—De acuerdo, perdonad.

—Por fortuna, no mucho después de comenzar la guerra con Portugal, los Girón se pasaron al bando de nuestra reina y lucharon con ardor en su favor. De los hijos de don Pedro, Alfonso, el primogénito, es el conde de Ureña, y Rodrigo, el segundo, ha heredado el maestrazgo de la Orden de Calatrava. Y no es un viejo, tiene apenas veinte años.

—¿Y es guapo?

—Dicen que es buen mozo y bien parecido.

—Eso está mejor.

—Pues lo que decía, tus padres y yo hemos decidido que sería bueno que conocieras a tan distinguido caballero. Vamos a organizar un encuentro en casa de una buena amiga, doña María de Acuña, un lugar apropiado para esas cosas.

—¿Tendremos que ir a Valladolid? ¡Me encantará viajar!

—A todos nos hace falta un poco de movimiento. Este invierno ha sido particularmente frío y el buen tiempo ya está llegando.

—Estupendo. Tendré que hacerme un nuevo vestido para la ocasión ¿no lo creéis?

La tía se rio con la ocurrencia.

—Claro que sí. Tienes que estar más esplendorosa que nunca ese

día.

Una duda ensombreció el rostro de la joven.

—Pero, esperad un momento. Si no recuerdo mal, un maestre de orden es un religioso, sometido a la regla monacal. ¿No está obligado al voto de castidad y con ello se les prohíbe contraer matrimonio?

Doña Beatriz volvió a impacientarse.

—Todavía tienes que aprender mucho, hija mía. ¿Para qué crees que están las bulas papales de exoneración de esos votos? Y ahora que tenemos al arzobispo de Valencia, don Rodrigo de Borja, como decano del colegio cardenalicio en la corte del Vaticano, eso está hecho.

Real de Las Palmas, 2 de junio de 1480, al día siguiente.

—¿Está todo listo? —preguntó Rejón al alguacil.

—Todo preparado, señor. Empezaremos en cuanto lo ordenéis.

—¿Han acompañado los frailes al reo durante la noche para ayudarlo a bien morir?

—Así es. Fray Alonso y fray Mendo han estado de vigilia confortándole y diciéndole que muriese como cristiano, que Dios tendrá piedad de su ánima. Hasta han llegado a decirle que creyese que Nuestro Señor le quería dar este martirio para su salvación eterna. Ha confesado sus pecados y le han administrado el viático.

—Si es así, empecemos ya, que es hora.

El sol se aproximaba a su cenit en un día despejado que prometía calor cuando el cortejo de la ejecución de Pedro de La Algaba se puso en movimiento. Dada la cercanía de la torre de la plaza de San Antón, donde iba a aplicarse la pena de muerte, Rejón había dispuesto que dieran un rodeo por varias de las callejuelas del caserío en que se iba convirtiendo el real. Los habitantes del campamento estaban obligados a presenciar la procesión, de modo que quedara patente el poder de los reyes y de quienes los representaban.

El desfile era encabezado por el alférez, que portaba el pendón de la conquista. No se veía a Jáimez muy contento de ser protagonista de aquel evento. A su espalda, seis hombres tañían trompetas, añafiles y aporreaban los atabales, anunciando su llegada. Tras estos marchaba el propio reo, vestido con ropas de luto, a lomos de una mula y sin las manos atadas, dado su carácter de noble, aunque fuera de segunda fila.

Lo usual hubiera sido que el reo fuera en camisa, montado en una acémila, con una soga de esparto a la garganta y con las manos atadas, pero el alcalde insistió en que el condenado merecía una muerte más digna. Por ello, iba a ser degollado en vez de ahorcado, como era el sistema de ajusticiamiento más corriente.

Siguiendo al reo caminaba el pregonero, que gritaba tratando se superponerse al ruido de las trompetas y de los tambores.

—¡Esta es la justicia que mandan a hacer los reyes nuestros señores

a este cruel tirano y usurpador de la corona real! ¡En pena de sus traiciones y maldades mándanle degollar por ello!

En pos del pregonero caminaban Rejón, Cabitos, el escribano Argüello, que iba a levantar acta de lo que sucediera, y los principales capitanes de la conquista. Después de los militares, los frailes, que no paraban de rezar y pedir en voz alta por el alma del gobernador. Un número importante de soldados fieles al capitán general seguía a esta comitiva, mientras otros grupos más pequeños se encontraban apostados en algunas esquinas, por si ocurriese algo inesperado que hubiera que evitar.

Al contrario de lo que Rejón esperaba, no hubo vituperios ni gritos en contra del reo, que desfiló con la cabeza alta y la mirada fija en el frente.

Llegaron al fin a la plaza de San Antón, donde se había levantado un cadalso de madera. Algaba descabalgó, y acompañado de los frailes que le exhortaban a que muriese con Dios, subió a lo alto. Se había dispuesto por los religiosos que la ejecución se realizase sobre un tapete tendido con una cruz delante. El gobernador se arrodilló frente a la cruz y rezó unos instantes. Se levantó y dio unos pasos por el patíbulo. Si pretendió hablar al público, el escándalo que formaba el ruido de los instrumentos se lo impidió.

Rejón y los capitanes se colocaron frente al entarimado y todos dirigieron la vista hacia el primero, esperando que diera la orden.

—Procedan como ordena la justicia real —dijo al jefe de los soldados.

El verdugo esperaba en el tablado. A pesar de su capucha, todos sabían que era Blasico, un esclavo negro del capitán Valdés, que lo había cedido para que desempeñase tal función. Ante la indecisión del esclavo, Algaba le dirigió la palabra:

—Cumple con tu deber.

—Perdonadme, señor —le dijo el verdugo—, que a pesar mío me veo forzado a acabar con vuestra vida.

—Estáis perdonado. Solo te pido que con la cuchilla bien afilada me degüelles de un rápido y solo tajo.

Sacó el verdugo una cuerda de cáñamo, y al verla, Algaba le detuvo con la mano.

—No es correcto atar con una cuerda estas manos de soldado. Más decoroso será que me las sujetes a la cintura con esta cinta de seda de mi manto.

El esclavo tomó la cinta y así lo hizo. Algaba se dirigió a uno de los frailes.

—Pedid, padre, humilde perdón a todos en mi nombre, y rogad por mí.

El religioso se deshizo en letanías y persignaciones mientras Algaba

buscó con la mirada a Rejón, que se la sostuvo.

—Ya sabéis dónde os espero —le dijo, aunque apenas se escuchó por la estridencia del ruido que presidía el ambiente. Rejón pudo leer los labios del condenado y sintió un estremecimiento, del que se sobrepuso de inmediato.

Algaba se dejó vendar los ojos y se arrodilló, inclinó el cuerpo y esperó a que actuase el verdugo. El ruido de los tambores cesó de repente y se hizo el silencio. Blasico blandió el cuchillo y cumplió la última voluntad del reo. El tajo fue rápido y eficiente.

Cádiz, 23 de julio de 1480, un mes y medio después.

Lorenzo contempló desde el muelle el esquife que le llevaría a la carabela que se disponía a zarpar rumbo a la isla de Gran Canaria, con el nuevo gobernador Pedro de Vera a bordo.

Lo miró, imaginándose que él, en el último momento, se daría la vuelta y evitaría la larga semana que se tardaba en llegar al archipiélago. Desde Cádiz se arribaba al puerto de Alejandría en cuatro jornadas, o menos, en función del capricho del viento, por lo que una semana se hacía larga.

Lorenzo se sentía presa de sentimientos encontrados. Estaba muy a gusto en Sevilla, sin más problemas que, por un lado, comprobar que el género que se producía en las fábricas de aceite y jabón de los Riberol llegara a los mercados de destino sin que se distrajera ni media arroba. Y por otro, que los pagos se realizaran en la fecha acordada, que los dineros debían llegar cuando tenían que llegar, pues mucha gente dependía de ese detalle.

Sin embargo, y nunca se lo hubiera reconocido a nadie, escuchaba en su mente continuamente una llamada que le atraía a la isla que superaba todas sus prevenciones: los ojos negros de una muchacha canaria llamada Naira. Al igual que ocurría con algunas jóvenes andaluzas, otras tantas canarias embrujaban con una sola mirada. Y él, Dios le cogiera confesado, se consideraba algo embrujado. No del todo, pero una parte importante sí.

¿Qué habría pasado en su ausencia? ¿Se habría visto afectada Naira por la guerra? Le habían llegado noticias sueltas de algunos enfrentamientos con los canarios, generalmente bien resueltos por estos a pesar de la propaganda que intentaba cubrir las derrotas castellanas, pero nunca recibió detalles sobre la población local. Dedujo que estaría a salvo en las montañas del interior, donde era muy difícil que pudieran llegar las tropas cristianas, al menos con el contingente que había en la isla en aquellos momentos.

Con la expedición de Vera, que se conformaba de cuatro navíos bien pertrechados gracias a las gestiones de Juan de Lugo, viajarían a Gran Canaria unos doscientos soldados, muchos de ellos ballesteros.

Estos especialistas habían sido requeridos insistentemente por Vera, una vez escuchados los informes de quienes habían estado en la isla. Los pidió para alcanzar de lejos a los escurridizos canarios, que solo se ponían a golpe de lanza cuando ellos querían, o lo que es lo mismo, cuando tenían las de ganar.

El nuevo gobernador se adelantaría con una nao al resto para tomar efectiva posesión del cargo y preparar la llegada de los refuerzos. Desde que Rejón había zarpado —se comentaba por lo bajo que sin el permiso de Vera—, no se habían tenido noticias del archipiélago. La última carabela que había arribado a Sanlúcar partiendo de Canarias lo había hecho antes de la llegada del díscolo capitán a la isla. Según se rumoreaba entre los expedicionarios, Vera deseaba que cuando él llegara a Gran Canaria se hubiera solucionado el contencioso existente entre Algaba y Rejón. Esperaba que el gobernador se hubiera impuesto con el peso de su cargo y anhelaba encontrarse un campamento pacificado y bien dispuesto. Odiaba las situaciones de rencillas entre conquistadores, que los distraían de sus verdaderos objetivos.

Según afirmaba Vera en voz alta, tenía la intención de acabar la conquista en aquel mismo año de 1480, o sea, en seis meses. Lorenzo se había guardado de dar su opinión al respecto, le habrían tomado por derrotista, pero estaba seguro de que la resistencia de los nativos iba a durar bastante más. Eran duros de pelar aquellos canarios.

A Lorenzo le inquietaba Pedro de Vera. Su presencia cercana le ponía nervioso, le traía recuerdos amargos casi olvidados, y trató de no coincidir con él en la ciudad de Cádiz y su puerto. Por eso, embarcarse en aquella primera nave en dirección a Gran Canaria en compañía del gobernador no le agradaba precisamente. En el barco cabían entre cuarenta y cincuenta hombres, más la tripulación, y el roce cotidiano entre todos ellos era imposible de evitar. Estaba seguro de que sería incapaz de reconocer en un mercader genovés, de marcado acento italiano, a aquel muchacho capturado una decena de años antes. Lorenzo era consciente de que muchas cosas habían cambiado en su vida, aunque no estaba seguro de que lo hubieran hecho en la de Vera.

El joven mercader no quiso esperar a ser el último en embarcar. Sabía que la colocación de sus cosas en un buen lugar del barco exigía subir a bordo con cierta antelación. Como en otras ocasiones, escogió un hueco bajo el castillete de proa, donde más posibilidades existían de que no se mojaran con el movimiento de las olas. La experiencia de viajes anteriores así se lo dictaba.

Una vez asegurado su equipaje, se dirigió a popa, un lugar que imaginaba que no frecuentaría el gobernador, que disfrutaba de un camarote en la otra punta del barco. Nada más lejos de la realidad, Vera se hallaba allí hablando con su hijo Rodrigo, que navegaría en la

segunda expedición junto a su hermano Fernando, los pilares en los que el gobernador apoyaba toda su confianza.

Rodrigo de Vera terminó la conversación, se despidió de su padre, y bajó al bote que lo llevaría hasta la playa. La nao estaba a punto de partir con la marea alta. El gobernador se volvió y se topó casi de bruces con Lorenzo.

—¡Ah! ¡Micer Lorenzo! Veo que ya estáis a bordo. ¿Está todo de vuestro gusto?

A Lorenzo le llegó de nuevo la imagen de los próximos siete días en aquel cascarón y no pudo menos que mentir.

—A las mil maravillas, señor gobernador.

—¿Cómo lleváis el mareo? Quisiera que cenarais conmigo y con el maestre de esta nao al caer la noche.

Lorenzo tragó saliva. Lo último que deseaba era confraternizar con aquel hombre.

—Lo llevo fatal —mintió de nuevo, tratando de librarse de la invitación.

—Bueno, ya lo veremos. Cuando sea el momento vendré a ver qué tal estáis.

Lorenzo trató de sonreír, pero solo esbozó una mueca triste. No se iba a librar de Vera, ya lo dio por seguro.

Poblado de Telde, Gran Canaria, 25 de julio de 1480, dos días después.

—¡Maninidra! ¡Ven, que tienes que ver esto!

El guaire se levantó de la estera donde se hallaba sentado en su casa de Telde y salió a la llamada de su hija. Al cruzar la puerta lo deslumbró el sol del verano, que estaba en su apogeo. Cuando sus pupilas se acostumbraron a la claridad, logró entrever que por la callejuela que llevaba a su morada venía el guadnarteme Aymedeyacoan llevando de la mano a Itaisa, su querida esposa, que había sido capturada por sorpresa por una partida de soldados castellanos que habían desembarcado en la playa de Arinaga. Maninidra le había advertido que no fuera sola, ya que ningún sitio de la ribera del mar era seguro, pero ella, terca como la que más, se había empeñado en ir a mariscar. «Hay que comer», le había respondido. Su desaparición le trajo a mal traer durante semanas hasta que uno de los canarios de Tamaraceite que frecuentaban el campamento castellano le llevó la noticia de estaba sana, pero cautiva.

Los negros pensamientos que poblaron la mente de Maninidra durante muchos días, pensando que nunca más volvería a verla, se esfumaron de repente cuando sus ojos contemplaron a la madre de sus hijos. Apenas pudo articular palabra tras abrazarla.

—Pero, ¿cómo estás libre? ¿Qué ha pasado?

—El capitán Rejón, que ahora vuelve a mandar sobre los extranjeros, decidió liberarme —contestó la mujer.

Maninidra miró a Aymedeyacoan, buscando más explicación.

—Yo no sé más que ella —dijo el guadnarteme—. Ha sido un gesto de buena voluntad de Rejón, sin contrapartida alguna por nuestra parte.

Itaisa aclaró algo más la situación.

—Dijo que había sido capturada contra toda justicia y las leyes de guerra, con lo que era libre, y que me volviera a mi casa.

Maninidra miró a su esposa y, feliz, le dio otro abrazo.

—¿Supo en algún momento que eras mi mujer? —le preguntó.

—Yo no se lo dije. Pero sabes que unos cuantos de los nuestros se acercan al campamento de los castellanos a intercambiar cosas.

Alguno pudo decírselo.

Maninidra volvió de nuevo su atención al guadnarteme.

—¿Crees que es un mensaje de Rejón?

Aymedeyacoan meditó la respuesta unos instantes.

—Podría serlo. Nada ha habido más gozoso para nosotros que escuchar cómo los castellanos se matan entre sí. Tanto Rejón como Algaba han sido siempre nuestros enemigos. Y nos ha ido mejor estando Algaba de jefe ya que no salía de su campamento y Bermúdez era poco diestro en la guerra. Pero tras cortarle el cuello a Algaba, Rejón es quien manda, y es más temible que su antecesor. Sin embargo, sabe que no va a poder con nosotros. No tiene la suficiente fuerza para ello. Cuando más lo pienso, más claro tengo que la liberación de Itaisa es una invitación a una tregua, si es que no se refiere a una paz.

—La única paz posible consiste en que los castellanos se vayan de la isla —protestó Maninidra—. Lo hemos hablado en el consejo, nada de hablar de paces.

El guadnarteme miró a los ojos a uno de sus mejores guerreros. La alegría de su semblante no limitaba la fiereza de sus ojos cuando hablaba de sus enemigos.

—Maninidra, sabes bien que ya tengo muchos años a mis espaldas. He vivido mucho, y desde que era pequeño hemos tenido que luchar contra esos extranjeros que vienen del mar. Una cosa tengo por segura: aunque los echemos al agua, siempre vuelven. Son tenaces, tanto o más que nosotros. Tal vez llegue el día en que haya que transigir en repartirse el territorio.

—Ese día no ha llegado todavía, Aymedeyacoan —replicó el guaire.

—Tienes razón, todavía no ha llegado. Pero hay que responder al mensaje.

—¿Qué has pensado?

Aymedeyacoan se giró y miró hacia el otro lado del caserío.

—Lo he hablado con Doramas y, aunque recela de Rejón, ha estado de acuerdo conmigo en que debemos ser más generosos que él. Si el castellano ha liberado a una de nuestras mujeres, nosotros liberaremos a dos de los suyos, de los que cayeron prisioneros en la vuelta de Gáldar.

—Es un gesto que te honra y que nos honra a todos —dijo Maninidra—. Aunque me vea favorecido ahora por tener a Itaisa de nuevo conmigo, nunca se me hubiera ocurrido pedir algo semejante.

—Doramas también me ha planteado la posibilidad de que los cautivos que vamos a liberar le lleven una propuesta a Rejón.

—¿Qué propuesta?

—Que concertemos una tregua para recoger las cosechas.

—Son ellos los que comenzaron a talar nuestros árboles.

—Ganaremos mucho más nosotros si conseguimos recoger nuestra cebada sin problemas. Ellos pueden avituallarse con los barcos, pero nosotros no. Doramas cree que si les proponemos una tregua, además de tener gofio para todo el invierno, estaremos en disposición de arrebatarles su grano en un ataque a su campamento.

—¿Eso ha dicho Doramas? —preguntó Maninidra, algo escéptico.

—Bentagay se ha presentado voluntario para guiarnos. Dice que conoce los puntos débiles del muro del poblado de los castellanos.

—Bentagay es muy osado. Algún día lo pagará caro.

—Si no estamos despiertos y activos, si no somos osados ante este enemigo tan tenaz, todos lo pagaremos caro. De eso puedes estar seguro, Maninidra.

Playa de Las Isletas, 18 de agosto de 1480, tres semanas después.

—¿Me habéis hecho llamar, don Pedro?

—Así es, micer Lorenzo. Necesito que me hagáis un gran favor.

Pedro de Vera había recibido al joven comerciante en su pequeño camarote de la proa de la nao. El navío estaba surto en la rada de Las Isletas, con las anclas echadas, y un bote de bienvenida se había acercado al barco recién llegado. Las noticias que los de la barca compartieron con los que arribaban llegaron rápidamente a oídos del nuevo gobernador, que se encerró en su alojamiento a meditar con sus hombres de confianza el siguiente paso a dar.

—¿Un gran favor? Lo tenéis hecho, si está en mi mano.

—Creo que podréis con el encargo —dijo Vera, al que se veía algo nervioso, desasosegado—. No sé si estaréis al tanto, pero yo acabo de enterarme que el capitán Rejón, por su cuenta y riesgo, prendió al gobernador Algaba y al deán Bermúdez.

Lorenzo no pudo disimular su sorpresa.

—¿Rejón hizo eso?

—Y no se contentó con tan poco. Por lo que me han dicho, levantó proceso contra ellos con información de testigos, y los sentenció a muerte y destierro perpetuo, respectivamente.

—¡Mare de Dio! —exclamó en genovés—. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Tenía poder para ello?

—No lo tenía, que yo sepa —La expresión del rostro de Vera era tan grave como la entonación que daba a sus palabras—. Y no es todo: ejecutó las sentencias sin más demora.

Los ojos de Lorenzo volvieron a abrirse, esta vez de espanto.

—¿Se ha atrevido a ejecutar al gobernador Algaba?

—Así es. Y tendrá que dar muchas explicaciones, tanto a mí como a sus altezas. Como comprenderéis, necesito saber qué se cuece en la isla antes de desembarcar.

—Y ahí es donde entro yo.

—Quiero que comprobéis que no me tienen preparada una celada. No tengo ningún interés en terminar como el gobernador anterior.

Lorenzo comprendió de inmediato la naturaleza del encargo.

—Me hago cargo. Os informaré en cuanto averigüe cómo están las cosas en el real.

El joven genovés se despidió del gobernador y pidió llegar a la playa en la primera chalupa que comenzase a desembarcar las mercancías y vituallas que traía la nave. Media hora después sentía la arena bajo sus pies. El destacamento de soldados que permanecía de vigilancia en la costa ayudó a llevar los fardos hasta un remonte del terreno, lejos de la orilla. Estaba al mando el escudero Miguel de Clavijo, a quien Lorenzo conocía bastante.

—¿Es cierto que el capitán Rejón ha ordenado degollar al gobernador Algaba? —le preguntó tras los saludos de rigor.

El escudero midió bien sus palabras. Había gente a su alrededor y convenía ser cauto.

—No es así, micer Lorenzo. El alcalde Cabitos inició un proceso contra el gobernador y el deán por alta traición. De las pruebas resultó su culpabilidad y la sentencia era la que tocaba.

—Pero, ¿no tenía el derecho de apelar ante el rey?

Clavijo se encogió de hombros.

—Según dijeron el alcalde y el capitán Rejón, en casos de lesa traición no cabe apelación alguna.

Lorenzo se percató de que el escudero se sentía incómodo con los derroteros de la conversación, pero insistió.

—No me puedo creer que el gobernador Algaba fuera un traidor. Y el deán, menos aún.

—El proceso así lo dictaminó. En los papeles están las pruebas. Yo me limito a obedecer órdenes.

El mercader creyó llegado el momento de inquirir sobre lo que realmente le interesaba.

—¿Y cómo va a recibir el capitán Rejón al gobernador Vera? ¿Le tiene algún recelo?

El escudero bajó la voz antes de responder.

—Que yo sepa, no. Pero con Rejón tan ensoberbecido, conviene andar con tiento. Y yo no he dicho nada.

—Comprendo. Y yo no he escuchado nada.

Clavijo oyó el galopar de unos caballos y se giró. Un grupo de jinetes se acercaba a toda velocidad.

—Se lo vais a poder preguntar vos mismo, micer Lorenzo. Ahí viene el capitán.

Lorenzo se percató de que los jinetes llegaban con todo el apresto y equipo de guerra, armados de pies a cabeza. El grupo se puso al trote y después al paso, hasta que llegaron a la altura de Lorenzo, momento en que se detuvieron. El capitán Rejón descabalgó y se dirigió al mercader.

—¡Micer Lorenzo de Riberol! ¡Dichosos los ojos que os ven! ¡Sed

bienvenido a la Gran Canaria!

Lorenzo hizo una reverencia ante la buena acogida.

—Muchas gracias, capitán. También me alegro de veros.

—¿Es cierto que viene en la nao el gobernador don Pedro de Vera?

Lorenzo percibió algo de ansiedad en la pregunta, como si el militar se sintiera un tanto inseguro.

—Así es, aunque en este momento se siente indispuesto. La travesía ha sido larga y movida.

—Pues lo mejor que puede hacer es saltar a tierra. Es la mejor forma de pasar el mareo.

—Y así lo hará en cuanto se sienta con fuerzas. Dejemos obrar a la naturaleza.

Rejón se sintió incómodo con el comentario.

—Por supuesto, no seré yo quien fuerce las cosas. ¿Vais a volver a la nao?

—Así lo haré, con vuestro permiso. Tengo que revisar que todas mis mercaderías lleguen a tierra en buen estado.

—Pues decidle al gobernador que aquí le esperamos, prestos para servirle y ponernos bajo sus órdenes.

Lorenzo no pudo evitar mirar de arriba abajo a los acompañantes de Rejón, todos fuertemente armados y con expresión taciturna. El capitán se dio cuenta.

—No os inquietéis por nuestros atavíos. Habíamos iniciado una entrada en Tamaraceite cuando vimos llegar la vela y nos dimos la vuelta. La arribada del gobernador tiene más importancia que cualquier combate.

Lorenzo sonrió, aparentando comprensión.

—Le comunicaré a don Pedro cuanto me habéis dicho. Espero que desembarque en las próximas horas.

—Aquí le esperaremos para escoltarlo al real. Decidle que, como servicio que le hago, le entrego la isla quieta y pacificada de disensiones y dispuesta para la conquista final. Y me tiene a mí, Juan Rejón, como su más humilde y ferviente servidor.

Lorenzo pensó que lo mismo había escuchado de esos labios cuando llegó Algaba a la isla el año anterior. Pero se cuidó mucho de comentar nada al respecto.

Real de Las Palmas, 19 de agosto de 1480, al día siguiente.

La comitiva que escoltaba al nuevo gobernador Pedro de Vera y a algunos de sus principales colaboradores que habían desembarcado de la nao estaba a un tiro de ballesta del real cuando Juan Rejón se adelantó al grupo de jinetes. El capitán avisó a Vera de que iba a anunciar su llegada para preparar su toma de posesión.

Rejón redujo el galope al pasar por el arco de piedra de acceso al campamento tras cruzar el riachuelo de Guiniguada y pasó a un trote rápido. Un par de esquinas más tarde detuvo por completo su montura y descabalgó. El ruido de los cascos del caballo hizo salir de su casa al alcalde Cabitos, que trató de escudriñar en el semblante del capitán.

—¿Habéis venido con el gobernador? —preguntó el juez, algo inseguro.

—Está entrando en el real en este momento. Me he adelantado para avisaros.

—Pues por mi parte todo está a punto. ¿Cómo lo habéis encontrado? ¿Está tranquilo o viene en son de guerra?

Rejón dudó un instante la respuesta.

—No lo sé. Actúa como un buen jugador de naipes, sin descubrir su jugada. De momento no ha mentado para nada el asunto Algaba, solo que quiere descansar de la travesía.

—Mejor así, que descanse y que vea que aquí vos tenéis el apoyo de la mayoría de la soldadesca. Que se lo piense bien si pretende actuar contra nosotros.

Rejón hizo un gesto con la mano, tratando de alejar ese pensamiento.

—Nadie va a actuar en contra de nadie, maese Esteban. Todos estamos en lo mismo: terminar con esta conquista.

—Es lo que más deseo, don Juan.

Los caballos que traían a Pedro de Vera y a su gente aparecieron en la calle. Cabitos llamó a unos criados para que se hicieran cargo de las monturas. El nuevo gobernador descendió, se sacudió las ropas del polvo del camino y esperó a que Rejón hiciese las presentaciones.

—Señor gobernador, os presento al alcalde, don Esteban Pérez de

Cabitos

Vera sonrió y estrechó la mano del juez.

—Nos conocemos ya, señor capitán. Su hermano es un viejo amigo de singladuras por el estrecho de Gibraltar.

—Así es, me alegro de veros sano y salvo, don Pedro —dijo Cabitos, respondiendo al saludo—. Como alcalde, os doy la bienvenida al real de Las Palmas. Entremos para la ceremonia de toma de posesión.

—Después de vos —indicó Vera con amabilidad.

Los tres hombres entraron en la casa del alcalde y también lo hicieron los acompañantes. En torno a una mesa se colocaron las autoridades locales: Rejón, Cabitos, el escribano Argüello y el alférez Jáimez.

—¿Dónde está el señor obispo? —preguntó el gobernador.

Cabitos respondió antes que ninguno.

—Está en su diócesis de Lanzarote. Vendrá a saludaros pronto.

—Lo recibiré con gusto, aunque no hay prisa. Ahora, a lo que vamos.

El alcalde recibió varias cartas de nombramiento cuidadosamente dobladas. Las abrió y, tras comprobar que venían firmadas por los reyes, las besó y se las colocó un momento sobre su cabeza en señal de acatamiento. Luego procedió a su lectura en voz alta.

—«Don Fernando e doña Isabel, etcétera. A vos, Pedro de Vera, nuestro vasallo, salud e gracia. Sabed que Nos, acatando como la conquista y superioridad de las islas de la Gran Canaria y Tenerife nos pertenece, hemos mandado conquistar la dicha Gran Canaria a sojuzgarla a nuestra santa fe católica».

Todos los asistentes asintieron al preámbulo inicial del nombramiento. Ahora venía la causa que propiciaba el mismo. Cabitos prosiguió:

—«Y para la dicha conquista enviamos ciertas gentes de a caballo y de a pie y capitanes que la tienen comenzada a conquistar con nuestras cartas e poderes que para ello les mandamos dar. Entre los cuales dichos capitanes y gentes que allá han estado y están ha habido algunas diferencias y divisiones y escándalos. A causa de lo cual la dicha isla de la Gran Canaria no se ha tomado por los dichos nuestros capitanes e gentes».

Los capitanes de la conquista evitaron el cruce de miradas, dirigiendo las suyas al suelo o al techo. Nadie se dio por aludido. Cabitos tomó aire y continuó leyendo.

—«Y confiando de vos que sois tal persona que guardaréis nuestro servicio, es nuestra merced y voluntad de vos encomendar e cometer la capitanía y gobernación y alcaidía de la fortaleza que está hecha en la dicha isla, y que de aquí en adelante seáis nuestro corregidor, y podáis usar y uséis del oficio de justicia civil y criminal».

Cabitos detuvo la lectura y miró a los asistentes.

—Por lo que dice aquí, se juntan en la persona del gobernador todos los poderes: el militar, el gubernativo y el judicial.

Vera asintió y respondió al alcalde.

—Es la voluntad de sus altezas. Clara y diáfana.

—Pongo mi alcaldía en vuestra manos —dijo Cabitos, con una reverencia.

—Y yo mi capitanía —añadió Rejón.

Antes de que los demás les secundaran, Vera pidió silencio con un gesto de la mano.

—Por lo pronto, todas vuestras mercedes son refrendadas en los cargos que ocupan en esta conquista.

—Os lo agradecemos —respondió el alcalde, aliviado.

Rejón pidió intervenir en ese momento

—Respecto a lo que dice la carta de las divisiones y escándalos de los que están en esta conquista, entiendo que sus altezas deben de estar mal informadas de mis servicios. Así que, con vuestra licencia, quiero ir a dar mi descargo y dar cuenta de cuanto pasa en la conquista cuanto antes, y pienso que la mejor manera es haciéndolo en el mismo navío en que ha llegado el gobernador.

Vera hizo un ademán para tomar la palabra.

—Nada de eso es necesario, capitán Rejón, y os puedo asegurar que en esa nave no es aconsejable volver hasta que sea bien reparada, pues hace agua por los dos costados, y sería homicida de sí mismo quien se atreviese a embarcarse en ella. Si os empeñáis en acudir ante sus altezas, que nadie os lo pide, esperad a los otros navíos en que vienen mis dos hijos y la mayor parte de la gente de guerra y los mantenimientos, nuevos y bien aderezados, que en cualquiera de ellos podéis ir mejor acomodado.

Rejón no se esperaba el consejo y no acertó a replicar, por lo que Vera, viéndolo dubitativo, remató la faena.

—Mi deseo, señor capitán, es que en el entretanto me hagáis el favor y la merced de vuestro consejo, porque me irá mejor y más acertado como hombre que sois experto y cursado en esta conquista, y en ello haréis servicio a sus altezas.

Todos los ojos estaban puestos en Rejón, que no se atrevió a discutir al nuevo gobernador.

—No es favor ni merced, sino obligación que tengo con vos. Esperaré lo que haya que esperar.

—Y también me gustaría que compartieseis la misma morada que me habéis destinado como prueba de aprecio —añadió Vera, que dio una vuelta de tuerca.

Rejón era presa de un millón de suspicacias, por lo que ahora sí salió al paso de la invitación.

—La torre es pequeña y estaremos incómodos, señor gobernador. Es mejor que dispongáis de esos aposentos para vos y los vuestros. Yo viviré al lado mismo.

Vera pareció algo contrariado, pero reconoció que el capitán tenía razón, la torre no parecía muy grande, y prefería alojarse antes en un lugar fortificado, durante las primeras semanas en aquel lugar, que en una casa cualquiera del campamento. No las tenía todas consigo después del episodio de Algaba.

—Sea como vuestra merced guste, pero estaréis invitado a mi mesa día sí y día también.

—Será un honor —concluyó Rejón.

El alférez invitó a Vera y a sus acompañantes a seguirle para mostrarles su alojamiento. En cuanto la cámara se vació de gente, quedaron en ella Cabitos y Rejón.

—¿Qué os ha parecido el gobernador? —preguntó el alcalde—. Lo primero que ha dicho es que nos ratifica en nuestros puestos.

Rejón se rascó la barba. Lo hacía siempre que tenía oscuros pensamientos.

—No me gusta nada ese Pedro de Vera. No me creo que la nao en la que ha llegado haga agua.

—Ha dejado bien claro que no quiere que os vayáis todavía.

—Eso me escama, y mucho. Y más todavía lo de aposentarnos juntos.

—Creo que exageráis, capitán.

—Lo que queráis, pero si alguna noche duermo cerca del gobernador, lo haré con los dos ojos abiertos. Y una cosa os digo, maese Esteban.

—¿Qué cosa?

—Que lo hagáis vos también.

Cádiz, 1 de septiembre de 1480, veinte días después.

—Por lo que decís, hay que tener cuidado del tal Rejón —advirtió Rodrigo de Vera.

Los hijos de Pedro de Vera escuchaban atentamente todo lo que les contaba Alonso de Lugo que, desterrado de Gran Canaria por Rejón, había recalado en Lanzarote y posteriormente en Andalucía. Rodrigo y Hernando tenían la responsabilidad de zarpar en una semana con los tres navíos de refuerzo rumbo a Gran Canaria. Los hermanos pequeños Martín y Jorge escuchaban en un segundo plano, sin abrir la boca.

—Y tanto —respondió Lugo—. Recordad cómo desembarcó de la carabela que le llevó a la isla de incógnito, alevosamente y de noche para no ser sentido. Y cómo agredió al día siguiente al gobernador en la iglesia sin respetar suelo sagrado, en plena misa.

—¡Es para excomulgarlo! —exclamó Hernando.

La taberna del Ocho era el lugar escogido para el encuentro, un local bullicioso donde cualquier conversación a media voz sería cubierta por el ruidoso ambiente. Juan de Lugo había hecho llamar a los hijos del nuevo gobernador de Gran Canaria para que escucharan lo que tenía que decirles su primo Alonso y marcharan sabiendo a qué se enfrentaban.

—Lo que no puede aceptarse es que vos estéis desterrado de la conquista, don Alonso —dijo Rodrigo—. Sois uno de los principales capitanes de la hueste.

A Alonso le hizo gracia que el hijo mayor de Pedro de Vera le llamase de don, llevándole casi diez años. Pero, como le había dicho su primo Juan, se trataba de crear nuevas fidelidades con la persona que iba a determinar el futuro inmediato de la empresa canaria, y concertar tratos con sus hijos era un buen método de llegar al padre.

—Mi único delito fue tratar de defender de un ataque inicuo y fuera de todo derecho al gobernador legalmente instituido por sus altezas. Y casi perezco en el intento. El pobre capitán Hoces ya no puede contarlo.

—Otro crimen sin castigo —comentó Hernando más para sí que para los demás.

—Si Rejón conspiró para quitarse de en medio al deán Bermúdez y al gobernador Algaba, no cabe duda de que lo consiguió —añadió Alonso—. Tiene poderosos valedores en la corte.

En lo que los reunidos sopesaban la última afirmación, intervino Juan de Lugo, que sacaba casi veinte años a la mayoría.

—Queridos amigos: es más que conveniente que cuando lleguéis a la Gran Canaria advirtáis a vuestro padre del peligro que representa Juan Rejón para su mandato. No importa de qué manera se haga, pero es esencial que ese hombre salga de la isla.

—Y propongo que don Alonso nos acompañe —dijo Rodrigo—. Mi padre sabrá revocar el destierro a que ha sido condenado injustamente.

—Hacen falta hombres valerosos de temple firme y brazo fuerte para empuñar la espada contra esos salvajes idólatras —añadió Hernando.

Alonso de Lugo, dado que se referían a él, se obligó a hablar.

—No son tan salvajes. Tienen su propia república con costumbres no muy diferentes a las nuestras. Y adoran a un dios único que está en los cielos, como hacemos los cristianos. Solo que, en su ignorancia, lo llaman de otra manera. No tienen la suerte de que les haya llegado la palabra de nuestro salvador Jesucristo.

—De acuerdo —dijo Rodrigo—, pero si no se rinden, son nuestros enemigos. Ya les haremos llegar las palabras del Evangelio. El hecho es que os vais a venir con nosotros.

Alonso miró a su primo Juan, esperando que este emitiera su opinión sobre la propuesta. Tardó unos instantes en hacerlo.

—Conociendo como conozco a Pedro de Vera, no hará ascos a alguien con experiencia en la guerra contra los canarios y que, además, no mire con buenos ojos a Rejón. Creo que puedes ir con ellos, Alonso. Lo peor que puede pasaros es que os obliguen a volver.

Alonso miró a su primo con cierta reprobación.

—Se nota que no vas a ser tú quien se embarque en esos barquichuelos del demonio. Una travesía doble a las islas de Canaria es una pesadilla que no se la deseo a mi peor enemigo.

—Todavía no tienes enemigos de verdad, Alonso. Andando el tiempo, los tendrás, y te acordaras de mí.

—Entonces, ¿os venís? —preguntó Rodrigo, interrumpiendo la conversación entre los primos.

Alonso no necesitó pensárselo dos veces.

—He visto a mi hijo pequeño, Pedro, que ya va para dos años. Y llevo unas semanas con mi querida esposa, las suficientes para dejar de echar de menos la vida marital. Si me invitáis, iré con vosotros.

—Hecho está —dijo Hernando—. Preparad vuestras cosas, que en siete días levaremos anclas, con la marea alta.

Juan de Lugo, que observaba con ojos aprobatorios por dónde discurría la conversación, pidió otra jarra de vino de Jerez al tiempo que tomaba la palabra.

—Bendigo vuestras iniciativas. No hay nada mejor que gente joven concertada para lograr lo que se propongan. Solo os pido una pequeña cosa.

Los hermanos Vera se volvieron al veterano mercader.

—Lo que digáis.

—Cuando se conquiste la isla, acordaos del apellido Lugo, que tanto ha hecho por sojuzgarla al yugo de nuestros reyes.

—¿Nada más? —preguntó Rodrigo.

Juan de Lugo esbozó su sonrisa de depredador, que sacaba a relucir pocas veces.

—Nada más, y nada menos.

Real de Las Palmas, 15 de septiembre de 1480, quince días después.

—Micer Lorenzo, hay una canaria que pregunta por vos en la puerta.

El centinela lo había buscado por el campamento y lo encontró en una de las casas que los mercaderes tenían asignadas como aposentos. Nada que ver con las tiendas de los primeros meses de la conquista. Ahora, el real se veía poblado de casas de tapial, a la andaluza, un cambio sustancial en la comodidad de sus ocupantes, y favorecía la moral de los castellanos, que comenzaban a vivir, con algunos matices, como lo hacían en Castilla.

Lorenzo no se extrañó del anuncio. En cierta manera lo deseaba, más que lo esperaba. Desde la llegada de Pedro de Algaba no se permitía la entrada en el real a los canarios que acudían a intercambiar productos de la tierra, que debían quedarse extramuros. El mercader se excusó con los dos colegas con quienes charlaba y siguió al guardián hacia el portalón coronado de piedra del creciente poblado castellano.

Con el corazón palpitando, Lorenzo cruzó las hojas de madera gruesa y se encontró fuera del recinto amurallado. Allí esperaba Naira, que a Lorenzo le pareció bellísima, llevando en su regazo un cesto de higos.

—Deben de ser los únicos higos que quedan en esta isla —le dijo el joven en su idioma, en tono amable al que acompañó una ligera sonrisa.

La muchacha le lanzó una mirada profunda, tan distinta de las jóvenes de su edad en Castilla, que solían evitar cruzar su mirada con los hombres, y le contestó sonriendo:

—No creas que los tuyos han acabado con todos los higuerales de la isla. Para que lo sepas, quedan muchos fuera de su alcance. Lo único que han conseguido es talar las que podían alimentarles a ellos, con lo que no sé quién ha perdido más.

—Mejor así, nunca he aprobado esa táctica de tierra quemada —Lorenzo cambió de expresión—. ¿Cómo estás?

Naira se miró de arriba abajo.

—Como ves, estoy bien.

Lorenzo amplió su sonrisa.

—Sí, veo que estás muy bien. ¿Y los tuyos?

—Demos un paseo, que por aquí hay muchos oídos.

La pareja comenzó a caminar por los alrededores del real, ocupado por decenas de chozas que habían levantado, a cierta distancia de la muralla, los canarios que se habían aposentado cerca del lugar. Los intercambios de productos agrícolas por otros manufacturados estaban a la orden del día. Rejón había ordenado que dejaran acercarse a los canarios que llegaran en son de paz. Pensaba que el contacto con los castellanos facilitaría su integración política y religiosa, detalle este último que no había que olvidar.

—Estamos todos bien, de momento —respondió Naira—. En estos tiempos, nunca se sabe. Llevamos varias semanas sin combates, así que, en general, no nos quejamos. Ahora te toca a ti. ¿Cómo estás tú, corazón puro?

—Sin ganas de guerra, y deseando que esta situación acabe cuanto antes.

La muchacha le miró con expresión escéptica.

—Sí, ya lo sé —dijo Lorenzo—, es fácil acabar con esta guerra si los castellanos se van a su tierra. Pero no lo van a hacer.

—Pues es una pena. La lucha será larga, a pesar de los esfuerzos de vuestro capitán Rejón por intentar un acercamiento. Aymedeyacoan y Guayedra Tenesor no están por la labor, y se sienten muy presionados por los guaires más belicosos. Y sobre esa cuestión nosotros dos podemos hacer poco. Dime, ¿has visto a mi padre?

—Adargoma está bien de salud y vive en una gran ciudad, Sevilla, cien veces más grande que vuestro poblado de Telde. Se encuentra bajo la protección del arzobispo.

La alegría de los ojos de Naira se ensombreció en un instante.

—¿Y es feliz?

—Podría estar peor. Lo lleva lo mejor que puede, y ha hecho amistad con otros canarios que viven allí. Me consta que piensa en vosotros continuamente, pero dudo que pueda volver pronto.

—Si es que le permiten volver alguna vez —apostilló la canaria

—Es un guerrero temible, no nos olvidemos de eso. Es normal que lo quieran tener lejos.

La muchacha sintió que la conversación no tenía más recorrido y cambió de tema.

—¿Por qué has vuelto?

Lorenzo pensó la respuesta un largo instante.

—Por dos razones: la primera, porque me lo pidió el jefe de mi familia. Ellos piensan que la guerra terminará pronto y quieren aprovechar tierras para plantar cañas de azúcar.

—¿Ya os estáis repartiendo las tierras sin haberlas ganado? —le preguntó, desafiante.

—No nos hemos repartido nada, pero si los castellanos ganan la partida se quedarán con las mejores tierras. Es ley de guerra; llevan muchos siglos haciéndolo con sus enemigos.

—Aquí no ambicionamos las tierras de los demás. La tierra es de todos. Quien quiere, tiene asignada una parcela para cultivar y la usa hasta que decide dejarla.

—El castellano y el canario son pueblos muy diferentes.

—¿Y qué hay de tu pueblo adoptivo? ¿Cómo se llama, Génua? ¿Y qué recuerdas de tu niñez en Tenerife? ¿Son distintos también?

Lorenzo sintió una punzada de amargura al escuchar la pregunta.

—Son igual de distintos, Naira. Unas culturas tan diferentes es muy difícil que congenien en paz y armonía. Son mentalidades completamente distintas. Si hay un pueblo más poderoso que otro, tarde o temprano intentará imponerse.

—Lo leo en tus ojos. La guerra continuará y vencerá el más fuerte a la larga. El que pueda resistir más tiempo.

—Me temo que así será.

—Pues les va a costar a los castellanos. Mi pueblo no está por rendirse.

—Yo no soy castellano. Solo deseo que el final llegue pronto y que los daños sean los menores posibles.

—Sé que tus deseos son sinceros, pero de nada valen —Naira se detuvo e hizo memoria—. ¿Y la segunda razón para volver?

Lorenzo esbozó una ligera sonrisa, algo tímida.

—Porque quería verte.

Ahora fue la muchacha la que sonrió.

—Podías haber empezado por ahí. ¿Nos vemos mañana aquí a la misma hora?

Real de Las Palmas, 20 de septiembre de 1480, cinco días después.

—Estimado capitán, creo que vuestra política de contemporizar con los canarios no está dando resultado.

Pedro de Vera había llamado a su presencia a Juan Rejón en la nueva casa del gobernador. Las estancias de la torre eran estrechas y frías, por lo que había resuelto el traslado. Se había habilitado una sala amplia en la planta baja de la nueva construcción donde el gobernador despachaba los asuntos cotidianos y atendía a las visitas. Para el caso, Vera había dispuesto compartir una jarra de vino y unas lonchas de jamón de la sierra que había traído de Jerez con Rejón y con el contador Michel de Moxica, un oficial de la Hacienda real impuesto por la corona encargado de controlar los gastos de la conquista y que se había convertido en colaborador cercano del gobernador en las pocas semanas que llevaba en la isla.

—Tenéis razón —convino el capitán—, la última partida que ha salido a buscar alimentos se vio atacada por los canarios de Gáldar, cómo no, en un barranco, que son imposibles de evitar en esta tierra tan agreste.

—Siete muertos y veinte heridos no es poca cosa. Según me habíais dicho, estábamos respirando una especie de tregua hasta que se recogiesen todas las cosechas.

—Fue un acuerdo verbal con los canarios de Telde, pero los de Gáldar no se sienten obligados a ello. Y los nuestros se metieron en el territorio galdense.

—Vamos a ver —el gobernador se incorporó en la silla—. ¿Cómo se distingue a los canarios de Telde de los de Gáldar?

—No es posible distinguirlos. Visten exactamente igual. Tal vez las pinturas con que se adornan el rostro los identifiquen, pero solo Fernán Guerra podría asegurar de dónde es cada cual. Y a veces tiene dudas.

—¿Y cómo se sabe dónde acaba un territorio y empieza el otro?

—Los canarios conocen sus comarcas por alineaciones montañosas y roques que ellos llaman santidades.

—Por lo que me contáis, para nosotros no es fácil ni distinguir a los

diferentes canarios ni saber dónde comienzan y terminan sus territorios.

Rejón se sintió algo incómodo. El gobernador le estaba llevando a su terreno y no podía evitarlo.

—Reconozco que no es cosa fácil.

—Pues esa dificultad le ha costado la vida a unos cuantos de nuestros hombres. Creo que ya es hora, o bien de concertar paces con todos los canarios, y digo con todos, o bien hacerles la guerra, sin distinciones.

—La facción de Telde parece más proclive a evitar un enfrentamiento con nosotros. Como quien manda es Doramas, muchos teldenses lo odian y estarían dispuestos a desobedecerle. Todos los canarios que vienen a intercambiar cosas al real son de Telde.

Vera aprovechó para terminar la jarra de cerámica donde bebía y escanciarse un poco más de vino.

—Esa cuestión es otra de la que deseaba hablaros. ¿Es necesario tener ese mercado persa a las puertas del campamento?

Rejón tenía clara la respuesta.

—El contacto con nuestra gente hace que se acostumbren a nosotros. Incluso algunos han pedido ser instruidos en la fe de Cristo.

—¿No creéis que más de uno son espías que controlan nuestros movimientos?

—Es posible, pero siempre he pensado que los beneficios de ese contacto son superiores a cualquier perjuicio. Los canarios ya han descubierto que no pensamos irnos de la isla y que somos los dueños de la costa y de las medianías. Solo se atreven a atacarnos si nos metemos en un barranco o subimos a las montañas. Con el paso del tiempo, acabarán por buscar la paz con nosotros.

Vera miró fijamente a Rejón, como tratando de leer sus pensamientos.

—Tal vez tengáis razón, don Juan. Lleváis aquí más de dos años y conocéis bien la tierra y al enemigo. Seguiremos así durante un tiempo, a ver si vuestras palabras son proféticas.

Rejón imitó una sonrisa. Notaba el escepticismo del gobernador y tenía unas ganas inmensas de salir de allí.

—Vuestro vino es excelente, y el jamón es de lo mejor que he probado, pero es la hora de hacer la ronda y comprobar que los centinelas están en sus puestos. Si me disculpáis, el deber me llama.

Vera y Moxica se levantaron cuando lo hizo Rejón. El gobernador lo despidió.

—Id en buena hora, que la seguridad está por encima de todo.

En cuanto se hubo marchado Rejón, Vera escanció más vino en la jarra del contador.

—¿Qué opináis, maese Michel?

El vasco bebió un sorbo antes de contestar, como si tuviera que meditar un instante la respuesta.

—No me fiaría ni un pelo.

Vera carraspeó y miró al interior de su copa.

—Eso mismo pienso yo.

—Y creo que deberíais deshaceros de él. Esa política con los canarios va en deservicio de sus altezas.

—Cierto, no soporto esa confraternización con esos salvajes. Hemos venido a luchar y a conquistar la isla, no a hacer trueques con los isleños.

—Rejón tiene muchos seguidores en la tropa. Lo que vayáis a hacer debe estar bien estudiado.

Vera se levantó y se paseó por la estancia, dándole vueltas a mil ideas.

—Lo sé, y sé que no debo hacer nada hasta que lleguen las naves que traen a mis hijos con los refuerzos. Entonces será el momento de actuar.

—Debéis de andar con cuidado. Ya sabéis cómo se las gasta con sus enemigos. Mirad lo que ocurrió a Pedro de La Algaba.

—No hace falta que me lo recordéis, señor de Moxica. Tengo muy presente que, a pesar de tratar de revestirlo legalmente, se tomó la justicia por su mano. Y eso lo hace peligroso. Igual que sus ideas son peligrosas para la moral de los soldados. Con los canarios no cabe otra cosa que mano dura y palo a la cabeza. Y eso es lo que vamos a hacer. Y en cuanto a los mercachifles que están en las afueras del real, hay que quitarlos de en medio en cuanto se pueda.

—Una cosa es cierta. Mientras estén aquí, no lucharán contra nadie.

—También he pensado en eso. Debemos pensar un sistema para para deshacernos de ellos y que no se vuelva contra nosotros.

Moxica terminó su jarra de un trago.

—Pues no se me ocurre nada, como no sea sacarlos de la isla.

Vera se volvió y respondió:

—Es buena idea. Pero, ¿cómo llevarla a cabo?

Gran Aldea de Teguise, 22 de septiembre de 1480, dos días después.

—Ha llegado una carta de sus altezas, dirigida a todas las villas y lugares de sus reinos.

Doña Inés Peraza blandía el documento como si fuera un ornamento sagrado. Como siempre se hacía, se lo colocó sobre su cabeza a modo de acatamiento y se lo pasó al escribano Marcos Luzardo para que lo leyera en voz alta. En torno a ella, en la mansión señorial, se encontraban su marido Diego, sus hijos Fernán y Sancho, y el obispo Juan de Frías con su sombra, el deán Bermúdez, todos atentos al comienzo de la lectura.

El escribano se colocó cerca de la luz que entraba por la ventana. Cada vez le costaba más leer de cerca, con lo que se estaba planteando contratar un amanuense que le ayudara en su trabajo. Cuando logró enfocar su vista en el papel, comenzó a leer:

—«Doña Isabel, por la gracia de Dios, reina de Castilla, de León...».

Doña Inés interrumpió al escribano.

—Ahorradnos el preámbulo, señor escribano. Id a la parte dispositiva.

Luzardo no mostró disgusto por la interrupción, estaba acostumbrado a las salidas de su señora.

—«Sabed que el rey mi señor y yo, entendiendo ser así cumplidero al servicio de Dios y al acrecentamiento de nuestra santa fe católica…».

Doña Inés carraspeó ostensiblemente, y el escribano se dio por aludido.

—Ya voy, ya voy —se excusó—. Hago un resumen: se convoca a las justicias de los reinos para que puedan prometer palabra y seguridad de perdón a los delincuentes de su jurisdicción, salvo a los reos de traición y delito de falsa moneda, para que vayan a servir a su costa a la conquista de la Gran Canaria por espacio de seis meses.

—¡Vaya! —exclamó la señora—. Se nos van a llenar las islas de gentuza.

Fernán Peraza intervino en ese momento.

—Esperad, madre. Señor escribano, proseguid.

El escribano tomó aire y siguió con el resumen.

—Seis meses cumplidos de servicio desde que se presenten las cartas de las justicias al receptor real en la isla, Michel de Moxica. Se alzan y quitan todas las condenas y toda mácula e infamia y se les restituye en su buena fama. El resto es la instrucción general a las justicias para que se cumpla lo susodicho.

Doña Inés se sentía escamada por el excesivo interés de su hijo.

—¿Por qué os interesa tanto la carta de sus altezas? —le preguntó.

—¿No lo veis? Es una gran oportunidad para Pedro.

Fernán no dijo delante de los eclesiásticos que su hermano, reo fugado de la justicia por el asesinato de su esposa en Sevilla, se encontraba escondido desde hacía meses en una de las dependencias de la misma casona en que se encontraban. Doña Inés entendió de inmediato a lo que se refería su hijo.

—¡Es cierto! Pedro podría acogerse a este perdón real.

—Lo único que tiene que hacer es servir como hombre de armas en la conquista.

Doña Inés meditó unos instantes sobre la idea.

—Pero ¿tú ves a tu hermano combatiendo contra los canarios? ¿Recibiendo órdenes de militares veteranos?

—Algo tiene que poner de su parte. Desde luego, sabe usar una espada y un puñal, de eso estamos seguros.

Doña Inés suspiró.

—Tristemente seguros, no hay duda —lo siguiente lo habló para la galería—. Habrá que localizarlo y que pida a la justicia local permiso para embarcarse hacia Gran Canaria.

—La justicia local sois vos —intervino el obispo—. Todo será más fácil si lo hacéis desde aquí.

Doña Inés sonrió, algo inquieta. No estaba segura de que el secreto de que Pedro se hallaba escondido allí mismo siguiera siendo desconocido. A fin de cuentas, la isla era pequeña y la gente se iba de la lengua con facilidad.

—Eso haré —respondió con resolución pero sin delatarse—, en cuanto hable con mi hijo.

El deán le pidió la carta al escribano y la leyó con ansiedad.

—¿Creéis que esta disposición puede aplicarse a mi destierro? —preguntó Bermúdez en voz alta en cuanto la hubo acabado.

El obispo se volvió hacia él.

—¿Queréis volver a la Gran Canaria? El capitán Rejón sigue en la isla y no mira bien por vos.

—Ahora ha llegado un nuevo gobernador. Rejón ya no puede hacer lo que se le antoje.

El obispo expresó sus dudas con movimientos laterales de su cabeza.

—No sé. Pero tal vez sea el momento de que yo, como prelado, visite a Pedro de Vera. De cómo vea la situación, os informaré. Pero yo, de vos, estaría pensando en volver a vuestra diócesis malagueña antes que de regresar a la Gran Canaria. No quiero enfrentamientos a cuenta de la iglesia.

Bermúdez se percató de que toda su importancia e influencia había desaparecido.

—Ese maldito Rejón no ha hecho sino sembrar la discordia y el enfrentamiento entre nosotros. Fijaos que el maestre del barco que me trajo aquí me dijo que el capitán le había insinuado que se ganaría unas monedas si me hacía desembarcar en el bando de Orone, en vuestra isla de La Gomera, donde los naturales son amigos de los portugueses. Y todo para que tuvieran un rehén valioso para negociar con vos.

Doña Inés y su hijo Fernán se miraron de inmediato. El segundo intervino en ese momento.

—Eso que decís me preocupa. Tendré que investigarlo sobre el terreno. En unos días iré a esa isla. Está claro que ese Rejón es un provocador.

—Todavía no hemos olvidado que mató a dos de mis hombres —añadió doña Inés.

—El señor dijo que perdonáramos las ofensas que nos hacen nuestros enemigos —dijo el obispo, conciliador.

—Confío en la misericordia de nuestro salvador —dijo Fernán—, pero os aseguro que si ese hombre pone un pie en alguna de nuestras islas se las verá conmigo, y me obligará a pecar gravemente. Os lo juro.

Rada de Las Isletas, 25 de septiembre de 1480, tres días después.

Un grupo de jinetes contemplaba desde la playa las evoluciones de los tres navíos que acababan de arribar a la isla. En primera fila se encontraban el capitán Rejón, el alcalde Cabitos y el receptor real, Moxica. Los barcos, que llegaron agrupados, echaron el ancla, y desde uno de ellos unos marineros bajaron al bote que traían amarrado a la popa y se dirigieron a la orilla.

—Las reconozco, son las naos que traen el refresco —aseguró Moxica.

—Entonces, en ellas vienen los hijos del gobernador —comentó Rejón.

—Si no ha habido algún cambio de última hora, así debe de ser —respondió el receptor—. Vienen con doscientos ballesteros, tal como pidió don Pedro.

—Buen refuerzo será para cazar a los canarios en sus montañas —opinó el alcalde—. Claro está que con los caballos no es suficiente para sacarlos de sus riscos. Hay que dar con ellos a distancia.

—¿Vais a subir a bordo, maese Michel? —preguntó el capitán.

—Como receptor real, debería hacerlo. Una de mis funciones es comprobar que lo que figure en el manifiesto de embarque haya llegado a la isla al completo. Dado que se han invertido muchos dineros de sus altezas, hay que asegurarse de que no falte nada.

—¿Y podréis subir al navío con la espalda como la tenéis? —preguntó el alcalde. Se refería a una caída de caballo de Moxica acaecida una semana antes. El receptor había pasado cuatro días tumbado en su catre y apenas se había recuperado.

—Es mi deber, voy a intentarlo.

—Creo que el señor alcalde y este servidor podríamos relevaros de esa labor —intervino Rejón—. Debéis mirar por vuestra salud.

—¿Haríais eso por mí?

—Y mucho más, si se diera el caso.

—Proceded pues. Ya sabéis, comprobad que esté todo lo que aparece en el listado de embarque.

—Descuidad, ya lo hemos hecho otras veces —dijo el alcalde.

Rejón y Cabitos descendieron de sus monturas, que dejaron al cuidado de uno de los soldados, y se acercaron al bote que llegaba.

—¿Sois la armada de los hijos del gobernador? —preguntó el capitán al primer marinero que puso el pie en la arena para embarrancar el esquife.

—Así es, señor. Cargados hasta los topes de bastimentos y hombres de guerra.

—Bienvenidos serán. ¿En qué navío viajan don Hernando y don Rodrigo?

El marino se volvió y señaló al más cercano.

—Pues desembarcad lo que traéis y llevadme allí, que voy a hacer las veces de receptor real.

Los ocupantes de la barca se afanaron en despejarla.

—¿Y ese interés tan súbito por subir a bordo? —preguntó en voz baja Cabitos a Rejón.

—Quiero comprobar si esa nao está en buenas condiciones para volver a Castilla. Siempre me quedé con la sospecha de que Vera me mintió cuando llegó. La carabela en la que vino no hacía tanta agua como decía, y no me fío de nadie de esta familia. Con la llegada de sus hijos, el gobernador puede envalentonarse y hacer algo que antes no se atrevía.

—Hay que tener a mano una vía de escape —concluyó Cabitos.

—Yo no escapo de nadie, maese Esteban, pero una retirada táctica es siempre posible.

—Pues el bote ya está vacío. Comprobemos el estado de la nave, que ya me interesa a mí también.

Los dos hombres subieron a la lancha y sus remeros bogaron en dirección a la nao más cercana. El trayecto duró poco y sus ocupantes subieron a la cubierta por las escalas de cuerda. «En verdad el receptor tendría dificultades para subir por aquí», pensó Rejón. Al llegar arriba, fueron recibidos por el maestre y varios caballeros.

—Soy el capitán Rejón y vengo en nombre del receptor real Michel de Moxica. Me acompaña el alcalde Esteban Pérez de Cabitos —les dijo en cuanto puso los dos pies sobre el entarimado y se recompuso las vestiduras.

El maestre, reconocible por llevar en la mano un catalejo y un sextante, se acercó a Rejón.

—Soy el maestre Juan Palomo y llego con la armada de los capitanes don Hernando y don Rodrigo de Vera.

Los dos hermanos, que se acercaron al oír sus nombres, se adelantaron un paso más, pero sin la intención de estrechar la mano del capitán.

—¿Mi padre os ha dado algún mensaje para nosotros? —dijo el mayor, que Rejón juzgó que era Hernando.

—Ninguno en especial. Solo que os espera en el real, donde seréis bienvenidos.

Hernando miró a Rodrigo y este asintió.

—Entonces, es que no ha cambiado nada —y se volvió hacia Rejón—. Señores, conviene al real servicio que vuestras mercedes se den presos.

Rejón y Cabitos se quedaron estupefactos.

—¿Cómo decís? —preguntó, echando mano al pomo de la espada.

Un hombre con la espada desenvainada surgió de detrás de los hermanos Vera, y en dos pasos le puso la punta en el cuello a Rejón.

—Os han dicho que os deis preso, y vais a hacerlo, a fe mía.

Rejón reconoció de inmediato a Alonso de Lugo, que lo miraba con aversión. El capitán separó la mano de su espada. Cabitos ya las tenía levantadas.

—¿En nombre de quién actuáis de este modo? —preguntó, sobreponiéndose a la sorpresa.

—En nombre de mi padre, el gobernador de esta isla, que tiene pensado abriros proceso por la muerte injusta de don Pedro de La Algaba y el destierro de varios buenos caballeros sin tener poder para ello —respondió Hernando de Vera, y se dirigió a varios hombres que le respaldaban—. Ponedles guardias y que estén incomunicados hasta que mi padre decida qué hacer.

—Estaré encantado de hacerlo —respondió Alonso de Lugo, que mantenía la espada en ristre.

—Este atropello no quedará así —protestó Rejón—. Haré valer mi derecho ante sus altezas.

—Protestad cuanto queráis cuando lleguéis allá —dijo Rodrigo—, mientras tanto, ¡a la sentina con grillos en manos y pies!

Rejón y Cabitos fueron empujados en dirección al inicio de la escalera que llevaba bajo cubierta. Al bajar el cuarto peldaño, Rejón escuchó la pregunta de Cabitos.

—Cuando hablabais de una retirada táctica, no os referíais a esta, ¿verdad?

Valladolid, 1 de octubre de 1480, cinco días después.

—Esta casa me trae buenos recuerdos.

Beatriz de Bobadilla cruzó el arco del que nacía la escalera de piedra que subía al primer piso de la casa de los Velasco, un palacio fortificado extramuros que los monarcas visitaban a menudo en sus estancias en la ciudad.

—Hace tiempo que no venimos, y es una lástima —reconoció su tía homónima—. Y es peor todavía que hayan hecho derribar las torres de las esquinas.

—¿Por qué hicieron eso, tía?

La señora se detuvo al llegar al primer rellano, los años no pasaban en balde, y aunque la escalera era cómoda, seguía siendo una escalera.

—A nuestros reyes no les gusta que sus nobles vivan en lugares tan fuertes. Así no tendrán tentaciones innecesarias.

—¿Cómo la de desobedecer las órdenes reales?

—Eso pasaba en tiempos del difunto rey don Enrique, que Dios lo tenga en su gloria. Hoy en día, por fortuna, ya no ocurre.

—Pero no se desea que vuelva a ocurrir, y por eso hay que tirar abajo las torres, ¿no es eso?

—Eso mismo, querida.

Las mujeres llegaron al primer piso, donde se anunciaron a una criada, que fue a buscar a su dueña.

—Es todo un detalle que mi querida amiga doña María de Acuña, esposa del dueño de la casa, don Juan Pérez de Vivero, haya preparado un banquete de bienvenida para nosotras, y que sirva de paso para que conozcas a don Rodrigo —dijo doña Beatriz.

—La verdad es que conoces a todo el mundo en Castilla —comentó la sobrina.

—Han sido muchos años de vivir junto a su alteza. Doña Isabel me ha regalado con su amistad, y eso se nota. Tienes que tener en cuenta que doña María es una persona con mucha influencia. Su hermano es el arzobispo de Toledo, el otrora todopoderoso don Alonso Carrillo de Acuña.

—Que ahora ha caído en desgracia.

—Pero sigue siendo el arzobispo, nunca hay que olvidarlo.

En la sala donde aguardaban tía y sobrina entró la dueña de la casa, acompañada de otra dama mucho más joven.

—¡Beatriz! ¡Qué alegría volver a veros! —exclamó la primera.

—¡María! ¡Los años no pasan por vos! —respondió la tía, que se levantó y la abrazó.

—Soy yo la que pasa por los años —bromeó—, sed bienvenida a nuestra casa.

Los ojos de la mujer pasaron de la tía a la sobrina, y la tía se dio cuenta.

—Esta es mi sobrina Beatriz, ¿os acordáis de ella?

Doña María no pudo contener una expresión de sorpresa.

—Pero ¡si era una niña! ¡Y ahora es una preciosa mujer!

Beatriz, la sobrina, desvió la mirada al suelo, tratando de que no se le notase el sonrojo.

—Sois muy amable, doña María —musitó.

—¡Vaya cambio! ¡Hay que ver cómo nos hacen viejas, Beatriz!

A la tía no le gustó demasiado el apelativo, pero no protestó.

—Cuánta razón tenéis, María.

La dueña se volvió a la otra mujer.

—Os presento, que no estoy segura de que os conozcáis. De un lado las dos beatrices de Bobadilla, tía y sobrina, y de otro, doña Leonor de la Vega y Velasco.

La acompañante de doña María intervino primero.

—Me han hablado muy bien de vos, doña Beatriz.

La tía sonrió ampliamente de gozo.

—Tengo amigos por doquier, no hagáis caso. Vos sois la hija de Pedro Fernández de Velasco, condestable de Castilla, segundo conde de Haro, camarero mayor y otras cuantas cosas más. Conozco bien a vuestro padre.

—Le adoro, como no puede ser de otra manera —la mirada de Leonor pasó a la joven Beatriz—. Y ciertamente vuestra sobrina es toda una belleza. Cualquier hombre se quedaría prendado de ella.

Beatriz, la sobrina, se ruborizó aún más.

—Con que solo uno lo haga, nos damos por satisfechas —dijo la tía, y su sonrisa contagió a las otras dos mujeres.

—¿Algún hombre en especial? —preguntó doña María, curiosa.

—Alguno hay, pero solo son palabras.

Un caballero entró en la sala, elegantemente ataviado. Doña María se volvió hacia él.

—¡Ah! ¡El señor Téllez Girón!

La tía le dio un codazo a la sobrina, que levantó la mirada del suelo.

—Venid, que llegáis a tiempo de que os presente a unas amigas —le

dijo la dueña al hombre.

El caballero, joven y de porte distinguido, se acercó a ellas.

—Las amistades de doña María deben ser mías también.

Con ademán cadencioso, besó las manos de tía y sobrina, para placer de ambas.

—Pues la amistad será mutua —respondió la tía.

—Vayamos a la mesa, que en nada nos servirán la comida —invitó doña María—. El invitado que falta llegará enseguida.

Tía y sobrina se rezagaron un poco para comentar por lo bajo.

—Es guapísimo. ¿Te agrada? —preguntó la tía.

—No puedo decir que no.

Doña Leonor debía tener el oído fino, ya que se volvió a las dos beatrices.

—Muchas gracias, es mi marido —les dijo en tono neutro.

La sorpresa se dibujó en el rostro de ambas mujeres.

—Perdonad, no lo sabíamos —respondió rápidamente la tía—. Debemos estar en un equívoco. No sabíamos que don Rodrigo estuviera casado.

Doña Leonor se rio.

—Y no lo está, este que veis aquí es Juan, su hermano. Por cierto, por ahí aparece Rodrigo.

El alivio de la noticia se mezcló con un nuevo sobresalto. Ahora fue la joven Beatriz la primera en reaccionar.

—Pero ¡si son iguales! ¿Qué maravilla es esta?

—Son gemelos, no se puede discutir —admitió doña Leonor.

El recién llegado se acercó a las dos mujeres y se presentó con una reverencia.

—Don Rodrigo Téllez Girón, para serviros.

Las dos beatrices se dejaron besar las manos y tardaron en salir de su estupefacción. En lo que se sentaban a la mesa, la sobrina musitó una frase a su tía.

—Pero, si son iguales, ¿cómo sabré a quién dirigirme?

La tía le contestó en el mismo tono.

—Es fácil. Espera a que él se dirija a ti. Y si no te mira mal doña Leonor, es que es Rodrigo.

Real de Las Palmas, 25 de octubre de 1480, tres semanas después.

—¿Qué nuevas trae la carabela que acaba de llegar?

Pedro de Vera hizo a su hijo Hernando la misma pregunta que hacían todos los pobladores del real cuando arribaba un barco a la rada de Las Isletas. Hernando de Vera se había trasladado a la playa para inquirir directamente al maestre. Se trataba de un envío de mantenimientos ordenado por Juan de Lugo, de conformidad con el encargo dado por los reyes de mantener un contacto periódico con Gran Canaria. El hijo del gobernador había vuelto al galope con las noticias que había recabado.

—Juan Rejón ya llegó a Sevilla y ha manifestado su intención de acudir a la corte a defenderse de las acusaciones vertidas en el proceso que se le incoó aquí y a restaurar su buen nombre.

—Puede hacer lo que le plazca, mientras no vuelva —comentó su padre—. ¿Sigue bajo arresto?

—El asistente de la ciudad, Diego de Merlo, le ha hecho prestar juramento de que se presentará en la corte y le ha dejado libre.

Pedro de Vera pensó unos instantes sobre ese detalle.

—Es lo normal. Rejón tiene buenos valedores cerca de los Reyes y en el fondo me da igual cómo acabe su proceso. No tengo especial inquina contra su persona, pero no lo quería aquí: generaba problemas y era un problema en sí mismo. Lo que sí espero es que el cronista Palencia tenga la suficiente influencia para evitar que vuelva a esta isla. Por mí, se puede ir al fin del mundo, pero que no retorne a esta isla, al menos hasta que se termine la conquista. ¿Dónde está la corte ahora?

—Según me han comentado, de Toledo sus altezas se trasladaron a Medina del Campo, donde piensan pasar el invierno.

—Tanto frío hace en Toledo como en Medina, pero prefiero Medina, está más lejos y Rejón tardará más en llegar. Conociendo cómo funciona el Consejo Real no verá sentencia hasta el final de la primavera. ¿Hay alguna noticia más?

—Se han publicado cartas de perdón para los homicianos, los delincuentes condenados, si vienen a luchar en esta conquista.

Vera se levantó de la silla donde se encontraba sentado y se paseó por la amplia estancia de la casa del gobernador.

—Eso no me gusta demasiado. Va a llegar gente de toda ralea, muchas veces de carácter rebelde y canalla. Habrá que reforzar la disciplina al máximo, y por unos cuantos la sufrirán todos. Pero es lo que hay, nos vendrán bien esos homicianos para lanzarlos al choque los primeros en los combates con los canarios.

En ese momento, hizo su entrada en la cámara Rodrigo, el otro hijo del gobernador. Llegaba polvoriento y con una herida en un pómulo de la que había manado sangre, ahora seca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el padre.

Rodrigo buscó un asiento y se sentó, cansado. Tomó aire antes de comenzar las explicaciones.

—Regreso de la entrada que acordamos ayer, con la hueste de doscientos hombres, mitad de los nuevos y mitad de los veteranos. Nos adentramos por la costa, por la zona que llaman Arucas, y al llegar al sitio denominado Bañaderos, una playa en la desembocadura amplia de un barranco, fuimos atacados por una horda de canarios que se encontraban escondidos en las rocas.

Pedro de Vera se sintió sorprendido.

—¿Os atacaron en la costa?

—Así fue, lo que nos desconcertó. Nos acometieron desde todos lados, lanzando piedras y venablos con una puntería increíble. Y luego, es de maravilla ver que saltan como diablos esquivando nuestros tiros de ballesta. Además, unos cuantos iban con pértigas largas aguzadas para despanzurrar a los caballos. Tuve que hacer que las monturas se colocaran en la retaguardia.

—¿Los caballos en la retaguardia? ¡Debe ser completamente al revés!

—Lo sé, pero el terreno era de rocas grandes donde las bestias no podían galopar. Era preferible reservarlas y luchar a pie firme contra los atacantes.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que hicieron un par de acometidas terribles y se volvieron, desparramándose barranco arriba. El choque fue tan cruento que decidí no perseguirlos. Estaba claro lo que pretendían metiéndonos en esos barrancos donde con seguridad nos tenían preparada una encerrona. El alférez me lo hizo ver, y creo que tenía razón.

Vera arrugó el ceño. Su hijo Rodrigo era muy impetuoso, pero todavía no era veterano en las guerras contra los canarios.

—¿Cómo de cruento fue el choque?

Rodrigo vaciló un instante antes de contestar.

—Siete muertos y treinta heridos.

Vera se sentó abatido en la silla que ocupaba del disgusto.

—Peor podría haber sido. Ya has visto cómo se las gastan esos salvajes. A la que pueden, te la hacen.

—Reconozco que se baten bien. A su manera, pero son efectivos. Me llamó la atención la reacción del alférez Jáimez. Me comentó que era la primera vez en muchos meses que los canarios se atrevían a atacarnos en llano, aunque con un suelo formado con esas piedras enormes que hay en estas costas.

Vera se rascó la barba, signo de que estaba dándole vueltas a la situación.

—Han sido tantos ataques con éxito contra nuestros soldados, que ya nos están subestimando. Y vamos a aprovechar ese menosprecio que nos hacen.

—¿Cómo piensas hacerlo, padre? —preguntó Hernando.

—Les plantearemos batalla cerca de sus cumbres, en un lugar ventajoso para ellos. Como están tan ensoberbecidos, la aceptarán. Pero esta vez seremos nosotros los que simularemos una retirada, y cuando lleguemos al lugar propicio, caeremos sobre ellos con la caballería y los ballesteros.

—Habrá que buscar el lugar idóneo.

—Pues ya tenéis trabajo. Que no se diga que los hijos del gobernador tienen un trato especial. Así que, en marcha.

Real de Las Palmas, 2 de noviembre de 1480, una semana después.

Los charcos naturales del recodo de la costa que se había bautizado como La Laja, a media legua del real yendo hacia el sur, era uno de los lugares preferidos por los canarios para marisquear. En su entorno se recogían lapas, burgados, y algún que otro mejillón. También algunos peces quedaban atrapados en su interior cuando bajaba la marea, lo que enriquecía su valor como fuente de alimento marino.

Aquel día, que se había levantado con algo de viento fresco y nubes en el horizonte, había desaconsejado a los soldados castellanos que de vez en cuando merodeaban por la costa acercarse al lugar.

Naira había citado a Lorenzo junto al charco más grande, el que mejor pesca ofrecía. En lo que llegaba el joven mercader se puso a recoger algo de marisco y trataba con una red de estera atrapar un sargo que había localizado retenido en la piscina natural.

La pareja había decidido encontrarse en lugares poco frecuentados, libres de las miradas reprobatorias, tanto de muchos castellanos como de los canarios, que no veían con buenos ojos aquellas entrevistas cada vez más frecuentes.

La canaria estaba tan ensimismada en su afán por capturar el pez que no oyó los cascos de un caballo hasta que estuvo muy cerca. Cuando levantó la vista, creyendo que se trataba de Lorenzo, se encontró, al otro lado del charco, con uno de los capitanes castellanos, un tal Valdés, si no recordaba mal. Naira había frecuentado tanto el campamento que conocía a muchos de los conquistadores, sobre todo a los que llevaban más tiempo allí. Y ese Valdés no le gustaba nada.

Le extrañó que apareciera solo. Generalmente, los jinetes del real iban en grupos de tres o cuatro, como mínimo, cuando se alejaban del recinto amurallado.

—Eres Naira, la hija de Adargoma —le dijo el capitán.

Naira no dominaba la lengua de los extranjeros, pero ya entendía algunos rudimentos. La joven se puso en pie y le respondió.

—Soy Naira.

El militar le sonrió, dibujando un rictus cruel en su rostro.

—¿Qué haces por aquí? No es buen lugar para que una joven esté

sola.

Naira no terminó de entender bien las palabras, pero sí el significado de la frase.

—Pescar —contestó, sacando la palabra de su escaso diccionario castellano.

—¿Pescar? —el hombre rio—. Lo que puedes pescar un día como este es un buen catarro. Tal vez necesites algo de calor.

Ahora Naira no entendió nada, pero el lenguaje corporal del hombre le disgustó. Y cuando este espoleó su caballo para que caminase en su dirección, le gustó menos aún. Dejó por perdido al sargo y recogió la red; agarró la bolsa de cuero donde llevaba el marisco y comenzó a alejarse rodeando el charco. El castellano puso su caballo al trote, que avanzaba más rápido que el caminar de la muchacha.

—¿A dónde vas? ¿Dónde vas a estar mejor que conmigo?

La joven vio que el caballo la alcanzaría enseguida y se volvió. Cogió un callado pequeño del suelo y levantó la mano, amenazando con lanzarlo.

El jinete se sorprendió de la reacción de la muchacha.

—¿Me vas a tirar esa piedrecita? —preguntó entre risas.

Naira, al ver que no se detenía le lanzó la piedra. Desde muy pequeña había competido con los muchachos canarios en acertar los objetivos más difíciles, y el proyectil acabó impactando en el rostro del capitán. Naira optó por huir corriendo tras el lanzamiento.

Valdés tardó unos instantes en recuperarse de la sorpresa, comprobar que no tenía los dientes rotos y dar rienda suelta a su ira.

—¡Maldita salvaje! —rugió—. ¡Te mereces una buena azotaina, y algo más, de propina!

El capitán puso el caballo al galope y alcanzó a la canaria en breves instantes. Con el asta de la lanza la hizo tropezar y caracoleó con su caballo, a la andaluza, alrededor del cuerpo caído de la muchacha, evidenciándole que no tenía escapatoria. Cuando Naira se sentó, abrazándose las rodillas para protegerse de los cascos del caballo, Valdés lo detuvo y descabalgó de un salto.

Se pasó la mano por el lugar del rostro donde había sufrido la pedrada, tal vez para recordarse el agravio, y le lanzó a la mujer una sonrisa de odio y lascivia.

—Te voy a enseñar a tirarle piedras a un capitán de Castilla.

El capitán se quitó el cinturón que llevaba enganchadas las vainas de su espada y de su puñal, que le molestaban, y se acercó a Naira.

—¡Deteneos! —Un grito en castellano, a su espalda, le hizo desviar la mirada de la desvalida joven al lugar de donde procedía el sonido, y vio llegar corriendo al joven mercader genovés conocido como micer Lorenzo. Lanzó un juramento por lo bajo, escupió de desprecio, y se

volvió a la muchacha. La cogió por el brazo y la obligó a levantarse.

—Tendremos espectadores, pero hay que terminar la faena.

—¡Soltadla ahora mismo! —gritó de nuevo Lorenzo, que estaba mucho más cerca.

Valdés se giró con la muchacha y lanzó una carcajada.

—Y si no la suelto, ¿qué vas a hacer, mocoso?

—Os obligaré a soltarla —le dijo Lorenzo, que ya llegó a su altura, jadeando.

Valdés volvió a reír.

—A fe mía que hoy voy a dar más de una lección a estos mentecatos.

Lorenzo no le dejó hablar más y arremetió contra el castellano inclinando el hombro y agarrando al capitán por las piernas, haciéndole caer de espaldas.

—¡Ahora sí que me has enojado! —dijo el capitán, que se puso rápidamente en pie y miró al lugar donde había dejado el cinturón con la espada y el puñal. Lorenzo le esperaba enfrente, atento a sus movimientos. Valdés lanzó un puñetazo de distracción que el mercader esquivó con facilidad y se lanzó a coger la espada. Lorenzo aprovechó para tomar la lanza, que se encontraba caída al otro lado, y la agarró con ambas manos de modo horizontal.

—Así no se usa una lanza, estúpido —le advirtió el militar, que desenvainó su espada—. Por menos de esto muchos rufianes como tú están en el infierno.

Lorenzo no contestó. Se colocó entre el capitán y Naira y se concentró en su contrincante. Valdés no esperó más y lanzó una estocada al frente que el joven evitó dando un salto ágil hacia atrás. El castellano resopló y cambió la acción por un tajo lateral que tampoco alcanzó su objetivo. Lorenzo contraatacó levantando la lanza por encima de su cabeza y dándole un giro con los brazos, impactó el extremo de madera en la cabeza de Valdés, haciéndole perder el casco.

—¡Por mil millones de demonios! —bramó de furia. El soldado se rehízo y lanzó un nuevo ataque con la espada en alto. El genovés dio otro salto a un lado y le endosó un golpe con el extremo de la lanza en el bajo vientre y acto seguido otro, con la parte metálica, en la espalda del castellano, rasgándole el jubón y cortándole levemente la piel.

—Estáis a tiempo de dejarlo —le dijo Lorenzo, que de otro salto se colocó enfrente, con la lanza dispuesta.

—¡Maldito bailarín! ¡Te voy a hacer trizas!

El golpe lateral de la espada volvió a encontrar el aire, y tras el paso del brazo llegó un nuevo bastonazo en el pómulo izquierdo del rostro, el mismo donde había recibido la pedrada, haciéndole una herida que comenzó a sangrar.

Valdés, presa de una furia ciega, lanzó varios espadazos de un lado a otro sin alcanzar a Lorenzo.

—Terminemos con esto —dijo el joven.

El genovés hizo un molinete con la lanza sobre su cabeza y lanzó una serie de golpes concatenados con el extremo sin punta de la lanza sobre los hombros y cabeza del soldado, que terminó levantando los brazos para protegerse. Lorenzo aprovechó para impactar una patada en los genitales del castellano, que cayó de rodillas.

—Vos lo habéis querido —le dijo, antes de darle un último golpe con la madera en la sien, que le hizo caer a un lado, sin sentido.

Lorenzo se volvió a Naira.

—¿Estás bien? —le preguntó en su idioma.

—No le ha dado tiempo de tocarme —respondió, y señaló el cuerpo exánime de Valdés—. ¿No deberías rematarlo? Va a ser tu enemigo mortal.

Lorenzo negó con la cabeza.

—No mataré a nadie si puedo evitarlo —echó un vistazo a su alrededor. Seguían solos—. Conviene que nos marchemos de aquí.

—Vámonos —le dijo la muchacha—. Pero sabes que esto no va a quedar así. Vas a tener problemas con ese hombre.

—Lo sé —admitió con un suspiro—. Los solucionaré a su debido tiempo.

La muchacha miró al joven con tristeza en el semblante.

—No vamos a tener un momento de paz, ¿verdad?

—Me temo que hasta que no acabe este conflicto no lo vamos a tener. Tendremos que aprender a vivir con ello.

—A vivir, o a morir con ello. Ten mucho cuidado, corazón puro.

Poblado de Arucas, 29 de noviembre de 1480, cuatro semanas después.

Tenesor y Doramas esperaban impacientes la llegada de Aymedeyacoan. Lo habían hecho llamar desde que les llegó la noticia de que Pedro de Vera se disponía a salir del real de Las Palmas con un fuerza nutrida de soldados. Muchos más de los doscientos que solían hacer incursiones en la parte norte de la isla sin alejarse demasiado.

Esta vez era distinto, a Vera le habían llegado refuerzos en varios barcos y se sentía lo bastante fuerte como para hacer una entrada en territorio enemigo, que era cualquier parte de la isla en cinco leguas alrededor de su campamento. Los castellanos no habían logrado en más de dos años afianzar un puesto avanzado lejos de su base, y los canarios sabían que este detalle minaba la moral de la tropa. Incluso tras la llegada de Vera, todas las salidas habían resultado infructuosas, y un par de ellas un completo desastre. Tenesor se ponía en el lugar de su oponente y apostaba porque iba a tratar de dar un golpe sonado a los habitantes de la isla. Y por eso habían convocado a Aymedeyacoan, para que la respuesta de los isleños fuera coordinada. También para ellos se abría la posibilidad de derrotar a una fuerza grande castellana. Si caía el nuevo gobernador, tal vez quedaran tan débiles que no pudieran sostener ni su propio campamento. Era un sueño que se podía hacer realidad, y el guadnarteme de Gáldar anhelaba que eso ocurriera.

El caserío de Arucas, que se desparramaba al pie de la montaña que lo enseñoreaba, comenzó a poblarse de sombras a medida que el sol caía al otro lado, camino del mar. Los primeros fuegos comenzaron a resplandecer dentro de las casas cuando un guerrero anunció la llegada de Aymedeyacoan. Se encontraban en el hogar de Texama, el guaire de la zona, que ejercía de anfitrión.

El guadnarteme de Telde entró en la casa, saludó al dueño y a sus invitados y se sentó junto a ellos en la estera, cerca del fuego central. La tarde refrescaba en aquella época del año en que los días eran más cortos y la temperatura dentro de la morada era mucho más agradable que fuera. Los caudillos no se habían visto desde unos meses atrás, cuando el descalabro de los castellanos en Moya.

—Me imagino que me habéis llamado por la noticia que está de boca en boca —dijo el recién llegado.

—Así es —respondió Tenesor que tenía el privilegio de hablar primero a su igual—. El jefe castellano ha preparado un buen número de soldados y se dispone a entrar en nuestros territorios.

—¿Y qué tenéis pensado hacer? —volvió a preguntar el teldense.

Tenesor miró a Doramas, que entró en la conversación.

—Tenemos dos opciones: la primera, la de siempre, no plantear combate en las medianías y aguardar al enemigo en los barrancos, tierra adentro. Y la segunda, esperarlo en un lugar apropiado y enfrentarnos a él.

Tenesor quiso reforzar las palabras del jefe de los guaires.

—Ya estamos hartos de ver a esos invasores pasar de largo por delante de nuestras narices. Hay que darles un escarmiento.

Doramas, a quien apodaban nariz ancha, entendió que el guadnarteme no se burlaba de su físico y no se dio por aludido.

—Nuestra gente está cada vez más acostumbrada a pelear con los extranjeros. Los caballos ya no nos asustan, lo único que hay que hacer es evitar que puedan desenvolverse. Y esas armas traidoras, las ballestas, nos obligan a no acercarnos demasiado. De resto, no pueden con nosotros en el cuerpo a cuerpo.

Aymedeyacoan asintió y levantó la mano para hablar.

—Todo eso es bien conocido, pero ¿sabemos algo de las intenciones del general castellano?

—Nuestros espías no están seguros, pero parece que se dirige de nuevo a Gáldar —contestó Doramas—. Es lógico, es la población más grande del norte de la isla. Tal vez piense asentarse en el poblado.

—Estos castellanos son tenaces —reconoció Tenesor—. Les dimos fuerte cuando llegaron hasta allí, pero vuelven a la carga.

—El nuevo gobernador no ha sentido todavía en sus carnes la derrota —repuso Doramas—. Cree que lo puede hacer mejor que sus antecesores. Por eso van a salir de nuevo.

—Hay que ser precavidos —indicó Aymedeyacoan—, en esta ocasión son muchos más.

—El número no sirve de nada cuando entran en uno de nuestros estrechos barrancos —replicó el guaire—. Les dejaremos subir y luego caeremos sobre ellos. Esta estrategia siempre se nos ha dado bien.

—Te veo muy tranquilo —dijo el guadnarteme de Telde—. Yo no me fío del nuevo jefe de los castellanos. Tengo un mal presagio.

—Yo no tengo ninguno —respondió Doramas—. Vera llegó hace unos meses y nada ha cambiado. Harán lo mismo que siempre hacen, son previsibles. En cuanto a mi tranquilidad, es la de un guerrero que confía en la fuerza de su brazo. Mañana tenía la intención de bañarme en el mar, y no voy a cambiar mis planes por esos extranjeros.

—No vayas muy lejos —le advirtió Tenesor.

—Bajaré temprano a los charcos de la costa. No te preocupes, que estaré pendiente.

A Aymedeyacoan la idea le pareció una bravata innecesaria, pero así era Doramas, un provocador temerario, por lo que no dijo nada. El jefe de los guaires, considerando finalizada la entrevista, se levantó, se despidió de todos y salió de la casa. La esposa y las hijas de Texama se dispusieron a servir algo de comida a sus huéspedes. No siempre alojaban a los dos guadnartemes a la vez.

—Tenesor, algo me dice que ese Vera va a ser distinto a los otros jefes que han tenido nuestros enemigos.

—El mejor de todos ellos, Rejón, se fue para alivio de todos. No creo que el nuevo gobernador esté a su altura. Tal como dice Doramas, los derrotaremos de nuevo.

—Veo a Doramas muy confiado. No me gusta.

—Es el jefe de nuestros guaires. Si no lo ves alarmado es que no hay causa de inquietud.

—Lo que quieras, pero sigo teniendo ese mal presagio.

—Te estás haciendo viejo, Aymedeyacoan —le dijo Tenesor, sin acritud.

—Espero por nuestro bien que no os equivoquéis.

—No nos equivocaremos. Confía en Doramas.

135

Alrededores de Arucas, Gran Canaria, 30 de noviembre de 1480, al día siguiente.

La columna de soldados, la más larga que se recordaba en la isla, caminaba despacio por un terreno donde solo había senderos para caminantes solitarios. La falta de llanos era el principal enemigo, pensó Pedro de Vera cuando examinaba con ojo entrenado los lugares por donde avanzaba la hueste. Era su primera salida de guerra, decisión tomada una vez que consideró que tenían las de ganar. Al menos, el camino hasta aquel monte era abierto y con una ladera no muy pronunciada.

Habían pasado cerca de un poblado circular de extrañas casas redondas llamado Tamaraceite, que había sido abandonado más de un año antes por sus habitantes. Se encontraba demasiado cerca del real para vivir allí sin ser molestados por los castellanos. En cierta manera, Tamaraceite se podía considerar la frontera a partir de la cual los expedicionarios podían ser objeto de ataques por parte de los naturales. Ahora se hallaban en zona peligrosa, cerca de otro poblado, mayor que aquel, denominado Arucas.

Vera estaba acostumbrado a las celadas de los moros en las serranías andaluzas, por lo que tenía bien aprendida la lección de no acercarse a bosquecillos ni barrancos, y muchos menos meterse en ellos. Al menos, hasta que fuera imprescindible, y lo haría tomando toda clase de precauciones.

El gobernador cabalgaba teniendo a su derecha al adalid Fernán Guerra y a la izquierda a su hombre de confianza, Pedro de Trujillo, el lugarteniente de todos los cargos que había desempeñado a lo largo de su carrera. Trujillo era un extremeño leal, el ejecutor perfecto de todas sus decisiones, que llevaba a cabo sin rechistar. Hombre avezado en las artes militares, no se despegaba de Vera y miraba receloso continuamente en derredor, en perpetua guardia. Su hijo Rodrigo montaba detrás junto al alférez Jáimez. Los demás capitanes se hallaban colocados en distintos lugares de la fila de combatientes.

—Maese Fernán —Vera se dirigió al adalid—. En las horas que llevamos de marcha no hemos visto a un solo canario. ¿Estáis seguro de que siguen en la isla?

La pregunta jocosa de Vera no provocó la sonrisa de Guerra.

—No los veis, señor, pero estad seguro de que ellos sí os ven a vos.

—Desde luego que no vamos a sorprender a nadie. El ruido que hace esta tropa de varios cientos de hombres no puede pasar inadvertido.

Vera entrecerró los ojos para ver mejor en la lejanía y señaló un accidente geográfico que se levantaba delante de ellos.

—¿Cuál es esa montaña?

Guerra no tardó ni medio instante en responder.

—Es la montaña de Arucas. En su parte este existe un poblado de más de cien casas. Una vez lo visité y era un lugar donde habitaban muchos canarios. Ahora está vacío, como casi todos.

Vera dio varias vueltas a una idea que tenía en la cabeza.

—No nos cuesta mucho desviarnos hasta allá arriba —le dijo a sus acompañantes.

—¿Qué interés tiene un poblado desierto? —preguntó Trujillo—. ¿No estamos buscando a los canarios?

—Si yo fuera canario, me apostaría en las faldas de esa montaña. Desde allí dominan el lugar por donde vamos a pasar y sería fácil hostigarnos sin gran esfuerzo.

—Iré de descubierta con unos jinetes —convino Guerra—. Es mejor estar prevenidos

—Abridnos camino, que vamos a pasar por ese pueblo —decretó el gobernador.

—¿Qué tiene Arucas que os atrae tanto? —preguntó Trujillo, deseoso de conocer los pensamientos de su jefe.

—Lo vamos a incendiar. Igual que hicimos con las alquerías musulmanas fronteras a Arcos. No vamos a dejar nada aprovechable tras nuestro paso.

—¿Incendiar? —preguntó Guerra—. Con Rejón teníamos la orden de talar árboles frutales y destruir las cosechas de cebada, pero las casas no las tocábamos. Como máximo, tirábamos abajo los techos, pero nada de quemarlas. Tal vez las necesitemos para reutilizarlas después.

Vera lanzó una mirada reprobatoria a su adalid.

—Si queréis vivir en esas casas de salvajes, dejad una para vos sin prenderle fuego. La gente de Castilla debe vivir como Dios manda, en casas de piedra y cal, con sus puertas y ventanas bien enjalbegadas y no en cuevas y escondrijos bajo tierra. A partir de ahora quemaremos sus poblados.

Guerra se abstuvo de contradecir al gobernador aunque considerara la decisión un error. Veía que se avecinaba una guerra sin cuartel que tiraría por tierra los esfuerzos de Rejón de llegar a un acuerdo con los canarios.

La patrulla subió la cuesta hasta el poblado y volvieron al galope.

—¡Un número nutrido de canarios controla el acceso al caserío! —les informó Guerra en cuanto detuvo la montura—. Están vigilando nuestros movimientos.

—Pues desviemos la vanguardia hacia el poblado. Y que se enciendan los hachones y las antorchas, que quiero que sepan cuáles son nuestras intenciones.

Los jinetes se dirigieron al comienzo de la fila de soldados y los castellanos comenzaron a desplegarse a lo largo de la ladera, tratando de parecer más de los que eran. La subida era fácil de enfrentar y no se vieron hostigados hasta que estuvieron a punto de llegar. Un griterío proveniente de lo alto comenzó a escucharse.

—¿Qué son esos sonidos? —preguntó Vera.

—Son los canarios, que gritan y silban para darse ánimos —respondió Guerra.

—Pues que toquen nuestros tambores, que también sabemos hacer ruido.

Antes de que los tambores comenzasen a retumbar, se escuchó un centenar de silbidos provenientes de la parte baja del camino. Los ojos de los castellanos se dirigieron a ellos. Otro grupo de canarios subía la cuesta desde la costa con rapidez.

—¿Tratan de rodearnos? —preguntó Vera en voz alta a sus acompañantes.

—No lo creo —dijo Trujillo—. No son tantos para conseguirlo.

Guerra se encaramó sobre la silla de montar para ver mejor.

—Son los hombres de Doramas —les comentó—. Y con su caudillo al frente.

Vera también miró con curiosidad hacia el grupo que se acercaba desde abajo y al fornido hombre que los dirigía.

—Ese Doramas, ¿no es acaso el jefe de todos los hombres de guerra de esta isla?

—Eso mismo, señor gobernador —asintió el adalid.

—Si logramos acabar con él cundirá el desánimo en su gente —dijo Vera, y se volvió a Trujillo—. ¡Que todos los jinetes se dirijan al encuentro de los que suben! ¡Y también cien de a pie! ¡Los demás, que sigan hacia el poblado! Quiero a ese hombre fuera de combate.

El lugarteniente volvió grupas a su caballo y se dirigió al centro de la columna, donde se encontraba la mayoría de la caballería. Un grupo de cincuenta monturas con sus jinetes bien armados se separó del grueso de los peones, y con un centenar de ellos siguieron a Trujillo hasta llegar a la altura de Vera, que avanzaba delante.

—Vamos a arrollar a aquel grupo que sube —les anunció el gobernador—. ¿Veis aquel hombre ancho que lleva una espada enorme? Lo quiero vivo o muerto. Daré mil maravedíes para quien lo

capture o lo mate.

Los caballeros se miraron, ambiciosos, no todos los días se ganaba un buen saco de monedas. El gobernador picó espuelas el primero.

—¡Vamos allá!

Los jinetes no perdieron el paso y se colocaron a su altura al galope por la pendiente en dirección a los canarios, unos cien, que subían hacia ellos gritando y silbando.

Cuando las dos fuerzas estaban cerca, los canarios callaron en sus silbidos y la profunda voz de Doramas se escuchó en el campo.

—¿Qué dice? —preguntó Vera a Guerra.

—Nos insulta y reta —respondió el adalid.

—¿Qué dice exactamente?

—Que somos unos perros fementidos, y pregunta si hay entre nosotros algún guerrero que se atreva a luchar con él.

Vera se puso en pie sobre los estribos.

—A fe mía que sí. Yo mismo acudiré al quite.

—Os ruego que no lo hagáis, mi señor —Trujillo se interpuso delante del caballo de Vera— No os lo podemos consentir, ya que, Dios no lo quiera, si os sucediese alguna desgracia quedaremos todos en mucho trabajo al faltarnos nuestro capitán y gobierno.

Antes de que Vera pudiera responder, uno de los jinetes, un tal Juan de Flores, arrancó de nuevo al galope su caballo y se dirigió hacia Doramas. Este le esperó quieto, a pie firme, en lo que los castellanos veían una temeridad, pero cuando la lanza que portaba el jinete estaba a punto de ensartarle, se desvió a un lado y con su espada de madera de filo de roca volcánica la partió en dos. El canario, al pasar el caballero por su lado, le lanzó un tajo que le quebró la espalda y el jinete cayó de su montura como un fardo.

Los demás jinetes y peones salieron de su estupefacción y entraron todos al combate contra los canarios, haciéndose la refriega general cuerpo a cuerpo. Un hidalgo llamado Juan de Hoces galopó lanza en ristre hacia el guaire que, al verlo venir, le lanzó un dardo con tanta fuerza que le alcanzó en el pecho, atravesándole la adarga y la cota que llevaba, cayendo muerto.

Vera se mantenía a cierta distancia, rodeado de sus hombres de confianza, tratando de no perder de vista a Doramas. Este se hacía notar por hacer círculos con su gigantesca espada que era capaz de atravesar escudos y corazas.

—En verdad es peligroso ese hombre —dijo Vera, más para sí que para los demás.

Otro de los castellanos que lograron acercarse a Doramas fue un soldado de a pie, un tal Pedro López, cuya espada voló al chocar con la del canario, que acto seguido lo dejó fuera de combate.

—¿Os acordáis de cómo picamos y rejoneamos a los toros en Jerez?

—preguntó Vera en voz alta a sus hombres—. Pues estos perros fementidos van a poder con ese toro.

Un grupo de seis jinetes siguieron al gobernador, que entró en la pelea arrollando con su caballo a cuantos se ponían delante. En unos instantes rodearon al jefe canario evitando sus espadazos, y aunque Doramas trataba de que no se acercaran, no pudo evitar que uno de los jinetes le alcanzase en la espalda con su lanza. El guaire se revolvió y logró alcanzar a su agresor con la espada en la pierna, produciéndole un corte que le rompió hueso y casi se la separó del cuerpo.

—¡A él! ¡Sin cuartel! —gritó Vera cuando vio a su enemigo herido.

Doramas se giraba continuamente, esquivando las arremetidas de los caballeros. Los peones rodearon al grupo, separando al jefe canario de sus hombres. En un momento en que Doramas, que comenzaba a dar signos de flaqueza, trataba de alcanzar a uno de los caballos, le entró de frente Vera, dándole una segunda lanzada por el pecho, a la que siguió un virotazo de ballesta en el brazo. A una señal de Vera, los caballeros se hicieron a un lado, dejando a Doramas de pie, solo en medio de ellos. El canario continuó gritando.

—Está herido de muerte —dijo el gobernador al adalid—, pero sigue berreando. ¿Qué dice?

—Dice que no os alabéis de victoria, que quien lo ha matado no sois vos, sino ese otro traidor por la espalda —tradujo Guerra—. Y que somos unos perros traidores tirando de lejos, y que a todos nosotros nos beberá la sangre.

—Vive Dios, ¡qué fuerza! —reconoció el gobernador—. Pero esto ya está hecho. Igual que los toros, de un momento a otro hincará la rodilla.

Los caballos siguieron dando vueltas a su alrededor y hostigándolo con las lanzas hasta que el canario, herido y agotado, se sintió morir y cayó al suelo.

Un grito de horror se elevó entre los canarios que luchaban con los peones por acercarse a su jefe. Vera se dio cuenta de ello perfectamente.

—Rematadlo —ordenó a Trujillo—, y haced igual que hacemos con los caudillos moros que se nos resisten. Cortadle la cabeza y clavadla en un pica, a la vista de todos.

Los canarios, como vieron caído a Doramas, arremetieron con gran furia, ímpetu y rabia contra los castellanos, pero la batalla se decantó a favor de estos cuando el resto de la columna se desvió del camino hacia Arucas y acometieron a los naturales, que tras resistir un tiempo acabaron retrayéndose cuesta abajo.

Vera dio orden de que sus hombres se reagruparan, permitiendo la huida de los que se habían salvado.

—¡No hace falta perseguirles! —anunció a voz en grito—. ¡Hoy han perdido a su mejor guerrero y han perdido la guerra! ¡Lo saben, y solo es cuestión de tiempo que vengan a suplicarnos la paz! ¡Volvemos al real! Pero antes, acabemos con los que están arriba y quememos el poblado, que no se diga que dejamos las cosas a medias.

1481

136

Roque de Bentaiga, 15 de enero de 1481, mes y medio después.

El sábor de los doscientos de los dos reinos se había reunido a solicitud de Aymedeyacoan. El lugar elegido era al pie de la montaña sagrada de Bentaiga, a su sombra, como si los convocantes pretendieran que fuera un partícipe más de la reunión que en cualquier momento pudiera dar su opinión sobre lo que se iba a discutir.

Y había varios asuntos importantes sobre los que se iba a debatir. Los hombres de Telde llegaron poco después que los de Gáldar, que los esperaban sentados formando media circunferencia. Una brisa fría les recordaba que el invierno canario no había terminado y les obligó a arroparse en sus pieles. Tenesor se levantó para dar la bienvenida al guadnarteme de Telde, a sus guaires y demás hombres notables. No dedicaron mucho tiempo a preguntarse por la salud y la familia. Aymedeyacoan esperó a que todos estuvieran sentados para levantarse él a su vez y dirigirse al grupo.

—¡Hermanos! Quiero que sepáis que los restos de Doramas ya descansan en paz. Hemos recuperado su cabeza de poder de los castellanos y ha sido enterrada convenientemente con el resto del cuerpo, como debía ser.

Un murmullo de asentimiento compungido se escuchó entre las filas de los congregados.

—La muerte de Doramas es un duro golpe para todos nosotros. El enemigo se ha revelado más fuerte y duro de lo esperado. Tal vez sea la hora de pensar en tratar paces con los invasores.

Antes de que Tenesor respondiera, como era su privilegio, se levantó Tasarte, el alto guaire de Gáldar.

—Nunca pensé que oiría esas palabras de ti, Aymedeyacoan. La

muerte de Doramas fue un lance de la batalla, pero nada más. Nuestras fuerzas siguen prácticamente intactas, seguimos dominando las montañas y estamos en disposición de mantenernos así el tiempo que haga falta. No quiero oír nada de paces cobardes con los extranjeros.

Maninidra, indignado, se levantó a su vez y tomó la palabra.

—No te corresponde hablar a ti, sino a Tenesor —le reprochó—. Y lo que tú quieras no es importante, sino lo que queramos todos, o al menos la mayoría.

Tenesor se levantó y se interpuso entre los dos hombres.

—Tasarte, siéntate y calla —ordenó—. Ya hablarás cuando toque.

El guaire, con expresión enojada, obedeció. El guadnarteme de Gáldar se volvió hacia su colega de Telde.

—Aymedeyacoan, entiendo que tus palabras reflejen un estado de ánimo sombrío. Ninguno de nosotros siente alegría desde la muerte de Doramas, pero no por eso hay que bajar los brazos. El sentir de los galdenses es que debemos seguir luchando por nuestra independencia.

—Vosotros no estáis tan cerca de los castellanos como nosotros —replicó Aymedeyacoan—. No sufrís de la misma manera sus ataques. El nuevo jefe, Vera, ya no respeta las normas de guerra que establecieron sus antecesores. Ha quemado y destruido los poblados de Tamaraceite y Arucas, y amenaza con hacerlo pronto con Telde. Es cuestión de días.

—Iremos a ayudaros —dijo Tenesor—, no estaréis solos.

—Y así desguarneceréis vuestras casas. No es buena idea.

Tenesor miró a los ojos a Aymedeyacoan.

—No vienes a proponer nada, sino a informarnos de algo. ¿No es así?

—Vengo a deciros que hemos hablado con el hijo de Vera, uno que se llama Rodrigo, que ha acudido desarmado a parlamentar. Nos ofrecen un trato.

Un rumor de indignación recorrió el lugar donde se hallaban sentados los galdenses.

—¡Nada de tratos! —exclamó Tasarte de nuevo. Tenesor tuvo que hacerlo enmudecer con su peor mirada.

—¿De qué trato hablas? —preguntó el guadnartemes de Gáldar al del Telde.

—Mantendremos como nuestras las tierras que ocupamos en estos momentos, y los extranjeros las que ellos dominan, en la costa. Habrá paz y solo bastará con ratificarla con su rey en su tierra, más allá del mar.

Tenesor pensó unos instantes en lo que acababa de escuchar antes de responder.

—Sabes que tanto los francos de hace muchos años, como los

portugueses y los castellanos no mantienen su palabra durante mucho tiempo. ¿No te has planteado que puede ser una trampa?

Aymedeyacoan no pudo evitar que un velo de tristeza ensombreciera su mirada.

—Lo que me he planteado es que llevamos dos años y medio viviendo en guerra con un enemigo tenaz que recibe continuamente refuerzos y que no se va a marchar, amenazando con destruirnos a la larga. Me he planteado que nuestras mujeres y nuestros hijos merecen vivir en paz y merecen dejar de pasar hambre y privaciones. Me he planteado que vivimos una situación de peligro constante que podríamos convertir en convivencia pacífica.

Tenesor se acercó a Aymedeyacoan y le puso una mano en el hombro.

—Es verdad algo de los que dices, pero no todo. Todavía dependemos de la fuerza de nuestros brazos y arrostraremos los sacrificios que hagan falta para mantenernos libres. Eso es lo que realmente importa.

—La paz propuesta por los castellanos no implica perder la libertad, Tenesor. Viviremos en pie de igualdad con ellos. Ese es el acuerdo propuesto.

—No me puedo fiar de la palabra de esos hombres, y no voy a poner en riesgo a los míos. No hace falta que consulte con los de Gáldar: no queremos tratos.

Un rumor de asentimiento se escuchó a su espalda. Se notaba tensión en el ambiente frente al silencio de los de Telde.

—Nosotros vamos a aceptar la paz que nos ofrecen —anunció el teldense—. Si no lo hacemos, la ruina de nuestro pueblo es inminente, y todavía tenemos mucho que salvar.

Tenesor se volvió y recorrió con la mirada a sus notables. Conminándoles a que permanecieran sentados.

—Aymedeyacoan, no me queda otra que respetar vuestra decisión. Nosotros no la compartimos y no trataremos con Vera. Y solo deseo que esa paz que aceptas no acabe siendo el comienzo del fin de todos nosotros.

Real de Las Palmas, 16 de enero de 1481, al día siguiente.

—Entonces, micer Lorenzo, os vais a Sevilla en la carabela que acaba de llegar. Es la Gaeta, la del maestre Pedro Fernández. Es un buen marino, he viajado con él en alguna ocasión.

—Así es, Alonso, ya sabéis que debo llevar los papeles que mi padrino y vuestro primo necesitan para denunciar los fraudes cometidos por el gobernador Algaba y su alcalde Cabitos contra nuestros intereses.

Alonso de Lugo y Lorenzo paseaban por el campamento a la luz de los pocos lucernarios que aparecían colgados de los muros de la alta pared de mampostería que había sustituido a la empalizada original. Lugo estaba realizando una ronda de reconocimiento y Lorenzo se le había unido en su recorrido. La brisa fresca del mar se notaba en aquella lugar, cerca de la playa de rocas. Hacía horas que había anochecido y el tiempo invitaba a vestir una buena capa.

—Algo he oído. Se cuenta en el real que ambos se han lucrado de la venta de orchilla sin pagar ni un maravedí a quienes tienen otorgados los derechos reales de su comercialización. Que, por otra parte, son mi primo Juan y quien siempre está detrás de él, Francisco Riberol.

—Es algo serio, ya que la cuantía es importante. Por eso debo llevar las pruebas documentales del perjuicio que hemos sufrido.

—Pues os vais en un momento clave: el gobernador ha recibido un mensaje de los canarios de Telde. Quieren concertar paces, y no ponen inconveniente en que su guadnarteme Aymedeyacoan y sus principales guaires viajen a Castilla a rendir pleitesía a sus altezas doña Isabel y don Fernando.

Lorenzo alzó una ceja.

—¿Los canarios saben a lo que van? No creo que hayan entendido que van a ir a prestar sumisión a nuestros reyes. Para ellos es una paz entre iguales.

Alonso de Lugo se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Una vez que estén allí harán lo que tengan que hacer. El oropel de la corte les deslumbrará. Siempre lo hace con gente de pueblos infieles y salvajes.

—Eso espero, que no se sientan engañados. Ya sabéis que son orgullosos y no soportan la falsedad.

Lugo le guiñó un ojo a Lorenzo.

—Como si entre ellos no se engañaran. En todas partes cuecen habas, estimado amigo.

—Pues aquí las hay. Las he visto en los hogares canarios.

Lugo se rio.

—¡Veis? En todas partes —el capitán cesó en su risa—. Quisiera pediros un favor: cuando estéis en Sevilla, pasad por mi casa a saludar a mi esposa. Deseo que le llevéis unos maravedíes de mi paga y comprobéis que está bien asistida y que no precisa de nada.

—Lo haré con mucho gusto. A fin de cuentas, nuestras dos familias son hermanas, y estoy seguro de que todos velan por sus necesidades.

—Os lo agradeceré mucho, y que me traigáis nuevas a vuestra vuelta.

—Yo también os pediré algo. Sé que conocéis a la hija de Adargoma, con quien mantengo amistad.

—Sí, no sé si os gusta o no, pero todo el mundo lo sabe en el real.

—Me da igual lo que digan. Lo que os pido es que si la veis o la encontráis en cualquier parte, le brindéis vuestra protección. Es importante para mí.

—Ahora que estamos a las puertas de paces con los canarios, no es una tarea gravosa. Lo haré de buen grado.

—Es que en este asunto de las paces no las tengo todas conmigo. Siento que es un negocio poco seguro, y es por eso por lo que os lo pido.

—Andad sin cuidado, y marchad tranquilo a Sevilla. Me dais envidia, podréis probar el buen vino del Andalucía.

—Brindaré por vos, Alonso.

Los dos hombres se dieron la mano y Lugo continuó su ronda, dejando a Lorenzo cerca de la casa donde tenían su morada varios mercaderes. Alonso no caminó mucho cuando escuchó a su espalda unos gritos y el inconfundible sonido de una espada al salir de su vaina. Se dio la vuelta y corrió hacia el lugar del que provenía el ruido. Tras una esquina se encontró con que tres soldados con el rostro cubierto habían emboscado a Lorenzo y trataban de atravesarlo con sus armas. Todavía no lo había logrado dada la asombrosa agilidad del joven, pero no tardarían mucho en conseguirlo. Sin detenerse, Lugo sacó su espada y la blandió al frente.

—¡Teneos, malvados! —les gritó al tiempo que les acometía— ¡Tres contra uno y desarmado!

Los atacantes no esperaban la aparición del capitán y tras un breve choque de aceros optaron por huir del lugar, tomando direcciones diferentes.

—¡Volved, hatajo de cobardes! —les gritó Lugo

El impulso de Alonso de perseguir a uno de ellos se vio refrenado por el brazo de Lorenzo que lo detuvo.

—Dejadlos, Alonso. No vale la pena el esfuerzo.

Lugo hizo caso a Lorenzo. Envainó su espada y se recompuso la vestimenta.

—Me parece que tenéis algún que otro enemigo en el real. No parece que quisieran vuestra bolsa. Iban a por vos.

—¿Entendéis ahora lo que os dije? Si son capaces de atentar contra mí dentro del real, también pueden hacerlo con Naira allá donde la encuentren.

—No sé en qué lío os habéis metido, Lorenzo, pero creo que no es mala idea que salgáis de esta isla por un tiempo.

—Eso es lo que voy a hacer. Pero volveré, no me asustan un par de embozados en la noche.

—Tal vez no os asusten, pero convendrá que tengáis ojos en la nuca, que por delante no os van a atacar.

Sevilla, 1 de marzo de 1481, mes y medio después.

Aymedeyacoan no daba crédito a lo que veían sus ojos. Era Adargoma, sin duda, sin su pelo largo y sin la barba frondosa, vestido a la castellana, pero con su silueta inconfundible. El guadnarteme se levantó de la alfombra donde estaba recostado y se acercó despacio para verlo mejor. Después, se fundió en un abrazo con el recién llegado a la estancia de invitados del palacio arzobispal.

—¡Bendito sea Acorán! —musitó con voz entrecortada—, pensé que no volvería a verte, Adargoma.

El canario retenido en Sevilla lució una amplia sonrisa cuando el abrazo se deshizo y ambos se miraron.

—No creas que yo no pensaba lo mismo. Soy muy feliz de verte, Aymedeyacoan.

—Y yo también. Tu familia está bien, no se han visto afectados especialmente por la guerra. Lo están pasando igual de mal que los demás, pero no peor.

Adargoma y el guadnarteme se sentaron sobre la mullida tela al estilo canario.

—Me han comentado que estás aquí porque has concertado paces con los castellanos —dijo Adargoma.

—Fue una de las condiciones. Que viajara para sellar la paz entre reyes, y a mí no me parece mal.

—Aymedeyacoan, no te engañes. Será una paz entre reyes, pero no una paz entre iguales. Los castellanos siempre van a considerar que han vencido.

El guadnarteme mantuvo la mirada de su antiguo guaire.

—No te creas que no lo adivino, pero estamos aquí y nos mantendremos con toda la dignidad que nos caracteriza. Si para lograr la paz para mi pueblo tengo que hacer estas cosas, las haré sin dudar un momento.

—¿Qué te parece lo que estás viendo?

El guadnarteme cerró los ojos un instante, como pensando lo que iba a responder.

—Si quieres que sea sincero, estoy apabullado, desconcertado. En primer lugar, por lo grande que es este mundo nuevo y tan poblado de

gentes. Las distancias son enormes y hace un frío horrible.

—Eso es así en estas fechas —sonrió Adargoma—. Pronto cambiará a mejor. ¿Y en segundo lugar?

—Que no entiendo a los castellanos. Teniendo toda esta inmensa tierra, ¿qué se les ha perdido en nuestra isla, que no es nada en comparación?

Adargoma asintió, diciendo sin palabras que él se había hecho la misma pregunta.

—El castellano es un pueblo extraño. Sienten una especie de complejo por haber perdido su tierra en otros tiempos a manos de sus enemigos musulmanes. Llevan ocho siglos recuperándolas y no pararán hasta conseguirlo. Parece que tienen la necesidad de guerrear continuamente. Ahora que ha terminado la contienda con sus hermanos portugueses, van a comenzar otra contra sus primos musulmanes de Granada. Se han acostumbrado tanto a guerrear, a conquistar y a poblar, que no saben detenerse. Y la excusa es la religión.

—Pero si el Dios de los cristianos es el mismo que nuestro Acorán, y el mismo de los musulmanes.

—El mismo Dios con distintos nombres, y con distintos hombres portándolos como pretexto para culminar sus ambiciones.

—Por lo que he visto, lo que ha llegado a nuestra isla es una pequeñísima parte del poder que tienen estos reyes de Castilla. Me confirma la idea de que la paz que hemos concertado es buena para nuestro pueblo.

—¿Está de acuerdo Tenesor? —Adargoma metió el dedo en la llaga.

—Tenesor es rehén de sus belicosos guaires, y no se atreve a enfrentarse a ellos. Tasarte es el peor de todos, y tiene soliviantada a la gente. Poco menos que me tildó de traidor.

Adargoma lanzó un bufido de pesar.

—Conozco a Tasarte. Siempre ha sido un exaltado, pero tú te debes a tu gente de Telde, no a los de Gáldar. ¿Y qué dice Tenesor?

—Tenesor ha dicho que esperará a ver cómo nos va en nuestra paz con los castellanos antes de tomar una decisión. Por eso es importante este viaje, a pesar de todas las pantomimas que nos obliguen a hacer.

—Te deseo suerte, Aymedeyacoan. Te acompañaría de mil amores, pero no me permiten salir de la ciudad. No estoy encerrado, pero sé que me vigilan discretamente.

—Cuando vea a los reyes de Castilla les pediré que nos acompañes de vuelta a nuestra isla.

Un halo de tristeza pasó por los ojos de Adargoma.

—No tengo mayor deseo en el mundo que volver y ver a mi familia. Sabes que soy y siempre seré tu fiel servidor, tanto si me permiten estar cerca de ti como si no es así.

—Lo sé, Adargoma. Las circunstancias nos han obligado a vernos en una situación que no imaginábamos, pero tenemos que afrontarla buscando siempre el bien de nuestro pueblo.

El capitán Alonso de Lugo entró en la cámara acompañado de Lorenzo y unos criados que cargaban unos fardos, que dejaron junto a la puerta.

—Dios los cría y ellos se juntan —dijo Lugo al ver conversando a los dos canarios.

Adargoma tradujo la frase de Lugo y Aymedeyacoan respondió en su lengua.

—Lo mismo podría decir yo. Corazón puro y corazón fuerte juntos en esta su tierra.

Lorenzo hizo la traducción a su vez al capitán.

—¿Ya me han bautizado? —preguntó Lugo con ironía—. No está mal el nombre. Me lo quedo.

—Has tratado a Aymedeyacoan y a su gente con respeto y nobleza —le dijo Adargoma en castellano—. Cada cual tiene el nombre que se merece.

Lugo sonrió.

—La verdad es que me apetecía cambiar un poco de aires, aunque sean tan fríos, y no me lo pensé dos veces cuando el gobernador me encomendó esta misión.

—Pues para lo del frío hemos venido —dijo Lorenzo en canario—. Tomad, os hemos traído capas, mantas y ropajes para el camino. Os vais a Calatayud.

—¿Qué es Calatayud? —preguntó el guadnarteme.

Alonso de Lugo entendió la pregunta sin comprender las palabras, y contestó

—Calatayud es donde están sus altezas. Un lugar frío y lejano en el que nos recibirán con una calurosa acogida.

—Esta es una tierra fría llena de gente ardiente —sentenció Aymedeyacoan—. Iremos a Calatayud entonces.

Calatayud, 14 de abril de 1481, mes y medio después.

—Sus altezas os recibirán ahora —indicó a Alonso de Lugo el mayordomo de los reyes, Gonzalo Chacón—. Es un buen momento, don Fernando ha designado a doña Isabel como corregente, gobernadora y administradora en los reinos de la Corona de Aragón, y no ha habido oposición por parte de la nobleza aragonesa. Están de muy buen humor, lo cual siempre ayuda.

Alonso de Lugo y su comitiva, el guadnarteme Aymedeyacoan y seis canarios principales que les escoltaban, pasaron bajo el arco de piedra y entraron en la iglesia gótica de san Pedro de los Francos, en el centro de la ciudad. El templo era el favorito del rey Fernando, ya que allí se le entronizó en 1461 por las cortes aragonesas como heredero del trono de Aragón, y había sido elegido como lugar para la designación de la corregente y la recepción a los canarios que, de paso, iban a ser bautizados allí.

Los monarcas esperaban en una de las capillas laterales de las tres naves del edificio, junto a la pila bautismal. Aguardaban rodeados de cortesanos, el propio Chacón, el tesorero Cabrera, el contador Quintanilla, y media docena de hombres de armas, pendientes siempre de su seguridad. Unos pasos detrás, unas damas de la corte observaban con curiosidad a los exóticos extranjeros.

Alonso de Lugo se sentía nervioso. Aunque había visto a los reyes en Sevilla, de lejos, nunca había hablado con ellos directamente, y menos todavía se había dado el caso de que fuera él uno de los protagonistas del acto que iba a celebrarse. El mayordomo hizo las presentaciones.

—Don Alonso Fernández de Lugo, caballero capitán en la conquista de la isla de la Gran Canaria.

Alonso, tal como le habían indicado, caminó unos pasos hasta una distancia corta e hincó una rodilla en tierra.

—Para serviros en lo que ordenéis —les dijo, sin levantar la mirada.

—Alzaos, don Alonso —dijo el rey—. Hemos oído hablar de vos a vuestro primo Juan, persona muy apreciada por Nos.

Lugo pensó en los dineros que su primo había prestado a los monarcas en sus empresas bélicas y se dio cuenta de que Juan era una carta de presentación inmejorable.

—Espero que haya hablado bien de mí —contestó con humor—. En las familias andaluzas nunca se sabe.

El comentario arrancó una sonrisa en los presentes.

—Sabemos que estáis cumpliendo con vuestro cometido lealmente, lo que nos place, y que seguiréis haciéndolo —intervino la reina—. Presentadnos a los señores canarios.

Alonso entendió que era el momento de traspasar el protagonismo a estos y se hizo a un lado.

—Viene a prestar su obediencia a sus altezas uno de los reyes de la isla de la Gran Canaria: Aymedeyacoan, guadnarteme de Telde —anunció.

El canario, al escuchar su nombre, dio varios pasos al frente, acercándose a los reyes. Sus guardias se movieron para impedir que avanzase más, pero Fernando los detuvo con un ademán de su brazo. El rey, tranquilo, se acercó al canario.

—Sed bienvenido en mis reinos —le dijo. De inmediato la respuesta fue traducida por Fernán Guerra, el adalid intérprete.

—Soy feliz de conocer a un rey tan grande y poderoso —dijo el guadnarteme, que al ver la expresión severa de Isabel, añadió: —Y de una reina tan bella y sabia. Me pongo a vuestra disposición.

La traducción satisfizo a los reyes, que asintieron complacidos.

—Es nuestra voluntad que vos y vuestros acompañantes seáis instruidos en la santa fe católica —dijo la reina—, y seáis bautizados en este mismo momento.

Aymedeyacoan escuchó con paciencia las palabras reales traducidas.

—Entiendo que es parte de la ceremonia de paces —dijo—. Si con ello sellamos la paz entre nuestros pueblos, me bautizaré gustoso. Cristo o Acorán, solo hay un Dios sobre nuestras cabezas.

Guerra tradujo libremente la frase del canario, obviando la parte final.

El arzobispo de Toledo ofició el bautizo de los canarios, que fueron apadrinados por los cortesanos que se hallaban presentes. En cuanto terminó de administrar el sacramento, la reina hizo un gesto con la mano y todos se aprestaron a escucharla.

—Sepan todos mis vasallos que ahora y en todo tiempo, y de aquí en adelante, puedan los canarios andar como cristianos, pues lo son, libremente por todas partes y lugares de nuestros reinos por donde quieran. Y que por ser canarios, que ninguna persona sea osada de les cautivar.

La reina esperó pacientemente a que Guerra tradujera su orden, y

continuó.

—Y que por ser como son nuestros vasallos, sean tratados y defendidos y amparados como lo son nuestros vasallos y súbditos y naturales de todos nuestros reinos. Y si alguna persona quisiera ir contra de tales personas canarias, mandamos a nuestro justicia que proceda contra tales personas con todo rigor de derecho. Esto hemos dicho, y es nuestra voluntad y ordenamos que se ponga por escrito para noticia de todos.

El guadnarteme esperó al final de la traducción y se inclinó ante los reyes, y lo mismo hicieron los canarios que le acompañaban.

—Este rey pequeño se inclina ante reyes tan grandes y magnánimos, y está feliz de que nuestros pueblos alcancen la concordia y vivan en paz en los años venideros.

Fernán Guerra volvió a hacer una traducción libre de las palabras del guadnarteme, añadiéndole que todos prestaban su obediencia a los monarcas. Era lo que le había indicado expresamente el mayordomo Chacón aquella misma mañana. No debía de olvidarse de decirlo, y no se olvidó.

—Ahora, volved en paz a vuestra tierra —concluyó el rey Fernando—, y decidle a todos que Nos queremos y deseamos que las islas de Canaria y los vasallos que viven en ella formen parte de los reinos y señoríos de Castilla, con la gracia de Dios.

Y todos los presentes entonaron un amén ratificatorio.

Real de Las Palmas, 29 de abril de 1481, quince días después.

Pedro de Vera había reunido en la torre del campamento a las autoridades de la conquista. El teniente Trujillo se había encargado de convocar al nuevo alcalde Juan de Mayorga, al escribano Argüello, al receptor Moxica, al alférez Jáimez y al resto de los capitanes. Faltaba Alonso de Lugo, que se hallaba en Castilla con el guadnarteme de Telde. Completaban el elenco Hernando y Rodrigo, los dos hijos del gobernador, auxiliares directos de su mandato y sus manos derecha e izquierda, respectivamente.

El gobernador comenzó a hablar en cuanto llegó el último de los citados.

—Tenemos un grave problema con los canarios.

Ninguno de los presentes preguntó a Vera a qué se refería. Todos lo sabían. A raíz de las paces con los teldenses, la presencia de naturales acampados extramuros del real se había triplicado. Muchos pretendían que los castellanos les proporcionaran algún alimento, y otros permanecían allí para intercambiar algún producto de la tierra por otro fabricado en Castilla. La cercanía de los teldenses incomodaba a Vera, que veía en ella un riesgo innecesario para la seguridad del real. Los canarios de Gáldar no se habían sometido y los castellanos eran incapaces de distinguir a unos de otros, con lo que cualquiera, amigo o enemigo, podía acercarse tranquilamente a los muros del caserío amurado de Las Palmas.

Todos los congregados esperaron a que Vera prosiguiese, lo que hizo tras comprobar que había captado su atención.

—No podemos tener a una legión en la puerta de nuestra casa. Esto parece un mercado persa. Y es un peligro desde el punto de vista militar. ¿Alguien tiene alguna idea?

El alférez, el más veterano en la isla, se sintió obligado a responder el primero.

—No podemos expulsarles sin más de los alrededores del real. Podría interpretarse como un desaire, y estas paces son frágiles, no hace falta recalcarlo.

—Estas paces no hacen más que complicarnos la existencia —

replicó Vera—. No han logrado que los de Gáldar se acerquen a nosotros, y nos vemos con la carga de tener que tolerar su presencia, y a veces, hasta de alimentarlos. Tenemos que hacer algo para despejar el campamento.

—Lo ideal sería sacarlos de la isla —dijo el capitán Valdés—. Al menos, los hombres en disposición de tomar sus armas.

—No podemos sacarlos contra su voluntad —indicó Jáimez, evidentemente incómodo con la propuesta.

—¿Quién dice que tenga que ser a la fuerza? —replicó el capitán—. Invitémosles a salir.

—Explicaos, capitán Valdés —dijo Vera, impaciente.

—La idea no es mía, sino de uno de los homicianos, un tal Pedro de Herrera.

Los veteranos se miraron entre ellos.

—Pedro de Herrera es hijo de la señora de Lanzarote, doña Inés Peraza —dijo Jáimez—. Está buscando el perdón del asesinato de su mujer.

—Da igual quién sea —dijo Valdés—. Creo que deberíamos escuchar su plan.

—Pedidle que venga —ordenó el gobernador—. Oiremos lo que tenga que decirnos.

Valdés salió de la casa y volvió en poco tiempo acompañado de un hombre delgado y bien vestido.

—Pedro de Herrera, a vuestro servicio —se presentó.

—Nos ha dicho el capitán Valdés que se os ha ocurrido algo para sacar a los canarios de paces de esta isla.

Herrera sonrió y asintió.

—Podríamos decirles que vamos a la conquista de otra isla, la de Tenerife, por ejemplo. Y ofrecerles que se unan a nosotros en la empresa.

—Pero no tenemos ni los medios ni la autorización para dicha conquista —advirtió Argüello—. No entiendo a dónde queréis llegar.

Herrera se armó de paciencia al percatarse de que el escribano no le seguía.

—Los dejamos en Tenerife y que ellos hagan la conquista por nosotros. ¿Acaso los canarios necesitan autorización de alguien para enfrentarse a la gente de Tenerife?

La propuesta pilló desprevenidos a los congregados. A nadie se le había ocurrido algo así. El gobernador rompió el silencio al cabo de unos instantes.

—Existiría engaño si les decimos que nos acompañen, y luego nosotros no desembarcamos.

Herrera tenía preparada la contestación a la objeción.

—No hace falta engañarlos. Que vayan a la conquista de Tenerife,

estoy seguro de que la idea les va a encantar. Imaginad lo que sería quitarnos de en medio a doscientos o trescientos guerreros. Con ellos fuera de la isla, podríamos acometer a los de Gáldar sin temor a cubrirnos las espaldas.

—No pondré en peligro unas paces que han costado mucho, si se hace mediante falsedad.

—Dejadlo de mi mano, señor gobernador. Yo les convenceré. Hablo algo de su lengua y los canarios conocen a la gente de Lanzarote.

—No sé si tienen buen recuerdo, pero ese es vuestro problema —dijo el gobernador—. Si se embarcan de buen grado, tendréis mi bendición.

—¿Y libraréis la carta de perdón a mi favor para las justicias de Sevilla?

—Así lo haré, os lo aseguro.

—Entonces contad con que los canarios se embarcarán con sumo gusto.

Vera asintió e indicó a Herrera que podía salir. Este le obedeció, y ninguno de los presentes se dio cuenta de la mirada de inteligencia que se dedicaron furtivamente Herrera y Valdés.

Calatayud, 5 de mayo de 1481, seis días después.

—La verdad es que no esperaba volver a veros —dijo Alonso de Lugo al encontrarse a Beatriz de Bobadilla a la salida de la misa de domingo en la iglesia de San Andrés—. Y menos tan lejos de Sevilla.

Beatriz reconoció al apuesto soldado que la había acompañado por la ciudad del Guadalquivir, ascenso a la torre de la iglesia incluido.

—No sé si debo dirigiros la palabra. Todavía estoy enfadada por el engaño de Sanlúcar.

—Era una broma entre chiquillos. No puedo creer que sigáis enojada. Os suplico mil perdones.

Beatriz asintió con la cabeza, aceptando las disculpas.

—He venido con el séquito de mi tía, ya sabéis, la que se llama igual que yo, que asiste a su alteza doña Isabel como dama de compañía en este viaje a Aragón.

—Pero no os vi el día en que bautizaron a los canarios que vinieron conmigo.

—Seguro que a mi tía sí que la visteis. Yo no estaba invitada, ya comprobasteis que la iglesia es pequeña.

—Pues es una pena, os perdisteis una ceremonia singular. No todos los días se ve a un rey canario pactando paces con sus altezas.

—¿Pactando paces? Me han dicho que vino a prestar obediencia a los reyes, como rey que se da por vencido y reconoce su poder superior.

—Reconoce su poder superior, pero hasta ahí llega. Lo que habéis oído no corresponde a la realidad. El gobernador de la isla, Pedro de Vera, concertó con él una paz pactada.

—Pues no es eso lo que se ha interpretado en la corte, pero ¿qué más da? El hecho es que estáis aquí. ¿Volveréis a esa isla tan lejana de nuevo?

Lugo sonrió al ver el interés de la muchacha.

—Es mi deber. Me he comprometido a luchar en su conquista y retornaré desde que pueda.

Beatriz miró a ambos lados antes de proseguir. Los corrillos a la salida de la iglesia se habían disuelto, salvo el de su tía y otras damas, que continuaban intercambiando chismes, y ambos se separaron unos

pasos.

—No sé si debería decíroslo.

Lugo abrió los ojos de la sorpresa.

—¿Decirme qué?

—Lo he escuchado de labios de un consejero de su alteza don Fernando. Tiene que ver con esos canarios a los que acompañáis.

—Pues decídmelo, os lo ruego.

—Escuché que se planteó en una de las audiencias privadas del rey con sus consejeros que tal vez no fuera buena idea que los canarios volviesen a su tierra. Al menos hasta que se terminase la guerra.

El rostro de Alonso se volvió blanco.

—Eso supondría la ruptura de las paces. Ha costado mucho llegar a este punto para tirarlo por la borda a las primeras de cambio.

—Ellos creen que esas paces van a durar poco, y que conviene que uno de sus líderes más señalados no vuelva a comandarlos contra los castellanos.

—No sé por qué piensan eso de las paces. Creo que están equivocados. Y retener a Aymedeyacoan contra su voluntad en Castilla no puede deparar nada bueno. Los canarios se inquietarán con su tardanza, y al final se enterarán de lo ocurrido. Es imposible guardar un secreto así.

—Yo solo os lo comento para que no os tome por sorpresa.

—Hablaré con todos los consejeros reales que haga falta para sacarles de su error.

—Lo veo difícil. La corte parte mañana para Barcelona, y los consejeros viajan todos con sus altezas.

—Hablaré con mi primo Juan entonces. Él tiene entrada al círculo cercano de los reyes.

—Ya estáis advertido. Pero yo no os he dicho nada.

Alonso iba a agradecer a Beatriz la confidencia cuando, al mirar al frente, se quedó petrificado. Un hombre se había plantado ante la pareja y miraba a Lugo desafiante.

—¡Don Juan Rejón! —exclamó Lugo, que echó mano al pomo de su espada—. ¡Voto a tal que es la última persona con la que desearía toparme!

Rejón sonrió con malicia al comprobar la inquietud del capitán.

—Calmaos, Alonso, que vengo en son de paz —le dijo.

Lugo detuvo el movimiento de desenvainar su arma, pero se mantuvo alerta.

—¿Qué queréis? —preguntó, intranquilo. Beatriz se percató de la tensión entre ambos hombres.

—Siempre fuisteis un buen soldado a mis órdenes, Alonso —dijo Rejón en tono sosegado—. Y comprendo vuestra lealtad a Pedro de la Algaba. A fin de cuentas, era familia vuestra. Tal vez os excedisteis en

la forma de prenderme en el barco, pero estabais en vuestro papel. Quiero deciros que no os guardo rencor.

Alonso miró a los ojos a su antiguo enemigo. No se fiaba de él.

—Y yo tampoco, dado que ya no estáis en la isla.

—Ya que os veo, me gustaría ofreceros que sirváis como hombre de armas a mi lado en la nueva empresa que me dispongo a acometer.

Lugo se mantenía escéptico, aquello le olía a trampa.

—¿Qué nueva empresa? ¿Acaso no os han reprendido por la muerte de Algaba? ¿No habéis sido condenado?

Rejón volvió a sonreír, esta vez con suficiencia.

—Desde luego que me han reprendido, pero he logrado convencer a los consejeros reales de que actué de buena fe y basándome en pruebas fehacientes.

—No puedo creer que hayáis salido indemne de vuestra iniquidad.

—No del todo, me han prohibido volver a Gran Canaria.

—Mejor será que no volváis a ninguna de las islas. Tampoco seréis bienvenido en las islas de doña Inés Peraza. Su hijo Fernán os la tiene jurada.

—El caso es que sus altezas no piensan igual que vos. Han reconocido mi dilatada experiencia en la guerra contra los canarios y me han encomendado la conquista de otra de las islas: la de La Palma.

Un reflejo de pasmo y asombro brilló en las pupilas de Alonso.

—¿La Palma? No puedo creer que queráis volver a las islas de Canaria.

—Voy a volver, Alonso, y deseaba saber si querríais venir conmigo. Presumo que La Palma será más fácil de conquistar que la Gran Canaria. La isla es más pequeña, está menos poblada y sus habitantes no son tan civilizados como los canarios.

—Los palmeses son igual de fieros, si es que no lo son más, y mucho más salvajes. Hay muchos castellanos que han desembarcado tratando de apresarlos y han tenido que volver a toda prisa y descalabrados. El hermano de doña Inés Peraza, Guillén, murió en una entrada desafortunada en la isla.

—Estoy seguro de que será un paseo militar. Y recibiréis buenas tierras en compensación. ¿Qué me decís?

Alonso no tuvo que pensárselo ni un instante.

—Olvidadme. Mi sitio está en la Gran Canaria. Nada se me ha perdido en La Palma, una isla a la que no tengo pensado ir jamás.

—La vida da muchas vueltas, Alonso. En fin, vos os lo perdéis. Cuando termine mi conquista os enviaré un presente de recuerdo.

—Podéis ahorraros el esfuerzo. Espero no volver a encontrarme con vos. Seguid vuestro camino, que yo seguiré el mío.

Rejón hizo un gesto de aquiescencia, se dio la vuelta y volvió por sus pasos.

—Vaya un hombre desagradable —dijo Beatriz cuando estimó que ya no la escuchaba.

—Es increíble que se haya salvado de un castigo ejemplar —respondió Alonso, presa de indignación—. Sus contactos en la corte le han salvado una vez más. Y sí, es un hombre que repele y del que conviene estar alejado.

—¿Creéis que su presencia en las islas puede tener consecuencias para vos?

—Es un hombre vengativo marcado por el destino. A su alrededor siempre se producen muertes y traiciones. No sé qué consecuencias tendrá que ese hombre vuelva a las islas de Canaria, pero estoy seguro de que las habrá.

—Parecéis muy seguro, don Alonso.

—Al tiempo, doña Beatriz. Al tiempo.

Nao La Callada, a ochenta millas al norte de Gran Canaria. 10 de mayo de 1481, cinco días después.

—Guillén, necesito un intérprete. No entiendo qué dicen estos canarios.

Pedro de Herrera había acudido a la proa, donde se encontraba Guillén Castellano, uno de los criados de sus padres que le había acompañado, a modo de escudero, en su aventura bélica en Gran Canaria. Castellano era descendiente de los primeros europeos que llegaron a Lanzarote y Fuerteventura, allá por el comienzo de siglo, y, como todos ellos, a fuer de relacionarse con los hijos y nietos de los indígenas majos, había aprendido su lengua. El idioma majo no era exactamente el mismo que el que hablaban los canarios, pero con un poco de esfuerzo se hacían entender.

—Ya os dije que estabais jugando con fuego, don Pedro. Y también os dije que no participaría en esa idea loca que tuvisteis de llevar a estos doscientos canarios que tenemos embarcados en estas naos a un puerto del Andalucía para venderlos como esclavos.

—Ya te he dicho que no vamos a hacer eso. La idea es la inicial, hacerlos desembarcar en Tenerife para que se las entiendan con los guanches. Pero no esperaba que los vientos fueran tan contrarios.

—Y ahora, nuestros huéspedes se están recelando algo porque no ven la montaña Teide en el horizonte.

—Por eso necesito que hables con ellos. Si te fijas, están murmurando en corrillos. Me temo que estén preparando algo.

Castellano echó un vistazo a la cubierta y comprobó que los temores de Pedro de Herrera eran fundados. Una sensación incómoda, con posibilidades de tornarse violenta, se palpaba en el ambiente.

—Está bien, hablaré con ellos —dijo Castellano, mientras Herrera suspiraba de alivio—. Pero vos estaréis a mi lado.

—De acuerdo, lo que quieras. Pero hay que tranquilizar a esta gente.

Castellano y Herrera bajaron del penol de proa y se dirigieron a donde se encontraba el guaire Atacaite, a quien todos los canarios embarcados obedecían.

—Debes de saber que no hemos llegado a Tenerife porque los

vientos son contrarios y no nos permiten acercarnos a la isla —dijo el lanzaroteño.

El canario parecía llevar tiempo esperando a que alguien le diera una explicación.

—Desde que salimos perdimos de vista la silueta de Tenerife y no hemos vuelto a verla. O bien quien maneja este barco no sabe lo que hace o estáis tratando de engañarnos.

—Nadie trata de engañaros —repuso Castellano, que tradujo las palabras a Herrera.

—Dile que en cuanto cambie el viento iremos a Tenerife —le dijo Pedro.

Castellano iba a traducir sus palabras cuando Atacaite volvió a intervenir.

—No creemos una palabra de lo que nos dices. Tienes la misma poca credibilidad que tu amo, Diego de Herrera. Si no vemos Tenerife antes de que llegue el sol a lo alto, os arrojaremos por la borda y hundiremos los navíos nosotros mismos.

Castellano vio en los ojos del guaire que hablaba en serio. Tradujo con rapidez la advertencia a un Pedro de Herrera que se volvía pálido.

Uno de los canarios se acercó y llamó la atención de todos, señalando al horizonte.

—Allí hay tierra —les dijo.

La mirada de los pasajeros de la nao se dirigió hacia aquel lugar. La silueta de una isla aparecía por estribor.

—Es Lanzarote —dijo Pedro de Herrera, que reconoció de inmediato los quiebros de la montañas—. Pregúntales si quieren ir a Lanzarote.

Castellano no tuvo que preguntar nada. Atacaite se adelantó.

—Llévanos a esa isla, y una vez en ella veremos lo que hacemos.

Pedro de Herrera entendió la frase del canario sin necesidad de traducción.

—Dile que mis padres estarán encantados de recibirlos, y que los que quieran, podrán quedarse en la isla —invitó Herrera.

Castellano miró con cierto asombro a Pedro.

—¿Estáis seguro de que queréis que les diga eso? No sé si vuestros padres estarán de acuerdo.

Herrera se encogió de hombros.

—Hay que salir de este embrollo como sea. Y siempre he escuchado a mis padres quejarse de la poca población que tienen sus islas. Es un modo de acrecentarla.

—Habrá que estar también a lo que digan los canarios —replicó Castellano.

—Pues pregúntaselo.

El lanzaroteño así lo hizo, y el guaire no tardó en responder.

—Aunque no tenemos buen recuerdo de Herrera, si nos recibe en paz y nos promete devolvernos a Gran Canaria, os concederemos una oportunidad. Y ni se os ocurra tratar de engañarnos, acuérdate de que seguimos portando nuestras armas, y que las usaremos sin dudar.

—Daré la orden al maestre para que se dirija a Lanzarote —contestó Castellano, dando por terminada la conversación.

Castellano volvió a la proa con Pedro de Herrera a su lado.

—Cuanto más lo pienso, mejor me parece la jugada —dijo el segundo—. Le traigo a mis padres unos cuantos vasallos nuevos y yo vuelvo con la carta de perdón firmada por el gobernador.

Castellano lo miró de reojo, tratando de disimular el rechazo que le producía el hijo de sus señores.

—Ya veremos qué dicen vuestros padres.

—No te preocupes, Guillén, déjalo de mi mano.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, don Pedro. Cada vez que algo se deja de vuestra mano, acaba en un completo desaguisado.

Real de Las Palmas, 15 de mayo de 1481, cinco días después.

—Don Pedro, hay una mujer canaria que solicita audiencia.

El gobernador se incorporó, algo inquieto, del diván en el que se hallaba recostado. La interrupción de su descanso provino del teniente Trujillo, que tenía facultad para ello.

—¿Una mujer canaria?

—Sí, es muy conocida en el Real. Es la hija de Adargoma.

—¡Ah! Ya sé quién es —Vera se tranquilizó—. Decidle que entre, y llamad al adalid Juan Mayor, que no voy a entenderla.

Trujillo obedeció y salió de la cámara de Vera. En unos instantes volvió acompañado de la muchacha y del adalid.

—Me han dicho que queríais verme, Naira —dijo el gobernador.

La muchacha era consciente que su nombre iba de boca en boca en todos los habitantes del real, por lo que no se asombró de que la llamaran por su nombre.

—Te han dicho bien, gobernador. Tengo que darte un mensaje de parte de mi pueblo.

Vera se puso en guardia. No esperaba que una joven como aquella cargara con un peso así.

—¿Cuál de tus gentes?

—De la de Telde, a los que pertenezco y quienes me han enviado.

—¿Quiénes te han enviado?

—El faysag y los guaires que están en la isla, con Guanariragua y Maninidra al frente.

Pedro de Vera se percató de la importancia de lo que Naira quería transmitirle.

—Y, ¿cómo es que no han venido ellos y envían a una muchacha como tú?

—Cuando sepas lo que tengo que decirte, lo comprenderás. Pero tiene que ver con la confianza que ellos tienen en los castellanos.

La respuesta no satisfizo a Vera, que se sintió incómodo.

—Habla pues.

—Sabemos por un barco de Herrera que recaló en Gando que fuimos engañados. Los hombres que embarcaste con destino a Tenerife

para su conquista no llegaron nunca. Y nos imaginamos que tenías la intención de llevarlos a Castilla para venderlos como esclavos.

Vera se agitó ante las palabras traducidas de Naira.

—¡Eso no es cierto! El maestre tenía la orden de dejarlos en esa isla.

—No te esfuerces en negarlo. Hemos recibido la noticia de parte del mismo Atacaite. Si no se hubiesen sublevado, no se sabe dónde hubieran acabado al final. Ahora están en Lanzarote, y ya hace mucho tiempo que no sabemos nada de Aymedeyacoan y su viaje a Castilla. Lo siento, pero nos estás obligando a pensar mal.

—Por lo que sé, tu guadnarteme está llegando a los puertos del Andalucía y volverá en el primer barco.

—Ya no te creemos, Pedro de Vera. Y por ello me han encargado que te diga que las paces están rotas. No han venido ellos porque no se fían de que vayas a apresarlos. Los de Telde volverán a empuñar las armas contra los castellanos, junto a sus hermanos de Gáldar.

Vera palideció. Por culpa del nefasto Pedro de Herrera se iban por la borda meses de negociaciones y de tratar de evitar situaciones conflictivas.

—¿Han sido los de Gáldar quienes os han empujado a tomar esa decisión.

—No, has sido tú, o quienes te rodean, que es lo mismo. Diste tu palabra y vemos que no vale nada, por lo que consideramos que tenemos razones para romper el pacto.

El gobernador exhaló un suspiro.

—No quiero volver a la guerra con los teldenses. Podemos aclarar las cosas cuando vuelva Aymedeyacoan, y puedo traer a los que se embarcaron con Atacaite.

—¿Realmente puedes, Pedro de Vera? ¿Volverá nuestro guadnarteme de la lejana Castilla? ¿Cuánto tarda uno de vuestros barcos en llegar? ¿Un mes? Pues es el plazo que te damos para confirmar tus palabras. Que quede claro que los canarios te damos una última oportunidad. Pero si en un mes no está Aymedeyacoan aquí, entenderemos que todo es mentira y nos uniremos a nuestros hermanos de Gáldar. Y ya imaginas qué nos dicen.

—¿Qué os dicen?

—Que la palabra de Pedro de Vera no vale nada, y que no descansaremos hasta expulsar al mar a los castellanos. O eso, o moriremos todos en el intento.

Real de Las Palmas, 10 de julio de 1481, mes y medio después.

—Os doy la bienvenida, amigo Alonso, y más si traéis con vos los anhelados refuerzos prometidos por sus altezas.

Alonso de Lugo acababa de entrar en la cámara donde despachaba el gobernador Pedro de Vera. Era lo primero que había hecho nada más entrar en el real procedente de la playa de Las Isletas, tras desembarcar. El gobernador le recibía con buen talante.

—Doscientos ballesteros curtidos y unos cuantos voluntarios que se han unido al escuchar que hay guerra de nuevo en esta isla —respondió el capitán.

—Nunca ha dejado de haberla. Los canarios de Gáldar no han depuesto sus armas en ningún momento y, esperando el refuerzo, se nos han ido unos cuantos meses sin atacarlos seriamente.

—Antes que nada desearía pediros un favor. Es por hacer justicia.

Vera no se esperaba que Lugo le pidiera nada recién llegado.

—Es por Aymedeyacoan y sus acompañantes. Se han quedado retenidos en Sevilla, justo cuando iban a embarcar de vuelta a la Gran Canaria. ¿Podríais hacer algo por ellos?

Vera refunfuñó. El tema no era de su agrado.

—Debéis saber que yo no tengo nada que ver con la orden de los consejeros reales de que no embarcaran de vuelta a esta isla.

—Lo sé, y, considerando que se trata de una situación en la que nos han hecho faltar a nuestra palabra, lo que nos deshonra, es lo que por lo que os pido que escribáis a sus altezas.

El gobernador se echó atrás en su asiento inconscientemente. La palabra deshonor tenía unas connotaciones muy fuertes.

—No hay vileza ni infamia cuando la orden viene de los propios reyes naturales de cada cual. En este caso, los consejeros reales actúan en su nombre, y sus órdenes han de ser obedecidas.

—Al menos, podríais protestar por la medida. Nuestra credibilidad va a verse seriamente comprometida con los canarios.

Vera se levantó y comenzó a caminar por la estancia, meditando la respuesta.

—¿Sabéis qué? Tal vez sea mejor que Aymedeyacoan no haya

vuelto. Prefiero tener a los canarios de Telde sin un líder claro.

—Pero eso hará que los teldenses escuchen y pongan sus ojos en sus hermanos de Gáldar. Harán suyos sus argumentos bélicos y más nos costará terminar esta conquista.

—Alonso, no estáis muy al tanto de cómo están las cosas por aquí. Los de Telde rompieron las paces y la mayoría se ha alzado en las cumbres del centro de la isla, sobre todo en la parte de Tirajana, un lugar que trae malos recuerdos.

—¿Por qué se rompieron las paces?

—No me habléis del tema. El odioso Pedro de Herrera me convenció para llevarse a doscientos canarios fuera de la isla, y una serie de equívocos y malentendidos provocó la reacción de los que se quedaron aquí.

—Ya sabéis de mi lealtad hacia vos, pero sabed que se rumorea que vos disteis la orden de llevarlos al Andalucía para venderlos como esclavos.

—¡Habladurías! ¡Todo fue cosa del hijo de la señora de Lanzarote! Por conseguir la carta de perdón, ese bellaco fue capaz de cualquier fechoría. Pero una cosa os digo, Alonso, aunque las paces se hayan ido al traste, al menos hay doscientos guerreros menos contra los que luchar. Y los hombres que habéis traído con vos serán suficientes para desarrollar mis próximos planes de batalla.

—¿Y cuáles son esos planes?

—En primer lugar, entrar por el barranco de Tirajana para doblegar a los canarios de Telde, aprovechando que no tienen jefe. Los ballesteros lograrán a distancia lo que no podemos hacer con los caballos: subir a esas agrestes montañas y atacarlos en sus agujeros.

—¿Y el segundo?

—Abrir otro frente de guerra en la costa de Gáldar, un lugar fácilmente accesible desde donde podremos hostigar a los canarios. Mi idea es levantar una torre en la rada de Agaete, con una guarnición fija, donde nuestra gente se pueda refugiar en caso necesario.

—¿Una torre? Eso significará que un buen número de los nuestros quedará aislado del real. Hará falta contar con un navío que los aprovisione de continuo.

—Exactamente. Ya lo tengo hablado con el armador de una de las carabelas en las que habéis llegado.

—Habrá que destacar un contingente considerable que proteja la construcción de la fortaleza, y buenos alarifes para levantarla con garantía.

—Lo tengo pensado. Y me adelanto a vos: también habrá que poner un alcaide de confianza, un hombre valiente, que sepa luchar contra los canarios si llegan de malas, y hablar con ellos si llegan de buenas.

—El más indicado es el alférez Jáimez, señor. Es de los primeros

que llegaron a esta isla.

—Pues no, Alonso, he pensado en otra persona. A Jáimez lo necesito para la entrada de Tirajana.

—Y entonces, ¿en quién habéis pensado?

El gobernador cesó en su caminar, y miró a Lugo.

—En vos, Alonso. Quiero que seáis el alcaide de esa torre.

El capitán se quedó estupefacto.

—¿En mí? No tengo ninguna experiencia en defender fortalezas.

—Y tampoco la teníais de luchar contra los canarios, y aquí llegasteis, también de los primeros. Sois mi hombre, Alonso, y no quiero un no por respuesta.

Lugo se levantó e hizo una reverencia al gobernador.

—Por supuesto que os obedeceré, y me siento honrado, aunque también sorprendido. Espero estar a la altura.

—No os preocupéis, que a la fuerza bien pronto se aprende. En un par de semanas quiero llevar a cabo mis planes, así que ya estáis buscando un buen destacamento de hombres para que os acompañen a Agaete. Elegid a los que mejor os parezcan. Hombres duros, fieles y aguerridos, que es lo que vamos a necesitar.

—Desde luego, así lo haré —Lugo dejó pasar unos instantes antes de proseguir—. Pero, ¿qué hay de la carta de protesta?

Vera se acercó a Lugo y le puso una mano en el hombro antes de contestar.

—Amigo Alonso, no va a haber carta de protesta. ¿Quién soy yo para enmendar las decisiones de sus altezas? Sobre todo, cuando considero que son sabias y certeras.

Sevilla, 15 de julio de 1481, cinco días después.

Lorenzo se identificó en la puerta del palacio del arzobispado de Sevilla. El guardián lo conocía de vista y no puso reparos en cuanto escuchó el apellido Riberol. Esa familia tenía las puertas abiertas en aquel edificio. Pero el joven mercader no se dirigió a las estancias de la parte superior a presentar sus respetos al arzobispo, sino que cruzó uno de los patios interiores y llegó a las habitaciones de la parte trasera de la casa, que daban a un huerto bien lucido. Allí, sentados debajo de un naranjo, se encontraban hablando Adargoma, Aymedeyacoan y sus seis acompañantes canarios. En cuanto apareció Lorenzo, captó de inmediato la atención de los isleños.

—Tened buen día—saludó en la lengua canaria.

—Hasta que no volvamos a ver nuestra tierra, los días no serán buenos —respondió el guadnarteme de Telde.

—Lo imagino, pero no hablo con segundas intenciones. Como sabéis es el saludo cristiano.

—Entonces, ten un buen día tú, corazón puro.

—No traigo buenas noticias. Las gestiones para vuestra vuelta a Gran Canaria que ha tratado de hacer nuestro socio Juan de Lugo no han tenido éxito. Y no sé si el gobernador Vera escuchará los ruegos de Alonso de Lugo. Dudo que quiera enfrentarse a las decisiones de sus altezas.

Aymedeyacoan no pudo disimular una mueca de disgusto.

—Entonces, se consuma nuestro fatal destino. Los castellanos han faltado a su palabra y somos sus prisioneros en esta ciudad.

Lorenzo trató de suavizar lo más posible sus palabras.

—Respecto a lo primero, yo no soy castellano, sino genovés, y te doy la razón en que no han actuado correctamente. Ya sabéis que durante vuestra ausencia, el faysag y los guaires rompieron las paces, por lo que entra dentro de lo lógico que os retengan aquí hasta que finalice la guerra. Y por lo que sé no sois prisioneros. Solo estáis retenidos temporalmente.

—¿Qué diferencia hay? ¿A dónde podríamos ir en este mundo extraño de Castilla si no es de vuelta a nuestra isla? Estar aquí como estamos es languidecer esperando la derrota o la muerte de los

nuestros. Me siento traicionado e impotente para poder reaccionar. En este momento, solo deseo que nuestros hermanos canarios planten cara a los castellanos y los derroten una y otra vez hasta que terminen echándolos de la isla.

Lorenzo asintió. Entendía los oscuros pensamientos del guadnarteme.

—Esta próxima semana volveré a la Gran Canaria. Mi familia quiere que retome los negocios allá y supervise la recolección de la orchilla.

—Algunos son más afortunados que otros —intervino Adargoma cuando comprobó que su guadnarteme no comentaba la noticia.

—Aunque vosotros no me sintáis como alguien neutral, puesto que me veis como un cristiano más, trataré de velar por los vuestros en la medida que pueda.

—Te lo agradecemos, corazón puro —respondió Aymedeyacoan—, pero sabemos que tu poder es muy limitado. Si los nuestros te preguntan por nosotros, diles que mantengan su lucha sin desfallecer, que no hay otra salida.

Lorenzo tragó saliva antes de responder.

—Siempre hay salidas, solo es cuestión de planteárselas. Soy comerciante, y sé que siempre se puede llegar a un acuerdo, aunque parezca malo. Pero no voy a discutir sobre ese asunto. Deseo hacer a Adargoma una petición especial.

Aymedeyacoan miró a su guaire, dándole la palabra.

—No sé qué puedes querer de mí —respondió el aludido.

—Te pido que me permitas ser el protector de tu familia en tu ausencia —dijo Lorenzo.

Adargoma se lo pensó unos instantes antes de responder.

—Mi familia tiene la protección de sus compatriotas. Acorán me concedió la dicha de tener hijos y de entre ellos destaca una hija que vale mucho. Sé que tú la aprecias, corazón puro, es algo que no se le escapa a nadie. Si lo que me estás pidiendo es permiso para verla, te lo concedo. Siempre has sido leal con nosotros, y si las cosas vienen mal dadas, cualquier ayuda será buena. Cuida de mi esposa también.

—Te agradezco la confianza, Adargoma, y trataré de proteger a todos los canarios que pueda.

Aymedeyacoan hizo un gesto con la mano, indicando que iba a hablar.

—Antes de que te vayas, corazón puro, quisiera aprovechar tu buena disposición para que lleves un mensaje a Tenesor.

Lorenzo se puso en guardia. La petición podía ser arriesgada.

—No sé si podré hacerlo. No hay contacto entre los castellanos y los galdenses.

—Ya sabrás cómo, tienes recursos para eso y para mucho más —

repuso el guadnarteme—. Dile de mi parte que proteja a su sobrina, nuestra princesa, la heredera del trono de Gáldar, que debe unificar a nuestro pueblo, incluyendo a los de Telde. Dile que Aymedeyacoan está de acuerdo en que ella sea la reina de todos nosotros en cuanto los viejos nos quitemos de en medio. Dile que si no vuelvo, que esa es mi voluntad.

—¿Y me creerá?

El guadnarteme se quitó un colgante del que pendía una pintadera de barro cocido adornada con una espiral.

—Le darás esto —le dijo, y le ofreció el collar—, y lo hará.

—¿No es un poco pronto para lo que dices? —preguntó Lorenzo—. Te quedan años de vida.

Aymedeyacoan sonrió con amargura.

—No sé lo que me queda en este mundo. En vuestra Castilla hay mil enfermedades que no conocemos y que nos pueden llevar con Acorán en cualquier momento. Y en nuestra tierra hay guerra, y cualquiera puede tener un mal día. Es conveniente que se aclare cuanto antes la cuestión de la sucesión. En mi ausencia, nombro a Bentejuí, el hijo de Bentagoyhe, como legítimo guadnarteme de Telde, y debes decirle que tiene que obedecer a Tenesor en todo, al menos hasta que llegue a la mayoría de edad, y luego rendir homenaje a la princesa, para que sea la reina.

—Trataré de hacerles llegar tu mensaje —aceptó Lorenzo.

—Y una última cosa más, corazón puro.

Lorenzo se detuvo cuando se disponía a marcharse.

—Dime.

—Dile a toda mi gente que Aymedeyacoan les ama y les amará hasta el final de sus días.

El joven mercader asintió y dio un paso atrás.

—Se lo diré, aunque estoy seguro de que ya lo saben.

Rada de Agaete, 15 de agosto de 1481, un mes después.

Los navíos castellanos habían llegado de noche a las inmediaciones de la pequeña bahía de la playa de piedras y arenas oscuras cercana a la desembocadura del ancho barranco de Agaete. La nao Buen Jesús y la carabela Buenaventura habían permanecido surtas al abrigo del acantilado con el ancla echada hasta las primeras luces del alba. Un primer batel con los adalides se desplazó a la ribera y los exploradores se dividieron en semicírculo para comprobar que su presencia no había sido advertida por los canarios. Todos ellos sabían que existía un poblado media legua arriba del cauce y que, aunque sus habitantes habían sido desplazados a las cumbres del interior, siempre había algún atrevido que se acercaba a la costa a mariscar.

La claridad fue despejando las sombras y el adalid Fernán Guerra volvió a la carabela en la que había viajado con Alonso de Lugo para informarle.

—No hay canarios en la costa. Y no aparecerá ninguno hasta que el sol sobrepase el acantilado. Tenemos unas horas para efectuar el desembarco.

—Pues sea —respondió Lugo—. Los ballesteros primero. Que suban encima de la playa y se coloquen donde puedan dominar la costa y el interior. Luego los caballos; después los infantes, y cuando todos estén prestos, que bajen los alarifes y el material.

El maestre de la nave, Juan Palomo, que escuchó la orden y repitió las instrucciones al maestre de la nao vecina. Después de los caballos, que debían bajar al batel con la grúa del barco, lo que más costaría sería bajar las negras piedras esquineras que darían forma y fortaleza a la edificación. Sería más fácil con las vigas de madera y tablazón de su interior, amén de la cal, bizcocho, vino y cebada, que en todo se había pensado.

A primeros de mes, la carabela Buenaventura, que viajaba en conserva de la nao, había sido retenida en el puerto de Las Isletas por el gobernador Pedro de Vera, que tras intensas negociaciones, la había comprado en nombre de los reyes a un corredor que representaba al propietario y había concertado con la tripulación el pago de los seis

meses que calculaba tardarían en construir la torre y asentarse sobre el terreno sus ocupantes. En el primer viaje les acompañaría la nao, que luego volvería a Castilla.

Palomo, el contramaestre, el piloto, los tres marineros, los cuatro grumetes y el paje de la nave se resignaron a pasar una larga temporada navegando en la costa norte de la isla hasta que Vera les liberase de la obligación. A cambio, recibirían una buena paga por sus servicios, que nunca venía mal.

—¿Tiene nombre este puerto? —preguntó Lugo a Guerra.

—Que yo sepa, solo el de costa de Agaete.

—Pues merece uno mejor. Como soy el fundador del primer establecimiento castellano en este lugar, y en nombre de sus altezas y del señor gobernador, lo llamaré Puerto de las Nieves, en memoria y reverencia de nuestra señora de Las Nieves, mi madrina y a quien me encomiendo en todo cuanto hago.

—Pues poca nieve se ve por aquí —comentó Guerra—. Más bien habría que hablar de calores en esta época del año.

—Lo de las Nieves viene de mis abuelos gallegos. En la Galicia corre la leyenda de que nevó en uno de los pueblos un cinco de agosto por intermediación de nuestra Señora.

—Nieve se ve a lo lejos en el pico Teide de esa isla de enfrente. Tal vez allí, si vais alguna vez, tendréis que proponer que se use el mismo nombre.

Alonso de Lugo miró a su izquierda y contempló a lo lejos el perfil azulado de la isla de Tenerife, que adquiría distintas tonalidades a medida que aumentaba la luz del amanecer.

—Ya se verá. Quién sabe lo que depara el destino —Alonso volvió su atención a las barcas, que ya volvían después de dejar a los primeros hombres en tierra—. Ahora, a lo que hemos venido.

Lugo y su adalid bajaron a uno de los botes en el siguiente trayecto y desembarcaron junto al resto de ballesteros, que se desplegaron de inmediato en las alturas de alrededor.

—¿Habéis pensado dónde excavar los fundamentos de la torre, capitán? —preguntó Guerra.

—Está decidido de un viaje anterior que hice por estos lares —Lugo señaló un promontorio cercano a la playa—. Allí mismo, cerca de la orilla, que no quiero que los canarios puedan cortar el camino de las vituallas. Y así, si nos asedian, la parte que da al mar tendrá menos peligro.

—Pero estaréis más lejos de los poblados de los canarios para hacerles daño.

Lugo miró a su adalid, casi recriminándole el pero.

—La seguridad de mis hombres antes que nada es lo que interesa. Y hacer que a los canarios les cueste atacarnos. Porque de una cosa

debéis estar seguro: nos atacarán día y noche durante mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Es lo que yo haría si fuera uno de ellos. Y sé de buena mano que los canarios no son tontos. Tendremos que convencerles de que no podrán con la torre ni con los que estén dentro.

—Desde luego, conociéndoles, yo también os aseguro que nuestra presencia aquí no les va a gustar.

—Pues tendrán que hacerse a la idea, señor adalid, porque mi honra está en juego y de aquí no me muevo.

Fernán Guerra observó la expresión del capitán y supo con toda certeza que Alonso de Lugo no se marcharía de aquel lugar. A menos que fuera con los pies por delante.

Barranco de Tirajana, 2 de agosto de 1481, dos semanas después.

La columna de Pedro de Vera subía por el barranco de Tirajana. La amplitud inicial del cauce se iba estrechando a medida que la cuesta se iba haciendo más dura y los soldados de a pie lo notaban.

Comandaba el grueso de la expedición el propio gobernador a lomos de su flamante caballo alazán jerezano, con el alférez Jáimez cabalgando a su derecha y el teniente Trujillo a la izquierda. La caballería estaba dispuesta en la vanguardia y en la retaguardia del grupo, dejando en el centro a los peones y a los ballesteros recién llegados de Castilla.

El barranco de Tirajana era una de las entradas naturales que conducían al laberinto de montañas y barrancos que conformaba el centro de Gran Canaria. Remontando el riachuelo perenne que discurría por su cauce, se podía llegar casi al roque Nugro o Nublo, como lo tradujeron los adalides, una de las cumbres más altas de la isla.

Vera había destacado un buen contingente de hombres a caballo y de infantes por delante al mando de su hijo Rodrigo para comprobar el terreno y averiguar la disposición de los canarios, que de seguro les estarían esperando en un paso difícil.

La ancha vaguada se estrechó a la altura de un lugar denominado Ansite y la tropa dejó atrás tres impresionantes pitones de piedra plagados de cuevas abandonadas apresuradamente por sus ocupantes y que hubo que rodear. «Buenas fortalezas si se atrincheraran aquí los canarios», pensó el gobernador, pero no fue el caso. Un somero examen del interior de las mismas indicó que los naturales se habían llevado consigo cualquier elemento de utilidad.

El terreno obligó a la línea de castellanos a formar de a dos, con lo que su extensión se alargó demasiado a juicio de Pedro de Vera, que comenzaba a preocuparse por lo agreste del paisaje.

El escudero Miguel de Clavijo volvía a caballo de la vanguardia, acompañado por un muchacho.

—Hemos encontrado a un castellano más arriba —le dijo al gobernador, señalando al joven, vestido a la canaria—. Estaba

pastoreando cabras. Es uno de los rehenes de Lanzarote.

—¿Todavía queda alguno? —se preguntó Vera. Echó un vistazo al muchacho, curtido por el sol. Era difícil distinguirlo de un canario, hasta que habló.

—Buen día tengáis, señor.

Las palabras en perfecto ladino admiraron al gobernador.

—¿Quién sois, por ventura?

—Ni nombre es Juan Mayor, hijo de Juan Mayor, vecino de Lanzarote. Llevo muchos años viviendo cautivo en esta isla.

Vera sopesó al muchacho, a pesar de su aspecto de pastor de cabras, poseía una mirada resuelta e inteligente.

—Pues ya no lo sois. Vuestro padre está en el real y se alegrará de veros. ¿Qué tal se os da la lengua canaria?

—No me ha quedado otra que aprenderla, señor.

—¿Queréis uniros a mi hueste?

El rostro del joven se iluminó ante la pregunta.

—Por supuesto que sí.

—Pues que el escudero Clavijo os dé ropa adecuada y os asigne lugar en la tropa.

El muchacho siguió con evidentes muestras de contento al caballo del escudero y se integró en la fila de los soldados.

—Buena idea, señor. El adalid Guerra y el padre del chico están sobrecargados de trabajo —dijo el alférez—. Nos vendrá bien otro intérprete.

—Es de maravilla tropezarse con casos como este. Un castellano reconvertido en pastor de cabras. Seguro que como los canarios, rivalizará con sus cabras subiendo y bajando por estas cuestas —comentó al alférez en broma.

—Y ganará el chico, os lo aseguro —respondió Jáimez—. Ya veréis cómo los naturales de esta isla son capaces de bajar por una pendiente imposible ayudados con un simple bastón largo de esos que usan. Y subir tampoco parece que les cueste.

—En cuanto se les domestique podrán ser buenos vasallos de sus altezas luchando en las sierras del Andalucía contra los moros de Granada en la guerra que se avecina.

—Eso será cuando consigáis rendirlos y atraerlos a nuestra santa fe católica, a lo que son reacios, no hace falta que os lo recuerde.

—En Castilla llevamos cientos de años batallando y venciendo, señor alférez, los rendiremos con toda seguridad, tarde o temprano.

—Ruego por ello todos los días, señor gobernador, y por que sea más temprano que tarde.

—Ya es hora, esta conquista se difiere por más de tres años, y eso es mucho tiempo.

La conversación se interrumpió al encontrarse la vanguardia con

parte de los hombres que les antecedían, que volvían tras sus pasos con signos evidentes de haber sido atacados por el camino. Vera reconoció a su hijo entre los de a caballo que se aproximaban. Ordenó a la columna que se detuviera y esperó a que se acercaran. Rodrigo no tardó en llegar a la altura de su padre.

—Cientos de canarios esperan apostados en las alturas de un recodo del barranco. Se han defendido con mucha piedra que nos arrojaron y con una puntería que es cosa del demonio —informó—. Dada la inferioridad en número nos hemos retraído barranco abajo.

Vera miró el grupo de los que regresaban de la cuesta.

—¿Habéis vuelto todos?

Rodrigo meneó la cabeza.

—Los que hemos podido. Nos ha caído encima una verdadera lluvia de pedradas y dardos.

—Entonces, volved grupas, que no vamos a dejar a ninguno de los nuestros a merced de esos salvajes. ¡Vamos todos a su rescate! ¡Demos una lección a esos gentiles paganos!

Rodrigo miró de soslayo a Jáimez, que le sostuvo la mirada, diciéndole sin hablar que él ya había pasado por el mal trance que acababa de sufrir el hijo del gobernador. Sin esperar más indicaciones, el alférez dispuso la tropa para encarar la subida del barranco, colocando a los ballesteros en primer lugar para abrirse camino a virotazos.

Los soldados de Vera no tardaron mucho en llegar al lugar donde sus compañeros habían sido emboscados. Algunos castellanos se mantenían a salvo debajo de salientes y de grandes piedras que les resguardaban de los lanzamientos de los canarios.

La potencia de algunas de las ballestas, la arbalestas, tensadas con torniquete, era muy superior a las convencionales, y los proyectiles eran capaces de alcanzar las alturas donde gritaban y silbaban los canarios. Los aciertos en los tiros de los experimentados ballesteros hicieron que la lluvia de piedras y venablos fuera amainando hasta que cesó.

—¡Sigamos arriba, que se retraen! —ordenó el gobernador a una hueste que comenzaba a animarse.

Las nuevas armas desconcertaron a los defensores de las cumbres, que comprobaron que eran alcanzados sin dificultad, por lo que decidieron desaparecer de la vista de los castellanos y esperarlos más arriba.

Los hombres de Vera, en la misma disposición de combate, continuaron la ascensión sin mayor problema hasta que llegaron a la caldera de Tirajana, donde los caballos pudieron salir de la formación y cabalgar a lo largo de la fila de soldados.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, señor gobernador? —preguntó

Jáimez.

—¿Qué hay de interés más arriba, señor alférez?

—Solo bosques, cuevas y montes ásperos. Los lugares donde se guarecen estos canarios.

—Pues ya está bien por hoy. Hemos comprobado que podemos forzar estos barrancos, pero no venimos prevenidos para pasar una temporada larga aquí arriba. Ordenad a la gente que corra la tierra y tome lo que pueda, que nos recogeremos a la costa por la tarde.

—¿No seguimos entonces subiendo?

El gobernador miró al alférez con severidad. No le gustaba repetir las cosas.

—Es mi segunda incursión en el interior de la isla. Y, salvo por los que han caído en la avanzadilla, no nos ha ido mal. Ya volveremos, bien pertrechados como conviene, subiendo por aquí o por otro lado. Esto es como en las serranías de Ronda de Grazalema: primero, conocer el terreno, y luego, atacar con fuerza y determinación. Ahora ya sé cómo hacer la guerra a estos canarios.

Playa de Las Isletas, 27 de septiembre de 1481, ocho semanas después.

El caballo de Pedro de Vera galopaba sin aparente esfuerzo llevando a su amo en dirección a la playa de la rada de Las Isletas. Llevaba una ventaja considerable a los jinetes de escolta, que se afanaban porque no se ampliase la distancia. La prisa desaforada por llegar a la playa tenía sus razones. Apenas una hora antes una noticia había sacudido al real: tres navíos castellanos habían fondeado frente a la playa de arena del puerto natural. Ante la primera pregunta desde tierra de si se trataba de un refuerzo para los que luchaban en Gran Canaria, la respuesta fue sorprendente. Se trataba de una expedición para la conquista de la isla de La Palma, y más sorprendente aún fue conocer quién la comandaba: nada menos que Juan Rejón, que solicitaba permiso para que bajaran a tierra su esposa e hijos, que le acompañaban. La petición comprendía que la familia quedara bajo la tutela del alférez Jáimez, hermano de la esposa de Rejón, y así evitarles la incomodidad de la guerra.

«Maldito Rejón», pensó Vera, «no me puedo librar de este hombre». Todavía existían partidarios del capitán deportado a Castilla que verían con buenos ojos su vuelta, y el gobernador no podía permitir ninguna disensión bajo sus órdenes. Tenía ganas de acabar con aquella conquista y volver a Andalucía, al lugar que le correspondía en la guerra contra el moro granadino, que era lo que de veras le interesaba.

La prisa de Vera no se limitaba solo a evitar que Rejón desembarcase, sino también a que Jáimez trabara contacto con él antes de que recibiese sus instrucciones y que el desembarco fuera un hecho consumado. Y lo que más le preocupaba era que le habían comunicado que el alférez ya se encontraba en la playa.

La montura del gobernador llegó a la playa justo cuando Jáimez se encontraba en la orilla, a punto de subir a la barca de la nao principal, que se había acercado a buscarle. La llegada de Vera hizo que el alférez se detuviera y se volviese a saludarle.

—Don Alonso —dijo el gobernador cuando llegó a su altura—. No creo que sea buena idea que Juan Rejón desembarque en esta isla.

Jáimez se puso tenso ante la frase de Vera.

—Mi cuñado viene en son de paz, don Pedro. Solo quiere estar a bien con vos, ha olvidado cualquier afrenta que le hayáis inferido.

Vera arrugó el ceño. No se fiaba para nada de Rejón, y el recuerdo del fin de Algaba estaba presente en su mente.

—No quiero desasosiego entre los conquistadores. Si Rejón salta a tierra, le puede suceder alguna desgracia, pues aún sienten pasión no solo los que le estiman, sino también los que le odian.

—Pues por eso voy a la nao, a saber bien qué quiere mi cuñado y a comprobar cómo está mi hermana.

—Bien me parece, pero cuidad que vuestro deudo permanezca a bordo. Me temo que si baja a tierra pondrá a muchos amigos en riesgo, y que tenga atención, que la conquista podría perderse y sus altezas recibirían deservicio. Así que pedidle que se reporte y siga su camino.

Jáimez miró a Vera con cierto desencanto, pero entendió sus razones. La mano que tenía Rejón en la corte no era la misma que en Gran Canaria. Y, en cierta manera, Vera había prendido al inquieto capitán casi a traición. Muchos en la isla esperarían un conflicto inevitable entre ambos.

—Eso haré, descuidad. Le daré vuestros saludos y le pediré que siga en buena hora hacia su destino.

—Os tendré en mucho esta merced que me hacéis, señor alférez.

—Lo hago no solo por vos, sino por el bien de esta conquista, que lleva ya demasiado tiempo inacabada.

El alférez subió a la barca y los remeros comenzaron a bogar en dirección a la nao. En ese momento llegó el teniente Trujillo, que por fin había alcanzado al gobernador.

—¿Tendremos gresca? —preguntó a Vera.

—Confío en que el buen hacer de Jáimez sepa apaciguar al insensato de su cuñado. Solo faltaría que tomase mi orden como una afrenta personal y quisiera bajar a tierra a restaurar su honor.

—Pues aquí le estaremos esperando.

Vera se volvió a su subordinado.

—Lo último que deseo es otro enfrentamiento entre castellanos, Hernando. No nos debemos distraer de nuestro objetivo, que es la conquista de esta isla. Y cuanto antes mejor.

—Se dice en el Andalucía que el rey moro no quiere renovar las treguas con sus altezas ni pagar las parias, que tiene buscado un mejor destino para los dineros que les entrega, y que, por ello, habrá guerra.

—No me lo recordéis, Hernando, que ahora yo debería estar en mi alcaidía de Arcos, en la frontera, presto a tomar las armas contra los infieles.

—Las tenéis tomadas ahora mismo contra los canarios.

—Sí, pero la lucha contra estos gentiles desnudos, gente bárbara y sin cultura, no da fama ni gloria. No hay más botín que cuatro cabras y mil peñascos, y estamos muy lejos de la mirada de sus altezas, que colmarán de honores a quienes destaquen en la lucha contra el moro.

—En verdad es mala suerte que vaya a empezar la guerra en nuestra casa y estemos aquí, tan lejos de todo. Enfrascados en esta contienda con unos salvajes cabezotas que no hay modo de hacer que se entreguen.

—Por todo eso es importante que Rejón no desembarque, Hernando.

—Si Jáimez os ha dado su palabra, la cumplirá. Es un buen hombre, y mejor soldado.

—No es del alférez de quien desconfío. Si no de ese malhadado Rejón, que donde quiera que va le acompaña el escándalo y la disensión.

—Cierto. No sé cómo lo ha hecho, pero ha salido de rositas en el asunto de la muerte del gobernador Algaba, y se le ha concedido la conquista de La Palma, nada menos. Los hay con suerte.

—No lo creáis, Hernando. Ese tipo de personas viajan con el mal fario como equipaje.

—¿Creéis que le va a ir mal, don Pedro?

—Al tiempo, Hernando. Al tiempo.

Alrededores del Real de Las Palmas, 29 de septiembre de 1481, dos días después.

—Bentagay, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

El guaire de Telde no tuvo que meditar la respuesta a la pregunta de su colega Maninidra.

—Los castellanos están ensoberbecidos tras la última entrada en Tirajana. Interpretaron el hecho de que nos retrajésemos a unas cumbres de mejor defensa como una huida. Es el momento ideal para tomarlos por sorpresa. Como hemos acordado, tú atacarás el campamento desde tierra, haciendo que todos los soldados se vuelquen en los muros interiores, y mis hombres y yo saltaremos la muralla desde el mar, donde no nos esperan.

Maninidra miró a Bentagay con sentimientos encontrados: admiraba su enorme valentía, pero temía por sus arrebatos irreflexivos. Bentagay había acudido días antes al real, diciendo que quería ser cristiano, A Pedro de Vera le encantó la posibilidad de que uno de los guaires de Telde se rindiera, que es como lo entendió. Bentagay fue objeto de vigilancia durante unos días, pero su actitud pacífica provocó que al poco tiempo tuviera libertad para deambular de un lado para otro. Así estuvo en el campamento, ya casi una pequeña ciudad, investigando por dónde y cómo se podría hacer algún daño a los europeos, fijándose en su orden de gobierno y, sobre todo, en la guarda. Cuando consideró que ya había visto suficiente, se volvió a Telde aprovechando un descuido de los guardias, saltando la tapia.

Desde entonces, había hecho muchas entradas de noche, matando centinelas, guardias, caballos y soldados que salían a la costa a mariscar, pescar y coger orchilla, que la necesidad les forzaba a hacerlo.

Y esa madrugada llevarían a cabo su plan más ambicioso: entrar en el real y destruir sus defensas.

—Espero que todo salga como lo has pensado —dijo Maninidra—. Nos jugamos mucho en esto.

—Vosotros atacad el muro del interior. Lo demás, corre de nuestra cuenta. Pero necesito que los guerreros castellanos estén pendientes de vosotros, así que haced ruido.

—Te aseguro que esta noche no va a dormir ni uno solo de ellos.

Los dos contingentes de canarios se separaron y el grupo de Bentagay, menos numeroso, caminó en silencio por los roquedales de la costa. Tuvieron que cruzar con la poca luz de una luna menguante por malos pasos, con peligro de caer a un mar oscuro, cuyas olas se estrellaban con fuerza contra las piedras de la ribera.

El grupo se detuvo en las sombras de las rocas costeras a la vista del muro del campamento que daba al mar. Todos se echaron a tierra, recuperándose de la caminata y tomando fuerzas para el ataque. No tuvieron que esperar mucho. Una trompeta se escuchó con nitidez dentro del real.

—Es la señal —dijo Bentagay—, Maninidra está atacando.

Uno de los guerreros del guaire le tomó del hombro cuando comenzaba a incorporarse.

—¿No es ese el toque de queda? Me ha parecido escucharlo en otras ocasiones.

—A esta hora ese sonido solo puede ser una alarma —respondió Bentagay— ¡Vamos!

Los canarios se levantaron al unísono y comenzaron a correr en silencio hacia el muro del mar. Los más fuertes se apoyaron en la pared mientras sus compañeros comenzaban a trepar por sus espaldas para alcanzar el borde superior del muro. El centinela de la torre se dio cuenta de lo que ocurría en cuanto notó movimiento en lo alto de la tapia. A pesar de la penumbra, apenas varios faroles iluminaban débilmente el lugar escogido por los canarios para introducirse en el campamento, el guarda pudo comprobar que se trataba de un ataque y que los canarios estaban escalando el muro. Provisto de otra trompeta llamó al arma a sus compañeros.

—Ese sí es el que toque de alarma —insistió el canario que había hablado antes—. Eso solo puede significar que Maninidra no ha atacado todavía.

—Pues lo hará ahora, y ya no tiene remedio. ¡Encended las antorchas! ¡Vamos a quemar estas casas y a abrir la puerta a nuestros compañeros!

Bentagay dio un grito de guerra, que fue coreado por los canarios, que comenzaron a agruparse al otro lado el muro. De las brasas que guardaban en pequeños recipientes de cerámica, prendieron paja seca y con esta los hachones que habían traído consigo.

Los gritos de alerta de los castellanos corrieron por todo el campamento y los hombres de Bentagay comenzaron a encontrarse con soldados que les salían al paso. El choque cuerpo a cuerpo no se hizo esperar y la gritería de ambos grupos de contendientes terminó por despertar a todo el real.

Al otro lado, los hombres de Maninidra, desconcertados por el

ruido inesperado dentro del campamento, y tras unos instantes de duda, terminaron por atacar también su parte del muro, pero los castellanos ya estaban apercibidos y muchos combatientes se aprestaron a defenderlo.

Pedro de Vera aleccionó a sus mandos y en poco tiempo los soldados estaban armados y dispuestos a rechazar los ataques. La gente de Bentagay se percató de que a cada momento afluían más y más enemigos en su contra, y que apenas habían tenido tiempo de hacer prender los techos de un par de casas. La acometida de los castellanos comenzó a hacerse incontenible, y Bentagay, viendo que el ataque corría el peligro de derrumbarse por completo, optó por una retirada a tiempo.

—¡En esta ocasión no ha podido ser! —gritó a sus hombres—. ¡Salvemos la vida para luchar de nuevo contra ellos!

Bentagay y veinte de sus mejores guerreros afrontaron los ataques de los castellanos y protegieron la salida de sus compañeros por el mismo lugar por donde habían entrado. Los soldados, al ver que los canarios escapaban y que los que los amparaban luchaban con una fuerza denodada, sintiéndose vencedores, perdieron fuerza en sus arremetidas y permitieron que los últimos saltaran por encima del muro, no sin dejar algunos de su compañeros muertos por el camino.

Vera llegó al lugar instantes después y, enterado de la huida de sus oponentes, ordenó que se vigilara bien el muro por un buen número de combatientes, y que el resto se dirigiera a la puerta principal, que estaba siendo atacada.

Al otro lado de la pared, Bentagay se reunió con sus hombres y ordenó que volvieran a través de la playa rocosa al lugar de encuentro con los de Maninidra. El guaire se acercó al guerrero que le había advertido.

—Tenías razón, era el toque de queda, y no una alarma.

El canario hizo un gesto de resignación.

—Todos cometemos errores, Bentagay. Yo, el primero.

—Pero este error me ha enseñado que existen puntos débiles en la defensa del campamento. Y me ha dado una idea.

—¿Qué idea?

—Vamos a cambiar de estrategia. Volveremos de otro modo.

—¿De qué modo, Bentagay?

—Ya lo verás. Y pronto.

Aldea de San Sebastián, isla de La Gomera, 2 de octubre de 1481, un mes después.

—¿Te has enterado de la noticia?

Pedro de Herrera se encontraba con su hermano Fernán en una de las casas anexas a la torre de la aldea de San Sebastián, el núcleo poblacional castellano más importante de la isla. Las nuevas volaban literalmente en La Gomera, ya que cualquier novedad se transmitía de un monte a otro gracias al lenguaje de silbidos de los gomeros.

—Sí, me he enterado, y no me gusta nada —respondió Fernán a la pregunta de su hermano mayor—. Que un hombre como Rejón, arrogante y rencoroso, desembarque en esta isla no puede augurar nada bueno.

Junto a ellos se encontraba Jonay, un gomero fiel al señor de la aldea, que era sus ojos y oídos en la isla.

—El tal Rejón le ha dicho a los de Hermigua que el mal tiempo le ha obligado a estar muchos días en alta mar y le ha imposibilitado acercarse a La Palma. Y que solo quiere descansar unas jornadas en tierra firme —informó el gomero.

Pedro hizo un gesto de desdén con el brazo.

—Ese hombre no quiere sino desafiarnos, Fernán. Acuérdate de cómo disparó su cañón contra nosotros en Lanzarote y mató a un par de nuestros vecinos.

Fernán se acercó a la ventana de la casa. Desde allí se podía contemplar la bahía de San Sebastián, un refugio perfecto para cualquier embarcación. Su mirada no se detuvo en los pocos navíos de pesca fondeados, sino que se perdió en el horizonte, sumido en sus pensamientos.

—Me acuerdo perfectamente de todo ello, y de lo que nos han contado que ocurrió en el real de Las Palmas con el gobernador Algaba.

—Lo degolló sin un juicio justo —añadió Pedro—. Es un hombre traidor que no se detiene ante nada. Es la ocasión perfecta para devolverle el mal que nos hizo. Haz que venga a tu presencia. Tienes derecho, como representante de nuestros padres, los señores de esta isla, de requerirle para que explique en persona el motivo de su

desembarco.

—Es lo que pensaba hacer —Fernán se volvió hacia el gomero—. Jonay, toma una partida de hombres y acércate a Hermigua. Exígele a Rejón que se presente en esta aldea o que se vuelva a sus barcos y deje la isla de inmediato.

—No creo que sea casualidad que haya desembarcado en Hermigua —prosiguió Pedro—. Ya sabes que los gomeros del bando de Mulagua son reacios a acatar tus órdenes. Y son quienes se han confabulado muchas veces con los portugueses, enemigos de sus altezas. Yo de ti, ordenaría prenderlo sin más.

Fernán volvió el rostro a su hermano, ya comenzaba a estar cansado de su inquina permanente.

—Únicamente se le prenderá si desobedece la orden que te he dado, Jonay. ¿Lo has entendido? De momento, solo hay que requerirle para que venga o se vaya.

—Lo he entendido, señor —respondió el gomero. Pedro se mordió la lengua, sabía que cuando su hermano hablaba con tal determinación no iba a conseguir que cambiara de opinión.

—¿Puedo acompañarle? —preguntó el hermano mayor.

La pregunta sorprendió a Fernán.

—Por supuesto que no —le respondió, algo irritado—. Con que vaya Jonay es suficiente. No debemos rebajarnos a cruzar media isla para verle. Lo entendería como una capitulación por nuestra parte.

La verdadera razón de Fernán para evitar que su hermano acompañase a Jonay consistía en que no se fiaba de él. Conocía bien sus intrigas y los problemas que había creado en el pasado. El último, el que desembarcara a más de doscientos canarios en Lanzarote, había creado disgusto y preocupación a sus padres. Era una contrariedad para sus arcas afrontar la manutención de tantas bocas. Las islas de su señorío eran pequeñas y con pocos recursos, por lo que alimentar a toda esa población llegada de golpe a la isla de la noche a la mañana se había convertido en un problema.

—Tienes razón, Fernán —admitió Pedro, que no quiso iniciar otra discusión—. Pero insisto en que habría que darle un escarmiento a ese canalla.

Jonay salió de la cámara y Pedro lo siguió, dejando a Fernán presa de sus cavilaciones. Antes que el gomero diera las instrucciones que tenía en mente a sus hombres, el mayor de los hermanos se acercó a él.

—Jonay, no hace falta recordarte quién fue uno de los que mató ese Rejón en Lanzarote.

El gomero se detuvo y se giró hacia Pedro.

—No hace falta. Era mi hermano.

El castellano sonrió con malicia.

—Entonces, tienes en tu mano vengarte.

Jonay no pareció contento con la idea.

—Cumpliré la orden de don Fernán, aunque me pese no tocarle un pelo a ese hombre.

—Pero acuérdate de que puedes prenderlo si se opone.

—Si se da la circunstancia, eso haré.

—Y si se opone por la fuerza de las armas, tienes las manos libres para hacer lo que estimes oportuno.

El gomero miró fijamente a los ojos de Pedro y le respondió:

—Se hará lo que se tenga que hacer, si se da el caso.

Jonay se giró y avanzó decidido hacia la puerta de salida del recinto amurado que rodeaba la torre. Pedro no le tuvo en cuenta que no se hubiera despedido, y en su cara afloró un ligera sonrisa. Estaba seguro de que Rejón se negaría a obedecer cualquier orden de los Herrera Peraza. Y era una seguridad total, absoluta.

Costa de Hermigua, isla de La Gomera, 3 de octubre de 1481, al día siguiente.

—Puede que tengamos problemas —dijo en voz alta Sebastián de Ocampo, uno de los caballeros que acompañaban a Juan Rejón en la expedición que se dirigía a la conquista de La Palma.

Un grupo de unas veinte personas habían desembarcado dos días antes en la costa de Hermigua y levantado unas pocas tiendas para pasar la noche. La esposa del capitán, doña Elvira de Sotomayor, sufría mucho los vaivenes del mar, y el mareo la mantenía postrada en el catre del camarote, haciendo sufrir a su marido con su penoso estado. Tras una semana de vientos contrarios y mala mar, los navíos de Rejón, en su intento de aproximarse a la isla de La Palma, avistaron tierra, y el capitán decidió acercarse, más que nada por ver si su mujer se recuperaba. El tiempo dio un respiro y los bateles pudieron llegar sin contratiempos a la playa de cantos rodados que se abría hueco en la escarpada costa del norte de la isla de La Gomera.

Lo que iba a ser unas horas se convirtió en unos días, dada la renuencia de la dama a volver a la nao en que viajaba. Los ocupantes de los navíos fueron bajando por turnos, de modo que la presencia de los expedicionarios en suelo gomero fuera discreta. Sin embargo, no tardaron en ser detectados por pastores indígenas, que se acercaron a averiguar de quién se trataba. El contacto inicial fue amistoso, e incluso los lugareños trajeron leche, queso y gofio a los recién desembarcados, lo que hizo que Rejón se sintiera tranquilo, una vez explicada la razón de su presencia en la playa de callados.

Pero otra cosa era lo que en aquel momento Ocampo había observado: la llegada, bajando por uno de los innumerables barrancos de la isla, de cincuenta gomeros, ataviados a su usanza, armados con lanzas.

Rejón se sobresaltó al ver a un grupo tan numeroso de naturales, pero se recordó que la isla estaba bajo el dominio de los castellanos. Al menos nominalmente. No obstante, llamó al arma a sus hombres, que se pusieron en guardia en poco tiempo. Rejón se adelantó un paso al resto y esperó la llegada de los gomeros. Al menos no llegaban con las lanzas en ristre, sino con la punta mirando al suelo, lo que

indicaba que no venían en son de guerra. El grupo de indígenas se detuvo a pocos pasos del castellano. Uno de ellos se adelantó a los demás.

—Soy Jonay, y el señor de estas tierras, Fernán Peraza, me envía para saber quién sois y por qué estáis aquí.

Rejón se maravilló de lo bien que hablaba el castellano un personaje ataviado con pieles, pero se sobrepuso a sus prejuicios. Conocía a la perfección muchos casos de habitantes de las islas capturados y llevados a Castilla, donde aprendían el idioma con gran facilidad. De cualquier manera, se alegró de que el gomero conociera bien su lengua.

—Soy Juan Rejón, conquistador por la gracia de sus altezas de la isla de La Palma. Hemos puesto el pie en tierra para descansar de los embates del mar. No tenemos otra intención que recuperarnos y seguir nuestro viaje.

La frase no pareció impresionar a Jonay, que mantuvo una expresión impasible.

—Cuando se entra en un señorío hay que visitar al señor del lugar para pedir permiso de paso —le dijo.

De nuevo Rejón se quedó anonadado. El tal Jonay no solo conocía la parla castellana, sino que también se las daba de leguleyo. El castellano, aun sintiéndose reprendido por un salvaje casi desnudo, se impuso temple y paciencia antes de responder, tratando de que no pareciera que se estaba excusando.

—Las malas condiciones del mar nos han obligado a recalar en esta playa. Si hubiéramos podido arribar a la aldea, lo habríamos hecho, y también hubiéramos pedido la hospitalidad de tu señor Fernán Peraza.

La buena disposición de Rejón no cambió el talante de ceño fruncido del gomero.

—Mi señor desea que acudáis ante él para hacerlo. Me ha enviado aquí con la intención de que os lleve sin demora.

La respuesta tomó por sorpresa a Rejón. No se esperaba la osadía del gomero. De nuevo, tomó aire y aguante antes de contestarle.

—Decidle a vuestro señor —Rejón recalcó el acento en la palabra señor para recordarle su condición de vasallo—, que nos iremos en muy poco tiempo, y que el viaje a través de las montañas para llegar a la aldea es innecesario y de poca utilidad. Decidle también que en otra ocasión futura le haré una visita de cortesía como merece.

Jonay no terminó de interpretar bien la frase de Rejón. Le pareció que se estaba burlando de su señor.

—Mis órdenes son que vengáis conmigo de grado o por fuerza —le espetó el gomero.

Los veinte hombres de Rejón llevaron las manos a sus armas, sin exponerlas. La tensión de la situación se trasladó también a los

gomeros, que aferraron con más fuerza sus lanzas.

—Entended que es imposible lo que pedís. No iré con vos. —Rejón perdió finalmente la paciencia—. Antes debería vuestro Fernán Peraza acercarse aquí a recibir como Dios manda a un enviado de sus altezas que llega obedeciendo sus mandatos.

Jonay no se amilanó con el cambio de tono del castellano.

—De grado o por fuerza. Vos elegís.

Rejón dio un paso atrás y desenvainó la espada.

—No os atreváis a poner la mano encima de un representante de los reyes de Castilla — le previno.

Jonay no respondió ante la actitud agresiva del capitán, que apuntó el extremo de la espada a su garganta. Sin pensárselo dos veces, se retrajo unos pasos, levantó su lanza y la lanzó contra el pecho del castellano, que, dada la premura de la llegada de los gomeros, no se había puesto la coraza. El proyectil se clavó en el cuerpo del castellano, para sorpresa de este y consternación de sus hombres.

Los gomeros atacaron a los castellanos con sus venablos y piedras, algo que sus oponentes no se esperaban. Los hombres de Rejón se apoderaron del cuerpo de su jefe, que había caído en tierra, y lo ocultaron tras el grupo compacto de escudos y espadas que se formó para defenderlo. La pelea duró poco tiempo, porque Jonay, viendo que sus enemigos se habían puesto bien en defensa, sabía que no tendrían las de ganar fácilmente, aun siendo más en número. A una de sus órdenes, los gomeros se separaron de los castellanos, que estaban a la defensiva, y dejaron que estos retrocedieran hacia la playa sin perseguirles.

—No sabéis la afrenta a quién se la habéis hecho —dijo Ocampo, con un ojo en los gomeros y otro en su jefe, cuya herida ofrecía un horrible aspecto.

—De grado o por fuerza —respondió Jonay, a distancia—. Habéis preferido la fuerza, y la fuerza habéis obtenido.

—Esto no quedará así —le amenazó el castellano, con el puño en alto.

Jonay contuvo a sus hombres, que parecían prestos a atacar de nuevo ante la provocación.

—Cumplo órdenes. Id a quejaros donde os convenga. Y sabed que un gomero no advierte dos veces. Y que tengo a mi hermano en mente todos los días.

Playa del Puerto de Las Isletas. 5 de noviembre de 1481, un mes después.

Nada más bajar del batel que le llevó de la carabela en que llegaba desde Castilla hasta la ribera, Lorenzo se encontró al escudero Miguel de Clavijo.

—En mala hora llegáis, micer Lorenzo —le dijo el militar.

El genovés estrechó su mano y controló con la mirada que sus criados comenzaran a descargar correctamente las mercaderías.

—¿Por qué decís eso? No creo que mi llegada importune a nadie.

Clavijo sonrió.

—No es por vos, es por los sucesos que ocurrieron hace días en la isla de La Gomera.

—No tengo idea de lo que me estáis hablando.

—El problemático Juan Rejón, genio y figura, se presentó en este puerto hará cosa de poco más de un mes, pidiendo desembarcar.

—Sí, lo vi partir, pero tenía entendido que se le había advertido de que no se acercara a Gran Canaria.

—Como si hubiera oído llover. El gobernador tuvo que pedir el favor al alférez para que desplegara toda su diplomacia con el fin de que Rejón no desembarcara.

Lorenzo meditó un instante la frase del escudero y cayó en la cuenta.

—Claro. La hermana del alférez es la esposa de Rejón. Son familia. ¿Y llegó a saltar a tierra?

—No, por fortuna, pero estuvo en un tris de hacerlo. El gobernador nos llamó a capítulo a los que consideró de su bando, y nos puso en guardia sobre la posible llegada de Rejón. Al final, primó la cordura y el capitán siguió su viaje. Pero ahí no acaba la cosa.

—Algo sucedió en La Gomera, por lo que dijisteis antes.

—Así es. De igual manera que aquí se pavoneó provocando malestares agitando su nombramiento como conquistador de La Palma, lo mismo hizo en esa isla, donde sabéis que manda Fernán Peraza en nombre de sus padres.

—De todos es sabido que Rejón y los Peraza no se llevan bien.

—Pues en esta ocasión, el capitán desembarcó sin pedir permiso.

—Pero ¿qué se la había perdido en La Gomera?

—Pues nada, en realidad. Dijo que su mujer estaba mareada de la mala mar, y que necesitaba desalmadiarse.

A Lorenzo se le escapaban todavía algunos vocablos del castellano.

—Me imagino que esa palabra es quitarse de los pies el vaivén de los barcos.

—Algo así. Como podréis suponer, Peraza no se quedó quieto y mandó a sus hombres a prender a Rejón.

—Y llegaron a las manos, conociendo a Rejón.

—Más que eso, uno de los gomeros le arrojó una lanza que lo atravesó de parte a parte.

Lorenzo abrió los ojos de la sorpresa.

—¿Lo hirieron?

—Hasta tal punto que a las horas entregó su alma al Altísimo.

El joven mercader estaba anonadado.

—Dios lo tenga en su gloria. ¿Y hasta qué punto estuvo implicado Fernán Peraza?

—Pues por la versión de la viuda, por completo. El hecho de que enterraran a Rejón al pie del altar mayor de la iglesia de la aldea de San Sebastián con todos los honores, no aplacó para nada a doña Elvira de Sotomayor. Luego vino aquí, a Gran Canaria, a informar a su hermano y al gobernador de tan infausto hecho, y a jurar sobre lo más sagrado que acudirá a los pies de la reina nuestra señora a pedir justicia.

—Me he quedado de piedra. ¿Y qué hubo de la conquista de La Palma?

—No hubo nada. Algunos caballeros y peones han decidido quedarse aquí y ponerse a las órdenes de Pedro de Vera, con lo que La Palma tendrá que esperar.

—Es lo normal, no se entiende que se comience la conquista de una isla cuando otra todavía no se ha rendido.

—Eso pensamos todos, salvo alguien en la corte —Clavijo se encogió de hombros.

Un marinero llamó al escudero que controlaba las mercaderías que se desembarcaban en nombre del contador Moxica.

—Dispensadme, tengo que revisar los bultos de maese Pedro de Echevarría, que siempre traen más cosas de las declaradas.

Lorenzo sonrió y lo despidió con un ademán. Sus bultos también contenían algo de contrabando, pero Clavijo tenía manga más ancha con él que con el mercader vasco. Por el camino del real reconoció una presencia indeseada que llegaba a caballo. El capitán Valdés se acercaba al paso, seguido por un par de escuderos. Lorenzo tomó de sus bártulos el bastón largo, similar a un cayado.

—¡Mira a quién tenemos por aquí! —exclamó el capitán cuando

estuvo lo suficientemente cerca como para que pudiera escucharle—. ¡Si es el riberolito!

Lorenzo no respondió, pero apoyó con decisión un extremo del palo en el suelo, manteniendo la mirada al militar.

—¿Vais a apacentar ovejas con ese cayado? ¿O mejor las cabras de vuestros amigos canarios?

—Es para mantener a raya a los lobos —respondió Lorenzo.

—Aquí no hay lobos, aunque alguno que otro se cree un zorro, sin serlo. Lo que hay es mucho perro, que de ahí viene el nombre de estas islas. Porque sus habitantes viven como tales.

Lorenzo se contuvo ante la provocación de Valdés.

—No es a mí a quien afrentáis con esa lengua de víbora. Tened cuidado dónde decís esas sandeces.

—¿Cuidado yo? Más vale que lo tengáis vos, que vuestro padrinito no está en el real para sacaros las castañas del fuego.

—Mis padrinos los tengo en Sevilla. No necesito ninguno aquí.

—¿No? Yo no estaría tan seguro. Lo digo por don Alonsito de Lugo, que está en la torre de Agaete, para felicidad de todos.

—Me imagino que batiéndose el cobre mucho más que los que se quedan aquí.

—Dicen que los defensores sufren ataques todos los días. Con un poco de suerte, los canarios acabarán con él y habrá un problema menos en este mundo.

—Quedarían otros problemas más graves que resolver.

Valdés se cansó de la conversación y comenzó a dar media vuelta a su caballo.

—Lo dicho, andad con cuidado, que son tiempos revueltos.

—Los que caminamos a pie tenemos menos peligro que los que van montados. Aplicaos el cuento.

Valdés echó una última mirada de desprecio a Lorenzo y lanzó una carcajada forzada. Caviló durante unos instantes sobre la frase del genovés, sin llegar a entenderla bien. Acabó por quitársela de la cabeza y comenzó a pensar en un plan para vengarse del joven mercader. Todavía le debía una.

Puerto de las Nieves, Agaete. 1 de diciembre de 1481, tres semanas después.

—Mala cosa, se ve humo.

El maestre Bocatuerta no necesitaba catalejo. Muy a lo lejos, sus ojos divisaron una humareda mucho antes que el resto de los marinos y demás pasaje de la carabela Asunción, y procedía del punto exacto donde se había levantado la torre de la desembocadura del valle de Agaete. Lorenzo se hallaba a su lado cuando escuchó el comentario.

—¿Los canarios? —preguntó, inseguro.

—Los canarios. Atacan día sí, día también, y siempre tratan de poner fuego al interior de la torre, que es de madera.

—¿Y creéis que en esta ocasión lo han conseguido?

—Puede ser que sí, pero no temáis, ya lo han hecho un par de veces, aunque el incendio fue sofocado rápidamente. Los daños son siempre parciales y la madera se repone fácilmente. Hay un inmenso bosque en esa cumbre que veis encima del valle, las de Tamadaba, y buenas sierras que cortan de maravilla traídas de Sevilla.

Lorenzo, a medida que el barco se acercaba, pudo comprobar que la columna de humo era constatable.

—Pues no sé cómo fue en otras ocasiones, pero en esta parece que el fuego está vivo.

—Es una guerra de desgaste. Los canarios tratan de evitar que los castellanos salgan de la torre, pero con los caballos siempre salen. Luego corren el campo, los ponen en fuga y vuelven a la playa.

—Pero habrá alguna baja.

—Desde luego, para eso venimos en esta carabela cada semana, para reponer las pérdidas. El problema de los canarios es que sus pérdidas, que las hay, y cuantiosas, no se reponen, con lo que en poco tiempo será el capitán Lugo quien deje de estar a la defensiva, comience a tomar la iniciativa y ataque a los naturales en sus escondrijos. Los nuestros ya han hecho unas cuantas entradas tierra adentro, para mayor irritación del llamado Tenesor y de su compaña.

Lorenzo entendió que la decisión de levantar la torre en un lugar cercano a Gáldar no había sido mala idea. La atención de los galdenses se había desviado a la guarnición de la fortaleza, lo que

había dejado las manos más libres a Pedro de Vera para recorrer la tierra de Telde. El único problema era saber si los soldados destacados en Agaete eran capaces de resistir las arremetidas de los canarios, y por lo visto, hasta aquel momento lo habían logrado.

El barco se fue acercando a la pequeña bahía del denominado puerto de las Nieves, y Lorenzo comprobó cómo la tripulación y los soldados embarcados se aprestaban a armarse.

—A nadie le disgusta un poco de acción —comentó el capitán—. Si capturan a algún canario, al ser de buena guerra, se convierte en esclavo, y tras su venta y el pago del quinto real, los participantes en su captura se reparten el dinero.

—Como en las cabalgadas de tierras de moros —contestó Lorenzo, recordando el sistema.

—En tierras de moros y también en la costa de la Berbería, la de la Guinea, y en las islas de La Palma y Tenerife, que están por conquistar.

Lorenzo no quiso comentar los tristes recuerdos que le provocaron esas palabras y se dedicó a observar las maniobras de acercamiento a la ribera.

Cuando la carabela se aproximó a tierra, hubo una discusión entre los soldados y los marineros por ver quién ocupaba el primer viaje en el batel a tierra, que zanjó el maestre ordenando que bajaran mitad y mitad. El griterío del combate, los silbidos de los canarios y los relinchos de los caballos se escucharon a medida que la playa se acercaba. Cuando el navío estuvo a tiro de ballesta, el batel fue ocupado y los impacientes ocupantes bogaron hacia tierra. El desembarco fue rápido y el bote volvió al barco a por más. Lorenzo contó cinco viajes hasta que el barco se despobló y quedó con el personal indispensable y los dos mercaderes que le acompañaban, que viajaban más por curiosidad que por las expectativas de negocio. Los soldados de Agaete tenían cubiertas sus necesidades por la corona, aunque siempre requerían algún artículo personal.

Lorenzo y sus acompañantes decidieron mantenerse a bordo hasta que terminara la refriega, lo que no tardó en ocurrir. El joven mercader se alegró de ver la silueta a caballo de Alonso de Lugo acercándose hasta la playa y gritando al maestre que ya podían desembarcar el cargamento que transportaban. En ese momento Lorenzo bajó al batel y se dirigió a la costa. Lugo reconoció al genovés y bajó del caballo, esperándole a pie firme. La chalupa no tardó en llegar.

—¡Me alegra veros, micer Lorenzo!

—Y a mí, capitán.

Ambos hombres se dieron un abrazo en cuanto el mercader llegó a su altura.

—Veo que habéis tenido dificultades —dijo Lorenzo, señalando la columna de humo que surgía del interior de la torre. Lugo sonrió.

—Como tantas otras veces. Si estos canarios son tozudos, nosotros lo somos aún más. En peores trances nos hemos visto en los cinco meses que llevamos aquí.

—Si habéis sobrevivido es buena señal.

—Eso dicen. La verdad es que antes nos atacaban en mayor número. Ahora tratan de cogernos por sorpresa con pequeños grupos, a horas intempestivas como esta. No nos dejan hacer una siesta como Dios manda. Pero ni antes ni ahora han podido con nosotros.

Lorenzo sonrió ante el buen humor del capitán, sobre todo teniendo en cuenta que se hallaba sudoroso, cubierto de polvo, y en su ropa se veían rastros de sangre.

—¿Qué se sabe de los canarios? ¿Cómo llevan la guerra?

—Aquí poco sabemos, salvo por lo que cuentan algunos prisioneros. Los de Gáldar permanecen firmes en torno a Tenesor, aunque su fuerza se debilita con el paso del tiempo. Lo notamos aquí, que ya podemos hacer alguna que otra entrada por los campos vecinos. Las mujeres y los niños están en las sierras del interior, si lo decís por lo que yo me imagino.

Lorenzo no había podido ver a Naira en las semanas que llevaba en la isla, por lo que cualquier noticia era bienvenida.

—No sabéis cómo deseo que se acabe esta guerra.

—¿Cómo podéis decir eso? ¿Y vuestro negocio? —preguntó Lugo con una sonrisa en los labios.

—Negocio siempre habrá, tanto en guerra como en paz. Lo digo por las vidas que se pueden perder en el entretanto.

—Pues ya podéis ir con los canarios a convencerles que se den, que a mí no me hacen caso.

Los dos rieron la broma.

—No habréis venido solo a buscar noticias, ¿verdad, micer Lorenzo?

—Os he traído un par de barriles de vino de Jerez, obsequio de mi familia.

Alonso abrió los brazos para dar un abrazo a Lorenzo.

—Eso es otra cosa. En estos momentos me reafirmo en mi pensamiento de que no hay nada como la familia. Brindaremos por los Riberol y por los Lugo.

—Brindaremos, y luego me ayudaréis a vender las mercaderías que traigo conmigo.

—Después del vino, y a cuenta de sus pagas, os comprarán hasta la ropa que lleváis puesta.

Valencia, 30 de diciembre de 1481, cuatro semanas después.

Doña Elvira de Sotomayor entró con el rostro compungido y de luto riguroso en la sala de audiencias de las casas de la Generalidad, edificio que se estaba ampliando a costa de otro vecino de reciente adquisición. Los reyes acababan de despachar un conflicto de tierras entre los monjes del monasterio de Simat de la Valldigna con la familia Borja de Gandía, y le tocaba el turno a la viuda de Juan Rejón. La mujer avanzó despacio y con solemnidad, con la parte delantera de las faldas ligeramente levantada para no tropezar, y llegado al punto indicado por el protocolo regio de máximo acercamiento a los monarcas, dio tres pasos más, ante el sobresalto de los guardias reales y se arrojó a los pies de la reina.

—Os pido justicia, mis altezas, sobre el daño que me ha hecho Fernán Peraza, señor de La Gomera, y sus vasallos.

Doña Isabel hizo una seña al guardia más próximo, que se aprestaba a separar a la mujer de la reina, para que no actuase.

—Algo hemos oído, doña Elvira —le respondió la soberana—. ¿Qué ha ocurrido?

La viuda se enderezó, y de rodillas, comenzó su exposición, interrumpida por sollozos y quebrantos de voz.

—Yendo mi marido, Juan Rejón, en vuestro real servicio a la conquista de La Palma lo han muerto a traición sin causa alguna. Ha sido por orden de Fernán Peraza, a quien su padre, Diego de Herrera, y el mismo Fernán Peraza, habían querido matarlo previamente en Lanzarote, cuando fue a buscar mantenimientos para la gente que estaba en la conquista de la isla de la Gran Canaria por vuestro mandato.

Los reyes escucharon sobrecogidos el desgarrador relato de la mujer, hasta que terminó.

—No nos complace nada la muerte de nuestro capitán Rejón —intervino el rey, que se dirigió a sus secretarios—. Provéase de inmediato un juez pesquisidor a esa isla de La Gomera para que haga información y con mucho recaudo traiga a Fernán Peraza ante nuestra corte para que rinda cuenta de sus actos.

Los lamentos de doña Elvira decrecieron al escuchar la orden. La reina tocó el brazo de don Fernando para que le dejase intervenir.

—Sabed, doña Elvira, que no quedaréis desprotegida. Como esposa de un capitán real, os concedemos en la ciudad de Sevilla veinte mil maravedís de juro perpetuo para ayuda de vuestros alimentos. Y además, un par de casas en ella que el asistente os designará por nuestro mandado. Se os hará justicia, es nuestra voluntad.

La viuda miró con gratitud a doña Isabel y se disponía a contestar cuando irrumpió en la sala el mayordomo real, Gonzalo Chacón, portando un papel en su mano.

—Dispensadme, altezas —dijo en voz alta, acercándose a los reyes—. Pero han llegado unas nuevas que requieren de vuestra atención inmediata.

El rey Fernando se levantó de su trono al percatarse de la urgencia de su servidor más cercano.

—¿Qué ocurre?

—Muley Hacén, el rey de Granada, ha roto las paces y ha tomado por la fuerza la ciudad de Zahara, en la frontera sur de vuestros reinos.

La noticia dejó estupefactos a todos los presentes. Doña Elvira, entendiendo que su asunto ya se había tratado, se levantó y se apartó a un lado.

—Es muy grave —dijo el rey, tras meditar unos instantes—. Zahara, aunque sea una población pequeña en un lugar fragoso, lleva siendo cristiana casi ochenta años, y este ataque un ultraje que no podemos permitir.

—Disponed que el Consejo Real se reúna al instante —ordenó la reina.

—¿A quién tenemos en la zona? —preguntó el rey al mayordomo.

Chacón tuvo que hacer algo de memoria antes de responder.

—El maestre de la orden de Calatrava, Rodrigo Téllez, puede abarcar la frontera de Jaén. Y el de la orden de Santiago, Alonso de Cárdenas, la de Écija.

—En lo que decidimos qué hacer, que ambos sean informados al punto para que apresten hueste y se dirijan a esos lugares. Si los moros quieren guerra, guerra tendrán.

La reina también se levantó, dando a entender que las siguientes audiencias quedaban canceladas y se dirigió al mayordomo.

—Don Gonzalo, en lo que ibais a tratar de lo de Canaria, que le llegue el mensaje a Pedro de Vera que está tardando demasiado en hacerse con la isla. Que acabe esa guerra cuanto antes, que lo vamos a necesitar en la lucha contra los moros. Y preparad el viaje, que nos volvemos a Castilla de inmediato.

1482

155

Barranco de Guayedra, 15 de enero de 1482, quince días después.

—Mirad, las mujeres canarias ya suben por el barranco —dijo el nuevo adalid Juan Mayor, indicando con el índice el lugar a Alonso de Lugo—, tal como os lo predije.

El capitán observaba a la escasa luz del amanecer los movimientos apenas perceptibles de lo que parecía ser una fila de personas caminando en silencio por el sendero que ascendía entre matorrales hacia el interior de la isla.

—Se arriesgan mucho —comentó Lugo en voz baja—. Este valle de Guayedra está muy cerca de Agaete, y de todos es bien sabido que hacemos entradas en las cercanías.

—Lo hacen por sus creencias, capitán —respondió el adalid—. Son baños rituales de noche en el mar. Con ellos se purifican ciertas mujeres importantes.

—Y me maravillo de que se aventuren prácticamente solas. Apenas he visto un par de hombres de escolta.

—Los hombres no pueden mirarlas cuando se bañan. Les está prohibido. Solo los parientes cercanos pueden acompañarlas, y tienen que apartar la vista.

—Curiosas costumbres. Si en Castilla una mujer se bañara desnuda en la playa, no habría castigo suficiente para impedir que todos miraran.

—Esto no es Castilla, eso es evidente.

—¿Creéis que vale la pena apresarlas?

Mayor miró a Alonso de Lugo con un gesto dubitativo.

—Si queréis encolerizar a los canarios, no hay mejor ocasión. Lo considerarían un sacrilegio.

Lugo sonrió.

—Mejor que mejor. Vamos allá. —Y ordenó—: Los quiero vivos.

El capitán indicó a sus hombres que se desplegaran en silencio y cortaran el paso desde arriba a los que subían por el barranco. El sonido del tintineo de un espada con una piedra puso en guardia al canario que abría el paso, pero su detención fue la señal para que los castellanos bajaran a buscarlos. Los miembros de la comitiva, unos veinte, se desperdigaron y comenzaron a escalar las paredes del barranco.

—¡Saltan como las cabras! —gritó Lugo, maravillado, al ver cómo trataban de escapar gateando por las rocas.

Juan Mayor hizo gala de saber trepar como los canarios y persiguió a una de las mujeres, a la que atrapó por un pie. En lo alto, los otros castellanos apenas podían seguir a los canarios en la fragosidad del terreno. Solo uno de los hombres les hizo frente, tal vez para dar tiempo a los demás para ponerse a salvo, y no tardó en ser derribado y apresado por el mayor número de enemigos. Alonso de Lugo, viendo que el esfuerzo era en vano y que las mujeres se les escurrían de las manos, ordenó detenerse a sus soldados.

—¡Reagrupémonos, que con este griterío a más de uno han puesto alerta!

Los castellanos dejaron huir a las mujeres, salvo la que trajo casi a rastras el adalid. La mujer se revolvía con violencia y Mayor tuvo que aplicar toda su fuerza para inmovilizarla.

—¡Buena pieza habéis cazado! —dijo Alonso de Lugo en tono de broma—. La fiera más indómita de la isla.

Mayor llegó a la altura de Lugo, y necesitó la ayuda de dos hombres para lograr maniatar a la canaria, que se resignó al fin, sentada en el suelo.

—Buena pieza es, señor capitán. La mejor que podríamos haber cazado.

Lugo miró al adalid con curiosidad.

—¿Por qué decís eso?

Mayor lo miró con la más amplia de sus sonrisas.

—Porque se trata de Abenchara, la esposa de Tenesor, el guadnarteme de Gáldar.

La sorpresa hizo mella en el rostro de Lugo y demás soldados.

—¿La esposa? ¿Habláis en serio?

—Nunca he hablado tan en serio en toda mi vida.

Lugo miró a la mujer, que parecía no entender la conversación de los castellanos.

—¡Pardiez, que esta es buena! Tal vez esta captura pueda darle un vuelco a esta guerra inacabable.

—Es muy posible, porque si Abenchara desaparece de la isla, la jefatura de Tenesor se verá en entredicho.

—Explicadme eso, os lo ruego.

—Tenesor es el guadnarteme al estar casado con Abenchara, que es la persona por la que se transmite la legitimidad de los reyes canarios. Siempre por vía materna. Si no está Abenchara, Tenesor puede ser destituido por sus propios hombres.

—¿Quién sucedería a Tenesor? ¿Su hija?

—La heredera es Arminda Masequera, la hija de Egonayga. Sin embargo, Tenoya, la hija que tuvo Tenesor con una esposa anterior a Abenchara, podría tener también alguna posibilidad.

Lugo se rascó la nuca. El embrollo dinástico le superaba.

—Y que hayamos capturado esta presa, ¿es bueno o malo?

—Si jugáis bien vuestras cartas, es posible que sea bueno.

—No las jugaré yo, señor adalid. Lo hará Pedro de Vera, que es a quien le toca. ¡Soldados! ¡Volvemos a la torre, que hay que dar cuenta al gobernador!

Real de Las Palmas, 16 de enero de 1482, al día siguiente.

La noche se presentaba fría y ventosa. Las olas rompían sobre las rocas costeras a poca distancia de la muralla del real, y su ruido ahogaba los pasos de los diez canarios que aprovechaban la ausencia de la luna para acercarse en la oscuridad. Encabezaba el grupo el guaire Bentagay, que había decidido emprender una acción de ataque casi individual a los castellanos. No le costó persuadir a Maninidra y a los demás jefes teldenses de que era mejor hacer una intentona con muy poca gente que un ataque frontal con muchos efectivos. Durante el tiempo que estuvo en el real, estudió los puntos flacos de la defensa del campamento, ya casi pueblo de casas de tapial, y aunque esperaba que se hubiera reforzado la guardia después del último ataque, estaba seguro de que podría colarse detrás de los muros, que seguían sin ser muy altos.

Bentagay solo necesitaba dos hombres para lo que tenía en mente. Cuantos menos fueran, más posibilidades tenían de pasar desapercibidos. Los otros guerreros se quedarían en el exterior, pendientes de facilitarles la huida. Los tres se habían vestido con las ropas europeas de que disponían, despojadas de los prisioneros que habían caído en su poder, y adecuaron su aspecto para poder pasar por castellanos.

El momento elegido era pasada la mitad de la madrugada, cuando el sueño intenta vencer la resistencia de los centinelas. Los canarios llevaban un par de semanas sin acercarse al real, tratando que los castellanos relajasen la vigilancia. A una señal de Bentagay, los tres hombres se auparon uno detrás de otro a las espaldas de sus compañeros y escalaron el muro que daba al mar, en un lugar donde sabían que había poca iluminación al otro lado de la pared. Se descolgaron en silencio, comprobaron que el centinela no los había visto, y se escondieron rápidamente tras las sombras de una casa.

—Por aquí —indicó Bentagay, que conocía el camino al dedillo.

Los tres hombres se deslizaron sigilosamente entre las edificaciones buscando la penumbra de los muros, hasta que llegaron a la parte trasera de una construcción mayor que las demás.

—La casa del gobernador —musitó el guaire.

Sus compañeros observaron la casona con una mezcla de admiración y temor. Detrás de aquellas paredes dormía el jefe de sus enemigos. Se separaron para estudiar el perímetro de la casona y se reunieron poco después.

—Hay dos guardas en la puerta principal —indicó uno de ellos en voz baja.

—Entonces subiré al tejado por la parte de atrás —contestó Bentagay—. Hay un patio central por el que se puede entrar.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó el otro guerrero canario.

—Estoy seguro de mi plan. Que salga bien depende de Acorán, que todo lo puede y decide.

—Pues ve con nuestras oraciones —le contestaron al unísono.

Bentagay no dijo nada más. Los tres hombres se acercaron al muro trasero de la morada del gobernador y el guaire trepó a los hombros de sus compañeros, saltando en silencio al tejado de la casa. Los dos hombres volvieron a las sombras de un muro vecino y se dispusieron a aguardar la señal de Bentagay cuando volviera. Si es que volvía.

El jefe canario caminó con destreza sobre las tejas de la casa. Aquella era una de las que poseía un tejado a la usanza europea, algo raro hacía años, pero más común en los últimos tiempos. Como sabía de primera mano, llegó a lo alto del patio al que daban varias de las habitaciones y no detectó movimiento alguno tras sus ventanas. Bentagay sacó de su funda un cuchillo largo de acero toledano, otro botín de prisioneros, y se dispuso a entrar en la casa. Sabía que el gobernador vivía con los criados y que su dormitorio se encontraba en el primer piso. Y conocía cuál era la cámara concreta del alojamiento de Pedro de Vera.

Se descolgó del tejado y puso un pie en el alféizar de la ventana. Con el cuchillo logró forzar el cierre. La ventana, no muy grande, pero lo suficiente para entrar por ella, se abrió hacia dentro. El canario se deslizó por el hueco y aterrizó en el interior. Se detuvo para comprobar si su presencia había sido notada, pero no hubo ninguna reacción. La estancia estaba muy oscura, pero los ojos de Bentagay se acostumbraron rápidamente a la poca luz y detectó la enorme cama con dosel que usaba el gobernador. Se acercó despacio y tomó el cuchillo por su base, dispuesto a asestar un golpe mortal, pero al llegar al lecho descubrió que este se hallaba vacío. Vera no estaba durmiendo en él.

Bentagay maldijo su mala suerte. El gobernador debía estar pasando la noche en otro lugar, y no sabía cuál podía ser. Lo que sí tenía claro era que no podía registrar la casa entera en busca de Vera, vivían en ella demasiados criados. Chasqueado por el vano esfuerzo,

decidió cambiar el plan y volvió por sus pasos. Salió de nuevo al exterior y escaló al tejado. Se dirigió a la parte trasera de la edificación, donde la cubierta era más baja y saltó al suelo de tierra de un segundo patio. La caída no despertó ninguna atención. Bentagay conocía la aversión de Vera por los perros, lo que era una ayuda, pero un par de caballos piafaron débilmente. El canario se detuvo y miró a su alrededor. El sonido de los animales no había alertado a nadie, por lo que se dirigió a la puerta del establo y la abrió. Entró en el cobertizo, que olía con fuerza a caballo, y se acercó a las dos cuadras que guardaban las monturas personales del gobernador. Bentagay cruzó su mirada con la de los animales, que se hallaban despiertos, tragó saliva y empuñó el cuchillo con decisión.

Instantes después, el canario limpió la sangre de su arma en un saco de esparto, se subió sobre un tonel y se aferró a una viga, con lo que logró llegar al tejado. El esfuerzo de auparse hizo saltar un par de tejas, que cayeron al suelo y se destrozaron. El ruido fue más que notable.

—¿Quién anda ahí? —se escuchó una voz dentro de una de las estancias.

Bentagay se incorporó y corrió por el techo sin tanto sigilo. Sintió cómo varias puertas se abrían en torno al patio. Sabía que tenía poco tiempo para salir de la casa.

—¡Al arma! —gritó uno de los criados del gobernador— ¡Al arma! ¡Un enemigo en la casa!

El canario volvió a maldecir su suerte. Habían descubierto la muerte de los caballos demasiado pronto. Llegó al vértice de la cubierta y pasó al otro lado. Llamó a sus compañeros con un silbido y estos salieron de la penumbra de la casa de enfrente y se acercaron al muro de la vivienda del gobernador. Uno se colocó sobre las espaldas del otro y formaron una escalera por la que bajó Bentagay con agilidad.

—Salgamos de aquí —les indicó.

—¿Acabaste con Vera? —preguntó uno de ellos cuando iniciaban la carrera.

—No pude, pero he hecho algo que le tocará el corazón, y le dará qué pensar.

Los gritos del interior de la casa alertaron a los guardias de fuera y a varios ocupantes de las casas colindantes. Las puertas fueron abriéndose y las candelas comenzaron a iluminar las callejuelas.

Los tres canarios cruzaron a la carrera el real por las calles más estrechas sin tropezarse con ningún soldado, y llegaron al muro del mar. Los avisos de alerta se escuchaban al otro lado del campamento, lejos de allí. Esta vez fue Bentagay quien ofreció sus espaldas para que sus compañeros coronaran la pared y luego estos, desde arriba le

ayudaron a trepar. Pero cuando el guaire se disponía a hacerlo, sintió una pedrada en la cabeza que le hizo perder el equilibrio y cayó de mala forma al suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de los canarios al otro mientras se acercaban al caído Bentagay.

—Un centinela, que ha visto a Bentagay y le ha lanzado una piedra —respondió el otro. Los dos hombres comprobaron que Bentagay solo estaba aturdido del golpe.

—¿Y por qué no da la alarma el soldado? —repreguntó el primero.

—Porque piensa que somos castellanos con estas ropas. Algunos salen de noche a procurarse comida extra o a encuentros furtivos. Así que carguemos con nuestro jefe y larguémonos de aquí, que la suerte no siempre sonríe dos veces.

Real de Las Palmas, 20 de enero de 1482, cuatro días después.

—¿Ya lo habéis superado, señor gobernador?

Michel de Moxica, el contador mayor de la conquista, se había acercado a la casa del gobernador en cuanto fue requerido. Pedro de Vera llevaba varios días taciturno y de mal humor, y aquella mañana no parecía que su estado de ánimo hubiese cambiado.

—No me habléis de eso, maese Michel, que todavía tengo el estómago encogido. ¡Mis dos mejores caballos! ¡El alazán y el tordo! ¡Maldita sea la estampa del canario que lo hizo!

—Es un aviso, don Pedro. No hay que bajar la guardia.

—¡Ese atrevimiento le costará caro al culpable, no lo dudéis!

Moxica se sentó en una de las sillas cercanas a la pared.

—Me habéis llamado —inquirió sin preguntar.

—Así es. Después de hablar largamente con los adalides, he tomado una decisión con respecto a la reina canaria.

Alonso de Lugo había embarcado a su presa más importante rumbo al real al día siguiente de su captura. Preveía, como así fue, que los canarios atacarían la torre tratando de rescatarla. Como en otras ocasiones, los atacantes fueron rechazados, y luego, cuando se enteraron de que la reina ya no estaba en Agaete, cesaron en su empeño.

—¿Y cuál es esa decisión?

—La voy a enviar a la corte, y vos la llevaréis ante sus altezas en mi nombre.

—¿Yo? —Moxica se sobresaltó. No esperaba la noticia.

—Vos sois mi segundo como representante de nuestros reyes en esta conquista, aunque no intervengáis siempre en los combates. —Vera dejó pasar unos instantes antes de proseguir—. Sois la persona ideal. Dos razones me llevan a pediros tal favor.

El contador no respondió. Estaba seguro de que Vera le iba a informar de todos modos.

—La primera, y es la conclusión a la que he llegado después de hablar con los adalides, es que conviene que esa mujer, Abenchara, salga de la isla. Por lo que me cuentan, la legitimidad del

guadnarteme viene por vía femenina. Es algo extraño. Puede ser complicado para nuestra mentalidad.

—No más que decir que la reina de Castilla es nuestra señora doña Isabel, y que su esposo, don Fernando, también es rey, pero por ella.

Vera miró a Moxica a los ojos. No dejaba de tener razón el contable, pero esperaba que no pretendiera pasarse de listo.

—Abenchara es más la reina que su marido Tenesor. Si ella desaparece de la isla de modo permanente, la legitimidad de su marido como rey puede desaparecer.

—Y eso, ¿en qué nos beneficia? Tal vez nombren a otro rey más peligroso para nosotros. Se cuenta que hay varios jefes que nos odian mucho más que este.

—Espero que eso no ocurra. De lo que se trata es de negociar con ese Tenesor. Estoy seguro de que quiere seguir siendo rey.

—Pocos conozco que hayan resignado el cargo. Por lo general, solo los depone la muerte.

Vera hizo caso omiso del comentario del contador, sumido en sus pensamientos.

—Si Tenesor quiere recuperar a su esposa y mantenerse como rey, tendrá que ir a buscarla a Castilla.

Moxica volvió a sorprenderse.

—¿Cómo puede ser eso?

—Tendrá que entregarse, y lo enviaremos a la corte también. En cuanto vea nuestras ciudades, nuestros castillos, nuestros inmensos campos, comprenderá que toda resistencia es inútil a medio plazo.

—Queréis que se sienta sobrepasado por la magnitud de nuestros reinos.

—Exacto. No quiero su rendición, quiero su colaboración. Si tenemos a una facción de los canarios de nuestra parte, los demás caerán en muy poco tiempo.

Moxica se afiló la barba con los dedos. No lo tenía tan claro como su jefe.

—Tal vez se niegue a cooperar. Ya hemos visto que estos canarios pueden llegar a ser muy tercos.

—Su trono está en juego, no lo olvidéis. Eso es lo que hace distinta esta situación.

—Bien, ya lo veremos. ¿Y la segunda razón?

Vera caminaba alrededor de la estancia. Se detuvo y se giró.

—Necesito que vos vayáis a Castilla para que informéis de primera mano a sus altezas de nuestra realidad. Necesitamos más hombres para terminar esta maldita conquista. Y solo vos podéis conseguirlo.

—Yo solo soy un humilde servidor de la reina.

—Pero tenéis a un primo hermano en el Consejo Real. Haced que os escuche, convencedlo como sea, pero que se libre el dinero de más

soldadas para terminar cuanto antes. A vos os esperan en esas tierras vascongadas de donde venís, y a mí me espera la guerra de Granada, que es donde quiero y debo estar.

—Hablaré con mi primo.

—Y tened mucho cuidado con la salud de la canaria.

—¿Con su salud? ¿Por qué lo decís?

—Se ha sentido indispuesta desde que llegó. María, la tabernera, me ha abierto los ojos sobre el origen de su indisposición.

Moxica no acertaba a entender qué podía haber dicho María la tabernera.

—No termino de entenderos.

—Al parecer la reina canaria está encinta. Está esperando a un heredero. ¿Lo entendéis? Tenesor, en cuanto lo sepa, si es que no lo sabe ya, removerá cielo y tierra por su retoño, que le permitirá afianzar su poder. Es miel sobre hojuelas, maese Michel. ¡Miel sobre hojuelas!

Segovia, 15 de febrero de 1482, tres semanas después.

—¡Beatriz! ¡Ha venido tu novio!

La voz en grito de su tía se oyó en la gran casona que dominaba tanto una de las esquinas del recinto amurallado de la ciudad como el acueducto, situado extramuros. Beatriz sintió que los colores y los calores ascendían por su cuello y se detenían en la piel de su rostro. Todos los criados habían escuchado aquella exclamación, por no decir del caballero que se había presentado, sin avisar, en la puerta de la casa. Nada menos que don Rodrigo Téllez Girón, el maestre de Calatrava, que había acudido a Segovia con el único propósito de verla unos fugaces momentos y de expresar el interés que sentía por ella. Aquella era la tercera ocasión en que sus tíos, y ella misma, se veían honrados por tamaña visita, sobre todo porque el fin de la misma prometía, y mucho.

—¡Tía!, ¡no habléis así, que os va a oír!

La mujer sonrió con malicia.

—¿Acaso no ha venido a verte?

La joven se sintió feliz e irritada al mismo tiempo. Demasiadas emociones en pocos instantes.

—Sí, bueno, ¡no lo sé! ¡Decidle que espere un momento, que he de arreglarme!

—No se hace esperar a un maestre —le reconvino su tía—, así que baja lo antes posible.

La frase puso más nerviosa a la muchacha.

—Id a dadle cháchara, os lo ruego.

Doña Beatriz de Bobadilla salió de la cámara y bajó con pose muy digna la escalera que llevaba al salón de la planta baja donde aguardaba don Rodrigo. El maestre, hombre de acción, se paseaba inquieto por la estancia con las manos a la espalda. La dueña de la casa abrió los brazos y esbozó su mejor sonrisa al entrar en ella.

—¡Bienvenido seáis, don Rodrigo!

Antes de que pudiera reaccionar, el maestre se vio envuelto en un abrazo que solo podían prodigarse los nobles entre sí.

—Muchas gracias, doña Beatriz. Es un placer estar en Segovia, una

vez más.

—Y a nosotros nos complace que vengáis. Disculpad la ausencia de mi esposo, que está en el alcázar, desempeñando su labor al servicio de sus altezas.

—Sin duda el tesorero real estará muy ocupado en estos tiempos de guerra contra el moro.

La señora volvió a sonreír y asintió con la cabeza.

—Busca dineros donde no los hay para fornecer nuestras huestes y favorecer la labor de nuestros generales.

Don Rodrigo entendió a la perfección que se refería a él.

—Bueno es saberlo. Decidle que agradezco sus desvelos. Vengo de la corte con destino a la frontera del reino de Granada, y Segovia me venía de camino. No pude resistirme a hacer una breve parada para saludar a los allegados antes de continuar.

Doña Beatriz sabía que el maestre de había desviado bastante del camino del Andalucía viniendo de Medina del Campo, donde se hallaban los reyes, pero no dijo nada.

—Es una pena que no podáis quedaros un poco de tiempo más. Siempre es motivo de regocijo vuestra presencia en nuestra casa. ¿Tendríais un momento para saludar a los miembros de mi familia?

Don Rodrigo pasó por alto que la señora le obligara a responder a la pregunta. Sus motivos eran obvios.

—Sería un gran placer para mí presentar mis respetos a vuestra sobrina, dado que vuestro esposo está ausente.

La joven Beatriz hizo acto de presencia en el salón. Lucía un vestido verde y para el maestre la estancia se iluminó. La conversación se interrumpió de inmediato y todas las miradas se dirigieron hacia la muchacha.

—En Segovia hoy hay dos soles —dijo Rodrigo.

Beatriz trató de evitar el rubor en sus mejillas, sin conseguirlo del todo.

—Sois doblemente amable, mi señor maestre —dijo la recién llegada—: por vuestras palabras injustas y por vuestra visita a esta nuestra casa.

—Como sin duda sabréis, parto a la guerra. Y mi deseo es llevar en el combate una prenda vuestra como gallardete para mi lanza.

La referencia a la caballería clásica, aunque sonara un poco fuera de moda, emocionó a la tía.

—¡Una prenda como gallardete! Cuánto celebro comprobar que todavía quedan caballeros así en Castilla —comentó la señora.

La joven Beatriz se quitó el pañuelo que le cubría el cabello rubio, dejando a la vista la melena dorada.

—Aquí tenéis mi prenda —dijo, entregándosela a Rodrigo—. Espero y deseo que os sirva de escudo contra el enemigo y para

recordar que debéis volver a ver a su dueña.

Doña Beatriz no cabía en sí de gozo y orgullo. Los dichos de su sobrina estaban a la altura de las circunstancias.

—Estoy seguro de que los moros rendirán sus armas en cuanto vean esta vuestra enseña, igual que yo rindo las mías ante vuestra hermosura, Beatriz.

—Sois excesivamente galante, don Rodrigo —respondió la joven.

Doña Beatriz arrugó el ceño. «¿Cómo que era excesivamente galante? ¡Nunca se era excesivamente galante!». Tendría que comentarlo con su sobrina cuando se fuera el caballero. Pero la aprensión desapareció de su mente en cuanto recordó que don Rodrigo la había llamado Beatriz, de modo familiar. «La boda es cosa hecha», pensó.

—¿Me dais vuestro permiso para volver a veros? —preguntó el maestre, con una ligera reverencia.

—Mi sobrina y sus tíos os dan de buen grado un permiso que no necesitáis —la señora no pudo evitar intervenir, ansiosa como estaba por hacerlo.

Rodrigo desvió la mirada de la sobrina a la tía.

—Os lo agradezco de corazón, mis señoras.

—Pero con una condición, mi señor —la joven Beatriz retomó el peso de la conversación.

—Condición que me obligo a cumplir, aun antes de oírla.

—Que vuestra estancia sea más larga. Mi familia desea que la honréis con una presencia prolongada.

Rodrigo respondió a Beatriz mirando a su tía.

—No es una condición que tenga que cumplir, sino un deseo, un mandato que debo obedecer, que es que mi presencia ante vos se convierta en permanente.

La sonrisa de doña Beatriz no le cabía en el rostro.

—Tenéis la puerta abierta, don Rodrigo —contestó la señora.

Rodrigo volvió la mirada a la joven Beatriz.

—Debo partir ahora, que el deber me llama.

—Id en buena hora, mi señor caballero. Sabed que en esta casa se os espera de vuelta.

—Con Dios, señoras —dijo el maestre. Y, tras una reverencia, salió del salón.

Doña Beatriz se acercó a su sobrina y la abrazó con ternura.

—¿Creéis que habla en serio? —preguntó la muchacha.

—¡Ay, niña! ¿Que si habla en serio? ¡Ya oigo las campanas de la boda!

Cendro, Telde, 15 de febrero de 1482, mismo día.

Tenesor entró en la gran cueva donde se iba a celebrar la reunión del sábor. El acceso era complicado, porque había que entrar por un apertura estrecha que daba a una escalera excavada en la roca que llevaba a un nivel superior, donde el espacio se ampliaba lo suficiente para dar cabida a los treinta guerreros que se habían dado cita allí. Dadas las circunstancias de la guerra, no era posible ni aconsejable reunir en un mismo lugar a las doscientas personas más importantes de la isla. El sábor sería reducido en cuanto al número, más todas las comarcas estaban representadas.

El guadnarteme de Gáldar recibió la bienvenida de Maninidra y los demás guaires teldenses. Como se encontraban en los dominios de Telde, esperó sentado a que fueran estos quienes abrieran la sesión.

—Hermanos —la voz de Maninidra impuso el silencio al rumor de voces que enseñoreaba el ambiente hasta ese momento—, estamos aquí para tomar decisiones que afectan directamente a nuestro futuro —el guaire dejó transcurrir unos instantes para captar por completo la atención de todos los presentes—. El guaire de Artebirgo, Tasarte, tiene una propuesta que hacernos.

El aludido se levantó y giró sobre sí mismo, buscando la mirada de los allí congregados.

—En realidad, tengo dos propuestas que hacer. La primera es que ya que Aymedeyacoan no ha vuelto de su viaje a la tierra de los castellanos, y como los de Telde no tienen guadnarteme, propongo que se unifiquen los guanartematos mientras dure la guerra. Que haya una sola dirección en los combates,

Maninidra, avisado de que se iba a plantear la cuestión, ya tenía preparada la respuesta de su gente.

—Por parte de los de Telde no pondremos más oposición que la que el elegido sea de estirpe regia.

Un leve rumor se propagó entre los reunidos. Maninidra no había dicho expresamente que los de Telde se pondrían bajo las órdenes de Tenesor. Antes de que este pudiera reaccionar, habló Tasarte de nuevo.

—Y la segunda propuesta es que, como Abenchara también ha

salido de esta tierra, sea el elegido el heredero de Telde, Bentejuí, que cerrará su legitimidad casándose con una princesa de Gáldar.

Tenesor se levantó e interrumpió a Tasarte.

—Bentejuí es menor de edad, y Abenchara sigue viva, aunque haya sido raptada por los castellanos. Nada hay que me obligue a resignar mi cargo de guadnarteme.

—Tenesor tiene razón —dijo Atacama, guaire de Arguineguín—. Sigue siendo el guadnarteme legítimo mientras no tengamos la certeza de que Abenchara haya muerto.

—Bentejuí debe esperar a la mayoría de edad para sustituir a Aymedeyacoan en Telde —intervino Bentagay, guaire de Telde—. Y tampoco tenemos noticias de que nuestro guadnarteme haya muerto.

—Haya muerto o no, el hecho es que no está aquí y no puede dirigir la guerra de los de Telde —insistió Tasarte—. Es necesario unificar el mando.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Maninidra a su vez—. Lo normal es que el jefe de todos sea Tenesor.

Tenesor dio un paso al frente y tomó la palabra.

—Aupar al guadartemato unificado a Bentejuí es una temeridad, y suena a que Tasarte, que controla la voluntad del heredero, quiere con estas astucias acaparar el poder supremo sin ser ni merecer ser guadnarteme.

Tasarte se levantó y cerró los puños. La tensión se hizo palpable en el ambiente.

—¡No es momento para riñas! —exclamó Maninidra, que se interpuso entre ambos—. Los de Telde aceptamos un mando único, pero que sea el de Tenesor. Al menos mientras no tengamos constancia de que Abenchara haya muerto.

—Los de Arguineguín estamos de acuerdo —secundó Atacama.

—Y los de Tejeda también —añadió su guaire.

—Los de Gáldar me renuevan su fidelidad todos los días del año —aseveró Tenesor.

—Pues se acuerda así —sentenció Maninidra—. Y que no se hable más de este tema mientras dure la guerra.

—Y mientras no cambien las circunstancias —rezongó Tasarte entre dientes.

—¡Ya basta! —estalló el guaire de Telde—. Si los castellanos nos vieran divididos se frotarían las manos de placer. Tenemos un solo objetivo, que es expulsar a los invasores, y ese debe ser nuestro único pensamiento.

Las palabras de Maninidra sonaron un poco huecas. Todos sabían que la guerra no marchaba bien. Que constantemente los castellanos recibían nuevos refuerzos y que se hacía más difícil cada día que pasaba pensar en que iban a poder devolver al mar a sus enemigos. La

moral no andaba muy alta, y el golpe del apresamiento de Abenchara no la elevaba mucho.

Tasarte entendió que la reunión había terminado, se levantó y salió, seguido por sus hombres de confianza. El resto se dispuso a seguirle. Maninidra aprovechó el momento para acercarse a Tenesor.

—Tasarte no piensa lo que dice —le dijo en tono sereno—. La guerra ya dura mucho tiempo, y es normal que alguno pierda los nervios.

—A nadie se le escapa que Tasarte se ha convertido en mi enemigo —respondió Tenesor—. Y que tendré que andarme con cuidado.

—No creo que sea para tanto. Conocemos la naturaleza belicosa de Tasarte, pero sabrá estar y te obedecerá, como todos.

—Eso espero. Si no ofrecemos un frente común contra los castellanos, nuestra libertad durará poco. En eso tenemos que estar todos vigilantes, Maninidra. Vuestra gente y la nuestra.

—Por mi parte no quedará. Es curioso que un guaire del reino de Gáldar quiera proclamar guadnarteme único a un hijo de los de Telde, pero así son las cosas en este mundo loco en que vivimos.

—Lo que hay detrás de todo ello es pura ambición, no lo olvides.

—No lo olvidaré, Tenesor. Pero ahora te toca a ti estar a la altura de las circunstancias y llevarnos a la victoria final.

—Trataré de estarlo. Es un peso abrumador, y tú y yo no sabemos lo que nos depara la voluntad de Acorán. La realidad es que el resultado de nuestra lucha es incierto. Hemos sabido mantener a raya a los castellanos hasta hoy, pero ¿seremos capaces de vencer en esta guerra infinita?

Cuevas de Risco caído, Artenara, 21 de febrero de 1482, diez días después.

El guadnarteme entró en la cueva acompañado únicamente por el faysag Chambeneder. Las paredes del espacio abovedado aparecían, a la luz de las lumbres que portaban, llenas de grabados y pinturas, de las que destacaban las figuras triangulares que se extendían por todo el espacio a la altura de los ojos. El santuario comenzó a iluminarse débilmente cuando una fina lámina de luz de la luna llena, proveniente de un hueco vertical en la pared opuesta, se proyectó sobre uno de los triángulos. Los dos hombres se sentaron apoyando sus espaldas sobre la pared y miraron fijamente el resplandor que atravesaba la grieta abierta sobre sus cabezas y se centraba en un determinado dibujo triangular pintado en el muro.

—Quedan varias lunas llenas para que la luz del sol aparezca aquí —dijo Tenesor—. Todavía vivimos bajo el signo de la oscuridad.

El faysag entendió el doble sentido de las palabras del jefe de la gente de Gáldar.

—Vivimos en tiempos oscuros, tienes razón. Son los que les pronostiqué a tu antecesor, Egonayga, hace unos años.

Tenesor miró al faysag con curiosidad.

—¿Cómo fue eso? ¿Qué pronosticaste?

El viejo sacerdote cerró los ojos, tratando de recordar.

—Un día, al amanecer, en la montaña sagrada de Bentaiga, hicimos un sacrificio a Acorán. Y nuestro Dios nos envió un mensaje.

El guadnarteme se puso tenso. No tenía ninguna noticia de aquella historia. Esperó a que el sacerdote continuara.

—Lo que vi y le dije a Egonayga fue lo siguiente: vienen malos tiempos para nuestro pueblo. Ni tus ojos ni los míos los verán, pero los de nuestros hijos y hermanos, sí. Una amenaza muy grande pondrá en peligro nuestra forma de vida, que se verá modificada sin remisión. Sin embargo, no todo estará perdido. La sangre de los canarios pervivirá en el tiempo y en nuestra tierra. Pero, para ello, será necesario que uno de los nuestros acaudille al pueblo.

—¿Y quién era ese hombre?

—Eras y eres tú, Guayedra Tenesor. Tú evitarás la destrucción del

pueblo canario.

Tenesor meditó unos instantes las palabras de Chambeneder antes de responder.

—La amenaza que anticipaste ya está aquí. Hemos sido invadidos por un pueblo tenaz y orgulloso. Los dos sabemos que la guerra va cada día peor, aunque no lo podamos decir abiertamente. No sé cómo puedo salvar a mi pueblo si continuamos la lucha. Nos van diezmando poco a poco, y ellos, con los que vienen en sus barcos, cada vez son más. Si seguimos así acabaremos por morir luchando, pero moriremos todos.

—No tiene por qué ser así —dijo el faysag en tono tranquilo. Notaba una cierta desesperación en el guadnarteme—. Tal vez exista una salida que no has contemplado.

—No pienso rendirme ni arrojar a mi pueblo a la muerte o a la esclavitud.

—Seamos prácticos. Busca un pacto. Los castellanos también están cansados de la guerra. Nos escucharán.

—Ya hubo pacto con los Telde y sabes que terminó con traición.

—La situación no es la misma. Nosotros, aunque tratemos de que no se note, comenzamos a dar muestras de agotamiento. El tiempo no corre a nuestro favor, Tenesor. Hay que adelantarse al tiempo.

—¿Cómo puedo adelantarme al tiempo? Eso es imposible.

—No, si logras terminar la guerra ya. Tenemos que lograr que los invasores se avengan a respetar nuestras vidas y costumbres a cambio de repartirnos la tierra. Solo así perviviremos.

Tenesor miró con fijeza a los ojos cansados de Chambeneder.

—No quiero que me tilden de traidor. Y muchos entenderán que cualquier pacto con los castellanos es traición.

—Pero no todos. Siempre habrá exaltados como Tasarte, que solo piensan en guerrear, sin pensar en las consecuencias.

—No haré nada sin que mires de nuevo al futuro. Hagamos otro sacrificio y roguemos porque Acorán nos hable de nuevo. ¿Podemos hacerlo aquí?

El sacerdote no se esperaba la petición, pero asintió con la cabeza y se levantó.

—Este es un recinto sagrado. Es buen lugar.

Tenesor se quedó muy quieto contra la pared y no perdió detalle de los movimientos del faysag. Chambeneder apagó las luces que habían traído, quedando la cueva en la penumbra de la escasa luz de la luna, y comenzó a entonar cánticos. Tomó los pequeños odres de piel, llenos de manteca y leche, que siempre llevaba consigo. Tras unos pasos rituales sobre sí mismo, giró hacia la luz de la luna proyectada sobre la pared y se arrodilló junto a unos huecos cóncavos excavados en el suelo de piedra. Con movimientos precisos, derramó sobre las

cazoletas la manteca y la leche, que se mezclaron en el fondo. A continuación invocó a la deidad.

—¡Acorán! El alma de nuestro guadnarteme vive atormentada. ¿Qué debe hacer para salvar a su pueblo?

Si Tenesor esperaba una respuesta rápida, se llevó una decepción. Nada ocurrió en un largo rato. Cuando el faysag se disponía a repetir la invocación, una sombra en el exterior se interpuso en la luz de la luna y, durante breves instantes, todo quedó a oscuras. Tenesor entendió que algo había ocurrido, pero no se atrevió a preguntar al sacerdote, que parecía ensimismado en un trance interior.

Al cabo de un rato, que al guadnarteme la pareció larguísimo, el faysag rompió el silencio.

—Acorán ha hablado —sentenció.

—¿Y qué ha dicho?

El viejo sacerdote miró a Tenesor con expresión tranquila, y sus pupilas brillaron tenuemente a la luz del rayo de luna.

—Que pactes la salvación de tu pueblo. Cuanto antes.

Torre de Agaete, 24 de febrero de 1482, tres días después.

—¡Don Alonso! ¡Una canaria quiere hablar con vos!

El capitán, curioso ante la noticia, salió de su estancia en las construcciones anexas a la torre y subió por las escaleras de la fortaleza hasta la cubierta superior. Los vigías señalaron hacia abajo, a unos metros de la cerca de tapial que defendía el emplazamiento, donde una joven esperaba respuesta.

—Es Naira —se dijo Alonso—. Pues en estos momentos no está Lorenzo aquí. ¿Qué querrá?

—Ha dicho que quiere comunicaros algo —dijo uno de los centinelas—, pero que tiene que ser desde ese lado de la tapia, que no se fía de nosotros.

—Bien entendéis la lengua canaria —respondió el capitán.

—Habló en castellano, no perfecto, pero mejor que alguno de mis compañeros de Huelva.

—Esa muchacha aprende rápido. ¿Hay rastro de canarios cerca?

—A ni uno solo les hemos visto el pelo en varios días. Salvo a esta mujer, claro está.

—Bajaré entonces a ver qué quiere.

Lugo descendió por la escalera de piedra oscura que comunicaba los tres pisos de la torre y salió al patio amurallado. Tomó sus armas y se dirigió a la puerta. Los guardias abrieron una de las hojas de madera, que crujió al moverse. El capitán echó un vistazo al exterior antes de salir. Naira le esperó a pie firme, sin acercarse. Lugo llegó a su altura tras dar una veintena de pasos.

—Te saludo, Naira —le dijo.

—Y yo a ti, corazón fuerte. He venido a hablar contigo.

—Me imagino que sabes que Lorenzo no está aquí.

—Lo sé. Aunque no lo creas, tenemos ojos y oídos en toda la isla. Sé que está en vuestro campamento de Guiniguada, y que no se le permite salir, igual que a mí no se me permite acercarme a los castellanos.

—Sin embargo, ahora estás aquí.

—Vengo a dejarte un mensaje de Tenesor. Me lo han pedido porque

hablo vuestra lengua.

—Es prodigioso cómo hablas, ciertamente.

—Y eso que no me has escuchado en genovés.

Lugo sonrió, cada vez le parecían menos salvajes los canarios. Y esa facilidad para aprender las lenguas europeas le pasmaba.

—¿Qué mensaje quieres darme?

—Tenesor sufre desde que apresasteis a Abenchara, su esposa.

—Fue un golpe de suerte —admitió el capitán—. En estos momentos debe estar ya en Castilla, camino del lugar donde están nuestros reyes.

—Tenesor no puede estar sin su esposa. Abenchara debe volver a esta tierra.

Lugo se rascó la barba. «¿A dónde quería llegar aquella joven? ¿Qué tipo de petición era esa?»

—No creo que esa mujer vuelva a la isla antes de que se produzca la rendición de vuestro pueblo. Creo que de eso es de lo único que tengo que hablar con Tenesor.

—Hay muchos guaires y guerreros que no quieren rendirse, y son poderosos. Si Tenesor cediera con vosotros, los castellanos, sería depuesto de inmediato, sobre todo en estos momentos.

Lugo captó el detalle de las últimas palabras.

—Entonces es cierto lo que se dice de que Tenesor, sin Abenchara, carece de legitimidad como rey. Se mantiene en el puesto porque le apoyan los de Telde y una parcialidad de los suyos, pero su jefatura puede cuestionarse en cualquier momento.

A Naira le costó entender un poco la larga frase. Su vocabulario era limitado.

—Tenesor sigue siendo rey y no puede rendirse. No hablará contigo mientras siga estando libre.

Lugo miró a los ojos a la joven. Era una muchacha muy bella, con otras ropas podría pasar por andaluza. Naira le mantuvo la mirada sin pestañear. El capitán estaba tratando de desentrañar lo que ocultaba detrás de sus palabras.

—Entonces, habrá que capturarlo, igual que hicimos con Abenchara.

—No apresaréis a Tenesor nunca, salvo que por alguna razón sepáis dónde se encuentra.

—Es posible —replicó Lugo, tratando de estar al nivel de ambigüedad de la muchacha—, y también es posible que en alguna ocasión podamos enterarnos.

—Nunca os enteraréis de que, dentro de dos lunas, pasará las noches en las cuevas de Facaraca.

Lugo se enderezó, atento. Aquel juego estaba dejando de serlo.

—Nunca lo sabremos, desde luego —dijo, algo inseguro—. Y,

¿dices que te ha enviado Tenesor?

—El mismo. Sabe que si viniera otra persona no le creerías.

—Y a ti no termino de creerte.

—Haz lo que quieras, yo he cumplido con lo que se me pidió. ¿Cómo decís los castellanos?: «a buen entendedor…»

—«Pocas palabras bastan» —remató el capitán.

—Pues eso —sentenció la joven que, sin decir más, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el interior de la isla, en dirección a Gáldar. Lugo, desasosegado, se quedó nadando en un mar de inquietudes.

Sevilla, 2 de abril de 1482, cinco semanas después.

La puerta de la estancia donde se encontraba retenida Abenchara se abrió y un haz de luz rompió la penumbra. Una mujer mayor, ataviada como los criados de los grandes señores, entró en ella.

—Señora, ¿estás despierta?

La somnolienta canaria levantó la vista de inmediato, y no por la pregunta en sí, sino porque se la había hecho en el idioma de su isla natal.

—¿Quién eres? —preguntó la reina canaria.

—Soy Haridian, aunque ahora me llaman Isabel, la canaria. Soy una criada de la reina. Ella me ha enviado a atenderte.

El asombro de Abenchara no tenía límites. No había podido hablar con nadie en aquella lengua desde que la apresaron. Le costaba mucho aprender los rudimentos del castellano, aunque había terminado por entender algunas palabras.

—¿De la reina de los castellanos? ¿Cómo es posible?

—Me capturaron de jovencita en la costa, mucho antes de que nacieras. Soy de Arguineguín.

—Entonces eres de los de Telde. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

La mujer suspiró antes de contestar.

—No he contado el paso del tiempo, pero, por los reyes y señores a quien he servido en estas tierras, calculo que más de treinta años.

—¡Treinta años! —repitió Abenchara, desesperanzada—. ¿Tendré que pasar tanto tiempo lejos de mi hogar?

La criada se acercó a la reina canaria y se sentó a su lado.

—Eres una persona importante, por lo que me han dicho. Me han hecho venir desde Valladolid, que está muy lejos, para que te sirva como asistenta y traductora. Los reyes quieren que estés bien.

—Eso me da alguna esperanza. No soy una simple esclava.

—Nada de eso. Por los adalides de la conquista saben que en tu sangre está la legitimidad de los guadnartemes. Te tratarán bien. ¿A que nadie te ha tocado?

Abenchara sintió, aliviada.

—Nadie, gracias a Acorán. No me han maltratado, aunque sea una cautiva.

—Pues eso es porque respetan tu origen real. No todas han tenido la misma suerte. Pero no hablemos de eso. Estamos en Sevilla, y aquí hay algunos de los nuestros; algunos esclavos, otros retenidos por las autoridades. Si me acompañas verás a algunos.

—¿Hay canarios aquí? ¿Podemos salir?

—Podrás acompañarme cuando yo salga. No te permitirán que vayas sola a la calle. Te podrías perder y, ¿a dónde irías? Para volver a nuestra isla hacen falta barcos. En tu caso es mejor dejarte llevar.

—De acuerdo, iré contigo a donde me lleves.

Isabel tomó de la mano a Abenchara y la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Tengo ya dos faltas, y mareos y náuseas.

La criada apretó los labios ante la noticia.

—¿Puedes estar embarazada?

—Yo diría que sí. Tal vez sea pronto para saberlo con seguridad.

—Estaremos atentas. Ahora, ven conmigo.

Isabel vistió a la reina canaria con ropas castellanas y las dos mujeres salieron de la cámara del primer piso de una casona enorme con un gran patio central. Pese a lo que se había imaginado, Abenchara descubrió que no había ningún guardia que controlara sus movimientos. Abajo, en el centro del espacio, dos hombres esperaban de pie. Abenchara no reconoció a ninguno. María indicó el camino de la escalera y descendieron a la planta baja. La criada la dirigió hacia los dos hombres, que vestían y lucían barbas al estilo castellano. En un momento dado, la reina creyó identificar a uno de ellos.

—¿Aymedeyacoan? ¿Eres tú? —le preguntó al primero. Este le respondió en su lengua.

—Soy yo, Abenchara. He venido a comprobar que estabas bien.

—Pero, ¿qué haces aquí?

—Retenido por los castellanos, como todos —intervino el otro hombre.

La reina canaria miró con fijeza a quien había hablado y no tardó en reconocerlo.

—¡Adargoma! ¡Estás vivo! ¿Cómo es posible?

—Estoy seguro de que te harás muchas preguntas —dijo de nuevo Aymedeyacoan—, y a todas contestaremos. La primera será la de qué haces aquí, y te adelanto que, tarde o temprano, vas a ser llevada ante los reyes castellanos, y te quedarás a vivir con ellos. Al menos hasta que la guerra termine o decidan otra cosa.

—¿No podré estar con vosotros?

—Tendrás a Haridian, que te cuidará. Con ella estarás a salvo. Pero te irás de Sevilla, eso tenlo por seguro.

Abenchara miró a los dos hombres. Les habían quitado sus señas de identidad. El pelo, la barba, las ropas, todo era castellano. Ella misma

vestía así.

—¿Hay alguna posibilidad de escapar y volver a nuestra isla? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Somos fácilmente reconocibles en esta tierra. No hay a dónde ir —dijo Adargoma, mejor informado—. La única posibilidad, que ya descarté hace mucho tiempo, sería llegar al reino de los portugueses y tratar de buscar a Silva, que siempre respetó a los de Gáldar. Pero nos descubrirían enseguida y nos traerían de vuelta aquí, y seguro que entonces nos encerrarían. Creo que de momento es mejor poder moverse con cierta libertad en esta ciudad que metidos en un calabozo.

—¿Qué esperanza me queda?

—Los castellanos creen que Tenesor vendrá a buscarte —dijo el guaire de Telde—. He oído asegurarlo a Moxica, el castellano que te trajo aquí.

Abenchara se acercó a Adargoma.

—¿Tenesor? ¿Crees realmente que cruzará el mar para rescatarme?

—Eso dicen. Yo también quiero creerlo.

—Para ello tendrá que llegar a un acuerdo con los castellanos. ¿Y qué querrán estos a cambio?

Aymedeyacoan miró con tristeza a la reina.

—Imagínatelo.

Córdoba, 15 de abril de 1482, dos semanas después.

—¡Por fin llegáis, Fernán!

El consejero Camañas parecía incómodo con el encuentro. Fernán Peraza había acudido a la corte, que en aquel momento residía en el alcázar de Córdoba, tras haber sido llamado por los reyes y por el Consejo Real para responder de la extraña muerte de Juan Rejón. La investigación realizada por el pesquisidor real, una vez llegó a La Gomera y entrevistó a media población insular, no prometía nada halagüeño.

—No es fácil llegar en poco tiempo a esta ciudad —respondió el aludido—, los caminos están muy mal, y la mitad de las posadas cerradas.

—Es por la guerra —explicó el cortesano—. Varias partidas de moros han cruzado la frontera y han atacado algunas alquerías. El miedo ha hecho el resto.

—En demasiadas guerras está metida Castilla —protestó Peraza.

—¡Silencio! Esas palabras podrían ser consideradas como traición. Estaremos en las guerras que sus altezas quieran, y nosotros, sus humildes vasallos, ¡a callar!

Fernán calló, consciente de que la antesala de la cámara donde se reunía el Consejo Real no era el lugar más apropiado para airear queja alguna.

—¿Cómo veis mi caso, consejero? —preguntó Peraza, algo más tranquilo.

—Sinceramente, estáis sentenciado. ¿Cómo se os ocurre matar a un capitán de la reina en su camino a una conquista, mediando orden real?

Fernán apretó los puños para disimular su crispación.

—No fue exactamente así —dijo, conteniéndose—. La cosa se le fue de las manos a mis subordinados.

—¡Solo hubiera faltado que vos le hubierais clavado la espada! Sois responsable de lo que hagan los vuestros, aunque sean unos salvajes desnudos como esos gomeros que decís que gobernáis.

—No son salvajes desnudos. La mayoría son cristianos bautizados y

ya se van vistiendo con decoro.

—En cualquier caso, don Fernán, la cosa pinta mal. No es solo el delito de homicidio en sí. Hay más.

Fernán Peraza comenzó a sentirse mal. El consejero parecía que reculaba y trataba de quitarse responsabilidades.

—¿Qué más?

—Es vuestra familia, que se ha convertido en un quebradero de cabeza para la Corona. ¿Queréis que os lo explique? Primero, al asunto de la tiranía de vuestros padres sobre los vecinos de Lanzarote. Segundo, el asesinato de su mujer por parte de vuestro hermano Pedro, asunto que, a pesar de la carta de cumplimiento de servicios firmada por Pedro de Vera en su favor, todavía no ha conseguido el perdón del Consejo. Tercero, la esclavización ilegal de algunos de vuestros vasallos gomeros por vos. Y ahora, esto. La paciencia y la influencia de los consejeros amigos de los Herrera Peraza se agotan.

Fernán aguantó la reprimenda como correspondía, en silencio. Cuando Camañas terminó, Fernán aprovechó para soltar el discurso que había preparado con su madre.

—Ese Rejón era un mal bicho. Un provocador insolente. Preguntádselo a Pedro de la Algaba.

—Pedro de la Algaba no puede responder —repuso el consejero.

—Pues por eso lo digo. Lo hizo callar para siempre. Preguntádselo a Pedro de Vera.

—Ya basta, Vera está en la Gran Canaria y no será de ayuda. ¿Tenéis algún testimonio a vuestro favor?

Fernán descolgó de su cinturón un saquito lleno de monedas de oro.

—Mi madre desea contribuir a mitigar en lo posible la enfermedad de vuestra abuela. Y de la madre del consejero Ariño también. Todos sabemos que los físicos cirujanos son caros.

Camañas miró el saco, escuchó el tintineo de las monedas y se sintió tentado de palpar su contenido, aunque se contuvo.

—Dios aprieta, pero no ahoga —manifestó Camañas con solemnidad, tomando la bolsa con disimulo—. Nuestros familiares os estarán muy agradecidos.

—Las oraciones de mi familia siempre estarán con las de las vuestras.

—Como debe ser entre cristianos bien nacidos —convino el consejero—. Veré qué se puede hacer.

—Haced todo lo que podáis, y más, os lo rogamos. Yo os ruego. Y mi madre os lo ruega.

Camañas logró con suma facilidad ceñirse la bolsa al cinturón y ocultarla con la capa.

—Vuestra madre y su generosidad es bien recordada en estas

ciudades del Andalucía. Pero tal vez tengáis que hacer algún sacrificio. ¿Estáis dispuesto?

Fernán Peraza se inclinó ante el consejero, a modo de sumisión.

—Estoy dispuesto a lo que sea.

—Es un buen comienzo. Por lo pronto, lo que toca es dilatar el proceso, que se le pase el enojo a su alteza.

—¿Y cuánto tiempo será eso?

—El que sea necesario, Fernán. Armaos de paciencia. Ya sabéis lo que se dice: las cosas de palacio…

—…Van despacio.

Camañas sonrió, dejando ver una descuidada dentadura.

—Veo que aprendéis rápido. La paciencia es un árbol de raíz amarga pero de frutos muy dulces.

—¿Quién dijo eso?

—Lo digo yo, aunque no me extrañaría que alguien me copie en el futuro. A esperar os toca, Fernán. A esperar.

Gáldar, 24 de abril de 1482, nueve días después.

Los hombres de Alonso de Lugo seguían las indicaciones del adalid Juan Mayor como si se tratara de las admoniciones del obispo Frías en Corpus Christi, o más aún. Un grupo de treinta hombres habían llegado al barranco de Anzofe, que cruzaba la vega de Gáldar, en completo silencio. La luz de la luna llena favorecía el caminar de los castellanos, que habían dejado los caballos al cuidado de uno de ellos mientras el resto se aventuraba a pie en territorio enemigo, camino de las cuevas de Facaraca.

Lugo no las tenía todas consigo. El mensaje de Naira, a pesar de su claridad, podría tener como objetivo llevar a los castellanos a una emboscada. A fin de cuentas, se hallaban en guerra con los canarios, y no podía confiar en nadie. De hecho, la referencia de la muchacha a las cuevas de Facaraca podía suscitar sospechas: era un lugar donde la caballería castellana, su mejor arma, no serviría de nada. Y así se lo comentaron a Lugo sus escuderos: que se abstuviera de comandar el golpe, que en aquellos momentos de la contienda ningún canario era de fiar. Sin embargo, para Alonso, que llevaba muchos meses sufriendo los ataques de los naturales al campamento de Agaete, y otros tantos lanzando contraataques, el previsible riesgo que podía correr le parecía bajo.

Mayor guio al grupo por lugares de poca visibilidad, y los mismos castellanos se asombraron de que su presencia no fuera notada. El silencio de la marcha se mantuvo impecable, con todas las armas metálicas envueltas en telas para que no hicieran ruido. Les llamó la atención la ausencia de centinelas tan cerca del poblado de Gáldar. Todos sabían que el enorme caserío había sido evacuado meses antes, pero también que los canarios defendían la entrada y estaban atentos para cazar a cualquier soldado castellano que pasara por allí desprevenido.

El adalid había avisado a Lugo que en Facaraca, al pie del barranco de la colina de Gáldar, se iban a encontrar un conjunto de cuevas amplias labradas en la toba, comunicadas entre sí, que en su día, mucho tiempo atrás, fueron la vivienda de Gumidafe, consorte de la reina Atidamana, fundadores del linaje de los guadnartemes. El

espacio era tan grande que más de un sábor se convocó allí.

—¿Es normal que no nos hallamos tropezado con ningún canario todavía? —le susurró Lugo a Mayor.

—Normal no es, pero el caso se está dando —respondió el guía en el mismo tono—. Seguidme, que queda poco.

Los ropajes oscuros de los castellanos los ayudaron a pasar desapercibidos cruzando la amplia vega que daba acceso a la base de la colina donde comenzaba el poblado de Gáldar, abarrotado hasta la cima de los clásicos caserones canarios. Mayor avanzó con seguridad y a un tiempo con cautela, atento a cualquier ruido que fuera anormal en el silencio de la noche. Al cabo de la caminata llegaron a la base de la cuesta, donde se abrían unos huecos grandes en la pared.

—Desplegaos —ordenó entre dientes Lugo a sus hombres.

Los soldados se dispersaron en torno a la entrada de una de las cuevas, la que indicó Mayor. A una señal del capitán, le siguieron cuando se introdujo por el ancho hueco. Lugo llevaba a su diestra al adalid, que mantenía el paso. La cueva tenía una entrada ancha que se estrechaba después para terminar en una sala de dimensiones notables. Allí se encontraron a un grupo de canarios acostados en las esteras que solían usar y arropados con mantas de pieles. La entrada de los castellanos espada en mano interrumpió el sueño de los galdenses, que se sorprendieron de su presencia, aunque no tanto como cabría esperar al parecer de Lugo.

—¡Daos presos! —ordenó el capitán—. ¡Rendíos o responderéis con la vida!

El grupo de canarios, la mayoría de ellos hombres y algunas mujeres, se pusieron en pie y mostraron sus manos vacías.

—Se rinden —avisó Mayor a Lugo.

—Lo veo —respondió el capitán, que hizo una seña a sus hombres para que no agrediesen a los miembros del grupo— ¿Está aquí Tenesor?

Una de las mujeres se adelantó unos pasos. Lugo, a pesar de la penumbra, reconoció a Naira, que habló en castellano.

—Nos damos a ti, corazón fuerte, para lograr la paz entre nuestros pueblos.

Lugo pasó su mirada de la joven a los demás canarios.

—¿Está aquí Tenesor? —insistió.

La muchacha giró la cabeza y dijo algo ininteligible para el capitán. Uno de los hombres, alto y con aire mayestático, dio unos pasos hacia ellos.

—Este es Tenesor —le indicó Mayor.

Lugo tragó saliva, no se había visto en una así en su vida.

—Decidle que él y sus acompañantes son mis prisioneros. Que si obedecen mis órdenes, se les tratará con respeto y dignidad.

No hizo falta que Naira tradujera la frase. Tenesor habló en su lengua serenamente y con determinación. Mayor explicó lo que dijo el guadnarteme al instante.

—Dice que se encomienda a vos, don Alonso, para que le llevéis ante Pedro de Vera y ante sus altezas.

Lugo admiró el temple del guadnarteme, que se entregaba sin lucha, firme y convencido de su actitud, lo que le desarmaba. Tuvo que pensar la respuesta.

—Decidle que los capitanes castellanos apreciamos su gesto, y que con él estoy seguro de que la guerra terminará antes. Pero para ello, tendrán que volver con nosotros a Agaete y luego, donde disponga el gobernador.

Naira tradujo las palabras a los suyos y la contestación a Lugo con rapidez.

—Tenesor dice que podemos ir a Agaete con seguridad. Ninguno de sus hombres atacará esta noche. Y que quiere hablar en persona con vuestros reyes.

Alonso no quiso ni pensar en el atrevimiento que la frase contenía, como si fuera tan fácil acceder a una audiencia de sus altezas, pero no contestó, lo que tuviera que pasar escapaba de sus competencias. Por lo pronto, llevaría a su ilustre prisionero ante Vera, que él decidiera qué hacer.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto, corazón fuerte? —le preguntó Naira.

Lugo observó el rostro de la muchacha, que le mantenía la mirada con firmeza.

—Me doy cuenta, Naira. Es el mayor sacrificio que un rey puede hacer por salvar a su pueblo. Lo admiro y lo respeto. Es el principio del fin de la guerra.

—No, corazón fuerte. Es el principio del comienzo de la paz, que parece lo mismo, pero no es igual.

Real de Las Palmas, 29 de abril de 1482, cinco días después.

—Este Alonso de Lugo se ha revelado un tipo competente.

Pedro de Vera brindaba jubiloso con el contador real Michel de Moxica por la inesperada noticia del apresamiento del guadnarteme de Gáldar. La noche había caído con rapidez y la cena había transcurrido en la cámara principal de la casa del gobernador en un ambiente festivo.

—Y tanto, en dos golpes de mano, atrapó a la reina, y luego, al rey —contestó el cortesano—. Tal vez se merezca que le otorguen la conquista de alguna otra isla.

Vera refrenó el entusiasmo de su subordinado.

—Parad, que todavía está muy verde para eso. Con el tiempo, tal vez, pero de momento no lo veo. De cualquier manera, me da igual, ya sabéis que estoy deseando volver a Castilla para luchar contra el moro.

—Y yo también. Y casi todos los que estamos aquí.

—Alguno se quedará, que para algo llevamos cuatro años de guerra.

—Sí, alguno se quedará, pero no seré yo. Ni vos, de eso estoy seguro.

Vera apuró el contenido de su copa antes de responder.

—Ahora importa que llevéis a Tenesor ante sus altezas cuanto antes. Le veo predispuesto a concertar paces, y eso nos interesa.

—Estoy con vos en que hay que terminar con esta conquista cuanto antes. Está claro que el botín que se puede conseguir en esta isla es magro en comparación con el que nos puede esperar en las feraces tierras granadinas.

—Según me dicen los adalides, Tenesor necesita encontrar a su esposa y volver con ella para ratificar su legitimidad como jefe.

—A buen recaudo quedó la señora en Sevilla en la casa del arzobispo, que fue encargado de llevarla a la corte en cuanto su alteza la reina lo disponga. Se comenta que el rey don Fernando se trasladará a Córdoba y que su esposa le seguirá en breve. Es la ciudad más cercana al lugar donde se batalla.

Vera escanció más vino en su copa y en la de Moxica.

—Creo que doña Isabel sabrá apretarle las clavijas a este Tenesor para que nos ayude a rendir a los canarios rebeldes. De volver con su mujer, nada de nada. Estoy seguro de que la reina canaria se quedará en Castilla hasta que todo termine.

—Está cantado, pero hay que arrancarle al guadnarteme un compromiso del que no se pueda desdecir. Y nada mejor que hacerlo en la misma corte, donde la exhibición de poderío y majestad es más patente.

—Tenesor es prisionero de sí mismo. Si quiere seguir siendo rey sin contestación, tendrá que llegar a un acuerdo con nuestros reyes. Espero y deseo que así se haga, y con prontitud.

—Ya sabéis lo que se tarda en llegar a Castilla. Con suerte un mes para arribar a Sevilla. Y, de allí, hasta donde se encuentren sus altezas, echadle tiempo. Y luego, esperemos que nos atiendan con la prisa que deseamos, que puede que estén con la cabeza más en las sierras de la frontera con el moro que en los asuntos de esta isla.

—Ahí tendréis que mover todos los hilos que podáis —indicó el gobernador—. Lo primero que debéis hacer es hablar con vuestro primo, el consejero real.

—Descuidad, que lo haré desde que pueda verlo. Y también traeré conmigo a unos doscientos ballesteros vascongados que mi otro primo Juan de Civerio ha reclutado en nuestras tierras.

—Buena noticia es esa, pardiez. De todos es sabido lo duros y despiadados que podéis llegar a ser los vascos. Y estos canarios necesitan gente así para sojuzgarlos.

Moxica bebió a su vez, cavilando sobre la frase del gobernador.

—Me lo tomaré como un elogio, don Pedro. Si las gestiones con el guadnarteme no dan los frutos esperados, mis compatriotas decantarán la guerra hacia su final.

Vera volvió a alzar la copa.

—Brindo por eso y porque tengáis una buena travesía.

—Según el maestre de la nao Gaeta, mañana hará buen tiempo, con lo que el viaje a Castilla en compañía del guadnarteme y de Juan Mayor, que intérprete necesitamos, se hará en poco tiempo.

—Y una última cosa: habladle de mí a vuestro primo y a sus altezas, que he escuchado que la gente de Jerez va a estar a la derecha del rey en la hueste que se prepara, y me muero de envidia.

Playa de Agaete, 15 de mayo de 1482, dos semanas después.

Alonso de Lugo descabalgó y esperó a que el esquife llegara a la playa de arena negra y cantos rodados del puerto de las Nieves. Una brisa suave soplaba a su espalda y amortiguaba el creciente calor que el día, completamente despejado, presagiaba. Reconoció entre los pasajeros de la barca a Lorenzo de Riberol. Había acudido a su llamada desde el real de Las Palmas en el primer barco disponible. No era para menos, las noticias que le había enviado invitaban a que se trasladara con presteza.

El bote llegó a la orilla y la quilla se enterró en la arena. Lorenzo fue el segundo en saltar a tierra, tras el marinero que aseguró el batel. En pocos pasos se reunió con Lugo, a quien dio un abrazo afectuoso.

—Sed bienvenido, Lorenzo —dijo el capitán—. ¿Habéis tenido buena travesía?

—Inmejorable, Alonso. ¿Cómo andan las cosas por aquí?

—Ahora mejor. Tuvimos que aguantar varios ataques de los canarios después de la captura de Tenesor, pero se fueron diluyendo cuando cayeron en la cuenta de que lo habíamos enviado al real. Hace días que no vienen por aquí.

—Pues de Las Palmas ya ha partido rumbo a Castilla. El gobernador lo ha despachado con el contador Moxica para que rinda pleitesía a sus altezas, que están de camino para el Andalucía. ¿Creéis que servirá de algo?

Lugo pensó la respuesta unos instantes. Tenía sus dudas.

—Es posible. Depende de lo impresionable que sea. Durante su viaje verá a los canarios que están en Sevilla y en otros lugares. Lo que él observe y lo que le cuenten será esencial. Hay que tener en cuenta que allá está su esposa Abenchara; el guadnarteme de Telde, Aymedeyacoan; el guaire Adargoma y unos cuantos más. Espero que se dé cuenta de que para lograr la liberación de todos le conviene pactar paces con sus altezas.

—¿Pactar paces o rendirse? ¿Qué le pedirán?

Lugo respondió a la pregunta con otra pregunta. A fin de cuentas, tenía ascendientes gallegos.

—¿Acaso pactar paces entre desiguales no es una rendición encubierta? Si Tenesor vuelve como aliado, nos evitaremos muchos más meses, si no años, de guerra.

—No creo que pueda convencer a todos los suyos para que lleguen a un acuerdo con los castellanos.

—Yo tampoco, sé que hay una facción belicosa que se opone a cualquier acuerdo, pero con que arrastre a un número importante será suficiente. Además, si tenemos su ayuda se nos facilitará cualquier entrada que hagamos en su territorio. No es lo mismo lo que hacemos ahora, que nos adentramos solos por esos barrancos y riscos, que hacerlo en compañía de los propios naturales. Hay una enorme diferencia.

—Tenéis razón. Espero que los planes del gobernador salgan bien. Pero mientras tanto, ¿qué hacéis?

—Pues lo de siempre, ir a hostigar a los canarios en donde se pueda sin ponernos demasiado en riesgo. La parte baja de la isla ya se puede decir que es nuestra, pero lo de subir a las cumbres es otra cosa.

Lorenzo comprendía mejor la estrategia de Pedro de Vera. Los castellanos necesitaban la ayuda de una parte de los naturales si querían acabar la guerra.

—Me decíais en vuestra carta que no todos los canarios capturados fueron enviados al real.

Lugo sonrió, aquella era la verdadera razón del viaje del genovés.

—Quien interesaba era Tenesor, el resto no. Y entre los canarios que le acompañaban estaba Naira, y no la iba a enviar como prisionera al real estando como está por allí el capitán Valdés.

—Os lo agradezco infinito. ¿Puedo verla?

—¿Para qué os he hecho llamar? Mirad detrás de mí.

Lorenzo desvió su mirada a la espalda de Lugo y vio a cierta distancia a Naira, sentada sobre unas piedras, esperando a que ambos hombres terminaran su conversación. El mercader apoyó su mano en el hombro del capitán a modo de agradecimiento, y se encaminó a donde estaba la muchacha, que se levantó a recibirle. La vio libre y en buenas condiciones físicas y, dado que la relación de ambos era conocida por todos, no dudó en estrecharla en sus brazos.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, corazón puro. Me alegro mucho de verte.

—Y yo también. ¿Cómo te están tratando?

—Corazón fuerte me ha dejado libre a cambio de prometerle que me quedaré en el campamento. No he sufrido la menor agresión.

—Lo celebro. Le pediré que me permita llevarte conmigo.

La joven se separó un poco, para contemplar mejor el rostro de Lorenzo.

—¿A dónde quieres llevarme?

—Al real, a Sevilla, a donde haga falta para que estés fuera de peligro.

—Mi sitio está aquí, corazón puro, junto a mi gente. Les puedo ser útil en la relación con vosotros hasta que termine la guerra.

—Esta maldita guerra no va a terminar nunca.

—Espero que te equivoques. Tenesor ha dado un paso muy valiente para que el final sea una realidad. Y a mí me ha implicado con él. Sé que muchos de mis paisanos no entenderán bien lo que hemos hecho, pero le prometí al guadnarteme que le seguiría y le apoyaría hasta donde hiciera falta.

Lorenzo miró a los ojos de Naira y comprendió que estaba resuelta a cumplir su compromiso.

—De acuerdo, pero no te alejes de mí otra vez.

—Pienso quedarme en Agaete hasta que vuelva Tenesor. Luego, me pondré a sus órdenes.

— Al menos podré verte, y esperemos que vuelva.

—Volverá, corazón puro, y traerá consigo la paz. Ya lo verás.

Sevilla, 20 de junio de 1482. Cinco semanas después.

—Señor guadnarteme, esto que voy a hacer va contra todas las reglas.

El obispo Juan de Frías no sabía bien a quién dirigirse, si a Tenesor o a Juan Mayor, que era su sombra. Los tres se encontraban en el enorme patio trasero del palacio arzobispal de Sevilla, más bien una huerta que un patio, y el rezo de completas ya había pasado. El día se había marchado, pero no había terminado de llevarse el calor con él.

Tenesor contestó en cuanto le fueron traducidas las palabras del prelado por boca de su intérprete.

—Dice que lo sabe y por eso lo estimará en mucho más, ilustrísima. Que quiere que vos seáis su padrino en el bautizo, que ya se está instruyendo en los misterios de nuestra fe, que son muchos y algunos desconcertantes, pero que los acata de buen grado.

—Esta petición no puede dejar de agradarme —contestó el obispo —. Este canario sabe cómo agradar a la gente.

—Perdonad, señor, este intérprete también le ha dado buenos consejos —repuso Mayor.

—Por supuesto, amigo mío. Conozco a vuestro padre y a vuestra familia de Lanzarote, y sé que sois fieles vasallos de sus altezas, aunque vuestro padre no lo haya sido de su señor natural don Diego de Herrera. Pero bueno, esa es otra historia.

—Mi fidelidad a sus altezas creo que está fuera de toda duda —replicó el adalid.

—Cierto, cierto. Sin embargo, ya sabéis que hay ciertos elementos en la conquista que no me quieren bien.

Mayor asintió, era cosa pública la antipatía del gobernador Pedro de Vera hacia los religiosos, entre los que se contaba el obispo. El gobernador había ignorado de tal manera a Frías, sin llamarlo a Gran Canaria, que este había decidido pasar una temporada en Sevilla, aunque la sede de su diócesis estuviera en Lanzarote. Pero es que la gran aldea de Teguise era tan, tan aburrida.

—Ya conocéis a don Pedro, quiere el protagonismo para él solo —admitió Mayor.

—Vera debe obediencia a Dios y a sus altezas, en ese orden. Puede estar contento de que no le haya excomulgado. Han sido las admoniciones del arzobispo de esta ciudad las que me han mantenido callado, por mor de los intereses del reino, pero no continuará así por mucho tiempo.

—Espero que la presencia del guadnarteme en Castilla aligere la finalización de la guerra.

—Eso espero yo también, y por eso he accedido a lo que me habéis demandado.

—Bueno, lo ha pedido él —dijo, señalando al canario, que no entendía nada de la conversación.

—Igual da. Vamos, seguidme.

El obispo comenzó a deslizarse entre las sombras y de inmediato fue seguido por Mayor, Tenesor y dos guardas que seguían al canario allá por donde fuese, como escoltas, a decir de Moxica, aunque en realidad fueran sus carceleros.

Subieron las escaleras al primer piso, cruzaron el pasaje cubierto y entraron en un pasillo. En la segunda puerta a la derecha el prelado se detuvo y la golpeó con sus nudillos.

—¿Quién es? — preguntaron al otro lado.

—Isabel, soy el obispo Frías, ábreme.

La puerta de la estancia se abrió con lentitud y al otro lado de la hoja apareció la cabeza de la criada real, que reconoció de inmediato al religioso.

—Pasad, buen señor —dijo, al tiempo que se apartaba.

El obispo entró solo en la amplia cámara del palacio, poco iluminada por varias bujías de aceite en un rincón.

—Isabel, un invitado mío viene a ver a la señora doña Juana, la reina de canaria. Sal fuera un momento.

La criada se sorprendió.

—Señor, sabéis que tengo órdenes de sus altezas de no separarme nunca de ella. No me pidáis eso, os lo ruego.

—Quien viene a verla es su esposo canario.

La mujer se sorprendió más aún. Le habían llegado noticias de la llegada a Sevilla de un personaje importante de Gran Canaria, pero no sospechó que fuera el marido de Abenchara. Tenesor dio dos pasos dentro de la habitación y zanjó la resistencia de Isabel con una sola frase.

—Soy Guayedra Tenesor, guadnarteme de Gáldar, y quiero ver a mi mujer —dijo en idioma canario

La mujer bajó la mirada en reconocimiento de la majestad que emanaba del recién llegado.

—Soy Haridian de Arguineguín —le respondió en la misma lengua —, y si el obispo lo ordena, te dejaré con ella.

—Anda, ve fuera —repitió Frías adivinando el significado de la conversación—. Y yo salgo también. Tenéis un rato, pero no abuséis.

Tenesor entendió al prelado sin necesidad de traducción e inclinó la cabeza a modo de asentimiento. Todos salieron y Tenesor se enfrentó a la penumbra de la cámara. Al fondo, en un cama, una figura aparecía postrada. El canario se acercó y no tardó en reconocer a su esposa, que parecía dormida. Se sentó a su lado y la abrazó. Notó su vientre abultado.

—Abenchara, soy Tenesor —le dijo al oído.

La mujer no reaccionó en un primer momento. Luego, emitió un leve quejido. El guadnarteme se separó y contempló el rostro de la reina. Unas ojeras pronunciadas se dejaban notar sobre unas facciones macilentas.

—Estás enferma —dijo en voz alta.— ¿Qué te ocurre?

La reina entreabrió los ojos, pero sus pupilas no poseían la viveza del reconocimiento. El canario, alarmado, la aferró por los hombros.

—¡Abenchara, soy Tenesor! ¡He venido a buscarte!

La mujer cerró los ojos y volvió a su estado de sopor. Tenesor la contempló con inmensa ternura y tristeza. Se levantó de la cama y abrió la puerta de la estancia.

—Está muy enferma —dijo en su idioma, mirando a Isabel—, ¿qué le pasa?

La criada canaria contestó de inmediato.

—Tiene un embarazo con complicaciones. Sufre de hemorragias y está muy débil. El médico le ha prescrito unas pócimas, dice que no puede hacer más por ella.

—Ese médico, ¿crees que sabe lo que hace?

—No son nuestros remedios, y no veo que le hagan bien.

Tenesor se volvió hacia el obispo.

—Señor, mi mujer necesita un buen médico.

Mayor decidió no traducir esa frase, y le dijo a Tenesor en canario.

—El médico que la trata es el del obispado, no vas a conseguir uno mejor.

—¿Qué tengo que hacer para conseguirle otro? —preguntó Tenesor.

—¿Qué estáis hablando en vuestra jerigonza? —preguntó Frías, escamado.

—Un momento, ilustrísima —dijo el traductor al obispo, que se volvió hacia Tenesor para contestarle en su idioma. —La única manera es que se lo pidas a los reyes de Castilla.

—Pero no tenemos audiencia hasta dentro de dos semanas.

Mayor se encogió de hombros.

—Pues es bien pronto. Hay quien espera meses por una audiencia. Ya te lo ha dicho maese Michel de Moxica, si quieres a vuestra reina,

tendrás que ayudar a terminar la conquista.

—Sí, eso ya está hablado. Haré lo que sea preciso. Pero es necesario que se cure mi esposa.

—En la corte están los mejores médicos de Castilla. Ahí es donde debes hacer tu petición.

—¿Alguien quiere explicarme lo que estáis diciendo? —el tono del obispo era de clara molestia. Mayor se apresuró a responder.

—El señor guadnarteme dice que desea que vos les caséis solemnemente, en una ceremonia católico romana, el día en que se termine la guerra.

El obispo no se esperaba una respuesta así, y aunque el lenguaje corporal de los canarios y del intérprete no se correspondía con la traducción, se dejó llevar por su vanidad.

—Por mí, encantado. Así se hará, si Dios quiere.

Córdoba, 29 de junio de 1482, nueve días después.

—Su alteza la reina os recibirá en breve —anunció el mayordomo Chacón a Andrés Cabrera y a su esposa, Beatriz de Bobadilla, recién llegados de Segovia.

—Esperaremos lo que haga falta —respondió el tesorero real.

Junto a ellos se encontraba la otra Beatriz, la sobrina, que se había apuntado al viaje. Cabrera había recibido la orden de traer varias arcas de monedas de plata para pagar parte del abastecimiento de la entrada que los castellanos se proponían realizar contra la ciudad de Loja, sita en el camino hacia Alhama. Tras la caída de Zahara en manos musulmanas, un numeroso grupo de combatientes andaluces se había atrevido a adentrarse un gran trecho en territorio granadino y tomar por sorpresa la ciudad de Alhama. Este golpe de mano obligó a los reyes a tratar de mantener lo conquistado, y ello implicaba despejar el camino más directo desde la zona cristiana hasta aquella fortaleza. Y en medio, estaba Loja.

La espera transcurrió en una de las salas de la planta baja del alcázar cordobés, a la sombra.

—Hace más calor en esta ciudad que en ninguna otra —comentó doña Beatriz—, y todavía no ha llegado por completo el verano.

—Y doña Isabel, con embarazo avanzado —añadió la sobrina—. La pobre, debe estar sufriendo lo indecible.

—El calor es igual para todos —dijo Cabrera—. No nos dará tregua hasta el mes de octubre, así que es mejor que nos vayamos acostumbrando.

La conversación se interrumpió ante la llegada de otro de los cortesanos, el contador Ulloa.

—Su alteza os recibirá ahora —anunció.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Beatriz a su tía.

—Vente, que siempre es bueno que te vean.

Los tres viajeros siguieron al contador por los pasillos del alcázar y subieron un piso. La reina les esperaba en un salón ventilado, reclinada en un diván.

—Queridos Andrés y Beatriz —les dijo—. Nos produce una gran alegría que hayáis venido.

Los visitantes se acercaron para saludarla y evitar que tratara de levantarse. Lo avanzado de su estado de gestación era palpable a simple vista.

—Nos place mucho veros —dijo el tesorero.

—¿Para cuándo está previsto el parto, alteza? —preguntó su esposa.

—Para cualquier día de estos, Beatriz. Ya hemos salido de cuentas.

—Doña Beatriz y yo os deseamos que tengáis un feliz alumbramiento —dijo el tesorero, tratando de ser de nuevo el centro de la conversación—. ¡Ah!, y mi sobrina también. ¿Os acordáis de ella, alteza?

La joven desvió la mirada al suelo en cuanto notó el calor de los ojos de la reina.

—¡Cómo no! —respondió Isabel—, esa belleza no pasa desapercibida —esperó a que la muchacha levantara la cabeza para preguntarle—. ¿Es cierto lo que se comenta, que estáis en conversaciones con el maestre de Calatrava?

Beatriz se ruborizó y esperó a ver si sus tíos respondían por ella, pero no lo hicieron, por lo que se vio obligada a contestar.

—Nos hemos visto alguna que otra vez, mi señora.

—Pues no es eso lo que parece. El maestre ha marchado al combate con una prenda atada a su lanza, y todos saben de quién es.

—Don Rodrigo es un caballero muy galante.

—Es un maestre de una orden religiosa. Tendrá que pedir dispensa papal para contraer matrimonio, y nuestro placet también.

La joven, ya entrada en conversación, se liberó un poco de su timidez.

—Soy vuestra más humilde servidora. Vos decidiréis lo que me conviene.

La reina se sintió satisfecha con la respuesta y desvió la atención de la sobrina a la tía.

—Beatriz, vuestra sobrina ya es casi una mujer, ¿no le gustaría pasar una temporada aquí, en la corte, a mi servicio? Tenemos que renovar a alguna de mis dueñas, que se están haciendo muy mayores.

—Sería el máximo honor que podríais dispensarnos, alteza —intervino de nuevo Cabrera.

—¿No era el de un marquesado? —repreguntó la reina, burlona.

El tesorero carraspeó y pensó por un momento en que estaría mejor callado.

—Una cosa no quita la otra, alteza —salió al quite su esposa—. Y todo en su momento. En este, mi sobrina estará a vuestra disposición desde hoy mismo.

La reina sonrió, complacida. Su vieja amiga Beatriz sabía estar en su papel, no como el bocazas de su marido. Miró a la sobrina.

—Decidme, joven Beatriz, ¿Queréis entrar a mi servicio?

La muchacha no pudo ocultar su emoción.

—Me hacéis un gran honor. Estaría encantada de serviros.

—Eres casi un ángel —dijo, aprobando de nuevo la respuesta—. Tu tía te dará las instrucciones pertinentes, y mañana te unirás a mis dueñas en el real servicio.

—Así se hará— sentenció la tía.

—Don Andrés y doña Beatriz —la reina volvió su atención a los mayores—, venid esta noche a cenar con nos y con nuestro esposo.

—Ahí estaremos —dijo el tesorero.

La reina extendió la mano dando por terminada la audiencia, y sus tres vasallos se la besaron. En ese momento, la reina hizo un gesto de dolor y se llevó las manos al vientre. Tras unos instantes agónicos, se dirigió a sus acompañantes.

—Creo que ha llegado el momento. Don Andrés, llamad al mayordomo para que avise a las parteras.

El tesorero salió raudo del salón. Beatriz se acercó a la reina y le tomó la mano.

—Tened ánimo, Isabel. Ya habéis pasado por este trance en tres ocasiones.

En el ámbito de intimidad la reina permitía a su amiga que la llamara por su nombre.

—Gracias, Beatriz. Siempre me conforta vuestra presencia. —Y en voz más baja, le habló al oído—. Instruid bien a vuestra sobrina sobre lo que debe hacer, y sobre todo, de lo que no debe hacer.

Doña Beatriz miró a los ojos de la reina, y vio en ellos una muda advertencia.

—Así lo haré, alteza.

Bentaiga, Gran Canaria, 7 de julio de 1482, una semana después.

El sábor se había convocado en las estribaciones de la montaña sagrada, como en otras ocasiones solemnes. El momento elegido, por la mañana temprano, obedecía a la prevención de que el sol veraniego calentase demasiado aquella cumbre del centro de la isla de Gran Canaria. El viejo faysag Chambeneder se había visto obligado a emplazar a los notables de la isla ante las presiones del guaire Tasarte y de otros guerreros de la facción belicosa. Dada la situación de guerra, no se congregaron los doscientos miembros de cada reino, sino una representación de los mismos.

Al frente de los de Telde apareció Maninidra, que acudió con varios guaires del este de la isla. Los de Gáldar se presentaron casi todos, quedando en mayoría.

A la sombra del enorme roque, el faysag esperó a que los congregados se sentaran y comenzaran a guardar silencio. Cuando el rumor se apagó, se levantó y tomó la palabra.

—Hermanos, os he llamado para tratar un asunto de la máxima importancia —el silencio fue ahora total—. Todos sabéis que Tenesor fue capturado hace algunos días por los castellanos, y que ha sido enviado a la tierra de los invasores, al otro lado del mar.

Decenas de gestos de asentimiento ratificaron al faysag en que todos sabían de qué estaba hablando. Chambeneder prosiguió:

—En otra reunión como esta habíamos acordado unificar el mando de la guerra en Tenesor. Y ahora que no está con nosotros es preciso determinar qué hacer.

—¿Puedo hablar? —preguntó Tasarte en tono agresivo.

—No he terminado —refutó el faysag, malhumorado—. Hablarás cuando yo acabe.

Tasarte miró de arriba abajo al sacerdote, casi como calculando el tiempo de vida que le quedaba al anciano, pero se mantuvo en silencio.

—Es evidente que tenemos que tomar una decisión. A falta de un líder, hay que elegir otro, o bien plantearnos que cada uno haga la guerra por su cuenta.

—¿Puedo hablar ahora? —insistió Tasarte.

Chambeneder se rindió ante la persistencia del guaire.

—Habla, ya he terminado.

Tasarte se levantó y esperó a que Chambeneder se sentara. Lo que hizo con esfuerzo, como cualquier movimiento que hacía, para regocijo interno del primero.

—Tenesor nos ha hecho un favor —dijo en voz alta, haciéndose oír—, que es quitarse de en medio. Con él como jefe supremo de la guerra, y lo digo con todo el respeto que siento por él y por su familia, todo ha sido un desastre.

Tasarte se detuvo un instante, sopesando el impacto que sus primeras palabras provocaron en el auditorio. Mitad aprobando y mitad en silencio. Tenía que seguir en su empeño:

—La realidad es que conforme pasa el tiempo, cada vez somos menos y nuestros enemigos son más. No hay mes en que no venga un barco lleno de guerreros. Y a nosotros, no hay mes en que no caigamos prisioneros diez, veinte o cincuenta de nuestros hombres. ¡Esto tiene que acabar!

Ahora notó mayor apoyo a sus palabras. Calculó unos siete hombres de cada diez. Se envalentonó:

—Tenemos que elegir, no un nuevo guadnarteme de Gáldar, ni tampoco un nuevo jefe militar supremo, sino un rey de toda la isla.

Tras esas palabras, la expectación creada era tal que no hubo murmullos.

—Y ese rey, por supuesto, tiene que ser de estirpe real.

La frase tranquilizó a muchos que pensaban que Tasarte se iba a proponer él mismo para el cargo. El guaire, aprovechando el momento de atención conseguido, terminó su discurso.

—Y ese rey no puede ser otro que Bentejuí, hijo de Bentagoyhe, el guadnarteme de Telde, que tiene el deber y el honor de casarse con una princesa de Gáldar, cuya sangre real le provendrá la legitimidad. De esta manera unificaremos dos reinos que nunca debieron separarse.

La idea sonó bien a los oídos de los asistentes, que prorrumpieron en palmas y silbidos. Tasarte se vio dueño de la situación.

—Yo propongo que Bentejuí, hijo del reino de Telde, case con Arminda Masequera, hija del reino de Gáldar, y hagamos un frente común al enemigo extranjero.

La mayoría de los presentes aclamaron la propuesta con gritos de apoyo. Pocos se dieron cuenta de que el frente común ya existía. El faysag Chambeneder se levantó y todos callaron.

—Arminda Masequera no es núbil todavía. Ese matrimonio no puede celebrarse. Es demasiado joven. Tendrá que ser con otra princesa.

Un murmullo de sorpresa recorrió la estancia. El silencio volvió en

poco tiempo.

—¿Quién puede ser? —preguntó Tasarte.

—Solo hay una candidata: Tenoya, la hija de Tenesor. Es mayor que Arminda y ya se ha desarrollado como mujer.

Tasarte sintió que le daban una pésima noticia, pero no se lo pensó dos veces. Tenesor estaba fuera de la isla y no podría influenciar a su hija.

—Pues que sea Tenoya —dijo el guaire.

Tasarte resolvió enfrentarse a la única resistencia que preveía:

—¿Qué opinas tú, Maninidra? ¿Qué decís los hermanos de Telde?

El guaire teldense se había mantenido quieto, sin unirse al alboroto de los demás. Se levantó lentamente, con solemnidad, y se irguió por completo para que todos le pudieran ver, y contestó:

—Tasarte, lo que propones es un sueño en un mundo de pesadilla. Tal vez, si nuestros antepasados hubieran resuelto lo que tú propones, los cristianos no estarían hoy día hollando nuestras tierras costeras como si fueran suyas. —Maninidra tomó aliento antes de continuar:— Los de Telde estamos de acuerdo con tus palabras, en lo que unir los reinos se refiere, y te apoyaremos. Pero ni Bentejuí ni Tenoya han cumplido la mayoría de edad. ¿No estaríamos colocando como jefe a alguien inexperto? Tasarte, hay que ver la realidad. Son demasiado jóvenes.

El guaire de la comarca de Artebirgo no se sintió ofendido. Había conseguido el reconocimiento de su propuesta por parte de los de Telde, aunque fuera con alguna duda. Calibraba la posibilidad de encontrarse con un rechazo total, y no había sido así. Era todo un triunfo.

—La figura de Bentejuí como guadnarteme supremo, en unión de su futura esposa Tenoya, será una realidad que nos unirá más, pero también tendremos que aportar todos y cada uno de nosotros nuestra experiencia y nuestra fuerza. Formaremos un consejo de guerra los guaires de toda la isla. Si yo fuera Pedro de Vera empezaría a temblar.

Los silbidos y muestras ruidosas de aprobación se multiplicaron, para júbilo del guaire.

Maninidra, que se mantenía en pie, se decidió a intervenir.

—Los de Telde estaremos de acuerdo mientras no seas tú quien mande en ese consejo.

Tasarte miró al guaire teldense y mantuvo el envite.

—No habrá nadie que mande por sí solo, pero sí un representante, un portavoz. Y ese serás tú, Maninidra.

La propuesta sorprendió gratamente a los representantes de Telde. Los de Gáldar no lo vieron mal, el mandatario teldense era una persona respetada a fuerza de méritos indiscutibles.

Solo Chambeneder, el viejo faysag, entendió que tras las palabras

de Tasarte se ocultaban otras intenciones. Bentejuí sería un muñeco en sus manos y, quisieran o no los habitantes de la isla, una orden del guadnarteme supremo sería obedecida al instante.

Sin rechistar. Incluso por el propio Maninidra.

Córdoba, 14 de julio de 1482, una semana después.

La reina Isabel se encontraba en el salón de recepciones, el más fresco del alcázar, justo al lado de la capilla donde había rezado una hora antes. La soberana, ya recuperada del parto de su hijita María, mataba el tiempo tejiendo con sus dueñas, entretenida en conversaciones ligeras, esperando noticias de la guerra sin quitar el ojo de la cuna donde dormía la criatura.

—Me han contado que la ceremonia fúnebre del arzobispo Carrillo fue muy solemne, aunque con muy poca asistencia de gente importante —comentó una de ellas,

La reina la miró con curiosidad.

—Fue un hombre notable, el más poderoso del reino en su momento. Y, aunque nos puso las cosas difíciles al comienzo de este nuestro reinado, está perdonado. Sus maquinaciones contra nos no serán obstáculo para que alcance la gloria. Y en lo de la asistencia al entierro, todo el mundo sabe que estamos ocupados con esta guerra.

—Si es por lo que cuentan, el arzobispo se pasará un tiempo en el purgatorio —dijo otra.

La mirada de la monarca fue esta vez severa.

—Doña Inés, ya sabéis que no nos gustan las habladurías. Don Alonso era un hombre de iglesia, y estará donde lo decida nuestro señor Jesucristo.

—Amén —corearon las asistentas.

—Ayer estuve algo indispuesta y no pude acompañaros —dijo una tercera—. ¿Qué se sabe de la guerra?

El ejército real, dirigido por todos los grandes caballeros del reino y del propio rey Fernando, había partido días antes hacia la ciudad musulmana de Loja. Llegados a ella, habían levantado el real y los primeros encuentros no se habían hecho esperar. Todos los días llegaba un mensajero a Córdoba con las novedades de la campaña, y aquel mediodía no fue una excepción.

—Ha llegado un mensajero —anunció el mayordomo Chacón al entrar en la estancia, dejando paso a un soldado que todavía llevaba encima el polvo del camino.

Doña Isabel notó que el recién llegado, que fue rápidamente conducido al aposento de la reina, llegaba cariacontecido.

—Buen día tengáis, alteza —saludó el mensajero, que traía las nuevas memorizadas.

—¿Se ha tomado Loja ya? —preguntó la reina sin preámbulos.

—Las cosas no están yendo exactamente como se esperaba, alteza —respondió algo inseguro el correo.

—¿Qué ha pasado?

—Parte de nuestra hueste ha sido víctima de una celada de los moros en la cuesta de Santo Almohacén, encomendada al maestre de Calatrava y a los marqueses de Cádiz y de Villena. El real está dispuesto en tan grandes cuestas, con tal apartamiento las unas cuestas a las otras, que no podían prestamente ayudarse unos a otros. Ayer, los moros salieron de la ciudad y, ante el ataque de los nuestros, comenzaron a huir. Salimos a perseguirlos, momento que aprovechó otro grupo de moros para atacar las tiendas que habían quedado desprotegidas. Descubierto el engaño, las tropas castellanas volvieron a defender el real, trabándose un combate que duró toda la tarde.

—¿Y cómo se resolvió?

—Los moros viendo que no podían doblegar la fuerza de los cristianos, se retrajeron a la ciudad.

—Entonces, podemos considerarlo una victoria.

—Ha habido que contar una desgracia. En la pelea, el maestre de Calatrava recibió dos saetadas. La peor le entró por debajo del brazo, por la escotadura de la coraza. Una gran mala suerte. Hubiera caído del caballo si no fuera por Pedro de La Gasca, caballero de Ávila que iba a su lado, que lo abrazó hacia sí y lo llevó de vuelta a su aposento. Pero la herida era tan grave que murió al poco.

—¿Ha muerto el maestre? —la reina, a pesar de las admoniciones de los físicos, que, como recién parida, le habían aconsejado que no se alterase, no pudo evitar levantarse.

—Así es, alteza. Su muerte ha pesado mucho al rey y todos los que le conocíamos.

—No puede ser —la voz femenina que se escuchó no era la de la reina, sino de una de sus acompañantes. Los ojos se todas las mujeres se dirigieron hacia la joven que había hablado, la última en incorporarse al séquito personal de la monarca, Beatriz de Bobadilla. La muchacha estaba de pie, pálida.

—No puede ser —repitió, estrujándose las manos. Los ojos se le pusieron en blanco y las fuerzas le abandonaron, cayendo al suelo.

Varias manos amortiguaron la caída. Las dueñas se arremolinaron en torno a la joven, y entre todas la tumbaron en el diván que ocupaba instantes antes la reina.

—Mi pobre Beatriz —susurró la reina, conmoviéndose ante la

expresión de dolor de la doncella, a pesar de estar desmayada—. ¡Qué desgracia! Nadie nos podrá consolar de esta pérdida. Un caballero tan joven y con tan buenos deseos.

La reina sintió que las lágrimas le afloraban en los párpados, pero pudo contenerse. «Y ahora, ¿con quién te casamos?», se preguntó.

Córdoba, 20 de julio de 1482, una semana después.

—¡Don Michel de Moxica, contador de sus altezas en la conquista de la isla de Gran Canaria!

Tras el anuncio del portero real, un cortejo compuesto por cinco personas hizo su entrada en la sala principal del alcázar, donde los reyes estaban concediendo audiencias sentados en sus correspondientes tronos cubiertos por un dosel, uno al lado del otro. La sala estaba ocupada por grandes del reino, guardias, secretarios, consejeros reales y otros cortesanos, además del portero, que anunciaba y daba la entrada a quienes eran recibidos por los monarcas. Moxica iba delante, seguido por Juan Mayor, el intérprete. Inmediatamente detrás de ellos apareció Tenesor, vestido con su tamarco de piel. El canario superaba en altura a sus acompañantes, con una complexión bien dispuesta, barba negra y un rostro con mucha majestad. Tras él, dos soldados hacían de escolta y guardia del regio prisionero.

—¡Ah! ¡Moxica! —dijo la reina—, y traéis con vos al rey canario.

Los cinco avanzaron hasta un par de varas de distancia, justo el límite indicado por el portero, y se arrodillaron. Doña Isabel les hizo un gesto para que se pusieran en pie.

—Nos han informado que habéis creado una gran expectación en Sevilla y en todos los lugares por donde habéis pasado, donde era infinita la gente que acudía a ver a nuestro invitado.

—Así es, alteza, la voz se ha corrido rápidamente —contestó Moxica.

—¿Sabe hablar nuestra lengua el rey canario? —preguntó don Fernando.

—Todavía no, alteza, pero ha venido conmigo el lengua, Juan Mayor.

—A vuestro servicio —intervino el aludido.

—¿Juan Mayor?—preguntó la reina, escrutando al hombre joven que tenía delante—, ¿tenéis algo que ver con el mensajero del concejo de Lanzarote? ¿El que estuvo retenido contra su voluntad?

—Es mi padre, alteza —respondió el intérprete—. He vivido

cautivo de los canarios durante muchos años, y por eso conozco bien su lengua.

—Muy bien —la reina derivó su atención al guadnarteme que, firme la espalda y alta la mirada, permanecía más tranquilo de lo que la reina castellana esperaba. El canario tenía la instrucción de no mirar a los ojos a los reyes hasta que estos se dirigieran a él, pero se estaba saltando el protocolo. La monarca desvió la mirada del regio cautivo al contador real—. Decidme, maese Michel, ¿viene el caudillo canario a prestarnos obediencia?

—Así es, alteza —respondió el contador—. Y a pedir la paz para su pueblo.

—En cuanto dejen de luchar contra nuestra hueste, habrá paz —dijo el rey.

Tenesor dio varios pasos en dirección a los reyes, adelantando a Moxica y a Mayor, que no se esperaban el movimiento. Al punto, dos guardias se interpusieron en el camino del canario con sus lanzas en ristre. El guadnarteme se detuvo y se volvió a Mayor.

—Solo quiero besar sus pies y sus manos —le dijo en su idioma.

—El rey canario desea besar los pies y manos de sus altezas —tradujo al instante.

La reina entendió el lenguaje corporal de Tenesor, e hizo un ademán a sus soldados.

—Dejad que se acerque —ordenó.

El guadnarteme caminó con lentitud haciendo una reverencia, ante la mirada expectante y tensa de los allí reunidos, y volvió a arrodillarse frente a los tronos.

—Las manos —pidió en canario.

—Os pide las manos para besarlas —dijo Mayor en castellano.

La reina fue la primera que levantó el brazo. Tenesor se aproximó despacio y besó los anillos que se le exhibían. Se irguió y empezó a hablar. Mayor se acercó también a su lado y comenzó a traducirle.

—Altezas, acogedme a mí y a mi pueblo bajo vuestro amparo. Yo me siento orgulloso de ser vasallo de tan grandes y poderosos reyes, y quiero ser cristiano como vosotros lo sois.

El rey Fernando se levantó de su trono, dio a besar su mano y, tomándolo por los brazos, le hizo levantarse. A continuación, para sorpresa de unos y consternación de otros, lo abrazó como a un igual, sonriendo.

—Estamos felices de vuestras palabras, y Nos queremos ser vuestro padrino de bautismo. Recibiréis nuestro real nombre de Fernando, para que todos sepan al oírlo que tenéis el favor real —se dirigió a los cortesanos—: Vestidlo como merece la calidad de su persona.

Un murmullo se escuchó en la sala. El rey adoptaba una actitud conciliadora que no siempre utilizaba para con los caudillos vencidos.

La guerra no había terminado todavía, y ese detalle estaba en la mente de todos. Fernando se dirigió de nuevo al guadnarteme.

—Nos deseamos que volváis a vuestra isla de Canaria y ayudéis a nuestro gobernador Pedro de Vera a finalizar la guerra. ¿Lo haréis?

—Mi intención es terminar una lucha que pone en peligro la supervivencia de mi pueblo.

—Entonces, aunque no dominéis el castellano, hablamos el mismo idioma. A cambio, ¿qué podemos hacer por vos?

Cuando Mayor terminó la traducción, Tenesor respondió.

—Pido tres mercedes. La primera, la vida de mi pueblo y que se respete su modo de vivir.

La mirada de los castellanos fueron hacia el rey en cuanto Mayor tradujo la frase.

—Concedido, pero solo de los que nos sean leales desde que vos se lo pidáis. Los rebeldes no alcanzarán mi perdón. Es lo que hacemos con nuestros enemigos moros, y con los canarios no voy a hacer excepciones.

—La segunda es que mi esposa, Abenchara, está doliente en Sevilla. Pido que se traslade aquí para que vuestros médicos la traten correctamente.

—Concedido —intervino la reina—. Yo misma cuidaré de que reciba el mejor tratamiento.

—¿Y la tercera merced? —preguntó don Fernando.

—La tercera, para cuando la guerra acabe, es que me concedáis el término de Guayedra.

—¿Guayedra? No sé lo que es, pero parece que debe ser un lugar importante de vuestra isla. Mientras no sea excesivo lo que pedís, y así lo confirme el gobernador, os lo concedemos.

Moxica miró con extrañeza y curiosidad a Mayor.

—¿Ha pedido Guayedra? —le preguntó en voz baja—. Si es un barranco pequeño y sin valor.

—Pero es sagrado para él —respondió Mayor.

—Estos canarios están locos —dijo para sí—. Pues nada, así nos tocará lo mejor en los repartos a los demás.

Córdoba, 21 de julio de 1482, al día siguiente.

—¿Dónde está el rey? —preguntó la reina a su mayordomo.

—La última vez que lo vi, se dirigía a las caballerizas —respondió Chacón.

—Buscadlo y decidle que deseo hablarle.

El mayordomo hizo una reverencia y salió de la sala del alcázar donde la reina había echado una cabezadita. El calor intenso del exterior invitaba a todos los habitantes de Córdoba, fueran naturales o estuvieran de paso, a seguir las costumbres locales. Y una, indispensable a aquella hora, era hacer una siesta.

La reina se levantó, salió de la sala y recorrió el pasillo hasta llegar a la cámara que habitaban sus hijos. Los tupidos cortinajes evitaban que entrase el calor, pero daba a la estancia una sensación de clausura. Su hija Isabel, la mayor, estaba despierta y leyendo un libro. A sus doce años, era una estudiante modélica. Su gusto por la lectura, heredado de ella, la hacía feliz. Los otros dos niños, los pequeños Juan y Juana, de cuatro y tres años de edad, seguían dormidos, y la pequeña María era amamantada por un ama de cría. Se acercó a la mujer.

—¿Qué tal come? —le preguntó.

La criadora se azoró al recibir una pregunta directa de la soberana como ocurría con la mayoría de las personas a su servicio.

—Hoy está mamando bien, alteza —respondió.

—Nos place, que los primeros días fueron un desastre. Cuidad de que quede bien satisfecha.

—Me esmeraré por completo, alteza.

La reina, viendo que todo estaba en orden, le preguntó a Isabel.

—¿Has visto a tu padre?

La jovencita dejó de leer para contestarle.

—Lo vi hace un rato en el pasillo oeste.

La reina frunció el ceño. El pasillo oeste desembocaba en las cámaras donde estaban aposentadas sus asistentas, todas ellas señoras de alcurnia. No era un lugar por donde soliera deambular el rey.

Doña Isabel salió de la habitación y se dirigió al pasillo oeste. En aquella zona del alcázar no había guardas, que se limitaban a

controlar el acceso en las puertas de la planta baja. En cuanto llegó, se detuvo ante la primera puerta. La abrió y se asomó al interior. Dentro, doña Mencía de la Torre y doña Teresa Enríquez jugaban a los naipes, actitud poco edificante que interrumpieron de inmediato en cuanto vieron a la reina. Las dos se levantaron.

—Alteza —dijeron al unísono sin levantar la vista.

—Estoy buscando a don Fernando. ¿Lo habéis visto?

Isabel notó que sus dos servidoras tardaban más de lo normal en contestar, como si dudaran. Al fin, una de ellas habló.

—No, alteza, no lo hemos visto.

El tono falso y un leve temblor en la voz hizo que la reina recelara de la veracidad de la afirmación, pero no dijo nada. No podía decir nada: era la reina.

Doña Isabel salió de nuevo al pasillo y se dirigió a la segunda puerta, pero escuchó un rumor de voces en la siguiente y se dirigió a ella. La abrió y accedió a una cámara más pequeña y oscura. Las cortinas estaban completamente corridas y la poca luz que había provenía de una bujía que flotaba en un cuenco de aceite. El corazón le dio un vuelo cuando descubrió la silueta de un hombre sentado en un lado de la cama que ocupaba gran parte del espacio de la habitación. Isabel se percató de que su presencia no había sido notada, por lo que se acercó con sigilo. El hombre era su esposo el rey, que había tomado la mano de una de sus damas, la joven Beatriz de Bobadilla, que se hallaba acostada, apoyada la espalda en grandes almohadones.

—Don Fernando —se anunció, para sobresalto y desconcierto de ambos—, veo que tenéis interés en consolar a una de mis dueñas.

El rey soltó la mano de la muchacha de inmediato y se puso en pie. No era mucho más alto que la reina, pero al menos estaría en igualdad de condiciones.

—Me han comentado que doña Beatriz sufrió un síncope —dijo Fernando—, y he venido a transmitirle en persona las últimas palabras del maestre de Calatrava.

—Hay mensajeros en esta corte —respondió con frialdad.

—Conocemos a esta jovencita desde hace muchos años. ¿Os acordáis, Isabel? En Valladolid, hace más de una década.

—Me acuerdo perfectamente.

—Entonces, cuando me contaron lo que había ocurrido, ¿cómo no iba a venir a verla en persona? Hay que tener en cuenta su desgracia, que es la de todos.

La reina, desconfiada, miró a Beatriz, que todavía no se había recuperado de su debilidad física, y esta mantuvo la mirada baja, sin atreverse a hablar.

—¿Habéis terminado ya? —preguntó la reina a su esposo.

—Lo que tenía que decirle ya se lo he dicho. Ya me iba.

—Pues hacedlo, y esperadme en el salón de recepciones, que tengo que hablar con vos.

El rey se giró hacia la muchacha, le dirigió un leve saludo con la cabeza, y salió de la habitación con paso cadencioso. La reina esperó a que su esposo estuviera fuera para volverse hacia la muchacha.

—¿Cuáles fueron las últimas palabras del maestre? —le preguntó.

La joven seguía decaída, aunque la situación la había puesto nerviosa. Tomó fuerzas y respondió a la reina.

—Me ha dicho que los últimos pensamientos del maestre, antes de morir, fueron para mí y, finalmente, para nuestra Señora la virgen María, a quien se encomendó. El mensaje era que esperaba encontrarse conmigo en el otro mundo, pero que tratara de ser feliz mientras viviera en este.

—Un recado precioso —dijo entre dientes—. Digno del maestre. Pues en eso nos vamos a poner todos.

La muchacha no entendió la frase de la reina.

—¿En qué, alteza?

—En que seas feliz. Me voy a ocupar personalmente.

Y sin decir nada más salió con el mismo paso cadencioso que su esposo. Lo tenían entrenado.

Córdoba, 4 de agosto de 1482, diez días después.

—¿Cómo está vuestra sobrina, Beatriz?

Durante el paseo que solía dar por los jardines del alcázar tras el amanecer y antes de desayunar, cuando todavía se estaba a la fresca, la reina Isabel aprovechó un momento en que las señoras de la corte se quedaron algo rezagadas. La única que le mantenía el paso, cuando la reina apretaba el ritmo, era doña Beatriz de Bobadilla.

—Mucho mejor, alteza. Aunque la veo muy desganada. Le hace falta algún estímulo. Ahora que duerme conmigo, conforme a vuestras órdenes, la veo día y noche, y sé lo que me digo.

—Vuestra sobrina se recuperará, estoy… —la reina se obligó a rectificar, el plural mayestático le costaba con personas de confianza—, estamos seguros de ello. No hay mal que cien años dure.

Doña Beatriz suspiró, solo deseaba que su sobrina saliera lo antes posible de su estado de postración anímica.

—Tal vez convenga que no esté en la corte, que haga un viaje, que conozca gente nueva.

—Sí —respondió la reina, pensativa—, algo tiene que hacer.

Las mujeres llegaron a una de las esquinas del patio morisco, donde el mayordomo Chacón las esperaba a la sombra. El día prometía calor, como los anteriores.

—Alteza, hoy es viernes —dijo el cortesano cuando la reina llegó a su altura—. Los consejeros reales han llegado para dictar las sentencias de los pleitos y causas pendientes.

La reina siguió hacia el interior del alcázar, obligando a su hombre de confianza a caminar a su paso.

—Sabemos en qué día vivimos, don Gonzalo. ¿Ya están todos?

—Sí, alteza.

—Desayunaremos algo ligero y nos reuniremos con ellos.

La reina, doña Beatriz y el resto de la comitiva se cobijaron del sol tras los muros de la fortaleza y entraron en las estancias destinadas a la vida palaciega. Doña Isabel ya tenía preparado un desayuno de fruta fresca: tenía que hacer desaparecer el exceso de peso causado por el reciente embarazo y provocar de paso que su esposo se fijase más en sus faldas que en otras ajenas. Cuando terminó, se trasladó al

salón de embajadores, donde siempre se reunía con los miembros del Consejo Real.

—Buenos días, alteza —saludaron los consejeros, de pie, a la entrada de la reina. Aquella mañana se encontraban en la sala el secretario Diego Sánchez y los consejeros Rodrigo, Quintanilla, Andreas y Camañas.

—Buen día tengáis, señores —la reina se sentó en uno de los tronos, el otro estaba vacío. El rey don Fernando había vuelto a marchar contra los moros de Loja después del desastre de la primera entrada, en que los castellanos tuvieron que levantar el sitio de la ciudad a los cinco días de llegar. La nueva expedición, preparada a conciencia, no cometería los mismos fallos que la primera. Por ello, ese día le tocaba a la reina despachar sola los asuntos. Doña Isabel se sentó y lo mismo hicieron sus consejeros, frente a ella, en sillas de madera. Solo el secretario disponía de un escritorio para tomar nota de las decisiones.

—¿Con qué empezamos? —preguntó la soberana.

El secretario, como era costumbre, exponía con brevedad el caso y luego los pareceres de los consejeros con la consecuente sentencia. Los reyes tomaban la última decisión.

—El caso de Fernán Peraza, de La Gomera, una de las islas de Canaria, por la muerte de Juan Rejón, capitán de la reina, que andaba en la conquista de la isla de La Palma.

—¡Ah! ¡Sí!, nos acordamos del asunto —interrumpió la reina—. Otro problema creado por esa familia sevillana de los Peraza. ¡Hay qué ver las contrariedades que nos han provocado últimamente!

El secretario se mantuvo en vilo hasta que la reina terminó su comentario.

—¿Sigo? —preguntó, inseguro.

—Saltaos la relación de hechos, don Diego —respondió la reina—. Es imposible habernos olvidado del caso. No sabéis la cantidad de religiosos que nos han importunado intercediendo por ese joven Peraza. Desde luego que esa familia tiene el apoyo de todos los curas del Andalucía.

—Entonces, iré directo al parecer de los miembros del Consejo —continuó Sánchez.

El consejero Camañas se levantó en ese momento y le robó la palabra al secretario.

—Debo advertiros que la decisión que os vamos a proponer no es unánime. De cinco consejeros, tres han votado de una manera, y otros dos, de otra. Hay dudas en torno a la culpabilidad del reo. Muchos indicios apuntan a que la muerte de Rejón fue accidental, o al menos, no buscada ex profeso por sus autores.

—¿Cuál es la decisión, Camañas? —inquirió doña Isabel, yendo al

grano.

—La de que es responsable por los actos de sus vasallos, alteza. Un homicidio culposo, sin dolo. Es decir, sin desearlo.

—Llevo tantos juicios que ya sabemos lo que es dolo, Camañas. Si el dictamen de mis jueces es que es culpable, lo ratificamos. En cuanto a la pena, como tenemos la prerrogativa real, la dictaremos nos misma.

Los consejeros no se extrañaron demasiado del anuncio. De vez en cuando, eran los reyes los que decidían el tipo de castigo a imponer. Los consejeros no se detenían a cuestionarse los motivos.

—Decidme, alteza —dijo el secretario con la pluma entintada, lista para la escritura.

—En casos como este, de muerte de enviado real, lo usual es la pena capital. Pero como en este asunto ha habido dudas legítimas, suspendemos la aplicación de esa pena con una condición: al igual que se ha hecho con los homicidas intervinientes en la conquista de la Gran Canaria, el reo se salvará de la pena si sirve en la dicha conquista a su costa durante un año, por sí mismo y acompañado por todos los implicados en la muerte de nuestro capitán.

El secretario puso por escrito lo más rápido que pudo la plática de la reina. Cuando acabó, la miró, esperando por si había más. La expresión de doña Isabel era de meditación profunda, que cambió a una sonrisa maliciosa.

—También tendrá que servirnos casándose con una de las dueñas de mi corte.

La frase sorprendió a todos los presentes.

—¿Cómo habéis dicho, alteza? —preguntó Sánchez.

—Lo que habéis oído. La elegida es doña Beatriz de Bobadilla, la sobrina, por supuesto. Que conste y se le notifique al reo, advirtiéndole que no cabe apelación posible.

—Así se hará —dijo el secretario, encogiéndose de hombros—. La sentencia quedará pendiente del refrendo de su alteza don Fernando.

La reina miró a Sánchez con intensidad, dando a entender que lo que iba a decir no admitía objeción alguna.

—Ya hablaré yo con el rey —dijo, sin utilizar el plural mayestático para enfatizar el yo. Que quedara claro que quien mandaba allí era ella—. Olvidad el refrendo.

—Sí, mi señora.

—Siguiente asunto.

La reina comenzó a oír el relato del nuevo caso, pero no escuchaba. En su mente recordaba una y otra vez una frase que le dijo una vez una de sus criadas, Isabel, la canaria: «Los lugares más lejanos de vuestros reinos son las isla de Fierro y de La Gomera. Si difícil es ir, lo es aún más volver».

Córdoba, 29 de septiembre de 1482, ocho semanas después.

—Ha llegado el día de vuestra partida, Beatriz. ¿Ya os habéis despedido de vuestros padres?

Las dos beatrices de Bobadilla habían coincidido a la salida del alcázar, donde esperaba el nuevo y flamante esposo, Fernán Peraza, que todavía se pellizcaba a escondidas por la buena suerte que había tenido al recibir una sentencia tan leve y una esposa tan bella, aunque hubieran mediado las bolsas de monedas de oro de las que se desprendieron sus padres. «Bien está lo que bien acaba», se decía una y otra vez.

Al contrario que Fernán Peraza, la joven Beatriz recibió la noticia de su salida forzosa de la corte como esposa de un desconocido como si fuera una sentencia de muerte. «A muerte en vida me ha condenado su alteza, y por nada», se decía una y otra vez. Tuvo que ser su tía quien la convenciera de que la resolución de la reina no era tan mala. Que se desposaba con un noble con señorío sobre tierras, y más que tierras, sobre islas y, además, con casa en Sevilla. Era verdad que las islas de Canaria estaban lejos de Castilla, pero también lo estaban la Galicia o las Vascongadas, y el clima era mucho mejor. Su tía esgrimió su última razón: los celos de la reina iban a propiciar muchas decisiones como la suya, y estando Beatriz en la corte no se podía prever qué podía intentar el rey. A fin de cuentas, era el rey, y ¿quién se atrevería a desafiarlo a solas? Ni ella misma, su tía, sabría cómo respondería en una situación así si le tocaba vivirla.

Por todo lo cual, la salida honrosa de la corte no era un desenlace malo. La reina podría haberle escogido un esposo que fuera mejor partido, pero era el que estaba allí, en el momento apropiado, y ¿quién se atreve a discutir las decisiones de una reina enojada? Ni siquiera su tía, que mantenía una amistad íntima con doña Isabel de casi veinte años atrás, se atrevería a hacerlo.

Y ahora, la sobrina, dignamente casada y acompañada de su esposo y de la madre doña Inés Peraza, la señora de las islas que había acudido presurosa desde Sevilla a la boda, partirían juntos hacia su destino.

—Sí, tía, acabo de hacerlo. Han prometido venir a verme cuando puedan.

«Mucha promesa era esa», pensó doña Beatriz, «Las islas de Canaria están perdidas al borde de donde se acaba el mundo», pero no dijo nada al respecto.

—Estoy segura de terminarás siendo feliz. Fernán es un guapo mozo, valeroso y arrojado. Y con dineros, así que no te faltará de nada.

—Dios os oiga, Se va mi cuerpo, pero mi corazón se queda aquí.

—No digas tonterías, niña, que a tu marido le hará falta tu cuerpo y tu corazón. ¡Hala! ¡En marcha pues! ¡Tened buen viaje y escribe de vez en cuando!

—Así lo haré.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo y trataron de sobrellevar la congoja interior que les embargaba. La tía hizo un esfuerzo y se separó de su sobrina, que dio media vuelta y se encontró con la mirada sonriente de Fernán —últimamente siempre estaba sonriente, como un bobalicón—, que tomó la mano de su esposa y se encaminó al carruaje que les esperaba. Una guardia de honor a caballo escoltaría a la comitiva hasta que saliera de la ciudad. La reina se había despedido un par de días atrás, por lo que no se esperaba su presencia en aquel momento.

Doña Beatriz, junto a los padres de su sobrina, contempló los preparativos y el arranque del cortejo hasta se perdió de vista camino de las puertas de la ciudad. Como el calor apretaba, los cortesanos se dirigieron a la sombra de los gruesos muros de la fortaleza.

—¡Ay, Beatriz! —dijo Leonor Álvarez de Toro, la madre de la joven— ¡Qué injusto es el mundo!

—Ya hemos hablado del asunto en varias ocasiones. Los hombres ofrecen sus servicios a la reina de una manera, con armas en la mano o con dineros en la bolsa, y las mujeres lo tenemos que hacer de otra. No le deis más vueltas: es un servicio a la reina, y muy honroso. Y no hay más que hablar.

Doña Beatriz no supo si hablaba la mujer o la servidora de la reina, pero de nada servía mortificarse. Cansada de la tristeza que emitían los padres, se separó de ellos y entró en el alcázar. Subió las escaleras hasta el primer piso y se detuvo al escuchar un sonido inusual: el llanto de un bebé. La señora se santiguó y sonrió. Ya había nacido, ¡por fin!. Aceleró el paso hasta las cámaras del lado oeste y se encontró esperando en el pasillo a don Juan de Frías, el alcaide del alcázar de Córdoba, a quien no había que confundir con el obispo de Canaria, del mismo nombre.

—¡Dadme nuevas, don Juan! —le pidió.

—¡Es una niña! ¡La reina de Canaria ha parido una niña en perfecto

estado!

—¡Dios sea loado! ¡Qué alegría! Después de tantas tribulaciones, tantos días pendientes de su salud, todo ha terminado bien.

—Y yo no daba un maravedí por ella. Con ese embarazo tan complicado que ha tenido, me la entregaron a principios de este mes doliente a la muerte, y gracias a la intervención del maestro judío que me mandasteis contratar ha salido adelante.

—Maese Abraham ben Maimón es un físico como hay pocos. Para un caso tan grave como este no me hubiera atrevido a ponerla en manos de un médico castellano.

—Y caro ha salido —dijo el alcalde—, entre las medicinas, purgas y siropes, más el maestro, se han gastados seiscientos cincuenta maravedíes.

—El dinero está bien empleado, y la del maestro cirujano fue una excelente elección.

—Es una pena que no sean cristianos estos médicos judíos. Su falta de integración les jugará una mala pasada tarde o temprano.

—No pensemos en eso, don Juan, por lo pronto hay que pagar a la partera, que son seis reales.

—O sea, ciento ochenta y dos maravedíes.

—Y después tenéis que comprar seis varas de frisa blanca y pardilla para mantillas; otras seis varas de lienzo para sabanillas y camisitas, y dos varas de frisa verde para un manto para la niña.

—Pero, ¡si hace mucho calor!

—Hay que adelantarse a los acontecimientos, don Juan. No seáis cicatero, que a fin de cuentas, el dinero es de sus altezas.

—Sí, pero tengo que dar buena cuenta de él.

—Dejaos de excusas y partid presto a hacer las compras. Yo voy a felicitar a la madre.

Doña Beatriz dejó a un lado al alcaide y entró en la cámara. La mujer canaria descansaba en una cama con su hija al lado. Junto a ella, se encontraba la fiel Isabel, la criada real oriunda de aquellas islas que le servía de intérprete, aunque cada vez menos. La reina canaria aprendía el castellano con cierta rapidez.

—Que Dios traiga felicidad a esta niña —le dijo. Isabel tradujo la frase de inmediato. La cansada madre sonrió antes de contestar.

—Muchas gracias os sean dadas, doña Beatriz.

La frase, con ligero acento, sonó en perfecto castellano.

—Es una niña preciosa —sentenció doña Beatriz tras acercarse a examinar a la recién nacida— ¿Qué nombre le pondréis? Uno castellano, por supuesto.

La canaria se sintió cohibida, tenía un nombre en mente, pero era indígena canario.

—Todavía no lo he pensado.

—Pues no podemos esperar mucho ¿Qué tal Catalina, como mi abuela? ¡Que sea Catalina, y no se hable más!

Puerto de Santa María, 1 de octubre de 1482, dos días después.

—Pardiez que me cuesta llamaros don Fernando, Tenesor, pero tendré que acostumbrarme —dijo Moxica al ver de nuevo al jefe canario, que acababa de subir a bordo de la carabela Buenaventura, en la que iban a emprender el viaje a Gran Canaria—. ¡Hay que ver lo que somos capaces de hacer los vasallos del rey castellano, y los propios reyes, para acabar con la guerra en vuestra isla!

Tenesor todavía extrañaba las ropas europeas, pero tenía claro que su nombre cristiano, el del mismísimo rey, y el don por delante, eran la mejor de sus armas en aquellos momentos. Decían mucho de la estima en que se le tenía en las altas esferas del reino. El guadnarteme todavía no dominaba el idioma castellano, pero ya iba entendiendo muchas palabras.

—Sí —respondió—. Don Fernando Guadnarteme,

Moxica no supo discernir si la frase era una repetición pronta de quien no conoce una lengua o llevaba implícito un desafío.

—Aprende rápido —dijo Juan Mayor, el traductor, que subió al barco tras el canario—. Así que tened cuidado con lo que decís.

—Diré lo que me plazca, como siempre.

—Como siempre de fanfarrón, como buen vasco —respondió Mayor con buen humor. Las semanas de convivencia habían forjado una buena amistad.

—Así es, y ahora que vienen con nosotros mis primos, más todavía.

Mayor se rio.

—¿Los doscientos ballesteros vascos que vienen con nosotros son todos vuestros primos?

—Pues claro, todos somos familia en las tierras vascongadas.

—Creo que el único primo es Juan de Civerio, el que ha venido capitaneándolos.

—Ese es primo carnal, Juan. El resto son primos más o menos lejanos. Lo mejor de las montañas de mi tierra, acostumbrados a trepar altas cumbres, como los malditos canarios.

—Benditos canarios —dijo el guadnarteme, recordando una frase aprendida días atrás.

Moxica lo miró con asombro y algo de recelo.

—Eso, benditos canarios —repitió con una sonrisa de complicidad—, que ya no se puede decir nada en voz alta.

—¿Hay alguna nueva de la gente de Canaria? —preguntó Mayor.

—Esperando están por nosotros. El gobernador Vera está apostando por esta carta marcada que es don Fernando. Cree a pies juntillas que sus palabras provocarán la rendición de su gente.

—Sinceramente, es posible que convenza a algunos de los suyos, sobre todo la gente de Gáldar, que lo conoce más. Pero no a todos, de eso estoy seguro. La facción de Tasarte y la gente del oeste y sur de la isla no estarán por la paz. Creen que seremos incapaces de llegar hasta sus dominios, más allá de las montañas.

—El hecho es que hoy día, tras casi cuatro años y medio de guerra, no hemos podido asentarnos en esas zonas. Esa es la realidad. Pero si don Fernando, aquí presente, es capaz de reducir a la mitad de los rebeldes, habremos ganado mucho.

—Y no solo se trata de que se rindan. Sus altezas esperan que colaboren con nosotros, y de eso hablaron con Tenesor. Imaginad, aunque no luchen directamente contra sus hermanos, que nos indiquen lugares de paso entre barrancos que no conocemos. Imaginad que los llevamos con nosotros y que por ello, los alzados contra su rey no se atrevan a lanzarnos sus dardos y piedras.

—Tenéis razón, Juan. Pero yo no me fiaría del todo de este hombre, por mucho don que se le haya puesto delante del nombre.

—Su esposa y su hija recién nacida quedan en Castilla, más como invitadas que como rehenes. Y don Fernando necesita la presencia de ambas en la isla, no olvidéis que se pasan el trono por vía materna, para asegurar su legitimidad como guadnarteme.

Moxica se atusó el bigote antes de contestar, pensando en lo que iba a decir.

—Si es que va a servir de algo ser guadnarteme cuando acabe la conquista —dijo en un tono más bajo, para que el canario no lo escuchara.

—Desde luego que las cosas cambiarán. No podrá continuar con ese poder político que hasta ahora tenía, pero su prestigio y liderazgo moral seguirán contando. Tendrá el estado de un rey rendido, pero protegido.

—Ya veremos, amigo Mayor. Ya veremos. Que una cosa es lo que decidan sus altezas en la corte y otra muy distinta cómo se desarrollen los acontecimientos sobre el terreno.

—Le comunicaré yo mismo al gobernador los acuerdos tomados con sus altezas, para que no haya dudas.

—No me refiero a eso, Juan. Cuando esta guerra acabe, habrá que sacar de la isla a los rebeldes que se nos hayan enfrentado. Y,

pensadlo bien, ¿cuántos de los combatientes se quedarán a vivir en la isla? No es precisamente un vergel donde mane leche y miel. El terreno es áspero y pedregoso; promete mucho, pero también exigirá un duro trabajo para sacarle rendimiento. ¿Creéis que los soldados destacados en la isla se convertirán en labriegos de la noche a la mañana?

—Habrá que repoblar, como se ha hecho en todas partes en Castilla.

—La repoblación lleva tiempo, lo sabéis. ¿El gobernador y sus altezas van a permitir que los canarios sean mayoría cuando termine la guerra? Va a haber una deportación en masa, maese Juan. No lo dudéis. Ya ha pasado muchas veces en la historia de Castilla. Es lo que hacemos los castellanos con el enemigo vencido. Y, ¿cómo reaccionará don Fernando Tenesor cuando se dé cuenta de nuestras intenciones?

Puerto del Arrecife, costa de Lanzarote, 16 de octubre de 1482, quince días después.

—Fernán, ¿no os quedaréis ni un solo día más conmigo?

Una primera barca había llegado proveniente de la playa y se había llevado de vuelta a doña Inés Peraza y parte de su equipaje. Beatriz decidió bajar de la carabela en el segundo viaje.

—Querida esposa, ya sabéis que tengo órdenes reales de no detenerme en ningún lugar hasta llegar a Agaete con los gomeros que intervinieron en la muerte del capitán Rejón.

—Lo sé, lo sé —admitió la joven, resignándose—. Es que estoy algo asustada. Todo es nuevo para mí. Y es que os vais a la guerra, entended que no es motivo de alegría para mi persona.

—Veo que os voy importando poco a poco, y eso me halaga.

—Sois mi esposo, y os debo respeto y toda mi consideración. Ya debo velar por vos.

—Espero que ese respeto y consideración se trueque pronto en amor verdadero, Beatriz. Yo, por mi parte, ya os amo.

—Habláis de amor, pero me dejáis sola en esta isla.

—Más sola estaríais en La Gomera. Al menos, en Lanzarote está mi familia y mis criados. Creo que habéis hecho buenas migas con mi madre durante el viaje.

—No tenía otra persona con quién hablar sino con ella y con vos. La marinería y la servidumbre no creo que me puedan ofrecer temas interesantes de conversación. Vuestra madre es un poco mandona, pero es su deber. Tiene muchas responsabilidades que afrontar.

—Estoy seguro de que os llevaréis bien con ella. Por lo pronto, descansad del viaje y esperadme, que no tardaré en volver.

—Me han dicho que la guerra de Canaria pasa ya de cuatro años, y que no se le ve fin. Espero que no tarde otros tantos.

—En cuanto desembarque con mis gomeros, le daremos un empujón a la conquista. Y lo haré para volver con vos cuanto antes.

—¿Cuántos hombres vais a llevar a esa isla?

—Los que estuvieron implicados en la desgraciada muerte de Rejón y sus familiares directos, que aquí no se va a la guerra sin la familia. Unos ochenta.

—¿Ochenta nada más? ¿Y con ese número de hombres pretendéis terminar la guerra tan rápido?

—Son gente muy experimentada en avanzar por las agrestes cordilleras de estas islas. La Gomera y Gran Canaria se parecen mucho en sus barrancos y cuestas. Serán muy valiosos, os lo digo de antemano.

—Me veo mustia y vieja esperándoos año tras año.

Fernán sonrió ante lo que le parecía una exageración teatral.

—En seis meses, a lo más, estaré de vuelta. No desesperéis. Tengo una sentencia real sobre mi cabeza y debo expiar mi culpa sirviendo a su alteza. Si me quedara un solo día aquí con vos la noticia llegaría a Castilla en un abrir y cerrar de ojos. Ya sabéis que este es un país de chismosos.

—También me han dicho que en Canaria hay gente que no os quiere. Que Rejón tenía seguidores y que no olvidan los desencuentros que tuvisteis con él.

—Rejón no mereció morir como lo hizo, pero eso no quita que fuera en realidad un provocador pendenciero. Los roces que tuve con él provinieron de su altivez y su desprecio por nuestra gente. Pero no temáis, espero que muy pronto ese pasado quede olvidado.

—El cuñado de Rejón, el alférez Sotomayor, es la mano derecha de Vera, tened cuidado.

—Y por eso no voy destinado al real de Las Palmas, sino al fuerte de Agaete. Con su alcaide, Alonso de Lugo, no tengo cuita alguna.

—¿Alonso de Lugo es el alcaide? —Beatriz preguntó sorprendida—. Lo conocí en Sevilla, hace años, y era apenas un soldado bisoño. ¡Hay qué ver cómo ha progresado!

—La guerra hace experto y fuerte al más débil neófito. Aunque yo sea mayor en edad, gobierno y experiencia en la guerra de estas islas, tendré que ponerme a sus órdenes.

—Procurad ser paciente con todo, Fernán. Evitad vuestros prontos de mal genio, que vuestra fama os antecede.

—Seré el más fiel servidor del gobernador y de sus caballeros. Mi único afán es volver cuanto antes con vos, pero quiero volver victorioso.

—Volved entero, con eso me conformo.

—Eso haré, os lo prometo. En esta misma carabela pasaré por La Gomera, recogeré a mis hombres y pasado mañana estaremos en Agaete. Cuidad vos de mi madre.

Esta vez fue Beatriz la que sonrió.

—¿Cuidar yo de vuestra madre? Ella es la que nos cuida a todos, y le sobran energías para mucho más. Andad con tiento y saludad al capitán Lugo de mi parte. Pediré por vos y por todos los castellanos a nuestra Señora santa María.

—Rezad mucho, que no hace mal a nadie y puede servirnos en el combate. Hasta pronto, Beatriz.

La muchacha trató de evitar cruzar la mirada con su esposo. Estaba a punto de llorar.

—Que sea pronto, Fernán. Que sea pronto.

Gáldar, 19 de octubre de 1482, tres días después.

Un silencio inquietante dominaba la colina donde se levantaban las casas de la población de Gáldar. A Lorenzo le pareció un pueblo fantasma, y en cierta manera lo era: todos sus habitantes se habían marchado al interior de la isla. El mercader seguía a duras penas los ágiles pasos de Naira, que subía la cuesta con pasmosa facilidad.

—¿En verdad no hay nadie en todo el pueblo? —preguntó el joven con cierta dificultad debido al esfuerzo.

—Todos se han ido, corazón puro —respondió la canaria sin perder el ritmo—. ¿Quién puede vivir en un lugar con el riesgo continuo de ser asaltado?

Lorenzo comprendió las razones de que aquella pequeña ciudad indígena, con más de cuatrocientas casonas, estuviera desierta. No contestó a la pregunta, sentía que la respuesta era dolorosa para Naira. Pero era cierto, los continuos ataques de los hombres de Alonso de Lugo desde el fuerte de Agaete habían despoblado la zona. Las tornas habían cambiado: de una defensa a ultranza de los defensores de la torre frente a unos enfurecidos canarios tras el apresamiento de Tenesor, se había pasado a una contraofensiva por parte de Lugo, que había desolado las comarcas anexas. Gáldar estaba a unas pocas leguas de Agaete y fue el objeto de los ataques del sanluqueño y de sus hombres. Ahora, que se esperaba un refuerzo de unos cien hombres del homiciano Fernán Peraza, que debía cumplir la pena de combatir por los reyes a cambio del perdón de su delito de homicidio, las salidas del capitán se harían mucho más frecuentes y devastadoras. Si, tal como le había avisado el gobernador Vera, con Peraza llegaban combatientes gomeros, mejor se pondría la situación, ya que la destreza en la lucha en las montañas de los isleños de Peraza ayudaría en mucho la falta de agilidad de los castellanos y de sus caballos en las cumbres. Todo parecía ponerse de cara para los europeos.

Los canarios se habían refugiado en el áspero y casi inaccesible interior de la isla. A falta de la presencia de Tenesor, su sucesor designado, el joven menor de edad Bentejuí era una marioneta en las manos de su mentor, el guaire Tasarte, favorable al choque violento con los europeos. Varios meses habían pasado sin un encuentro bélico

entre los dos bandos a una escala a considerar. Toda la beligerancia se había limitado a pequeñas escaramuzas que no decidían nada. Igual ocurría en la parte noreste de Gran Canaria, donde el gobernador Vera no hacía ningún progreso significativo. Los dos pueblos contendientes se daban un respiro, como esperando la batalla final, que no llegaba nunca.

—¿A dónde me llevas, Naira?

—Ya te lo dije: a un lugar sagrado.

Lorenzo comenzaba a resoplar y bajó el ritmo del ascenso. La canaria se detuvo a esperarlo.

—¿Y queda muy lejos? —dijo el genovés en cuanto llegó a su altura.

—Ya estamos —Naira señaló la entrada de lo que parecía una casa canaria de mayor tamaño que las demás. Sin dudarlo, se introdujo a través del hueco de la puerta.

Lorenzo entró tras ella con cierta precaución. Pasó de la luz de un esplendoroso día a una oscura penumbra, y sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a las sombras. Sin embargo, no todo era oscuridad. Al fondo, tras una estera que colgaba del techo, se adivinaba una lumbre encendida.

—¿No decías que no quedaba nadie aquí? —preguntó Lorenzo en voz baja.

—Todos se han ido, pero una persona ha vuelto. Se lo he pedido yo.

Lorenzo se detuvo antes de que Naira apartase la división entre los ambientes de aquella casa grande. Miró a la mujer que amaba y le dijo con los ojos que la seguía porque confiaba en ella.

—No temas, no corres peligro, ya te lo he dicho —recalcó la muchacha.

Naira apartó la estera y ambos entraron en una cueva amplia excavada en la roca. A la luz de un par de bujías, las paredes aparecían adornadas con dibujos geométricos multicolores de una belleza única y desconcertante.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Lorenzo, completamente asombrado.

—Es nuestro santuario, la cueva pintada.

El mercader distinguió una figura sentada en el suelo, casi enmascarada en las tinieblas de un rincón. Era una mujer, sin duda, que permanecía en silencio.

—¿Quién es? —volvió a preguntar el joven.

—Es Ayacata, la superiora de las harimaguadas. Son nuestras mujeres santas, intercesoras ante nuestro dios Acorán. Son también las protectoras de este almogaren, de este santuario.

Lorenzo asintió con respeto.

—Hemos llegado, madre —dijo Naira a la mujer, que se quitó la tela que cubría su cabeza, dejando ver unos cabellos canos y una piel arrugada.

—Sed bienvenidos —respondió la anciana, con voz cansada—. Tú también, corazón puro, y sentaos.

—Gracias, señora —contestó Lorenzo en lengua indígena. La mujer no se inmutó al escuchar a un europeo desconocido hablar su idioma. Posiblemente Naira la habría advertido.

Una vez sentados enfrente de la sacerdotisa, Naira se dirigió a ella.

—Madre, sabes que amo a corazón puro y él me ama también. Me gustaría conocer qué nos depara el futuro.

La mujer se mantenía con la mirada fija en las pequeñas llamas que oscilaban sobre un cuenco de sebo líquido.

—Naira, a veces no conviene saber qué nos depara Acorán —respondió.

La frase dejó inquietos a los dos jóvenes, pero la harimaguada hizo un ademán con el brazo, señal de que iba a proseguir.

—Nuestro pueblo no podrá seguir mucho tiempo con su lucha. Tenesor volverá muy pronto y la guerra terminará, pero no como nos gustaría a nosotros. Muchos se irán, unos cuantos volverán, y la vida continuará, pero muy distinta a como la conocemos. Acorán, con otro nombre, seguirá siendo nuestro Dios, pero revestido de extrañas ceremonias, y mi tiempo como harimaguada terminará para siempre.

Lorenzo sintió que la mujer hablaba completamente convencida de lo que decía, como si realmente pudiera adivinar el futuro.

—¿Y nosotros? —preguntó de nuevo la joven canaria—. ¿Podremos vivir juntos?

La mujer calló durante un rato largo, meditando la respuesta.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —preguntó, al fin.

—Sí, madre. Queremos saberlo.

Lorenzo asintió, dando por bueno el uso del plural por parte de la muchacha.

—Un gran peligro se cernirá sobre vosotros cuando la guerra esté a punto de terminar. Si lográis hacerle frente y vencerlo, tendréis una vida dichosa y larga. Y vuestros hijos vivirán mil años.

—¿Qué peligro? —preguntó Lorenzo.

—Hasta ahí puedo contaros. Ni yo misma lo veo con claridad, pero sé que estará presente. Sed valientes, decididos, y confiad el uno en el otro. Solo así lo superaréis y podréis vivir en paz hasta que la vejez pueda con vosotros.

—¿Mil años vivirán nuestros hijos? —inquirió Naira—. ¿Qué prodigio es ese?

La mujer esbozó una ligera sonrisa y miró con ternura a la joven.

—Vuestra sangre vivirá en vuestros hijos y en los hijos de vuestros

hijos. Y digo mil años porque hasta esa cifra sé contar. Y no preguntes más.

Puerto de Las Isletas, 25 de octubre de 1482, una semana después.

Una extraña calma en el mar acompañó a la llegada de la carabela de Moxica. Apenas un ligero reflujo en la orilla indicaba que la marea comenzaba a bajar cuando el tercer esquife proveniente del navío se acercaba al ritmo de una buena boga de los marineros.

Michel de Moxica había saltado al tierra en la primera barca y se encontró con que el gobernador Vera, el alférez Jáimez y sus más fieles capitanes le esperaban con los pies casi en el agua. El recibimiento fue caluroso y el contador real explicó los pormenores de su misión en la corte.

—Os voy a ser sincero, maese Michel —dijo Vera—, me alegro de veros, pero más me complace ver desembarcar a los doscientos vizcaínos que habéis traído con vos.

—Ya me extrañaba este buen recibimiento —bromeó el vasco—. Son buena gente, dura como el hierro y acostumbrada a subir y bajar montañas. Les encantará el interior de la isla.

—Eso espero y eso deseo, que mis hombres pierden el color cuando les propongo hacer entradas en las cumbres.

—No podréis seguir su paso, ya veréis.

Vera sonrió ante el envite.

—Quiero verlo, no tengáis la menor duda.

—Por ahí vienen Mayor y don Fernando Guadnarteme —dijo Moxica, señalando un bote que se acercaba—. A Mayor sus altezas lo han nombrado alguacil mayor vitalicio.

—¿Tan joven? Estaban dadivosos nuestros reyes. Pues un puesto menos que me toca designar —respondió el gobernador, que levantó la vista y distinguió al guadnarteme en la barca que estaba a punto de llegar. Vestía ropas europeas de buena factura, regalo sin duda de los monarcas, dedujo Vera.

—Traéis al rey canario bien engalanado —dijo Vera—. Entonces, es cierto lo del tratamiento del don. Me habían llegado rumores.

—El mismísimo rey don Fernando hizo de padrino de bautismo y lo abrazó delante de todos —añadió Moxica.

—Eso es bueno a medias —advirtió el gobernador—. Todo irá bien

si no se le suben los humos. ¿Y prometió ayudar a ganar la isla para Castilla?

—Lo juró solemnemente. En verdad creo que estaba completamente apabullado por el esplendor de la corte.

—El viaje tenía ese objetivo, maese Michel, que se diera cuenta que toda resistencia es inútil a largo plazo.

—Pues lo habéis conseguido. Viene predispuesto a que la guerra termine cuanto antes.

—Bien, quiero oírlo de su boca —concluyó el gobernador.

El tercer bote llegó a la playa de arena y uno de los marineros saltó a la orilla para asegurarlo en el fondo. Poco después, los pasajeros comenzaron a bajar al terreno seco. Tenesor lo hizo el tercero y Vera se le acercó.

—Buenos días, don Fernando —le dijo en tono amigable—. Me alegro de veros.

—Buen día —respondió en castellano el guadnarteme, algo receloso de la bienvenida que le hacía quien meses antes lo había enviado a Castilla preso.

—Tengo entendido que habéis sido bautizado y que tenéis el favor real. Sois ya uno de los nuestros.

Tenesor entendió la frase, pero le faltaban palabras para contestarla en el idioma de Vera. Vio que estaba a su lado Juan Mayor, que acababa de saltar de la barca, y contestó en lengua canaria.

—Si te refieres a que somos ambos cristianos, es cierto que lo soy. Pero no te confundas, yo no soy castellano sino canario, y solo colaboraré contigo para salvar a mi pueblo, conforme a lo que me comprometí con sus altezas. Pero se ha derramado mucha sangre para que podamos hablar de ser amigos.

Mayor tradujo las frases de Tenesor, que no terminaron de agradar a Vera.

—Acepto lo que decís —replicó el gobernador, que disimuló su contrariedad—. No es cuestión que me preocupe ahora, el tiempo siempre lima asperezas. En lo de colaborar, espero vuestra pronta dedicación al empeño.

Mayor tradujo en sentido inverso, y luego la respuesta del canario.

—Hoy mismo me dirigiré al interior de la isla para hablar con mis hermanos.

La respuesta hizo sonreír al gobernador.

—Descansad hoy en mi propia casa y partid mañana temprano. Por un día más que pase no se acabará el mundo —Vera se dirigió a Mayor—. Y vos también, maese Juan, reposad el resto del día, que acompañaréis a don Fernando.

—¿No te fías de mí? —preguntó Tenesor en cuanto entendió a Vera.

—No es cuestión de fiarse —replicó el gobernador—. No necesitáis vos a Mayor, sino yo. Alguien tiene que traerme la noticia de la rendición de los vuestros. Lo entendéis, ¿verdad?

Artenara, 26 de octubre de 1482, al día siguiente.

Ayacata, la superiora de las harimaguadas, levantó un brazo y el centenar de canarios congregados junto a la cima del cerro que dominaba los caserones y las cuevas del poblado de Artenara guardaron silencio. El sol dominaba la bóveda celeste y ofrecía a los reunidos el calor de un verano que se resistía a marcharse. Detrás de ellos se desplegaba el inmenso valle de agrestes montañas del que sobresalía en toda su majestad el sagrado roque de Bentaiga.

—La ceremonia de matrimonio va a comenzar —proclamó en voz alta.

Un murmullo surgió del grupo que esperaba la aparición de los novios. Varios bucios sonaron al unísono para anunciar el enlace y acallaron el resto de sonidos.

El novio, vestido con un tamarco de piel adornado con multitud de motivos geométricos, salió de una de las casas cueva acompañado del guaire Tasarte y caminó con paso solemne la cuesta hasta la cresta escoltado por varios guerreros del guairato de Artebirgo. El muchacho, Bentejuí, había sido bien instruido del carácter extraordinario del rito que se iba a celebrar y permanecía serio y concentrado. Los esponsales con la princesa Tenoya conllevaban su acceso a la jefatura de los dos reinos de la isla. Iba a convertirse en Guadnarteme único al casarse con una princesa de sangre real. La ceremonia tenía unas connotaciones políticas evidentes. La ausencia prolongada de Tenesor había provocado que el puesto se considerara vacante, y ahora iba a ser ocupado por el joven Bentejuí. Eso sí, dirigido de cerca por el guaire Tasarte y por Guanariragua, el faysag de Telde, de donde era originario el muchacho. La comitiva, seguida por centenares de ojos curiosos llegó por fin a la altura de la harimaguada y se dispusieron a esperar.

Otro toque de caracolas indicó la salida de otra cueva de la guayarmina Tenoya, acompañada en esta ocasión por Chambeneder, el faysag de Gáldar, que la llevaba de la mano. La joven iba vestida con un conjunto de pieles blancas sin dibujos, símbolo de la mayor pureza. Los hombres y mujeres asistentes casi aguantaron la respiración de la emoción de ver a su reina adolescente dirigiéndose al

lugar de la boda.

Todo resultaba extraordinario. Los novios eran excesivamente jóvenes para contraer matrimonio, la unión no se podría consumar físicamente hasta bastante tiempo después, pero las circunstancias políticas mandaban. La isla necesitaba una jefatura unificada para hacer frente a unos castellanos cada vez más audaces y temerarios. Todos sabían en su fuero interno que el desenlace de la guerra estaba cerca, y más de uno era pesimista al respecto. La boda de Bentejuí con Tenoya era un paso casi desesperado para lograr la unión entre los canarios para enfrentarse al invasor, un pacto cuya fuerza se comprobaría en los siguientes meses.

Tenoya llegó a la cima y se colocó enfrente de su prometido. La harimaguada se mantuvo en el centro y Tasarte y Chambeneder a cada lado, representando la fuerza de las armas y el culto divino, respectivamente.

Ayacata tomó las manos que le ofrecían los contrayentes y derramó puñados de sal en sus palmas.

—Tomad la sal de la vida —dijo en tono litúrgico.

A continuación una sacerdotisa ayudante le acercó un recipiente de cerámica decorada con triángulos que contenía gofio, leche y miel, y se lo entregó a Bentejuí.

—Daos de comer mutuamente como símbolo de unión —ordenó.

El novio tomó un pedazo de la masa y se lo acercó a la boca de Tenoya que se lo introdujo en la boca. De inmediato ella hizo lo mismo con él.

La harimaguada levantó un brazo, señal de que la parte más importante de la ceremonia se había perfeccionado.

—Que el bien sea lo que os mueva en la vida. Sed amables y tolerantes el uno con el otro y que vuestra descendencia sea eterna y nos guíe por la senda del honor y la virtud para que venzamos a todos nuestros enemigos.

—¡Así sea! —dijeron los novios.

—¡Así sea! —exclamó la multitud.

Bentejuí dio un paso adelante, llevando de la mano a Tenoya, y alzó un brazo, exigiendo hablar. El silencio volvió a aquel lugar.

—Hermanos canarios, como nuevo guadnarteme, os ofrezco mi total entrega en esta lucha contra los invasores que dura ya demasiados años. Que Acorán nos ilumine en su sabiduría para lograr la victoria final que termine con la guerra y con nuestro sufrimiento.

El joven hizo una pausa. Estaba tratando de recordar el resto de la arenga que había memorizado. Las últimas palabras le llegaron de inmediato.

—Mientras sea menor de edad, la capitanía de nuestros guerreros recaerá en mi fiel Tasarte. Un hombre experimentado, fuerte y tenaz

al que todos conocéis. Obedecedle a él como si fuera yo quien os comandara. Estoy seguro de que su determinación nos llevará al triunfo final en estos momentos difíciles que vivimos.

El guaire Maninidra, representante de los de Telde, vio menoscaba su posición en un instante, y en cuanto Bentejuí profirió la última frase, se dijo en voz baja, de modo que nadie lo escuchara:

—Nos llevará al triunfo, o al desastre total.

Puerto de Las Nieves, costa de Agaete, 27 de octubre de 1482, al día siguiente.

—¿Es necesario que desembarquemos de noche, don Fernán?

—Toda precaución es poca, Jonay —respondió Peraza, que se había acomodado en la proa del bote que bogaba hacia la orilla de la playa de arena negra y piedras. El viento hacía días que apenas hacía acto de presencia y, por su causa, el viaje desde La Gomera se demoró mucho más de lo previsto. La noche era tranquila y los centinelas de la costa ya estaban prevenidos de la llegada de la nao. Un comité de recepción les esperaba en la cuesta donde terminaba el mar y comenzaba la isla.

Varias antorchas delataban a los hombres armados que había dispuesto el alcaide de la torre, el capitán Alonso de Lugo, para evitar cualquier sorpresa. Los canarios estaban retraídos en las montañas, pero nunca se sabía.

Peraza fue el segundo en saltar a la arena y vio venir a su encuentro al capitán que había rechazado en Lanzarote años antes. El lanzaroteño se adelantó en la presentación, tratando de ser amigable. Al menos, sabía que Lugo no era de los seguidores de Rejón, conocía la historia de su defensa de Algaba, que estuvo a punto de costarle la vida. «El enemigo de mi enemigo puede ser mi amigo», pensó.

—Me conocéis, soy Fernán Peraza, señor de la isla de La Gomera en nombre de mi madre, y vengo con una comisión de sus altezas para ayudar en la conquista de esta isla de la Gran Canaria. Soy vuestro humilde servidor. Espero que no me guardéis rencor.

Alonso de Lugo, a la luz bailante del hachón de tea, se mostró tranquilo.

—Los tiempos han cambiado, don Fernán, y las noticias os anteceden. Vuestra llegada, avisada por el gobernador, era esperada desde hace días. Y no os guardo rencor, estad tranquilo.

—Gracias, capitán. No hemos podido llegar antes debido a las calmas.

—Dicen que traéis refuerzos con vos.

—Los mejores ochenta guerreros de La Gomera. Suben los riscos como nosotros una escalera de palacio. Todos, salvo yo, originarios de

esa isla, que bien sabéis que se parece a esta como ninguna otra.

—Eso dicen, aunque yo no puedo afirmarlo. No he puesto el pie en ella.

—Cuando esta guerra acabe, estaréis invitado. A mi esposa y a mí nos gustaría hospedaros una temporada. Es un lugar de una belleza extraordinaria.

—No lo toméis a mal, don Fernán, pero todo el mundo está de acuerdo en que habéis salido demasiado bien librado del asunto de la muerte del capitán Rejón. Una sentencia de servir en la conquista y una bella esposa como castigo.

—Sinceramente, señor capitán, todavía no me lo creo, pero la realidad es esa, y tengo que asumirla. No puedo quejarme, la verdad.

—Tendréis que dejar desatendida a vuestra esposa lo que dure esta contienda, que espero que no tarde mucho en terminar. Ya va para cinco años que llevamos de enfrentamientos.

—Mis hombres y yo estamos a vuestras órdenes.

—Vuestros gomeros nos vienen bien para hacer avanzadillas en las cumbres de los canarios. Hay que encontrar buenos pasos para llegar al centro de la isla, donde los naturales tienen sus santuarios, y para volver seguros en caso necesario.

—Aquí estamos, y aquí nos quedaremos lo que sea menester.

—Sed bienvenidos pues. Tendréis que acomodaros junto a las tapias del recinto de la torre, no cabemos todos dentro.

—Nos apañaremos. Tengo entendido que los canarios hace meses que no se aventuran hasta aquí.

—Cierto es, pero si algo he aprendido en esta guerra, es a no fiarme de los canarios. Se han ganado mi respeto: en varias ocasiones estuvieron a punto de acabar con nosotros en esta torre.

—Dicen que sois muy devoto del arcángel san Miguel y de la virgen de las Nieves, y que ambos os protegen.

—Sin duda se debe a su intercesión divina que sigamos vivos los destacados en esta parte solitaria de la isla. Y sí, es cierto que son mi divisa en la batalla. Si algún día progreso en mi vida militar, me acordaré de ellos para poner nombres a los territorios que gane para Castilla.

—Con tan buenos padrinos, seguro que lo lograréis.

Peraza se sintió tranquilo con el recibimiento de Lugo. Mucho más que si hubiera desembarcado en el real de Las Palmas, donde los deudos de Rejón se contaban a puñados, empezando por el alférez Jáimez de Sotomayor.

—Don Alonso —prosiguió—, si me lo permitís, mañana mismo escribiré al gobernador dándole cuenta de mi llegada y explicándole los motivos de venir aquí sin pasar por el real.

—Podéis escribir lo que deseéis, aunque os aviso que don Pedro de

Vera está al tanto de todo eso, y os agradece la diplomacia de vuestros actos. —El capitán observaba cómo la mayoría de los gomeros ya habían desembarcado—. Mi escudero, Miguel de Clavijo, os indicará el lugar de vuestro asentamiento. Es tarde ya, nosotros hemos cenado, pero si necesitáis algo, me lo decís.

—No os preocupéis, que estamos servidos.

—Mañana hablaremos de las entradas que tengo previstas en territorio de canarios. ¿Se os ofrece alguna cosa más?

—Solo daros el saludo de mi esposa. Me comentó que os había conocido en Sevilla.

Lugo tardó unos segundos en responder. Desde luego que se acordaba de aquella hermosa muchacha rubia de increíbles ojos verdes.

—Devolvédselo cuando la veáis. Hay que ver los giros que nos depara el destino. Ella me dijo una vez que estaba segura de que nunca vendría a estas islas.

—¿Quién sabe lo que nos reserva el mañana, don Alonso?

—Y menos nosotros, inmersos en esta guerra. Vivamos el momento, don Fernán, que nadie conoce el futuro, salvo Dios nuestro señor, cuyos designios son imposibles de adivinar.

Alonso de Lugo se imaginó por un momento un mundo en que Peraza desapareciera y en el que doña Beatriz de Bobadilla le pidiera ayuda, de modo que él se la pudiera ofrecer, y tal vez conquistarla de esa manera. Pero el pensamiento fue fugaz y se fue tal como vino. Se dijo a sí mismo que había que dejarse de fantasías y estar a lo que se debía estar, que era la guerra que se traían entre manos.

Y nada más.

Gáldar, 27 de octubre de 1482, mismo día.

—Has vuelto, mi rey —dijo Naira cuando la comitiva de castellanos llegó a las inmediaciones del valle de Gáldar. La joven se había dirigido desde Agaete al encuentro del guadnarteme con varios de sus súbditos galdenses más fieles.

—Aquí estoy de nuevo, donde debo estar —respondió Tenesor, que llegaba a lomos de una mula.

—Es difícil reconocerte con esas ropas que llevas.

—Soy yo, podéis tocarme.

Tenesor bajó de su montura y se dejó abrazar por la muchacha y sus cuatro acompañantes. Cuando comprobaron su identidad, los hombres gritaron de dolor y rompieron a llorar.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el más viejo— ¿Qué ha sido de nuestro guadnarteme, que vuelve hecho un castellano más?

—¡Ay, hijos míos! Fui prisionero de los castellanos y presto lo seréis vosotros si seguís empeñados en resistir a toda costa. Los invasores son poderosos e incansables, y os lo digo porque he visto con mis propios ojos a sus guadnartemes, más brillantes que el sol y la luna, adorados por unos pueblos inmensos y rodeados de más grandeza y autoridad de la que os podéis imaginar.

Los canarios se miraron, espantados. No se esperaban que de la boca de Tenesor surgieran esas palabras.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Naira.

—Desengáñate, hija mía. Nuestra isla no podrá resistir a las fuerzas de esta innumerable nación. Los reyes de los castellanos nos prometen entera libertad en caso de que queramos ser pueblo suyo. Y yo, como vuestro guadnarteme, humillado a sus pies, les he ofrecido vuestra fidelidad y vasallaje.

El canario que había preguntado antes, tras mirar inquieto y confuso a sus acompañantes, volvió a interpelar a Tenesor.

—Muchas cosas han pasado desde que te fuiste. En tu ausencia, se ha nombrado un nuevo guadnarteme en tu lugar. Bentejuí, hijo de Bentagoyhe, es el designado. Y su poder se ha visto fortalecido por su casamiento con tu hija, la princesa Tenoya. La isla vuelve a tener un solo rey sobre todos los canarios.

La noticia impactó en Tenesor como un golpe inesperado.

—¿Con Tenoya? Arminda Masequera es la heredera.

—Pero es demasiado joven. Para poder legitimar a Bentejuí, era necesario que fuera Tenoya, que es mayor.

—Bentejuí y Tenoya son muy jóvenes —repuso Tenesor—. No tienen ninguna experiencia.

—Para ayudarles están los faysages y Tasarte, que es el jefe militar supremo.

—Tasarte, el más extremista, se ha hecho con el poder. ¿Y nadie se le ha resistido? —comentó con triste fatalidad.

—Vivimos tiempos difíciles, mi señor —dijo Naira—. Tu ausencia ha hecho desaparecer la moderación en nuestros jefes. Tasarte es quien manda ahora, incluso con la conformidad de Maninidra.

Tenesor miró a sus compatriotas con desazón, pero un nuevo brillo surgió en sus ojos.

—Todavía estamos a tiempo de evitar el desastre. Decidme dónde está Bentejuí. Si hablo con él, lo convenceré.

—El nuevo guadnarteme está en la montaña sagrada de Bentaiga, rodeado de muchos defensores —intervino de nuevo el canario—. Si quieres, te llevaremos ante él. Pero esa escolta de castellanos no podrá venir.

—No la necesito —respondió el guadnarteme—. Iré con vosotros tal como he llegado, desarmado.

—Yo también iré, en son de paz —dijo Mayor, que había descabalgado y se unió al grupo—. Tengo que informar al gobernador Vera de lo que se hable.

—De acuerdo, Juan Mayor, te conocemos bien y sabemos que no mientes, pero irás también desarmado.

El nuevo alguacil mayor de la isla se dirigió hacia su escolta para indicarles que no siguieran el camino. Naira se acercó a Tenesor.

—Mi señor, ¿has visto a mi padre? No tengo noticias de él desde hace mucho tiempo.

—Tu padre está bien. Vive retenido, no esclavizado, en un palacio de los faysages castellanos. Lo tratan con corrección y te envía su amor a ti y a toda tu familia.

—Gracias a Acorán. ¿Crees que lo dejarán volver algún día a su tierra?

—Para eso tenemos que acabar con esta guerra lo antes posible. Si quieres que tu padre pueda tener la posibilidad de regresar a esta isla, ayúdame a convencer a nuestros hermanos de que mi propuesta es la única viable.

—Guadnarteme, tienes que estar precavido. Nuestro pueblo ha cambiado, y mucho de lo que vas a ver no te va a gustar.

—Querida Naira, ya he visto la desolación del camino por el que he

llegado hasta aquí y tengo el corazón encogido. Nada de lo que veo me gusta, pero todavía puede ser mucho peor. Por eso insisto en convencer a nuestra gente para que me hagan caso. Es nuestra última oportunidad de sobrevivir.

—Te acompañaré como tu más fiel servidora, pero no todos actuarán así. Debes saberlo.

—Ya lo sé, y sigo convencido de lo que digo. Vayamos a Bentaiga, nuestro destino nos espera en ese lugar.

Real de Las Palmas, 28 de octubre de 1482, al día siguiente.

—Me extrañaba no veros por aquí, micer Lorenzo —dijo Pedro de Echevarría, el mercader vasco más activo del real. Las tiendas de los comerciantes eran un hervidero de gente entrando y saliendo de ellas.

—No pasan desapercibidos los más de doscientos ballesteros vascongados que han venido con el contador Moxica —respondió el genovés—. Más unos cuantos combatientes sin soldada que llegaron por su cuenta. Todos han traído monedas en sus faltriqueras, y es nuestro trabajo aligerarles el peso.

—Eso estamos haciendo desde hace días, por fortuna nuestra. Mis géneros son de lo más demandado.

—Os felicito, a mí no me va tan bien.

Echevarría miró de arriba abajo a Lorenzo y esbozó una sonrisa escéptica.

—Los Riberoles siempre igual, engañando a todo el mundo, incluso a los de la familia, como yo.

—Se me olvidaba que sois primo carnal —se burló—. La confianza en vos viene de lejos, de cuando aquel asuntillo con las lanchas repletas de jabón de mis padrinos que desaparecieron en el Guadalquivir.

—Nada sé de eso —respondió con fingida indignación—, y no hagáis caso de las lenguas viperinas de Sevilla, que hay muchas. Mi amistad con los Riberol, con los hermanos, tíos, sobrinos, padres, hijos, falsos sobrinos y demás, es intachable.

Lorenzo se rio. El granuja de Echevarría tenía gracia, eso era indiscutible.

—Seguid con vuestras ventas, maese Pedro, y dejad algunas migajas para los demás.

—¿Migajas? Migajas son las que me quedarán a mí si no espabilo. ¡Con Dios, micer Lorenzo! Hasta más ver.

Lorenzo se despidió del vasco y llegó a la tienda donde tenía sus mercancías. Sus criados estaban en plena faena, regateando con dos soldados de Azpeitia sobre la calidad del aceite que pretendían comprar. Los dejó a un lado y pasó a la parte trasera, donde una

cortina evitaba la mirada del público. Otro criado, Massimo, el más joven, estaba anotando las entradas y salidas en el libro de registros.

—¿Todo bien, Massimo? —preguntó al verlo tan afanado con la pluma sobre el papel. El muchacho levantó la vista y sonrió.

—Ya domino el debe y el haber, y, sobre todo, lo que hay.

Lorenzo apretó el hombro del joven y se dispuso a quitarse la capa.

—Hace un rato pasó por aquí el alférez y preguntó por vos —añadió Massimo. Lorenzo se volvió hacia él.

—¿Te dijo qué quería?

El chico se encogió de hombros.

—A mí nadie me dice nada, como comprenderéis. Como no estabais, se fue tal como vino.

Lorenzo, extrañado, salió de la tienda dirigiéndose a la casa del alférez, que estaba muy cerca de la del gobernador. Por todas partes se veían hombres con atavíos guerreros. Con la llegada de los refuerzos se notaba una tensión extraordinaria en el real. Según se decía, el gobernador Vera estaba esperando el resultado de la embajada de don Fernando Guadnarteme antes de embarcarse en otra entrada en el interior de la isla. Era crucial saber si el rey canario era capaz de atraer a sus paisanos, o a parte de ellos, a las paces con los castellanos.

No le costó mucho dar con el alférez. Estaba en la puerta de su casa departiendo con varios soldados recién llegados, que le exhibían un nuevo modelo de ballesta, más grande, pero ligera. La presencia de Lorenzo hizo que Jáimez de Sotomayor hiciera un paréntesis en la conversación y se llevara a Lorenzo aparte, dentro de la casa.

—Pasé antes por vuestra tienda y no os vi.

—Me lo han dicho, señor alférez. Por eso he venido.

—Quisiera comentaros algo que os atañe.

—Os escucho.

Jáimez miró a su alrededor. Comprobando que no había oídos indiscretos cerca antes de comenzar.

—Ayer tuvimos junta de capitanes, presidida por el gobernador.

Lorenzo asintió. Todo el mundo sabía que los jefes militares se reunían cada cierto tiempo para hablar de sus cosas. Jáimez prosiguió:

—Se trató el tema del destino de los canarios que no se unan a don Fernando Guadnarteme, que seguro que los habrá.

—Cierto. El tal Tasarte lleva meses soliviantando la voluntad de los canarios en contra de los castellanos. Don Fernando tiene una tarea ardua ante sí.

—Los canarios, para evitar la esclavitud, tendrán que estar bautizados.

La noticia llamó la atención de mercader.

—No es eso lo que han entendido ellos. Lo que se ha dicho es que a quienes se den de paces, se les permitirá seguir con sus costumbres.

—No sé lo que se rumorea por el real, pero con la iglesia hemos topado, amigo Lorenzo. Ese detalle no se va a poder discutir. Todos tendrán que bautizarse. Lo digo por lo que os toca.

Lorenzo sabía que todo el real era conocedor de su relación con Naira.

—Espero que eso no sea un problema.

—Más os vale, o mejor dicho, más le vale a la hija de Adargoma. Si no se convierte, ya hay una petición de que se le asigne como esclava.

Lorenzo dio un respingo de alarma.

—¿Una petición? ¿De quién?

—Del capitán Valdés. La quiere como su esclava. ¿Conocéis al dicho capitán?

Lorenzo asintió notando que nacía en su interior una ira creciente.

—Lo conozco.

—Pues guardaos de él, que no me gusta un pelo.

Roque de Bentaiga, 29 de octubre de 1482, al día siguiente.

No era fácil llegar a la caldera de Tejeda, en cuyo centro sobresalía el pitón majestuoso de la montaña sagrada de Bentaiga. Desde Gáldar, subiendo por los altos de Artenara, se tardaba en llegar jornada y media por unos senderos de subida con mil vueltas y revueltas, luego de bajada y, finalmente, de ascenso al roque.

Desde Artenara se podía contemplar la concentración de canarios desplazados en aquel lugar, hasta el punto de que parecían hormigas desde la distancia. La seguridad que ofrecían aquellas cumbres no la otorgaban otros lugares de la isla. Ningún conquistador castellano había sido capaz de llegar a aquel conjunto de cimas y valles que rodeaba el gigantesco monolito en el centro de la isla.

El pequeño grupo formado por Tenesor, Juan Mayor, Naira y otros cuatro guías arribó a las primeras casas y cuevas que se desperdigaban en torno a la base de la montaña. El guadnarteme contó más de diez pasos controlados por guerreros armados hasta los dientes, que ya estaban avisados y les dejaron pasar sin obstáculo. Notaba que su presencia creaba una mezcla de respeto y consternación, como si fuera un invitado no deseado en lo que hasta hacía muy poco era su casa.

Chambeneder, el viejo faysag de Gáldar, les esperaba al comienzo del camino de subida a lo más áspero de la inmensa roca de basalto.

—Tenesor, amigo mío —le dijo, abrazándolo, en cuanto llegaron a donde les aguardaba—. Sé que traes un mensaje que muchos no quieren escuchar aquí. Sé también que has cumplido la voluntad de Acorán de buena fe, pero el momento no es bueno. Tasarte ha convencido a nuestro pueblo que no hay otra salida que la guerra, y en esas estamos.

—Gracias, Chambeneder, ya he oído eso antes, pero es mi deber intentar evitar que mi pueblo sea destruido por los hombres del rey de Castilla.

—Bentejuí te recibirá más tarde. Ahora ha preparado una cueva para que repongas fuerzas y descanses. Y así aprovecho para que me cuentes tus aventuras.

—Estaré encantado. Para eso he vuelto, para daros el testimonio de

lo que he vivido en un lugar lejano y asombroso.

Tenesor y sus acompañantes siguieron al faysag, que los llevó a la base del roque donde, en una cueva, varias mujeres habían preparado comida para ellos. Los cuatro se sentaron, y al poco fueron llegando familiares y conocidos de Tenesor, que se unieron a la reunión. El guadnarteme les contó las experiencias vividas desde su apresamiento hasta el regreso, detallando la descripción de sus contactos personales con los reyes de Castilla.

—Ya os he relatado el gran poder que tienen los reyes de Castilla, y cómo han sujetado a otros reyes moros, y cómo han destruido por mar a los reyes de África.

El auditorio de Tenesor iba creciendo a medida que pasaba el tiempo. En la cueva y en su entorno se habían congregado más de cincuenta canarios.

—Pero a nosotros no nos han destruido todavía —replicó Chambeneder—. Es cierto que cada vez nos tienen más atosigados y que no podemos desplazarnos con seguridad por la costa, pero los castellanos no han cruzado nuestras cumbres. Ese poder de que hablas estará en su tierra, pero aquí no llega.

—Pero llegará, Chambeneder, no lo dudes. Los reyes de Castilla han estado ocupados en una guerra con sus vecinos portugueses, a quienes conocemos bien de cuando estuvo Silva en esta isla. Y han ganado esa contienda. Y ahora han comenzado otra con sus vecinos de Granada. Son gente que siempre están guerreando, son fieros e implacables con sus enemigos, pero saben ser magnánimos cuando se reconoce su poder. Tengo la palabra de esos reyes de que respetarán vidas y haciendas si entablamos paces con ellos. No son las paces con Herrera, que siempre fue traicionero. Ahora sería con los reyes. Solo hay que reconocer su mandato y convertirse al cristianismo. De resto, seguiremos igual.

El faysag miró al fuego del hogar alrededor del cual estaban sentados los viajeros y meditó unos instantes.

—Lo que cuentas puede ser atractivo para muchos, Tenesor. Pero tengo dudas. O estás muy seguro de lo que dices, o eres muy ingenuo. ¿Cómo podemos fiarnos de Vera, que embarcó con engaño a muchos de nuestros hermanos y que acabaron en Lanzarote?

—Vera es un mero intermediario. Es con los reyes con los que haremos paces.

—Si quieres, puedo ayudarte a tomar el poder de nuevo. Pero no puede ser junto con los castellanos, sino contra ellos.

—He visto la cara del rey de Castilla y le he dado mi palabra. No tengo otra.

Antes de que Chambeneder contestara, apareció un canario en la cueva y anunció:

—Bentejuí y Tenoya esperan en la cueva del rey.

El nuevo guadnarteme había esperado a que los recién llegados se recuperaran del viaje y ahora les emplazaba ante su presencia.

Tenesor se levantó y todos hicieron lo mismo.

—No conozco la cueva del rey —dijo Mayor en voz baja a Tenesor.

—Está en una zona alta del risco. Es un lugar donde el guadnarteme recibe solo visitas muy importantes. Lo hace para evitar que el pueblo escuche nuestra conversación, y también Chambeneder, que está mayor y no puede subir la cuesta.

—Al parecer, Tasarte no está aquí.

—No, debe de estar pastoreando en sus cumbres del poniente de la isla. Intentaremos aprovecharnos de esa circunstancia.

El guadnarteme, Juan Mayor y Naira, siguieron al mensajero y subieron por un estrecho sendero que desaparecía a tramos, obligándoles a trepar por las piedras de unas paredes rocosas que aumentaban su verticalidad y recomendaban no mirar hacia abajo. Al fin, llegaron a la entrada de una gruta de boca amplia, con las paredes decoradas con dibujos geométricos y el suelo cubierto de esteras. Los dos guerreros que custodiaban la entrada comprobaron que los tres no llevaban armas y les franquearon el paso. Al fondo de la cueva, junto a otros dos guardias, se hallaban sentados Bentejuí y Tenoya. Tenesor comprobó en el porte del muchacho que algo había cambiado en él. Se le veía envarado y con una apostada seguridad. Tenoya, muy cohibida, se aferró al brazo de su esposo y no cruzó la mirada con su padre.

—Que Acorán esté contigo —dijo Tenesor, haciendo de tripas corazón ante la actitud de su hija.

—Siéntate, Tenesor, tienes dignidad para ello.

El guadnarteme lo hizo frente a los jóvenes. Mayor y Naira quedaron de pie, unos pasos atrás.

—Ya me han contado lo que vienes diciendo desde que volviste a la isla —avisó Bentejuí—. Puedes ahorrarte el discurso.

—Solo busco lo mejor para nuestro pueblo.

—Nuestro pueblo ahora es mi pueblo, y soy yo quien debe decidir lo que es lo mejor para él. Ya no eres guadnarteme y te has aliado con nuestros enemigos. Te recibo únicamente porque perteneces a la familia real, eres mi tío segundo. Solo por eso.

Tenesor tragó saliva. El recibimiento no era bueno.

—Tienes que escucharme, Bentejuí. Llevamos cinco años de una guerra que nos debilita cada vez más. Los castellanos son infinitos, y cuando se tomen en serio acabarla, lo harán, y la oferta que nos han hecho habrá desaparecido.

—¿Qué oferta es esa? ¿Vivir esclavizados? ¿No es eso lo que hacen con sus enemigos? Recuerdo perfectamente las historias que nos

contaban los castellanos cautivos: al enemigo moro se le esclaviza.

—Eso no es cierto. Si no levantan las armas contra ellos y se bautizan, son aceptados en su comunidad y sus bienes respetados.

—¿Qué es eso de bautizarse? ¿También nos quieren imponer su dios? No hay más dios que Acorán.

—El dios de los cristianos es el mismo que el nuestro, con otro nombre.

—No es eso lo que dicen sus faysages, y sus ritos son incomprensibles. Dicen que ese dios envió al mundo terreno a su hijo para que lo mataran los mismos que tenían que adorarlo. Y dicen que luego resucitó de entre los muertos, pero lo vuelven a matar continuamente para comérselo en sus ceremonias. Eso no es lo que nos enseñó Acorán.

—No es tan simple. Todo tiene una explicación.

—No quiero explicaciones. Ni quiero ni puedo aceptar sojuzgarme a un rey extranjero ni participar de esos rituales extraños. Antes moriría.

Tenesor comprendió que la radicalización de Bentejuí, ya fuera por influencia de Tasarte o por propio convencimiento, se había consumado. Y razones no le faltaban. Pero él tenía también las suyas, y eran poderosas.

—Si quieres morir, hazlo, pero no arrastres contigo a quien no desee hacerlo. Permite que los hermanos que no quieran unirse a ese sacrificio tuyo puedan ahorrarse el horror que nos espera.

Bentejuí pensó la respuesta unos instantes.

—No quiero a mi lado a cobardes que puedan traicionarme en el momento menos pensado. Puedes llevarte a los que quieran seguirte.

—No son cobardes y yo tampoco lo soy. Es una cuestión de realismo, de comprender las escasas posibilidades de elección que tenemos —Tenesor miró a su hija—. Tenoya, ¿quieres venir conmigo?

—Ahora estoy con mi esposo —dijo la muchacha manteniendo la vista en el suelo.

Bentejuí decidió cortar la conversación.

—Has dicho lo que tenías que decir. Vete y no vuelvas, que ya no eres nada aquí más que un colaborador de los enemigos.

La mirada de Tenesor no pudo ser más triste

—Hubiera deseado que las cosas fueran de otro modo, Bentejuí.

—Hemos terminado —sentenció el joven guadnarteme, y con un gesto de la mano, indicó el fin de la reunión.

Puerto de las Nieves, Agaete, 1 de noviembre de 1482, dos días después.

—¿Me habéis llamado, capitán? —preguntó Fernán Peraza, que había subido a lo alto de la torre de la costa de Agaete en cuanto recibió la orden de Alonso de Lugo de reunirse con él. En las almenas se encontró al alcaide de la torre y a Rodrigo de Vera, el hijo del gobernador, que había llegado con provisiones en la última carabela.

—Así es —respondió Lugo con una sonrisa en el rostro—. Mirad.

El capitán señaló al interior de la isla y Peraza pudo distinguir como se acercaba un grupo de unos doscientos canarios caminando despacio por la amplia desembocadura del barranco.

—¿Nos atacan? —preguntó, alarmado.

—Nada de eso. Se rinden. Si aguzáis la vista, veréis que al frente hay dos hombres vestidos a la castellana. Son Juan Mayor y don Fernando Guadnarteme, que traen consigo a los primeros canarios que han decidido cesar la lucha.

—Pocos son, me parece.

—Son doscientos menos que tendremos que vencer, Fernán. Siempre es un avance. Bajemos a recibirlos.

Los tres hombres descendieron por las escaleras y se unieron a los soldados que esperaban la llegada de los que se aproximaban.

—Abrid la puerta —ordenó el capitán.

Dos puertas enormes de madera que cerraban el acceso al recinto fortificado de tapias y empalizadas se abrieron y permitieron salir a Lugo, Peraza, Vera y un grupo numeroso de sus hombres.

La espera no fue larga. Los canarios, encabezados por Tenesor, Juan Mayor y Naira, llegaron por fin al campamento. Lugo se acercó a ellos.

—Con Dios, don Fernando y don Juan. ¿Qué nuevas traéis?

Mayor se adelantó con la respuesta.

—Tasartico dice que no se rinde.

Peraza no entendió el mensaje y no pudo evitar preguntar.

—¿Quién es Tasartico?

Alonso de Lugo se volvió y le contestó.

—Tasartico es Bentejuí, el nuevo guadnarteme que han nombrado.

Lo llamamos así porque es un crío que está bajo el dominio de Tasarte, el guaire más belicoso de todos los canarios.

—Comprendo. Perdonad la interrupción.

Lugo volvió la atención a los recién llegados.

—Era de esperar lo del Tasartico —les comentó—. ¿No han sido suficientes las razones de don Fernando?

—Tasarte se ha convertido en el rey de facto de los que quieren resistir. Bentejuí y Tenoya son unos títeres en sus manos. No quieren saber nada de tratos de rendición.

—¿Y estos, quiénes son? —preguntó Lugo, señalando al grupo de hombres, mujeres y niños que les acompañaban.

—Es la familia directa de Tenesor. Cuarenta cabezas de familia que confían en él y quieren seguir su suerte.

´—Pues serán los únicos que la tendrán buena —Lugo paseó su mirada por los hombres del grupo—. Algunos son buenos guerreros. ¿Nos ayudarán en las entradas al interior?

En ese momento intervino Tenesor, que había entendido la pregunta.

—La guerra debe terminar cuanto antes. Ayudaremos a convencer a nuestros hermanos para que depongan las armas. Quisiera tratar de hablar con Tasarte.

Mayor tradujo las palabras con rapidez.

—¿Dónde está ese Tasarte? —preguntó Rodrigo de Vera.

—En sus tierras de Artebirgo, al poniente de la isla —respondió Mayor—. Muy cerca de aquí. A tan solo unas horas en barco.

—Tenemos una carabela surta en el puerto. Podemos acercarnos allí hoy mismo, si es que vale la pena.

Mayor tradujo a la inversa y Tenesor le contestó de inmediato.

—Dice que quiere ir en cuanto se pueda. Que lo que vale es la decisión de Tasarte, más que la de Bentejuí.

—Muy bien, pues si dais el permiso, don Alonso —dijo Vera—, nos embarcaremos presto.

Alonso de Lugo se atusó la barba durante unos instantes antes de responder.

—He de informar al gobernador del resultado de vuestra fallida misión. Pero entiendo que deba completarse con este nuevo intento. Si Tasarte es el que manda, sería bueno oír la respuesta de sus labios. Partid cuando sea posible —dijo Lugo a Tenesor—. Mientras tanto, que los vuestros busquen un lugar donde acampar por aquí cerca, y esperemos que esta vez tengáis más fortuna en vuestro empeño.

Real de Las Palmas, 20 de noviembre de 1482, veinte días después.

—¡Naira! ¡Qué alegría!

Lorenzo había corrido desde la tienda donde se alojaba en el real a la casa del gobernador como alma que lleva el diablo. Uno de sus criados le había avisado que en la última carabela que había arribado al puerto de Las Isletas llegaba la canaria junto con Rodrigo de Vera y don Fernando Guadnarteme. No tardó en localizarla junto al antiguo rey canario y la abrazó con fuerza. La muchacha correspondió al afecto y ambos se separaron del grupo.

—Te he echado tanto de menos, corazón puro.

Tras estrechar el abrazo, el joven mercader se separó lo suficiente para poder contemplar el rostro de su amada.

—Cuéntame, ¿qué haces aquí?

—Venimos a informar al gobernador del resultado de las entrevistas de Tenesor con Bentejuí y Tasarte. Rodrigo de Vera no quiso parar en Agaete a la vuelta.

—¿De dónde venís?

—Fuimos en uno de los barcos a la desembocadura del barranco de Tasarte. Ya sabes que el guaire Tasarte se llama así porque él y su gente viven en esa zona del mismo nombre. Allí, un par de canarios fieles a Tenesor subieron a dar el aviso. Tasarte, junto con Bentejuí, que había llegado desde Bentaiga, aceptaron reunirse con él a la mitad de la subida del barranco, pero sin la escolta castellana.

—Y me imagino que tú sí que estabas presente.

—Claro, si no me lo impiden, voy donde lo haga Tenesor.

—No me gusta que corras riesgos.

—No había ningún peligro, Lorenzo. Se hablaron como saben hacerlo los canarios entre sí cuando parlamentan. De frente y con la mano en el corazón.

—¿Y qué dijo Tasarte?

—Si Bentejuí rechazó el ofrecimiento de Tenesor con cierto respeto, de Tasarte no obtuvo sino el desprecio más absoluto. Lo curioso es que, al comienzo de la conversación, ambos ofrecieron a su antiguo guadnarteme que se uniera a ellos y luchase contra los castellanos.

Que incluso podría volver a ostentar algún poder. Pero ante la negativa de Tenesor, Tasarte se volvió agresivo.

—Me imagino que le diría de todo.

—Fue muy desagradable. Le dijo algo así como «¿Tenesor se ha puesto del bando de los que nos persiguen, cuando él era el primero que debía morir por la libertad de la patria? No, éste no es hijo de Artemi, el que nos defendió del francés Betancor. ¡Cuánto ha degenerado! Anda, guadnarteme indigno de tu nacimiento y de tu nombre, vuelve a que los pérfidos europeos te engañen. Vuélvete a ser el criado de esos mastines de presa; vuélvete y déjanos siquiera morir con honra».

El semblante animado de Lorenzo se ensombreció.

—Hombres así son los que llevan a su gente a la perdición.

—Tasarte tiene sus propias ideas, por las que no pasa tratar con los castellanos. Muchísimos canarios están de acuerdo con él, y razones tienen. No se puede decir que los castellanos, empezando por Diego de Herrera y terminando con Pedro de Vera, hayan hecho honor a su palabra.

—Lo entiendo. Pensé que el mensaje de don Fernando iba a tener mejor acogida.

—No te engañes, corazón puro. En este momento, solo los íntimos de Tenesor le secundan. Pero eso no quiere decir que si las cosas se ponen peor para los canarios, el resto no le escuche. El mensaje de paz ha sido recibido, solo falta que se madure en un entorno más propicio.

—Pero para ello será necesario continuar la guerra.

—Es la conclusión a que han llegado Tenesor y el hijo del gobernador. Para eso hemos venido, a contárselo todo con detalle a Pedro de Vera.

Lorenzo estrechó de nuevo a Naira en sus brazos.

—Naira, es importante que hagas como don Fernando y te bautices. Así no serás considerada como enemiga.

La joven miró con extrañeza a Lorenzo.

—No es que me atraiga demasiado lo que dicen los sacerdotes cristianos, pero lo haré si me lo ordena Tenesor. ¿Por qué me lo pides de esa manera?

Lorenzo dudó en la respuesta. No quería preocuparla con la amenaza del capitán Valdés.

—Por nada, es que quiero que no tengas ningún problema con los curas. Algunos son poco tolerantes.

—No los tendré. ¿Acaso no dicen que son hombres de paz?

A Lorenzo se le acababan las excusas cuando salieron de la casa el gobernador y sus principales capitanes. El primero habló en voz alta, de modo que todos los que le rodeaban le escucharan.

—Oídme todos. Hemos tratado de hablar de paces y concordia con

los canarios que están en las cumbres. Les hemos pedido que vengan y abracen nuestra fe y se sometan a nuestros reyes, pero han rechazado nuestros ofrecimientos.

Un murmullo de asentimiento coreó el final de la frase. Vera esperó unos instantes y prosiguió:

—Pues si ellos no quieren venir acá, yo iré allá. Con la ayuda de don Fernando Guadnarteme y de su gente vamos a hacer una entrada en el centro de la isla, hacia la montaña de Bentaiga. Es la hora de terminar con esta guerra que ya dura demasiado tiempo. Preparaos para llevar a buen fin la conquista de esta isla que tanto se resiste. Venceremos, vive Dios, y que el Altísimo se apiade de los vencidos, porque yo no lo haré.

Vera lo dijo con tal pasión, que quienes estaban alrededor no lo sintieron como una amenaza, sino como una afirmación de certeza irrebatible.

Cueva del Guaire, Bentaiga, 5 de diciembre de 1482, dos semanas después.

—¿No crees que fuimos demasiado duros con Tenesor, Tasarte?

El guaire de Artebirgo miró con cierta censura a Bentejuí. La inseguridad intermitente del joven guadnarteme le ponía nervioso y le soliviantaba el ánimo.

—En absoluto —le contestó con sequedad—. Le tratamos como se merece un traidor.

Bentejuí se encontraba cerca del rayo de luz que provenía de la oquedad existente en el techo de la bóveda de la cueva. A sus pies crepitaba la leña del fuego del hogar, y sobre sus piernas descansaba la guayarmina Tenoya, acurrucada envuelta en pieles. El invierno había llegado y en aquella cumbre de la isla el frío se hacía notar con dureza. Aquella estación parecía arribar más inclemente que en años anteriores. Los tres se hallaban de espaldas a la pared y frente al hueco de entrada a la gruta, esperando la llegada de los dos faysages y guaires principales de los reinos de la isla: Telde y Gáldar, ahora unificados.

—Pero, ¿hasta qué punto es traidor quien actúa pensando que lo que hace es lo mejor para su pueblo? —repreguntó el muchacho.

—Te lo he dicho mil veces, y te lo diré una vez más. Los castellanos son invasores sin escrúpulos que nos quieren robar la tierra y hacernos sus esclavos. Nuestras familias, nuestras creencias, nuestro modo de vivir, en fin, todo nuestro mundo desaparecerá para siempre, Bentejuí. Hay que luchar para evitarlo, hasta el último hombre si es necesario.

—Las mujeres no queremos la guerra —comentó Tenoya desde su refugio de pieles—. Tiene que haber un modo de terminar con ella sin que tenga que morir hasta el último canario.

Tasarte desvió la mirada de Bentejuí a la muchacha.

—No te metas en esto, que no entiendes de qué hablamos —le espetó.

—Tenoya es guayarmina, y como reina debe ser escuchada —replicó Bentejuí en defensa de su reciente esposa—. Incluso por los guaires.

Tasarte estuvo a punto de soltarle un improperio al mozalbete, pero

se lo pensó mejor. Tenía que refrenar sus impulsos de cólera, cada vez eran más frecuentes y podía llegar el momento de no poder controlarlos.

—La guayarmina habla con el corazón —respondió en tono conciliador—, pero no con la cabeza. Los invasores han demostrado en muchas ocasiones que no son de fiar. Su palabra es traicionera. Nada bueno podemos esperar de ellos.

—Pero, hemos visto cómo ha vuelto Tenesor, vestido como un gran noble castellano. Sabemos que todos nuestros enemigos lo tratan con deferencia, y hasta le llaman don. Sabemos que Adargoma vive en uno de sus pueblos en la casa del gran faysag cristiano sin ser esclavo, y se le trata bien. Sabemos que nuestra reina Abenchara ha dado a luz una niña en la casa de la reina de Castilla, que hizo que la ayudaran en el parto. No todo puede ser falso.

—Lo es, Bentejuí —replicó el guaire—, es parte de un plan para engañarnos y para que nos rindamos. ¿Acaso han permitido que Adargoma y Abenchara vuelvan a la isla? ¿Qué fue de Aymedeyacoan? No te engañes, nunca lo permitirán. Aunque aparentemente no sean esclavos, lo son, porque no les dejan moverse.

—Tienes razón, Tasarte —admitió Bentejuí—, como siempre.

—Como siempre —sentenció el guaire.

En ese momento hicieron su aparición en la entrada de la cueva el guaire de Telde, Maninidra, y el faysag Guanariragua, apodado el tuerto. Poco después lo hizo Chambeneder, el de Gáldar, que entró ayudado por Aytami, el guaire principal de ese reino que había sustituido a Tasarte al ascender este a guaire supremo de toda la isla. Los recién llegados se sentaron en torno al fuego sin más ceremonia.

Bentejuí tomó la palabra, tal como le había indicado Tasarte.

—Os he convocado porque nos ha llegado la noticia de que Vera prepara un ataque al interior de la isla. Nuestros hermanos que vigilan la costa han visto más barcos que nunca en Guiniguada. Han llegado muchos guerreros de Castilla y en Agaete se han juntado a los castellanos los doscientos canarios de Tenesor y un centenar de habitantes de otra isla, la que llaman La Gomera. Todos ellos juntos son una amenaza a tener muy en cuenta.

Los congregados asintieron. Estaban al tanto de los preparativos de guerra en la costa. Sabían que la confrontación estaba cerca.

—Creo que no hicimos bien en dejar volver a Tenesor y a ese cristiano, Juan Mayor, a la costa —avanzó Guanariragua—. Sin duda le han contado a Vera nuestra disposición y defensas.

—El error fue recibirlos en Bentaiga —dijo Chambeneder, cuya edad le permitía decir lo que quisiera—. El guadnarteme tenía que haber rechazado la entrevista, o bien encontrarse con él en la subida.

Tasarte no quería que la acusación influyera en el joven Bentejuí y

la cortó de inmediato.

—Bentejuí hizo bien en mostrarse a Tenesor en toda su grandeza para que comprendiera que su poder se había desvanecido. No hay nada que reprocharle. De cualquier manera, los castellanos saben bien dónde estamos, tienen sus propios espías entre los fieles a Tenesor. Lo que importa no es eso, ya que tarde o temprano atacarán, sino acordar una buena estrategia de defensa.

—Hay que atraerlos donde no puedan usar sus caballos —dijo Maninidra, entrando en el terreno militar.

—Hay que preparar bien los pasos entre montañas —propuso Aytami—. Hagamos gran acopio de rocas para lanzárselas en la cuesta. Se me ha ocurrido un sistema para que las piedras sean más mortíferas.

—Esto es lo que quiero escuchar —dijo Tasarte, visiblemente regocijado—. Cuéntanos tu idea, Aytami. Contadme todas vuestras ideas, hermanos.

Real de Las Palmas, 7 de diciembre de 1482, dos días después.

Naira entró en silencio en la estancia de la casa del gobernador donde se alojaba Tenesor. Los guardias tenían orden de dejarla pasar y la muchacha conocía el camino.

—¿Me has llamado, guadnarteme?

Tenesor se levantó del diván donde estaba sentado y abrazó a la muchacha.

—Sí, Naira, necesito algo de ti.

La muchacha miró a los ojos al jefe canario en cuanto cesó el abrazo y se separaron.

—Sabes que haré lo que sea necesario.

—Lo he pensado mucho, y creo que eres la persona indicada para una misión muy importante. Me sabe mal exponerte a peligros, pero no hay nadie mejor que tú.

Naira se sintió orgullosa de las palabras de Tenesor.

—Estoy acostumbrada a los riesgos. Dime de qué se trata.

—Eres una mujer joven, lo que hace que ni los castellanos ni nuestros hermanos te vean como una amenaza. Necesito que alguien que esté arriba, en la cumbre, difunda mi mensaje de paz en los momentos que se avecinan. La fuerza que tiene hoy día Tasarte menguará con el ataque de los castellanos, la moral de los hombres se tambaleará, y es necesario que la voz de las mujeres se oiga en ese momento. Un hombre inseguro escuchará mejor a su mujer en los momentos difíciles.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo? Solo soy una muchacha. Nadie querrá escucharme,

—No es a ti a quien van a escuchar, Naira, sino a la suprema harimaguada. Quiero que vayas donde está y le cuentes todo lo que está ocurriendo. Tú me has acompañado desde que volví a esta nuestra tierra. Repítele palabra por palabra todos los argumentos que planteé a Bentejuí y a Tasarte. Ella es una mujer de mucho juicio y es posible que sepa mejor que nadie cuáles son los peligros a los que se enfrenta nuestro pueblo. Ella hablará, primero a las mujeres, y cuando sea el momento, también a los hombres. Y será escuchada.

Naira comprendió enseguida el plan de Tenesor.

—¿Quieres que vuelva con su respuesta?

—No, hija mía, quédate con ella y cuídala bien, porque va a ser una pieza importante dentro de poco. Sé que te pido un gran sacrificio. Podrías quedarte aquí, en la seguridad del campamento de los castellanos y junto a corazón puro, pero no tengo otra persona mejor para hacer esto que te pido.

—Tu elección es la correcta, Tenesor. Y mi decisión es cumplir lo que me has encomendado. Va en ello la vida y la libertad de nuestro pueblo.

—Eres de los pocos que lo ven tan claro. Procura no exponerte al furor de los hombres belicosos de uno y de otro bando. Tu labor debe ser discreta, deja que sea la harimaguada la que haga el desgaste y esparza la cordura donde hoy solo hay mentes cerradas.

—Así lo haré.

—Parte pues, y que Acorán te acompañe.

Naira esperó a que Tenesor la bendijese y salió de la estancia. Sentía una gran aprensión por la respuesta de Lorenzo a su compromiso con el guadnarteme. Pensó en irse del real sin decírselo, pero no pudo hacerlo. Se encaminó a la tienda de los comerciantes donde vivía. Lo encontró en su interior, comprobando el contenido de unas cajas de madera. No había ningún criado cerca, por lo que podría hablar con libertad.

—Lorenzo, Tenesor me ha pedido que vaya a Bentaiga a hablar con la harimaguada.

El genovés se volvió y miró a su amada a los ojos. Vio en ellos determinación.

—¿En estos momentos? —le preguntó con una sombra en el rostro —. La guerra va a reanudarse, y no estarás segura allá arriba, en la cumbre.

—Es importante que lo haga. Hay mucho en juego. Y me adelanto a tu siguiente pregunta: no hay nadie que pueda hacerlo en mi lugar.

Lorenzo sintió que se le amargaba la garganta.

—Te conozco. Cuando hablas así, es que estás decidida.

—Sí, no me pidas que cambie de opinión, por favor.

—¿Volverás pronto?

—En cuanto pueda —respondió Naira, mintiendo a medias.

—¿Cuándo te vas?

—Ahora mismo. El gobernador tiene previsto que el ejército parta mañana, tengo que adelantarme.

—Me imagino que Tenesor no ha cambiado de idea y que no tratará de traicionar a los castellanos.

—Nada de eso, sino todo lo contrario. Por eso entiendo que debo cumplir la misión que me ha encomendado.

Lorenzo no tradujo en palabras sus pensamientos negativos sobre el guadnarteme y la necesidad de utilizar a Naira para sus planes personales. Sabía que la muchacha estaba resuelta a partir y tratar de evitarlo solo levantaría un muro entre ellos.

Su respuesta fue abrazarla con fuerza.

—Cuídate mucho, querida mía. Necesito que vuelvas a mi lado.

La joven respondió al abrazo.

—Lo haré, amado mío. Volveré y podremos vivir juntos en paz.

—De acuerdo. Pero antes de irte, tenemos que hacer una cosa importante. Tienes que acompañarme a ver a alguien.

—¿A quién? —dijo Naira cuando Lorenzo aflojó el brazo.

—Ya lo verás. Confía en mí.

Gáldar, 8 de diciembre de 1482, al día siguiente.

La hueste de Pedro de Vera llegó a Gáldar a última hora de la tarde, cuando quedaba poco para que anocheciera. El camino se había hecho arduo, con la prevención continua de guardar el paso del risco, no lo cogiese por sorpresa el enemigo. En el barranco de Aumastel divisaron unas cuadrillas de canarios que controlaban el acceso al otro lado, pero la preocupación se disipó cuando de entre ellos apareció Fernán Peraza, que comandaba a sus ochenta gomeros y cien canarios fieles a Tenesor que habían sido enviados por Alonso de Lugo en avanzadilla para cubrir el camino por donde venía el grueso del ejército.

Las dos columnas de combatientes, la del real de Las Palmas y la de la playa de Agaete, confluyeron en el poblado vacío de Gáldar, donde los de Lugo esperaban a sus compañeros. El encuentro fue alegre y los ánimos se acrecentaron. En una de las construcciones más grandes del caserío, la casa Roma, se reunieron Pedro de Vera, Michel de Moxica y el alférez Sotomayor, con Alonso de Lugo, Tenesor y Juan Mayor como intérprete. El ambiente era de confiada satisfacción. Nunca se había reunido un grupo de ataque tan grande, superior a los mil hombres, entre peones y caballeros.

—¿Qué sabemos de la disposición de los canarios en el interior de la isla? —preguntó Vera a Tenesor, una vez que todos estuvieron sentados en las esteras que usaban los canarios, alrededor de un hogar que acababa de encenderse.

—Se preparan para resistir el ataque —respondió el guadnarteme —, pero no se han desplazado. La mayoría permanecen en torno a la montaña de Bentaiga.

—¿Creen que esa montaña es inexpugnable? ¿Nos desafían a subir a por ellos?

—Fe tienen en la magia del roque, de eso no hay duda. Pero tienen también los pies en la tierra. Conocen perfectamente cuántos somos y están preparándose para rechazar el asalto.

—Dejad que mis vizcaínos tomen la vanguardia —intervino Moxica —. No hay montaña que se nos resista en todo el orbe, por muy sagrada que sea para los idólatras. Con la enseña de nuestra Señora de

Begoña por delante subiremos a la cima en un instante.

Vera sonrió ante la fanfarronada del vascongado. Si querían ir por delante, les dejaría hacerlo. Ya se las verían con los canarios en la subida.

—Así se hará, maese Michel, yo de vos no me preocuparía por eso —respondió el gobernador.

—Sería muy conveniente utilizar con sapiencia el conocimiento del terreno que tienen los canarios de don Fernando —dijo Alonso de Lugo, más cauto—. Junto a ellos caminarán los gomeros, para comprobar que no hay doblez ni traición.

—Mis hombres serán fieles a mis mandados —repuso Tenesor en cuando Mayor le tradujo lo que había dicho Lugo.

—Confío en vuestra palabra, don Fernando, pero no os sintáis ofendido si prefiero esperar a ver cómo se comportan en el campo de batalla —replicó el capitán de Agaete.

Vera entendió que la conversación entre ambos no debía subir de tono y les interrumpió antes de que Tenesor contestara.

—Trataremos que los canarios de don Fernando se limiten a realizar labores auxiliares indispensables de guía y acarreo de mantenimientos. No creo conveniente que en este momento se enfrenten a sus hermanos rebeldes —y se dirigió al canario— ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a esa montaña de Bentaiga?

—Con todo este ejército, calculo que unos tres días —contestó el canario—. Depende de la resistencia que encontremos en algunos lugares de la subida.

—Las avanzadillas que ha desplegado el capitán Lugo no han visto naturales en el camino de subida. No esperamos celadas antes de llegar a las cumbres.

—Ellos confían en su conocimiento del terreno —respondió Tenesor —. Creen que la caldera de Tejeda será una trampa de la que los castellanos no podrán salir.

—Pues en esta ocasión están equivocados —replicó Vera, algo irritado—. Ellos mismos han creado la trampa en la que van a caer.

Tejeda, 9 de diciembre de 1482, al día siguiente.

—Lo que me cuentas me entristece enormemente, Naira.

La harimaguada suprema había recibido a Naira en su cueva habitación del caserío de Tejeda. La muchacha había llegado muy temprano, antes del alba, y la mujer mayor la había hecho entrar en sus aposentos, mucho más cálidos que en el exterior, donde el frío reinaba entre las sombras de la noche. La joven se sentó a su lado y le expuso el mensaje de Tenesor con detalle.

—Lo sé, madre. Pero Tenesor no pretende otra cosa que la salvación de nuestro pueblo. Si no lo hacemos así, será el fin de nuestras vidas. Solo nos esperará la muerte o la deportación como esclavos.

La mujer mayor suspiró. Se debatía en profundos sentimientos contradictorios.

—Bien sabemos los canarios lo poco que vale la palabra de un castellano. Nos han engañado una y mil veces, y sus palabras de paz esconden la traición más vil.

—Esta vez Tenesor trae consigo la palabra de los reyes de Castilla de que quienes concierten las paces vivirán y mantendrán sus posesiones. No es lo mismo que en otras ocasiones.

—Tenesor no es tonto, le conozco. Algo ha debido de ver en su viaje que le ha convencido. No puede ser otra cosa que el poder de los guerreros enemigos. Se ha dado cuenta de que la resistencia es inútil a largo plazo.

—Y también lo es a corto. Los canarios cada vez somos menos y ellos se refuerzan día a día. Y muchos de los nuestros, sobre todo las mujeres, están hartos de esta guerra que solo ha traído hambre y desolación a nuestra tierra.

—Si las mujeres mandáramos no estaríamos en esta situación —se lamentó la anciana—. Los hombres solo saben hablar de guerra. Eso nos puede llevar a la perdición, sin duda.

—Por eso Tenesor te pide que intercedas cuando veas que sea el momento.

—La oportunidad la dejamos pasar hace mucho tiempo. Ahora es bastante tarde. Pocos oídos quieren escuchar palabras de rendición,

que es lo que hay detrás de esas paces de que habla Tenesor.

—Pero puede que pronto cambien de parecer.

—¿Lo dices por ese ejército que ha salido de Guiniguada y se encamina hacia aquí? Tendrán que llegar y vencer para que Tasarte y sus guaires se dobleguen. Y la mayoría de los nuestros les siguen, ya sea por miedo o por desesperación. No, todavía no es el momento de repetir las palabras de Tenesor.

—Te pido que las tengas presente cuando consideres que lo sea.

—Las he escuchado. En mi interior he visualizado muchas cosas futuras que podrían ocurrir. Si se da el caso, saldrán de mi boca tal cual las has dicho. Pero si no se da, se quedarán para mí.

—Gracias, madre.

La mujer cogió un cuenco de leche de cabra y bebió un sorbo. Se lo ofreció a Naira, que también se lo llevó a los labios.

—Naira, deberías irte, aquí no estás segura. Todos te han visto al lado de Tenesor y saben que le eres fiel. Los partidarios del antiguo guadnarteme ya son considerados enemigos, aunque sean nuestros hermanos. Las cosas están cambiando, y no para bien.

—Le dije a Tenesor que me mantendría aquí observando lo que ocurre, e intentaré cumplir mi promesa. Tengo algunos lugares donde puedo pasar desapercibida.

—Ya estás avisada, hija. Vete, una parte de tu misión es no comprometerme y tu presencia en mi cueva puede ser malinterpretada.

—Dame tu bendición, madre, y me iré.

La harimaguada hizo los gestos rituales y la muchacha se levantó. Se arrebujó bien las pieles en torno a su cuerpo y salió de la cueva. La luz del amanecer recortaba la silueta del roque Nugro en lo alto de la cumbre que dominaba el valle y la muchacha de dispuso a tomar el camino que llevaba a las cuevas donde se encontraban algunos familiares de Telde. No pudo caminar mucho. En el primer requiebro del estrecho camino que recorría le salieron al paso cuatro guerreros canarios, que la rodearon en un instante.

—Naira, hija de Adargoma —dijo el primero—, date presa y ven con nosotros, que el guaire Tasarte quiere hablar contigo.

Naira no opuso resistencia.

Artenara, 12 de diciembre de 1482, tres días después.

—Es impresionante —dijo Pedro de Vera, pero en tono de voz bajo, de modo que solo lo oyeran el alférez Jáimez, el receptor Moxica y el capitán Lugo. No convenía que el resto de sus hombres se percataran de la aprensión que se apoderó de él ante el espectáculo que la naturaleza le ofrecía.

El paso de la cumbre, subiendo por Artenara, les había aupado al puerto desde donde se divisaba, en toda su majestuosa inmensidad, un valle amplio, salpicado de quebradas cubiertas de pinares, en cuyo centro sobresalía el enorme pitón que formaba el roque de Bentaiga, la montaña sagrada de los canarios.

Salvo algún lanzamiento esporádico de piedras a distancia, el ejército no había encontrado resistencia en todo el camino y, por fin, tras dos jornadas de subida interminable, llegaron a la caldera en la que los castellanos nunca habían puesto el pie.

—Las paredes están llenas de cuevas —observó Jáimez, que tenía buena vista—, tanto en el roque como en las faldas de alrededor.

—Y para coronar habrá que trepar como gatos —añadió Lugo, dándose cuenta de inmediato de la dificultad de tomar al asalto la prominencia—. Pocos hombres, dándose buena maña, podrían contener a un ejército desde allí arriba.

—No quiero volver a oír ese comentario —cortó Vera—. No existe ninguna fortaleza que sea inexpugnable. Todas pueden caer, de una manera o de otra. Y esta caerá.

Lugo cruzó una mirada rápida con Jáimez y ambos optaron por no decir nada más.

—Veamos cómo se defienden —prosiguió Vera—. Jáimez, rodead el valle y cerrad el paso al poniente, Lugo, id con los vuestros y levantad sitio en el septentrión. Moxica, vos y los vascongados, al meridión. Yo me ocuparé del resto.

—¿Asedio o ataque? —preguntó Jáimez.

—De momento, asedio. Calibremos las fuerzas de los canarios. Y quiero todas las cumbres bien vigiladas, que no nos sorprendan por la espalda.

Los tres capitanes que acompañaban a Vera volvieron grupas y se dirigieron al lugar donde se concentraban sus hombres. Siguiendo las sendas que indicaron los guías canarios de Tenesor, comenzaron a bajar en filas al valle, cada uno en una dirección. Los combatientes de Jáimez y Lugo hicieron el camino juntos, descendiendo por las laderas hasta la zona baja, donde los de Agaete se desplegaron, mientras que Jáimez continuó más allá, en dirección al nacimiento de un profundo barranco que cruzaba la isla y desembocaba en el mar, en dirección a la puesta del sol. Moxica y Vera, bajaron juntos y el gobernador estableció el campamento principal al pie del roque, en tanto el vasco conducía a sus ballesteros hacia el sur. En el transcurso de la mañana la montaña quedó rodeada por las tropas castellanas y se dio por comenzado el sitio. Los canarios del roque se mantuvieron a la espera, sin intervenir en ningún momento.

—Que no entre ni salga nadie de la montaña —ordenó Vera a sus mensajeros—. Que se organice la vigilancia y que todo el mundo esté atento. Veamos cómo responden.

Los cuatro acantonamientos se fueron conformando con el paso de las horas dentro de una tensa calma. Los castellanos trabajaban en el talado de pinos para levantar empalizadas mirando de reojo a la cumbre, sin fiarse del silencio de los canarios.

—Esto del asedio no me place nada —comentó Moxica en vascuence a uno de sus principales capitanes, Juan de Civerio, su primo carnal, que se ocupaba del asentamiento de los vascongados.

—A mí tampoco —convino—, deberíamos comprobar si tienen agallas para rechazarnos. No somos gente de espera. Yo sería partidario de actuar cuanto antes.

Moxica miró a Civerio y sopesó lo que acababa de escuchar.

—¿Estás dispuesto a arrostrar el enojo del gobernador? —le preguntó.

—¿Y tú no? Sé que tienes que ceñirte a tu papel de contador real y no puedes desobedecer a Vera, pero un grupo de nosotros, que no hemos escuchado bien la orden por aquello de no entender bien el idioma castellano, podríamos hacer una intentona. Si sale bien nos ahorraremos los inciertos días de asedio que este andaluz pretende llevar a cabo.

—No he escuchado lo que has dicho, Juan —mintió Moxica—. Y me voy a dar la vuelta para no ver lo que vas a hacer.

Civerio no necesitó más. Se giró y marchó a reunirse con los hombres de su capitanía. Los agrupó rápidamente y les comentó en voz baja.

—¿Quién se viene conmigo a sacar de sus cubiles a esos salvajes?

Todos los hombres levantaron la mano.

—Vamos pues —dijo, y no se habló más.

El grupo de Civerio, unos cien ballesteros a pie, se separó del resto de la parte del ejército encomendada a Moxica y comenzó a subir la cuesta que les llevaba al pie del roque. De inmediato comenzaron a escuchar los silbidos con que los canarios daban la alarma.

—Que silben, que con música no nos van a parar —alentó Civerio a los suyos.

La cuesta se fue empinando y los vascongados comenzaron a llegar a las primeras cuevas habitadas que jalonaban la subida al macizo rocoso. Los canarios surgieron de las oquedades que dominaban el camino y comenzaron a sacar piedras de su interior.

—Ojo, que están saliendo de las cuevas —avisó uno de los ballesteros.

Tras el sonido prolongado de un bucio, los canarios comenzaron a arrojar sobre los vascos lo que estaban sacando de las cuevas.

—Atención, que van a tirarnos piedras —avisó Civerio.

Los vascongados habían sido alertados por sus compañeros de armas del modo de lucha de los canarios en las cumbres, pero no se esperaban lo que ocurrió a continuación. Lo que los canarios comenzaron a arrojar cuesta abajo no eran piedras corrientes. Se trataba de enormes discos de basalto con un agujero en el centro traspasado por un tronco de madera endurecida que los hacía rodar por la pendiente, en vez de saltar golpeándose en los salientes. El espacio que dejaban libre la multitud de veloces piedras rodantes era mínimo para esquivarlas. Las primeras ruedas llegaron al lugar por donde subían los vascos en unos instantes, y se llevaron por delante a una decena de ballesteros.

—¡A cubierto! —gritó Civerio—. ¡Buscad refugio en los salientes!

La primera oleada de piedras pasó provocando el desorden de la columna de soldados. Cada hombre buscó de modo individual cómo evitar el arrollamiento. Los que lo consiguieron apenas se habían puesto en pie cuando comprobaron que otra avalancha de piedras seguía a la primera.

—Esto no para —dijo a Civerio Hernando de Bachicao, uno de sus hombres principales—. Y desde aquí no podemos acertarles con las ballestas— ¿Qué hacemos?

Civerio paseó su mirada por sus hombres, que se encontraban dispersos buscando refugio a la riada de piedras donde podían. La acometida había fracasado.

—Una retirada a tiempo es una victoria —respondió—. Ya sabemos cómo las gastan estos canarios. Hagamos caso por una vez al gobernador y volvamos abajo.

A una señal de trompeta, los vascos se dieron la vuelta y bajaron por donde habían venido a toda velocidad, perseguidos por un enjambre de piedras más pequeñas que les alcanzaban

ocasionalmente.

Moxica era testigo del fallido ataque de su primo y esperó con desasosiego a que sus hombres se colocaran fuera del alcance de las piedras. Antes de que llegara un renqueante Civerio a su posición, le alcanzó un mensajero a caballo proveniente del campamento principal.

—El gobernador pide que vayáis a verlo de inmediato, señor contador.

Moxica asintió.

—Mucho habéis tardado —le dijo al jinete, y se dirigió, cabizbajo, a su montura.

Roque de Bentaiga, 12 de diciembre de 1482, mismo día.

—Los castellanos han probado el invento de Aytami —dijo Maninidra—. Y han salido bien escaldados.

Los jefes canarios se encontraban reunidos en la cueva del rey, en la parte más alta del risco de Bentaiga. La noche había caído y tocaba comentar los sucesos del día.

—Han sido solo unos pocos —repuso Tasarte—. El grueso de su ejército no ha intervenido todavía.

—Después de lo de hoy, se lo pensarán mucho antes de subir a buscarnos —intervino a su vez Aytami, el guaire de Gáldar.

—No descartemos que lo intenten de nuevo, por lo que hay que estar preparados —insistió Tasarte—. Ya sabéis que nuestro plan es otro.

Los tres guaires estaban sentados sobre esteras de mimbre alrededor del fuego junto a Bentejuí, que los escuchaba en silencio.

—¿Estás seguro de que funcionará tu plan, Tasarte? —preguntó el muchacho.

—Más que seguro —respondió el confiado jefe militar—. Pedro de Vera se dispone a asediarnos para rendirnos por hambre y sed. No sabe que nuestra intención es precisamente asediarlo a él, mantenerlo lejos de sus bases. Los envíos de suministros se verán cortados por los nuestros y, al final, quienes van a pasar privaciones van a ser ellos. Cuando se encuentren cansados y hambrientos, los llevaremos a un lugar más favorable donde presentarles batalla.

—Entonces, ¿no vamos a luchar aquí, en la montaña sagrada? —volvió a inquirir el joven guadnarteme.

—Bentaiga es invencible, pero no podremos sobrevivir mucho tiempo aquí arriba. Vera lo sabe y nosotros también. Lo que no se espera el jefe de los castellanos es que los vamos a atraer a una emboscada en el interior de la isla.

—¿Dónde has pensado hacerla? —preguntó a su vez Maninidra.

—En Ajódar —respondió Tasarte, sonriendo maliciosamente.

Maninidra asintió, conocía el lugar.

—Es otra montaña difícil de coronar.

—Tiene una cumbre más amplia, donde nos podremos desenvolver mucho mejor que aquí, en Bentaiga, que es estrecha y poco maniobrable. Mis hombres se están encargando de preparar grandes piedras para recibirlos cuando lleguen. Las únicas salidas son barrancos estrechos y agrestes y de complicado paso. Ajódar será el fin de los castellanos, los cazaremos uno a uno con facilidad.

—¿Cuándo será el momento de ir a Ajódar? —preguntó Bentejuí.

—Cuando tengamos hambre. Si la tenemos nosotros, los castellanos la tendrán también.

—¿Y cómo pretendes burlar el asedio a que nos someten? —repreguntó el joven rey.

—Eso, Bentejuí, es un secreto. Ni tú mismo lo sabrás hasta que sea el momento. Pero confía en mí. Saldremos de Bentaiga y llevaremos al ejército castellano a Ajódar, donde lo exterminaremos de una vez y para siempre.

Maninidra miró a los ojos de Tasarte y vio en ellos un brillo febril, la mirada fanática de alguien que cree que conoce exactamente lo que va a ocurrir. Pero eso no le tranquilizó.

Alrededores del Roque de Bentaiga, 27 de diciembre de 1482, quince días después.

—¡Qué alegría veros, Lorenzo. ¿Cómo estáis?

Alonso de Lugo estaba desayunando a la canaria, gofio con leche de cabra, cuando llegó a su campamento el mercader genovés.

—Muy bien, capitán, y ello a pesar de lo dificultoso que ha sido arribar hasta esta cumbre.

—¿Habéis venido con la columna de avituallamiento? Hacía una semana que no llegaba ninguna.

—Pues sí, y ha costado lo suyo subir las acémilas cargadas por los senderos de acceso. Varias partidas de canarios colocadas en diversos pasos nos han hostigado a distancia, espantando con cada acometida a las pobres bestias. Ha hecho falta que una buena parte de la escolta se enfrentase a los atacantes una y otra vez.

—Por eso no han llegado vituallas desde hace tantos días. Por el ataque continuo de los rebeldes a nuestras líneas de aprovisionamiento. Fijaos, tengo que desayunar lo mismo que los hombres de don Fernando Guadnarteme.

Lorenzo sonrió.

—No es mal desayuno, vive Dios. Con eso tendréis hasta el mediodía. ¿Cómo va el asedio?

A Lugo se le ensombreció el semblante.

—Llevamos quince días aquí sin ningún avance y soportando un mal tiempo terrible. Ha llovido a mares con un viento frío durante casi todos los días. Hasta granizó anteayer. Desde luego, el gobernador ha elegido el peor momento del año para subir a estas cumbres.

—El mal tiempo es malo para todos.

—Sí, pero nosotros estamos al raso, con la única protección de las tiendas y comenzando a pasar hambre, mientras que nuestros oponentes están dentro de sus cuevas, bien secos.

—Los sitiados deben estar pasando hambre también. Quince días son muchos para ellos.

—Si lo están pasando mal, nada sabemos. No ha habido forma de subir a sus escondites. No hemos podido apresar ni a uno solo de ellos para que nos faciliten algo de información.

—Algo he escuchado al llegar sobre la resistencia de los canarios. Incluso que lanzaban restos humanos desmembrados desde lo alto. Y de niños.

Lugo se encogió de hombros.

—Si lo han hecho yo no lo he visto. Por esta parte que cubrimos mis hombres y yo no ha habido nada de nada. Y no hago mucho caso de los rumores que difunden soldados ociosos.

Lorenzo se sentó junto a Lugo y sacó de una taleguilla una hogaza de pan.

—Tomad, para que os sintáis mejor.

Lugo aceptó el presente y lo partió, llevándose un pedazo a la boca.

—Hay qué ver cómo puede llegar a ser importante algo tan simple como el pan cuando no lo tienes.

—Y cómo el ingenio de los hombres busca sustitutos rápidamente —comentó señalando el gofio. La broma duró poco, Lorenzo cambió el semblante por uno de preocupación.

—¿Sabéis algo de Naira?

—¿Naira? ¿No estaba con vos?

—Subió aquí arriba a cumplir una misión de paz de don Fernando, y no he sabido nada de ella.

—Pues yo tampoco, Lorenzo. Lo siento. Convendría que don Fernando esté atento a las presas que se puedan hacer, ya que todos estos canarios tienen la consideración de enemigos de Castilla, por lo tanto, presas de buena guerra y pueden ser esclavizados.

—Pero Naira no es una de ellos.

—Si está con ellos, aunque sea contra su voluntad, es considerada enemiga. Estad atento.

—Hablaré con don Fernando —respondió Lorenzo, preocupado— ¿Sabéis si el gobernador tiene la intención de prolongar mucho esta situación?

Lugo mojó un trozo de pan en la leche antes de contestar.

—Un asedio es un asedio. El que menos aguante, perderá la batalla. No creo que don Pedro cambie de parecer. Aquí estaremos hasta que se rindan los canarios.

Lorenzo miró hacia el roque, escrutando los huecos de las paredes.

—Pues yo no veo a ninguno.

—Anoche prendieron hogueras más grandes que otros días. Creo que nos desafiaban, porque de quemar, les tiene que quedar bien poco.

—No me extrañaría que hubieran quemado lo último que les quedaba. ¿No notáis demasiado silencio?

Lugo miró al roque y luego a Lorenzo.

—El ruido que oímos siempre es que el hacemos nosotros aquí abajo, en el campamento. Tenemos mucha gente escandalosa. Los

canarios son bastante silenciosos habitualmente.

Lorenzo no le dijo a Lugo que él sí podía distinguir los ruidos de la tropa castellana de los de la vida cotidiana de los canarios.

—Demasiado silenciosos, a mi parecer, capitán. Ahí arriba no hay nadie.

Lugo dejó de comer y miró con incredulidad a Lorenzo.

—No me fastidiéis, Lorenzo, que llevo quince días controlando esta parte de la montaña y por aquí no ha salido ningún canario.

—Por aquí puede que no, pero por algún sitio habrá sido, porque, os lo repito, arriba no hay nadie. ¿Venís conmigo a comprobarlo?

Lugo se puso en pie refunfuñando.

—Esperad que tome mis armas.

El capitán se colocó sus armas y defensas corporales y llamó al escudero Clavijo. Cuatro hombres estuvieron dispuestos para seguirle en unos instantes. Lorenzo encabezó la marcha risco arriba, seguido por los castellanos, atentos a cualquier ataque.

—A la primera piedra nos damos la vuelta —avisó Lugo—, que el gobernador no quiere aventurillas.

El genovés ascendió con agilidad por las piedras hasta encontrar un sendero. Los soldados comprobaron que no había reacción desde arriba a sus movimientos y lo siguieron sin bajar la guardia.

—Esto no me gusta nada —comentó Lugo rechinando los dientes.

A media subida llegaron a las primeras cuevas habitadas. Lorenzo echó un vistazo al interior de un par de ellas.

—Nadie —avisó—. Están los utensilios de cocina, pero ni los cocineros ni los comensales.

—Poco les debía de quedar de comer. Deben de estar más arriba.

Lorenzo continuó encabezando la ascensión y, tras varios requiebros del camino, llegó a la base del enorme pitón de piedra. Aquella zona estaba repleta de casas habitación, y en poco tiempo sus acompañantes comprobaron que estaban todas vacías.

—¿Hace falta que subamos hasta arriba? —preguntó Lorenzo.

—¡Voto a tal! Si no nos han llovido piedras estando aquí arriba, es que no hay nadie. ¡Maldita sea! ¿Cómo es posible? ¡No pueden haber salido volando!

Lorenzo esbozó una leve sonrisa al ver la expresión de asombro e irritación de Lugo.

—Volando no sé, pero lo de que han salido de aquí de alguna manera, no hay duda alguna.

Altos de Acusa, 27 de diciembre de 1482, mismo día.

—¡Qué bien guardada teníais la cueva los de Gáldar! Ninguno de los de Telde teníamos noticia de que existiera una salida subterránea de la montaña sagrada.

Maninidra y Tasarte contemplaban desde lo alto de la montaña de Acusa cómo el sol se asomaba por detrás del roque de las nubes, iluminando la cima del Bentaiga en el centro de la caldera a un nivel inferior. Los dos guaires habían detenido su marcha para comprobar que el último de los canarios provenientes del monte sagrado había pasado ante ellos, escapando del cerco de los castellanos.

—Hay cosas que la gente de Telde no debía saber. No nos fiamos de ellos.

Maninidra se tomó la frase con humor.

—Ahora entiendo algo mejor tu plan, Tasarte. Pero has jugado fuerte con nuestra fidelidad, llevándonos a una situación muy difícil.

—Era la mejor prueba para comprobar vuestra lealtad, y habéis respondido bien. No creas que solo los de Telde vivían en la ignorancia. los de Gáldar también. Solo el faysag Chambeneder y unos pocos escogidos conocíamos la existencia del pasadizo que nos llevó a la espalda de los guerreros castellanos. El resto del éxito de nuestra salida se debe al silencio con el que se han desplazado los nuestros.

—Los castellanos encontrarán el pasadizo.

—No te creas, el secreto se viene con nosotros, la galería se ha disimulado por los últimos hombres que salieron de modo que nadie lo encontrará. Y todos hemos jurado mantener el secreto de su existencia.

—Y ahora, ¿qué?

Tasarte aguzó el oído.

—¿Escuchas las trompetas? Vera ya se ha percatado de que le hemos burlado. Si no me han hablado mal de él, entrará en cólera y comenzará la persecución de inmediato. Le atraeremos a Ajódar y le esperaremos allí.

—¿Y cómo sabrá dónde encontrarnos?

El guaire supremo se esperaba la pregunta.

—Muy fácil, dejaremos un rastro que hasta un niño sabría seguir.

—¿Qué tipo de rastro?

—Hogueras con madera húmeda. Espero que entienda que las señales de humo es otro escarnio más que añadir a su cuenta. Vendrá tras nosotros sin pensarlo.

—Muy seguro estás. Tasarte. No subestimes a los castellanos.

—No los subestimo, sino que los conozco. Su arrogancia, unida a la impaciencia y al hastío de tantos días de asedio sin fruto, hará que vengan a donde queremos sin las precauciones debidas.

—Y entonces, acabaremos con ellos.

—Tú lo has dicho, Maninidra. Aunque la frase es mía, no te la apropies.

Campamento castellano de Bentaiga. Mismo día.

—¿Cómo que se han esfumado? —preguntó un colérico Pedro de Vera a sus capitanes una vez todos estuvieron reunidos en su tienda del campamento principal—. ¿Han perdido la cordura vuestras mercedes?

—Hemos comprobado el roque por todos sus lados y los canarios no están —dijo Alonso de Lugo, por haberlo hecho el primero—. Han desaparecido sin dejar rastro.

—Si no fuera perro viejo, creería que es un prodigio —repuso Vera—, pero creo poco en milagros. ¡Habéis relajado la guardia y se han escapado ante vuestras narices!

—Por mi zona no ha salido nadie —aseguró Lugo.

—Ni por la nuestra —añadió Moxica.

—Imposible que lo hicieran por nuestra parte —intervino Jáimez.

—Entonces, se los ha tragado la tierra —Vera comenzaba a tranquilizarse del acceso de ira anterior.

—Pues de eso debe tratarse —dijo Lugo—. Hay mil cuevas en esa montaña. Tal vez alguna sea tan profunda que haya sorteado el cerco. Es la única explicación que se me ocurre.

—Y no la hemos encontrado, ¿verdad?

—No ha dado tiempo, pero a poco que registren nuestros hombres con la ayuda de don Fernando Guadnarteme, aparecerá. —Lugo se tomó un respiro, y como nadie intervenía, prosiguió. —Lo importante es que han abandonado uno de sus lugares sagrados, algo impensable hace meses. Es un avance para nosotros.

—¡Es un auténtico fracaso! —saltó de nuevo Vera—. ¡Inadmisible! ¿Alguien sabe a dónde han ido?

—Parece que se dirigen al poniente —dijo Moxica—. Hemos visto varias columnas de humo en esa dirección.

Vera se acercó al contador vascongado.

—¿Creéis que nos invitan a seguirlos?

—No lo descartaría.

—¡Pues allá que vamos tras ellos! —dijo Vera, exasperado—. ¡Capitanes! ¡Todo el mundo en marcha! ¡Levantad el campamento!

Lugo fue el único que pidió la palabra.

—Señor, podría tratarse de una trampa.

—¡No hay trampas que valgan, capitán Lugo! Han abandonado su fortaleza y ahora están desparramados por la isla. ¡Es el momento! Les perseguiremos de inmediato y cuando les demos alcance, ¡acabaremos con ellos!

Cumbre de Ajódar, 28 de diciembre de 1482, al día siguiente.

El aislamiento a que se veía sometida Naira, confinada sola en una cueva con dos guardas en el exterior, se vio turbado por la entrada del guaire Tasarte. La muchacha estaba helada a pesar de llevar sobrepuestas varias pieles. Le habían prohibido hacer fuego y la temperatura en la gruta era más que fría. El jefe militar avanzó hasta quedar a unos tres pasos de la joven.

—Naira, hija de Adargoma, tu padre estaría avergonzado de ti.

La chica se irguió, miró directamente a los ojos al guaire y le contestó.

—Tasarte, hijo de Egonay, tu pueblo te recordará por haberlo llevado a su perdición.

—No hay nada perdido, descarada. Los castellanos ya se están metiendo en nuestra trampa, de la que no saldrán. Los primeros guerreros de su columna ya han entrado en los barrancos que circundan esta montaña. El afán de venganza ciega a su capitán y avanza sin las cautelas debidas.

—Puede que en esta batalla ganen los canarios, pero los castellanos son infinitos y volverán. Es lo que nos ha contado Tenesor, que lo ha visto con sus propios ojos.

—Tras esta batalla se les quitarán las ganas de volver a atacarnos. Y espero que los que queden huyan de esta isla llevándose a ese traidor, porque si cae en mis manos, seré implacable.

Naira estaba admirada del fanatismo de Tasarte. Era imposible tratar de razonar con él.

—¿Y si eres tú el que cae en sus manos? En las manos de los castellanos o en las de Tenesor. ¿Qué futuro crees que te tendrán deparado?

El guaire no se pensó ni un instante la respuesta.

—Eso no ocurrirá nunca. Venceremos o moriremos, no hay otra.

—Muere tú si lo deseas, pero deja vivir a tu pueblo cuando llegue el momento de la derrota, que algún día llegará.

—O puede que no llegue. Los castellanos saldrán corriendo de aquí para no volver jamás.

—Eres un iluso, Tasarte. Vives en una fantasía que nos va a llevar a todos al desastre.

—Mañana dirás otra cosa, Naira. Y espero que te sometas a tu guadnarteme natural, Bentejuí, y abandones las patrañas de Tenesor.

Naira volvió a sentir que estaba hablando con una pared.

—Tenesor tiene más cabeza que tú, y es una lástima que no lo veas.

—No tenemos nada más que hablar, Naira.

—Libérame, ¿por qué me tienes aquí retenida?

—No puedo permitir que andes fuera contando las mentiras que te ha inculcado el que se dio a los invasores. Estarás aquí hasta que considere que no eres un peligro, que será pronto.

Tasarte se volvió sin más ceremonia y salió de la cueva. Naira se sintió muy sola y pensó en Lorenzo. ¿Dónde estaría? ¿Habría seguido a los soldados castellanos? ¿Estaría en peligro ante la celada que tenía preparada Tasarte?

La entrada de otra persona la sacó de sus oscuros pensamientos. Era Tenoya, la guayarmina, que traía un cuenco de leche y un zurrón de gofio.

—Tienes que comer, Naira —le dijo, depositando lo que traía junto a ella y sentándose a su lado—. Tienes mala cara.

—Tasarte me tiene prisionera como a una enemiga.

Tenoya la miró con tristeza.

—Es que lo eres, Naira. O al menos, lo pareces. Pero siempre has sido mi amiga, y no te voy a dejar morir de hambre.

—Gracias por la comida.

Naira bebió y comió ante la mirada amable de la reina. Cuando estuvo satisfecha, volvió a mirarla.

—¿Crees por completo a Tasarte? ¿No ves que nos puede conducir a la muerte a todos?

La joven reina no tardó en responder. Tenía las ideas claras.

—En este momento, Tasarte representa la esperanza de los que seguimos aquí arriba, libres, sin someternos a ningún extranjero. Tal vez no lo entiendas, pero en nuestros corazones vive la llama de la libertad gracias a él y a los que le apoyan, la conciencia de ser lo que siempre hemos sido.

—Has dicho en este momento. Eso significa que puede que en un futuro próximo haya otros momentos, mucho peores que este. ¿Qué harás cuando nuestro pueblo esté al borde del precipicio?

—Si me veo en esa situación tomaré la decisión que sea mejor para todos.

—¿Y si es demasiado tarde?

—Pues si se está al borde de un precipicio solo hay dos opciones: mantenerse firme, o saltar. Así de simple.

Barranco de Ajódar, 29 de diciembre de 1482, al día siguiente.

—Capitán Lugo, vos os quedaréis en la retaguardia con vuestros veteranos de Agaete. No me fío que hayan quedado algunos canarios a nuestra espalda y aprovechen el asalto para atacarnos.

—Protesto, señor gobernador. Quiero estar entre los primeros que lleguen a la cumbre.

Pedro de Vera y Alonso de Lugo despachaban en la tienda del gobernador, levantada poco antes en la entrada del barranco en cuyo tramo medio surgía la imponente silueta de la montaña de Ajódar, como una inmensa pirámide que dominaba la estrecha vaguada seca y sin más vegetación que matorrales bajos. La hueste castellana había entrado en el barranco y había tomado posiciones para lanzarse cuesta arriba para tomar la cima, donde se habían parapetado los canarios a modo de fortaleza.

—Os necesito donde os lo he pedido. Si queréis servirme a mí y a sus altezas, obedeceréis la orden.

—Señor, creo que sería conveniente que estuvieran al frente del ascenso los gomeros que vinieron con Peraza. Son gente acostumbrada a trepar a estas montañas. Y tened en cuenta que esta fortaleza es más amplia que la de Bentaiga, tendrá de ancho un tiro de arcabuz, con unos riscos muy pendientes y empinados y una subida dificultosa con solo una veredílla de acceso.

—Nos bastamos en el ataque con el tercio viejo bajo mi mando por un lado, y con los vascongados de Moxica por el otro. Quiero que vigiléis de cerca a los canarios de don Fernando, no vaya a ser que se les ocurra cambiar de bando en mitad de la refriega. ¿Entendéis por qué vuestra misión es de la máxima importancia?

Lugo se mordió la lengua. Podía entender las razones del gobernador, pero su deseo era estar al frente del ataque.

—Os obedeceré, pero que conste mi protesta.

—La victoria nos pertenecerá a todos, siempre que cada cual cumpla con el deber que tenga encomendado. Y no se hable más. Partid y asegurad la retaguardia.

Alonso de Lugo salió de la tienda malhumorado, montó en su

caballo y se dirigió al comienzo del barranco. El gobernador Vera tomó sus armas y salió también. Le esperaba fuera el alférez Jáimez.

—Que las trompetas y los tambores den la señal —le indicó—. Acabemos con esto cuanto antes.

El alférez se volvió y dio las órdenes oportunas a sus subalternos, que salieron disparados en todas direcciones. En poco tiempo, los soldados estuvieron dispuestos a emprender la subida de la montaña, y a un trompetazo que se elevó por encima del ruido, comenzaron el ascenso.

La inclinación de la montaña se acrecentaba hasta llegar a la cumbre por lo que los castellanos no podían ver desde abajo a los canarios. Los ballesteros disparaban de vez en cuando virotes dirigidos a la cima, pero no recibieron respuesta por parte de los defensores. En el flanco de poniente los vascos subían a mayor velocidad que los hombres de Vera por el otro lado.

A lo lejos, Lugo, Peraza y Lorenzo contemplaban el espectáculo.

—Los canarios no hacen nada por defenderse —comentó Fernán—. Es más, los que se encontraban más abajo retroceden, subiendo por la ladera.

—Todavía es pronto —dijo Lugo—. Están esperando a que se acerquen más.

—No me gusta que no hayan entrado al trapo —dijo Lorenzo—. Algo traman.

—Cuanto más tarden en entrar en combate, les dará más tiempo a los nuestros a acercarse a la cima —opinó Peraza.

Casi con las palabras finales del lanzaroteño, comenzaron a escucharse los acostumbrados silbidos de los naturales.

—Ya empiezan —dijo Lorenzo—. Son sus órdenes de ataque.

De centenares de huecos de la montaña, muchos de ellos disimulados por la maleza, comenzaron a caer piedras sobre los atacantes. El gran número de rocas que cayeron en unos instantes fue completamente inesperado.

—¿De dónde han sacado tantas piedras? —preguntó Lugo—. ¡Son incontables!

—Les ha debido de llevar meses subir tanta roca hasta allí arriba —comentó Peraza, asombrado.

Las piedras, muchas engarzadas en palos, como en Bentaiga, cayeron rodando como una lluvia arrasadora llevándose por delante a las primeras filas de castellanos, que trepaban como podían por la falda cada vez más vertical de la montaña.

La caída de pedruscos no se detenía. Los castellanos trataron de parapetarse en los salientes rocosos de la ladera y su avance se vio frenado por completo.

—No cesa la lluvia de piedras —volvió a decir Peraza—. Los

vizcaínos se están llevando la peor parte.

—Desde donde están, las ballestas les sirven de poco —asintió Lugo—. Si las piedras no paran, lo veo mal para los nuestros.

—El gobernador debería dar la orden de retirada hasta que se les agoten las piedras, para volver a subir —opinó Lorenzo.

—El gobernador no hará tal cosa —objetó Lugo—. Una vez iniciado el ataque, no parará a menos que le obliguen los enemigos.

—Pues los enemigos ya lo han parado, y no va a poder seguir subiendo —replicó Lorenzo—. Lo estamos viendo.

Los hombres de Vera se hallaban a un nivel más bajo que los vascos del otro lado de la montaña, pero también sufrían la catarata infinita de pedruscos que les caía desde arriba.

—¡Dios mío! —exclamó Lugo—. ¿No es aquel que cae rodando Michel de Moxica? ¡Lo han alcanzado!

—Y muchos de sus compañeros bajan tras él para auxiliarlo.

Los vascongados que salieron de sus escondites rocosos comenzaron a ser abatidos por el sinfín de piedras que caían sobre ellos.

—Y las piedras no cesan —comprobó Lorenzo—. Es increíble.

En ese momento escucharon el sonido de incontables silbidos. En lo alto de las cumbres más cercanas que rodeaban el barranco, la silueta de cientos de canarios se recortó contra el cielo.

—Está claro que no todos los canarios estaban en la cima de la montaña —dijo Lugo—. La gran mayoría nos han rodeado y tienen tomados los pasos de salida de los barrancos cercanos.

La aparición de los canarios de las cumbres reforzó el ánimo de los que lanzaban piedras desde lo alto de la montaña. Las trompetas y tambores habían callado y solo se escuchaban, bajo el manto de silbidos, los gritos de los castellanos que eran alcanzados por las piedras.

—Este sitio es una trampa, y nosotros solos no nos bastamos para defender la retaguardia —añadió Peraza—. Tenemos un problema doble.

—Don Alonso, la cosa pinta fea —dijo Lorenzo—. Y solo veo una salida.

—¿Cuál?

—Los canarios de don Fernando Guadnarteme, que están detrás de nosotros. Hagamos que se interpongan entre nuestros hombres y los enemigos. Tal vez así se pare el combate.

—¿Y quién le va a pedir algo tan descabellado a don Fernando?

—Os toca a vos, capitán. Si queréis, os acompaño.

Lugo se lo pensó solo una vez.

—Vayamos pues, Lorenzo. Y que Dios nos valga.

Barranco de Ajódar, mismo día.

—¡No podemos subir ni bajar, señor!

El alférez Jáimez cojeaba de la pierna derecha, pero pudo llegar sorteando proyectiles a la gran roca donde se refugiaba el gobernador y diez de sus hombres. La lluvia de piedras era asombrosa y había dejado fuera de combate a decenas de sus hombres.

—¿Habéis podido ver qué ocurre al otro lado de la montaña?

Jáimez asintió con la angustia reflejada en el rostro.

—Los canarios han barrido a los vascongados, que se retraen como pueden. Están bajando a trancas y barrancas.

—¡Maldita sea! ¿De dónde han sacado tantas piedras?

—Nos han traído donde querían tenernos, señor. Aunque hayan aparentado la huida desde Bentaiga, todo estaba calculado. Llevaban preparando este momento desde hace meses, si no años.

Vera se asomó un instante por detrás de la roca. Lo poco que pudo ver era descorazonador. Sus hombres iban desapareciendo poco a poco debido al arrastre de las rocas sin que pudieran hacer nada por evitarlo.

—Habrá que salir de aquí entonces. De lo contrario, nos rodearán por abajo.

Uno de los ballesteros del tercio viejo llamó la atención del gobernador.

—¡Mirad, señor! ¡Los canarios de don Fernando Guadnarteme! ¡Están entrando en el barranco!

Vera dirigió la mirada hacia la entrada del estrecho valle.

—¿Con qué intención? —preguntó en voz alta a todos y a ninguno.

—Les acompaña el capitán Lugo —dijo Jáimez con su buena vista —. Vienen al rescate.

—No fueron esas mis órdenes —dijo Vera—, pero bienvenidos sean.

Los centenares de canarios que seguían a Tenesor llegaron a la base de la montaña y tocaron al unísono sus caracolas. Al tercer toque de atención las piedras dejaron de caer poco a poco hasta parar. La voz en grito de Tenesor se escuchó en el barranco. Al poco, otra voz, proveniente de la cumbre, le contestó

—¿Qué están diciendo? —preguntó a sus hombres.

—Fernán Guerra está por aquí —dijo el alférez—. Le han dado con una piedra en la cabeza, pero está recuperado.

—Traedlo de inmediato —ordenó Vera.

Un par de soldados se movieron y al poco trasladaron a Guerra cargándolo en hombros. Lo sentaron junto al gobernador.

—Maese Fernán, ¿podéis traducirme lo que están diciendo los canarios?

El adalid había recibido una pedrada que le había roto la nariz y se sentía aturdido, pero el dolor no le impidió responder a la petición.

—Alguien de arriba le está hablando a don Fernando. Le dice: «Salta fuera, Guayedra, que viene el día que hemos de quedar dueños de nuestra tierra, que estos perros traidores, que mataron a su Dios, nos la quieren quitar, y tú por un vestido que te dio el rey de España te has dejado engañar. Y ahora podemos darte otra vez la tierra, salta fuera de peligro, no te mate alguna piedra de estas. Cata que hoy es tu día y vengarás la sangre de tus parientes. Sé con nosotros y serás señor de toda la isla».

—¡Válgame Cristo! —dijo Vera— ¡Le están tentando!, ¿qué más le dicen?

—El que habla desde arriba debe de ser Tasarte, el guaire supremo. Le insiste: «Guadnarteme, vuélvete con nosotros que hoy te haremos rey de la isla, te casarás con Arminda y todo será tuyo. Vuélvete y mataremos a cuantos ahí están».

—Maldita sea mi estampa —rezongó Vera—, como le diga que sí, estamos listos.

La respuesta de Tenesor se escuchó con eco en la montaña. Guerra la tradujo de inmediato:

—Dice que él ha visto la cara de los Reyes de Castilla y su gran poder, y que no agradaría a Dios por serles traidor, sino leal.

—Ave María Purísima, mi señora de la Merced, que nos protege —dijo el gobernador, persignándose—. A ver en qué queda la cosa.

—Don Fernando está afeando a los que están arriba que tiren piedras no ya un guadnarteme de sangre real, sino también a sus hermanos canarios —prosiguió Guerra—. Les dice que la victoria es suya, que es de cobardes ensañarse con los heridos y los vencidos.

—Espero que tenga más poder de convencimiento ahora que antes —comentó Jáimez, con el corazón en un puño.

—Aprovechemos la indecisión —dijo Vera—. Salgamos de aquí y juntémonos con los canarios de don Fernando para ponernos a salvo.

Jáimez echó un vistazo a la cumbre, que permanecía inalcanzable, y comprobó de nuevo que la lluvia de piedras había cesado por completo. A una señal suya los castellanos comenzaron a salir de sus escondites y a bajar la cuesta. El resto de los soldados, en cuanto vieron que el gobernador descendía junto al alférez se unieron al

grupo llevando consigo a los heridos. En poco tiempo llegaron sin daño a donde se encontraban los canarios de Tenesor. Vera se acercó a él y le dio un abrazo.

—Favorecednos en este trance, que será gran servicio a sus altezas y a cuantos aquí estamos. Una merced que no olvidaremos.

En cuanto Guerra le tradujo, el canario respondió.

—Soy fiel a mi palabra dada a nuestros señores los reyes de Castilla, y aun cuando hoy os veo vencidos, sé que los castellanos podéis rehaceros muy rápido. Esta batalla no va a cambiar el signo de la guerra.

—Hemos sido vencidos, pero no estamos derrotados. Esta conquista ha sido larga y algo más se demorará, pero la victoria final será nuestra.

—Lo que digáis, pero más vale que salgamos de aquí lo antes posible, que no sé lo que durará el efecto de mis palabras en los que están ahí arriba.

—De acuerdo, volvamos a Gáldar y repongámonos allí, que juro por esta barba que tengo que volveré y terminaré esta empresa, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Pues caminad, y presto, que nos va en ello mucho, y no solo los pelos de vuestra barba.

1483

197

Gáldar, 15 de febrero de 1483, mes y medio después.

—¿Conocéis la buena nueva? —preguntó Lorenzo a Alonso de Lugo. El capitán había entrado en la tienda del mercader genovés en busca de una garrafa de vino, de las que guardaba para su propio consumo y que solo compartía con sus allegados.

—¿Quién no? La verdad es que don Fernando Guadnarteme se está ganando a pulso la confianza del gobernador. Eso de que haya ido a las comarcas de Telde y de Gáldar a su propio riesgo y se vuelva con más de trescientos canarios acompañándole en son de paz es la mejor batalla que no hemos librado.

—El invierno ha hecho estragos entre los naturales. El mes de enero pasado ha sido especialmente frío y lluvioso, y el trasiego de un lado para otro por esas cumbres no es el mejor método de enfrentar la estación invernal.

—A lo que se une lo chasqueado que se ha quedado el jefe de sus guerreros, el tal Tasarte, que no vio coronado el éxito de Ajódar con el exterminio de los castellanos.

—Lo que pudo ocurrir si no hubiera intervenido don Fernando, interponiéndose entre los canarios y los castellanos. Y también gracias a vuestra iniciativa de pedírselo.

El capitán Lugo sonrió a Lorenzo.

—Como buen comerciante, acariciáis los oídos de quienes os rodean. Pero, ¿de quién fue la idea?

Lorenzo sonrió a su vez y desvió su atención a la garrafa de vino con la que se disponía llenar una bota de cuero.

—De vos, por supuesto, y de nadie más —volvió a mentir—. Y dejémoslo así.

Alonso tomó la bota llena y la sopesó en alto. Abrió el tapón y

probó el contenido al chorro.

—¡Todavía está bueno, vive Dios!

—El tonel en que ha venido responde, aunque al ritmo de consumo que llevamos, no creo que dure mucho tiempo.

—Ni falta que va a hacer, Lorenzo. El gobernador considera que en cuanto pase el mal tiempo, volveremos a subir a acabar con los canarios. Los rebeldes cada vez son menos y, por lo que sabemos, se encuentran desperdigados por las cumbres de la isla por falta de sustento.

—El capitán hambre, nuestro mejor aliado.

—Después de don Fernando, que es el primero. Lo que está logrando ese hombre sin luchar no lo hemos conseguido en cinco años de guerra.

—Veo que habéis hecho cierta amistad con el rey canario, Alonso.

—Lo he tratado en diferentes ocasiones, no olvidéis a quién se entregó, y sé que es un hombre noble, y no me refiero a su sangre. Solo busca salvar a su pueblo de su destrucción.

—Acción que no se le reconoce por todos, dicho sea de paso. Es una posición delicada la suya: o lo tildan de traidor o de salvador, cada cual según cómo le va.

—Como siempre, Lorenzo. No es de extrañar. Espero que cuando todo esto acabe, se le otorguen los honores que merece.

—¿Qué decíais de volver a las cumbres? ¿Ya se le ha olvidado a don Pedro el descalabro de Ajódar?

—Para nada, pero puede más su ira interior. Ninguno de nosotros va a olvidar el día aciago en que el receptor Michel de Moxica y más de ciento treinta vascongados murieron en la montaña, amén de otros setenta del tercio viejo de Vera. El entierro en esta villa de Gáldar nos encogió el corazón a todos.

—Más muertos pudieron ser, pero no lo fueron, gracias a Dios. ¿Qué dice el gobernador? ¿Me podéis avanzar algo? Ya sabéis que tengo el alma en vilo por la suerte de Naira, de la que nada sé.

Alonso volvió a trasegar de la bota antes de contestar.

—Que quede entre nosotros, Lorenzo —le confió—. Don Pedro tiene pensado subir de nuevo a las cumbres en el mes de marzo, abril a lo más tardar. Los heridos de la última batalla, que fueron casi todos, se están restableciendo bien, y se espera que lleguen más soldados de Castilla en ese plazo. Si a eso unimos las buenas gestiones de don Fernando atrayendo a los canarios indecisos a nuestro bando, creo que este nuevo asalto será el definitivo.

—Mucho han cambiado las cosas desde que llegamos hace ya casi cinco años, capitán. El desgaste ha sido mayor para los canarios, sin poder reavituallarse, al contrario que los castellanos.

—Era y es cuestión de tiempo, Lorenzo. Igual está ocurriendo en el

reino de Granada. La guerra de sus altezas contra el rey moro está siendo exitosa, pero a un ritmo lento y sosegado. La mayor fuerza de Castilla se hará valer por su propio peso. El débil no podrá aguantar permanentemente los embates del fuerte. Y aquí está ocurriendo lo mismo. Paciencia y persistencia, esas son las mejores armas de los castellanos.

—Estoy deseoso de que termine esta conquista.

Lugo volvió a sonreír.

—¿Ya os habéis cansado de sacarnos los cuartos? Bien que os habéis enriquecido con las soldadas de nuestros hombres.

Esta vez le tocó sonreír a Lorenzo.

—Se enriquece la casa de los Riberol, a quienes me debo, no yo personalmente. Pero entiendo que el negocio bueno va a comenzar en cuanto termine la lucha. Las tierras de regadío y lo que se plante en ellas van a ser la riqueza de esta isla. Ya sabéis que varios mercaderes plantaron cañas al poco de llegar, incluso yo mismo, y que éstas han crecido de maravilla. Se han aclimatado perfectamente en este suelo.

—Es por el buen tiempo, sin duda. Yo también estoy al tanto de lo que decís, y lo tengo hablado con el gobernador.

—¿Tenéis acuerdos secretos con él?

—Secreto a medias, lo sabe más gente. Mi intención es establecerme en estos pagos y crear una hacienda azucarera. Mi hermano Pedro es quien más ha insistido en ello.

—Si lo dice vuestro hermano, es que será verdad. Yo también aconsejaré a mis patronos a hacer lo mismo en pago de sus servicios financieros. ¿Y en qué lugar pretendéis quedaros?

—En el valle de Agaete, sin dudarlo. Para mí es el más grande y mejor regado de la isla. Allí levantaré un ingenio que dará que hablar, sin duda.

Lorenzo miró a Lugo y vio en sus ojos una férrea determinación.

—Pues tened por seguro que los Riberol os imitarán.

—Y a fe mía que se escuchará hablar de nosotros en los siglos venideros. Tenedlo también por seguro.

Gáldar, 30 de marzo de 1483, mes y medio después.

—La llegada del obispo con voluntarios de las islas de señorío es el último espaldarazo que necesitábamos. Estamos listos para iniciar el ataque definitivo.

El gobernador Pedro de Vera estaba reunido con sus capitanes en la planta baja de la nueva torre que se había edificado en Gáldar, en la naciente plaza, cerca de la cimentación de la iglesia del señor Santiago, que iba a dar nombre a la población y que se apoyaban en construcciones canarias preexistentes. Los castellanos llevaban varios meses habitando el poblado canario, aprovechando los caserones vacíos, y el lugar se iba convirtiendo paulatinamente en una pequeña ciudad europea. La aportación continua de refuerzos en lo que iba de año había empujado a Vera en su resolución de aventurarse otra vez en el interior de la isla. El gobernador expuso su plan:

—Vamos a dividir nuestras fuerzas. Una parte, al mando de mi hijo Rodrigo, al que acompañará don Fernando con algunos de sus canarios, viajará en barco hasta uno de los barrancos del poniente desde donde se puede entrar en la tierra con más facilidad.

—Será por la playa y barranco de Tasarte —detalló Rodrigo de Vera—. Don Fernando nos ha indicado que es el mejor lugar para desembarcar. Por esa entrada natural se llega directamente a Ajódar en media jornada, y si somos capaces de movernos rápido no les dará tiempo a los canarios a hacerse fuertes en lo alto de su cima. Como sabemos, la mayoría de los rebeldes se encuentra desperdigada por las cumbres del centro. Además, Tasarte es la zona donde nació el guaire supremo, que toma su nombre del lugar, y será un golpe a la moral de los rebeldes si nos adueñamos de ella.

—El resto iremos por tierra —Vera retomó la conversación—. Desharemos el camino que hicimos cuando lo del desbarato y cortaremos la comunicación entre el valle del Bentaiga y los barrancos de poniente. Si logramos unir nuestras fuerzas en los altos de Acusa, tendremos media isla ganada, la más fértil, y solo les quedarán a los canarios las cimas de la otra media, la seca y poco provechosa. ¿Preguntas?

Alonso de Lugo levantó la mano.

—¿Cuántos iremos y cuántos se quedarán aquí, en Gáldar, en la retaguardia?

El gobernador miró al capitán en tono terminante.

—Iremos con todo aquel que pueda empuñar una espada. Aquellos que no sean de guerra serán los únicos que se quedarán aquí, esta vez no habrá plan de retirada. No volveremos hasta que hayamos doblegado por completo la resistencia de los canarios. Creo que soy muy claro al respecto, ¿no es así?

Barranco de Fataga, mismo día.

—Este invierno está siendo más frío que otros años. Nuestro pueblo comienza a pasar hambre.

La guayarmina Tenoya se encontraba en una de las viviendas del poblado de Arteara, uno de los más altos de la isla y bien protegido por la extraordinaria fragosidad del barranco de Fataga. Había terminado de comer la ración diaria de gofio amasado con leche y no se sentía llena.

—Cuando llegue el buen tiempo, habrá más de comer —le respondió Bentejuí, que también había terminado lo suyo y se había quedado con más hambre que ella.

—¿Eso lo dices tú porque lo sabes o porque te lo han dicho Tasarte y el faysag de Telde? ¿Todo te lo tienen que decir ellos?

—No te burles, son personas sabias.

—Pero su sabiduría no nos da de comer. En esta parte de la isla tan árida hay poco que recoger y este año pasado, por culpa de la guerra, apenas se plantó grano. Hasta los rebaños están famélicos de lo poco que pueden pastar.

—Es el precio de nuestra libertad.

—Muchos de los de Telde han optado por marcharse con Tenesor. Cada vez somos menos quienes nos oponemos a los castellanos. Si no fuimos capaces de exterminar a los invasores en Ajódar, no lo seremos nunca.

Bentejuí se volvió hacia su esposa con expresión irritada.

—Deja de hablar de esa manera. Me deprimes. Sé perfectamente cómo están las cosas. Y también sé que desde la batalla de Ajódar, los castellanos no se mueven de Gáldar. Eso tenemos ganado.

—Pero se ven día sí, día no, nuevos barcos sobre el mar trayendo gente. Se están reforzando mientras les miramos desde aquí arriba sin hacer nada.

—No quiero seguir hablando de esto contigo. Haremos lo que propongan nuestros mayores, no tenemos otra alternativa.

La muchacha miró a la escudilla vacía que tenía delante.

—Sí que la hay.

—¡Se acabó el tema! Pensemos en otra cosa.

—Eso, pensemos durante un momento en que todo va a salir bien y que esta guerra acabará victoriosa para nosotros.

Bentejuí ignoró la ironía de la joven por un momento, lo que tardó en entrar en la cueva el faysag de Telde.

—Mi rey, traigo una mala noticia: ha muerto Chambeneder, el faysag de Gáldar.

Los dos jóvenes se sobrecogieron.

—Ya era mayor, pero, ¿qué le ha pasado? —preguntó el joven rey.

—No ha podido con el frío y el hambre —respondió el recién llegado—. Era su destino.

Tenoya se mesó el pelo con los dedos.

—Se va uno de los pocos con cabeza que quedaban. ¡Qué poco duran los momentos en que pensamos que todo va a salir bien!.

Barranco de Tasartico, 16 de abril de 1483, quince días después.

—¡Estos canarios corren como galgos por esta cuesta!

El capitán Rodrigo de Vera y sus hombres apenas podían seguir de lejos el paso ligero de sus aliados barranco arriba. La impedimenta militar metálica les provocaba caminar a un ritmo mucho más lento. El trayecto en tres carabelas y una nao se había realizado en pocas horas desde el puerto de Agaete, y el desembarco se había realizado sin oposición alguna en la playa de callados donde desembocaba el barranco. De hecho, no habían visto en todo el día a ningún enemigo, aunque Vera no apostaría por que ellos no hubieran sido vistos por alguno de los canarios, que tenían ojos en todas partes. Los cien hombres de don Fernando Guadnarteme se adelantaron en el ascenso y los ciento cincuenta de Vera, mitad peones y mitad ballesteros, les siguieron a distancia.

El objetivo era ascender hasta la confluencia de los barrancos de Tasartico y de Tasarte, a legua y media, para ocupar la montaña de Ajódar y así evitar que volviera a ser usada como fortaleza por los rebeldes. La velocidad era importante para evitar la reacción de los naturales de Tasarte, y por ello los canarios amigos subieron casi corriendo por el cauce.

Cuando el capitán y sus hombres llegaron sin ningún obstáculo a la falda de la montaña de Ajódar, de funesto recuerdo para todos, vieron el entorno ocupado por sus compañeros canarios. Con una inmensa satisfacción, Rodrigo de Vera pidió a Juan Mayor que preguntase al cabecilla de los aliados si había visto a algún adversario hostil en las inmediaciones. Al poco volvió con el canario y su respuesta:

—Dice que este lugar de Ajódar no es buen sitio para vivir. Apenas hay agua ni pastos, por lo que no hay partidas de canarios por aquí cerca. Deben de estar todos hacia el interior, donde las condiciones para sobrevivir sean mejores.

—Al menos no nos volverán a emboscar en esta montaña —dijo Vera, más para sí que para Mayor.

—Dice que el ataque de hace unos meses estaba preparado de antemano, y que es poco probable que volvieran a utilizar esta

montaña. Ya tiraron casi todas las piedras que tenían preparadas en lo alto —tradujo Mayor.

—¿Me está diciendo que este desembarco era inútil?

—Dice que era conveniente asegurarse de la inexistencia de enemigos, y que la noticia de que estamos aquí y que hemos ocupado esta parte de la isla llegará pronto a oídos de Tasarte, por lo que es bueno haber venido.

—Menos mal, porque la subida a toda marcha que nos han obligado a hacer nos ha dejado derrengados. Habrá que descansar.

—Dice que poco descanso habrá que hacer, que es mejor seguir y ocupar los altos de Acusa, a la vista de Bentaiga, para asegurar la llegada del ejército principal que sube desde Gáldar.

Rodrigo de Vera miró al canario con cara de pocos amigos.

—Dile que su idea es buena, pero que descansaremos un rato largo, que nos lo merecemos. Si seguimos a este ritmo, nos van a matar de agotamiento. Con aliados así, ¿quién quiere enemigos?

Afueras de Gáldar, mismo día.

—Me complace mucho haberos besado el anillo, ilustrísima.

El gobernador Pedro de Vera trataba de tranquilizar a su caballo jerezano, que caracoleaba inquieto sobre sí mismo. A su lado cabalgaba don Juan de Frías, el obispo de Canaria y de Rubicón. El prelado sabía por experiencia que las palabras de Vera eran más falsas que los besos de Judas, pero le siguió la corriente.

—Y a mí que lo hayáis hecho, don Pedro. No había regresado a la Gran Canaria desde la expulsión de mi deán por el capitán Rejón. Y he echado de menos que no me hayáis hecho llamar.

—Las de Rejón fueron decisiones ajenas a mi voluntad, y he estado muy ocupado con esta conquista. Espero que no me guardéis rencor, la situación era peligrosa para un hombre de iglesia como vos.

—¿Rencor? No existe esa palabra en mi vocabulario —mintió descaradamente—. Todo sea por esta magna obra de cristianizar a estas pobres gentes y ampliar así el rebaño del Señor.

—Todo sea por eso —masculló Vera, pensando en que había muchos más intereses en juego que los del apostolado.

—Señor capitán general, veo que apenas dejamos gente detrás de nosotros. Es, por decirlo así, que habéis puesto toda la carne en el asador.

—Tenéis buen ojo para ser hombre de Dios, ilustrísima. Tenéis razón, tengo la intención de quedarme con la carne y con el asador también.

—¿Y habéis pensado qué ocurrirá si estas buenas gentes deciden rendirse a sus altezas sin más lucha? ¿Qué planes tenéis para ese caso?

Vera no pudo sino recordar el mal trago que pasaron él y sus hombres en Ajódar. No estaba su ánimo para ser clemente con los

canarios.

—Si se dan, se les tratará como al resto de enemigos de Castilla. Exactamente igual que a los moros de la frontera granadina.

—A unos se les perdona, y a otros se les esclaviza, depende de la decisión de nuestros señores los reyes.

Vera consiguió que su caballo se tranquilizase al tiempo que miraba fijamente al obispo.

—Vos lo habéis dicho, sus altezas tendrán la última palabra. Ni yo, ni vos.

Barranco de Tirajana, 17 de abril de 1483, al día siguiente.

—¿Por qué vamos a Ansite? —preguntó Naira a Guanariragua, el faysag de Telde.

—Porque en Tirajana hay pastos para el ganado y está lejos de los castellanos, que están subiendo a Bentaiga —respondió el sacerdote.

Una larga fila de canarios se trasladaba desde el barranco de Fataga al de Tirajana por la cumbre encabezada por el guadnarteme Bentejuí, su esposa Tenoya y la princesa Arminda. Muchos hombres, mujeres y niños del reino de Gáldar habían estado en continua mudanza por los barrancos de la isla debido al hambre y posteriormente a la amenaza de la presencia de los europeos. La mayor parte de los que estuvieron en Bentaiga y luego en Ajódar durante el cerco se habían desperdigado por los barrancos de Veneguera, Mogán y Fataga, lejos del peligro, pero la noticia de la partida del ejército del gobernador Vera desde Gáldar el día anterior había cruzado las cumbres y los jefes militares aconsejaron que las mujeres, niños y mayores se desplazaran a Tirajana, donde estarían más seguros.

Naira había estado retenida, siempre cerca de Tasarte, en el poblado de Arteara, en el barranco de Fataga, donde el guaire se preparaba para hacerse fuerte. Este decidió que la muchacha partiera junto con los últimos guerreros encargados de escoltar la columna de personas no combatientes que escapaba del peligro.

Naira se las compuso para quedar lo más rezagada posible, caminando junto al faysag, un hombre mayor y que debido a la falta de un ojo y a sus achaques de la edad, tenía problemas para bajar los senderos empinados. La joven se ofreció a ayudarle en los malos pasos, lo que liberó de esa labor a los dos canarios que cerraban la fila.

—Dime, Guanariragua, ¿ya han nombrado al nuevo faysag de Gáldar?

—Hace un par de días. No podía ser otro que Aytami, el guaire más antiguo, un hombre con mucha experiencia y que conoce bien los rituales sagrados.

—Pero, ¿no es el tío de Tenesor?

—Muchas de las familias de Gáldar y de Telde están emparentadas entre sí. Es inevitable encontrar parentescos entre todos nosotros. Sí, es cierto que es el tío de Tenesor, pero no ha sido de los que se fueron con él cuando volvió de Castilla. Es un hombre serio y de fiar. Según me han comentado, se unirá a Tasarte en Fataga, donde piensan dar batalla a los castellanos.

—¿No les estáis dejando demasiado terreno libre a los invasores? ¿No se están introduciendo demasiado en lugares que antes eran inaccesibles para ellos?

—Ya no somos el mismo número de combatientes que antes. A los traidores que se han unido a Tenesor, hay que contar los muertos en la guerra y los que han caído de enfermedades y hambre. Por eso el resto de nuestros guerreros están dispersos, pero cuando nuestra gente esté a salvo en Tirajana, se unirán al guaire supremo para rechazar a Pedro de Vera y a sus soldados.

—¿Piensas aún que tenemos alguna oportunidad de vencer? —preguntó la muchacha.

—Por supuesto que vamos a vencer —respondió el faysag con respiración cansada, pero la mirada resoluta—. Venceremos o moriremos.

Naira comprobó una vez más que el faysag formaba parte del grupo dirigente más radical y belicoso. Mientras estos hombres dirigieran a su pueblo, habría guerra.

La tarde caía cuando la hilera de personas llegó a las inmediaciones del valle de Tunte. El guía consideró que no les daría tiempo con la luz solar de llegar al poblado y decidió que el grupo acampara en una lomada al comienzo del barranco de Tirajana. No había cuevas cerca, por lo que tendrían que dormir al raso. Las noches seguían siendo frías, así que se levantaron toldos con pieles para resguardar a los más débiles del rocío nocturno. Naira siguió cumpliendo su labor de cuidado del faysag y tras cenar un poco de queso curado, que ni gofio les quedaba, se acostaron a dormir. La muchacha vigilaba los movimientos de los dos guerreros que la custodiaban, que se echaron a poca distancia de ella considerando que no era necesario atarla. La caminata había sido larga y la fatiga se dejaba sentir en todos los miembros del grupo, incluidos los guardianes de la joven, que se relajaron al ver cómo atendía durante toda la jornada al faysag.

En muy poco tiempo el sacerdote cayó en un sueño profundo, y poco después lo hicieron sus guardas. La muchacha esperó hasta que reinó el silencio en el campamento improvisado. Despacio y con cautela, se desembarazó de las pieles que la cubrían, se levantó, y en cuanto dio varios pasos en la oscuridad en dirección al camino por el que habían venido, comprobó que nadie se percataba de su presencia. Sin plantearse ninguna otra opción, a la débil luz de la luna creciente,

comenzó a caminar rápido, venciendo su propio cansancio, hacia lo alto del barranco, por donde habían bajado apenas unas horas antes. Cuando se descubriera su desaparición, los guardianes tendrían que decidirse por seguirla o escoltar a los reyes y demás canarios a su destino en Tirajana. Se imaginó que optarían por la segunda posibilidad, y para cuando quisieran seguir su rastro, ella ya estaría lejos.

Caldera de Tejeda, 18 de abril de 1483, al día siguiente.

—Aquí estamos de nuevo —dijo Pedro de Vera, contemplando la majestuosa extensión que se abría ante su vista desde la cima de Artenara. Las cumbres de Tejeda, con el roque Nubro dominando el horizonte, daban paso al valle en el que surgía el inmenso monolito sagrado de Bentaiga—. Todo está igual que lo recuerdo de la otra vez que estuvimos aquí: el roque con sus árboles en la llanada a sus pies, la palmera solitaria y el pino gigante. Todo igual, salvo una cosa: no veo ningún canario.

—Había muchísimos, puedo jurarlo —corroboró el alférez Jáimez, con su caballo detenido junto al del gobernador.

—Ahora vemos una quietud casi escalofriante —añadió Vera—. ¿Dónde se han metido? ¿Ya no es sagrada la montaña?

Los caballos de los adalides volvieron de su exploración por el entorno del pitón rocoso. Fernán Guerra fue el primero en llegar a la altura del capitán general.

—No hay ni un solo canario en todo el valle —informó en cuanto detuvo su montura—. Se han marchado, o nunca volvieron después de lo de Ajódar.

El jerezano meditó unos instantes sobre la situación. Esperaba encontrar algo de resistencia en aquel lugar. La desaparición del enemigo le escamaba. ¿Le estaban retando a dirigirse a otro lugar para ser emboscados de nuevo? Tal cosa no volvería a ocurrir. Iría donde él lo considerara oportuno, y su decisión era cribar la isla de modo sistemático, barranco a barranco, hasta que diera y acabara con todos y cada uno de los rebeldes.

—Llamad a don Fernando, haced la merced —le pidió al alférez.

Las voces de mando pasaron de boca en boca y de escalafón en escalafón hasta que vieron acercarse al antiguo guadnarteme, que caminaba a pie en la retaguardia con sus hombres. A pesar de los ruegos de Vera, se había negado a ir a caballo. Si el resto de sus canarios iba a pie, él también lo haría.

—Don Fernando, como veis, aquí no hay nadie —le dijo en cuanto llegó—. ¿Dónde están nuestros enemigos?

El intérprete Guerra hizo la traducción de la pregunta y la respuesta de Tenesor:

—Dice que Bentaiga en invierno es inhabitable por el mucho frío y hielo que hay aquí. Es normal no encontrar a nadie. Pero os asegura que los canarios rebeldes saben que hemos llegado. De igual manera que nosotros sabemos dónde están.

Vera sonrió, el guadnarteme siempre tenía ases en la manga que no descubría hasta el momento oportuno.

—Me imagino que os referís a esos extraños modos de comunicación que existen entre los canarios, aunque estéis enfrentados, y de los que no me contáis nada.

—Dice que os lo está contando ahora. Y que no os está ocultando nada, lo acaba de saber. Todo se sabe entre canarios. La gente de Bentejuí se está fortificando en Ansite, barranco de Tirajana abajo. Los de Tasarte están en Titana y Fataga, esperándonos.

Guerra añadió una frase propia tras finalizar la traducción.

—Son montañas como fortalezas en el interior de la isla, señor.

—¿Tan malas de atacar como Ajódar? —preguntó el gobernador.

—No hay ninguna otra como Ajódar, pero tendrán su dificultad.

Vera se volvió hacia su alférez.

—¿Qué opináis, don Alonso? ¿Contra quién arremetemos primero?

El alférez contestó de inmediato.

—Sin duda contra el enemigo más fuerte. Si cae, la moral de los demás decaerá sin remedio. Iría donde estuviera Tasarte.

El guadnarteme entendió la conversación de los militares sin necesidad del traductor.

—Primero a Titana —dijo en castellano—. Allí hay muchos bastimentos.

Vera miró al canario con una mezcla de asombro y suspicacia. Tenesor entendió que debía dar alguna explicación más.

—En Fataga no hay comida, solo guerreros. En Titana, las dos cosas.

—¿Es muy grande Titana? —preguntó Vera.

El guadnarteme volvió a su idioma natal, y Guerra hizo su trabajo de nuevo.

—Dice que Titana es un risco peinado y altísimo que tiene la subida por una montaña agria y de malos pasos, pero que con sus hombres y un par de compañías de los castellanos, podrán hacerse con la fortaleza.

—¿No hace falta encaminar todo el ejército hacia ese lugar?

—Dice que no. Que vos os dirijáis hacia Fataga y esperéis a que él vuelva. Si cae Titana, habrá muchas posibilidades de evitar la lucha.

—¿Es también una montaña sagrada o algo así?

—Dice que es un refugio que siempre ha permanecido inviolado,

con un carácter simbólico muy fuerte. Por eso hay que ir a Titana primero.

—Sea, me fío de vos, don Fernando. Que mi hijo Rodrigo os acompañe como hizo en el desembarco del barranco de Tasartico, pero esta vez reforzados con tres compañías, y atacad Titana. Y dos cosas os pido, don Fernando.

—¿Qué cosas? —preguntó el guadnarteme.

—Pregonad bien alto que se pasará a cuchillo a quien no se entregue a los reyes de Castilla. —Vera hizo una breve pausa antes de hacer la segunda petición—. Y volved victoriosos. No me hagáis ir dando tumbos por esta isla, que ya he dado muchos.

Titana, 20 de abril de 1483.

Tenesor echó un último vistazo al farallón, de un lado vertical y de otro con un inclinación muy acusada, conocido por los naturales de aquella tierra como Titana. Se encontraban en el tramo medio del barranco de Tirajana, y su emplazamiento no distaba mucho de la fortaleza de Ansite, donde se estaba reuniendo la mayoría de los canarios que no combatían. Para llegar a Ansite había que pasar por Titana, por lo que hacerse con el enclave era importante de cara a acceder a aquella otra montaña refugio.

El alba apenas era una tenue luz cuando el guadnarteme se reunió con Rodrigo de Vera y Alonso de Lugo, traducción por medio de Juan Mayor.

—Es el momento de atacar —dijo el canario—. Como hemos planeado, mis hombres y yo iniciaremos la subida y trataremos de coger desprevenidos a nuestros adversarios y desarmarlos. Los castellanos deben seguirnos a una cierta distancia porque sus armas hacen mucho ruido. Si logramos llegar arriba sin que se despierten, reduciremos el lugar en poco tiempo.

—De acuerdo, don Fernando —convino el hijo del gobernador—. Os concedo la iniciativa del ataque. Pero avisad si las cosas se tuercen. Y llevad vuestra divisa en el brazo para que podamos reconocer a vuestros hombres en esta penumbra. Que, de noche, todos los canarios nos pueden parecer pardos.

Tenesor, ataviado a la usanza canaria, hizo una seña con el brazo y sus hombres le siguieron a paso ligero portando sus armas de guerra en completo silencio.

—Se trata de conseguir una rendición rápida para evitar muertes —susurró el jefe canario a sus seguidores—. Si logramos hacernos con la montaña antes de que lleguen los castellanos, privaremos a estos del baño de sangre que tienen en sus mentes.

—Así debe ser —le respondió.

Desde lejos, la columna de los canarios de Tenesor no difería para nada de cualquier otra de sus compatriotas, por lo que si eran divisados por los centinelas, muy bien podrían ser confundidos con los rebeldes de Fataga del otro lado de la cumbre. Por esa razón había

insistido tanto el caudillo canario en que no fuera con ellos ningún castellano que destruyera su apariencia.

Los canarios desaparecieron en la oscuridad y Vera buscó al capitán Lugo.

—Don Alonso, por mucho que sus acciones hablen por sí solas y yo quiera creer a este don Fernando, me escama esta consigna de que solo los canarios inicien el asalto. ¿No creeríais que nos están preparando una celada?

—En la guerra todo son incertidumbres, don Rodrigo, pero, en esta ocasión, creo firmemente que don Fernando cumplirá con lo prometido. Dejad que actúe. A fin de cuentas, nos evita un ataque frontal subiendo una montaña, algo que se ha demostrado que no es nuestro fuerte. Ya nos han dado varias bofetadas en este tipo de lides. Permitamos por un momento que los canarios hagan su trabajo.

Vera negó con la cabeza.

—No termino de fiarme de ellos. No lo puedo evitar. Me pasa igual que con los moros. Tal vez sean prejuicios, pero me mantienen alerta. Avisad a vuestra gente, que yo lo haré con la mía. Nos ponemos en marcha de manera inmediata.

—¿No vamos a esperar el tiempo que hemos acordado con don Fernando?

—Tomemos el toro por los cuernos. Quiero que nuestro nombre figure en la toma de ese peñasco.

Lugo, viendo la determinación de Rodrigo de Vera, no quiso protestar. Su padre, el gobernador, había dejado bien claro que todos los participantes en aquella entrada estaban bajo las órdenes de su hijo, aunque no tuviera la experiencia necesaria en guerras contra canarios.

—Al menos, vayamos en silencio hasta que estemos encima de ellos.

—Os lo concedo —dijo Vera—. Vayamos pues.

Los castellanos, bien apercibidos para el combate, se pusieron en marcha en cuanto recibieron la orden de sus capitanes. Aunque la consigna era el silencio, el tintineo de muchas armas y piezas metálicas en movimiento comenzó a sonar en la oscuridad.

La luz de día era apenas una rendija luminosa que se asomaba tras un horizonte oscuro y nublado cuando llegaron a la base de la montaña. En ese momento comenzaron a escucharse silbidos en lo alto y algún grito aislado.

—¡Están dando la alarma! —gritó Vera—. ¡Se acabó el silencio! ¡Al ataque!

Un aullido colectivo de guerra de más doscientas voces se escuchó al unísono y los castellanos comenzaron a escalar la montaña con paso decidido. En unos instantes se encontraron con una partida de

canarios que descendían cerrándoles el camino.

—¿Son amigos o enemigos? —preguntó Vera a sus escuderos.

—No llevan la marca en el brazo —respondió el más cercano.

—¡Pues a cerrar sobre ellos!

El ímpetu de los europeos rompió la defensa de hombres que se les oponían y abrieron una brecha en ella.

—¡Ahora estáis demasiado cerca para tirarnos piedras desde arriba! —exclamó el capitán entrando al cuerpo a cuerpo con el primer canario que se le puso por delante.

La lucha fue cruenta y en unos momentos los castellanos, bien cerrados en filas y superiores en número, hicieron huir cuesta arriba a los canarios que no habían caído bajo sus armas. Rodrigo de Vera se disponía a arengar de nuevo a sus soldados cuando se escuchó una voz fuerte en castellano sobre todas las demás.

—¡Quietos todos1 ¡Se han rendido!

Los castellanos reconocieron la voz de Tenesor, que aparecía con sus hombres bajando por detrás de la línea rota de los enemigos.

Rodrigo de Vera apenas pudo contener a sus hombres y pidió al trompeta que ordenara con sus toques la detención del ataque. Poco faltó para los castellanos más alejados del capitán cayeran sobre los canarios que descendían de la cima.

—¿Qué es lo que decís? —le gritó a Tenesor.

—¡Dice que se han rendido! —gritó Mayor— ¡Que cesemos el ataque!

A una orden de Vera, el trompeta volvió a tocar la orden de parada. El capitán esperó a que el jefe canario llegara a su altura.

—Ya no hay más resistencia —le informó a través del intérprete—. Logramos llegar a lo alto y apresamos a su cabecilla por sorpresa. Los demás, copados y confundidos, han depuesto las armas.

—¿Y estos a los que nos hemos enfrentado?

—No sabían lo que ocurría más arriba. Pero ya no hay más resistencia. Junto a los prisioneros, hemos dado con una gran cantidad de cebada y gofio, algo de ganado, manteca en ollas y carne de cabra salada.

Vera suspiró y sonrió, satisfecho.

—Bien esta lo que bien acaba, pero no se podrá decir que los castellanos no han luchado por conquistar este peñón, que al menos hay veinticinco canarios menos que se nos opongan en lo futuro.

—Don Rodrigo, es una victoria que podemos aprovechar —le dijo Alonso de Lugo, que se le había acercado durante la conversación—. Podríamos rematarla si caemos sobre Ansite. No está lejos y este peñón era su escudo de contención. Estarán desprevenidos.

—Nada de eso, capitán. Las órdenes del gobernador eran claras: hay que volver junto a él para atacar Fataga. Pero disfrutemos del

momento ¡Es una gran victoria para Castilla, vive Dios! ¡Arramblad con todo y volvamos donde el gobernador, que esta roca está vencida! ¡Vayamos a por la siguiente!

Araguacad, Telde, 22 de abril de 1483, dos días después.

—Gracias por cobijarme en tu santuario, madre.

Naira se encontraba en la cueva sagrada de las cuatro puertas de Araguacad, lugar donde Ayacata, la suma sacerdotisa de las harimaguadas, había decidido pasar sola aquellos últimos días. El resto de la población estaba desperdigada por las cumbres, fuera del poblado. La muchacha había llegado la tarde anterior y había pasado la noche guarecida junto al fuego, al lado de la mujer santa.

—Aunque nuestra gente se haya distraído por lo que pasó anteayer en Titana, debes de saber que te buscan, y para nada bueno.

—Lo sé, y también que te pongo de nuevo en riesgo. Te lo agradezco profundamente.

—Por mí no te preocupes mucho. Ya soy vieja, cada vez más débil y con menos importancia. Vivimos unos momentos en que a nadie le interesa lo que piensan las harimaguadas. Todos están por escuchar las insensateces que les cuentan Tasarte y sus acólitos.

—Todos no. Cada día cien de nuestros hombres son hechos prisioneros por los castellanos o se rinden, aleccionados por Tenesor. Jornada tras jornada son menos los que se pueden oponer a los invasores. Las cosas están cambiando, y muy rápido.

La anciana suspiró y cerró los ojos, con gesto de agotamiento.

—Nuestro mundo se derrumba ante nuestros ojos, hija mía, y nadie va a poder impedirlo.

Naira se sobrecogió ante la frase de la harimaguada, pero se repuso de inmediato.

—Tenesor trata de impedir la aniquilación. Es lo único que le mueve.

La sacerdotisa asintió a regañadientes, presa de un intenso debate interno.

—¿Se puede ser al mismo tiempo un renegado y un redentor? —preguntó en voz alta—. Tenesor actúa de buena fe, pero los resultados de sus esfuerzos no sé si van a ser los que él espera.

—¿A qué te refieres, Ayacata?

—No creo en la buena fe de los castellanos. Nos han engañado

muchas veces, y volverán a hacerlo. Tal vez no lo hagan el gobernador Vera y sus capitanes, pero sí lo harán los que les envían desde el otro lado del mar. Tiempo al tiempo. Pero, ¿qué podemos hacer? La alternativa es el planteamiento radical y perturbado del faysag Guanariragua y del guaire Tasarte, que han influido en ese pobre muchacho de Bentejuí: resistir o morir. ¿Merece morir todo nuestro pueblo o merecemos vivir, aunque sea bajo el peso de los pies castellanos?

—Tenesor asegura que los reyes de Castilla le han prometido que respetarán vidas y haciendas. Los mismos capitanes castellanos lo tratan con respeto y consideración. Es un hecho palpable para todos.

—De momento les es útil, no pierdas eso de vista, Naira. ¿Qué pasará cuando se rinda el último de los canarios?

—Todos viviremos en paz. Por eso lucha Tenesor. Por eso le sigo.

—Ojalá Acorán te escuche antes de que le cambien el nombre. Antes de que te lo cambien a ti, porque lo harán —la mujer se detuvo un momento, tratando de calmarse—. Al menos, tú tienes quien vele por ti. Cuida de tu hombre, de corazón puro, porque es muy posible de que te haga falta muy pronto.

Naira miraba estremecida a Ayacata, a quien veía hundida en profundos y negros pensamientos.

—Madre, yo no veo las cosas de ese modo: se inicia una nueva era en la que tendremos que convivir con otras gentes, con otras costumbres. Pero de esa convivencia puede surgir una raza nueva con más fuerza y determinación para encarar el futuro. Los castellanos son gente muy fuerte y osada. Si les dejan, conquistarán el mundo entero. Y los canarios no les vamos a la zaga en cuanto a coraje y valentía. ¿No es mejor estar junto con ellos que contra ellos?

—Ya no sé lo que es mejor ni peor. Lo que sé es que nuestro pueblo canario, orgulloso y libre, vive sus últimos días, y eso me entristece.

—No estoy de acuerdo. Tan pueblo canario es el rebelde que resiste como el que sigue a Tenesor. Los canarios viviremos para siempre, como tú dijiste, pero tendrá que ser mezclados con otras gentes venidas de más allá del mar. Es el signo de los tiempos, nadie se puede resistir, y nadie podrá impedirlo.

—Que Acorán te oiga, niña. A mí, ya solo me queda morir y dejar de ser un estorbo para los demás.

—Tienes que hacer algo muy importante antes de eso, madre. Y lo sabes.

Ayacata miró a Naira con ojos solemnes.

—Lo sé. Dentro de muy poco llegará ese momento funesto que augurabas. Me pediste que interviniera y, muy a mi pesar, lo haré. Lo haré por ti y por toda la gente joven que se merece vivir una vida que de otra manera quedará cercenada. ¿Qué legado dejaremos los

canarios si todos morimos inmolados en un inútil sacrificio? ¿Quién se acordará de nosotros? ¿Merecerá la pena que alguien recuerde a unos locos suicidas dentro de cien, dentro de cinco veces cien años?

Naira se sintió pequeña al lado de aquella mujer con reflexiones tan profundas. Tenía que replicar:

—Se acordarán, porque nuestros hijos vivirán para contarlo. Para relatar las hazañas de sus antecesores y la honra con la que defendieron su tierra. Y también hablarán de la sabiduría de no dejarse masacrar y de aceptar el mestizaje como una forma de evolución, de progreso.

Ayacata, cansada, hizo un ademán con el brazo, signo de que la entrevista había terminado

—Es hora de que marche a Ansite. El camino es largo, sobre todo para mí, y debo estar cerca de la pareja real. Tú, Naira, ve con Tenesor y mantente lo suficientemente cerca de él para que no olvide las promesas que ha hecho y para que las haga cumplir a los castellanos, que será la parte más difícil.

—Así lo haré, madre. Dame tu bendición, te lo ruego.

—La tienes. Marcha en paz, pero, si se trata de rogar, es mejor que dirijas tus ruegos a que nuestros esfuerzos sirvan para algo. Que valgan para que el pueblo canario perviva más de mil años, tal como te vaticiné hace tiempo, a pesar del dolor innecesario que causan y de la crueldad insensata que exhiben todos esos hombres que sirven a la guerra y la adoran, tanto de un lado como del otro. Malditos sean.

Ansite, 23 de abril de 1483, al día siguiente.

El guaire Tasarte se adentró en la gran cueva que se hallaba debajo del roque de Ansite y que lo atravesaba de parte a parte. Allí le habían dicho que se encontraba el guadnarteme Bentejuí, y los canarios que se encontraban en el lugar abrieron paso con respeto ante su caminar decidido. Los cinco hombres que lo escoltaban no demostraban fatiga alguna, a pesar del trayecto de subidas y bajadas que habían realizado en menos de una jornada para llegar desde Fataga.

Tasarte había decidido entrevistarse con el joven rey en un viaje relámpago tras los graves acontecimientos de Titana. Bentejuí, que se encontraba charlando con el faysag Guanariragua, lo vio llegar de lejos y avisó al sacerdote. Ambos se levantaron y acudieron a su encuentro, en la mitad del pasadizo interior.

—Bienvenido seas, Tasarte —dijo el guadnarteme en cuanto llegó a su altura.

—Gracias, Bentejuí —contestó el guaire—. Buen día tengas, Guanariragua, quiero hablar con vosotros. A solas.

El muchacho indicó la salida más cercana y los tres caminaron en esa dirección. Los escoltas de Tasarte se dispusieron a descansar. Una vez fuera, se sentaron en unas grandes piedras, lejos de los oídos de los habitantes de la montaña.

—Me imagino que vienes por lo de Titana —aventuró Bentejuí.

—Así es —respondió Tasarte—. He venido a verte para hablar contigo y me vuelvo a Fataga de inmediato. Quiero decirte que tras la marcha de los castellanos hemos vuelto a ocupar el roque de Titana. Ansite vuelve a estar seguro por ese lado, y nuestros hombres están prevenidos para cualquier otro futuro intento.

—¿Y por los otros lados?

—Por la costa se les vería llegar con mucha antelación, y ya han sido rechazados dos veces por ese camino. No creo que vuelvan por él. Y para llegar por la cumbre, tienen que pasar antes por Fataga, y allí les estamos esperando.

—Fataga no es tan fuerte como Ajódar o Bentaiga.

—La fortaleza siempre ha estado en nuestro poder, Bentejuí. Lo demostraremos una vez más.

—Me han dicho que Vera viene con más gente de guerra que nunca, y con los hombres de Tenesor, que cada día son más.

—Todos volverán a sufrir el mismo descalabro que en ocasiones anteriores. Lo que tenemos que hacer es descabezar a su ejército. Vera debe morir en la lucha. La obstinación de ese hombre es lo que ha llevado a los castellanos a volver a atacarnos.

—No es solo Vera el culpable —intervino Aytami—. También lo es Tenesor. Su aparición en Ajódar fue lo que salvó a los castellanos. Los nuestros no se atrevieron a matarlo. A fin de cuentas, es de sangre real y fue guadnarteme.

—Ese fue nuestro gran error, debimos acabar con ambos en ese momento —sentenció Tasarte—. Y eso es lo que pretendo hacer ahora. Yo mismo me encargaré de ello para evitar vacilaciones en nuestros guerreros. Si con ello arrostro la cólera de Acorán por atreverme a tamaño sacrilegio, correré el riesgo.

—No creo que Acorán se encolerice contigo —dijo el faysag—. Antes te premiará con una vida larga y provechosa.

—Lo siento por Tenesor —dijo Bentejuí—. A fin de cuentas, es pariente mío.

—El delito de Tenesor es gravísimo, y su pena solo puede ser una —contestó Tasarte—. Es preciso que desaparezca.

—Tenesor debe morir —recalcó el faysag.

Bentejuí suspiró. En su fuero interno odiaba aquella situación a la que se veía sometido.

—Sea. Tendrás mi apoyo, Tasarte. Respaldaré cualquier cosa que hagas contra nuestros enemigos.

—Hemos tenido suerte en tener un guadnarteme tan sabio, a pesar de su juventud —contestó el guaire—. ¡Larga vida a Bentejuí, nuestro rey!

—¡Larga vida a Bentejuí! —coreó el faysag.

—Larga vida a nuestro pueblo, que es lo que todos deseamos —concluyó el cariacontecido muchacho con otro suspiro.

Barranco de Fataga, 25 de abril de 1483, dos días después.

—En realidad es esta una tierra áspera y agria.

Pedro de Vera se encontraba con sus capitanes y Tenesor en lo más alto del barranco de Fataga proveniente del macizo central, que se abría ante sus ojos perfilando sus afiladas cumbres sobre un cauce profundo y agreste. El verdor de otros lugares del norte de la isla se veía mucho más mitigado a causa de las escasas lluvias que se producían en aquella zona. «En verano estará todo seco», pensó Vera. «No parece un lugar para vivir. Más bien para morir». Tenesor le había informado que a la mitad de la bajada existía una gran necrópolis con multitud de enterramientos de generaciones anteriores. «Desde que se tiene memoria», había especificado el canario.

—En ese lugar nos esperan los guerreros más feroces y atrevidos —advirtió el canario a través de Fernán Guerra.

—Con unos espacios tan amplios es imposible caer sobre ellos por sorpresa —advirtió el gobernador—. Nos verán desde que bajemos un poco.

—Ya saben que estamos aquí —dijo Tenesor con seguridad.

—Me imagino que es inevitable. Pero les daremos una oportunidad: en lo que nos acercamos, id vos delante y avisadles del peligro en que todos están de morir a cuchillo si no se reducen por bien y de inmediato.

—Así lo haré.

Tenesor no dijo más y, junto con diez hombres, se adelantó a la vanguardia del ejército que comenzaba a descender desde la cumbre por el barranco.

Mientras contemplaba como aquellos hombres bajaban con agilidad entre los peñascos, Vera admiró una vez más la determinación del canario y su increíble afán por terminar la guerra cuanto antes y con las menos muertes posibles. Había sido un acierto enviarlo a Castilla. Desde que volvió, había conseguido más con su ayuda en cuatro meses que los casi tres años que él llevaba en la isla.

La serpiente multicolor que formaba la tropa castellana y sus aliados canarios reptó por el cauce en dirección al lugar donde se

habían fortificado los rebeldes, un promontorio que dominaba el riachuelo que se deslizaba por su lecho. La pendiente de acceso era mucho menos acusada que en Ajódar o Bentaiga, para alivio de los soldados del gobernador. Podrían llegar a las manos, que es lo que deseaban.

En media jornada los castellanos llegaron a la base de la colina donde esperaban los canarios insumisos. El sol había pasado su cénit y la tarde comenzaba con más calor del acostumbrado en aquellas fechas. Tenesor esperaba a Vera y se acercó a él en cuanto llegó.

—No quieren darse —le informó—. Están dispuestos a luchar hasta el fin.

El gobernador no se sorprendió. Se esperaba la respuesta, sobre todo teniendo en cuenta que comandaba a los canarios el mismísimo Tasarte, el soporte anímico de la resistencia a su entrada. Vera hizo una señal a sus capitanes levantando su espada.

—No les demos tiempo a nada ¡Ocupad las entradas, en formación y subamos a por ellos!

Los capitanes dividieron la hueste en dos grandes grupos, con los peones por delante apoyados por los ballesteros, que comenzaron a lanzar sus virotes sobre las posiciones más cercanas de los canarios. Por la cuesta del naciente comenzaron el ascenso los hombres de Tenesor seguidos por el alférez Jáimez y el propio gobernador. Por el otro lado lo hicieron Rodrigo de Vera y Alonso de Lugo con sus soldados y el contingente gomero. Aunque la lluvia de piedras comenzó a caer, no era tan numerosa como en Ajódar. La experiencia de los aliados les ayudó a esquivar la gran mayoría sin que cesase la velocidad de subida. Los canarios de Tenesor y los gomeros ascendían con la presteza que les era habitual, pero esta vez los castellanos trataron de competir en velocidad. El resultado fue que en muy poco tiempo los asaltantes llegaron a la zona defendida por Tasarte y los suyos, para sorpresa de estos, y comenzó la refriega cuerpo a cuerpo.

El gobernador comprobó que los canarios de Tenesor abrían camino a sus hombres, pero trataban de no enfrentarse a muerte con sus compatriotas.

—¡Señor alférez! Desde ahora, adelantemos a los canarios de don Fernando y asumamos el peso de la batalla.

Los castellanos del lado de Vera, formados en un grupo compacto, se abrieron paso hasta llegar a encontrarse directamente con los defensores del macizo. Se enfrentaron de nuevo la táctica de combate en grupo de los europeos con la de las hazañas individuales de los naturales. En unos instantes los soldados de Vera y Lugo llegaron a la cima por el otro lado y la batalla se tornó encarnizada. Los canarios luchaban con enorme valentía, oponiendo a las armas metálicas sus dardos y lanzas de madera endurecida al fuego, manejadas con una

velocidad endiablada. Algunos de los rebeldes portaban espadas capturadas en otros lances, pero la destreza en su uso dejaba mucho que desear.

En un momento de la pelea en que el resultado del combate permanecía indeciso, Tenesor se encontró frente a frente con el faysag Aytami.

—¿Vas a matarme, que soy el hermano de tu madre? —le preguntó el sacerdote al enfrentar sus lanzas.

—Esta lucha no tiene sentido, Aytami. Deponed las armas y el gobernador os perdonará a todos —Tenesor bajó su lanza y la lanzó al suelo y puso una rodilla en tierra—. Te lo suplico, Aytami, para esta carnicería.

El gesto no pasó desapercibido para los hombres que luchaban a su lado. Si Aytami hubiese querido, lo habría herido mortalmente allí mismo, pero el faysag se detuvo, asombrado. Aquel hombre era capaz de poner su vida en juego para acabar con aquel infierno. El faysag bajó su lanza y los hombres que le rodeaban fueron haciendo lo mismo, ante la sorpresa de los castellanos.

—¡Esperad a ver qué pasa! —gritó el gobernador. La orden fue pasando de hombre en hombre y la lucha fue decayendo en aquel lugar hasta que los combatientes se detuvieran paulatinamente, observándose alerta.

—¿Se respetarán vidas y haciendas? —preguntó el faysag tanto a Tenesor como a Vera— ¿Podremos vivir en paz en nuestra tierra?

El adalid Guerra gritó la respuesta que le dio Vera.

—¡Los canarios serán perdonados y podrán volver a sus casas solo con que bajéis sin armas!

—Si mi sobrino pone su vida en mis manos de esta manera como lo ha hecho, no puedo menos que confiar en él —dijo, tirando su banot al suelo.

Los canarios que flanqueaban a Aytami se miraron, confusos e indecisos. Al momento, uno de ellos tiró sus armas al suelo. De inmediato lo hicieron dos más. Al punto, tres más, y así uno tras otro, engrosando un numeroso grupo.

—¿Qué hacéis? —gritó Tasarte en lo más alto del promontorio—. ¡No os entreguéis a los invasores! ¡Luchad hasta que muera el último!

Aytami se giró y le contestó en voz alta.

—¡Se acabó la lucha! Si hay que elegir entre vivir y morir, nosotros elegimos vivir. ¡Muere tú si lo deseas!

Las miradas de todos se dirigieron a lo alto. Incluso los guerreros que rodeaban a Tasarte comenzaron a tirar sus armas.

—¡Me dejáis solo, malditos! —vociferó con desesperación. Lanzó una última piedra desde lo alto y se subió en un par de saltos al risco más alto del promontorio, a cuya espalda se abría un abismo sobre el

fondo del barranco, cruzó los brazos sobre su pecho y gritó:

—¡Atis Tirma, Atis Tirma!

—¿Qué diablos dice? —preguntó Vera al adalid.

Guerra tradujo tras pensarlo unos instantes:

—No lo tengo muy claro, es algo así como una llamada a la divinidad.

Tasarte se giró y se lanzó al vacío de cabeza. Su cuerpo desapareció detrás de las rocas en medio del asombro consternado de quienes le rodeaban. No hizo falta mirar para saber la suerte del guaire.

—¡Ave María Purísima! —dijo Pedro de Vera, persignándose—. ¡Ahora sí que me creo que esta guerra puede terminar pronto! ¡Loado sea el Altísimo!

Barranco de Fataga, 26 de abril de 1483, al día siguiente.

—Qué poco me gustan este ir y venir por estas cumbres malditas. Con estas rachas de viento hace un frío de mil demonios.

El capitán Valdés comandaba una patrulla a caballo que vigilaba desde lo alto los pasos entre las cimas montañosas y los accesos de los barrancos adyacentes al más grande de Fataga, cuyo cauce se perdía de vista en dirección al meridión, camino del mar.

La tarde había transcurrido con tranquilidad, no habían visto ninguna partida de canarios hostiles, y el sol ya se había desplazado detrás de las crestas, con lo que tocaba bajar al campamento.

Tras la batalla del día anterior, las partes contendientes se dedicaron a recoger a sus muertos y a atender a sus heridos. Los canarios que se rindieron fueron dejados en libertad, no sin cierta sorpresa, bajo palabra dada a Tenesor y a Pedro de Vera, para que volvieran desarmados a sus poblados a «recoger las sementeras», como especificó el gobernador.

La hueste descansaba y se preparaba para partir al día siguiente camino de Ansite, el siguiente bastión de los canarios irredentos, al otro lado de las altas montañas del naciente. El cuerpo principal del ejército no había sufrido bajas de consideración en la refriega y la moral se mantenía más alta que nunca tras la desaparición de Tasarte.

—Tenéis poca memoria con esto del frío —le replicó el escudero Miguel de Clavijo—, ¿Ya os habéis olvidado el tiempo que suele hacer en vuestra tierra asturiana?

El capitán observó con mirada aviesa al escudero. Aunque se llevaban bien, no le iba a permitir demasiadas bromas.

—Me fui hace tantos años que se me ha olvidado. Tal vez tengáis razón, me he acomodado demasiado a este clima isleño, demasiado amable. Pero me refiero al que hace en la costa, que aquí arriba es otra cosa. Pero con frío o calor, por fin esta guerra está a punto de terminar.

—¿Qué pensáis hacer? ¿Vais a quedaron en la isla o retornaréis a Castilla?

—Pensaba que iba a haber muchas presas a repartir —dijo,

chasqueado—, pero con la política del gobernador de perdonar a todos los canarios, nos vamos a quedar sin esclavos. No sé si será negocio quedarse. Aunque hay buenas tierras y hay agua para regarlas, el inmenso trabajo que se presenta para ponerlas en producción me parece insufrible. Soy un soldado, no un campesino. Lo más seguro es que agarre mi soldada y me vaya al Andalucía, ahora que hay guerra de nuevo contra el moro.

—Yo pienso quedarme si me dan buenas tierras —comentó el escudero—. Dicen que las cañas dulces darán cuantiosos dineros. En los puertos de Europa compran el azúcar a precio de oro. Probaré suerte aquí.

—Pues que os vaya bien escardando el suelo. Yo tentaré la suerte pillando los bienes de los moros, y a las propias moras, que también son buena presa.

El escudero detuvo su montura y fijó su mirada en uno de los senderos que se cruzaban en las laderas por las que transitaban.

—Hablando de presas —dijo, señalando a un punto concreto—. Allí veo una mujer canaria que trata de esquivarnos.

Valdés miró en la dirección indicada.

—No veo nada.

—Acaba de esconderse detrás de unos matorrales —aclaró Clavijo —. Nos ha visto y quiere pasar desapercibida.

—¡Qué vista tenéis, pardiez! Sigo sin ver nada. Pero si se oculta, es que no es de los canarios que se dieron ayer. Debe de ser de los rebeldes, así que es presa de buena guerra y se puede esclavizar. Conviene capturarla antes de que el gobernador la perdone, como hace con tantos otros en perjuicio de nuestras bolsas. Así que, ¡a por ella!

—¿Hacemos como con los toros en Jerez? —preguntó el escudero, que espoleó su caballo.

—Acoso y derribo. No hay método mejor —contestó el capitán.

Los dos jinetes se separaron del grupo de soldados castellanos y bajaron la ladera al trote rápido. El lugar donde se había escondido la canaria era un falso llano en el que los caballos podrían maniobrar. Valdés tomó por la izquierda y Clavijo por el otro lado. El escudero se acercó a la alta retama que servía de escondite a la canaria, que se vio descubierta y salió corriendo cuesta abajo.

—¡Allá va, capitán! —exclamó el escudero.

—¡Ya es mía! —contestó Valdés, poniendo el caballo al galope, que en cuatro trancos alcanzó a la mujer. El jinete utilizó la lanza larga que portaba como garrocha y la hizo tropezar con su extremo. La canaria cayó al suelo y rodó sobre sí misma. Los dos jinetes llegaron a su altura en unos instantes y ambos descabalgaron de un salto. Antes de que la mujer pudiera incorporarse, cayeron sobre ella y le aferraron

los brazos. Tardaron en reducirla porque se resistió con fuerza, pero una vez sujeta, le dieron la vuelta y contemplaron su rostro.

—¡Por la virgen de Covadonga! —exclamó Valdés, sorprendido—. ¡Si es la hija de Adargoma! Hoy es mi día de suerte —dijo a continuación al tiempo que afloraba en su rostro una sonrisa lobuna. Y, sin más preámbulos, le sacudió una fuerte bofetada con su mano enorme que la dejó sin sentido.

—¡Ah! ¡Qué ganas tenía de esto! —dijo, completamente satisfecho.

Barranco de Fataga, 27 de abril de 1483, al día siguiente.

—Amigo Lorenzo, os tengo que dar cuenta de una nueva que no es buena.

—¿Qué ocurre, Alonso?

Alonso de Lugo había hecho llamar a Lorenzo a su tienda a primera hora de la mañana y le recibió con semblante compungido.

—Se trata de Naira. Ha aparecido.

Lorenzo adoptó una expresión de confusión.

—Pues son buenas, entonces —dijo, pero se alarmó al notar el tono serio del capitán— ¿Ha pasado algo?

—La capturó ayer tarde el capitán Valdés en la montaña. Trató de resistirse, lo que apunta a que sea considerada presa de buena guerra. Tiene testigos.

Lorenzo captó al instante las consecuencias de lo que acababa de decir Lugo y la preocupación apareció en su rostro.

—Cualquiera trataría de resistirse a un tipo como Valdés —dijo en tono indignado—. Pero no puede ser considerada rebelde, era una enviada de don Fernando Guadnarteme para allanar el camino.

—Eso que decís no lo sabe nadie, salvo vos y don Fernando. Si no se prueba, Valdés estará en su derecho de solicitar que se le adjudique como esclava. Recordad que igual ocurre con otros canarios de guerra capturados. Solo se salvan aquellos a quienes se aplica el perdón del gobernador. Si hubiera estado en Fataga, se habría librado.

—Hablaré con don Fernando. Él podrá explicarlo todo.

—No sé qué fuerza probatoria tendrá el testimonio de don Fernando, pero sería conveniente tantear esa posibilidad. Tendréis que daros prisa, el gobernador ha dado orden de levantar el campamento, y ya sabéis que los canarios aliados son los que abren camino. La batalla final está cerca y os digo, y que quede entre nosotros, que en este momento de incertidumbre frente a lo que puede ocurrir en estos próximos días, os convienen dos cosas.

—¿Qué dos cosas, don Alonso?

—Por un lado, que don Fernando siga vivo. Ya sabéis lo que se expone al ir a parlamentar con los canarios antes de cada choque.

—Tiene la consideración de persona casi sagrada.

—Sí, pero es mortal. Una piedra lanzada de no se sabe dónde, un mal encuentro en la batalla, cualquier circunstancia imprevista, puede acabar con su vida.

—Lo entiendo, ninguno estamos a salvo. ¿Y la segunda?

Alonso de Lugo miró fijamente a los ojos a Lorenzo antes de contestar

—Pues eso, que ninguna persona está a salvo.

El silencio de Lugo fue elocuente.

—Ni siquiera Valdés —concluyó Lorenzo.

—Eso lo habéis dicho vos, no yo.

—Gracias por todo, amigo mío —le dijo, dirigiéndose a la salida de la tienda.

—Tened cuidado, Lorenzo, que vos también podéis correr peligro.

Lorenzo apretó el brazo del capitán y salió de la tienda.

Una vez fuera, recordó dónde estaban aposentados los hombres de la capitanía de Valdés y se dirigió hacia allí, sorteando la efervescencia del campamento. Todos los soldados estaban en movimiento para emprender el camino hacia el barranco de Tirajana, al otro lado de la montaña. Sabía que un encuentro con Valdés podría ser contraproducente, por lo que buscó alguna cara conocida. Casi todos los castellanos de la isla, incluso los que llegaron en los últimos meses, le habían comprado algo en su negocio. Reconoció al escudero Clavijo, un hombre honesto, con él podría hablar. Se acercó y esperó a que se quedara solo un momento.

—Buen día tengáis, maese Miguel —le dijo en cuanto vio la oportunidad. El escudero se volvió.

—¡Ah! Sois vos, micer Lorenzo. El capitán Valdés nos ha prevenido de que vendríais —le dijo en tono circunspecto—. Lo siento, pero tenemos órdenes estrictas de impedir que os acerquéis a su tienda, incluso por la fuerza si es necesario.

—La canaria, la hija de Adargoma, ¿está allí?

—A buen recaudo.

Lorenzo no pudo disimular su angustia.

—¿Está bien?

—Un par de moretones de una buena caída, pero nada más. Os ruego que no forcéis la situación. Me pondríais a mí y a nuestros hombres en una posición incómoda. Os tengo en buena consideración.

Lorenzo desechó la idea de abrirse paso con violencia. No eran precisamente unos alfeñiques aquellos soldados, y andaban en ese momento completamente armados.

—Y yo a vos, señor escudero. Hacedme un solo favor. ¿Podéis darle un mensaje de mi parte. Serán solo dos palabras.

El escudero sopesó la petición unos instantes antes de responder.

—Sea, pero que no se entere nadie. ¿Qué queréis que le diga?.

—Solo esto: airam ul—inu.

Clavijo abrió los ojos de la sorpresa.

—¿Qué diablos significa?

—Solo decidle eso, os lo ruego. ¿Podréis repetirlo?

—Desde luego, es fácil. Pero sabedlo, si me preguntan, negaré haberlo hecho.

—Nadie os preguntará y os lo agradeceré siempre.

—Agradecédmelo la próxima vez que vaya a compraros algo.

Lorenzo sonrió y volvió sobre sus pasos. Nada más podía hacer allí. El mensaje era sencillo en lengua canaria: «te liberaré». Ahora tocaba hablar con Tenesor. Se dirigió a paso rápido hacia el extremo del campamento donde se encontraban los canarios aliados, pero se llevó una decepción al llegar: todos los naturales habían partido ya. Le preguntó al soldado más cercano.

—¿Hace mucho que salieron los canarios?

—Al alba ya estaban en camino. Son madrugadores, voto a tal.

Lorenzo agradeció la información y una sensación de amarga certidumbre de apoderó de él. Siempre se había mantenido lejos de la guerra, pero había llegado el momento en que tendría que meterse de lleno en ella. Y las dos posibilidades que le planteó Lugo asaltaron su mente y comenzaron a torturarlo.

Ansite, barranco de Tirajana, 28 de abril de 1483, al día siguiente.

La hueste de Pedro de Vera había llegado la tarde anterior a la enorme caldera de la que surgía el gran barranco de Tirajana y continuaron descendiendo por el cauce, siguiendo el arroyo que serpenteaba por su lecho. Dejaron a un lado Titana, que había vuelto a ser ocupada por los canarios aunque en escaso número, por lo que se dispuso que cien hombres los cercaran y cuidaran de que no se movieran de allí, mientras el grueso del ejército seguía adelante. El gobernador no quería distracciones y deseaba llegar al último reducto de resistencia de los canarios cuanto antes. Hicieron noche al abrigo del enorme palmeral de Tirajana, y a la mañana siguiente continuaron la marcha.

La llegada de los castellanos y de los canarios aliados a Ansite fue anunciada por decenas de silbidos de sus enemigos que les acompañaron en los últimos tramos del camino. Los canarios rebeldes se habían hecho fuertes en un pitón de piedra gigante que se levantaba en uno de los lados del barranco. La montaña estaba horadada por una inmensa galería que la atravesaba de parte a parte, además de un sin número de cuevas, grandes y pequeñas, que jalonaban sus paredes casi verticales. En lo alto del roque, decenas de siluetas a contraluz indicaban que los hombres del guadnarteme Bentejuí los esperaban con las armas en la mano.

Vera encargó a sus adalides y a don Fernando que hicieran un reconocimiento del lugar y estos volvieron al cabo de una hora. El primero que informó fue Fernán Guerra:

—Habrá cosa de doscientos hombres de pelea en el risco y alrededor de él. También hay mujeres y niños. Está claro que todos los que quedan se han refugiado aquí.

—¿Doscientos hombres? —preguntó el gobernador— Me esperaba más.

—Ya no hay más en disposición de tomar las armas. El invierno ha sido duro y la continua defección de los canarios gracias a don Fernando los ha dejado reducidos a lo que vemos.

—No es algo que me disguste. Esta vez la superioridad en número

nos corresponde a nosotros.

En aquel momento llegó Juan Mayor, que descabalgó de inmediato y se acercó al gobernador y a sus capitanes.

—Hay dos senderos por donde se puede subir —les anunció—. Son difíciles, pero no imposibles con la ayuda de nuestros aliados canarios.

El gobernador se giró y habló para los presentes, tanto a los adalides como a los capitanes.

—Formemos un cerco alrededor de la montaña. Estableceremos un real en la parte alta del barranco, para evitar sorpresas frente a un posible contraataque, y otro abajo, cerca del roque. La hueste se dispondrá en tres grupos de trescientos hombres que bloquearán todos los pasos y nos prepararemos para tomar esa fortaleza al asalto mañana en cuanto amanezca.

—Es mucha gente en un espacio reducido —indicó el alférez Jáimez—. Si mantenemos el sitio unos días, se quedarán sin víveres muy pronto. No les quedará otra que rendirse.

—Esa posibilidad queda postergada —respondió Vera—. A la vista está que tenemos una superioridad numérica de cinco a uno. Esta vez no vamos a esperar como hicimos en Bentaiga para que se escapen de noche por algún agujero desconocido. Atacaremos al alba. Y que se pregone bien alto por los adalides, tanto a canarios como a castellanos, que la guerra será a sangre, sin perdonar vidas por estar ahí refugiados los culpables de la muerte de Moxica y de sus vizcaínos.

Tenesor llegó al lugar donde estaban reunidos los capitanes en ese momento y no le hizo falta traductor para entender lo que había dicho Vera. Se acercó al gobernador con semblante triste, pidiendo a Guerra que le tradujera.

—Dice que llora por el desastroso fin que le espera a su hija la reina Tenoya, a su sobrina Arminda y a muchos parientes que están en la fortaleza. Os ruega que le permitáis ir primero a hablar con ellos a ver si puede convencerlos para que se entreguen.

Vera miró al compungido guadnarteme, comprobando que su aflicción era auténtica, pero la ira que anidaba en su pecho seguía dominando sus pensamientos.

—Ya lo intentasteis en Fataga y no funcionó. Y mi gente quiere venganza por lo de Ajódar.

—Dice que el principal instigador de lo de Ajódar fue Tasarte, que ha muerto. Es el faysag Guanariragua quien mantiene el mensaje fanático de resistencia a ultranza. Tal vez pueda convencer a los nobles que rodean a la reina y a su esposo. Dice que no perdéis nada por esperar un poco y podréis salvar muchas vidas. Además —añadió Guerra de su cosecha—, no hay que olvidar que ahí están su hija y su sobrina.

Vera dudó. Como todos sus hombres, veía la victoria al alcance de la mano y sentía la tentación de desahogar toda su rabia acumulada en años sobre los últimos resistentes. Dudó sobre cómo se le reconocería mejor por sus altezas: o bien como un vencedor magnánimo, que logró acabar la conquista sin más pérdidas para los castellanos perdonando a sus enemigos, o bien como un voraz asesino sanguinario que acabó con la débil resistencia final a sangre y fuego pasando a cuchillo a toda la población. A la reina doña Isabel le agradaría más la primera posibilidad, y su ambición personal consistía en lograr un puesto de relevancia en la guerra contra el reino de Granada, que se estaba perdiendo al estar ocupado en aquella isla remota. La balanza se decantó por este lado.

—De acuerdo, os permitiré que vayáis a parlamentar, pero lo haréis cuando amanezca y no antes. Que tengan toda la noche para darse cuenta de que no tienen escapatoria y, si no acceden a vuestras palabras, no tendrán salvación.

Ansite, 29 de abril de 1483, al día siguiente.

Las primeras luces del día se adivinaban en las cimas rocosas que rodeaban el recodo que el barranco de Tirajana hacía en Ansite y sorprendieron a Tenesor y a Lorenzo en plena conversación.

—Soy consciente de tu sufrimiento, corazón puro, pero tendrás que esperar. La misión que tengo que cumplir es mucho más importante.

—Lo sé, Tenesor —respondió Lorenzo en canario—. Esperaré a que cumplas con tu deber. Solo quería saber si estabas dispuesto a ayudarme.

—Lo haré si así lo quiere Acorán y me da vida para ello. Y más por Naira que por ti. Ha sido una fiel colaboradora, y eso no puedo olvidarlo.

—Gracias, Tenesor. Me ofrezco a acompañarte.

El guadnarteme puso su mano en el hombro de Lorenzo.

—Aunque algunos sepamos cuál es tu verdadero origen, los míos pueden verte como uno más de los castellanos. Prefiero que te quedes aquí. Iré yo solo.

Lorenzo suspiró. Temía por la vida de Tenesor. ¿Y si los últimos defensores lo mataban por pura venganza? ¿Qué posibilidades tendría frente a los argumentos de Valdés? ¿Tendría que verse forzado a enfrentarse al capitán? En medio de esas preguntas, vio marchar al guadnarteme en dirección a la prominencia rocosa donde se refugiaban los últimos canarios que resistían al invasor. Una pequeña escolta de diez hombres de su confianza le acompañó durante un trecho, hasta que el propio Tenesor les indicó que seguiría solo lo que restaba de camino.

Los ocupantes de la fortaleza natural no tardaron en reconocerle y alzaron todos a un tiempo, niños, hombres y mujeres, gritos y voceríos que resonaron por aquellos barrancos casi media legua. El guadnarteme siguió con paso firme hasta que llegó al pie de la montaña. Los primeros defensores comprobaron que estaba desarmado y le abrieron paso, respetuosos. Tenesor conocía el camino de ascenso a la cima del peñasco y no se detuvo a hablar con nadie hasta que llegó arriba.

Rodeados de un grupo de guerreros le esperaban el joven rey

Bentejuí, con la reina Tenoya a un lado y el faysag Guanariragua al otro. Detrás de ellos se encontraban los guaires Autindana y Maninidra y el resto de los nobles canarios.

—¿A qué vienes, Tenesor? —preguntó el faysag en tono agresivo.

—Vengo a tratar de que entréis en razón. Dejadme hablar,

—¡Vuélvete por donde has venido, traidor! —le espetó el faysag con una mirada llena de odio.

La tensión se enseñoreó del ambiente. Los guerreros apretaron sus armas, esperando la orden de ataque.

—¡Dejadlo hablar! —conminó en voz alta Tenoya, la reina. Los hombres miraron a Bentejuí, que ratificó la orden de su esposa.

—Que hable —dijo el joven guadnarteme.

Tenesor dio una vuelta sobre sí mismo, buscando la mirada de quienes le rodeaban, antes de comenzar a hablar:

—Hijos de mi corazón: yo os suplico que tengáis piedad de vosotros, de vuestras mujeres y de vuestros hijos inocentes. ¿Qué pensáis adelantar con la terquedad? ¿Es posible que todavía tengáis arrojo para ser enemigos de los castellanos? ¿Sacaréis alguna ventaja de que la nación y el nombre canario se acabe? ¿Qué más tendréis con que os gobierne Bentejuí que obedeciendo al rey más poderoso del mundo? Abrid los ojos. Seréis bien tratados, libres, dueños de vuestros ganados, aguas y tierras de labranza, protegidos contra las demás potencias del mundo, ennoblecidos, civilizados y cristianos, que vale más que todo lo demás.

Bentejuí alzó un brazo para acallar el rumor que se inició entre los presentes cuando terminó de hablar Tenesor y le replicó:

—Cosa dura es conocer rey nuevo que nos desposea de lo que tenemos, que nos quite la libertad y nos obligue a hacernos cautivos suyos. Defenderemos nuestra libertad a costa de nuestras vidas.

—¡Bien dicho! —añadió el faysag.

En ese momento apareció una mujer que se introdujo en el grupo. Todos reconocieron de inmediato a Ayacata, la harimaguada suprema, y le hicieron hueco junto a los reyes y Tenesor.

—¿Qué estáis haciendo, desgraciados? —preguntó a voz en grito—. ¿Queréis que caiga sobre vuestras cabezas la desaparición de nuestro pueblo? ¿Qué derecho tenéis para condenar a muerte a vuestras mujeres y a vuestros hijos, malnacidos? ¿Tendréis menos humanidad que esos invasores a los que os enfrentáis? ¡Yo digo que basta de guerra! ¡Basta de muertes! ¡Hay que vivir!, Es lo que Acorán desea de nosotros, que mantengamos viva la raza —la anciana se volvió a Tenesor—. Yo me doy a ti, confío en tus palabras y en las del rey de Castilla.

Tenoya dio un paso al frente que rompió el hechizo que había provocado las palabras de la mujer santa.

—Ayacata habla con sabiduría —dijo con aplomo y seguridad—. Que prime la vida sobre la muerte. Estoy con ella. ¿Quién está conmigo?

Los guerreros se miraron unos a otros.

—Yo sigo a mi reina —dijo Maninidra, tirando al suelo su lanza.

—Yo también —añadió Autindana, despojándose de sus armas.

Los guerreros comenzaron a seguir el ejemplo de sus guaires y arrojaron sus magados, dardos y tabonas.

—¡No hagáis eso! —gritó el faysag—. ¡Luchemos hasta el último hombre!

La harimaguada se acercó al sacerdote y le increpó.

—¡Tú eres el último hombre! ¿No lo ves, viejo loco? ¿Por qué tienen que ser siempre los viejos los que manden a la muerte a los jóvenes? ¡Muere tú, si quieres!

El faysag buscó entre quienes le rodeaban miradas de apoyo, pero no las encontró. Se detuvo ante el joven rey.

—¿Qué crees que harán los castellanos contigo, Bentejuí?. Sobre ti recae toda la responsabilidad de las muertes de Ajódar.

—Yo estoy contigo, Guanariragua. —contestó el muchacho—. Libertad o muerte

—¡Yo digo vida! —replicó Tenoya, mirando con ojos temblorosos a su esposo.

—Yo digo muerte —respondió Bentejuí, que no pudo mantener el contacto visual con la reina.

El faysag tomó del brazo a Bentejuí y lo hizo retroceder con él.

—Pues si eso es lo que queréis, ¡que no vean nuestros ojos cómo os convertís en esclavos de los extranjeros!

El joven rey se dio la vuelta, casi empujado por el faysag, y se dirigieron a la parte más alta del roque, la que caía a pico sobre el fondo del barranco a decenas de metros abajo. La reina ocultó el rostro en sus manos y gritó de dolor.

—¡Qué alguien lo impida! —pidió Tenesor, que comenzó a seguirles.

Maninidra se interpuso en su camino y lo detuvo.

—Déjales. Es su derecho a morir con honor. Lo sabes bien.

—No tiene que morir nadie más. Ni siquiera ellos.

La expresión firme del guaire frenó el intento del guadnarteme de acercarse.

Las miradas de todos siguieron a Guanariragua y Bentejuí, que llegaron al saliente de roca más alto de toda la montaña. Los dos hombres se abrazaron, gritaron ¡Atis Tirma!, y se dejaron caer al vacío en medio del silencio afligido de todos los que contemplaban, sin aliento, cómo llegaba a su fin el mundo que todos conocían.

Sitio de arriba, barranco de Tirajana, 30 de abril de 1483. Al día siguiente.

—Señor escribano, leedme otra vez el acta de lo ocurrido en el día de ayer, día de san Pedro Mártir, en el que constan los acuerdos a que he llegado yo, don Pedro de Vera, gobernador de la isla de la Gran Canaria, con la reina de los canarios.

Vera estaba despachando en su tienda del sitio de arriba con el escribano de la conquista, Pedro de Argüello, asentando por escrito los pormenores de la rendición de los canarios.

—Os leo —dijo el escribano—: «Vinieron todos los nobles canarios de cabello largo y rubio, sin armas, acompañados de Guadnarteme, y se rindieron ante Pedro de Vera, dando la obediencia al Rey de Castilla en su nombre y de su Señora, única heredera de toda la tierra, hija única de matrimonio del legítimo y verdadero señor Guanache Semidan, tío de Guadnarteme y de otros Guaires y Faysages. Los nobles dieron su palabra de llevarla a entregar al Real de Las Palmas en cogiendo sus panes, que sería después de San Juan» —Argüello se detuvo y miró al gobernador—. ¿Queréis que incluya que la reina que se entrega no es Tenoya, sino Arminda Masequera?

Vera se rascó la nariz pensando la respuesta.

—Creo que es mejor que no lo hagáis. Será difícil explicar que al morir Bentejuí la legitimidad para ser reina volvió a Arminda Masequera.

—La verdad es que es un asunto complejo, señor gobernador.

—Por eso mismo. Dejadlo así, y añadid esto, haced la merced —pidió el gobernador—. «Que Pedro de Vera instó que ella viniese con él, mas ellos dijeron que la señora sería llevada al real de Las Palmas, y le sería entregada a él en su persona, y que no se la darían a otro ninguno, y empeñaron todos su palabra de que allá se la llevarían».

—Anotado, señor —dijo el escribano unos instantes después.

—¿Crees que quedaría bien si añado «abrazó Pedro de Vera a los guaires y faysages, dióles bien de comer y buenos vinos, y menudeaban las tazas»?

—El papel aguanta lo que sea, señor.

—Pues ponedlo. Y, para terminar, escribid lo siguiente: «Llevóse en

rehenes consigo ciento sesenta canarios de los más esforzados. Mandóles que acudiesen a sus habitaciones, que cuidasen de sus sementeras, que tuvieran paz y unión, y que asistiesen a Guadnarteme yéndose a vivir a Gáldar con él». Creo que así está bien.

—Pues así queda reflejado, don Pedro.

Vera esperó a que el escribano terminase de añadir las cláusulas finales del documento y lo firmó.

—Recordad, señor, que habíais prometido atender la demanda de justicia que os hicieron don Fernando Guadnarteme y micer Lorenzo de Riberol contra el capitán Valdés.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Qué pesados! Me han insistido en que no pueden esperar a otro día. ¿Están fuera?

—Desde hace rato, señor.

—Pues que pasen.

Argüello se levantó y se asomó a la entrada de la tienda. Dio un aviso y entraron en el habitáculo del gobernador Lorenzo, Tenesor y Valdés, que se mantuvo a distancia de los otros dos. El gobernador les echó un vistazo y notó que existía una gran tensión entre Valdés y Riberol.

—Decidme qué es ese asunto que no admite espera —dijo Vera—. Que hable primero el demandante.

Lorenzo dejó de estrujarse las manos y habló en voz clara, pese a su acento genovés.

—El capitán Valdés ha hecho prisionera a Naira, la hija del guaire Adargoma, contra todo derecho, siendo canaria de paces.

—Que hable el demandado —dijo Vera. Valdés no tardó en contestar.

—La canaria no estaba incluida entre los perdonados de Fataga, señor gobernador. La hallamos vagamundeando por la montaña, trató de huir de nosotros, y se resistió a que la prendiéramos. Actuaba como una rebelde. La reclamo como presa de buena guerra.

—Permitid que hable don Fernando, don Pedro —pidió Lorenzo.

—¿Es testigo de algo? —preguntó Vera.

—Es testigo de todo —respondió Lorenzo.

—Pues que hable.

—Que venga el intérprete —dijo Valdés—, no me fío de la traducción de micer Lorenzo.

Vera asintió fastidiado, y se dirigió al escribano.

—Llamad a Guerra o a Mayor.

El oficial salió de la tienda y volvió al rato con Fernán Guerra.

—Traducid lo que tenga que decir don Fernando —le ordenó.

Tenesor habló en cuanto le instaron a hacerlo. Guerra tradujo casi simultáneamente

—Dice que Naira, la hija de Adargoma, estaba con él en el

campamento de los castellanos en Guiniguada como canaria de paces. Que fue el propio don Fernando quien le pidió que fuera a Bentaiga a hablar con la harimaguada Ayacata para que influyera sobre los canarios en la decisión de rendirse. Jura sobre los huesos de sus antepasados —y eso es jurar bien—, que la mujer se encontraba en una misión de paz cuando fue apresada.

—Esa mujer —intervino el gobernador—, Ayacata. ¿no fue la que se enfrentó el faysag tuerto y ayudó a que la reina se inclinara por la rendición? Me han contado varias versiones de lo ocurrido.

—Dice que así fue, señor gobernador —tradujo Guerra—. Y que el mérito de lo que hizo la harimaguada hay que atribuírselo a la muchacha canaria.

Vera se rascó la barba y meditó unos instantes.

—No veo clara la actitud de la canaria —dijo—. No debería haberse comportado como una rebelde. Y vos, don Fernando, no me dijisteis nada sobre ella, que es lo que cabría esperar en una relación de confianza.

Tenesor iba a replicar en cuanto le tradujo Guerra, pero en ese momento hizo su entrada el obispo don Juan de Frías, acompañado de uno de los frailes franciscanos que seguían a la hueste.

—¿Permitís mi presencia, señor gobernador? —preguntó el prelado —. Tengo entendido que se está dirimiendo un litigio en el que debemos intervenir.

Vera trató de disimular el fastidio que le causaba la repentina presencia del obispo. Ya empezaba a haber demasiada gente en la tienda.

—Por supuesto, ilustrísima —le dijo—. Pasad, os lo ruego. —Y se volvió al escribano—. Disponed una silla para el señor obispo.

El escribano no tenía más sillas que la que ocupaba, por lo que se levantó y se la acercó a Frías, que se sentó con dignidad pomposa.

—¿Sois testigos de algo? —le preguntó Vera.

—Aquí el hermano Froilán tiene algo que decir —respondió.

Vera miró al fraile, un joven delgado con aspecto desmejorado cuyo hábito necesitaba un buen lavado desde hacía mucho tiempo.

—Que hable el fraile.

—Señoría, doy fe que bauticé a la canaria conocida por Naira, hija de Adargoma. Su nombre cristiano es Ana, y así se la debería llamar.

El obispo sonrió y mandó con un gesto al fraile que se callara. Luego habló él.

—Como es bien sabido por todos, los cánones de la santa madre Iglesia impiden que un cristiano sea esclavizado. Su santidad Alejandro III, en el tercer concilio de la basílica de Letrán en la ciudad de Roma, decretó que todos los cristianos fuesen exentos de la esclavitud, incluso hasta por parte de los sarracenos y judíos —el

obispo hizo una pausa para remarcar lo dicho—. Y además, por si fuera poco, bien lo dice san Pablo en una de sus epístolas a los corintios: «¿Fuiste llamado siendo siervo? No te dé cuidado, porque el siervo que fue llamado en el Señor, liberto es del Señor; asimismo el que fue llamado siendo libre, siervo es de Cristo».

Vera se perdió en el último razonamiento, pero lo demás lo captó al vuelo.

—Entonces, la canaria no puede ser esclava.

—Pero sufro un claro perjuicio, señor —protestó Valdés—. Corrí peligro extremo en la persecución y apresamiento de la canaria. Además, mi caballo sufrió un esfuerzo penoso del que no se ha recuperado.

Vera alzó una ceja involuntariamente ante el cuento tan poco creíble del capitán.

—Voy a tomar una decisión —anunció—. La mujer canaria no será esclava y tendrá consideración de aliada de paces, según ha jurado don Fernando. Pero al capitán se le debe una reparación. —Miró a todos y a cada uno de los presentes, que esperaban con la respiración contenida, antes de concluir—. Sentencio que la canaria, o quien quiera hacerlo en su nombre, indemnice al capitán con doce mil maravedíes, el doble de lo que vale un buen caballo en el Andalucía. He dicho. Y no hay más que hablar.

—Yo abonaré la suma —dijo Lorenzo de inmediato.

—En dineros, no en papeles de esos, las letras de cambio, que usáis los mercaderes extranjeros.

—En dineros contantes y sonantes —aclaró—. Os los entregaré en cuanto lleguemos al real.

—Debería ser ahora mismo —se quejó el militar—. No me fío.

Vera, harto del asunto, se levantó de su silla.

—¡Yo mismo soy garante del pago, vive Dios!. Y ahora, ¡idos todos a paseo!, con perdón de su ilustrísima, que puede pasear o no según le plazca.

Gran Aldea de Teguise, 5 de mayo de 1483, cinco días después.

—Bienvenido, hijo mío.

Doña Inés Peraza abrazó con fuerza a su hijo en la puerta de la casa solariega de la principal población de la isla. A pesar de que habían pasado unos años desde la represión practicada sobre los vecinos disconformes, todavía no se atrevía a dejarse ver en descampado, como podía ser en la playa del puerto del Arrecife.

Al llegar Fernán, la señora de la isla se había adelantado a Beatriz en el recibimiento, y la joven no pudo disimular su contrariedad al quedar relegada a un segundo plano. El hecho de estar en la casa de su suegra conllevaba ese tipo de servidumbres.

—Gracias, madre —dijo Fernán—. Tenía ganas de volver.

—No siempre se recibe de vuelta de una guerra a un hijo sano y salvo. Lo celebraremos como corresponde.

Fernán se liberó del abrazo de su madre con delicadeza y se volvió hacia Beatriz, que se lanzó en sus brazos.

—¡Fernán! ¡Gracias a Dios que habéis vuelto de una pieza!

El joven correspondió al efusivo abrazo y, cuando pudo tomar aliento, respondió

—Los canarios fueron muy gentiles conmigo y les tiraron todas las piedras a los demás.

La muchacha rio con la broma.

—Callad, callad, que nos han contado que habéis tenido momentos muy malos. Por eso estamos tan contentas.

—No hagáis demasiado caso de las fábulas y cuentos de la guerra. En verdad ha sido una contienda dura, los canarios han sido difíciles de domeñar. Tendríais que haber visto a los setenta gomeros subir por esas paredes casi verticales para hacer frente a sus enemigos en las montañas más empinadas que yo haya visto jamás.

—¿No eran ochenta?

—Ha habido una decena que los ha probado la tierra, y allí se quedarán.

Doña Inés se acercó y arrebató con elegancia a su hijo del abrazo de Beatriz tomándole por el brazo.

—Lo importante es que estás aquí y que no hay otra guerra a la vista, porque a la de Granada no vas a ir. ¿Me oyes?

Fernán sonrió, su madre no cambiaría nunca, tuviera la edad que tuviera.

—Pues no era mala idea —replicó con sorna.

—De eso nada —le dijo Beatriz, que contraatacó agarrándolo del otro brazo y separándolo de su madre—. De aquí nos vamos a La Gomera, que no veo la hora.

Fernán miró a su esposa, que le devolvió el contacto visual de manera intensa, y luego le dijo, en voz muy baja:

—Es que no soporto a tu madre.

Córdoba, 25 de mayo de 1483, un mes después.

—¡Estamos de enhorabuena! —exclamó el rey Fernando a sus consejeros—. ¡Hemos logrado un acuerdo con el rey Boabdil!

Los cortesanos reales esperaban en el salón de recepciones del alcázar de Córdoba cuando el monarca entró seguido de su secretario. Un rumor de regocijo se extendió por la sala.

—¿Y cuáles son esas condiciones, alteza? —preguntó Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra—. ¿Ha influido el hecho de que sea vuestro prisionero?

Fernando exultaba de gozo y no le vio doblez a la pregunta.

—Es evidente que ese detalle ha influido, don Diego, y siempre os estaré agradecido por capturarle hace un mes en la batalla de Lucena. Por este acuerdo, Boabdil nos apoyará en nuestra lucha contra su padre, Muley Hacén, se someterá a vasallaje con la correspondiente entrega de rehenes, entre los que se encontrará su propio hijo Ahmed y, además, pagará doce mil doblas de oro. ¿No es buena nueva?

—Es magnífica —contestó el conde con la aquiescencia de los presentes—. Será un buen empujón a la guerra de Granada. La toma de Loja es inminente y después, quién sabe, tal vez caiga Málaga.

—Pues no es la única buena nueva —dijo el alcaide de Los Donceles—, acaba de llegar una carta del gobernador Pedro de Vera procedente de Canaria.

—¿De Canaria? —preguntó el rey con cierto fastidio— ¿Todavía está pendiente ese enojoso asunto? Hablad presto, no me distraigáis de lo que tengo entre manos.

—La carta va dirigida a su alteza doña Isabel.

—Como está de viaje en Santo Domingo de la Calzada, la recibiré yo —El rey enfatizó el yo para dejar claro quién mandaba allí—. ¿Qué dice?

—Don Pedro anuncia el fin de la conquista de la isla de la Gran Canaria. Los últimos canarios rebeldes se rindieron hace menos de un mes.

—¡Por fin! ¡Se ha tardado demasiado! Su alteza la reina ya estaba desesperada.

—Dice don Pedro que la intervención de don Fernando

Guadnarteme ha sido determinante.

—¿Don Fernando? ¡Ah!, ¡sí!, el canario. Decidle que venga a esta nuestra corte. ¿No hay que devolverle a su mujer? —preguntó al secretario.

—Así es, alteza. Sigue alojada en estos mismos muros con su hija pequeña.

—Disponed lo necesario para que se la lleve cuando arribe a Córdoba —ordenó el rey.

—Hay algo más, alteza —dijo el alcaide con la carta en la mano.

—¿Qué más?

—Don Pedro de Vera pide permiso para venir a participar en la guerra de Granada.

El rey se sentó y meditó la respuesta.

—¿Cuántos canarios han quedado en la isla y cuantos castellanos van a poblarla?

—Los canarios son varios cientos, si no miles. Y de los conquistadores, más de dos tercios se volverán a Castilla. Quedarán a lo sumo un par de centenares de pobladores.

El rey volvió a cavilar unos instantes.

—Eso no puede ser. Vamos a aplicar los mismos criterios que con los moros de las ciudades tomadas al rey de Granada: deben salir de la isla la mayoría de los canarios, de modo que queden en minoría de población.

—Son gente libre y bautizada, alteza.

—Pues esa gente libre y bautizada tiene que ser realojada en otro lugar. Es lo que cumple a mi servicio.

—Tenemos unas cuantas casas en la judería de Sevilla, cerca de la puerta de Mijohar.

—Pues que allá los lleven. Y cuando la isla se pueble bien poblada de castellanos, entonces se permitirá el regreso a quien lo pida.

El mayordomo Chacón dudó si atreverse a intervenir, pero lo hizo.

—Señor, su alteza la reina me manifestó en una ocasión que quería que los canarios, una vez cristianos, se quedaran en la isla.

Fernando le dirigió una mirada severa antes de contestarle.

—Su alteza no está aquí ahora, así que las decisiones las tomo yo, y ya he hablado. Y en cuanto a Pedro de Vera, que no se le ocurra salir de la isla hasta que haya cumplido este mi mandato. Hacédselo saber. Y ahora, volvamos a lo que importa: la guerra de Granada.

Real de Las Palmas, 26 de julio de 1483, dos meses después.

—¿Escribís algo, maese Pedro?

El escribano Pedro de Argüello detuvo su pluma y la levantó del papel claro cuyas resmas había recibido de la última carabela que llegó a puerto, y respondió a la pregunta del gobernador, que acababa de entrar en su casa.

—Así es, don Pedro, al alférez don Alonso Jáimez se le ha ocurrido que será bien que quede recuerdo de todo lo acontecido en esta guerra de Canaria, tan larga y tan cruenta, pero con final provechoso. Y yo lo estoy escribiendo.

Vera sonrió.

—¿Seréis imparcial en el asunto de Rejón y de Algaba?

—Señor gobernador, espero que no dudéis de mí. Soy cercano al alférez y por supuesto que seré favorable a Rejón. Era su cuñado.

Vera rio con la sinceridad del alférez.

—Sois muy dueño de escribir lo que os plazca. Los defensores de Algaba que escriban su propia historia, si es que saben. Pero, contadme, ¿Qué estáis escribiendo ahora?

—Pues lo más reciente, no vaya a ser que se me olvide.

—¿Me lo podéis leer?

—Si estáis dispuesto a sufrirlo.

—Por favor.

—De acuerdo, allá vos. Comienzo: «Después del mes de junio envió Pedro de Vera recado a don Fernando Guadnarteme que hiciese venir a su sobrina con los demás nobles sus parientes al real a entregarse como estaba pactado. Y luego dieron orden de traerla desde Tirajana por Telde, sin que viniese con ella ningún cristiano. Traíanla en hombros de cuatro capitanes nobles, de cabello largo y rubio, en unas andas de palo a modo de parihuelas, sentada, vestida de gamuza a modo de badanas o pieles adobadas de color acanelado.

Venían delante de las andas cuatro capitanes con capotillos de badana llamados tamarcos, braguillas de junco, majos en los pies y guapiletes en la cabeza, y lo demás desnudo. Al lado de las andas, algo hacia atrás, dos tíos suyos faysages, y después se seguía un gran

acompañamiento de hombres todos que servían de traer las andas a remuda».

—En verdad describís lo que ocurrió. Seguid, os lo ruego.

—«Salió Pedro de Vera con mucha gente al recibimiento y ellos hicieron su entrega por medio de la lengua o intérprete, diciendo que allí venía la señora de toda la tierra, heredera única y legítima hija de su señor Guadnarteme Guanachy Semidan, legítimo dueño y señor de la verdadera línea y sucesión de dominio y señorío de la tierra. Y que ella hacía entrega voluntaria, y todos sus tíos y parientes que allí venían, gobernadores de la tierra, en nombre y debajo de la palabra de su señor muy poderoso y católico rey don Fernando, entregaba su persona y personas al capitán mayor de los cristianos que allí presente se halla, que es Pedro de Vera, del rey de Castilla y León.

Pedro de Vera y demás caballeros la recibieron a pie y fue abrazando a todos con mucho cariño. Traían los canarios el cabello suelto por las espaldas, y la señora guayarmina traía vestido un ropón de gamuza con medias mangas hasta la sangradera y largo hasta los pies, y zapatos de lo mismo pespuntados. Y vestía una tunicela debajo de la ropa con cuerpo de jubón a modo de justillo de más delgada badana. Era el cabello largo y rubio, aderezado con arte, y en él puestas algunas cosas de tocado que le habían dado a uso de España, y el faldellín pintado a colores. Tendría veinte años, era gruesa y más de mediano cuerpo, robusta. El color algo moreno, ojos grandes y vivos y el rostro alegre y celebrada de hermosura.

Después que se hubieron adelantado del lado de las andas los dos faysages e hicieron entrega de su señora y los demás, pidieron que se encomendase a persona noble».

—No ha podido ser mejor descrito, maese Pedro. Aunque a mí la reina me pareció mucho más joven de lo que decís —dijo el gobernador—. De cualquier manera, os felicito. Y el detalle del pespunte del calzado de la reina se me había pasado por alto.

—La verdad es que lo hago por mero gusto personal y por agradar al alférez. Estoy seguro de que estas palabras no llegarán a nadie más allá de mis nietos. Casi nadie lee. ¿Qué le vamos a hacer?

Real de Las Palmas, 27 de julio, al día siguiente.

Una sombra acechaba detrás de la esquina de uno de los callejones que daban a la plaza de san Antón. Se había hecho de noche durante la última misa oficiada por el obispo, una de tantas celebrando el final de la guerra y la entrega de la reina canaria. Desde su escondite, una figura embozada, oculta en la penumbra del ambiente, espiaba los movimientos de los fieles que salían de la pequeña iglesia. Esperaba pacientemente la aparición de dos de ellos. Al fin, los últimos, salieron acompañados del prelado. Les escuchó hablar a pesar de la distancia:

—Os agradecemos vuestra bendición —dijo Lorenzo, que iba del

brazo de Naira, al obispo al cruzar el umbral de la puerta principal.

—Pues claro que os la doy, y de mil amores —dijo el religioso—. Me llena de gozo que me hayáis pedido que celebre vuestra boda en Sevilla. Mañana, en cuanto embarquemos, comenzaremos la catequesis de doña Ana, para que llegue a la celebración del matrimonio con las enseñanzas de nuestra santa madre iglesia bien aprendidas.

—Os lo agradezco, ilustrísima —dijo la joven en castellano.

—Es un prodigio divino cómo habéis aprendido el idioma —dijo Frías con una leve sonrisa—. Otro motivo para dar gracias a Dios.

—Pues mañana nos vemos en el navío que nos llevará a Castilla —concluyó Lorenzo.

El prelado se despidió de la pareja y entró en la iglesia. Lorenzo y Naira caminaron sin prisa cruzando la plaza. La figura oculta tras la esquina se puso en tensión, desenvainó una espada y se dispuso a saltar sobre ellos. En ese momento sintió una punzada en su espalda y una voz que le susurraba.

—Soltad sin ruido el arma, capitán Valdés, u os atravieso de parte a parte, como merecéis.

El aludido notó muy de cerca la presencia de otro hombre tras él, y la presión de una punta afilada era perfectamente reconocible, al igual que la voz de quien le hablaba.

—Maldito seáis, Alonso de Lugo. Que os parta un rayo.

La presión de la punta se acentuó sobre su columna vertebral.

—Haced lo que os digo. No pienso repetirlo más. Ya sabéis que a veces aparecen cadáveres en estas calles oscuras, fruto de las malandanzas de la soldadesca.

—Haré lo que pedís.

Valdés dejó despacio la espada en el suelo y se volvió hacia Lugo que apuntó la suya al pecho de su oponente.

—Bien, y escuchad esto. Mañana parto yo también en la armada que va a Castilla. No quiero volver a veros nunca más cerca de mis amigos. ¿Lo habéis entendido? Si no lo hacéis, os mataré. Lo juro.

Desembocadura del río Guadalquivir en Sanlúcar de Barrameda, 6 de agosto de 1483, diez días después.

—De aquí soy y aquí me crié —dijo alborozado Alonso de Lugo a las tres personas que le rodeaban señalando la ribera derecha del río, donde decenas de barcas sesteaban en una playa de arena tras la cual se levantaba la colina desde donde les miraba pasar la ciudad, palacio ducal y castillo de Santiago incluidos.

Sus acompañantes eran Tenesor, Lorenzo y Naira, que contemplaban curiosos las primeras tierras castellanas que avistaban.

—Es un río inmenso y un lugar precioso—dijo Naira—, pero, Alonso, ¿no vais a bajaros aquí, verdad?

—Mi esposa y mi hijo están en Sevilla, esperándome. Deseoso estoy de verlos de nuevo. Sanlúcar y mis padres pueden esperar un poco más.

—Pues yo estoy impaciente para presentar a mi prometida a mis patronos —dijo Lorenzo—. Ya verás que son buena gente, Naira. Te gustarán.

El guadnarteme, que ya entendía bastante el castellano aunque no lo hablaba bien aún, intervino en su lengua. Lorenzo lo tradujo:

—Dice que si él es don Fernando, ella es doña Ana, así que debemos llamarla así. Y que más ganas tiene él que nadie de reencontrarse con su esposa Abenchara y con su hijita.

—Y yo de ver a mi padre, Adargoma —dijo la joven—. Todos tenemos razones de alegrarnos de este viaje.

—Un viaje de ida y vuelta, queridos amigos —añadió Lugo—, porque, sin duda, todos volveremos a esa maravillosa isla que es la Gran Canaria, nuestro futuro hogar común y el de nuestros hijos.

Y el de los hijos de nuestros hijos —apostilló el Guadnarteme en perfecto castellano, sonriendo.

Sevilla, cinco de septiembre de 1483, un mes después.

El obispo Frías recibió con mucho ceremonial a los novios en la puerta del patio de los Naranjos de la iglesia mayor de Santa María. Lorenzo de Riberol, ataviado con un jubón de mangas amplias, camisa

de escote cuadrado y la cintura ceñida a las calzas, todo a la nueva moda italiana, llevaba de la mano a la novia, Naira, que lucía un vestido de cintura alta de color púrpura tintado con orchilla de Canaria, cargado de bordados y con bajos en volantes, al uso sevillano. Complementado todo ello con un collar de oro y un colgante con piedras preciosas.

De pie tras los novios se encontraban los padrinos principales, Francisco de Riberol y Alonso de Lugo por parte del novio, y Adargoma y don Fernando Guadnarteme, por la novia.

El obispo, como era usual, tenía que certificar en el exterior de la iglesia el contrato matrimonial de forma verbal preguntando a los presentes si conocían algún impedimento para celebrar dicha unión. Como nadie rechistó, dio permiso a los novios para que se entregaran las donaciones mutuas y, sobre todo, que el novio colocara el anillo en el dedo de ella.

Una vez cumplido este trámite, el prelado invitó a los asistentes a pasar al interior del templo. El numeroso grupo entró y los invitados se dispusieron como habían acordado: los parientes del novio a la izquierda, con Francisco de Riberol, su hermano Cosme y su primo Batista en primera fila. También se unieron a ellos Juan de Lugo, Francisco Pinelo, y Alonso de Lugo con su esposa Violante, que trataba de mantener callado al pequeño hijo de ambos, Pedro. Detrás de ellos, amigos y criados de las casas Riberol y Lugo, muchos pensando más que en los ritos nupciales en las fiestas que iban a celebrarse después en la casona de los Riberol, donde se preparaba un banquete suntuoso con músicos, bailarines y bufones, que se trataba de divertirse.

A la derecha de los novios se colocaron Adargoma, don Fernando Guadnarteme con su mujer Abenchara, recién llegados de la corte con su hijita, y Aymedeyacoan con un grupo numeroso de canarios residentes en la ciudad.

El obispo, una vez que todos estuvieron en su lugar y guardaron silencio, tomó un paño al altar con dos tiras rojas a lo largo que no se usaba para otras funciones, y lo colocó sobre la cabeza la novia y sobre los hombros de ambos, a modo de velación, excluyendo a Naira de ser vista por otros hombres y reservándola para su marido durante la ceremonia.

—Esta banda, que es ley divina, simboliza la protección de Dios sobre la vida en común de la pareja —dijo el obispo—. Daos la mano en señal de conformidad —pidió Frías.

Sobre el apretón que se dedicaron los contrayentes colocó una estola.

—Os declaro marido y mujer.

Lorenzo y Naira se miraron a los ojos y se sonrieron. Algún sollozo femenino se escuchó entre medio de los asistentes mientras el resto

contenía la respiración en aquel momento solemne.

—El ósculo —indicó el prelado. Era condición importante.

Lorenzo besó a Naira en los labios y todos los invitados pudieron respirar tranquilos y felices.

—Y ahora, la misa —anunció Frías.

Mientras el obispo, de cara al sagrario y de espaldas al público comenzaba sus letanías en latín, alguno que otro aprovechó para cuchichear.

—Buen mozo nuestro Lorenzo —susurró Pinelo a Alonso de Lugo—. ¿No lo creéis así?

—Y la novia está guapísima —respondió el capitán.

—Tengo entendido que vais a plantar cañas en Agaete. Avisadme si necesitáis inversores.

—Por supuesto, aunque eso tendréis que hablarlo con mi familia.

Pinelo arrugó el entrecejo un instante antes de sonreír.

—Esta oligarquía mercantil de los Lugo y de los Riberol es insoportable —bromeó.

En el otro lado de la iglesia, don Fernando susurraba al oído de Abenchara.

—Esto va a ocurrir continuamente. A partir de ahora, seremos un solo pueblo.

—Es inevitable, por lo que habrá que adaptarse. Nos tendremos que acostumbrar a tantas cosas nuevas que me da miedo.

—Miremos el futuro con confianza. Ahora formamos parte de un gran reino con una gente que es capaz de conquistar el mundo, y nosotros lo haremos con ellos.

Por su parte, los novios se distrajeron de las oraciones del obispo desde el kyrie y se dedicaron a mirarse.

—Naira, estás preciosa. No tengo palabras para expresar lo que siento —le dijo en lengua canaria.

—Pues si no sabes qué decir, di te quiero. Porque te quiero, corazón puro.

FIN

NOTAS DEL AUTOR.

El lector avezado se habrá dado cuenta de inmediato de que esta no es una novela más de la serie de Ariosto y familia. Es otra cosa.

Siempre he recibido invitaciones de mis lectores a escribir una novela histórica, dadas mis publicaciones sobre la conquista y colonización de Canarias en el tránsito de los siglos XV al XVI. Ahora me he atrevido a hacer la prueba, y he terminado satisfecho en buena medida.

Así, esta novela no es "La novela de la conquista de Gran Canaria", sino mi versión personal, ficcionada, de aquellos acontecimientos que se desarrollaron en Castilla y en el Archipiélago Canario entre 1469 y 1483. Salvo Lorenzo y Naira, la gran mayoría del resto de personajes que aparecen en el texto fueron reales y sus rasgos biográficos conocidos más importantes son, más o menos, como se describen en esta novela.

He tratado de seguir con honestidad los textos históricos que narran la conquista de la manera más fidedigna posible, intentando salvar las contradicciones e incongruencias en que caen algunos de ellos. En algunos casos he tenido que optar por la solución más lógica a mi entender, decisiones que siempre pueden ser discutibles.

También he utilizado la documentación histórica que se ha descubierto hasta hoy y que ha caído en mis manos referida a los acontecimientos y personajes que se desarrollan en el texto. De hecho, por boca de los personajes emerge el contenido de textos de hace quinientos años que se han conservado en los archivos.

Para la recreación de los lugares que aparecen en la novela, he visitado casi todos los escenarios castellanos y los insulares, en especial, y de la mano de Faneque Hernández, los de Gran Canaria. Me faltan Génova y Calatayud, que quedan como asignatura pendiente.

No puedo hacer aquí una relación exhaustiva de cómo han sido tratados la multitud de episodios narrados en la novela, eso quedará para otra publicación histórica, si se da el caso, pero sí puedo incidir sobre algunos de ellos que me llamaron la atención.

Me planteé si los canarios usaban la segunda persona del plural en

la conjugación de sus verbos, dado que hoy día sus descendientes no lo hacen, pero desde que comprobé que el “vosotros” existe en el idioma amazigh, tuve que incorporarlos al texto, aunque a alguno le suene raro.

El vocablo Guadnarteme lo he adoptado porque la hija de don Fernando Guadnarteme lo llamó así en 1526 en la conocida relación de méritos de su padre. Así que Guadnarteme se queda.

Hay dos episodios extraños en la conquista de poca lógica y que no se sabe bien en qué momento encuadrarlos dada su rareza. Se trata del embarque de los canarios a Tenerife con dudosas intenciones y de la embajada de los canarios principales a la isla de Lanzarote a concertar paces. Los he colocado en la secuencia temporal que me ha parecido más congruente con el resto del relato, y he tratado de explicar con ello unos acontecimientos muy poco explicables.

A veces es difícil distinguir las figuras de Juan Mayor padre e hijo. Desde luego, el hijo aparece como adalid de la conquista en algún historiador, pero el padre también, con lo que he tratado de repartir el protagonismo en función de sus perfiles personales.

Existió en la corte de la reina católica una sirvienta llamada Isabel la canaria, detalle enternecedor donde los haya. Y también hay constancia documental de que la reina pidió y tenía en su poder un libro referido a las islas de Canaria. Tal vez se trate de la obra perdida de Alonso de Palencia sobre el archipiélago.

Existen documentos donde se detallan las compras que hizo el alcaide del alcázar de Córdoba para la hijita de la reina canaria, que nació allí. Son conmovedores y demuestran el buen tratamiento que se le hizo en la corte de la reina Isabel.

También está probado que el rey Fernando llamó a su presencia en Sevilla a Fernán Guerra en varias ocasiones. Cuánto hubiera deseado cualquier historiador leer los informes que le proporcionó sobre las islas en aquellas noches sevillanas.

Las palabras guadartemato y guairato no son de la época, sino recientes, pero he decidido usarlas porque indican bien el espacio territorial de unas unidades políticas que no tenían nombre castellano en el siglo XV.

Cuando en las historias de la conquista he encontrado diálogos, he tratado en la medida de lo posible ponerlos en boca de los personajes correspondientes. Dado que esas conversaciones fueron redactadas en diferentes estilos correspondientes a siglos posteriores, pueden resultar extrañas al lector, pero es lo que nos ha legado la Historia, y hay que aprovecharlo.

El historiador del siglo XVII Tomás Arias Marín de Cubas es el que, con diferencia, da más y mejores detalles, a veces de un valor único, de muchos acontecimientos de la conquista. De ello deduzco que tuvo

acceso a la crónica madre, la más antigua, atribuida al escribano Pedro de Argüello por unos y al alférez Jáimez de Sotomayor por otros. Por desgracia se perdió, aunque nos ha llegado a nuestros días a través de textos más o menos modificados en los manuscritos Ovetense y similares. Cubas dice claramente que a don Fernando Guadnarteme se le llamaba Guayedra, por su lugar de origen, igual que a Tasarte se le llamaba así. Lo de Tenesor algunos estudiosos creen que es un apelativo que se le otorgó con posterioridad a la conquista. Pero como es el nombre más común y mejor conocido, lo he adoptado para el personaje.

También Cubas da unos detalles extraordinarios de la entrega de Arminda Masequera al gobernador Vera. Lo del pespunte de los zapatos no es cualquier detalle. El que lo escribió, estaba allí.

Sobre el origen de la familia de los guanartemes que relato en el capítulo 111 ha habido y hay discusión. He tomado una de las propuestas, la que me pareció más convincente.

Para la boda de Tenoya y Bentejuí he pedido prestado un ceremonial moderno que me ha parecido muy realístico y que está publicado en un video en Internet. ¿Por qué no pudo ser así?

Sobre los lugares donde se encuentran tanto Ajódar como Ansite tampoco hay consenso, por lo que los he localizado donde me ha parecido más fiel al texto de las historias de la conquista, sin que ello signifique que quiera entrar en discusión alguna.

Pero lo que más me ha llamado la atención al estudiar los textos históricos sobre la conquista es el inmenso grado de amor y abnegación que tuvo por su pueblo Guayedra Tenesor. De cómo el guadnarteme de Gáldar entendió que debía salvar a los canarios de la masacre que se preveía y cómo, a través de un sacrificio personal por el que tuvo que sufrir internamente lo indecible, consiguió que la raza se perpetuase. Hoy día muchos canarios modernos, y conozco a alguno, pueden decir con orgullo que descienden directamente de aquellos valientes canarios del siglo XV que vendieron muy cara su libertad.

No ha habido en la historia de Castilla ninguna campaña militar que durara cinco años. La guerra de Granada duró diez años, pero cada año tenía su propia campaña. La resistencia indígena en Gran Canaria es digna de pasar a los anales de la Historia como uno de los episodios más notables de prolongación de un enfrentamiento bélico entre dos culturas con tal desigualdad de armamento.

Nuestra sociedad canaria actual es mestiza de aquellos protagonistas, y a ellos nos debemos, tanto al indígena como al europeo, y ambos se convirtieron en pobladores conjuntos creando otro mundo, mejor o peor depende de cómo se mire, pero del cual surgió el pueblo canario actual, en el que el mestizaje es su principal

riqueza y patrimonio.

AGRADECIMIENTOS.

Como siempre, agradezco a las personas que me quieren la comprensión con que tratan el hecho de que yo dedique bastante tiempo a escribir mis novelas, sobre todo esta, que es larga.

A mi padre, Eusebio, sin cuyo empuje y apoyo esta novela no se hubiera escrito. Y también por esperar la llegada de los capítulos y ser el primero en criticarlos, algo que en muchas ocasiones se merecían.

A Maloli Sánchez, Ana López y Faneque Hernández, que dedicaron su tiempo a la lectura del voluminoso borrador de la novela y a sugerir cambios, siempre bienvenidos.

Una vez más, a mi amigo Faneque Hernández, un auténtico erudito de las familias indígenas de Gran Canaria y de su genealogía hasta el día de hoy. Su generosidad compartiendo datos inéditos o desconocidos y su entusiasmo a la hora de descubrirme lugares o discutir algún acontecimiento histórico han hecho que la escritura de esta novela haya sido mucho más llevadera. Faneque es de esas personas de las que siempre se aprende algo.

A mi profesora de la Universidad de La Laguna Ana Viña Brito, que me animó hace muchos años a estudiar las crónicas de la conquista de Gran Canaria en mi primer curso de la carrera de Historia. Cada vez que he vuelto a manejar las crónicas de la manoseada edición de Morales Padrón, me he acordado de ella.

Por supuesto, a todos los amigos que de alguna manera han apoyado la publicación y promoción de mis novelas, en especial a Esther Carmona, Doris Martínez, Adrián Tarjuelo, Germán Armas, Madi Ramos, Victoria Martínez Lojendio, Dulce Gutiérrez, Luis Adern, Raquel Gutiérrez, Enrique Negrín, Josué Alberto Padrón, Carlos Castro Brunetto, Mar Oropesa, Ciro Guerra, Paco Lemus, Paco Gurillo y Andrés lglesias.

Y también a los profesores y libreros que siguen recomendando mis novelas entre la gente joven y sus clientes, respectivamente. Y a todos mis amigos de Facebook y demás redes sociales. Un “me gusta” ayuda mucho más de lo que ellos creen.

Sigue al autor en www.marianogambin.com